

Contemporánea es una revista académica de frecuencia anual con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo con el apoyo de la Universidad de la República a través de la Comisión Cogobernada de Comunicación Central.

Contemporánea
ISSN: 1688-7638

Diseño y diagramación de tapas e interior:
equipo de la Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR).

Dirección provisoria:
Archivo General de la Universidad de la República
18 de Julio 1968, Subsuelo
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24027939 y (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con revistacontemporanea2010@gmail.com

Comité editorial

Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay

Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República, Uruguay

Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República, Uruguay

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay

Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay

José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República e Instituto Universitario del Centro Latinoamericano de Economía Humana, Uruguay

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrighi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Maria Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

Juan Oddone, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos

Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile

Isabella Cosse, Universidad de San Andrés, Argentina

Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México

Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos

Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil

Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil

Marina Franco, Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Greg Grandin, New York University, Estados Unidos

Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina

Victoria Langland, University of California Davis, Estados Unidos

Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel

Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos

Laura Reali, Universidad Paris VII, Francia

Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España

Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil

Luis Alberto Romero, Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos

Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile

Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos

Eric Zolov, Franklyn & Marshall College, Estados Unidos

Grupo de asistencia editorial

Mauricio Bruno, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay

Gabriel Bucheli, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República, Uruguay

Nicolás Duffau, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay

Silvana Harriet, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República, Uruguay

Mariana Iglesias, Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay

Isabel Wschebor, Archivo General de la Universidad de la República, Uruguay

Contenido

Presentación	7
Dossier: Enfoques transnacionales de la Guerra Fría en América Latina	
El espejo francés: Manifestaciones del conservadurismo uruguayo ante el régimen de Vichy <i>Mauricio Bruno y Nicolás Duffau</i>	9
El Cine Trocadero, un testigo de la Guerra Fría <i>Fernando Aparicio y Roberto García Ferreira</i>	27
Cosmopolitismo y nación: Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956) <i>Adriana Petra</i>	51
El inicio de la Guerra Fría y el sistema interamericano: Argentina frente a Estados Unidos en la Conferencia de Caracas (1954) <i>Leandro Ariel Morgenfeld</i>	75
Morir o vivir “oriental”: Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y el problema de la integración latinoamericana y revolucionaria de Uruguay <i>Ximena Espeche</i>	99
(Des)marcaciones (trans)nacionales: El proceso de movilización y radicalización política de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (1961-1972) <i>Silvina Merenson</i>	115
Historia de una colaboración anticomunista transnacional: Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta <i>Mónica Naymich López Macedonio</i>	133
A Trafficker’s Paradise: The “War On Drugs” and the New Cold War in Colombia <i>Lina Brito</i>	159
Entrevista	
José Pedro Barrán: “¿Cómo pude haber escrito esto?” <i>Vania Markarian y Jaime Yaffé</i>	179
Bibliográficas	
Ayer: Revista de Historia Contemporánea 75 (2009) <i>Eduardo Rey Tristán</i>	195
Daniel J. Corbo: Cómo se hace presidente a un candidato sin votos: Las elecciones protestadas de 1971 y la operación reeleccionista <i>Diego Sempol</i>	197
Pablo Dabezies: No se amolden al tiempo presente: Las relaciones Iglesia-sociedad en los documentos de la Conferencia Episcopal del Uruguay (1965-1985) <i>Mario Etchechury</i>	198
Edgar J. Dosman: The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986 <i>Joshua Frens-String</i>	200
Daniel Feierstein: El genocidio como práctica social: Entre el nazismo y la experiencia argentina <i>Nicolás Duffau</i>	202

Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé: La dictadura cívico-militar: Uruguay 1973-1985 <i>Gabriel Bucheli</i>	203
Claudia Feld y Jessica Stites Mor (editoras): El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente <i>Isabel Wschebor Pellegrino</i>	205
Stephen Gregory: Intellectuals and Left Politics in Uruguay, 1958-2006 <i>Adolfo Garcé</i>	207
Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (editores): In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War <i>Vania Markarian</i>	209
Mario Rapoport y Claudio Spiguel: Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo <i>Ernesto Seman</i>	211
José Rilla: La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972) <i>Silvana Harriett</i>	213
Ana María Rodríguez Ayçaguer: Un pequeño lugar bajo el sol: Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya, 1935-1938 <i>José Gabriel Lagos</i>	215
Pablo Yankelevich: Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974-1983 <i>Melisa Slatman</i>	217
Pedro Antonio Tota: The Seduction of Brazil: The Americanization of Brazil during World War II <i>José Ragas</i>	218
Odd Arne Westad: The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times <i>Jennifer Adair</i>	220
 Archivos	
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDIInCI) <i>Equipo del CeDIInCI</i>	223
Archivo de documentación y prensa sobre historia reciente del Centro de Estudios interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) <i>Ana Costa</i>	226
Los archivos de la Guerra de Argelia (1954-62) en el Servicio Histórico de la Defensa (SHD) de Francia <i>Cyril Canet</i>	228
 Eventos	
Reseña del seminario internacional La Guerra Fría cultural en América Latina. Actores, contextos históricos, perspectivas de investigación <i>Benedetta Calandra</i>	231
 Recordatorios	
En busca del tiempo perdido: José Pedro Barrán (1934-2009), historiador y maestro <i>Milita Alfaro</i>	239
Las historias, los estudios y las múltiples vidas de Yamandú González Sierra (1947-2010) <i>Rodolfo Porrini</i>	243
Alberto Methol Ferré (1929-2009), un ideólogo de la integración <i>Andrés Rivarola Puntigliano</i>	247

Presentación de los editores

En Uruguay, la historia se escribe desde muchos lugares. Son varias las instituciones dedicadas a la investigación y la enseñanza de temas históricos, así como las personas que desarrollan sus proyectos de manera independiente. Esta dispersión de recursos materiales y humanos no ha tenido necesariamente consecuencias negativas para la producción y transmisión del conocimiento histórico. Por el contrario, ha posibilitado el desarrollo de diversos campos (historia económica, historia política, historia reciente, historia cultural, entre otros) que han hecho contribuciones importantes a la renovación de la historiografía uruguaya. Sin embargo, también es cierto que han sido escasos los espacios para generar intercambios entre estas diversas instituciones y personas dedicadas a la historia.

Las revistas han sido siempre buenos vehículos para promover el diálogo académico. A través de la publicación de trabajos en curso, de la presentación de debates, así como de las entrevistas y las reseñas de eventos o libros recientes, las revistas contribuyen a consolidar campos de estudio más ricos y articulados. Pero desde hace décadas que las revistas de historia no logran continuidad en Uruguay. En ese contexto, el primer objetivo de *Contemporánea* es promover un necesario espacio de intercambio y diálogo entre quienes se ocupan de los estudios históricos desde diferentes lugares y posiciones.

No nos proponemos abarcar todos los períodos y temáticas que se cultivan en nuestro medio.

Los editores nos hemos desarrollado profesionalmente en lo que en términos generales se ha llamado “historia reciente”, un campo de investigación amplio e interdisciplinario sobre los procesos históricos de las últimas décadas del siglo pasado. La constatación de las posibilidades y limitaciones de nuestro entorno inmediato nos ha inspirado para llevar adelante este proyecto. La riqueza de la “historia reciente”, su impulso a una amplia gama de enfoques, su capacidad de innovación heurística y su voluntad de intercambio interdisciplinario, se han visto limitados muchas veces por un exceso de autorreferencialidad y una escasa apertura a otras épocas. En este sentido, el nombre de nuestra revista no es casual. Lo que nos anima es reintegrar lo reciente a lo contemporáneo; dialogar más fermentalmente con otros períodos y con procesos históricos de larga duración que aún mantienen dimensiones contemporáneas. Aspiramos a una mayor densidad histórica en el análisis de los períodos más cercanos. Este es el punto de partida desde donde invitamos a una diversidad de investigadores a participar de la reflexión sobre diferentes aspectos de la historia del siglo XX a través de números temáticos.

Además, *Contemporánea* quiere trascender el espacio de reflexión que marcan las fronteras nacionales. Por eso, las convocatorias han sido y serán abiertas a todos quienes trabajen fundamentalmente sobre América Latina. Dos motivos nos han impulsado a desarrollar esta línea de trabajo: por un lado, la necesidad de

establecer diálogos entre historiografías que muchas veces comparten intereses y enfoques pero tienen muy poco contacto institucional e intelectual; por otro lado, la constatación de que para entender varios fenómenos históricos del siglo XX es necesario ir a la vez más allá y más acá de los límites de la nación y el Estado. En este sentido, queremos motivar investigaciones de lo local y lo transnacional, es decir, escalas que pongan en cuestión la centralidad que la historia nacional ha tenido en nuestra historiografía (y en tantas otras).

La revista surge en un particular momento de nuestras ciencias sociales. Los impulsos dados por la Universidad de la República y la Agencia Nacional de Innovación e Investigación (ANII) a la profesionalización de nuestra academia y su adecuación a los criterios de producción y evaluación predominantes en los países centrales tienen también un impacto sobre la forma de concebir un proyecto editorial de estas características. Por encima de los riesgos de imitación acrítica, los editores de *Contemporánea* apostamos al efecto positivo de estos procesos sobre la manera en que hacemos historia en Uruguay. Por eso, nos hemos esforzado por cumplir con los criterios que hoy definen a una revista académica arbitrada. Al mismo tiempo, queremos expresar nuestro deseo de que la opción por la profesionalización no vaya en detrimento del contacto con otros públicos lectores que en el caso uruguayo siempre ha tenido la producción historiográfica del más alto nivel.

Antes de cerrar esta breve presentación, creemos imprescindible señalar que somos plenamente conscientes de que *Contemporánea* trasciende el trabajo y la voluntad de sus editores. Ha sido posible gracias al apoyo de un comité asesor integrado por Gerardo Caetano, Alvaro Rico y José Rilla, quienes se mostraron muy entusiastas frente a nuestro planteo inicial. Cuenta con aval institucional de los servicios donde trabajamos: el Archivo General

de la Universidad de la República, el Centro de Estudios de Interdisciplinarios Uruguayos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y el Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales. La Comisión Coordinadora de la Comunicación Central de la Universidad de la República ha hecho posible su publicación. También recurrimos a muchos amigos y colegas, especialmente los del grupo de asistencia editorial, que nos ayudaron a hacer frente a los múltiples requerimientos que plantea una revista de este tipo. Tuvimos, por último, la suerte de poder conformar un comité académico plural en cuanto a pertenencias institucionales, orígenes nacionales, áreas de estudio y hasta composición generacional, cuyos integrantes nos han honrado con su participación.

Queremos, para terminar, recordar el momento preciso en que este proyecto, más de una vez imaginado por sus editores en años de trabajo conjunto, logró concretarse con el nombre de *Contemporánea*. Fue en setiembre de 2009, justo después de la muerte de José Pedro Barrán. Sentimos entonces (y seguimos sintiendo hoy) que se trataba de una pérdida irreparable para la historiografía uruguaya, entre otras razones, porque Barrán fue uno de los últimos intelectuales que reunió el consenso y la admiración de la comunidad local de historiadores y que logró vincular diferentes visiones del trabajo historiográfico. Conscientes de la imposibilidad de sustituir ese lugar y esa función, pero haciéndonos cargo del desamparo que nos dejaba su ausencia, pretendimos crear una instancia para establecer puentes y diálogos en esta comunidad fragmentada. En la medida en que empezamos a cumplir con ese objetivo, podremos decir que *Contemporánea* nació también como un homenaje al maestro.

Aldo Marchesi, Vania Markarian, Jaime Yaffé

El espejo francés

Manifestaciones del conservadurismo uruguayo ante el régimen de Vichy

Mauricio Bruno¹ y Nicolás Duffau²

Resumen

Este trabajo examina la recepción entre distintos actores de la sociedad uruguayo de las ideas imperantes en el gobierno francés instaurado en Vichy en junio de 1940 como resultado del armisticio celebrado entre los gobiernos francés y alemán tras los enfrentamientos que ambas naciones sostuvieron durante la Segunda Guerra Mundial. El régimen de Vichy servirá como referencia para analizar la recepción de sus ideas en territorio uruguayo, sobre todo entre los grupos conservadores que vieron con buenos ojos la propuesta de restaurar públicamente los “valores tradicionales franceses” –desde una perspectiva católica y nacionalista– enterrados por la obra del materialismo y el liberalismo. Para varios medios de prensa y actores políticos uruguayos, la situación de Francia fue un “espejo” ya que, desde su óptica, muchos de los “vicios” de la sociedad francesa, que el gobierno de Vichy buscaba eliminar, estaban también presentes en la sociedad uruguayo.

Palabras clave: conservadurismo, liberalismo, catolicismo, nacionalismo

Abstract

This paper examines the reception that the ideas of the Vichy regime, which resulted from the armistice between France and Germany during World War Two, had among different political actors of Uruguayan society. Conservative actors in Uruguay welcomed the restoration of “traditional French values” proposed by Vichy, emphasizing catholicism and nationalism over “modern” ideological trends like materialism and liberalism. From their perspective, the situation in France became a “mirror” for contemporary events in Uruguay because they contented that the social “vices” that the Vichy government intended to eradicate were also affecting their own country.

Key words: conservatism, liberalism, catholicism, nationalism

1 Docente e investigador del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

2 Docente e investigador del Departamento de Historia Universal de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Introducción³

El estudio de la producción, lectura, traducción, interpretación y apropiación de un determinado cuerpo de ideas es uno de los tópicos ineludibles en la producción historiográfica actual sobre la circulación de ideas. El concepto de recepción da cuenta de un proceso de producción/difusión intelectual en el que es necesario discriminar a productores, difusores, receptores y consumidores de las ideas (aunque estos roles pueden ser asumidos en forma simultánea por un mismo sujeto). Tal como ha planteado Horacio Tarcus la recepción “es un proceso activo por el cual determinados grupos sociales se sienten interpelados por una teoría producida en otro campo de producción” e intentan “adaptarla a su propio campo.”⁴ Este “consumo de un cuerpo de ideas” por parte de un supuesto lector, que puede respetar el contenido de esas ideas o interpretarlas-modificarlas, es lo que garantiza su difusión y lo puede convertir en un nuevo productor de contenidos.⁵ En este caso nos detendremos en los dos últimos momentos de esta secuencia (que nunca es lineal) a través de los receptores y difusores locales de las ideas imperantes en el gobierno francés instaurado en Vichy en junio de 1940.

Conocida como el “régimen de Vichy”, esta administración fue el resultado del armisticio celebrado entre los gobiernos francés y alemán tras los enfrentamientos que ambas naciones sostuvieron apenas iniciada la Segunda Guerra Mundial. Como resultado del acuerdo –realizado en el marco de una notoria derrota militar francesa–, una parte del territorio del país galo –zonas centro, norte y oeste, con París como capital– permaneció ocupada militarmente por los alemanes, mientras que en la región sureste se instaló un gobierno conducido por franceses –aunque muy sujetos a la presión alemana– al mando del Mariscal Philippe Pétain, cuyo centro estuvo instalado en la ciudad balnearia de Vichy.

Tomando como referencia ese acontecimiento histórico estudiaremos, a través del análisis de algunos medios de prensa y de la obra de pensadores del período, la recepción de las ideas del gobierno de Vichy en territorio uruguayo, sobre todo entre quienes vieron con buenos ojos este movimiento, que se propuso públicamente restaurar los “valores tradicionales franceses” –desde una postura nacionalista y católica–, enterrados por la obra de más de un siglo de “predominio liberal”.⁶ Para varios medios de prensa y actores políticos uruguayos de la época, la situación de

3 El artículo resume los puntos más sobresalientes de una investigación más extensa, por lo cual es importante señalar que algunos de los actores estudiados en nuestro trabajo original quedarán por fuera del análisis o no recibirán la misma consideración. El herrerismo es un ejemplo ya que, tomando en cuenta su situación durante la Segunda Guerra Mundial, consideramos que deberíamos elaborar un artículo específico sobre la cuestión. De todos modos prestaremos atención a algunas de las posturas asumidas por el herrerismo en su lectura de la situación francesa.

4 Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 31.

5 Si bien es claro que la forma de priorizar y distribuir la información cablegráfica trae implícita una toma de posición, no utilizamos cables de agencias telegráficas, ya que optamos por centrarnos en los contenidos producidos en el Uruguay.

6 Sin dejar de reconocer que se trató de un espectro político y social heterogéneo, y sabiendo que sería necesario estudiar en detalle cada caso, decidimos englobar a todos estos sectores como “conservadores”. Por extensión, y siguiendo a José Pedro Barrán, utilizamos el término para definir aquellas formas de pensamiento tendientes a mantener el orden establecido, la oposición a las revoluciones sociales, la valoración de la tradición, la exaltación del principio de autoridad, la oposición al igualitarismo y la jerarquía de la Iglesia Católica. En el caso uruguayo, también se puede identificar el rechazo a la reforma social, económica y moral del batllismo y su idea cosmopolita de la nacionalidad. Barrán señala que las posiciones conservadoras lograron cierta cohesión durante la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez y anudaron sus vínculos,

Francia fue un “espejo” en el cual mirarse ya que, desde su óptica, muchos de los “vicios” de la sociedad francesa de la preguerra, que el gobierno de Vichy buscaba eliminar, se encontraban también presentes en la “afrancesada” sociedad uruguaya.

El espacio político que expresó simpatías por el régimen de Vichy conformó un amplio abanico dentro del cual se encontraron tanto sectores que, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, apostaron a la posición de neutralidad irrestricta, como otros que fueron admiradores del régimen nazi (en ocasiones también partidarios de la neutralidad), e incluso algunos que adoptaron posturas claramente pro-aliadas. En este sentido, nos adentramos en el estudio de una posición que, desde el punto de vista de la memoria histórica, suele quedar oculta bajo el fuerte peso simbólico de la dicotomía “aliados” versus “nazi-fascistas”. El análisis de las posiciones concretas adoptadas en esa coyuntura da cuenta de que, por lo menos para algunos períodos de la guerra, las fronteras entre los bandos no estuvieron claramente definidas.

El estallido de la guerra y las prevenciones locales ante el nacionalsocialismo

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en setiembre de 1939, además de conmocionar a la opinión pública uruguaya, puso en debate los problemas de la seguridad nacional y de la defensa hemisférica. Al comienzo de la guerra la política exterior siguió los lineamientos trazados en las conferencias panamericanas de 1939 y 1940, esto es, el mantenimiento de la posición de neutralidad, adoptada por el decreto del 5 de setiembre de 1939. No obstante, el desenlace de los acontecimientos conllevaría un cierto acercamiento del Uruguay hacia las posiciones pro-aliadas, en lo que el historiador Juan Oddone denominó “una neutralidad comprometida”.⁷

Durante la presidencia de Alfredo Baldomir (1938-1942), el canciller Alberto Guani se constituyó en una figura política de relevancia y logró conciliar una posición oficial de neutralidad con actitudes que expresaron la simpatía del gobierno uruguayo por el bando aliado (en principio Gran Bretaña y Francia), así como su apoyo a la política de defensa hemisférica impulsada por los Estados Unidos. Sin embargo, y pese al acercamiento hacia el bando aliado, pervivía a fines de la década de 1930 y comienzos de 1940 el peso de distintas posiciones antiliberales cercanas al conservadurismo y, en muchos casos, al fascismo y al nacionalismo español. Aunque esta temática ha sido escasamente atendida por la historiografía uruguaya, la compulsa de algunas investigaciones nos permite señalar que las organizaciones que respondían a esas corrientes tuvieron una activa militancia en el período, que se expresó a través de su influencia en varios medios de expresión

lo que provocó que el herrerismo, el catolicismo y la fracción riverista del Partido Colorado, todos opositores al batllismo en las elecciones del 30 de julio de 1916 (primeras con sufragio universal masculino), unieran sus principales ideas en materia social y económica. Por su parte, lo que Barrán llama “las clases conservadoras” desde el punto de vista social, sin representación política directa, apoyaron las posturas opositoras al batllismo. José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos, 1870-1933* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2004). Esta alianza, no siempre política, pero sí importante en el terreno de los valores y las ideas, sobrevivió durante las décadas de 1920 y 1930, e incluso, si seguimos a Gerardo Caetano y Raúl Jacob, el golpe de Estado de Gabriel Terra tuvo en los representantes del pensamiento conservador parte de su base política. Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo: El golpe de Estado* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991), 140-1.

7 Juan Oddone, *Uruguay entre la depresión y la guerra, 1929-1945* (Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1990), 202.

escrita y en la realización de algunas manifestaciones públicas.⁸ La mayoría retomó, o continuó, con lo que José Pedro Barrán identificó como algunos valores típicos del pensamiento conservador uruguayo: anticomunismo, xenofobia, exaltación del esfuerzo personal, conciencia de los deberes antes que de los derechos y del sacrificio como virtud pública y privada.⁹

La influencia de estas organizaciones sobre la opinión pública se vio deteriorada conforme se fue desarrollando la Segunda Guerra Mundial, dado el posicionamiento proaliado del gobierno, que fue acompañado en gran medida por la ciudadanía. La presidencia de Alfredo Baldomir, iniciada en 1938, el quiebre de la alianza entre los colorados “marzistas” –tal como se llamaba a los partidarios de la dictadura terrista– con el herrerismo, las inclinaciones proaliadas del Uruguay y las disposiciones legislativas antinazis impusieron en el país un clima poco favorable a las posiciones ideológicas o políticas vinculadas al nazifascismo.

Los distintos mecanismos legales y sobre todo las sanciones que se impusieron a las formas de organización consideradas antidemocráticas, provocaron la pérdida del peso político que había disfrutado en la década de 1930.¹⁰ El 13 de mayo de ese año se había creado, a raíz de denuncias presentadas por el senador socialista José Pedro Cardoso, la Comisión Investigadora de Actividades Antinacionales que indagó la actuación del Partido Nacional Socialista en Uruguay. Como señala atentamente María Camou, la investigación –al menos la que se conoció públicamente– se limitó a las supuestas actividades de conspiración encabezadas por alemanes en Uruguay, pero no indagó en posibles (y probables) conexiones entre los conspiradores y políticos o militares uruguayos.¹¹

La creación de la comisión parlamentaria que investigó las actividades antinacionales provocó que el ámbito de influencia y acción de las organizaciones con simpatías nazifascistas se redujera considerablemente. Su posibilidad de actuar públicamente fue herida de muerte en el año 1941 con el desafuero del diputado colorado Alejandro Kayel –acusado de nazifascista– y la clausura del periódico *Libertad*. Esta decisión se debió a los incidentes que se sucedieron en la ciudad de Durazno el 29 de junio de 1941, en un acto a beneficio de la Cruz Roja italiana, que culminó con el saldo de un manifestante muerto a raíz de los enfrentamientos entre simpatizantes del nazismo y sus opositores.¹²

La guerra, como vemos, había llegado al Uruguay. Más que en el terreno militar, la misma se jugaba principalmente en el campo político-ideológico. Las tendencias políticas internacionales se reproducían –con sus especificidades– a nivel local. Y más allá de “totalitarios” y “demócratas” (tal como rotulaba la propaganda oficial según se fuese simpatizante del Eje o de los Aliados), el

8 Para conocer más en profundidad el funcionamiento de estas organizaciones, así como las inclinaciones ideológicas de sus componentes se pueden ver los trabajos de Clara Aldrighi, Alfredo Alpini, María Camou, todos citados a lo largo del artículo.

9 J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 142-3.

10 La ley número 9936, aprobada por la Asamblea General el 18 de junio de 1940, estableció la definición de “asociaciones ilícitas” y brindó un marco legal para su disolución. Véase: *Registro Nacional de Leyes, Decretos y otros documentos de la República Oriental del Uruguay* (Montevideo: Imprenta Nacional, 1941), 365-6.

11 María Camou, “Los años del ‘vuelco’: Las relaciones políticas, económicas y comerciales entre Alemania y Uruguay y los sectores de influencia nacional socialista en el Uruguay, 1938-1942”, *Cuadernos del CLAEH* 52 (1989), 29.

12 La documentación sobre estos incidentes, se puede consultar en el Archivo Histórico Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay (en adelante AMREU), Fondo MRREE, serie 1.64 Uruguay, caja 19, carpetas 9 y 10.

curso de la guerra vendría a demostrar que no todo era tan sencillo en cuanto a posicionamientos, y que podían existir quienes, bregando por la victoria aliada, podían declarar al mismo tiempo no ser “antifascistas obnubilados”.¹³

Francia advierte

En mayo de 1940, el ejército alemán (que ya había conquistado parte de Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Dinamarca y atacado Bélgica, Holanda y Luxemburgo) atravesó las Ardenas e inició la avanzada sobre Francia. La derrota francesa fue total y en menos de un mes la bandera con la cruz gamada flameó sobre la Torre Eiffel. El 22 de junio, el Mariscal Philippe Pétain, héroe de la Primera Guerra Mundial y responsable de la defensa francesa ante la invasión nazi, firmó un armisticio con las autoridades alemanas que puso fin a las hostilidades. El 1º de julio la ciudad de Vichy, famoso balneario que, con su gran cantidad de hoteles, ofrecía la mejor solución práctica al problema de conseguir locación física para las oficinas gubernamentales (París estaba ocupada militarmente por los alemanes) fue adoptada como sede del gobierno.

El 19 de junio, las cámaras legislativas francesas aprobaron una propuesta para que se concediesen a Pétain plenos poderes para redactar una nueva Constitución. A partir de entonces el Mariscal comenzó a gobernar a través de Leyes Constitucionales. La primera, del 11 de julio, lo declaró “Jefe del Estado francés”. La segunda, del mismo día, le atribuyó las competencias del Poder Legislativo hasta la formación de nuevas asambleas. Por medio de una tercera ley constitucional, el Senado y la Cámara de Diputados aplazaron sus sesiones hasta nuevo aviso.

Rápidamente Pétain anunció las medidas de fondo que debían tomarse para encarar la obra de reconstrucción de Francia. El 11 de julio de 1940 el nuevo régimen dio cuenta del grado de ruptura que pretendía respecto al pasado al anunciar que tanto el capitalismo como el socialismo quedarían desterrados.¹⁴ Una serie de comunicaciones públicas posteriores fueron sentando las bases de la doctrina que bajo el nombre de “Revolución Nacional”, partía de una completa negación de los postulados republicanos que, según su interpretación, habían llevado a la nación francesa a una situación de crisis moral que había desembocado en la humillante derrota militar. En contrapartida, levantaba los valores del nacionalismo, la autoridad fuerte e incontestada, la jerarquía social y la preocupación del Estado por la suerte de los sectores menos favorecidos económicamente, en un tono cristiano que se vinculaba más con la tradicional derecha católica que con las experiencias del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, aunque admitiera “abreviar” en ellas.¹⁵

En sucesivos discursos Pétain defendió la jerarquía social, el gobierno de las elites, así como una obra consciente en pos de la eliminación de la lucha de clases, tarea en la cual quedaba reservado un papel importante para el “gremialismo” controlado por el Estado.¹⁶ Otra de las cuestiones que encaró directamente fue la necesidad de refundar el sistema educativo, erradicando un tipo de educación “libresca” y “teórica” e implantando una escuela que atendiera la formación en cues-

13 *La Idea nueva*, 11 de junio de 1940, 1

14 Philippe Pétain, “Llamado del 11 de julio de 1940”, en *Habla el Mariscal: Mensajes y escritos, 1934-1941* (Buenos Aires, Taladriz, 1942), 55.

15 Una síntesis de los principales postulados de la Revolución Nacional en Julian Jackson, *The dark years, 1940-1944* (Oxford: Oxford University Press, 2003), 149-167.

16 P. Pétain, *Habla el Mariscal*, “Mensaje del 11 de octubre de 1940”, 71-3.

tiones prácticas, así como inculcara los “verdaderos valores”. Solo la educación eliminaría “la falsa idea de la igualdad natural de los hombres” por “la idea necesaria de la igualdad de las posibilidades dadas a todos los franceses para probar su aptitud para servir”.¹⁷ Paralelamente, tomó una serie de decisiones que iban en la línea de una profundización de los contenidos de la “Revolución Nacional”. Quedó prohibida la actividad de los grupos políticos, se suspendieron los sueldos parlamentarios, se excluyó a los jefes masones de los empleos en el gobierno, se reforzó la policía y se ajustaron los controles económicos. Finalmente, Pétain anunció que juzgaría personalmente a los “responsables de nuestro desastre”, es decir a los principales dirigentes políticos de la preguerra.

Para una mejor comprensión de la recepción que los sectores conservadores nacionales realizaron de estas ideas, es pertinente realizar algunos señalamientos acerca del pensamiento conservador uruguayo y del estado de las relaciones culturales existentes entre nuestro país y Francia.

El politólogo francés Denis Roland, quien se ha especializado en las relaciones internacionales entre Europa y América Latina, sostiene que la valoración positiva que se tenía en este continente de la cultura francesa se encontraba, a comienzos de la década de 1940, en pleno proceso de decadencia. Según su interpretación, el desfase que una parte importante de la ciudadanía latinoamericana sintió hacia Francia, se debió a la afirmación paralela de un corpus ideológico panamericanista, así como a la actividad diplomática, las misiones militares y la propaganda alemana antifrancesa producida durante y después de la Primera Guerra Mundial.¹⁸ Complementando esta visión Carmen de Sierra sostiene que el alejamiento de la producción intelectual uruguayo de la cultura francesa en las décadas de 1930 y 1940 se debió a un proceso local de la cultura nacional, provocado por el carácter “crítico, objetivista, desacralizador de los grandes mitos e idealizaciones de países, naciones o continentes, ‘modelos’ a imitar, adaptar y copiar”.¹⁹ Esta postura constituiría una diferencia de importancia en el plano epistemológico y metodológico en relación con las generaciones de intelectuales del Uruguay de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, que no evitaron la fascinación y deslumbramiento ante los adelantos y virtudes de los países cabezas del desarrollo económico o político moderno: Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos.

Asimismo, debe recordarse el peso que había adquirido en Uruguay, durante el régimen terrista, un conglomerado político conservador esencialmente antibatllista, de larga actuación en el país. Entre los propósitos de los grupos que acompañaron a dicho régimen se encontraba el intento de borrar las formas de nacionalismo cosmopolita de las primeras décadas del siglo XX que se basaban en el respeto de valores y figuras tanto nacionales como internacionales. Los grupos “marzistas” consideraban esta idea como disolvente de la nacionalidad por lo que intentaron imponer un nuevo nacionalismo, que exaltó los símbolos y las efemérides del país. En esa cruzada contra las ideas “extraviadas” se combatieron varios de los postulados cercanos a Francia, como ser las tres ideas fundamentales de la Revolución de 1789: Libertad, Igualdad, Fraternidad.²⁰

17 P. Pétain, *Habla el Mariscal*, “La educación nacional”, *Revue des Deux Mondes*, 187.

18 Denis Rolland, “Conflicto y crisis de representaciones: ¿la Segunda Guerra Mundial: ordalías del modelo francés en América Latina?”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* VI (1995).

19 Carmen De Sierra, “Marcha en el contexto político-económico internacional del siglo XX”, en Mabel Moraña y Horacio Machín, *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003), 65.

20 Alfredo Alpini, “Uruguay en la era del fascismo” en *Relaciones* 184.

Este contexto, al interior del cual debe analizarse la interpretación que los sectores conservadores dieron a la derrota militar francesa, aporta algunas pistas sobre los motivos por los que la crítica al modelo político liberal de origen francés logró una extensión considerable en la opinión pública. Las palabras de los sectores conservadores sobre esta cuestión incluyó también una toma de posición respecto a la política local: una condena a un Uruguay que en 1940 (no obstante los contrapesos que comenzaba a imponer la política panamericanista y los que había implicado la experiencia política dictatorial de la década de 1930), permanecía identificado con los valores liberales derivados de la Revolución Francesa, merced a la larga influencia batllista producida fundamentalmente durante las tres primeras décadas del siglo XX.²¹

Las ideas del régimen de Vichy tuvieron eco entre algunos sectores que vieron en Pétain la encarnación de un proyecto político capaz de revertir el proceso de pérdida de ascendencia del catolicismo tradicional sobre las sociedades occidentales debido al avance del liberalismo materialista. En este sentido, el caso de Francia venía a sumarse a la reciente crisis vivida por el pueblo español, que había estado a punto de caer en las garras del “comunismo internacionalista”. La afinidad ideológica que existía entre los círculos aliadófilos del Uruguay con las experiencias políticas de España y Francia inmediatamente anteriores a los regímenes de Francisco Franco y Philippe Pétain respectivamente, obligaba a la derecha uruguaya a prestarle especial atención a dichos procesos, sobre todo en un contexto en el cual el curso de la guerra era todavía incierto, y por lo tanto no era descabellado pensar en el escenario de un Uruguay entrando en crisis, como le había sucedido a Francia, por no estar preparado para afrontar los acontecimientos.

En la derecha uruguaya, sobre todo la vinculada orgánica o ideológicamente a las jerarquías eclesíásticas, existía una comunidad espiritual aglutinada por tradiciones y valores comunes, que abarcaba a los territorios influenciados directamente por la religión católica y, aunque en un plano más alejado, por el cristianismo en general. Dentro de esta “comunidad imaginada”, Francia (aunque no tanto como España) ocupaba una posición importante. Las posturas de los sectores conservadores, con todo, presentaron algunas variaciones según sus diferentes sesgos ideológicos.

La experiencia del gobierno del Frente Popular, fue la primera referencia del pensamiento conservador uruguayo a la hora de interpretar la derrota francesa. *Atención*, decidido defensor de régimen nazi, puso el énfasis en la “ineptitud” política de los dirigentes franceses, sobre todo los del Frente Popular, en algunos casos conjugada con su procedencia judía. Así, sostuvo que “los verdaderos causantes de la perdición de Francia” eran “Blum, Mardel [sic, Mandel], Zay, Rothschild y todos los otros judíos financistas y políticos del frente popular”.²² Posteriormente, insistió con la “corrupción” imperante en la Francia gobernada por la mencionada coalición izquierdista y con sus claras diferencias con “la nueva Francia”, “gestada en el fragor de la batalla y surgida de entre las ruinas de la derrota”, la cual tenía como mandato imperativo “arrojar de su seno a los judíos que tan liberalmente acogió en el [17]89”. El nuevo gobierno francés tendría que combatir a los judíos que “merced al liberalismo pudieron dominar al mundo” y ahora “deben ser desenmascarados por el mismo país que fue causa de ese liberalismo”.²³

21 La identificación del batllismo con el jacobinismo era un elemento frecuente en la interpretación de los sectores conservadores uruguayos. Al respecto véase Álvaro Rico, “A doscientos años de la Revolución Francesa: Tercer Batllismo y Jacobinismo”, en *Anales de la Junta Regional de Historia y Estudios Conexos* 1 (1989).

22 *Atención*, junio de 1940, 1.

23 *Atención*, julio de 1940, 1.

Entre los medios católicos, la reacción inmediata ante la noticia de la caída de Francia fue de decepción. Aunque se atenuó el costado antisemita de la crítica, también se arremetió contra León Blum y los principales dirigentes del Frente Popular. *El Bien Público* consideró a los dirigentes del Frente Popular francés como los responsables de la derrota, en la medida en que habían propiciado la decadencia moral que antecedió al conflicto bélico, y expresó su algarabía por la persecución que las fuerzas totalitarias realizaban sobre Blum.²⁴ Por su parte, otro diario católico, *Los Principios* del departamento de San José, la emprendió contra Blum citando palabras del reconocido pronazi uruguayo Adolfo Agorio, demostrando con ello cómo la derecha católica uruguayo podía conjugar una posición antinazi en lo referente al conflicto bélico internacional con una coincidencia de conceptos a la hora de juzgar la situación social francesa previa a la guerra (así como también, vale decirlo, la situación uruguayo contemporánea): “Nunca he cesado de admirar y amar a esta gran nación, crucificada por demagogos desenfrenados que, con Blum a la cabeza, defendían el incesto para desorganizar a la familia, perseguían a la religión, desarticulaban la economía reduciendo las horas de trabajo y fomentaban a los intrigantes y delatores”. De ese modo, según esta visión, habían expulsado a los más brillantes militares porque querían “arrancar de raíz la traición del parlamento demagógico, donde había, al igual que acá, quienes trabajan únicamente de ‘diputados’, vale decir, hombres sin profesión que abusaban de sus inmunidades para calumniar e incitar al delito”.²⁵

Los comunistas tampoco quedaron exentos de culpas en la interpretación de la derrota francesa. Durante el mes de mayo, mientras el enfrentamiento entre alemanes y franceses todavía continuaba, el órgano católico de Trinidad, *La Idea Nueva*, señaló que el gobierno del Frente Popular francés era “de corte netamente comunista, acariciador de los déspotas de Moscú”. La “muerte” de Francia a manos de las hordas nazis “había sido preparada desde dentro, por quienes, según se ha denunciado, entregaban sin temores secretos militares franceses a otros bárbaros de Moscú que, al fin y a la postre, se dieron el abrazo del pacto Berlín-Moscú”. Y advirtió que “ello debiera servir de ejemplo a quienes aquí, entre nosotros, creen servir a la Democracia mientras caen lamentablemente en la izquierda extrema, despreciando los valores espirituales, despreciando todo lo que signifique Patria, cultura y civilización cristiana”.²⁶ En el fondo, y según *El Bien Público*, el comunismo buscaba “minar” “la contextura de las naciones” por lo cual su existencia “como grupo orgánico debe ser objeto de una profunda revisión y sanción”.²⁷

A través de las páginas de *El Bien Público*, el responsable de la sección Internacional, escudado bajo el seudónimo de Federico, defendió al Mariscal de las acusaciones que recibía desde otras tiendas políticas, y argumentó a favor del nuevo gobierno intentando borrar todo indicio de totalitarismo. Para el articulista la situación en Francia respondía a la existencia de una “autoridad firme, imprescindible en este momento en que la nación no puede perder tiempo en discusiones bizantinas”, situación que distaba del totalitarismo, “porque el totalitarismo es una doctrina y

24 *El Bien Público*, “León Blum en la ratonera”, 23 de junio de 1940, 3.

25 *Los Principios*, 22 de junio de 1940, 1.

26 *La Idea nueva*, 24 de mayo de 1940, 1.

27 *El Bien Público*, 16 de mayo de 1940, 3. En 1941 la Agrupación Patria-Orden-Libertad del Partido Nacional impulsó un proyecto de ley presentado por los representantes Miguel Pringles y Miguel Buranelli para disolver el Partido Comunista y declararlo comprendido dentro de la Ley de Asociaciones Ilícitas (*Patria*, “Un proyecto que debe aprobar el parlamento”, 23 de enero de 1942, 3). La nota, publicada por el semanario de una de las fracciones del herrerismo, exigía a las autoridades nacionales poner en consideración de los ámbitos deliberativos correspondientes la referida propuesta, que finalmente quedó trunca.

una ética que no se transparentan de esta actitud que tiene un sentido simple y puro de defensa nacional”.²⁸ El diario católico llamó a la construcción de un nuevo orden social, que abandonara al gran derrotado de la contienda, “el liberalismo y toda su secuela de errores, mentiras, contradicciones, claudicaciones y apostasías”.²⁹

También *Civismo*, el semanario vocero de la Unión Cívica, defendió la figura de Pétain, no sin cierta ironía hacia quienes consideraban al Mariscal como “fascista” y responsable de la derrota francesa. Por el contrario, para este medio los responsables de la derrota francesa eran los hombres “del Frente Popular ... que dejaron a Francia en la peor de las bancarrotas” y no aquellos que “en el momento del desastre tienen la valentía de hacer frente a la situación”.³⁰ Ahora el país galo contaba con un líder “probo”, “como Pétain que toma la responsabilidad del orden para evitar el caos”, atacado por “una fácil literatura de café [que] pretende someternos a la dictadura mental de hacer pasar por simples traidores, a estas grandes figuras, olvidándose a los demagogos de ayer, a los sectarios, a los arrivistas [sic], a toda la clase política del fanatismo cerril, que incubó el desastre y vivió de la declamación, de los grandes presupuestos nacionales”.³¹

La derrota francesa abrió, al mismo tiempo, un debate político (con visos historiográficos) sobre la Revolución Francesa.³² Este aspecto es interesante además para detenernos en las construcciones (y usos) que sobre el pasado realizaron los sectores conservadores.

La Revolución era interpretada como “el mal” no solo por lo que conllevaba de subversión del orden establecido, sino también porque había permitido la aparición de teorías políticas y de una ingeniería social basada en la razón humana que descuidaba la tradición y promovía un profundo rechazo a la autoridad.³³ *Atención* se refirió en reiteradas ocasiones a la decadencia de la “civilización latina” iniciada con la Revolución Francesa, pero en un ejercicio de casuística encontró raíces más profundas para explicar el fenómeno revolucionario de 1789, que llegaban a “los días del Renacimiento, época en la cual las altas clases sociales iniciaron un movimiento filosófico, social y artístico para reivindicar la estética del paganismo y cuyo resultado fue el humanismo”. Durante el Renacimiento y la Revolución Francesa, la unidad cristiana había sido atacada y “los judíos liberados de las trabas que a sus nocivas actividades había impuesto el medioevo [,] se mezclaron con los cristianos y de inmediato los efectos de tan descabellada imprudencia se hicieron sentir”.³⁴ Los conservadores laicos coincidieron con los católicos en que la “nueva Francia” de Pétain, estaba cumpliendo con el objetivo de expurgar los males a través del corporativismo y de una nueva visión social, la “vuelta al orden teocéntrico de la Edad Media ... como el mecanismo temporal, sujeto a lo espiritual, donde los deberes justifican y orientan los derechos”.³⁵

28 *El Bien Público*, 13 de julio de 1940, 3.

29 *El Bien Público*, 27 de junio de 1940, 3.

30 *Civismo*, 27 de julio de 1940, 8.

31 *Civismo*, “La caída de Francia es una lección para la Democracia”, 7 de setiembre de 1940, 2.

32 La interpretación conservadora sobre los acontecimientos de 1789 sobrevivió en nuestro país desde fines del siglo XIX (J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 79-82).

33 Los detractores uruguayos de la Revolución Francesa se habían formado al calor de las lecturas de intelectuales de derecha de aquél país, como Maurice Barrès, Charles Maurras, Charles Péguy, Louis Veillot y Eduard Drumont, quienes, con distintos niveles de apreciación, eran católicos, promonárquicos, antisemitas y condenaban la nivelación social iniciada por el proceso revolucionario (Ibíd., 56).

34 *Atención*, diciembre de 1940, 3.

35 *El Bien Público*, 14 de julio de 1940, 3.

Los grupos conservadores consideraron a la democracia liberal como hija de este proceso y entendieron que la misma atentaba contra los intereses de la nación porque dividía la sociedad en base a los intereses particulares, los cuales rompían con los valores de la patria. En su interpretación, la democracia liberal moderna exponía a la sociedad a un constante peligro de disolución, debido a la atomización de los individuos y a la creciente indiferencia que vivían ante el interés público y la autoridad. Asimismo rechazaron la concepción liberal de la nación, que entendía a tal entidad como una suma de individuos, y se inclinaron por otra que la interpretaba como un sujeto vivo, con fines completamente distintos a los particulares. Esa unidad “espiritual” y la visión organicista de la nación eran sustentadas por las elites católicas y conservadoras, en especial del Partido Nacional, que trataban de preservar a la “patria” del mal que podían ocasionar los enemigos externos.³⁶ Esta corriente consideraba a la nacionalidad “determinada en primer término por fenómenos inconscientes, involuntarios o biológicos: origen común, raza, lengua, religión, costumbres, tradiciones”³⁷, en el marco de una concepción que proclamaba la “integridad” de la nación, más que como una necesidad, como un destino cuyo incumplimiento encarna un grave peligro.

En un contexto de crisis del liberalismo político, llamaron a dar vuelta la página de la “época de las luces” y elaboraron un discurso que recogió los elementos constitutivos de la modernidad para exaltar todas sus potencialidades destructivas. La caída de Francia en 1940 demostró, según esta corriente de opinión, la incapacidad del liberalismo para gobernar y el inicio de una nueva era vinculada a la conformación de estructuras políticas integrales. La caída de la Tercera República francesa, con la derrota ante Alemania, abría las puertas para pensar una nueva concepción de democracia. Entre las distintas visiones, la idea que cobró más fuerza propuso la organización de la sociedad según sus actividades (corporaciones), que tendrían un lugar representativo en el Estado. Esta postura, presente en varios de los medios de prensa analizados, fue expuesta, entre otros, por *Civismo*, cuando sostuvo respecto a la “nueva democracia”: “Queremos que todas las fuerzas productivas de la nación organizadas en corporaciones puedan hacer pesar de manera eficaz sus criterios en los actos fundamentales del Estado ... El Jefe del Estado deberá ser nombrado por la nación y no por obra exclusiva de los partidos. Estos son asociaciones artificiales que no podrán tener en una democracia orgánica los derechos abusivos que hoy detentan. Mas hasta podían desaparecer dado que son agrupaciones circunstanciales y no elementos bases ni primordiales de la democracia”.³⁸

En un llamamiento realizado a “defender la nación”, *El Bien Público* enumeró todos los males que, a su entender, aquejaban a nuestro país y que tenían antecedentes en el “decadentismo” francés. En esta interpretación, la inmoralidad de ciertas prácticas y la existencia de corrientes políticas “materialistas” eran obra de los “enemigos de la nacionalidad”, es decir de aquellas personas “que no vuelcan toda su personalidad a la armonía nacional [y] entre ellos hay extranjeros

36 *El Debate*, vocero del herrerismo, las fracción más conservadora del Partido Nacional, continuó, como señala Clara Aldrighi, con una campaña iniciada en la década de 1930 y se opuso a la apertura inmigratoria, en el entendido de que ésta originaría la llegada de personas capaces de provocar “el contagio de los problemas de razas y de clases que nada tienen que hacer en nuestro país, donde se vive un ambiente de paz y tranquilidad, amparado por un profundo sentimiento democrático y por un justo anhelo de prosperidad y engrandecimiento”. *El Debate*, 31 de mayo de 1940, 5.

37 Clara Aldrighi, “La ideología antisemita en Uruguay: su contexto católico y conservador (1870-1940)”, en AAVV, *Antisemitismo en Uruguay* (Montevideo: Trilce, 2000), 147.

38 *Civismo*, “Porqué y de qué manera somos demócratas”, 7 de setiembre de 1940, 9.

que no son comunistas, ni nacis [sic], que vienen al país a vivir pero no a sentir al país, que nunca lo sentirán que siempre serán elementos negativos y opacos para todo problema vital interno". Y también había "muchos criollos, esos que encuentran todo el país en la quiniela, el juego, el tanguero, la pornografía teatral, la pasquinería periodística, y que encuentran en las autoridades los aliados más estimulantes de su devenir social". E instaba a "abrir los ojos" y ver "el ejemplo de Francia carcomida por sus defecciones sociales", porque "los enemigos de la nacionalidad son todos nuestros defectos", dado lo cual era imprescindible bregar por "una nacionalidad bien constituida con idealismo de fondo, sin lirismo, con patriotismo substancial, sin improvisaciones; con vida social coherente, sin divorcios de clase ni de partidos; con un orden social servido por todos espontáneamente".³⁹

El catolicismo, en el nuevo orden, readquiriría su rol civilizador, posibilitando una suerte de revancha frente a las fuerzas políticas con las que se identificaba el batllismo, que habían llevado adelante una persecución a la Iglesia. *Civismo* enumeró todos los defectos morales de la sociedad francesa y su juventud, que "llevaba una vida muelle y sensual", lo cual era fruto de la "enseñanza laica" y de la defensa que, según esta visión, el gobierno del Frente Popular había realizado del "relajamiento y hasta [d]el incesto".⁴⁰ Posteriormente, el mismo medio resumió las causas "de ese derrumbe de días para una nación con firmeza de siglos", resaltando, entre otros argumentos, la "descristianización" de Francia, considerada como el "programa de una minoría sectaria, que, adueñada de los resortes burocráticos del Estado, usurpó a las auténticas mayorías su sitio y su representación, y desparramó por toda la dirección de la vida francesa, una literatura, una pedagogía y una cultura de esa comodidad sensual que fue el lento veneno de una difusa zona de la sociedad". La alusión a la ideología batllista y a su influencia sobre la sociedad uruguaya en las primeras décadas del siglo XX fue evidente cuando el articulista destacó las consecuencias, en Francia, de una política "radical", impulsora de ochenta años "de divorcio, de enseñanza laica, sectaria y obligatoria, de creciente disfrute material ... bajo el gobierno de una política de violencia materialista, de divisionismos contrarios a la tradición profunda de Francia, y confundida por las grandes promesas de la libertad y de la justicia social".⁴¹

A un año del ataque alemán, *Civismo* destacó las reformas sociales impulsadas por el gobierno de Vichy, que ponían a Francia "de pié" para alcanzar "su independencia y ... moralidad social". Esta obra era fruto de los trabajos del Mariscal, que centró en "la familia" la acción de su gobierno, y promulgó "veintisiete leyes dadas para la defensa, la protección, y el amparo de la familia, y para contrarrestar la obra desquiciadora del divorcio".⁴² Otro aspecto de la "expiación" francesa era la eliminación de la literatura considerada pernicioso y por ello el semanario saludó la decisión de las autoridades francesas de quemar libros por "el daño inmenso que producen intelectualmente". La complacencia con esta decisión estatal que trascendía la prohibición de las obras, se fundaba en su significación: un límite para el "exceso" de libertad que gozaba el hombre.⁴³

39 *El Bien Público*, 24 de junio de 1940, 3.

40 *Civismo*, 27 de julio de 1940, 8. Esta visión sobre los "males morales" que aquejaban a Francia era compartida por el herrerismo. Véase J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 88-9.

41 *Civismo*, 7 de setiembre de 1940, 1, 2.

42 *Civismo*, 3 de mayo de 1941, 12.

43 *Civismo*, 9 de noviembre de 1940, 8. El sindicato de editores franceses colaboró con las autoridades de Vichy en la confección de una lista de obras retiradas de las ventas o prohibidas por las autoridades. Los autores cuyos libros se quemaron o prohibieron adscribían en la mayoría de los casos a posturas de izquierda, sin embargo el motivo principal para que su obra fuera proscripta era el daño inflingido hacia la moralidad y

Algunos de los principales tópicos de la doctrina “petainista”, como la defensa de la familia y el respeto a la propiedad, formaban parte del acervo ideológico del herrerismo desde su constitución como corriente.⁴⁴ La nueva situación de Francia sirvió a los seguidores de Herrera para expresar sus consideraciones respecto a la situación nacional. El diario del sector, en alusión a las reformas sociales francesas, resaltó “la conveniencia y hasta la necesidad que tenemos de atender al fortalecimiento y defensa de dos de los más importantes elementos básicos del complejo organismo: familia y propiedad”.⁴⁵ Herreristas y católicos coincidían en la consideración del batllismo como una ideología que fomentaba la moral corruptora y realizaban una particular equiparación entre los sectores más progresistas del Partido Colorado y el comunismo. Uno de los medios de filiación herrerista, en este caso el semanario *Patria*, dirigido por Carlos Lacalle y cuyo mentor era Alejandro Gallinal Heber, sostuvo en 1942 que los responsables del riesgo de convertir a Uruguay en un país totalitario eran los “batllistas” por su “acción demoledora en lo social y en lo político [que] infiltró en nuestra sociedad todos los venenos avancistas acumulados en el mundo para destruir o anular la vida de familia, base de nuestra civilización cristiana” y mencionó como ejemplos el divorcio, la natalidad ilegal, “el amor libre ... el anticlericalismo escandalizador y calumnioso, el desprecio y la ironía para los símbolos de la Patria”.⁴⁶

La figura de Pétain fue decididamente rescatada por Gallinal Heber, quien vio en el Mariscal a un nuevo salvador de la civilización cristiana, que venía a seguir los gloriosos pasos de Francisco Franco en la lucha contra el comunismo. En 1941 publicó un libro cuyo principal objetivo era refrenar los impulsos panamericanistas del gobierno uruguayo. Allí se refirió, sin nombrarlas directamente, a las experiencias del Mariscal Pétain y del General Franco y sus “ansias de revolución nacional” que implicaban “darle a la familia la jerarquía y protección que merece en su carácter de núcleo esencial de la sociedad”. Según su visión “en el espíritu de la doctrina” había “un ansia de mayor equilibrio social que el mundo entero reclama” que “tiende a crear iguales posibilidades de ascensión social para los que ostentan capacidades semejantes, dentro de un clima en el que el respeto a las legítimas jerarquías se concilia y armoniza con un sentido de hermandad auténticamente cristiano”.⁴⁷ El carácter jerárquico de la sociedad y la existencia de desigualdades naturales e inevitables, también acercó a Gallinal Heber a los postulados de la revolución nacional francesa. Según el político herrerista la desigualdad “es una ley humana, pero una de las formas de suavizar esa ley es lograr que quienes ocupan el plano superior, acerquen con la apariencia de un exterior sencillo los dos extremos del medio social”, para evitar enfrentamientos entre sectores sociales.⁴⁸

A la hora de explicitar los principales elementos integrantes de su pensamiento político-social, Gallinal Heber realizó una curiosa exposición (que busca enfrentar la acusación de “totalitarios” que comúnmente se le endilgaba a los herreristas) en la cual rechazó a los totalitarismos al mismo tiempo que reivindicó sus principales conceptos de referencia. El pasaje es interesante también por las valoraciones que formula acerca del batllismo, por cuanto esta tendencia política era el

el orden. Véase: Herbert Lottman, *La Rive Gauche: La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950* (Barcelona: Tusquets, 1994), 241-5.

44 J. P. Barrán, *Los conservadores*, 91.

45 *El Debate*, “Familia y propiedad”, 22 de diciembre de 1940, 5.

46 *Patria*, 6 de febrero de 1942, 3.

47 Alejandro Gallinal Heber, *Perfiles para un nacionalismo* (Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, 1941), 95-7.

48 *Ibidem.*, 102

objetivo evidente al cual apuntaban los dardos que los sectores conservadores aparentemente dirigían al sistema social y político de la Francia de preguerra:

Si en los totalitarismos, salvo el soviético y el batllista, se da al concepto de orden cabida principal, ser amigo del orden no supone embarcarse en un totalitarismo integral; si los regímenes totalitarios son, salvo el soviético y el batllista, regímenes nacionalistas, el hecho de exaltar los nacionalismos no importa ser totalitario; si la concepción totalitaria, salvo la soviética y la batllista, respeta y dignifica las legítimas jerarquías, ser partidario de una ordenación jerárquica no supone comulgar con los otros aspectos de esa doctrina ... Y tanto la exaltación del orden, el credo nacionalista, la ordenación jerárquica como el repudio demagógico son posiciones que cuadran y se concilian con regímenes de franco y decidido tono democrático.⁴⁹

El ocaso de Vichy

El modelo que Vichy intentó difundir no suscitó las recepciones esperadas en todos los países de América Latina, pese a que en algunos casos, ya fuera en autores aislados, políticos o corrientes periodísticas, logró cierto margen de aceptación. A ello se puede agregar que a partir de 1941 el régimen francés comenzó a perder parte de la buena consideración que en su momento despertó. Esto se debió a múltiples causas, entre las que podemos destacar el progresivo alineamiento proaliado del gobierno uruguayo, así como los problemas diplomáticos⁵⁰ con Vichy que fueron definiendo una actitud de distanciamiento que culminó con la expulsión del cuerpo diplomático uruguayo en Francia por decisión de la ocupación alemana, la que amplió la zona de operaciones militares. Situación que desembocó en la suspensión de relaciones por parte de nuestro país, el 12 de mayo de 1943.⁵¹

Esto fue de la mano con la consolidación del movimiento de “franceses libres” en Uruguay, y de las primeras críticas hacia el gobierno de Pétain por parte de algunos sectores que habían sido, en principio, sus decididos admiradores.⁵² La actitud progauillista se vinculó también al correlativo rechazo que provocaban las políticas del eje nazifascista, así como al fuerte influjo de la propaganda estadounidense, cuya “defensa de la democracia” parecía encarnar mejor, para el caso de Francia, las fuerzas comandadas por Charles De Gaulle.

Para ese entonces, el régimen francés parecía comenzar a perder parte de la “buena consideración” que en su momento despertó entre algunos conservadores uruguayos. *El Bien Público*, hasta el momento un enérgico adalid en la defensa del gobierno encabezado por Pétain, mostró

49 Ibidem, 91-2

50 Entre junio y septiembre de 1941 se originó un incidente entre la diplomacia uruguaya y francesa por la reclusión del ciudadano uruguayo Rodolfo Rossi, quien junto a sus compañeros de viaje fue internado en un campo de concentración militar francés en la zona Norte de África, tras la detención del vapor en que viajaba. Esto motivó un intercambio constante entre ambas cancillerías que se puede consultar en AMREU, Fondo MRREE, serie 1.28 II Guerra Mundial, caja 4, carpeta 3.

51 “Suspensión de las relaciones Diplomáticas entre el Uruguay y Francia”, *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores* (mayo 1943), 22-3.

52 El movimiento de los “franceses libres”, también llamado “Francia combatiente”, había sido creado en Londres por Charles De Gaulle en forma paralela a la firma del armisticio entre el gobierno francés y el alemán. Su objetivo central era la expulsión del invasor alemán y para ello desarrolló una importante fuerza militar y oficinas políticas en diversas regiones del planeta, incluido Uruguay.

diferencias con las política exterior impulsada por Vichy, a la que consideró absolutamente subordinada al Tercer Reich. A un año de la derrota francesa, el periodista escudado bajo el seudónimo de Federico, cuyos artículos hasta entonces tenían una marcada posición pro Vichy, cuestionó al gobierno francés y a su “preferencia antibritánica [que] priva a la posición de Francia en el conflicto de la clara lealtad que con sacrificio total están cumpliendo los demás vencidos y que encarna De Gaulle”. Esta posición no implicó un cuestionamiento a la figura de Pétain, “conductor en medio del caos y la desesperanza”, a quien “le toca balancear influencias de cuya fuerza no nos damos suficiente cuenta desde América”.⁵³

No obstante, los hechos más conmovedores que provocaron la separación definitiva de la opinión pública uruguaya fueron las deportaciones de ciudadanos judíos y el fusilamiento de soldados franceses prisioneros de guerra que llevaron adelante las fuerzas de ocupación nazi. La “complicidad” del gobierno de Vichy, en el primer caso, y su “impotencia”, en el segundo, minaron rápidamente la imagen positiva que éste se había forjado entre los círculos conservadores uruguayos. La sujeción cada vez más definida del gobierno de Pétain a la voluntad de los alemanes, a partir de 1942, terminó de completar un cuadro de aislamiento.

Desde su asunción el gobierno de Vichy mostró los primeros presagios de su impulso antisemita al derogar un decreto del año anterior que prohibía la difamación racial, y aprobar paralelamente el “estatuto judío”.⁵⁴ Esta medida excluyó a los judíos de todos los cargos oficiales, de la enseñanza, de los trabajos en las industrias que percibiesen subsidios, de las funciones de dirección en la prensa, la radio y el cine, y fijó un porcentaje para su participación en las profesiones liberales. Entre junio y julio de 1941 Pétain firmó nuevos decretos antijudíos, que ampliaron las disposiciones de 1940. Esa fecha marcó un punto de inflexión, ya que supuso las primeras deportaciones que recrudecieron en julio de 1942, cuando los traslados a campos de concentración en territorio francés o alemán se produjeron masivamente. A finales de año habían sido enviados desde Francia hasta Auschwitz unos 42.000 judíos.⁵⁵

El carácter religioso del gobierno de Vichy contribuyó decididamente a las medidas antisemitas. El antisemitismo cristiano se fundaba en creencias religiosas o teológicas, aparecidas en los primeros siglos de la Iglesia, fundamentadas en la convicción de que el pueblo judío, como tal, era culpable de la muerte de Cristo. La posición a adoptar ante el racismo dividió a la Iglesia durante el período. Un número importante de religiosos lo condenó, pero también hubo quienes lo legitimaron.⁵⁶ Sobre las variadas posiciones adoptadas por las jerarquías católicas latinoamericanas

53 *El Bien Público*, 27 de julio de 1941, 3.

54 *Atención* saludó estas decisiones: “Indicio cierto de la renovación espiritual y material de la nueva Francia, tarea a que el Gobierno de Pétain se ha dedicado de lleno, es el ESTATUTO JUDÍO ... En efecto: el nuevo Gobierno francés, consciente de la importancia que para el bienestar de la Sociedad y el Estado tiene la solución del problema judío, tomó hace pocas semanas resoluciones importantes al respecto. Por decreto los judíos han sido expulsados de todos los puestos de gobierno, de la prensa, de la radio, de la enseñanza; les ha sido retirada la soberanía francesa a todos los judíos de origen extranjero, etc. Por otra parte, el juicio a los judíos Blum, Mandel y Zay, principales integrantes del Gabinete Blum del Frente Popular, pone broche de oro a la enérgica actuación del Gobierno de Francia en su tarea de limpiar de alimañas su patria.” *Atención*, “En Francia hacen justicia”, octubre de 1940, 1.

55 César Vidal sostiene que entre 60.000 y 140.000 judíos franceses fueron asesinados durante la Segunda Guerra Mundial. César Vidal, *El Holocausto* (Madrid: Alianza, 1995), 163.

56 El Papa Pío XI mostró preocupación por el ascenso del racismo y el antisemitismo. En una encíclica de 1937, *Mit brennender Sorge*, se había distanciado del régimen nazi, en razón de las hostilidades hacia los religiosos alemanes. En Uruguay la encíclica se publicó a lo largo de 1937, pero en forma parcial y sin el énfasis

ante el antisemitismo de la Alemania nazi resultan interesantes los análisis de Graciela Ben Dror. En cuanto a la Iglesia católica uruguaya, sostiene que si bien desde fines del siglo XIX estaba fuertemente influida por el antisemitismo moderno inspirado en la derecha francesa, en el contexto de los años treinta y cuarenta se encontraba atravesada por algunas tensiones ideológicas: “cuando la Iglesia uruguaya buscó un modelo ideológico y político, lo encontró en la España nacionalista; pero al tomar posición ante el nazismo, el racismo y la violencia antijudía durante la guerra, prefirió las posiciones de [Jacques] Maritain [representante del ‘Humanismo integral’, una de las renovadoras corrientes del catolicismo europeo opositora al racismo y al antisemitismo]”.⁵⁷

A partir de la década de 1940 las jerarquías eclesiásticas uruguayas evolucionaron desde posiciones de transigencia con el antisemitismo a una abierta solidaridad con los judíos, en su carácter de perseguidos durante la guerra. En el viraje de la Iglesia uruguaya hacia el “humanismo integral” predicado por Maritain, es factible pensar que influyeron los crímenes nazis que el gobierno de Vichy no parecía estar en posición de resistir. Los asesinatos de prisioneros de guerra franceses eran un hecho político inocultable, pero más lo eran las deportaciones de judíos, por la evidente participación directa del gobierno de Pétain.⁵⁸

Seguramente el rechazo que despertaron en filas católicas las deportaciones y los fusilamientos provocó que, pese a compartir muchos postulados del régimen de Pétain en el plano moral y político-social, la prensa católica se plegara a los grupos que veían a De Gaulle como el verdadero representante de Francia. La función de “expiación” que hasta ese momento cumplían las autoridades de Vichy se trasladó a las fuerzas de “Francia Libre” que, se sostenía, continuarían con la aplicación de los postulados de la “Revolución Nacional”, pero depurando Francia de la influencia alemana.

La “liberación” de Francia, producida entre junio y agosto de 1944, acabó con la sombra que era el gobierno de Vichy. Previamente había perdido casi todos sus respaldos políticos internacionales. El 2 de junio de 1944 el Comité Francés de Liberación Nacional pasó a ser el Gobierno Provisional de la República Francesa, contando rápidamente con el reconocimiento de varios países americanos. El 25 de agosto de ese año, las fuerzas gaullistas –acompañadas de las tropas aliadas– entraron en París y expulsaron a los alemanes.

En Uruguay la liberación de París despertó el júbilo entre una parte importante de la población, que celebró en las calles la noticia. Los católicos lo aclamaron con una prédica que, a contrapelo de sus posiciones en los últimos años, destacaba el carácter “rebelde” y “revolucionario”

otorgado a *Divini Redemptoris*, otra pastoral contra el “comunismo ateo”. A comienzos de 1938 el Papa encargó la redacción de un mensaje acerca del racismo nazi y el antisemitismo, *Humani generis unitas*, pero su muerte en ese año impidió que el documento viera luz. Esta tendencia a pronunciarse sobre el tema del racismo no prosperó bajo el papado siguiente, por lo tanto las iglesias nacionales no contaron con directivas de la Santa Sede respecto a la cuestión judía. Véase Michael Marrus, “The Vatican on Racism and Antisemitism, 1938-39”, *Holocaust Genocide Studies* 11 (1997), 378-95.

57 Graciela Ben Dror, “La Iglesia Católica y los judíos en América Latina durante el Holocausto, 1933-1945: Visión comparativa”, ponencia presentada en 1as Jornadas Multidisciplinarias de Estudios Judaicos Latinoamericanos, Universidad ORT, Montevideo, 6 y 7 de agosto de 2007 tomado de <www.ort.edu.uy-sobreortpdfponenciabendror1.pdf>

58 Desde las páginas de *Patria* los católicos-herreristas increparon a los “católicos de izquierda” que “envenenados y enceguecidos por una socavadora demagogia hace tiempo que están en contra de la Iglesia y todos sus postulados”. Entre sus “pecados” se encontraba la veneración a “la Revolución Francesa que comenzó ... masacrando sacerdotes, saqueando e incendiando templos y destrozando la imagen de Jesucristo”. *Patria*, “El católico de izquierda”, 15 de mayo de 1942, 3.

de los franceses.⁵⁹ Los homenajes a Francia, realizados durante el período de “la liberación”, ocultaron algunos de los rasgos más oscuros del régimen vichista. En julio de 1945 Alberto Guani, en ese entonces vicepresidente de la República, señaló que Francia “volvió a ocupar el sitio que le corresponde en el mundo, que nada ni nadie podrá arrebatarle jamás: de directora de conciencias libres y de maestra augusta de la democracia”.⁶⁰ En un primer momento fueron olvidados los excesos de un gobierno francés que, aunque condicionado por los nazis, había tenido sus propias iniciativas en materia de discriminación racial y deportaciones de judíos hacia los campos de concentración. Francia parecía resurgir y los uruguayos lo celebraban por todo lo alto, como testimonian las crónicas de la “liberación” de París. Pero en la inmediata posguerra, el punto de referencia que en materia de “solidaridades” internacionales habían constituido Francia y Gran Bretaña para nuestro país, comenzó a desaparecer. El proceso ocurrió primero a nivel de esferas oficiales, para más adelante, con la penetración de la Guerra Fría, pasar a influir sobre las actitudes de la sociedad.

Consideraciones finales

A lo largo del trabajo observamos el breve idilio que algunos sectores sociales y políticos del Uruguay vivieron con la Francia del Mariscal Pétain. Tras la firma del armisticio franco-alemán, las ideas del régimen de Vichy tuvieron eco entre algunos sectores conservadores, que vieron en Pétain a la nueva encarnación de un proyecto político capaz de revertir el proceso de pérdida de ascendencia del catolicismo tradicional sobre las sociedades occidentales, que se había operado ante el avance del “liberalismo materialista” elaborado por la Revolución Francesa. Esto no fue en desmedro de su rechazo del régimen nazi y de la progresiva sujeción del gobierno de Vichy a sus postulados, ya que si bien saludaron las medidas adoptadas por el gobierno francés en el plano “social” –la nueva moral, la nueva educación, la protección de la familia y la propiedad–, entrada la década de 1940 no dejaron de condenar los asesinatos y las deportaciones de ciudadanos judíos. Estos elementos, así como la clara aliadofilia del gobierno uruguayo, seguramente colaboraron para que los sectores adictos a Vichy revieran sus posiciones.

El surgimiento de Estados Unidos como potencia bélica condicionó el accionar de los gobiernos uruguayos, situación que se acentuó con los primeros síntomas de la Guerra Fría. Ese nuevo clima fue apreciado por los diplomáticos extranjeros inmediatamente después de finalizada la guerra. Hervé Grandin de L’Eprévier, ministro de Francia, analizó en sucesivas notas la situación favorable a los Estados Unidos y la orientación del gobierno uruguayo en dirección al “gran hermano del Norte”. Asimismo destacó la acción cultural ejercida a través del Instituto Uruguay-Estados Unidos, el apoyo económico a diarios como *El Día*, *El País*, *La Razón* y *El Plata*, y a radios como *Oriental*, *El Espectador*, *Carve* y *La Voz del Aire*. No obstante, el diplomático dejó constancia de que “la orientación americana no es aprobada por todos” ya que existía un grupo político hostil a la influencia de los EEUU, entre los que destacó a “los círculos herreristas de derecha”, la “hoja independiente de izquierda, «Marcha»” y “los católicos [que] se inquietan por la actividad de los misioneros protestantes”.⁶¹

59 *El Bien Público*, “París rehabilitada y purificada”, 27 de agosto de 1944, 3.

60 “Discurso pronunciado por Alberto Guani en el Ateneo de Montevideo en homenaje a Francia, 17 de julio de 1945”, en AMREU, Fondo Alberto Guani, caja 3, carpeta 2.

61 “Grandin de L’Eprevier, Ministro de Francia, comenta la influencia de Estados Unidos en el Uruguay. 16 de agosto de 1945”. Benjamín Nahum, *Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay 1937-1949*,

El nuevo mapa político reconfiguró la situación de los grupos partidarios de Vichy y de los que habían presentado posiciones cercanas al Eje, ya que la derrota nazifascista provocó que evaluaran sus ideas respecto al corporativismo, el nacionalismo y el antisemitismo. El comienzo de la Guerra Fría persuadió a muchos a ver a los Estados Unidos con más simpatía, por su posición de adalid en la lucha anticomunista internacional, si bien existían grupos políticos que seguían sospechando de sus designios imperialistas. El camino de la colaboración con esta política, que provocó candentes debates, atravesó todo el período bélico y se consolidó tras la Guerra, seguramente cuando nuestro país, al igual que el resto del continente, ya no corría riesgos ante la amenaza de “fuerzas totalitarias”.

Al plantearse, en la segunda mitad de la década de 1940, la retórica de la oposición irreductible entre la “democracia” y el “comunismo internacional”, los sectores conservadores adscribieron a la defensa del primero de estos campos, trasladándole a la idea de democracia todo su bagaje de planteos ideológicos antiliberales. Durante la Guerra Fría varios de los elementos presentes en el discurso conservador hundían sus raíces en las décadas de 1930 y 1940, ya que en el contexto de la Segunda Guerra Mundial apareció una nueva visión de la realidad internacional y local que retomó algunas de las ideas de larga duración del conservadurismo uruguayo y permitió la emergencia de una nueva visión sobre los bandos que, supuestamente, pugnaban por preservar o destruir la civilización occidental. Tras la guerra las piezas del mapa político se reposicionaron. Los antiguos aliados pasaron a ser enemigos, y no pocos de los anteriormente sindicados como “totalitarios” adquirieron credenciales de “demócratas”. El proceso de realineamiento demoró años en consolidarse, pero una vez replanteada en la década de 1960 la crisis de la democracia y el liberalismo, las ideas tradicionales del conservadurismo uruguayo, aunque vestidas con nuevas ropas, estuvieron al pie del cañón.

Fuentes y bibliografía

Fuentes inéditas

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, fondos Alberto Guani y MRREE

Fuentes editadas

Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores. Tomo XV (mayo 1943).

Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay 1937-1949*, Volumen IV. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 2000.

Gallinal Heber, Alejandro. *Perfiles para un nacionalismo*. Montevideo: Casa Barreiro y Ramos S. A., 1941.

Pétain, Philippe. *Habla el Mariscal: Mensajes y escritos, 1934-1941*. Buenos Aires: Domingo E. Taladriz editor, 1942.

Registro Nacional de Leyes, Decretos y otros documentos de la República Oriental del Uruguay. Montevideo: Imprenta Nacional, 1941.

Prensa

Atención

Civismo

El Bien Público

El Debate

La Idea nueva

Libertad

Los Principios

Patria

Bibliografía

- Aldrichi, Clara. "La ideología antisemita en Uruguay. Su contexto católico y conservador (1870-1940)". En AAVV. *Antisemitismo en Uruguay*. Montevideo: Trilce, 2000.
- Alpini, Alfredo. "Uruguay en la era del fascismo", *Relaciones*, 184.
- Barrán, José Pedro. *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2004.
- Ben Dror Graciela. "La Iglesia Católica y los judíos en América Latina durante el Holocausto, 1933-1945: Visión comparativa". Ponencia presentada en 1as Jornadas Multidisciplinarias de Estudios Judaicos Latinoamericanos, Universidad ORT, Montevideo, 6 y 7 de agosto de 2007.
- Caetano, Gerardo y Raúl Jacob. *El nacimiento del terrismo: El golpe de Estado*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991.
- Camou, María. "Los años del 'vuelco': Las relaciones políticas, económicas y comerciales entre Alemania y Uruguay y los sectores de influencia nacionalsocialista en el Uruguay, 1938-1942". *Cuadernos del CLAEH* 52 (1989).
- De Sierra, Carmen. "Marcha en el contexto político-económico internacional del siglo XX". En Mabel Moraña y Horacio Machín. *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.
- Jackson, Julian. *The dark years (1940-1944)*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Lottman, Herbert. *La Rive Gauche: La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Barcelona: Tusquets, 1994.
- Marrus, Michael. "The Vatican on Racism and Antisemitism, 1938-39". *Holocaust Genocide Studies* 11 (1997).
- Oddone Juan. *Uruguay entre la depresión y la guerra. 1929-1945*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-Facultad de Humanidades y Ciencias, 1990.
- Rolland, Denis. "Conflicto y crisis de representaciones: ¿la Segunda Guerra Mundial: ordalías del modelo francés en América Latina?". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* VI (1995).
- Vidal, César. *El Holocausto*. Madrid: Alianza, 1995.

Recibido 07/04/2010 - Aceptado 29/06/2010

El Cine Trocadero, un testigo de la Guerra Fría

Fernando Aparicio¹ y Roberto García Ferreira²

Resumen

En el Cine Trocadero, la noche del sábado 9 de octubre de 1948, la guerra fría irrumpió en el Uruguay. Esa noche se emitía en Montevideo el promocionado film anticomunista “La Cortina de Hierro”. Tal y como había sucedido en otros países, los comunistas uruguayos intentaron interrumpir su difusión arrojando, a poco iniciarse la película, bombitas de alquitrán contra la pantalla. Era la señal de inicio del “sabotaje” que incluyó golpes con los pies al piso, insultos al imperialismo yanqui y vivas a la URSS. Alertada de esa posibilidad, la inteligencia policial –que vigilaba discretamente el local y sus adyacencias– actuó públicamente por vez primera iniciando una represión de proporciones que culminó con la detención de un número importante de comunistas. Trasladados a las instalaciones del servicio, varios de sus oficiales contemplaron el castigo físico y la tortura como manera de amedrentar a los detenidos. Sustentada en documentación del servicio policial, este artículo ilustra y discute las lógicas sobre las cuales aquél concluyó en que de allí en más redoblaría “serenamente su guardia” contra las actividades comunistas ya que había comenzado la lucha por la “defensa de nuestras instituciones democráticas”.

Palabras clave: Uruguay, guerra fría, comunismo, policía uruguaya

Abstract

On a Saturday evening of 1948, on 9 October, the Cold War erupted in Uruguay at the Trocadero Theater. That evening, this Montevidean movie house was featuring the widely publicized anticommunist film “The Iron Curtain”, and, as it had been happening in other countries, the Uruguayan communists tried to interrupt the show shortly after it started by hurtling tar bombs against the screen. This was the starting signal for the “sabotage”, which included stomping against the floor, hurling insults against yanquee imperialism and cheering the USSR. The police intelligence services –who, alert to the possibility of such disturbances, had been discreetly watching the theater and environs– acted publicly for the first time and forcefully clamped down on the riot, arresting an important number of communists in the process. Once the detainees were jailed at the police premises, several of the intelligence officers contemplated using physical punishment and torture as a means of intimidation. The purpose of this article is –supported by police services documentation– to illustrate and discuss the reasoning behind the police intelligence service’s decision to redouble, from that time onwards, “its serene vigilance” of communist activities, against the backdrop of the already declared struggle “to defend our democratic institutions”.

Key words: Uruguay, Cold War, communism, Uruguayan Police

- 1 Fernando Aparicio es Profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores Artigas e investigador del Departamento de Historia Americana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República.
- 2 Roberto García Ferreira es Licenciado en Ciencias Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación e investigador del Departamento de Historia Americana de la misma facultad, Universidad de la República.

La Guerra Fría fue un conflicto ideológico que enfrentó a las dos grandes potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial. No hay duda de que tal enfrentamiento conmocionó al mundo desde la segunda posguerra hasta la implosión del régimen soviético en 1991.

Es sabido que otros factores, como los derivados del comercio y la geopolítica, también formaron parte e hicieron propicio un conflicto de esa magnitud tan sostenido en el tiempo.³ También es evidente que esta pugna afectó profundamente a las zonas periféricas. Sin embargo, el “sur global” no fue exclusivamente receptor de decisiones que llegaban desde el norte. Aunque la lógica del enfrentamiento global y sus efectos incidían –y cómo– en el desarrollo de los hechos políticos acaecidos en el área periférica, los académicos se encuentran debatiendo la necesidad de posicionar al “sur global” en el centro de la Guerra Fría. Es que, como se ha evidenciado, en varias oportunidades los desarrollos en el sur incidieron en el relacionamiento entre ambas grandes potencias y, en ocasiones, fueron independientes de las acciones de cada una de ellas.⁴

Por ende, los resultados de este tipo de investigaciones –prioritariamente sustentadas en documentación conservada fuera de los acervos de ambas superpotencias– habrán de echar luz acerca de cómo y hasta qué punto el sur se involucró en los conflictos devenidos de la Guerra Fría. Como se interpreta en un estudio reciente, ello se torna prioritario pues “es imposible comprender la guerra fría ... sin antes admitir las aspiraciones autonomistas, modernizadoras y el deseo de un progreso material de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos”.⁵

Este artículo, que se inscribe dentro de ese esquema teórico alternativo, describe la violenta irrupción de la Guerra Fría en Uruguay mostrando no sólo el temprano celo anticomunista con el cual la iniciática inteligencia policial se abocó a la investigación de lo sucedido en el Trocadero sino la metodología que sus agentes emplearon para obtener información en su lucha contra los comunistas en “defensa de nuestras instituciones democráticas”.⁶

La historia reciente y sus “combates”

En la última década y muy especialmente durante el pasado lustro, académicos, periodistas y buena parte de la clase política han debatido intensamente sobre el pasado reciente.⁷ Entre

3 Véase a este respecto Ronald E. Powaski, *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991* (Barcelona: Crítica, 2000), 11-14, 359, 372 y Edmé Domínguez Reyes, “Relaciones URSS-Estados Unidos: Percepciones mutuas y competencia en el Tercer Mundo” en Luis Maira, *El Sistema Internacional y América Latina. ¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?* (Bs. As.: GEL, 1985), 247-271.

4 Sobre ello véase Richard Saull, “El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: Desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico” y Gilbert M. Joseph, “Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: La nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la guerra fría” en Daniela Spenser (coordinadora), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México: CIESAS, 2004), 31-66 y 67-92 respectivamente. En esa línea historiográfica consúltese también Tanya Harmer, *The Rules of the Game: Allende's Chile, the United States and Cuba, 1970-1973* (PhD Diss., London School of Economics and Political Science, 2008) y Jim Hershberg, “The United States, Brazil and the Cuban Missile Crisis, 1962”, *Journal of Cold War Studies* 6:2-3 (2004).

5 Melvyn P. Leffler, *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría* (Barcelona: Crítica, 2008), 22.

6 Policía de Montevideo, Informe del 1° de Noviembre de 1948, p. 9 en Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (en adelante, ADNII), Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 2, “Relación de los hechos. Copias mimeográficas. Folleto edita[do] por la Jefatura”.

7 Por un importante aporte en cuanto al tema específico véase Álvaro Rico (compilador), *Historia reciente, historia en discusión* (Montevideo: CEIU-FHCE-PNUD, 2008), especialmente Sección 1.

los resultados mayormente significativos deben destacarse los aportes documentales realizados en torno a la temática de la represión estatal durante la dictadura cívico-militar, los que evidenciaron que su sistematización excedió ampliamente la lucha contra la guerrilla. Como se ha documentado, el Partido Comunista del Uruguay (PC) fue el centro de los esfuerzos represivos llevados adelante por las Fuerzas Conjuntas –coordinación represiva institucional integrada por las Fuerzas Armadas y la Policía–, fundamentalmente a partir de 1975.⁸

La investigación de la cual es parte el presente trabajo,⁹ intenta rastrear los antecedentes de esa “guerra” prolongada, silenciosa y encubierta que el Uruguay “liberal y democrático” llevaba adelante, desde los años 40, contra la disidencia política de los minoritarios partidos de izquierda legalmente constituidos.¹⁰ En esa línea, los episodios del Trocadero ocupan un lugar destacado y constituyen uno de los más connotados y tempranos antecedentes de ese enfrentamiento estatal respecto del PC.¹¹ Aunque resulta notorio el vacío historiográfico respecto del comunismo uruguayo¹² –algo que contrasta fuertemente con diferentes textos anticomunistas–¹³, los debates en torno al pasado reciente no sólo corroboran lo afirmado sino que colocan sobre el tapete las diferentes interpretaciones a que pueden dar lugar los alcances de aquella “asonada comunista”.¹⁴

8 Álvaro Rico (coordinador), *Investigación histórica sobre dictadura y terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, 3 Tomos, (Montevideo: CEIU-CSIC-Udelar, 2009). Especialmente Tomo 3, “Las violaciones a los derechos políticos. La represión a los partidos. Movimiento obrero. Universidad y estudiantes”.

9 Fundamentalmente sustentado con documentación proveniente del ADNII del Ministerio del Interior, denominación actual del anterior Servicio de Inteligencia y Enlace de la Policía de Montevideo.

10 Por una ampliación de esta hipótesis véase Roberto García Ferreira, “Espionaje y política: la Guerra Fría y la inteligencia policial uruguaya, 1947-64”, inédito.

11 Resulta imposible condensar en una nota la totalidad de los registros consultados. Por una muestra parcial de la misma véase ADNII, Caja 380, “Caja Comunista”; Carpetas 19 y 19A, “Comunismo. Año 1941”; Carpeta 20, “Diversos documentos” [documentos años 1940-42, cartas manuscritas, etc.]; Carpeta 17, “Organizaciones Comunistas Clandestinas”; Asunto 7073, 31 carpetas; Carpeta 7, “Unión Católica Croata” [Documentos de 1945]; Carpeta 23, “Unión de Sociedades Polacas en el Uruguay” [Documentos 1946-1949]; Carpeta 9, “Junta Española de Liberación”; Carpeta 96, “Carlos Osorio”; Carpeta 177, “Eugenio Gómez; Eugenio Gómez Chiribao”; Carpeta 395, “Galerías Anteo”; Carpeta 780, “Escuela de capacitación del PC en la calle Haig 4229”.

12 Los escasos aportes han dejado fuera lo sucedido en torno a la exhibición de “La Cortina de Hierro”. Véase Eugenio Gómez, *Historia del Partido Comunista del Uruguay* (Montevideo: Eco, 1961); Jaime Pérez, *El ocaso y la esperanza* (Montevideo: Fin de Siglo, 1996); Aníbal Toledo, *Los comunistas y la historia uruguaya* (Montevideo: Orbe, 2008); Marisa Silva Shultze, *Aquellos comunistas, 1955-1973* (Montevideo: Taurus, 2009).

13 José Pedro Martínez Bersetche, *Intrigas rojas en Uruguay* (Montevideo: Confederación Interamericana de Defensa del Continente, 1957), 20-17; José Pedro Martínez Bersetche, *Peligro comunista en el Uruguay* (Montevideo: Suplemento de Voz de la Libertad, 1958), 32-33 [Folleto]; Diógenes Cano, *Cabezas rojas en el Uruguay* (Montevideo: Rumbos, 1963); “Alerta, el comunismo nos acecha”, *Voz de la Libertad* 1 (1956), 1; Benito Nardone, *Peligro rojo en América Latina* (Montevideo: Impresiones del Diario Rural, 1961).

14 Por interpretaciones que sobre estiman las capacidades del PC mostrando que su accionar atacaba la democracia, véase Pablo Da Silveira [Dir. De colección], “Uruguay: del fin de la guerra a los gobiernos blancos”, *Historia Reciente*, 18 (2007), 11. [Colección editada por el diario *El País*]; Raúl Vallarino, *¡Llamen al Comisario Otero! (Memorias de un policía)* (Montevideo: Planeta, 2008), 20-21; Centro Militar, Centro de Oficiales Retirados de las FFAA (Compiladores), *Nuestra verdad. 1960-1980. La lucha contra el terrorismo* (Montevideo: Artemisa Editores, 2007), 155-156. Sin embargo y pese a tratarse de un antecedente tan destacado, el tema está ausente en José A. Victoria Rodríguez, *Evolución histórica de la policía uruguaya* (Montevideo: Byblos, 2008), Tomo 3 y Álvaro Alfonso, *Secretos del PCU* (Montevideo: Cesare, 2007).

La Guerra Fría en Uruguay

Desde su misma finalización, la Segunda Guerra Mundial contenía indicios de la futura Guerra Fría. Diez meses antes del discurso de Winston Churchill en Fulton –marzo de 1946, cuando anunció la caída sobre Europa de un “Telón de acero”–, en Montevideo, el 2 de mayo de 1945, el “clima de entendimiento ‘antifascista’ se desintegraba”.¹⁵ En medio del fervor ciudadano por la caída de Berlín, y luego de que en la sede del diario *El Día* no se incluyera la bandera de la URSS entre la de los países vencedores de la Segunda Guerra, tuvieron lugar importantes disturbios. Para el Comité Ejecutivo del Partido Comunista, en medio de la “alegría y combatividad de toda una Nación”, las “masas populares que llenaban las calles fueron víctimas de [una] insólita y condenable provocación”: “ante el reclamo de la multitud que gritaba en la calle exigiendo la colocación” de la “gloriosa bandera que flamea victoriosa sobre Berlín, estalló el odio antisoviético y antidemocrático de César Batlle y de ‘El Día’”.¹⁶ Además de consignar las personas heridas –manifestantes y funcionarios policiales–, los comercios afectados y aquellos que culminaron detenidos —preocupándose muy especialmente por consignar la “ideología de los promotores”¹⁷–, la investigación policial concluyó que en la oportunidad, poco hubo de protesta espontánea. Con la colaboración de un Capitán de Corbeta –que elevó a la policía un pormenorizado informe–¹⁸ y la de varios alumnos de la Escuela Militar –que “cooperaron con la Fuerza Pública”¹⁹–, el Director de Investigaciones de la Policía de Montevideo adelantaba que era “fácil” deducir la existencia de una “acción” “concertada previamente” y que además resistió en “forma desusada” la intervención de la Policía, “al amparo de una aglomeración de público extraordinaria”.²⁰

-
- 15 Rodolfo Porrini, *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Serie Tesis de Posgrado en Humanidades, 2005), 57.
- 16 Comité Ejecutivo del Partido Comunista, “Brutal provocación contra el gran pueblo uruguayo que festejaba la caída de Berlín” en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 10A, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín. Comentarios de prensa”.
- 17 Enrique Marchese, Director de Investigaciones al Señor Jefe de Policía de Montevideo, Juan Carlos Gómez Folle, Confidencial No. 76, Montevideo, 13 de mayo de 1945, pág. 3, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 10, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín”. También, “Comisaría de la 3ra. Sección. Especificación de la ideología que profesan los detenidos por los sucesos ocurridos el 2 de mayo, según sus manifestaciones”, Montevideo, 3 de mayo de 1945, en ADNII, Caja 38, Carpeta 10, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín”.
- 18 Quien había concurrido con su “familia” la noche del 2 de mayo a la intersección de las calles 18 de Julio y Yaguarón. Véase Washington Marroche al Señor Inspector General de la Marina, Montevideo, 15 de mayo de 1945 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 10, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín”. Véase también J. Victoria Rodríguez, *Evolución*, 252.
- 19 Entre ellos se destaca la presencia del Sargento Honorario Amauri Prantl Saldaña, décadas más tarde importante jerarca de los servicios de inteligencia militar durante el régimen dictatorial. “Relación de los alumnos de la Escuela Militar, Cadetes y Aspirantes que cooperaron con la Fuerza Pública”, Montevideo, 2 de marzo de 1945 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 10, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín”.
- 20 Enrique Marchese, Director de Investigaciones al Señor Jefe de Policía de Montevideo, Juan Carlos Gómez Folle, Confidencial No. 76, Montevideo, 13 de mayo de 1945, pág. 2, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 10, “Sucesos producidos con motivo de la caída de Berlín”. Sobre los episodios véase también, Dirección de Investigaciones, Departamento de Inteligencia y Enlace, *Congresos del Partido Comunista del Uruguay (XVI, XVII y XVIII)* (Montevideo: Agosto de 1966), 5 y J. Victoria Rodríguez, *Evolución*, 250-2.

Por ende, para 1946 los ecos de la denominada Guerra Fría ya se dejaban sentir con nitidez en nuestro país.²¹ Debates parlamentarios, editoriales y columnas de opinión en la prensa, espacios radiales, libros y folletos reflejaban ese cruce constante de acusaciones entre comunistas²² y anticomunistas.²³

Por ese tiempo, Estados Unidos desplegó en América Latina intensas acciones anticomunistas buscando “cerrar las brechas” del sistema interamericano ante cualquier influencia foránea.²⁴ El enunciando “Plan Truman”, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y la creación de la Organización de Estados Americanos fueron sus expresiones más significativas. De forma paralela, las evidencias disponibles hoy indican que Estados Unidos también alentó y financió la profesionalización de los servicios de inteligencia policial y militar latinoamericanos encauzando los objetivos de estos en la represión de las “actividades comunistas”²⁵, algo similar a lo que había emprendido tiempo antes para abatir la influencia nazi en el continente.²⁶

21 “Vivo en asambleas. El Uruguay es una hirviente discusión” le escribió Carmen Garayalde a su esposo, el dirigente comunista J. L. Massera. Véase Carmen Garayalde a José Luis Massera, 12 de agosto de 1947, 10, en Archivo General de la Universidad de la República (en adelante, AGU), Archivo Massera (en adelante, AM), Caja 24, “Correspondencia”.

22 Por los trabajos de Arismendi –secretario general del PCU desde 1955– véase Rodney Arismendi, *La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre. Sobre una gran mistificación teórica* (Montevideo: Editorial América, 1946); *Semblanza de un Quisling: Para un ¿quién es quién?* (Montevideo: Ediciones de la Comisión de Propaganda del Partido Comunista, 1946); *Para un prontuario del dólar (Al margen del Plan Truman)* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1947); *Los intelectuales y el Partido Comunista* (Montevideo: Comisión Nacional de Educación y Propaganda del Partido Comunista, Letras, 1948). También Roger Garaudy, *El Comunismo, la Cultura y la Moral* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1947) [Traductores: Rodney Arismendi y A. [sic] Arana]; Petr Vershigora, *Hombres de conciencia limpia* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1948) y Congreso Nacional de Intelectuales por la Paz, *Aporte artístico de plásticos y poetas uruguayos* (Montevideo: s.d., 1948).

23 Este sector alcanzó una importante producción. Algo de ella es: Ignacio Gadea, *Intrigas comunistas* (Montevideo: s. datos, 1946) [Folleto]; Víctor Dotti, *La agonía del hombre. Examen de la Rusia soviética* (Montevideo: Ediciones Universo, 1948); Consejo Interamericano de Comercio y Producción, *Los comunistas en el movimiento obrero. Hechos y remedios* (Montevideo: Cuadernos Sociales del Consejo No. 6, 1948); Mario Peluffo, *Salvando a América del monstruo comunista. Apuntes del Seminario de Asistencia Social de las Naciones Unidas* (Montevideo: Biblioteca del Instituto Americano de Divulgación Social, 1948); Emilio Frugoni, *La esfinge roja* (Montevideo: Cámara de Representantes, 1990, tercera edición, dos volúmenes [1948]). A su regreso de la URSS, donde fungió como funcionario de la representación diplomática uruguaya allí acreditada, el Dr. Cruz Goyenola publicó un influyente texto con apuntes de sus vivencias, fuertemente condenatorias del régimen de Stalin y que dieron lugar a un arduo debate, contestado con escasa audacia desde tiendas comunistas. Véase Lauro Cruz Goyenola, *Rusia por dentro* (Montevideo: Ediciones Universo, 1947 [Primera edición: 1946]) y *Sí, he dicho la verdad en ‘Rusia por dentro’* (Montevideo: Ediciones Universo, 1947). Para las réplicas comunistas véase Alejandro Laureiro, *Rusia por dentro y... por fuera* (Montevideo: Editorial América, 1946); Pedro Cerutti Crosa, *También nosotros vimos Rusia por dentro* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1946).

24 Juan Antonio Oddone, *Véanos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos (selección de documentos 1945-1955)* (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2003), 55. Sobre ello véase también Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del imperio americano* (Buenos Aires: Norma, 2008), 143; Mario Rapoport y Claudio Spiguel, *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo* (Buenos Aires: Emecé, 2009), 263.

25 Tim Weiner, *Legado de cenizas: La historia de la CIA* (Buenos Aires: Debate, 2009), 152, 218, 376, 294-295; Patrice McSherry, *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina* (Montevideo: Banda Oriental, 2009).

26 John Edgar Hoover, director del FBI norteamericano, insistía en “limpiar los nidos de espías [nazis] en Sudamérica”, obra que “sus hombres emprenderían” en los años 40. Citado en Antonio Mercader, *El año del*

Uruguay no permaneció ajeno a los efectos de esa política hemisférica²⁷. A fines de 1947 creó el denominado Servicio de Inteligencia y Enlace (en adelante, SIE) de la Policía de Montevideo, un protagonista central de la Guerra Fría en nuestro país. Aunque no era precisamente un anticomunista –algo que los propios integrantes del PC tenían claro–,²⁸ las evidencias permiten subrayar que en la instancia tuvo especial protagonismo el presidente Batlle Berres.²⁹

“La Cortina de Hierro” en el Cine Trocadero

La avenida 18 de Julio, entre Ejido y la Plaza Independencia, era sin duda el centro neurálgico de Montevideo en el año 1948. La actividad comercial más importante y elegante se agolpaba en sus aceras, los más concurridos cafés y buena parte de las confiterías que convocaban a la sociabilidad también estaban situados allí. Lo mismo sucedía con las principales salas cinematográficas, las de estreno, que convocaban a miles de montevideanos especialmente los fines de semana.

En la noche del sábado 9 de octubre de 1948, el cine Trocadero,³⁰ ubicado en la esquina de 18 de Julio y Yaguarón, se convirtió en escenario y testigo del desembarco rotundo, estridente y violento de la Guerra Fría en el país.³¹

Pocos días atrás en su pantalla se había estrenado “La Cortina de Hierro”, un temprano ejemplo de cine hollywoodense de alto contenido político-ideológico y profundamente anticomunista. La película relataba las peripecias de Igor Guzenko, un funcionario soviético que actuaba en

león (1940): Herrera, las bases norteamericanas y el complot nazi (Montevideo: Aguilar, 1999), 41. A este respecto véase también Stephen G. Rabe, *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988), 10. Sobre el FBI y sus vínculos con la policía brasileña para hacer frente a la “subversión fascista” a través de sus vínculos con la policía brasileña véase Rhodri Jeffrey-Jones, *Historia de los servicios secretos norteamericanos* (Barcelona: Paidós, 2004), 170.

- 27 Como tampoco la policía uruguaya había permanecido ajena al control de las actividades nazis en el país. Sobre ello véase Hugo Fernández Artucio, *Nazis en el Uruguay* (Montevideo: Sur, 1940), 90-93; A. Mercader, *El año*, especialmente el capítulo 1, “La estela del Graff Spee” y J. Victoria Rodríguez, *Evolución*, 203-204. A este respecto debe también destacarse lo que escribiera el ex agente de la CIA Philip Agee, quien recordaba que las “relaciones de enlace” entre esa agencia y el SIE habían sido precedidas por las mantenidas con el FBI “antes de la Segunda Guerra Mundial”, cuando este “controlaba las tendencias pronazis en Uruguay y en Argentina”. Philip Agee, *La CIA por dentro. Diario de un espía* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987), 295.
- 28 En lo que tiene que ver con “Luisito”, la correspondencia privada del matrimonio comunista Massera-Garayalde es reveladora en ese sentido. Roberto García Ferreira, “La fiebre que llega desde el Norte: La correspondencia privada de un matrimonio comunista en los orígenes de la Guerra Fría (1947-48)”. Inédito, presentado en las Primeras Jornadas de Investigación del Archivo General de la Universidad, Montevideo, octubre de 2009.
- 29 Pedro Seoane, Encargado de Negocios de España en Montevideo, consignó que el presidente había “creado una brigada especial, de la que se ocupa personalmente, destinada a la vigilancia del comunismo infiltrando en aquel sus elementos vigilando, de ese modo, las actividades de dicho Partido”. Informe del 8 de junio de 1948 en Benjamín Nahúm, *Informes diplomáticos de los representantes de España en el Uruguay, Tomo IV (1948-1958)* (Montevideo: Universidad de la República, 2001), 12. El archivo privado del presidente muestra su especial atención respecto del tema. Archivo General de la Nación (AGN-U), Archivo de Luis Batlle Berres (ALBB), Cajas 126, “Comunismo”; 153, “Memorias”; 85, “Ministerio del Interior” y 86, “Policía. 1949-1958”.
- 30 Que funcionaba desde enero de 1941 y continuaría haciéndolo como cine hasta el año 2001. Osvaldo Saratsola, *Función completa, por favor: Un siglo de cine en Montevideo* (Montevideo: Trilce, 2005), 93.
- 31 Los episodios de violencia de 1948 no fueron los primeros dentro del cine. Durante su misma inauguración, con motivo de exhibirse *El Gran Dictador* de Charles Chaplin, un grupo de marinos italianos cuyo buque se hallaba estacionado en el puerto de la capital, irrumpió en la sala “con gritos, pataleos, bombitas de olor” y varias “cruces nazis [fueron] pintadas en [las] butacas”, 18 de las cuales “quedaron destrozadas”. Ídem.

Canadá y que defecionó proporcionándole a la policía canadiense y al FBI las claves con que se manejaba en sus actividades de espionaje. Además de dejar en evidencia el trabajo de una red de espías soviéticos,³² el caso tuvo indudables repercusiones políticas a nivel internacional produciendo un “rápido incremento” en las actitudes antisoviéticas en momentos en que los Estados Unidos iniciaban “la nueva política de contención”.³³

Una parte de ellas fue la producción cinematográfica aludida, cuya exhibición en los Estados Unidos comenzó en marzo de 1948 para ir recorriendo luego diferentes países latinoamericanos –Venezuela, Perú– hasta llegar a la capital uruguaya. En el propio Estados Unidos y por supuesto en los países del subcontinente, el film generó airadas protestas de quienes lo consideraban como una burda propaganda antisoviética, especialmente peligrosa en momentos en que “la paz mundial” estaba lejos de ser estable.

El PC y su “protesta popular”

El disciplinado y bien organizado Partido Comunista uruguayo no estaba dispuesto a que la película se proyectase en el Trocadero –y luego en las múltiples salas barriales de la época– de manera sosegada. Es más, pretendió interrumpir su exhibición en el cine céntrico y desalentar la misma en las salas menores.

Desde la misma dirección nacional del partido se impartieron directivas para realizar un ruidoso y enérgico acto de repudio a la película antisoviética. Varios organismos y agrupaciones planificaron la protesta y cientos de sus militantes participaron en ella de diversa forma. Algunas decenas de activistas se mezclaron con el público. Otros, en mayor número, se manifestaron en la puerta intentando ingresar al hall del cine. La hora 22.45 marcó el inicio concertado de la acción, desde dentro y fuera de la sala. El contenido de bombas de olor fétido impregnó el ambiente, tubos de vidrio conteniendo alquitrán estallaron contra la pantalla y un nutrido zapateo acompañaba consignas tales como “democracia sí, fascismo no”, “abajo el imperialismo yanqui”.³⁴

La policía estaba alertada y se encontraba presente en las instalaciones del Trocadero. Al respecto es revelador un informe policial³⁵ donde se detallan las medidas de prevención adoptadas. Los antecedentes de incidentes en otros países hacían pensar –decía el documento policial– “[en

32 Gouzenko, un “especialista en mensajes cifrados”, proporcionó “al contraespionaje norteamericano y canadiense pistas sobre nuestras redes en Estados Unidos y Canadá durante la guerra” revelando “una lista de científicos clave que teníamos en mente para futuras operaciones en Norteamérica”. Pavel Sudoplatov y Anatoli Sudoplatov, *Operaciones especiales* (Barcelona: Plaza & Janes Editores, 1994) 276-7.

33 Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido: La Unión Soviética durante la Guerra Fría* (Barcelona: Crítica, 2008), 86.

34 Esto surge de una síntesis de las declaraciones efectuadas por los detenidos las cuales no fueron –en sustancia– contradichas por el PC. Ni su medio de prensa, *Justicia*, ni sus representantes parlamentarios ofrecieron en el momento una explicación alternativa atrincherándose en una lacónica y poco creíble versión según la cual, lo sucedido, constituyó una “espontánea” “protesta popular antiyanqui” de rechazo al “libelo” anticomunista. El “folletín”, decía el semanario del PC, llegaba al Uruguay “cansado” y “avergonzado” “ante tanto repudio popular” pues, como agregaba la nota, en “otros países de América Latina, el público, cuyo antiyanquismo aumenta día a día, ha dado ejemplar respuesta ... [y] el libelo es retirado a prisa”. Véase “Fracaso internacional de la Cortina de ‘humo’”, *Justicia*, 8 de octubre de 1948, 1 y “Prestigiosos intelectuales detenidos”, *Justicia*, 15 de octubre de 1948, 2.

35 El presidente fue informado de lo actuado, aunque su archivo personal sugiere que con posterioridad a lo sucedido. AGN-U, ALBB, Caja 85, Ministerio del Interior, Policía de Montevideo, Año 1948, “Memorándum relativo a los sucesos del cine ‘Trocadero’”. Adjunto a dicho asunto, se le remitió una copia del debate parlamentario que tuvo lugar en la Cámara de Representantes en las sesiones de 13 y 14 de octubre de 1948.

que] más bien parecieron [ser] otras tantas etapas de un solo plan determinado a cumplir en cada una de dichas naciones, una finalidad de carácter internacional”.³⁶ Su intervención logró expulsar a los manifestantes hacia la calle. Los vidrios de las puertas “vaiven” estallaron. La policía afirmó que por piedras lanzadas por los tumultuosos. Algunos de los detenidos, interrogados al respecto, declararon que estallaron por la presión ejercida por el público que salió violentamente de la sala. La represión en las inmediaciones del cine corrió por cuenta de agentes uniformados y de particular. Hubo 108 detenidos, 30 de ellos fueron procesados por la Justicia y se les tipificó el delito de “asonada”. Doce de ellos denunciaron múltiples castigos durante su detención en dependencias de Investigaciones y acusaron concretamente a varios funcionarios del SIE.

El episodio puso en evidencia una serie de cuestiones. En primer lugar, la capacidad de movilización del PC, que en la ocasión actuó a través de varios seccionales y mostró una amplia gama de lo que eran sus ámbitos de inserción. A la sazón: trabajadores portuarios, estudiantes secundarios del Liceo Nocturno o personas del mundo artístico nucleadas en la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE).

En segundo término, otra de las aristas puestas de manifiesto fue la total identificación de los comunistas uruguayos con la política exterior soviética, que por entonces intentaba asimilar los ataques propagandísticos del mundo occidental como verdadera amenaza a la paz mundial, bordeando el estallido de una tercera guerra mundial. Se intentaba nada menos que sacar de la cartelera montevideana a “La Cortina de Hierro”.

También se evidenció la absoluta identificación de la inteligencia policial con el anticomunismo así como su temprana inclinación por la aplicación de castigos a los detenidos políticos, algo que seguramente se nutría de una larga y arraigada tradición policial frente al detenido común, sobre todo si éste carecía de una “protección” derivada de su posición social, algo que había denunciado Emilio Frugoni más de una década atrás en ocasión de los episodios de 1935.³⁷

Por último, debe destacarse también la predisposición del elenco gubernamental de entonces para cobijar los desbordes de la policía. Ello denotaba, en buena parte de sus integrantes, el mismo anticomunismo del que hacían gala los agentes del SIE, algo que completa el cuadro de lo que revela el incidente del cine Trocadero y sus inmediatas derivaciones.

36 Jefatura de Policía, Dirección de Investigaciones, Capítulo II, pág. 2 en ADNII Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 2, “Relación de los hechos. Copias mimeográficas. Folleto edita[do] por la Jefatura”. Según el SIE, el recién comentado editorial aparecido en el semanario comunista el día antes de producirse la asonada lo había alertado de que algo podría suceder. El artículo en cuestión era “Fracaso internacional de la cortina de ‘humo’”, *Justicia*, 8 de octubre de 1948, 1. Según denunció Héctor Rodríguez, diputado del sector, el SIE fue informado de antemano por un infiltrado. República Oriental del Uruguay, *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes* (Montevideo: Florensa y Lafón, 1948) Tomo 475, Segunda Parte, sesión del 3 y 4 noviembre de 1948, 53. Salomón Kovensky, uno de los jóvenes participantes de la asonada, confirmó el tópico, aunque sin recordar al implicado. Entrevista con Salomón Kovensky, Montevideo, 9 de abril de 2010. Aunque no hay pruebas contundentes al respecto, todo indica que se trataba de un “obrero” arrepentido. Por su defección momentos antes del “asalto” al cine véase “Un obrero uruguayo, dirigente comunista, revela asqueado el sistema de calumnias del partido y el cínico engaño de que son objeto los obreros”, *El Día*, 16 de octubre de 1948, 7. El Secretario General del Partido, Eugenio Gómez también aludió a la presencia de infiltrados policiales en las filas del Partido invitando a sus militantes a estrechar la “vigilancia” filas adentro. Véase “Vigilancia en el Partido”, *Justicia*, 29 de octubre de 1948, 5.

37 Rodolfo Porrini, *Derechos Humanos y dictadura terrista* (Montevideo: Vintén, 1994), 65.

“Asonada” y “atentado”: la visión del SIE

El entonces diputado Rodney Arismendi era el Secretario Político de la Departamental del PC y tuvo parte destacada en la organización de la protesta.³⁸ Según la documentación policial relevada –basada a su vez en la declaración de varios detenidos–, fue el dirigente de mayor jerarquía involucrado en lo que a la postre la Justicia calificaría como “asonada”, lo cual “está comprobado sin ninguna duda” aunque “no se ha podido establecer si fue ese u otro el origen de tal decisión”.³⁹

En cuanto a la utilización de registros policiales obtenidos mediante interrogatorios a los detenidos debe mantenerse extrema cautela en su interpretación y manejo ya que tales documentos son confeccionados luego de una situación donde el detenido siempre se encuentra en indefensión. Algo que se agrava en este caso particular, pues como se verá más adelante, las prácticas de tortura por parte de la policía estuvieron presentes.

En el expediente que Ismael Weinberger –joven de diecinueve años, mecánico de PLUNA, alumno de ingeniería del Liceo Nocturno y dirigente comunista estudiantil– firmó ante los agentes del SIE, sostuvo que en una reunión celebrada en la sede central del Partido, el jueves 7 de octubre, Arismendi le indicó que “debía concurrir con un mínimun [sic] de seis personas al interior del cine Trocadero; en cuanto a la parte exterior la mayor parte que fuera posible”.⁴⁰ Así lo indicó Julio Cassarino, confirmando –de acuerdo a lo que declaró en dependencias policiales– que Arismendi presidió la reunión acompañado por el Edil Ángel Maya. En suma, y siempre según la declaración referida, aquél pareció señalar la presencia del dirigente estudiantil citado, del Secretario General del Seccional Puerto, Pablo País, y de otros dirigentes intermedios (Bentancurt, Rodella).⁴¹ En la declaración firmada por Ruben Yacovsky, otro de los detenidos, se subrayó que desde la propia sede de la calle Sierra salieron veinticinco o treinta personas rumbo al Trocadero sobre las 21.45 del sábado 9, es decir, a una hora exacta del inicio de los incidentes.⁴²

De acuerdo a la versión policial reflejada en las declaraciones de los detenidos, la participación de las distintas seccionales partidarias estaba rigurosamente cuotificada. A modo de ejemplo, la seccional Sur debía aportar 90 militantes, la 1ª, del puerto, 80. Participación importante tuvieron también los militantes de la Seccional 12ª –de la zona del Reducto y sus adyacencias– y la 11ª de Maroñas. Que la medida de protesta, tal cual estaba concebida podía derivar en hechos más o menos violentos estaba fuera de duda –seguramente– para sus organizadores. Si ello fue puesto a discusión como elemento para eventualmente no realizar la protesta, no podemos saberlo con precisión. De acuerdo a lo que declaró Edmundo Antognazza, Secretario de Organización del Seccional Sur, mientras estuvo detenido (tal vez con la intención de “quedar mejor parado” ante la

38 Curiosamente, en el vastísimo prontuario policial confeccionado por el SIE sobre Rodney Arismendi, no quedó constancia de este importante hecho. Sin embargo, debe consignarse que ello no se debió a falta de información pues la filiación de Arismendi databa del año 1934, cuando “fue invitado a concurrir a esta Oficina, a fin de identificarlo, en virtud de estar sindicado como comunista”. Véase ADNII, “Prontuario Personal de Inteligencia y Enlace No. 14”.

39 Jefatura de Policía, Dirección de Investigaciones, pág. 9 en ADNII Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 2, “Relación de los hechos. Copias mimeográficas. Folleto edita[do] por la Jefatura”.

40 “Ampliación de las declaraciones formuladas por Ismael Weimbergem [sic]”, pág. 2 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 6, “Exposición de los detenidos del 70 al 84”.

41 “Julio Cassarino Techera”, 13 de octubre de 1948, folio 15 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

42 “Grupo Club Comunista Liceo Nocturno. Ruben Yacovsky”, folio 84, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 6, “Exposición de los detenidos del 70 al 84”.

autoridad policial), el Secretariado de su Seccional había estado en desacuerdo con las instrucciones recibidas: “ellos (los miembros del secretariado) preveían que este acto iba a terminar en un disturbio, al no ser posible controlar a los compañeros exaltados”.⁴³ Así, completó su declaración afirmando que no había participado de la protesta pues se encontraba afectado por un ataque de lumbago. Tal vez su no participación —de ser cierta— obedeciese más a discrepancias con el tenor de la medida que a la afección mencionada. Sin embargo, tal extremo parece difícil dada la férrea disciplina reinante en las filas del PC.

La posibilidad de que se produjesen incidentes como derivación de la protesta planeada parece haberse manejado desde el principio por quienes participarían en ella. En ese sentido se orientaron las declaraciones firmadas por otro de los numerosos detenidos, Santiago Amengol. Un conocido suyo, de apellido Lucalich, lo habría invitado a ir al Trocadero en la fábrica textil en que trabajaba. Pero la invitación iba acompañada de una advertencia, ya “que se armaría escándalo”.⁴⁴ De acuerdo a la declaración firmada, Amengol habría señalado a otro detenido, Nelson Capozzolo, como uno de los responsables de haber arrojado bombas de alquitrán a la pantalla del cine y, si bien reconoció su presencia en la sala, sostuvo que no intervino en los “desmanes”. En su declaración firmada, Oscar Kovensky, un joven argentino de dieciséis años, reconoció que su participación se debió a la “disciplina”. Al respecto expresó —de acuerdo al documento policial—, “que él no estaba de acuerdo con dicho acto, porque suponía que de la realización del mismo pudiera[n] originarse actos de violencia, pero que concurrió por disciplina partidaria”.⁴⁵

Por razones obvias, las declaraciones de los detenidos ante la policía buscaban negar o minimizar la participación en los hechos así como también despistar a los agentes del SIE en su afán por indagar sobre el funcionamiento del PC, yendo con ello mucho más allá del simple esclarecimiento de lo sucedido en el cine.

De acuerdo con el documento confeccionado por la policía, el zapatero José Moraes Píriz declaró no tener militancia política pero sí familiares afiliados al batllismo. Su detención se produjo cuando transitaba por 18 de Julio, ajeno por supuesto a los incidentes. Al batllismo familiar, agregó su condición de “conocido por los funcionarios policiales de la Seccional 16ª como persona laboriosa, de buenas costumbres y alejada de la actividad política”,⁴⁶ pretendiendo con ello desmarcarse de los incidentes. De todas formas importa establecer que los agentes del SIE procuraron corroborar lo declarado con las autoridades de la Seccional 16ª.

Ricardo Piñón fue uno de los muchos menores de edad detenidos. Este joven de dieciséis años declaró —si hemos de creer lo que la policía suscribió tras interrogarlo—, que fue apresado por agentes de investigaciones en la esquina de 18 y Yaguarón cuando regresaba de un partido de básquetbol junto a un amigo sobre las 24 hs: “Que es apolítico y bien conocido entre sus convecinos por

43 “Juan Edmundo Antognazza Moreno”, 19 de octubre de 1948, folio 1, pág. 2, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

44 “Santiago Armengol Díaz”, 12 de octubre de 1948, folio 3 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

45 “Liceo Nocturno. Oscar Kovensky Loifer”, 10 de octubre de 1948, folio 38, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 4, “Exposición de detenidos del 26 al 50”.

46 “José Moraes Píriz”, 10 de octubre de 1948, folio 49 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 4, “Exposición de detenidos del 26 al 50”.

sus hábitos de trabajo y buenas condiciones de moral y respeto a las personas”.⁴⁷ Llama la atención la apelación a la “laboriosidad y las buenas costumbres”—en los dos casos ya citados— como confirmatorios de personalidades reñidas con la de los tumultuosos comunistas del Trocadero. ¿Apelaciones de “hábiles declarantes” o muestras de cierto formato de prejuicio ideológico-burocrático emanado de los escribientes de Inteligencia y Enlace? En el caso del joven Piñón parece imponerse lo primero ya que había sido reconocido por dos empleados del cine como promotor de los desórdenes, aunque la investigación policial no pudo vincularlo al grupo organizado. Otros implicados también negaron rotundamente su participación, pese a contundentes testimonios en contrario. Sin embargo, interesa señalar aquellos casos en los que se hace evidente la intención de despistar una indagatoria policial que excedía con mucho el incidente del Trocadero y que buscaba penetrar en la estructura del PC. José Raúl Aquino no era un militante más, integraba el Secretariado de la Seccional Puerto. Según el documento policial, declaró no haber estado en el cine y desconocer por qué otros compañeros —detenidos— lo acusaban de haber estado allí, reconociendo su afiliación al partido de “seis meses” atrás. La policía sabía que mentía: el carnet databa de diciembre de 1945.

En la misma línea, pero más contundente, mostró Raúl Viñas, quien —de acuerdo al registro policial— se negó a contestar preguntas sobre su vínculo con el Secretariado de la Seccional 8ª y sobre la frecuencia con que concurría “a dicho club”.⁴⁸

Como veremos más adelante, el ambiente que reinó en las dependencias de Investigaciones de la Jefatura de Policía de Montevideo para con el centenar de detenidos en los días posteriores a la noche del 9 de octubre de 1948 estuvo marcado por una extrema tensión. Las denuncias de apremios físicos y el modo en que éstas fueron manejadas por el sistema político, nos ocuparán en breve. En ese contexto es que puede entenderse la conducta que habría asumido Juan Carlos Camera, quien no resultó detenido durante los incidentes sino varios días después. El documento policial registra que: “El detenido ... se negó terminantemente a contestar las preguntas que se le formularon expresándose en forma insolente”. Aclaró “que nada tenía que decir a la policía, ni a la justicia, ni a nadie, y que su fuga de su empleo y de su domicilio eran cosas particulares que a nadie le interesaban. Agregaba a sus desplantes verbales, gestos despectivos”.⁴⁹ De acuerdo a las declaraciones que la policía registró a otros detenidos y según sus propias sospechas, Camera habría “cuidado la espalda” de uno de los activistas que dentro del cine arrojó uno de “los tubos de vidrio” y desde la noche del 9 de octubre hasta su detención, no frecuentó ni su domicilio ni su lugar de trabajo en el Municipio de Montevideo.⁵⁰

El odontólogo Barón Jorge Bruno también resultó detenido con posterioridad al 9 de octubre. Negó su presencia en el Trocadero y no hubo testimonio alguno que lo vinculase al episodio. Durante el interrogatorio a que fue sometido, se le preguntó sobre su participación en un acto del

47 “Ricardo Piñón Fernández”, 10 de octubre de 1948, folio 59, en ADNII Cine Trocadero, Carpeta 5, “Exposición de detenidos del 51 al 69”.

48 “Raúl Viñas Real”, 21 de octubre de 1948, folio 80, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 6, “Exposición de los detenidos del 70 al 84”.

49 “Juan Carlos Camera”, folio 12, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

50 Fueron varios los comunistas escondidos por ese entonces. La casa del militar José López Silveira fue uno de esos lugares de refugio. Cuando “el asunto del Cine Trocadero, hubieron algunas personas escondidas en esa casa” indicó uno de sus vecinos. Véase “Memorándum Confidencial”, Montevideo, 23 de noviembre de 1955, pág. 13 en “Memorándum Confidencial. Penetración comunista en el Ministerio de Relaciones Exteriores”, Diciembre de 1955 en AGN-U, ALBB, Caja 123, “Comunismo”.

PC realizado el 12 de octubre —es decir tres días después de los sucesos del céntrico cine. Cuando se lo interrogó por quienes estaban en dicho acto, consignó —de acuerdo a la versión policial— su “protesta ... porque nada tiene que ver con el motivo porque se me expresó se me había detenido, y por ser el Partido Comunista un partido reconocido por la ley, que respeta la Constitución de la República”.⁵¹

Para 1948, Carmen Garayalde y su esposo José Luis Massera, eran dos destacados intelectuales comunistas a los que el SIE prestaba especial atención.⁵² Ambos estuvieron en el Trocadero. Carmen negó haber estado en el cine arrojando una bomba de olor en la sala. Sin embargo, los numerosos testimonios de los detenidos —algunos a la postre procesados—, del empleado de la Jefatura de Policía, Dámaso Tor y de Emir Rodríguez Monegal y su esposa, Zoraida Nebot, entre otros, afirmaron lo contrario. También Massera negó su presencia en el cine aunque los mismos testimonios que señalaron a su esposa apuntaron al matemático, quien habría alentado la presencia de los miembros de AIAPE en la protesta del Trocadero, extremo también negado por Massera.⁵³

El episodio, que sin duda adquirió ribetes novedosos para aquel Uruguay de 1948, también dio pie para pequeños ajustes de cuenta, mezquindades propias de la crispación política-ideológica. El caso de “JP”, trabajador de los talleres de la Administración Municipal de Transporte (AMDET), se inscribe en esa dirección. En una primera instancia acusó a otro trabajador de la empresa de transporte municipal, “AB”, de ser la persona que lo invitó a participar en la protesta contra “La Cortina de Hierro”. Ello cambió en una segunda declaración en que rectificó sus dichos: quien lo “convidió” para el acto de protesta fue en realidad “JR”. Aparentemente, y de acuerdo a la versión policial, la falsa acusación había sido en “venganza por diferencias tenidas con [“AB”], sobre cuestiones gremiales que llegaron hasta el terreno de lo personal, aparte de que éste [“AB”] se había alejado de la línea comunista, denigrando ahora esta ideología”.⁵⁴

Fue precisamente una visión fuertemente ideologizada de la realidad mundial la que llevó a cientos de militantes comunistas uruguayos —muchos de ellos extremadamente jóvenes o sencillamente adolescentes— a embarcarse en una medida de protesta como la de la noche del 9 de octubre de 1948. Para ellos, y para futuras generaciones de integrantes del Partido y de su juventud

51 “Barón Jorge Abel Bruno García”, 16 de octubre de 1948, folio 8, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

52 Sobre ello véase Roberto García Ferreira, “Un gran activista: José Luis Massera en los prismáticos de la inteligencia policial uruguaya (1946-2002)”, en Roberto Markarian y Ernesto Mordeki (compiladores), *José Luis Massera: Ciencia y compromiso social* (Montevideo: Pedeciba-Orbe, 2010), 321-30.

53 [Resumen sobre situación de Carmen Garayalde y José Luis Massera], 16 de noviembre de 1948, folio 45, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 4, “Exposición de detenidos del 26 al 50”. La indudable asistencia al cine de ambos aquella noche tuvo efectos en su entorno familiar. Aunque los hijos jamás escucharon hablar del tema a sus padres —“es que en casa no se hablaba ni de Matemática ni del Partido Comunista” señala Ema Massera, hija del matrimonio—, la empleada fue despedida tras aquellos episodios. Ella, que “era una mujer contraria a esas ideas” aprovechó la situación y “nos encerró a mí y a mi hermano” mostrándonos “el diario donde decía que mis padres estaban presos y ahí me enteré”. Entrevista con Ema Massera, 9 de marzo de 2010. Por la afirmación relativa al silencio de los padres respecto del Partido véase R. García Ferreira, “Un gran activista”, 22.

54 La modificación en la versión también puede obedecer a un motivo diferente al expresado: el interés policial por desvincular a “AB” e implicar en los hechos a “JR”. Véase “JP”, 11 de octubre de 1948, folio 22, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25”.

–refundada en 1955⁵⁵, la defensa irrestricta de la URSS, de su modelo, de sus logros y de su política exterior era parte sustantiva de su existencia militante. Aunque, en efecto, “La Cortina de Hierro” era ciertamente una burda expresión del anticomunismo hollywoodense,⁵⁶ interpretarla como un eslabón de una cadena capaz de desencadenar la tercera guerra mundial parecía algo excesivo.⁵⁷ En un interesante estudio reciente, Marisa Silva Schultze sintetizó acertadamente el papel –político y emocional– de la URSS para los comunistas uruguayos, el que estaba marcado por “una cadena de identificaciones: socialismo con Unión Soviética, futuro con anticipo de futuro, marxismo leninismo con la línea del PCUS, internacionalismo proletario con fidelidad a la URSS, intereses soviéticos con intereses del proletariado mundial”.⁵⁸ Samuel Wainstein, joven de dieciocho años por entonces, era ejemplo de ello. No ocultó su participación en la protesta fuera del cine, y según los agentes del SIE que consignaron por escrito sus declaraciones, confesó “que sólo por solidaridad ideológica tomé parte de estos hechos, habiendo decidido por propia voluntad”.⁵⁹ Aquella “era la primera película antisoviética y para nosotros cualquier cosa que dijera algo malo sobre la URSS era como insultarnos a nosotros. Así era la mentalidad de aquella época” recordó Salomón Kovensky, uno de aquellos adolescentes participantes de la “asonada”.⁶⁰

La acción policial más importante no se desarrolló dentro del cine, ni en sus alrededores: tuvo lugar muros adentro de las dependencias de San José y Yí. Muchos de los detenidos en la noche del 9 –varios por agentes de civil–, marcharon directamente a Jefatura. Otros, tuvieron un breve pasaje por las comisarías de la zona. Los sucesos agudizaron el anticomunismo de nuestra policía. A un mes de la “asonada”, el comisario seccional Eduardo Juan Giordano informaba al

55 La organización juvenil comunista había existido desde 1939 bajo el nombre de Federación Juvenil Comunista siendo luego, alrededor de 1946, disuelta e integrando a sus miembros en el Partido.

56 “El hecho de que ‘La cortina de hierro’ aparente ser cine documental no oculta su neto carácter político, y de que se inicie una senda por la cual, temiblemente, podrán circular muy pronto toda clase de folletines con villanos comunistas o meramente rusos” apuntaba una crítica cinematográfica montevideana. “La Cortina de Hierro”, *Marcha*, 8 de octubre de 1948, pág. 10. La propaganda de la misma en días anteriores a su estreno indicaba que se trataba de un importante y veraz testimonio histórico. Véase “El documento cinematográfico más apasionante de nuestro tiempo: ‘La Cortina de Hierro’ estrenará hoy el Cine Trocadero”, *El Debate*, 6 de octubre de 1948, pág. 5; *El Día*, 5 de octubre de 1948, pág. 14; “La Cortina de Hierro”, estrenase miércoles el Trocadero”. *El País*, 4 de octubre de 1948, pág. 8.

57 Según la declaración firmada a los agentes del SIE por Romero Pais, este consideró que la película tenía “a crear el odio contra la Unión Soviética, preparando las condiciones propicias para una 3ra. Guerra Mundial”. Véase “Pablo Romero Pais Pais”, 14 de octubre de 1948, pág. 2, en ADNII, Carpeta 5, “Exposición de detenidos del 51 al 69”. En el mismo sentido iban las declaraciones firmadas por Salomón Kovenski y Julio Cassarino, quien según su declaración firmada dando cuenta de su participación en el acto de protesta, expresó que había concurrido por “considerar que la película en cuestión, hacía propaganda belicista y fundamentalmente contraria a las ideas pacifistas que él cree que deben difundirse”. Véase “Julio Cassarino Techera”, 13 de octubre de 1948, pág. 2, en ADNII, Carpeta 3, “Exposición de Detenidos del 1 al 25” y “Salomón Kovenski Loifel”, 11 de octubre de 1948, pág. 4, en ADNII, Carpeta 4, “Exposición de detenidos del 26 al 50”.

58 M. Silva Schultze, *Aquellos comunistas*, 165. Acerca del “revolucionario desinteresado”, fiel y disciplinado servidor “del Partido” y de “su causa” véase el excelentemente documentado trabajo de Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin* (Barcelona: Edhasa, 2009), especialmente el Capítulo 1, “Los hijos de 1917 (1917-1928)”, 45-139.

59 “Liceo Nocturno. Samuel Wainstein Evenchik”, folio 83, pág. 4 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 6, “Exposición de los detenidos del 70 al 84”.

60 Entrevista con Salomón Kovensky, Montevideo, 8 de abril de 2010.

SIE sobre las diligencias por él realizadas “en los principales comercios de su jurisdicción”.⁶¹ Daba cuenta el celoso funcionario “que en forma confidencial realizó averiguaciones a efectos de poder identificar a elementos sindicados como ‘comunistas’ cuyo resultado fue que en la casa de Mateo Brunet, le fueron indicadas las personas que a continuación detallo...”.⁶² Tres fueron las personas sindicadas como “comunistas”.

De “enchalecamiento” y “malos tratos”

Las denuncias de malos tratos —o lisa y llanamente torturas—, llegaron pronto a las páginas de la prensa entablándose al respecto una verdadera puja entre dos tópicos bien definidos: por un lado la conducta “delictual” del comunismo local,⁶³ y por otro, los desbordes de brutalidad policial.⁶⁴

Un primer grupo de detenidos denunciaron golpes y puntapiés. Entre otros, este grupo lo integraron Ismael Weinberger, Pablo Romero Pais y José Barceló. Romero Pais reveló además haber estado veinte horas de plantón aplicándosele puntapiés en una pierna afectada por flebitis. En razón de que este detenido reconoció desde un comienzo su participación en los hechos, el maltrato no podía “justificarse” por una “obstinación” en negar lo que era evidente para los agentes de inteligencia. Frente a la comisión senatorial designada para investigar las denuncias de torturas, los policías denunciados negaron la acusación y señalaron “la espontaneidad del procesado para declarar disponiéndose el mismo interrogado a escribir a máquina su confesión”.⁶⁵

61 Así lo señalaba desde el mismo encabezamiento de su informe señalando que “Con motivo de la asonada del cine Trocadero, el comisario que suscribe...”. “Señor Jefe del Servicio de Inteligencia y Enlace”, Montevideo, Noviembre 12 de 1948, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 1, “Oficios Varios. Notas al Juzgado. Entrega al albergue de menores detenidos”.

62 Ídem.

63 El Jefe de Policía, los voceros del anticomunismo local y el gobierno desmintieron rotundamente el episodio de las torturas policiales denunciando que se trataba de una “cortina de humo” para ocultar la responsabilidad del PC en los hechos, desviando la atención. La entrevista al Coronel Fajardo en “Elógiase la acción del público en la frustración de la asonada comunista”, *El País*, 16 de octubre de 1948, 5. Sobre el tema véase también, “¿Torturas?”, *El País*, 17 de octubre de 1948, 5; “La cortina de humo de las torturas”, *El País*, 24 de octubre de 1948, 5; “El folletín de las torturas”. *Acción*, 21 de noviembre de 1948, 3; “Destruída la fábula comunista de supuestas torturas policiales”. *Acción*, 23 de octubre de 1948, 3-4; “Desviar la atención y preparar la defensa”. *Acción*, 3 de noviembre de 1948, 3; “Sobre la asonada sovietista”; *El Día*, 18 de noviembre de 1948, “Los sucesos del Trocadero”; *El Día*, 16 de noviembre de 1948, 7; “El herrerismo y las torturas inexistentes”, *El Día*, 19 de noviembre de 1948, 7.

64 Desde filas comunistas se difundió extensamente el tema. Entre lo más trascendente véase “Torturan en investigaciones a uruguayos, para servir a los guerrilleros yanquis”; “Los peores enemigos del gobierno: los torturadores”, *Justicia*, 15 de octubre de 1948, 1; “Enloquecedoras torturas a patriotas uruguayos”, *Justicia*, 22 de octubre de 1948, 1; “Sí! Fueron torturados”, *Justicia*, 26 de noviembre de 1948, 1. El herrerismo, si bien condenó enérgicamente el accionar comunista, sostuvo que debía indagarse en las causas sociales de la protesta. “Asustándose de la sombra”, *El Debate*, 2 de noviembre de 1948, 3. En suma, y en lo relativo a las torturas, alertó de la arbitrariedad a que daba lugar el empleo de los chalecos de fuerza a los detenidos, agregando que debía investigarse a fondo lo acaecido con la policía: “Lo peligroso para la libertad es la conformidad anticipada, sin esperar, siquiera, explicación alguna, como si el pecado estuviera, por aberración, en quien desea conocer las causas de la transgresión”. Véase “Nuestra conducta en el debate sobre actuación de la Policía”. *El Debate*, 22 de noviembre de 1948, 3. La mayor sensatez la expresó el Dr. Petit Muñoz, a su vez abogado defensor de varios de los detenidos. Su testimonio, confirmando la existencia de las torturas policiales en Eugenio Petit Muñoz, “Del Dr. Eugenio Petit Muñoz”, *Marcha*, 5 de noviembre de 1948, 4 y 7.

65 “Cámara de Senadores. Comisión Especial encargada de asesorar sobre medios de defensa de la democracia. Informe”, pág. 3, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 7, “Investigación realizada por la Comisión

El propio Director de Investigaciones, Víctor Bottías⁶⁶ le tomó la confesión: “hablamos –aparte del asunto– de cosas generales, incluso del tratamiento que le habían dado. De lo único que se quejó fue de un pisotón que le dieron, según él, deliberadamente”.⁶⁷ La versión policial nos remite a un cuadro de distensión, a una atmósfera casi amigable donde el “pisotón” pareció ser la nota discordante. El informe de la Comisión parece en este caso –como en los demás– inclinado a creer la versión policial y a desacreditar la de los militantes comunistas detenidos. Ya que –como dijimos– Romero Pais no negó su participación en la asonada, la Comisión interpretó que “siendo así, el cargo de castigos sufridos importaría suponer una actuación policial de exceso, desde luego, pero sin ninguna finalidad útil, por puro espíritu de daño. Y esto resultaba tan extraño que –por lo mismo– ya disponía al espíritu de prevención contraria a la credibilidad de los dichos relativos”.⁶⁸

Parece pertinente detenerse en un par de detalles. El órgano del Senado que interrogó a los procesados denunciados y a los agentes del SIE identificados por ellos como torturadores fue una Comisión Especial para la Defensa de la Democracia. A su nombre, por cierto revelador, debe agregarse que estaba integrada por personalidades de reconocido carácter conservador –cuando no abiertamente anticomunista–: Emilio O. Bonino, Ramón F. Bado, César Charlone, Eduardo Rodríguez Larreta y Lorenzo Batlle Pacheco.⁶⁹ En suma, fueron designados por la Suprema Corte de Justicia dos médicos forenses –Gonzalo Cáceres y Andrés Braun– para interrogar y revisar a trece de los procesados.

Al informe de la comisión se le incorporó el dictamen forense, cuyo contenido descartaba lo denunciado por Romero Pais en cuanto a los puntapiés en su pierna izquierda –durante el plantón de veinte horas–, justamente la afectada por la flebitis. Ismael Weinberger, quien denunció golpes y cachetadas durante veinte minutos, reconoció que el médico lo había examinado “en el mismo juzgado”, preocupándose –según la comisión– “en querer demostrar” que “hay castigos que no dejan señales”. Los médicos que asistieron a la comisión manifestaron que el examen era “negativo (en cuanto a señales de castigos)”.⁷⁰ Sin embargo, ¿cuantos días habían transcurrido entre los castigos denunciados y el examen practicado por los forenses al servicio de la Comisión senatorial? Varios sin duda, aunque no se especifica cuantos.

José Humberto Barceló denunció puntapiés y golpes violentísimos de la cabeza contra la pared. Dijo que esos castigos le fueron aplicados el día previo a su declaración en el Juzgado, sobre la hora 19.30. En el examen practicado en la sede judicial no se constataron huellas de ello, continuaba diciendo el informe del Senado.

Especial de la Cámara de Senadores sobre denuncias de castigos”.

66 A propósito de Bottías cabe señalar que había sido “cronista” policial del diario *El Día*, medio de reconocida prédica anticomunista. Véase “Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista. Rechaza las declaraciones del Ministro del Interior Dr. Zubiría”, *Justicia*, 29 de octubre de 1948, 1.

67 “Cámara de Senadores. Comisión Especial encargada de asesorar sobre medios de defensa de la democracia. Informe”, pág. 3, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 7, “Investigación realizada por la Comisión Especial de la Cámara de Senadores sobre denuncias de castigos”.

68 Ídem.

69 Tal integración fue calificada como “inadmisibles” por el semanario comunista. “¡Inadmisibles!”, *Justicia*, 5 de noviembre de 1948, 8.

70 Ídem, 4.

Un segundo grupo de denunciantes adujo, junto a los golpes y puntapiés, la aplicación del chaleco de fuerza durante una hora y media y tres horas. Comprendió a Javier del Puerto Copello, Saturnino de los Santos, Nicolás Busiello, Antonio Simoes y Humberto Matonte.

El testimonio de Javier del Puerto fue cuestionado ya que los forenses no constataron ni arrancamiento de cabellos ni golpes en los testículos –extremos denunciados por del Puerto–: “Lo que –de haber ocurrido– tendría necesariamente que haberse comprobado”. Además “no sabe precisar con qué le golpearon (los testículos); [y] se contradice con respecto al hecho de si fueron una o dos las personas que lo hicieron”.⁷¹ Imprecisiones y contradicciones fueron señaladas en la declaración de Saturnino de los Santos. Expresó “que cree” que el chaleco tiene una presilla por el costado, “sugiriendo fuertemente que nunca lo ha visto”. Mientras que en el Juzgado declaró haber sido golpeado con cachiporra en los riñones, ante la Comisión expresó que le pegaron en las costillas. Los golpes fueron fuertes –según de los Santos–, pero no quedaron señales, “lo que no puede admitirse”.⁷²

A Nicolás Busiello se lo tildó de “demasiado impreciso”. “Sus manifestaciones no son convincentes y la certificación médica es negativa”.⁷³ Sobre Humberto Matonte, se señalaron las aparentes contradicciones en sus declaraciones ya que las efectuadas en la sede judicial no coincidieron con las vertidas ante la Comisión: “... Ante el Juzgado declaró un episodio físicamente imposible, el que luego trató de salvar ante la Comisión...”.⁷⁴ Frente a los miembros de la misma declaró castigos que no mencionó en el Juzgado –golpes con toalla mojada durante diez minutos, estando desnudo–, el informe médico también fue negativo al respecto.

Un tercer grupo denunció la aplicación del chaleco de fuerza por tiempo prolongado. El joven Elías Tulbovich afirmó haberlo sufrido por espacio de 36 horas contradiciéndose respecto al piso en el que estuvo enchalecado de plantón. Primero habló de baldosas, luego de loza y finalmente mencionó que era de piedra. No recordó el color del chaleco, ni cuantas veces cayó desmayado o semidesmayado. Tampoco cuantas veces le sacaron el chaleco para ir al baño. Se sintió asfixiado y según él esto le provocó un soplo al corazón.⁷⁵ De todas formas, debe precisarse un dato revelador: el forense examinó a Tulbovich siete días después de haber declarado ante el Juzgado penal.⁷⁶

Jorge Rodella denunció haber tenido el chaleco puesto por espacio de treinta horas. No se lo habrían quitado en ningún momento. Según testimonió, durante ese lapso nunca fue al baño, no habría bebido agua ni probado alimento alguno. Se habría caído al suelo enchalecado, sin desmayarse ni lastimarse. Tanto Tulbovich como Rodella denunciaron haber estado todo ese tiempo –36 y 30 horas respectivamente– con las piernas abiertas por espacio de cinco baldosas, lo que equivaldría aproximadamente a un metro.

Julio Pequera manifestó que lo habían enchalecado en dos oportunidades, siempre con las correas muy apretadas, y que en la primera oportunidad se había desmayado. La segunda vez que estuvo en esas condiciones, experimentó calambres y un *shock* violentísimo durante el plantón.

71 Ídem, 9.

72 Ídem.

73 Ídem, 10.

74 Ídem.

75 Ídem, 11.

76 Ello lo confirmó el Dr. Petit Muñoz, aclarando que Tulbovich, su “defendido”, había dado un testimonio “impresionante que respira realidad ... de las modalidades precisas de los tormentos precisos”. E. Petit Muñoz, “Del Dr.”, 4.

Los forenses al servicio de la Comisión no comprobaron lesiones que –a su juicio– deberían haber quedado: erosiones y escoriaciones; esquimosis o hematomas, lesiones articulares.⁷⁷ “Resulta pues, inverosímil la versión de esos procesados en cuanto refieren haber permanecido enchalecados durante tantas horas frente al cuadro negativo que la pericia constata” concluía la Comisión.⁷⁸

La policía reconoció el uso del chaleco de fuerza⁷⁹ sólo en los casos de Jorge Rodella y de Julio Pequera. Este último –de acuerdo a la versión de los agentes del SIE– quería irse de cualquier manera y amenazaba con hacerse daño a sí mismo con el objetivo de ser trasladado a un hospital. El propio Pequera admitió que intentó cortarse en los antebrazos con el filo de una moneda. Análoga fue –según los agentes– la situación de Rodella. Para los doctores Cáceres y Braun, el uso del chaleco –discutible desde el punto de vista médico– no podía considerarse tortura y los procedimientos policiales fueron, a su juicio, correctos.⁸⁰

Pero los médicos fueron un poco más lejos. Se explayaron en largas consideraciones sugiriendo desde la corrección de los funcionarios policiales –dadas sus fojas de servicio– hasta el interés del PC en “disminuir las pruebas acumuladas contra sí mismo, por aplicación de la táctica de echar sombras sobre el procedimiento policial”.⁸¹

Estas consideraciones fueron coincidentes –¿raramente coincidentes?– con las del Comisario José P. Doderá, Jefe del SIE, a cuyo cargo estuvieron los interrogatorios de los detenidos. “Esta gente ha querido dar una sensación tan real de los castigos, para dejar el convencimiento de que han existido, que ellos mismos se han puesto en ridículo, en mi concepto”.⁸²

Nueve detenidos entre procesados y no procesados declararon haber sido tratados correctamente por la policía. De los procesados, ocho no denunciaron castigos. Catorce detenidos, y finalmente no procesados, declararon especialmente no haber sido maltratados.⁸³ En cambio, catorce de los detenidos denunciaron malos tratos en el Juzgado, la mitad de los cuales lo hizo durante el presumario y los restantes “una vez aleccionados por sus abogados al declarar en su presencia en el sumario”.⁸⁴

Uno de los nombres que más se repitió en las acusaciones de los detenidos fue el del agente “Molinari”, que resultó ser en realidad Armando Doninali. Además de afirmar que las denuncias eran falsas, el oficial aventuró una explicación de las mismas: “Ellos seguían hablando y al darse cuenta de que hablaban de más y de que comprometían al Partido –porque esta es la verdad– dijeron que fueron maltratados, para justificarse ante el propio Partido, porque casi todos estos son ‘cabeza’ en los clubes en que actúan; son hasta secretarios de organización, secretarios políticos”. “Molinari” también desechó la acusación de que obligaban a los detenidos a involucrar a dirigentes del PC: “Imagínese que ninguno ha nombrado a Gómez y para nosotros más interesante

77 Ídem, 12.

78 Ídem, 13.

79 “El Ministro del Interior confirma las torturas”, *Justicia*, 29 de octubre de 1948, 2.

80 Ídem, 18.

81 Ídem, 16.

82 Ídem, 14.

83 Informe de la Comisión del Senado, resumen de las declaraciones en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

84 Resumen de las declaraciones en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

(sería) nombrar a Gómez que es el Secretario del Partido”.⁸⁵ Este agente mencionó la cifra de 300 involucrados en los episodios del Trocadero. Sus declaraciones muestran a un hombre comprometido con su misión –verdadera cruzada– anticomunista: “Uno conoce a esta gente, ha leído un poco de comunismo, conoce la forma de trabajar del comunismo y sabemos que los tipos van a confesar y después van a decir mentiras, y si confiesan, tienen temor a la muerte”. El agente, que había visto la película, sostenía que ella era a su entender “una prueba clara” de lo que afirmaba, para concluir lamentándose en que los comunistas se la habían “agarr[do] conmigo”.⁸⁶ Por lo visto, al menos en este agente de segunda del SIE, “La Cortina de Hierro” había cumplido su propósito.

El Jefe de Policía de Montevideo era el Coronel Alberto Fajardo. Su presencia en el encarcelaje de jefatura fue frecuente en los días posteriores al 9 de octubre y algunos testimonios de los detenidos lo desvinculan abiertamente de los malos tratos infligidos.⁸⁷ Pablo Romero Pais escuchó que los agentes decían “cuidado que viene el jefe” cuando éste se hacía presente. En una ocasión ordenó que lo acostaran –estaba de plantón–, pero cuando Fajardo se retiró la orden no fue cumplida.⁸⁸ Tal vez el ensañamiento con Romero Pais se debiera a lo que declaraba el subjefe de Inteligencia y Enlace, el Comisario Luis Coolighan, justamente en relación a este detenido: “Es un teórico del Partido, un hombre realmente peligroso...”.⁸⁹

Los agentes del SIE –al menos algunos de ellos– se ufanan de su experiencia profesional, la que según sus dichos, los ponía a cubierto de conductas como las denunciadas en su contra. Somos “viejos funcionarios de la Sección Orden Político” y “por una cuestión de lógica, el mal trato tiene que desaparecer” argumentó el agente Enrique Tognola.⁹⁰ ¿Estaría refiriéndose a prácticas atribuidas a la División de Investigaciones durante la dictadura terrista? Parece pertinente recordar que a raíz del atentado fallido contra Gabriel Terra en el Hipódromo de Maroñas el 2 de junio de 1935, y cuando además del autor de los disparos fueron detenidos otros 23 opositores

85 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración del señor Armando Dominali”, págs. 7-8, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

86 Ídem, pág. 9.

87 Existió consenso positivo respecto al Coronel. Véase E. Petit Muñoz, “Del Dr.”, 4. También el propio Rodney Arismendi consignó en el parlamento la “vieja amistad” que lo unía al Policía. República Oriental del Uruguay, *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes*, (en adelante, DSCR) Tomo 476, Segunda Parte (Montevideo: Florensa y Lafón, 1948), 879.

88 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración del señor Pablo Romero Pais” en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

89 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración de Ramón Luis Coolighn”, pág. 24 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

90 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración del señor Enrique Tognola”, pág. 17 en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”. El semanario del PC había denunciado la existencia en Investigaciones de varios agentes “célebres por su conducta en 1933 y 1934”. “Prestigiosos intelectuales detenidos”, *Justicia*, 15 de octubre de 1948, 2.

sospechados de estar implicados en el episodio, la Policía fue acusada de practicar severas torturas. Como lo ha revelado la investigación de Rodolfo Porrini, “lo más grave de esta situación fue la denuncia que responsabilizó a la Policía de Investigaciones de haber torturado a la casi totalidad de los detenidos en esa ocasión”, lo cual “constó en las declaraciones de la mayoría de los ex presos ante la Comisión parlamentaria creada al efecto”.⁹¹ Entre las prácticas policiales empleadas en ese entonces figuraban el “cepo americano”, el “empleo de esposas de críquet”, la “simulación de ahorcamiento”, la “compresión con aparatos especiales de los órganos genitales hasta su trituramiento”, el empleo de la “picana eléctrica”, los “plantones sin poder dormir” y la “falta de alimentación” durante varios días,⁹² éstas dos últimas prácticas reaparecieron para con los detenidos del Trocadero.

El ya citado Doninali era el más locuaz, sin duda. Cuando se le mostró la fotografía de un detenido –Saturnino de los Santos–, para ver si lo reconocía, dijo: “Quiero recordar porque son enemigos que me haré en la vida. El Partido Comunista será uno de ellos”.⁹³

Para culminar, merecen destaque las palabras del propio Jefe del SIE, el Comisario Dodera. Interrogado acerca del nombre y cometido de su Sección, respondió que el “Servicio de Inteligencia y Enlace, se ocupa[ba] de los delitos contra la Patria. Actuando en todos esos problemas, por ejemplo, actividades antinacionales”.⁹⁴ Y el comunismo era, por lo visto, la encarnación más acabada de lo antinacional.

Consideraciones finales

Hacia fin de año, si bien la prensa anticomunista, el SIE y los representantes diplomáticos extranjeros habían tomado nota de lo sucedido, el ambiente tendió a normalizarse.

En medio de un continente convulsionado por golpes militares e ilegalizaciones generalizadas de los partidos de izquierda, el Uruguay pareció encaminarse a “convivir” con ellos, aunque vigilándolos de cerca, muy especialmente al PC. El pedido de desafuero que el Poder Judicial remitió al Parlamento a los efectos de procesar al diputado Arismendi finalmente no prosperó.⁹⁵ Los propios comunistas, alentados por ello y seguramente alertados ante su anterior error de cálculo, pasaron a ser cada vez más “cuidadosos”, buscando “no comprometerse en actividades

91 R. Porrini, *Derechos Humanos*, 64.

92 Ídem, 65.

93 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración del señor Armando Dominali”, pág. 10, en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

94 Cámara de Senadores, Comisión Especial designada para investigar los sucesos del atentado al Cine Trocadero, versión taquigráfica, 30 de octubre de 1948, “Declaración del señor Comisario José Dodera” en ADNII, Caja 38, “Cine Trocadero”, Carpeta 8, “Declaraciones de detenidos y funcionarios ante la Comisión Especial designada por el Senado sobre castigos”.

95 Según el diplomático español, el propio presidente de la República intentó evitar que Arismendi perdiera sus fueros parlamentarios. Véase Montevideo, 29 de noviembre de 1948, Benjamín Nahúm, *Informes diplomáticos de los representantes de España en el Uruguay, Tomo IV (1948-1958)*, 24. El dictamen judicial fue filtrado a la prensa siendo publicado antes de que llegara al parlamento. Véase “Se dio a conocer dictamen judicial pidiendo el desafuero del representantes Arismendi”, *El Día*, 8 de diciembre de 1948, 10. El debate parlamentario donde los diputados resolvieron no tomar medidas en República Oriental del Uruguay, DSCR, Tomo 476, 619 y 625-8.

que pudieran causar una reacción oficial o pública desfavorable”.⁹⁶ Aunque la preocupación por la Argentina peronista también contribuyó, lo afirmado formaba parte de una estrategia más amplia: “Al saberse objetivo de vigilancia por parte de los servicios locales los rusos se cuidaban mucho y trataban, al igual que los partidos comunistas locales, de garantizar su propia seguridad” escribía un soviético ex funcionario de los servicios de inteligencia de su país en América Latina.⁹⁷

Si bien siguieron escuchándose voces que reclamaban con insistencia la urgente sanción de legislación represiva,⁹⁸ la intención del Poder Ejecutivo se caracterizó en todo momento por limar dichas aristas, apaciguando un debate cuyos extremos el presidente Batlle Berres no parecía dispuesto a concebir.⁹⁹ Así, en su Mensaje Anual remitido a inicios del año entrante, el presidente destacó el “orden y tranquilidad reinantes en todas las esferas y actividades de la República”, algo “apenas alterado por sucesos intrascendentes, que en su oportunidad dieron motivo a las corrientes medidas de prevención policial”. También subrayó “la fidelidad con que el gobierno ha cumplido la Constitución y las leyes tutelares de sus habitantes”.¹⁰⁰

Sin embargo, para la policía había quedado un importante precedente que habría de solidificar —si aún más cabía— su ya proclive celo anticomunista, muy visible desde los años treinta.¹⁰¹

Como advirtió a través de su informe, las gestiones para con el tema “no han terminado y es muy probable que se prolonguen por mucho tiempo, pues son muy complejos los hechos a investigarse y muchos los responsables que faltan detener”.¹⁰² Según dejan ver sus documentos ahora accesibles, no se trataba de simple retórica. Aunque no existía el “demonio” de la guerrilla armada, la policía se había abocado con una seriedad tal al cuidado de las instituciones democráticas uruguayas que detenía regularmente a militantes que llevaban consigo propaganda comunista o que habían sido encontrados pintando murales y distribuyendo panfletos en la vía pública. Por esas razones —y aunque mostraran las “autorizaciones municipales”— fueron detenidos y minuciosamente registrados sus antecedentes, profesión, datos familiares, lugares de trabajo, etc. Un memorándum inmediatamente posterior deja ver que, cumpliendo una “comunicación telefónica” recibida de una alta jerarquía policial, agentes del SIE visitaron varias fábricas y locales

96 Despacho de James E. Brown, Primer Secretario de la embajada de Estados Unidos en Uruguay, Montevideo, 14 de febrero de 1949 citado en J. Oddone, *Vecinos*, 189-90.

97 Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú* (Buenos Aires: Sudamericana, 2007 [1994]), 327.

98 Las prédicas de *El País* y *El Día* fueron especialmente insistentes a este respecto. Véase “Los comunistas en acción dentro de una democracia”. *El País*, 16, 17, 18 y 21 de octubre de 1948, 3; “Ninguna arbitrariedad”. *El País*, 12 de octubre de 1948, 5; “La organización democrática y su defensa”, *El País*, 15 de octubre de 1948, 5; “Rol del Uruguay en la actividad pro-soviética”, *El País*, 18 de octubre de 1948, 5; “El atentado ruso”, *El Día*, 11 de octubre de 1948, 6; “El peligro totalitario”, *El Día*, 12 de octubre de 1948, 6; “La defensa de la democracia”, 15 de octubre de 1948, 7; “La quinta columna”, *El Día*, 19 de octubre de 1948, 7; “Responsabilidad del Partido Comunista en el atentado contra la libertad”, *El Día*, 14 de octubre de 1948, 6.

99 Sobre cómo el gobierno dio por cerrado el tema véase “Categórico desmentido sobre torturas en los sucesos del Trocadero”, *Acción*, 20 de noviembre de 1948, 4; “Categórico desmentido sobre torturas en los sucesos del Trocadero”, *Acción*, 22 de noviembre de 1948, 4.

100 República Oriental del Uruguay, *Mensaje del Poder Ejecutivo a la Asamblea General al inaugurarse el 3er. Período de la XXXV legislatura*. (Montevideo: s.d., 1949), I/1.

101 R. Porrini, *Derechos Humanos*, 94-6, 133.

102 Policía de Montevideo, Informe del 1° de Noviembre de 1948, pág. 9 en ADNII, Caja 38, “Cine TROCADERO”, Carpeta 2, “Relación de los hechos. Copias mimeográficas. Folleto edita[do] por la Jefatura”.

comerciales para advertirles a sus dueños que algunos de los empleados habían sido detenidos por ser comunistas.¹⁰³

Que los apremios físicos existieron no cabe demasiada duda. Que incluyeron desde golpes y puntapiés hasta largos “plantones” y la aplicación del chaleco de fuerza por períodos más o menos prolongados, tampoco. La tendenciosidad con la que actuó la Comisión Senatorial creemos que surge con bastante nitidez. También debe consignarse que –más allá de los razonamientos policiales– algunos de los castigos denunciados parecen haber sido magnificados. Seguramente, no porque los detenidos denunciantes sintieran su vida amenazada por los miembros de su propio Partido sino para generar un hecho político capaz de colocar en un segundo plano una medida de protesta violenta –para los cánones del Uruguay de 1948– que tal vez se haya ido de las manos a sus propios organizadores.

Tres acotaciones finales. En primer lugar, llama la atención la abundancia de apellidos eslavos y judíos entre los implicados en los incidentes. A modo de ejemplo: Elías Tulbovich, Salomón Buskein, Catalina, Oscar y Salomón Kovenski, Gregorio e Isabelino Kaminski, Ismael y Luciano Weinberger, Samuel Wainstein, Jacobo Leibner, Ariel Schmayer y Francisco Skrycki. Muestra –creemos– de la fuerte inserción del PC uruguayo en las comunidades eslava¹⁰⁴ y judía.

En segundo término, debemos decir que junto a los adultos procesados por el delito de asonada, varios de los menores detenidos fueron internados en dependencias del Consejo del Niño. En tercer lugar, cabe consignar que muchos de estos jóvenes, que ni siquiera alcanzaban los veinte años en 1948, fueron militantes comunistas consecuentes por el resto de sus vidas, lo que los llevó a sufrir el terrorismo de Estado luego de 1973. Dos ejemplos tan sólo, Ismael Weinberger y Elías Tulbovich enfrentaron largas condenas de cárcel a partir de la represión desatada por el régimen cívico-militar. Seguramente, experimentaron un trato mucho más violento del que recibieron a raíz de los episodios del cine Trocadero.

En función de ello, estudios como el presente también son parte de la historia de la Guerra Fría y su discusión resulta altamente pertinente pues los extensivos efectos del anticomunismo transnacional –si bien no fueron privativos de este conflicto– se intensificaron de manera tal que significaron un importante retroceso para la región. Además de contribuir a establecer regímenes abusivos de los Derechos Humanos y expandido la noción de impunidad, ello supuso un permanente estado de guerra contra cualquier intento de cambio.

Archivos

Archivo General de la Nación (Uruguay), Archivo de Luis Batlle Berres.

Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (Uruguay).

Archivo General de la Universidad (Uruguay), Archivo Massera.

103 Memorándum del 18 de octubre de 1948, pág. 1 en ADNII, Carpeta 7073/1, Int. 27, “Personas de antecedentes comunistas”.

104 Dato que el SIE manejaba bien. Véase, por ejemplo, ADNII, Carpeta 23, “Unión de Sociedades Polacas en Uruguay”.

Entrevistas

Emma Massera, Montevideo, 9 de marzo de 2010.

Salomón Kovenski, Montevideo, 8 de abril de 2010.

Bibliografía

- Cano, Diógenes. *Cabezas rojas en el Uruguay*. Montevideo: Rumbos, 1963.
- Centro Militar, Centro de Oficiales Retirados de las Fuerzas Armadas (compiladores). *Nuestra verdad. 1960-1980. La lucha contra el terrorismo*. Montevideo: Artemisa Editores, 2007.
- Da Silveira, Pablo (director). "Uruguay: del fin de la guerra a los gobiernos blancos". *Historia Reciente*, 18 de agosto de 2007. Colección editada por el diario *El País*.
- Figes, Orlando. *Los que susurran: La represión en la Rusia de Stalin*. Barcelona: Edhasa, 2009.
- Gilbert, Isidoro. *El oro de Moscú*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007 [1994].
- Leffler, Melvyn P. *La guerra después de la guerra. Estados Unidos: la Unión Soviética y la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica, 2008.
- McSherry, Patrice. *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*. Montevideo: Banda Oriental, 2009.
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *La formación del imperio americano*. Buenos Aires: Norma, 2008.
- Oddone, Juan Antonio. *Vecinos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos (selección de documentos 1945-1955)*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2003.
- Porrini, Rodolfo. *Derechos Humanos y dictadura terrista*. Montevideo: Vintén, 1994.
- Powaski, Ronald E. *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Rapoport, Mario y Claudio Spiguel. *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- Saratsola, Osvaldo. *Función completa, por favor: Un siglo de cine en Montevideo*. Montevideo: Trilce, 2005.
- Spenser, Daniela (coordinadora). *Espejos de la guerra fría: México, América Central y Caribe*. México: CIESAS-Porrúa, 2004.
- Sudoplatov, Pavel y Anatoli Sudoplatov. *Operaciones especiales*. Barcelona: Plaza & Janes Editores, 1994.
- Toledo Casanova, Aníbal. *Los comunistas y la historia uruguaya*. Montevideo: Orbe, 2008.
- Vallarino, Raúl. *¡Llamen al Comisario Otero! (Memorias de un policía)*. Montevideo: Planeta, 2008.
- Victoria Rodríguez, José A. *Evolución histórica de la policía uruguaya*, Tomo 3. Montevideo: Byblos, 2008.
- Weiner, Tim. *Legado de cenizas: La historia de la CIA*. Buenos Aires: Debate, 2009.
- Zubok, Vladislav M. *Un imperio fallido: La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica, 2008.

Prensa

Acción

El Debate

El Día

El País

Justicia

Marcha

Voz de la Libertad

Colecciones documentales, memorias y fuentes

- Arismendi, Rodney. *La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre: Sobre una gran mistificación teórica*. Montevideo: Editorial América, 1946.
- Arismendi, Rodney. *Los intelectuales y el Partido Comunista*. Montevideo: Comisión Nacional de Educación y Propaganda del Partido Comunista, 1948.
- Arismendi, Rodney. *Para un prontuario del dólar (Al margen del Plan Truman)*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1947.
- Cerutti Crosa, Pedro. *También nosotros vimos Rusia por dentro*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1946.
- Congreso Nacional de Intelectuales por la Paz. *Aporte artístico de plásticos y poetas uruguayos*. Montevideo: s.d., 1948.
- Cruz Goyenola, Lauro. *Sí, he dicho la verdad en 'Rusia por dentro'*. Montevideo: Ediciones Universo, 1947.
- Cruz Goyenola, Lauro. *Rusia por dentro*. Montevideo: Ediciones Universo, 1947. [primera edición: marzo de 1946]
- Dirección de Investigaciones, Departamento de Inteligencia y Enlace, Policía de Montevideo. *Congresos del Partido Comunista del Uruguay (XVI, XVII y XVIII)*. Montevideo: Departamento de Inteligencia y Enlace, agosto de 1966.
- Dotti, Víctor. *La agonía del hombre. Examen de la Rusia soviética*. Montevideo: Ediciones Universo, 1948.
- Frugoni, Emilio. *La esfinge roja*, 2 volúmenes. Montevideo: Cámara de Representantes, 1990. [primera edición: 1948]
- Gadea, Ignacio. *Intrigas comunistas*. Montevideo: s.d., 1946.
- Garaudy, Roger. *El Comunismo, la Cultura y la Moral*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1947.
- Gómez, Eugenio. *Historia del Partido Comunista del Uruguay*. Montevideo: Eco, 1961.
- Laureiro, Alejandro. *Rusia por dentro y... por fuera*. Montevideo: Editorial América, 1946.
- Martínez Bersetche, José Pedro. *Intrigas rojas en Uruguay*. Montevideo: Confederación Interamericana de Defensa del Continente, 1957.
- Martínez Bersetche, José Pedro. *Peligro comunista en el Uruguay*. Montevideo: Suplemento de Voz de la Libertad, 1958.
- Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes de Bélgica en el Uruguay. Tomo II: 1947-1967. Volumen I: 1947-1959*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1999.
- Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes de España en el Uruguay. Tomo IV: 1948-1958*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 2001.
- Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay. Tomo X: 1948-1951*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1999.
- Peluffo, Mario. *Salvando a América del monstruo comunista: Apuntes del Seminario de Asistencia Social de las Naciones Unidas*. Montevideo: Biblioteca del Instituto Americano de Divulgación Social, 1948.
- Pérez, Jaime. *El ocazo y la esperanza*. Montevideo: Fin de Siglo, 1996.
- República Oriental del Uruguay. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*. Tomo 189, Montevideo.
- República Oriental del Uruguay. *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes*. Tomos 471, 475 (primera y segunda parte) y 476, Montevideo.
- República Oriental del Uruguay. *Mensaje del Poder Ejecutivo a la Asamblea General al inaugurarse el 3er. Período de la XXXV legislatura*. Montevideo: s.d., 1949.
- United States Department of State. *Foreign Relations of the United States, 1948. The Western Hemisphere. Volume IX*. Washington: U.S. Government Printing Office, 1972.
- Vershigora, Petr. *Hombres de conciencia limpia*. Montevideo. Ediciones Pueblos Unidos, 1948.

Cosmopolitismo y nación

Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)

Adriana Petra¹

Resumen

El artículo analiza las relaciones entre intelectuales, cultura y comunismo en Argentina en el periodo comprendido entre 1947 y 1956. A partir del seguimiento de una serie de artículos y polémicas producidos por un grupo de intelectuales del Partido Comunista Argentino se estudian las reflexiones que éstos produjeron sobre la nacionalidad y la herencia cultural y su relación con la política cultural del comunismo durante la Guerra Fría. Esta política se caracterizó por la exaltación de las tradiciones nacionales, la actualización de la doctrina del realismo socialista como estética oficial y un duro control sobre la producción intelectual y artística, lo que generó polémicas y tensiones entre los intelectuales y la autoridad partidaria. En este contexto, se confrontaron diversas concepciones sobre la cultura, sobre el pasado nacional y sobre la relación entre política y cultura que constituyen un capítulo poco explorado de la historia de la cultura de izquierdas en la Argentina.

Palabras clave: Partido Comunista Argentino, intelectuales, nación, Guerra Fría

Abstract

This article explores the relations among intellectuals, culture and communism between 1947 and 1956 in Argentina. It follows a group of intellectuals related to the Communist Party of Argentina to analyze their ideas on nationality and cultural heritage in the framework of communist cultural policies during the Cold War. Based on the many articles and discussions by these intellectuals, this paper studies the characteristics of these policies (which mainly exalted national traditions, updated socialist realism as an official aesthetic, and held an oppressive control of intellectual and artistic production) and the resulting tensions with party authorities. In this time period, there were public discussions about the meaning of culture, the national past, and the relations between culture and politics. These confrontations are still an unexplored chapter in the history of the left in Argentina.

Key words: Argentina's Communist Party, intellectuals, nation, Cold War

1 Licenciada en Comunicación Social. Estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora del IDES. Becaria del CONICET.

En el estudio de las complejas relaciones entre los intelectuales, el comunismo y la cultura en los países occidentales, el período de la Guerra Fría ocupa un lugar destacado y particularmente conflictivo. Este trabajo se propone desarrollar algunos aspectos de este momento para el caso argentino, poniendo particular atención en las discusiones suscitadas en torno al rol del intelectual, las funciones de la crítica y la consideración de la herencia cultural. Para ello se analizarán algunos aspectos generales de la etapa abierta en 1947, cuando en conferencia inaugural de la Kominform quedó establecida, por boca de Andrei Zhdánov, la división del mundo en dos bloques, al mismo tiempo que el zhdanovismo se constituía en la política soviética oficial en materia cultural. El endurecimiento del control partidario sobre las producciones culturales e intelectuales, siguiendo la reactualización de la doctrina del “realismo socialista” que desde 1934 regía como estética oficial del comunismo, fue su marca indeleble. Todos los partidos comunistas occidentales intentaron aplicar ese control en sus respectivos países y a sus propias concepciones y tradiciones culturales, con grados dispares de eficacia y resultados casi siempre gravosos.² Las consecuencias sobre el espacio intelectual comunista y en el campo más amplio de la cultura de cada país, dependieron de múltiples factores: la composición y características del espacio intelectual partidario, el grado de “obrerismo” de los elencos dirigentes, el estatuto otorgado a los intelectuales en cada sociedad nacional y la posición que cada partido ocupaba en la vida política de los estados en los que les tocaba actuar.³ En términos generales, la reacción de los intelectuales comunistas frente a la interferencia extrema e implacable del partido en asuntos culturales (que fue la característica más destacada del zhdanovismo) fue variada: cosechó adhesión entre unos pocos y rechazo, casi siempre velado y sordo, en la mayoría. Cuando esto no ocurrió el camino fueron las purgas y los disciplinamientos. Al mismo tiempo, las necesidades impuestas por la “lucha por la paz”, renovaron el rol de los intelectuales comunistas como vanguardia de las iniciativas frentistas promovidas por Moscú, papel que no siempre fue sencillo de conciliar con el nuevo estilo de beligerancia e intransigencia que caracterizó el discurso cultural del período e hizo tambalear las solidaridades logradas durante el momento antifascista. En todo caso, colocó a los intelectuales comunistas en un gran dilema, que en la Argentina resultó particularmente dramático por la coyuntura impuesta por el peronismo, el que, al menos hasta 1955, aglutinó a los comunistas con los intelectuales liberales en un frente que extendió los tópicos del antifascismo ante un régimen que se consideraba autoritario y oscurantista.⁴

En efecto, la “sensibilidad antifascista” fue un elemento central y perdurable de la identidad de los intelectuales comunistas desde la década del ‘30, y se convirtió en un elemento de resistencia frente a la dirigencia partidaria, que se manifestó particularmente dispuesta a aplicar la

2 Para una visión panorámica de la política cultural soviética desde 1917, así como de sus repercusiones en distintos países europeos se recomienda consultar Donald Drew Egbert, *El arte y la izquierda en Europa. De la revolución francesa a Mayo de 1968* (Barcelona: Gustavo Gill, 1981). Sobre las relaciones entre intelectuales, cultura y comunismo durante el periodo de la Guerra Fría, particularmente para el caso francés, en muchos sentidos paradigmático, consultar David Cauter, *El Comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)* (Barcelona: Oikos-Tau, 1967); Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes, Essai sur l'obéissance politique: La Nouvelle Critique, 1967-1980* (París: La Découverte, 2005) y “Les intellectuels et le Parti: le cas français” en Michel Dreyfus, Bruno Groppo y otros, *Le siècle des communismes* (París: Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, 2000); Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia: Del caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia: PUV, 2007), cap. 8.

3 Cfr. F. Matonti, “Les intellectuels”, 405.

4 Sobre los intelectuales durante el primer gobierno peronista se recomienda consultar a Silvia Sigal, “Intelectuales y Peronismo”, en Juan Carlos Torre (dir.), *Nueva Historia Argentina: Los años peronistas (1943-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 2002).

nueva línea en materia cultural, siguiendo el ejemplo del Partido Comunista Francés, cuyo fervor “estalinista” en esta materia funcionó como un modelo que los comunistas argentinos apreciaron e intentaron emular. Este fue el caso de algunos escritores y ensayistas comunistas muy reconocidos, como Héctor P. Agosti (1911-1984), Raúl Larra (1913-2001) y Raúl González Tuñón (1905-1974), quienes permanecieron en el partido pero se demostraron muy poco dispuestos a aceptar la imposición del nuevo estilo, tarea que quedó en manos de algunos intelectuales más jóvenes como Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum. Por otro lado, la exigencia de conformar una literatura y un arte de partido de acuerdo a los postulados del “realismo socialista”, reactualizó dramáticamente un problema que pocas veces pudo resolverse en términos favorables para la creación artística: que una buena parte de los intelectuales y artistas del partido estaban dispuestos a ser militantes comunistas, pero no a crear novelas, poesías o cuadros comunistas. Para el partido, o bien para sus intelectuales más comprometidos con la “línea partidaria”, la “debilidad” de sus camaradas radicaba en su tendencia a separar lo ideológico de su propia actividad específica o bien en el error metodológico de diferenciar el contenido de una obra de la conducta política de su autor, o, aún peor, considerar el trabajo intelectual como una tarea que concierne a los intelectuales y en la que la dirección política no debía ejercer funciones de orientación y control. Esta era, por ejemplo, la opinión de Leonardo Paso en su informe a la Primera Conferencia de Intelectuales Comunistas que se realizó en septiembre de 1956, convocada para determinar “los problemas ideológicos comunes de todos los intelectuales comunistas”, el “carácter de la crítica” como arma de la batalla ideológica y la “actitud ante la herencia cultural”.⁵ Esta conferencia puede considerarse el punto de llegada de una polémica que se inició en 1947 y que los dirigentes comunistas quisieron dar por concluida, intentando encauzar las discusiones y organizando el trabajo cultural sobre formas orgánicas, una tarea que se imponía por el crecimiento que el partido había experimentado entre los sectores universitarios y profesionales. Las sospechas fraccionalistas, sin embargo, fueron el telón de fondo. Como bien se puede deducir del texto oficial de la convocatoria, la sensación era que las diferencias sobre la apreciación de la herencia cultural que estaban en el origen de las discrepancias ideológicas entre los intelectuales, eran solo un “pretexto” que en realidad “encubría insuficiencias de apreciación teórica sobre la etapa revolucionaria argentina”.⁶

En efecto, y como analizaremos en este trabajo, la cuestión de la herencia cultural, es decir, la determinación de los elementos del pasado cultural argentino que los comunistas podían reconocer como parte activa de su cultura política, se presentó en este periodo con características polémicas y novedosas. En esta discusión, el problema de la nacionalidad, de sus orígenes, de sus componentes y de su proyección futura, encontró en la literatura un punto de condensación de antiguas polémicas que los comunistas retomaron sobre una dicotomía también de larga data, pero que en el contexto de la Guerra Fría adoptará nuevas significaciones: “cosmopolitismo” versus “nacionalismo”.⁷

5 Leonardo Paso, “Informe sobre problemas de organización de los intelectuales comunistas con motivo de la conferencia nacional de intelectuales, por el compañero Leonardo Paso” (Buenos Aires, mimeo, 1956, Archivo del Comité Central del Partido Comunista Argentino, en adelante PCA).

6 *Nueva Era* 3 (1956), 14.

7 La cuestión del “cosmopolitismo” siempre ha sido correlativa a la de la nacionalidad cultural, y en su definición se articulan motivos tanto ideológicos como estéticos, se legalizan lenguajes y representaciones y se definen modos de relación con la modernidad y con las literaturas extranjeras. Como todo concepto, el de “cosmopolitismo” adoptó diversas significaciones históricas y se asoció a diversos proyectos políticos, ideológicos y estéticos. Durante el siglo XX, el término “cosmopolita”, que desde el iluminismo se asociaba a

Los comunistas, la herencia liberal y el desembarco del zhdanovismo

La cuestión de la tradición cultural ha sido una obsesión para los intelectuales argentinos de la que los intelectuales comunistas no se sustrajeron. En su intento por encontrar las líneas directrices de una cultura partidaria capaz de ofrecer una lectura común y normativa del pasado nacional, los comunistas elaboraron, no sin conflictos y matices, una versión de ese pasado que se enlazó con la tradición democrático-liberal cuyo carácter progresista se remontaba a Mayo de 1810 y continuaba con la Generación del 37 y las figuras y programas políticos del liberalismo del siglo XIX.⁸ Este proceso, concomitante con la reorientación de la Internacional Comunista hacia la creación de los Frentes Populares, se inició a mediados de la década del treinta, y fue un elemento central en la conformación de una sensibilidad política entre los intelectuales comunistas en torno a los tópicos del antifascismo. La creación en 1935 de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Escritores y Periodistas (AIAPE) le permitió al comunismo conformar exitosamente un espacio cultural sobre la apelación antifascista y la “defensa de la cultura” que tuvo efectos perdurables. La reivindicación de la tradición democrática y liberal contra la barbarie representada por los fascismos se constituyó en el prisma a través del cual los intelectuales comunistas combinaron su adhesión incondicional a la Unión Soviética con la defensa de una herencia cultural amenazada por los embates del catolicismo y el nacionalismo tradicionalista.⁹

la modernidad y a la crítica de los Estados nacionales, comenzó a ser desplazado por el de “internacionalismo”, cuya valencia política asociada al marxismo y a las experiencias revolucionarias redefinió las relaciones entre lo local y lo universal sobre una promesa de redención humana de la que el “cosmopolitismo” carecía (Cfr. Gonzalo Aguilar, *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*, Buenos Aires: Santiago Arcos, 2009). La emergencia de un “nacionalismo internacionalista” en el seno de las izquierdas latinoamericanas de los años veinte, da cuenta de este proceso, así como de sus aporías y dificultades (Cfr. Fernanda Beigel, “Las identidades periféricas en el fuego cruzado del cosmopolitismo y el neocolonialismo”, en AAVV, *Pensar a contracorriente*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2005). Este “internacionalismo”, como el opuesto a un “cosmopolitismo” ahora entendido como elitista y europeizante, fue de la mano con la revalorización de la cuestión nacional y la tematización de la dependencia. En el período abierto en la inmediata segunda posguerra, el nacionalismo fue un tema central de la política comunista y el “cosmopolitismo” se nutrió de nuevas significaciones, particularmente relacionadas con el enfrentamiento al “imperialismo norteamericano” y su influencia en el campo de la cultura. Es necesario aclarar que en la URSS, a partir de la década del cuarenta, la campaña contra el “cosmopolitismo” adoptó una importante dimensión antisemita, a medida que se acentuaba el nacionalismo de la “Gran Rusia”. Esta significación no aparece en los textos analizados en este trabajo, aunque los procesos de Praga (1952) y el llamado “complot de los médicos” (1953) tuvieron como resultado un verdadero cisma comunitario en el judaísmo argentino. En 1952, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) emitió una declaración exigiendo a todas las organizaciones judías argentinas que adhirieran a la condena de las persecuciones antisemitas en la URSS y su órbita. Dado que la actitud contraria era considerada una negación de la elemental solidaridad judía e implicaba una automática autoexclusión del judaísmo, el Idisher Cultur Farband (ICUF) rama judía del PCA y representante de una parte muy significativa de la colectividad judía en el país, quedó en la práctica excluida de los organismos centrales de esta colectividad, la DAIA y la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA). Agradecemos a Israel Lotersztain su generosidad en enviarnos un adelanto de su investigación en marcha sobre los intelectuales comunistas judíos en el período 1951-1956.

- 8 Alejandro Cattaruzza, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, *A Contracorriente* 2 (2007).
- 9 Sobre la construcción de una “sentimentalidad antifascista” entre los intelectuales comunistas consultar Ricardo Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de Cultural, 1935-1955”, *Desarrollo Económico* 179 (2005). Sobre la AIAPE y el antifascismo argentino consultar Andrés Bisso, *El antifascismo argentino* (Buenos

Aunque la “cuestión nacional” apareció tempranamente en la obra de algunos historiadores comunistas como Rodolfo Puiggrós (1906-1980), expulsado del partido en 1947, el enfoque privilegiado era esencialmente económico y vinculado a la estatalidad, más que a una interrogación sobre la nacionalidad.¹⁰ Curiosamente, a medida que los motivos nacionalistas se impongan en la política cultural comunista en el marco de la nueva situación abierta por la Guerra Fría, temas tales como el idioma, el territorio o la existencia de una literatura nacional comenzarán a ser objeto de reflexión para los intelectuales comunistas, en un proceso que, tal como sucedió con la historiografía, debió combinar las codificaciones soviéticas con la necesidad de reconocerse en una tradición cultural organizada por las élites. Los escritores Héctor P. Agosti y Amaro Villanueva (1900-1969) fueron de los primeros en abordar el vínculo entre literatura y nación con el objeto de deslindar los elementos de una herencia cultural en la que los comunistas pudieran reconocerse. Ambos lo hicieron indagando el problema de la “expresión nacional”, apoyándose en la filosofía del romanticismo alemán, sobre todo en Herder, pero arribaron a conclusiones distintas, como veremos a partir del análisis de dos ensayos tempranos: “La expresión de los argentinos” (conferencia dictada por Agosti en la Universidad de Chile en 1948 y publicada un año después en el libro *Cuadernos de Bitácora*¹¹) y la “Carta abierta a Martínez Estrada. Sobre lo gauchesco y algo más” (respuesta de Amaro Villanueva al autor de *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro* publicada en varias partes por el periódico oficial del PCA, *Orientación*, en 1947¹²). En 1955, tanto Agosti como Villanueva participaron de una sonada polémica desde las páginas de *Cuadernos de Cultura* sobre *Don Segundo Sombra* (1926), el libro más importante de Ricardo Güiraldes y la obra más representativa de la literatura criollista, cuyo ciclo prácticamente cierra. En esta oportunidad, el problema de la herencia cultural cobró un interés partidario inmediato, dado que en la disputa por la condena o la reivindicación de la novela de Güiraldes se jugaban criterios estéticos y políticos que venían enfrentando a los intelectuales comunistas desde el comienzo del llamado periodo zhdhanovista.

En los primeros días de enero de 1947, *Orientación* publicó a página completa en su sección cultural el artículo “Literatura y arte al servicio del pueblo”, una glosa del informe de Zhdánov a los escritores y militantes comunistas de Leningrado a propósito de la decisión del Comité Central del PCUS de censurar las revistas *Zvezda* y *Leningrado*. Al referirse a las obras del escritor satírico Mijail Zoschenko y la poeta Anna Akmatova, el artículo afirmaba que se trataba de obras “podridas, vacías y sin profundidad” y calificaba a sus autores como “representantes del obscurantismo reaccionario y renegados en política y en arte, de inspiración burguesa y aristocrática”.¹³ Sin embargo, en setiembre de ese mismo año, el periódico incorporó una sección de artes en

Aires: CeDInCI/Buenos Libros, 2007) y Andrés Bisso y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la AIAPE (1935-1943)” en Hugo Biagnini y Arturo A. Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Biblos, 2006).

10 Para la distinción entre el concepto de nación ligado a la estatalidad (como sinónimo de Estado-nación) y el ligado a la nacionalidad, así como los elementos diacríticos que lo componen consultar Guillermina Georgieff, *Nación y Revolución: Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)* (Buenos Aires: Prometeo, 2008), cap. 3.

11 Héctor P. Agosti, “La expresión de los argentinos” en *Cuadernos de Bitácora* (Buenos Aires: Lautaro, 1965, 2° ed.), 19. Todas las citas al texto corresponden a esta edición y en adelante serán indicadas en el cuerpo del texto.

12 El ensayo de Amaro Villanueva apareció en el periódico *Orientación* en los números 409 (17/9/1947), 7; 410 (24/9/49), 7; 411 (1/10/47), 7-8 y 412 (8/10/1947), 7.

13 *Orientación* (8 de enero de 1947), 11

la que escribían los artistas concretos Tomás Maldonado (1922) y Edgar Bayley (1910-1990), quienes habían ingresado al partido en 1945, junto a otros integrantes del “Grupo Arte Concreto Invención” como Manuel Espinosa, Claudio Girola, Alfredo Hlito y Aldo Prior. Al poco tiempo, Tomás Maldonado publicó “Picasso, Matisse y la libertad de expresión”, texto donde se refería a la polémica soviética sobre el “formalismo” de la escuela francesa para concluir que no “hay una estética oficial del comunismo, no puede haberla”. En enero de 1948, el plástico Raúl Monseguer afirmaba desde las mismas páginas que “negar la existencia de una estética (o de un juicio estético) comunista equivalía a negar la existencia de una filosofía marxista-leninista y de un desarrollo leninista-stalinista de la filosofía”, al mismo tiempo que advertía que los artistas comunistas no debían vacilar en proclamar los principios estéticos del partido “por temor a alejar a nuevos afiliados o de romper una unidad que no es tal; en el eclecticismo no puede haber unidad”.¹⁴

La publicación, en ese mismo año, de una serie de artículos firmados por V. Kemenov sobre la “Degeneración del arte burgués”, de varios artículos de intelectuales franceses como George Cogniot y Laurent Casanova, fervorosos entusiastas del zhdanovismo, además de la resolución del Comité Central del PCUS condenando la ópera de V. Muradeli “La gran amistad” por formalista y antipopular, tuvo una amplia y negativa repercusión entre los intelectuales liberales. Desde las páginas de *Sur*, por ejemplo, el poeta y crítico Eduardo González Lanuza, quien históricamente había colaborado con algunos iniciativas impulsadas por intelectuales ligados al comunismo, publicó un llamado “A los intelectuales comunistas de Hispanoamérica” solicitando que se expidieran inmediatamente frente a las noticias que anunciaban las sanciones a Prokofief y Schostakovitch por su música “antidemocrática”. De ser cierto semejante “absurdo delirante” y esa actitud “siniestra” para un partido político, remataba Lanuza, los intelectuales que permanecieran en silencio debían entonces abstenerse de “pronunciar jamás la palabra libertad”.¹⁵ Contra lo que podía esperarse, la respuesta a Lanuza no provino de un comunista argentino, sino que para tal fin *Orientación* se limitó a reproducir un artículo del francés Pierre Kaldar originalmente publicado en *Les Lettres françaises*.¹⁶ Según el testimonio de Raúl Larra, ningún intelectual del partido quiso responder las críticas de Lanuza porque ellos mismos no estaban de acuerdo con los artículos publicados por el periódico a modo de postura oficial.¹⁷ Frente a esta situación, el partido convocó, bajo la iniciativa de Rodolfo Ghioldi (1897-1985) y Juan José Real (1911-1974), a una serie de reuniones con el objetivo de poner en orden la situación. El resultado fue la expulsión del crítico de arte Cayetano Córdova Iturburu (1899-1977) y del “Grupo Arte Concreto Invención”, y la puesta bajo sospecha de Héctor P. Agosti, quien sin embargo permaneció en el partido y comenzó a editar *Nueva Gaceta* (1949), revista donde se mantuvieron las discusiones políticas y estéticas con un grado de amplitud que contrastaba con las páginas oficiales de las publicaciones comunistas, las que para el año 1949 ya estaban íntegramente dedicadas al “Movimiento por la Paz”.

14 Tomás Maldonado, “Picasso, Matisse y la libertad de expresión”, *Orientación* (19 de noviembre de 1947), 7; y Raúl Monseguer “Sobre la estética comunista”, *Orientación* (6 de enero de 1948), 11. Sobre el grupo Arte Concreto Invención consultar Cristina Rossi, “En clave de polémica: Discusiones por la abstracción en tiempos de peronismo”, *Separata* 11 (2006).

15 “A los intelectuales comunistas de Hispanoamérica”, *Sur* 160 (febrero de 1948), 65-6.

16 “Formalismo e inspiración: Sobre la carta de Lanuza y otros”, *Orientación* (23 de junio de 1948), 7.

17 Entrevista a Raúl Larra (1989). Gentileza de Alicia García Gilabert.

Literatura y nación: entre el realismo socialista y el mito gaucho

La reactualización de la doctrina del “realismo socialista” efectuada por Andrei Zhdánov desde 1946, y que a diferencia del periodo de preguerra Moscú consideró inmediatamente ejecutoria, combinó la condena al formalismo con la exaltación de las tradiciones nacionales, tanto en el arte como en otros ámbitos. Desde ese momento, en todos los partidos comunistas de Occidente, las palabras “nación” y “patriotismo” adquirieron nuevos matices en torno a la condena del imperialismo norteamericano: el “cosmopolitismo”, tópico largamente transitado en las discusiones sobre la nacionalidad, se convirtió en el término elegido para designar los peligros de “americanización del mundo” y la ideología del “nacionalismo burgués”.¹⁸ Aunque durante el periodo de máximo apogeo del zhdanovismo, la autoridad partidaria intervino en todos los ámbitos de la actividad intelectual, conquistando zonas antes preservadas como la investigación científica, fue en la literatura donde más se hizo sentir la total indistinción entre cultura y política que caracterizó al dogma soviético, y también el campo donde más afectó el lugar que los comunistas habían conquistado en el espacio cultural gracias a las políticas frentistas. En este contexto, la reflexión sobre la cultura nacional y la herencia cultural tomó la forma de una reconsideración sobre los vínculos entre literatura y nación, lo que supuso una toma de posición sobre la tradición literaria construida en torno a la gauchesca y sobre la figura del gaucho como tipo representativo de la nacionalidad, tópicos que por entonces ya estaban firmemente asentados en el imaginario sobre la nación construido por las elites, desde el Centenario en adelante. La definición de una herencia literaria en torno a la gauchesca y la tradición criollista suponía, además, definir la legitimidad de ciertas estéticas y modos de representación del mundo popular e incluso de lo que se entendía por pueblo y cultura popular.

Como la mayor parte de la izquierda tradicional, con la única excepción de algunos escritores anarquistas como Alberto Ghirardo, el comunismo argentino no fue particularmente proclive a recuperar la tradición gauchesca. Para muchos intelectuales comunistas, como Aníbal Ponce (1898-1938), el gaucho era una rémora del feudalismo colonial de dudosos méritos en la historia de la independencia nacional.¹⁹ Raúl González Tuñón, máximo poeta del comunismo local, nunca incorporó los motivos criollistas a su literatura y no dejó de advertir sobre los peligros de la “plaga nativista” y el “criollismo a outrance”.²⁰ No es casual que fuera Álvaro Yunque (1889-1982), escritor proveniente del anarquismo, quien primero reivindicara la máxima obra de José Hernández para los fueros del comunismo. Ya en 1937, desde las páginas de la revista *Claridad*, había proclamado que el *Martín Fierro* era “una biblia de la miseria gaucha”. Apelando a los tópicos que serían usuales entre los pensadores del nacionalismo populista, Yunque hizo del *Martín Fierro* una épica de signo popular levantada en contra del poder ilustrado y burgués de la metrópoli porteña. Pero la reivindicación de la gauchesca por el autor de *La Literatura social en la Argentina* no solo implicaba un acto disruptivo respecto a las apreciaciones corrientes en el espacio cultural comunista, sino un gesto que fue aún más perdurable: la idea de que el *Martín*

18 D. Cauté, *El comunismo*, 235.

19 A pesar de que nunca se afilió al PCA, Ponce era considerado uno de sus grandes intelectuales. Sobre las distintas etapas del pensamiento de Ponce, incluyendo su reconsideración sobre la figura del gaucho hacia el final de su vida consultar Oscar Terán, “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”, en *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986).

20 “La poesía es una e indivisible”, *Orientación* (26 de septiembre de 1945), 7.

Fierro fundaba una tradición literaria de carácter verista sobre la que debía asentarse el programa de los escritores revolucionarios. Al buscar amparo en el poema de Hernández para sostener que el realismo, en tanto arte proletario, debía ser ante todo eficaz, liberado de cualquier pretensión vanguardista que empañara su comunicatividad popular, Yunque ofrecía un concepto de lo literario y de la tarea del escritor que no dejó de funcionar en las décadas posteriores, toda vez que fue necesario oponer el “realismo socialista” a las siempre peligrosas inclinaciones “formalistas” de los escritores seducidos por el “cosmopolitismo”.²¹

Hacia comienzos de la década del cuarenta, la simbología gauchesca, las representaciones del mundo campesino y los temas folclóricos, comenzaron a ganar tímidamente un espacio en la prensa partidaria. Desde mediados de esta misma década, aparecieron profusamente cuentos y relatos regionalistas y de temática campesina que los escritores comunistas cultivaron especialmente;²² y el ingreso al partido de músicos populares como Atahualpa Yupanqui (1908-1992) abrió el espacio para la incorporación de la música folclórica a las veladas y actos partidarios, tendencia que se acentuó en los años sucesivos. Creemos que este mayor interés por el folclore y el mundo rural, así como el surgimiento de algunas reflexiones sobre los problemas de la cultura y la nacionalidad, no pueden adjudicarse solo al acatamiento del comunismo local del reverdecimiento patriótico soviético, sino que debe ser analizado en el contexto de la experiencia peronista y su carácter de fenómeno político de masas. Más allá de las caracterizaciones que el partido ensayó sobre Perón y el peronismo (comenzando por la desafortunada definición de “naziperonismo”), era un hecho incontrastable que el sistema de representaciones sobre lo nacional puesto en práctica por el peronismo resultó exitoso en ganar la adhesión de los sectores populares. Del mismo modo que era evidente que el hispanismo y la recuperación de poéticas nativistas y las efusiones folclóricas de fuerte contenido nacionalista que caracterizaron, entre otros elementos, la política cultural del gobierno, colisionaban con el sistema de valores culturales que los comunistas alentaban desde su adhesión inveterada al proyecto fundador de la Generación del 37 y las héroes culturales del liberalismo. La necesidad de interpelar a unas masas que se mostraban definitivamente esquivas, habilita a pensar en motivos legítimos para una reconsideración de los motivos criollistas.

Por otra parte, será durante el peronismo cuando dos libros retomen la cuestión de la gauchesca y principalmente del *Martín Fierro* para volver sobre el problema de la nacionalidad, sus orígenes y su futuro, en un contexto donde sus implicaciones políticas eran evidentes. Desde el oficialismo lo hará Carlos Astrada, quien a través de *El Mito Gaucho* (1948) dará fundamento filosófico al Estado peronista retomando la cosmogonía gaucha para ponerla al servicio de su proyección política en las masas peronistas.²³ Desde el espacio liberal, lo hará Ezequiel Martínez Estrada, quien con *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, publicado el mismo año, emprenderá una monumental tarea crítica destinada a develar las operaciones mitificadoras que habían hecho del personaje de Hernández el objeto de un exaltado culto nacionalista y patriótico. Frente a estas interpretaciones contrapuestas, a las que habría que agregar la de Jorge Luis Borges, las izquierdas socialistas y comunistas no tuvieron nada que agregar con el mismo rango de con-

21 Como ejemplo de esta operación que homologaba la vocación de intervención política de los autores gauchescos con las codificaciones del realismo socialista ver el artículo de “El ‘arte dirigido’ en la Argentina”, *Orientación* (14 de noviembre de 1940), 7.

22 Cfr. Eduardo Romano, “Culminación y crisis del regionalismo narrativo”, en Sylvia Saitta (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina: El oficio se afirma* (Buenos Aires: Emecé, 2004), 602-10.

23 Cfr. Guillermo David, *Carlos Astrada: La filosofía argentina* (Buenos Aires: El cielo por Asalto, 2004).

tendencia. Sin embargo, la cuestión revestía un interés político inmediato del que era imposible sustraerse, como lo advirtieron sus más lúcidos intelectuales, incluso más allá del uso instrumental que el partido le podía otorgar a la recuperación de los simbología criollista. En definitiva, el problema se planteaba al advertir que el *Martín Fierro* había constituido un momento de la historia de la cultura argentina que podía presentarse como de máxima fusión entre la “cultura de elite” y la “cultura popular”. Así, todavía en 1962, Juan Carlos Portantiero podía convocar, en estricto tono gramsciano, a escribir “el Martín Fierro de hoy” sobre la recreación de aquel momento paradigmático de diálogo entre el intelectual argentino y las necesidades nacional-populares.²⁴

Héctor P. Agosti y Amaro Villanueva: el pueblo y los letrados

Recojo estos papeles, que ya no sé en qué medida son míos. Pertenecen ahora a esta ciudad que me los ha dictado con su fervor, a esta ciudad que veo desde lo alto desplegándose como un monstruoso damero de luces, a este río de presurosos encrespamientos que ha sido para nosotros como una súbita pampa de aguas, a esta muchacha que mira alejarse un barco con ojos henchidos de ansiedad vagabunda.

Estas palabras con las que Héctor P. Agosti remataba la justificación de su libro *Cuadernos de Bitácora*, publicado en 1949, tal vez sean el mejor punto de partida para analizar el texto que, incluido como primer ensayo de aquel libro, marca el inicio de una reflexión sobre la cuestión de la nacionalidad y el problema de la cultura cuyos logros más perdurables deberán buscarse en dos libros posteriores: *Echeverría*, de 1951, y, sobre todo, *Nación y Cultura*, de 1959. Entre la conferencia “La expresión de los argentinos” (1948) y su libro de 1959, el ciclo más prolífico y estimulante de la trayectoria intelectual de Agosti dentro del PCA, el encuentro con la obra de Antonio Gramsci marcó una inflexión destinada a perdurar en su reconocimiento póstumo como “la figura intelectual más significativa que dio entre nosotros, desde mediados de la década del 30, el pensamiento comunista”.²⁵

En la querrela sobre la cuestión de la tradición cultural, la lengua ocupó un capítulo destacado. La polémica sobre la existencia, legitimidad y ejercicio de un español rioplatense recorrió la historia de la cultura argentina desde sus primeras y más radicales formulaciones con la Generación del 37 e involucró a intelectuales de muy diversas adscripciones estéticas e ideológicas en torno a un problema que se juzgó primordial para definir el tono nacional de la literatura argentina. Heredero de una tradición de pensamiento que no reconoció en el problema nacional un objeto central de indagación, en “La expresión de los argentinos” Agosti apeló a la relación entre nación y lenguaje como clave interpretativa que, remontándose al momento romántico, le permitió aventurarse en una “teoría del lenguaje argentino” y esbozarla como una reflexión sobre la nacionalidad capaz de superar el “liberalismo ingenuo” que, afirmaba, “asimila la nación (suceso histórico) con el Estado (suceso político)”.²⁶ Para Agosti, el lenguaje argentino debía reconocer, desde sus inicios dramáticos en los tiempos de la independencia, dos vertientes confluyentes: por un lado, la “lengua literaria”, cuyo espacio correspondía a la cultura letrada, a la estética y al pensamiento; por otro, la “lengua popular”, cuyo espacio correspondía al pueblo, a la materia expresiva y a la experiencia social.

24 Juan Carlos Portantiero, “Una novedad centenaria”, *Hoy en la Cultura* 7 (noviembre de 1962), 5.

25 Juan Carlos Portantiero, “Agosti fue un maestro”, *Clarín* (29 de julio de 1994).

26 H. P. Agosti, “La expresión de los argentinos”, 19.

Tras el reconocimiento de un punto de partida inequívoco en el “exhaustivo dualismo” con el que Sarmiento sintetizó el programa de su generación en los espacios de la civilización y la barbarie, no es difícil advertir en las líneas generales del esquema interpretativo de Agosti la deuda con su maestro Aníbal Ponce: la defensa del programa cultural del liberalismo decimonónico como puente para un futuro abierto a la promesa marxista, una acendrada francofilia paralela al rechazo de los temas latinoamericanistas y, finalmente, un imaginario de país construido sobre la base social de la inmigración y la base cultural del europeísmo de las elites burguesas, ambos elementos de un tono nacional que solo podía alojarse en Buenos Aires. Una capital cuyo damero monstruoso se redimía en una pampa de aguas, la “menos americana de las ciudades de América” albergaba “el menos castizo de los modos de hablar español”.²⁷ Este, y no otro, podía ser el punto de partida de una cultura liberada, de una literatura auténtica, de, en definitiva, una nacionalidad conquistada.

A contrapelo de buena parte de la ensayística dedicada a indagar en los meandros de la nacionalidad, Agosti siguió postulando, como una especie de última trinchera del proyecto del racionalismo liberal, que Buenos Aires estaba llamada a ejercer la línea dominante de la cultura argentina en base a esa condición de doble europeidad: la que por vía de los letrados infundía las ideas progresivas y la que mediante la presencia gringa modificaba los usos y costumbres populares, en un contexto industrializador destinado a conmovir la periclitada rapsodia de los “ganados y las mieses”.

El “idioma de los argentinos” es ya una expresión de las grandes masas estabilizadas en las ciudades, y si alguna vez se constituye como cuerpo de independencia visible, tengamos la seguridad que habrá de ostentar este apellido ilustre de los nuevos usos industriales de las ciudades antes que los nostálgicos retumbos labriegos diseminados sobre la ajena pampa infinita. No tengo dudas (sigamos jugando al vaticinio) acerca de una influencia campesina de regreso sobre este hablar popular; pero lo que aquí me preocupa es destacar la línea melódica dominante. Dicha línea la advino impuesta por el imperialismo cultural de las grandes ciudades, que dispone de los medios coercitivos como la radiotelefonía y el periodismo para desarticular a los pequeños agregados humanos desvanecidos en el “idiotismo de la vida rural”.²⁸

La notable pregnancia que Agosti ofreció al imaginario del proyecto liberal podría explicarse por su adhesión a los esquemas interpretativos de la historiografía comunista que, para este momento, ya se encontraba definitivamente reconciliada con la herencia liberal. Sin embargo, y como podremos observar con el caso de Amaro Villanueva, las cosas resultan más complejas. En realidad, tanto “La expresión de los argentinos” como la línea ensayística que en adelante desarrolló Agosti bajo el influjo gramsciano –y que en buena medida modificó las líneas más acendradas de un racionalismo europeizante que aquí todavía mantenía – están unidas por una permanente discusión con el nacionalismo cultural, al que en estos textos tempranos consideraba una “aberración” peligrosa y fatal. Al gauchismo telúrico y al “criollismo literario y macaneante”, según definía siguiendo a Unamuno, Agosti opondrá los rasgos positivos de la bastardía y la impureza porteña.

En los ensayos de interpretación nacional así como en el pensamiento nacionalista, la relación entre literatura y nación se tradujo en el problema de la literatura gauchesca como épica nacional

27 *Ibidem*, 34.

28 *Ibidem*, 49.

y en la función cultural del gaucho como epítome de la argentinidad. No nos detendremos aquí en las operaciones intelectuales y en los condicionantes sociales que bajo lo que se ha denominado el “espíritu del Centenario”, condujeron a fundar la tradición literaria argentina sobre el cuerpo de la gauchesca y su héroe máximo *Martín Fierro*. Baste solo con apuntar que entre aquellas operaciones y estos condicionantes el problema de la inmigración, como cuestión nacional, ocupó un lugar destacado que tuvo prolongaciones perdurables en las imágenes y representaciones que desde entonces los intelectuales construyeron sobre el pasado argentino.²⁹ Por otra parte, y no necesariamente en correlación con el proceso de canonización del personaje de José Hernández, particularmente en el período comprendido entre 1880 y el Centenario, el criollismo fue un elemento central en la constitución de una naciente cultura popular cuyos núcleos temáticos y proyecciones sociales se plasmaron en torno a los folletines gauchescos, sobre todo los de Eduardo Gutiérrez y su personaje paradigmático Juan Moreira. El “moreirismo”, como núcleo de una literatura popular de signo criollista, proveyó a los sectores subalternos, tanto nativos como extranjeros, signos de identificación y rituales de sociabilidad que, organizados en torno a aquella representación de la vida y el lenguaje campesino, ayudaron a la conformación de un sentimiento de nacionalidad en el marco de un intenso proceso de modernización.³⁰ ¿De qué modo estos dos espacios de cultura organizados en torno a los motivos gauchescos podían ingresar en la propuesta interpretativa de nuestro autor?

Para Agosti, tan poco afecto al criollismo como al naturalismo literario, la relación entre el “idioma gauchesco” y el lenguaje literario planteaba un problema primordial: ¿por qué, se pregunta, la lengua literaria argentina –ese lenguaje de los letrados– viene a coincidir en sus lineamientos primordiales con el habla popular? Si la poesía nacional surge espontáneamente de la lengua de un pueblo, como lo indicó Herder, fácil es advertir el inicio tremendo de una literatura obligada a expresarse en una lengua ajena, “signo de la conquista y marca de la sumisión”; de ahí que el descastizamiento total de la lengua se haya impuesto como programa de la revolución argentina por medio de los románticos. La paradoja evidente es que la lengua popular, que era la del gaucho de las campañas coloniales, no era otra cosa, como lo había demostrado Ricardo Rojas, que una sobrevivencia del léxico medieval del vulgo hispánico. ¿Resulta entonces que la literatura, que es la lengua de la civilización, estaba obligada a beber en la expresión de la barbarie? Por otro lado, si el lenguaje es materia de pensamiento y no de gramática, y en esto nada podía aportar la preterida España, ¿cuáles son las ideas que podrán fundarse sobre esa expresión inoculada de remotas sobrevivencias castizas?

Para Agosti, la Generación del 37 aprobó los usos del idioma gauchesco con el objeto de ponerlo al servicio de su obra de descastizamiento, es decir, oponiendo un lenguaje vivo, aunque vulgar, al culteranismo de las academias y las rigideces de la gramática hispánica. El exaltado influjo romántico, que tan bien combinaba con la esencia de la revolución argentina y hasta con “la fastuosidad anecdótica de su escenario”, pudo entonces reivindicar el “ingenio chúcaro” de Bartolomé Hidalgo como componente original en el pleito del idioma y, con ello, sentar las bases

29 Cfr. Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, “Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro”, *Prismas* 6 (2006), 97-120; Carlos Altamirano, “La fundación de la literatura argentina”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos: De Sarmiento a la vanguardia* (Buenos Aires: Ariel, 1997), 201-9, y Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: Una historia* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006), 47-119.

30 Sobre el “criollismo popular” como espacio de cultura y su relación con la cultura letrada es indispensable el libro de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006).

de una “cultura militante” nutrida de la materia social del lenguaje popular. Sin embargo, la lengua literaria, que se distingue del habla popular por la búsqueda deliberada de efectos estéticos, cumplirá su tarea de nacionalización frecuentando otras literaturas, lo que significa formas de pensamiento elevadas y progresivas, tarea en la que se destaca la Generación del 80. Por la vía del modelo francés, cuya nota es patrimonio de “nuestra buena cultura fundamental”, afirma Agosti, los escritores de 1880, y Sarmiento por sobre todos ellos, cumplieron su papel en la liberación del idioma, conformando un español rioplatense destinado a imponerse a cualquier rémora hispánica. La aparente paradoja, que Oscar Terán señaló agudamente para el caso de Aníbal Ponce, de que la representatividad nacional de los escritores del 1880 sea directamente proporcional a la adopción del modelo europeo, se mantiene en Agosti como síntoma de una razón histórica en que lo universal (europeo cuando no específicamente francés) se opone a los motivos del localismo y la regresión folclórica de la América hispana.

En los orígenes de nuestra cultura autónoma esa doctrina queda inscripta con inequívoco sentido: al “localismo” opónese allí el “universalismo”. Dicho de otra manera: esta conciencia nacional, por lo mismo que aspira a ultimar el feudalismo criollo, procura vitalizarse con las normas de pensamiento que condujeron al esplendor de las burguesías europeas.³¹

La literatura argentina podrá así distinguirse en una genealogía que Agosti traza prescindiendo tanto de la gauchesca como de la poesía social y la vanguardia, en una enumeración que no deja de corresponderse con sus propios gustos literarios: la Generación del 37, la Generación del 80, el modernismo de Lugones... Sin embargo, un punto de quiebre anticipó el divorcio fatal entre los letrados y el pueblo que en su *Echeverría* conceptualizó en términos gramscianos como el abandono del carácter “nacional-popular” de la “intelligentsia” argentina. Con la única excepción de Sarmiento, afirmaba, la Generación del 80 produjo una literatura “desconceptualizada”, cuya impronta permanecía en las letras argentinas como señal de alarma del abandono de un programa teórico, de una cultura militante, con el que debía anudarse. ¿Sobre qué sustancia social podría haber fundado esta “intelligentsia” –en la que ya se adivinan los motivos de la deserción– una literatura verdaderamente nacional? Según Agosti de esa otra fuente del lenguaje popular que fue sustituyendo el viejo idioma castizo de las campañas bárbaras y que ostentaba en sus hechuras “la marca épica de los inmigrantes”.

Esas otras formas verbales rioplatenses son las que van prevaleciendo en el país argentino a fuerza de ser difundidas por la gravitación de la metrópoli y por los poderosos medios de divulgación con que la metrópoli ejercita su dominio sobre las provincias, no obstante el federalismo y otras retóricas. El viejo tema cultural de las ciudades y los campos vuelve a suscitarse ahora en estas condiciones singulares. Para decirlo más derechamente: ¿es Buenos Aires, son los núcleos urbanos que giran en la órbita rioplatense, quienes impondrán al país la secuencia de esta habla popular redimida de su posible hispanidad absoluta? Pienso que tal como los sucesos se presentan (y esta conclusión mía tiene un signo de provisionalidad bastante definitivo), la preeminencia de este lenguaje popular nacido en Buenos Aires tórnase indudable.³²

31 H. P. Agosti, “La expresión de los argentinos”, 30.

32 *Ibidem*, 46.

De este modo, concluyó, cualquier indagación sobre el “idioma de los argentinos” deberá arrancar con la consideración de la “función cultural del gringo” en la definitiva modificación del habla popular urbana y en la no menos importante alteración de los usos campesinos. La defensa del proceso inmigratorio como elemento constitutivo de la nacionalidad argentina fue un rasgo que caracterizó toda la reflexión posterior de Agosti, del mismo modo que la cuestión del lenguaje y la literatura se conservaron como el eje desde el cual pensar la posibilidad de una “cultura argentina auténtica”, una vez superado el histórico desencuentro entre los intelectuales y el “pueblo-nación”. Sin embargo, esta cultura auténtica nunca fue para el intelectual comunista sinónimo de criollismo y éste nunca ocupó en su reflexión un espacio onmicomprensivo en la definición de la herencia cultural que debía reivindicarse.

La postulación de Buenos Aires como centro de la nacionalidad al costo de la elisión de un interior identificado con los resabios del pasado fue para Agosti, como para Ponce 20 años antes, una operación lógica dentro de un razonamiento apegado a las matrices sarmientinas, aunque en el contexto de fines de la década del cuarenta viniera a suponer, más que la metaforización de un modelo de desarrollo todavía exitoso, la reafirmación de los derechos de la “metrópoli gringa” nuevamente hostigada por los motivos “someros del localismo y la esclavitud folclórica”. No es difícil detectar en esa amenaza nuevamente cernida sobre “la menos americana de las ciudades de América” la alusión a los tópicos del nacionalismo literario, al que Agosti definió como una aberración peligrosa que, en nombre de la condena en bloque al “cosmopolitismo”, pretendía renegar del universalismo de la doctrina cultural original para promulgar una xenofobia que en América, decía, siempre había sido indicio de mala cosa: “no la padecieron los fundadores de nuestras nacionalidades, pero no la escatimaron en cambio ninguno de los tiranuelos encaramados en la aventura del poder”.³³ La alusión a Perón y a la política cultural del peronismo es tan obvia que puede hacernos olvidar que para esa época Agosti comenzaría a enfrentar, dentro del propio PCA, una embestida tradicionalista que, en nombre del realismo socialista y la literatura de clase, en muchos puntos vino a coincidir con las críticas que, desde la intelectualidad alineada con el peronismo, se realizaban a la herencia cultural liberal. La polémica en torno a *Don Segunda Sombra* que se desató algunos años después puede considerarse el punto de máxima fricción entre ambas tendencias.

Amaro Villanueva nació en Gualaguay, provincia de Entre Ríos. Fue maestro y estuvo a punto de recibirse de médico, pero abandonó la universidad para dedicarse al periodismo y la literatura. Como muchos de su generación, ingresó al PCA a través de su militancia en la AIAPE, lo que también facilitó su carrera como ensayista y escritor. En 1951, fue candidato a la gobernación de su provincia y poco tiempo después se trasladó a Buenos Aires, donde gracias a la intermediación de Rodolfo Ghioldi ocupó un puesto como asesor literario de la editorial “Cartago”. Villanueva fue el único escritor comunista que produjo un estudio perdurable sobre el *Martín Fierro*. Su libro *Crítica y Pico. Plana de Hernández*, publicado por primera vez en 1945, continúa siendo una referencia para el análisis lingüístico y etimológico del poema hernandiano. Villanueva no reflexionó, como Agosti, sobre el tema de la cultura nacional como un objeto teórico-político, sino que se dedicó a los estudios etnológicos y folclóricos como un modo de abordar las tradiciones y las culturas populares, particularmente rurales. Desde su muerte en 1967, su figura fue evocada por algunos amigos y camaradas como Raúl Larra y Gerardo Pisarello, pero el mayor reconocimiento vino de la mano de José María Aricó (1931-1991), quien fuera uno de los discípulos

33 Ibidem, 70.

gramscianos de Agosti. En su libro *La Cola del Diablo*, Aricó lo definió como “un ensayista sagaz y excepcionalmente perceptivo de los fenómenos del mundo popular subalterno”, quien tenía “profundas diferencias con una visión de la historia nacional que despreciaba tradiciones que un modelo civilizatorio no popular pretendió extirpar aún con la violencia estatal”.³⁴ Para el autor de *Marx y América Latina*, Villanueva habría expresado, junto a otros intelectuales provincianos, una “tendencia” dentro del partido, que por su desacuerdo con la línea cultural predominante habría permanecido siempre en la marginalidad o el silencio.

En 1947, a propósito del artículo de Ezequiel Martínez Estrada “Sobre lo gauchesco”, publicado en la revista *Realidad*, Amaro Villanueva entabló una sonada polémica con el autor de *Radiografía de la Pampa* que se extendió durante cuatro números de *Orientación*.³⁵ Bajo el título “Carta abierta a Martínez Estrada. Sobre lo gauchesco y algo más”, el escritor entrerriano efectuó una fuerte impugnación de las más arriesgadas y perdurables tesis de Martínez Estrada sobre la literatura gauchesca, luego incorporadas a su monumental *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. Entre estas, principalmente, la comprensión de aquella literatura como una insurrección de los poetas populares contra la poesía culta (incluida la propia Generación del 37) que alcanzó su máximo poder de condensación en el poema de Hernández. Con el *Martín Fierro*, dijo Martínez Estrada, la literatura gauchesca, como literatura totalmente nacional, terminó. En adelante, el gaucho y el medio gauchesco vivieron al costo de su supresión y suplantación por un mito: el andrajoso cantor de verdades de un estado social abominable fue convertido en un héroe compensador del patriotismo herido de las clases cultas.

La respuesta de Villanueva, cuyo inusitado espacio en el periódico oficial del partido permite dudar de que se tratara de una interpretación marginal, apuntaba a negar toda validez a la existencia de una dicotomía entre los poetas populares y los poetas cultos en la conformación de una literatura nacional basada en la gauchesca. En su lugar, postulaba la existencia de una sola poesía de carácter democrático y social, que desde Hidalgo hasta los escritores comunistas, pasando por la Generación del 37, José Hernández, Rafael Obligado, Eduardo Gutiérrez y Ricardo Güiraldes, habían marcado la línea de evolución de la literatura nacional, independientemente de las formas expresivas utilizadas o de los logros estéticos de sus autores. Esta visión de continuidad era posible en base a la identificación de la literatura con la gauchesca, es decir, la postulación de que la única literatura, o bien la literatura verdaderamente nacional, era la que tenía por tema la cuestión campesina y el espíritu épico de la nacionalidad alojado en la campaña. De ahí que la relación entre nación y literatura se resolviera en la identificación del núcleo de la nacionalidad con la estructura campesina de una “país de pastores” y la relación de esta nacionalidad con la literatura que lo expresa a través de la vocación nacionalista de los hombres cultos.

Con una temática común al pensamiento nacionalista popular que comenzó a desarrollarse en esos años, Villanueva analizó el problema de la tradición literaria nacional desde una clave estrictamente lugoniana –siguiendo al poeta hasta en la cita de sus pasajes más abiertamente “antigringos”–, esto es, partiendo de la consideración del *Martín Fierro* como una épica de la nacionalidad. El espíritu revolucionario del *Martín Fierro*, que era para Villanueva la “más cumplida expresión literaria de los ideales estéticos de la democracia”, debe buscarse en su defensa de los ideales de Mayo amenazados por la oligarquía ganadera y comercial de Buenos Aires. Esta

34 José María Aricó, *La cola del diablo: Itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005 [1988]), 189.

35 Ezequiel Martínez Estrada, “Sobre lo gauchesco”, *Realidad* 1 (1947), 28-48.

oligarquía, y no los hombres cultos y liberales que Martínez Estrada atacaba oponiéndolos a los gauchescos, era la responsable de haber reducido a mero calificativo lo que es específico de la mejor tradición literaria nacional:

El *calificativo gauchesco* connota una arbitrariedad política cometida contra la literatura argentina, llámelo neta o total, porque no hay más que una, en época contemporánea, cuando la influencia social del *Martín Fierro* –particularización que connota la calidad de esencia del pensamiento argentino– comienza a exteriorizarse en la vida nacional.³⁶

El intento de Villanueva de asimilar para la tradición comunista los motivos del criollismo, tanto en su vertiente culta como popular, así como la consagración del *Martín Fierro* como mito fundacional de la identidad nacional se realizaron sin escindirse de la herencia liberal y democrática asociada a la Generación del 37. En efecto, el mandato democrático echeverriano y su formulación literaria como poesía social le permitió agrupar autores de diversas procedencias sociales, proyectos políticos y formulaciones estéticas en torno a una misma vocación popular de raíces rurales, evadiendo cualquier posibilidad de escisión entre espacios de cultura para dar paso a una comunión espiritual que organizaba la literatura y la nación. La combinación entre este nacionalismo culturalista y la defensa de los ideales progresistas del liberalismo argentino junto a sus figuras tutelares, demuestra la extraordinaria persistencia que el imaginario fundador de la Argentina moderna tuvo en todos los proyectos intelectuales que se propusieron pensar el problema de la nación, incluido el de los propios nacionalistas. De todos modos, la aceptación de que la tradición nacional debía nacer con el *Martín Fierro* supone, en último término, una toma de posición ante aquel relato que será su equivalente y también su opuesto, como el propio Martínez Estrada lo había apuntado. En efecto, Villanueva, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales comunistas que tendrán en Sarmiento su héroe cultural, rechazaba los términos del esquema de la civilización y la barbarie, los que, lejos de parecerle la síntesis exhaustiva del programa democrático del liberalismo argentino, le resultaba una explicación artificiosa que, como ya lo había apuntado Alberdi, revelaba un profundo desconocimiento de la naturaleza del poder y de las causas económicas que estaban en el fondo de la oposición entre la supuesta incultura de las masas rurales y la civilización alojada en Buenos Aires.

En efecto las conocidas antinomias de “porteños y provincianos”, “unitarios y federales”, “civilización y barbarie”, “centralismo y autonomía”, en que se resumen, según las épocas, las discrepancias y resistencias surgidas del modo de ver los problemas de la organización nacional, de la estructuración de la vida argentina, no son más que variantes de una misma fórmula con la que se elude el fondo económico esencial de la cuestión subyacente el proceso mismo de nuestra emancipación política, que no fue resultado exclusivo de las *influyentes ideas progresistas*, sino también de los intereses de la Europa moderna.³⁷

36 *Orientación* (24 de septiembre de 1947), 7. Destacado por la autora en cursivas.

37 Amaro Villanueva, “Federalismo y autonomía provinciales: En torno a una conferencia de Américo Ghioldi”, *Orientación* (5 de febrero de 1947), 7. Destacado en el original en cursivas.

Don Segundo Sombra: cultura popular y cultura de clase

En agosto de 1955, Héctor P. Agosti ocupaba desde hacía tres meses la dirección de la más importante revista cultural del comunismo, *Cuadernos de Cultura*. Los *Cuadernos de Cultura democrática y popular*, fueron creados bajo la iniciativa de Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum y con el respaldo de Rodolfo Ghioldi en agosto de 1950, y desde sus primeros números se dedicó a la difusión de las tesis zhdhanovistas sobre el arte y la ciencia. Este objetivo se cumplió brevemente, debido al desmesurado entusiasmo que sus impulsores demostraron en la tarea, lo que llevó a Salama a publicar un artículo fulminante sobre Roberto Arlt que de inmediato recibió el repudio público de Raúl Larra y de Leónidas Barletta desde las páginas de *Propósitos*. Posiblemente debido a este antecedente polémico, la dirección del partido decidió incorporar a Agosti –quien ya gozaba de un reconocido prestigio como periodista y autor de varios libros– a su consejo de redacción. A partir del número 7 de julio de 1952, la revista anunció una “nueva etapa”, eliminó de su nombre la denominación “democrática y popular” y comenzó a ser publicada bajo un nuevo formato y diseño. En ese mismo número Agosti publicó “Sobre el tema de la unidad de los intelectuales latinoamericanos” y dos números después su introducción al artículo de Palmiro Togliatti “El antifascismo de Antonio Gramsci”.

“Estos días de ‘revolución’ –anotaba Agosti en su diario el 20 de junio de 1955– me sumen, entre la nerviosidad de las noticias y las emisiones de radio, en la relectura de *Don Segundo Sombra*. El placer saboreado de un tirón, pese a las críticas “sociológicas” que la novela ha padecido en estos días (Echegaray, Salama)”.³⁸ Para Agosti, si bien podía concederse que la novela de Güiraldes tuviera algunos defectos, su factura literaria y enorme popularidad le resultaban demasiado indudables como para pagar el precio de “regalarla” por “miopía de críticos sectarios”. En 1954, el poeta y editor Aristóbulo Echegaray publicó *Don Segundo Sombra. Reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes*, un estudio que buscaba demostrar que el resero descrito por Güiraldes no era Segundo Ramírez, sino el producto de la sublimación de los sueños frustrados del novelista, elevado a la categoría de un mito. Para Echegaray, quien no pretendía discutir el libro “como obra literaria”, el problema pasaba por colocarlo en su lugar exacto entre los “libros señeros de nuestra nacionalidad”, descendiendo de los “absurdos hiperbólicos” en el que lo habían colocado los dos extremos en cuyas imantaciones se debatía para los comunistas la cultura nacional: el tradicionalismo y el “cosmopolitismo”.³⁹ En el primer caso se trataba de los “nativistas al uso”, nostálgicos del rancho y el chiripá; en el segundo, de los “literatos extranjerizantes”, que por desconocimiento de lo vernáculo se “deslumbraron con el mítico paisano arequense y vieron en el poeta –uno de ellos y entre ellos, pero con más intuición e infinitamente más artista, o artista– al Sarmiento ciclópeo o al Hernández épico, que descubrían, interpretaban y reivindicaban la raza entrañable”.⁴⁰ En una profesión de fe de nacionalismo literario que, como advertirán inmediatamente Agosti y Raúl González Tuñón, lo acercaban más a las posturas de Ramón Doll y del ex comunista Elías Castelnuovo que a la intelectualidad liberal que aquellos intelectuales insistían en convocar al trabajo unitario, Echegaray afirmaba:

38 Archivo Héctor P. Agosti (CeDInCI), reproducido con leves modificaciones en *Cantar opinando* (Buenos Aires: Boedo, 1982), 92-3.

39 Aristóbulo Echegaray, *Don Segundo Sombra, reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Doble P, 1954), 11.

40 *Ibidem*, 10.

Frente a la literatura de literaturas, a una literatura europeizante, sin raíz pasional, puro juego ingenioso de un considerable sector de las letras argentinas, *Don Segundo Sombra* –bien lo señaló Leopoldo Lugones– es libro consolador ... Aun hoy no se quiere ver y comprender del todo en nuestro país que lo europeo es de los europeos y que lo nuestro debe ser nuestro, de nosotros. La literatura de imaginación hunde sus orígenes al otro lado del océano y autores extranjeros de moda hacen estragos en la autenticidad de valores que quieren presentarse como de primera napa. Se publican libros donde lo foráneo es estudiado y analizado en un juego de segunda mano a través de autores que, ellos sí, son ellos en su ámbito, en su realidad y en su alma enraizada en lo profundo de la raza y de la tierra propias.⁴¹

Si el mérito de Güiraldes consistía en haber “clavado sus ojos en la entrañas de la tierra”, esto no impedía, en las palabras del crítico, omitir que su obra constituía la expresión de una “clase nacional”, desde el momento en que su relación con el lenguaje de los gauchos estaba mezclada con “alambicadas modas literarias europeas” y constituía un acercamiento “puramente literario”.⁴² Güiraldes, literato ciudadano, preocupado excesivamente por las formas había descuidado la hondura de una realidad que, por otra parte, solo conocía desde el caballo del amo, del estanciero, del “cajetilla agauchao”.⁴³ Este criterio de “literatura de clase” fue lo que despertó la entusiasta adhesión de Roberto Salama, quien ya se había forjado una trayectoria polémica a través de una serie de artículos dedicados a Roberto Arlt, Eduardo Mallea y Franz Kafka, que aunque le valieron la antipatía de algunos escritores (como Agosti, Raúl Larra y Barletta) también le permitieron ocupar un espacio de visibilidad y audiencia tal vez improbable fuera de las oportunas compensaciones que el partido podía otorgar a las lealtades ortodoxas.⁴⁴ Siguiendo un modelo de estricto ajuste de la creación a la fe, de la obra a la obediencia, todas las intervenciones del detractor de Güiraldes estuvieron orientadas a señalar las herejías, a separar con el escabelo de la doctrina oficial las obras artísticas que las masas debían apreciar como propias y que era deber del escritor y el crítico indicar en su calidad de intermediario, utilizando para ello todas las posibilidades de un lenguaje predispuesto a la vituperación. Lo que Agosti llamaba el “sociologismo” de Salama, una “explosión de extremismo analfabeto que, desgraciadamente, algunos recogen... en nombre de la literatura nacional-popular”, consistía en la técnica crítica con que aquel analizó la obra de Güiraldes en el artículo publicado en el número 22 de *Cuadernos de Cultura* y que dio pie a un debate posterior.⁴⁵ Luego de contrastar la “visión idílica” del campo, la “añoranza por los buenos tiempos idos” que propone el autor de *Raucha* con el *Esbozo de la Historia del Partido Comunista*, Salama descubrió que nada se dice del predominio del latifundio y la “persistencia de relaciones sociales atrasadas, de tipo semifeudal”, mucho menos de las luchas campesinas como el alzamiento de los colonos de Macachín, el grito de Alcorta, las huelgas ferroviarias de 1917 y 1919, las huelgas de la Patagonia... *Don Segundo Sombra*, vagabundo, resignado e indiferente, no era tampoco la tipificación del explotado peón criollo. Ni tipo ni mito, apenas “un peón simple y vulgar, descrito

41 Ibidem, 10.

42 Ibidem, 71 y ss.

43 Ibidem, 16.

44 Cfr. Roberto Salama, “Eduardo Mallea o la historia de una pasión no argentina”, *Orientación* (12 de enero de 1949), 8, y “La intrascendencia de Franz Kafka”, *Orientación* (23 de marzo de 1949), 9; “El mensaje de Roberto Arlt”, *Cuadernos de Cultura* 5 (febrero de 1952), 76.

45 Roberto Salama, “Ricardo Güiraldes”, *Cuadernos de Cultura* 22 (agosto de 1955), 26-48.

con notable relieve, en forma costumbrista”.⁴⁶ En definitiva, concluyó el crítico, *Don Segundo Sombra* no era literatura realista, ni patriótica, ni popular. Era, como ya había dicho Echegaray, literatura de clase, escrita por un aristócrata liberal que si no oprimió a nadie en forma directa “lo hizo a través de su obra en proyección mediata”.⁴⁷

“¡Escribe la verdad estalinista!”, exclamaba en esa misma época el poeta Louis Aragon para definir la misión del “realismo socialista”, indicando el clima predominante en el mundo cultural comunista. Aragon era un artista que combinó, como pocos, su adhesión al aparato y sus gustos estéticos más bien eclécticos. No era del todo esotérica entonces la postura de Salama, destinada a definir los criterios de un modo de representación literaria de lo popular que, oponiéndose a cualquier forma de experimentalismo, diera como resultado una obra de arte que sería más auténtica y verdadera mientras más se asentara en el conservadurismo expresivo, en los criterios populistas de la simplicidad y comprensibilidad de las masas y en la reivindicación de una tradición cultural que, oponiéndose al “cosmopolitismo” y a las “formas extranjerizantes” desembocaban en un “obtuso nacionalismo de espaldas al río”, como poco tiempo después lo definirán Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman.⁴⁸

Un artista que aborda lo nuestro –afirma Salama–, camina hacia delante, pero si lo enfoca con ideas y sentimientos retrógrados, salta atrás. De ahí el carácter no realista de Don Segundo y de sus hermanas menores. Es literatura no popular, pues ignora las íntimas necesidades y aspiraciones del hombre laborioso, y al reflejar una ideología de clase expoliadora entra de lleno al acervo que utilizan la oligarquía y las capas reaccionarias en su acción cultural ...

La obra patriótica es siempre popular, y viceversa. La obra que no ayude en algo al obrero y al campesino, al estudiante y al hombre sencillo a ver aspectos de la realidad que los lleven a comprender dónde se hallan sus amigos, sus compañeros de intereses y lucha y dónde sus enemigos opresores, no puede ser auténtica, ni patriótica, ni popular.⁴⁹

Al excluir a *Don Segundo Sombra* de una tradición de “literatura popular” por su carácter “no realista”, por el origen de clase de su autor y basándose en el establecimiento de una homologación directa entre los hechos culturales y literarios y la estructura económica, Salama no solo fijaba los términos de un programa estético ajustado a los criterios del partido y a lo que se esperaba de una literatura militante, sino que violentaba el sistema de clasificaciones sobre la tradición cultural que buena parte de los intelectuales comunistas venían forjando desde los años treinta. En el espacio cada vez más complejo que le tocaba ocupar al comunismo, intentando sostener una suerte de término medio entre “tradicionalismo” y “cosmopolitismo” a medida que el nacionalismo cultural ganaba un espacio directamente proporcional al crecimiento de la desconfianza que los intelectuales liberales oponían a sus intentos de unidad, el sectarismo propugnado por una dirección siempre dispuesta al disciplinamiento de sus “ingenieros de almas” convirtió a la “cuestión Güiraldes” en la piedra de toque de una polémica de consecuencias imprevistas.

46 *Ibíd.*, 41.

47 *Ibíd.*, 45.

48 “Sobre el terrorismo crítico”, *Cuadernos de Cultura* 35 (mayo de 1958), 124.

49 R. Salama, “Ricardo Güiraldes”, 48.

Agosti advertía, cuando bajo la inusual rúbrica “Polémica” decidió publicar las refutaciones al artículo de Salama, que el tema tocaba muy de cerca “la interpretación del proceso histórico argentino y, consiguientemente, de su reflejo literario”:

Pero nos parece que el debate va más allá de *Don Segundo Sombra*, nos parece que el debate puede aludir, para ser verdaderamente fecundo, a los métodos de la crítica literaria, al carácter de la herencia cultural, al contenido de la cultural nacional. El episodio de *Don Segundo Sombra* es manifestación de un criterio, no accidental circunstancia. Y para que el debate pueda tener algún provecho será conveniente ahondar las posibles causas y fundamentos de tales criterios.⁵⁰

Seguramente interpelado por la amistad que lo unió a Güiraldes desde los tiempos de la revista *Martín Fierro*, Raúl González Tuñón se unió a Agosti, con quién mantenía una relación bastante poco armoniosa, para rescatar a *Don Segundo Sombra* para la historia de la literatura argentina y, con ello, denunciar la poca estatura intelectual del ocasional censor, cuyas ideas “del tiempo de ñaupa” y mentalidad de “viejo preboste de la época en que las hogueras devoraban los libros herejes” le parecían estética y políticamente letales:

A través de su artículo y otros de la misma índole, se llega a esta conclusión: su sensibilidad no capta el denso y múltiple mensaje de nuestro tiempo, a no ser la mera copia de la realidad, el sonsonete en poesía, el realismo primario, proclive a un trasnochado naturalismo, en novela.⁵¹

Debiendo apelar a un criterio de autoridad inobjetable –el hecho de que *Don Segundo Sombra* iba a ser, junto al *Martín Fierro*, traducido al ruso dado la alta estima que el pueblo soviético tenía por los escritores que amaban la gente sencilla, los oficios varoniles y las destrezas del hombre campesino–, Tuñón reivindica a Güiraldes como un “hombre liberal y progresista, animador de toda una generación”,⁵² quien había trasladado “exactamente” a su novela las costumbres y tipos de la estancia de San Antonio de Areco, que él mismo había tenido oportunidad de visitar. Sin embargo, no podía escapársele que la pintura de “tipos” y los procedimientos veristas tan apreciados por la crítica comunista no eran exactamente los de la literatura de Güiraldes, debiendo entonces acotar que si bien se trataba de un “traslado”, éste había sido hecho con arte “sobre una base realista, pero con un lujo de estilo e imaginación de hechos, personas, cosas que existieron”. Y concluyó con lo importante: “Es una novela, no un informe”.⁵³ Aceptar la expulsión de Güiraldes de una genealogía literaria que los escritores comunistas podían reivindicar como antecedente estético suponía para Tuñón aceptar el movimiento que la trascendía, es decir, un criterio que comprendía como “literatura progresista” (“palabra de la que está abusando”, acotaba) un mero vehículo de propaganda, una subestimación de la forma, una mala escritura. Por otro lado, sostener, junto a Elías Castelnuovo, Ramón Doll y luego Juan José Hernández Arregui, que la de Güiraldes era una “literatura oligárquica”, era un atentado contra la siempre evocada “unidad de los escritores” pues suponía entrar en disputa con aquellos que “sin distinción política o estética

50 Presentación a “Inconsistencia y extremismo de una crítica sectaria”, *Cuadernos de Cultura* 23 (diciembre de 1955), 179.

51 Raúl González Tuñón, “Inconsistencia y extremismo de una crítica sectaria”, *Ibidem*, 180.

52 *Ibidem*, 181.

53 *Ibidem*, 183.

alguna” podían contarse para una acción común contra “el enemigo verdadero”, que no era precisamente un “muerto ilustre” como Güiraldes, sino “el imperialismo, sus corifeos y agentes”.⁵⁴

Héctor P. Agosti –cuya preocupación por filiar al comunismo con una tradición nacional-popular fue casi una obsesión que crecía paralelamente al endurecimiento de la ortodoxia estalinista en materia cultural– ya había señalado, refiriéndose al libro de Echegaray, el peligro que desde el punto de vista doctrinal, es decir, de política cultural, suponía una postura semejante:

Porque él mismo [Echegaray] pregona la declinación o la crisis o la inexistencia de una literatura de esencias nacionales. Y he aquí que cuando alguien, precisamente en aquel grupo martinfierrista, intenta mirar hacia el país, hacia la nación, venimos nosotros y le aserramos las patas... en nombre de la literatura nacional ¡Formidable! Y que no se me venga con la pamplina de la “necesaria crítica”, etc. *Don Segundo Sombra* puede ser sometida a todos los exámenes críticos que se quiera, a condición de no comenzar por negarla. Si no, ¿cómo comenzamos a edificar una línea literaria argentina, a partir de qué?⁵⁵

Ya Agosti había señalado varios años antes el valor de *Don Segundo Sombra* para la edificación de esa “línea”, cuando en un comentario al libro de Amaro Villanueva *Crítica y Pico* (1945), se preguntaba si no sería aquella obra, “en su rechazo de las insignificantes formas puras y en el partear codicioso de inéditos modos”, el mejor ejemplo del doble vigor que se requería para lograr una expresión americana auténtica.⁵⁶ Precisamente, Agosti advertía en el criollismo de Güiraldes una articulación original entre novedad estilística y temática tradicional, y la celebraba sin reproches. La actitud contraria, pensaba, era predicar el provincialismo, quedarse atado para siempre a los “cielitos” de Hidalgo. Quien no opinaría de esta manera es Amaro Villanueva, quien inició su intervención en la polémica en los siguientes términos:

Confieso que me he deleitado con el ensayo de Aristóbulo Echegaray sobre *Don Segundo Sombra* y que simpatizo grandemente con el enfoque dado por Roberto Salama a la obra de Ricardo Güiraldes, en el artículo dedicado a comentar el libro de Echegaray y a exponer su propio juicio sobre *Xamaica* El problema nos atañe a todos porque se trata –nada menos– de la literatura nacional. Y ocurre que, por una feliz circunstancia, el tema se condensa en la peculiaridad gauchesca de nuestra literatura, peculiaridad de la que *Don Segundo Sombra* es una recidiva contemporánea. Recidiva o floración. Y eso mal que le pese a la crítica de cenáculo que, hace años, decretó la muerte de todo lo gauchesco, encajándolo en las cuatro tablas de un llamado *género*.⁵⁷

Para Villanueva era preciso reconocer que el libro de Güiraldes daba testimonio de la perdurabilidad de una expresión nacional auténtica, aunque limitada por la perspectiva de una clase social. De aquella postura que en 1947 defendía una continuidad espiritual de los hombres cultos que cultivaban los temas gauchescos, incluido el propio Güiraldes, Villanueva pasó a defender la existencia de dos órdenes de representación de lo popular campesino definidos por el uso

54 Ibídem, 180.

55 Archivo Héctor P. Agosti (CeDInCI). Reproducido en *Cantar Opinando*, 92. Subrayado en cursiva en el original.

56 Cfr. “El tema de nuestra expresión” (1946), recogido en *Cuadernos de Bitácora*, 101.

57 Amaro Villanueva, “Un parecer”, *Cuadernos de Cultura* 24 (marzo de 1956), 149.

instrumental o “formal” que las “clases pudientes o dominantes” hacían del habla popular y de la figura del gaucho.

No es Güiraldes, por cierto, el creador de este tipo de literatura híbrida, aunque su obra sea una manifestación calificada de la misma. Esa literatura de clase –que pretende ser nacional– desdénia lo gauchesco cuando se da en íntima coincidencia con las aspiraciones del pueblo, pero se lo atribuye formalmente cuando puede infundirle su propio espíritu y presentarlo con apariencias de concesión. Es lo que hace Borges, por ejemplo, con el color local.⁵⁸

En esta literatura, mientras el tema y la expresión popular se mantenían, el espíritu, el contenido, era aristocrático, poniendo aquel “habla-nacional” al servicio de los fines exclusivos de una clase que avalaba los frutos de su despojo mediante un trabajo de depuración formal. A pesar de coincidir con la “crítica sociológica” efectuada por Salama, Villanueva parece menos preocupado por definir el carácter de los medios expresivos y las formas de representación de lo popular ajustadas a los cánones del “realismo socialista”, que por defender la existencia de una “lucha de clases” en el terreno cultural sobre la denuncia del ejercicio letrado de apropiación del habla popular para convertirla en un “género”. Este tema ya lo había anticipado en sus escritos anteriores, pero ahora aparecía unido a la admisión de una operación mitificadora destinada a encubrir la memoria histórica de los “explotados de todas las épocas”, cuyas raíces campesinas le parecían evidentes: “Y tan es así, agrega, que el pueblo se siente íntimamente identificado con aquel antepasado heroico”.⁵⁹

Confrontando con las matrices nostálgicas del uso letrado del habla gaucha, Villanueva pretendía recuperarla como elemento movilizador al nivel de una memoria popular, que en la pervivencia de sus costumbres y formas expresivas resistía al “despojo económico y cultural” de las clases dominantes. Su reivindicación de una cultura popular con capacidad para crear sus propias formas culturales y el modo en que se sustraía del miserabilismo con que la crítica cultural comunista solía evaluarla, permite comprender mejor que no es en la ocasional coincidencia con el rigor estalinista de Salama o en los matices telúricos de su epigonal reivindicación de la gauchesca donde Aricó fundó su reivindicación póstuma de este personaje “marginal” que, retrospectivamente, podía ser evocado con las categorías acuñadas por Gramsci.

Cosmopolitismo y nación

Lo que el historiador Pascal Ory denominó la “Guerra Fría de los intelectuales comunistas” corresponde al periodo que se abre en 1947 y se cierra en 1956, cuando el cisma provocado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la invasión a Hungría, pusieron fin a un ciclo histórico en las formas de adhesión de los intelectuales al comunismo.⁶⁰ La reactualización de la doctrina del “realismo socialista” realizada por Andrei Zhdánov, el reverdecimiento nacionalista y el endurecimiento general de los controles partidarios sobre la cultura provocaron debates en casi todos los partidos comunistas occidentales. En la Argentina, la coyuntura impuesta por el peronismo y la pervivencia en los sectores culturales de una lectura en clave antifascista sobre un régimen considerado autoritario y retrógrado, colocó a los intelectuales

58 Ibidem, 150.

59 Ibidem, 151.

60 Cfr. P. Ory y J. F. Sirinelli, *Los intelectuales en Francia*, 189 y ss.

comunistas en un dilema complejo. Por un lado, el clima de beligerancia y el lenguaje propenso a la invectiva que caracterizó la línea partidaria en este periodo, repercutieron negativamente sobre las solidaridades construidas en torno al antifascismo y dificultaron la posibilidad de construir un espacio unitario de oposición con los sectores intelectuales democráticos y liberales. Por otro, el aliento por parte de la dirigencia partidaria de una crítica cultural basada en criterios de “clase” que tendían a homologar los hechos económicos con los fenómenos culturales y a promover una literatura de tono naturalista y pedagógico, fue resistida por un grupo de escritores desde adentro del propio partido.

En el marco de la condena al “formalismo” artístico y de la exaltación de las tradiciones nacionales que caracterizaron el periodo, términos como “nación” y “patria” adquirieron nuevas significaciones y desplazaron los sentidos del internacionalismo. En esa forma tan simbólica de la guerra como fue la de estos años fríos, la cultura se convirtió en unpreciado terreno de combate contra el imperialismo norteamericano y su oferta de “degeneración burguesa” en todos los ámbitos, desde el cine hasta las ciencias sociales. En el comunismo argentino, la acusación de “cosmopolitismo” se transformó en un modo de designar la “deformación imperialista” impuesta a la cultura nacional por los Estados Unidos, y su anatema pasó a definir el punto de confluencia entre los comunistas y la “intelectualidad progresista”.⁶¹ En este entrecruzamiento de política y problemas estéticos y culturales, los intelectuales comunistas produjeron un conjunto de reflexiones y debates sobre la “identidad nacional” en los que abordaron cuestiones como la valorización de las tradiciones culturales, la definición de los sujetos populares y el rol de los intelectuales. Contrariando la imagen yerma con el que se suele asociar el espacio intelectual comunista, el seguimiento de estas intervenciones y polémicas arroja un panorama que dista de ser homogéneo. Escritores y ensayistas como Héctor P. Agosti y Amaro Villanueva emprendieron una reconsideración de los vínculos entre literatura y nación que colocó en el centro del debate la tradición literaria construida en torno a la gauchesca y la figura del gaucho como epitome de la nacionalidad. Sobre estos problemas intentaron ofrecer una interpretación del pasado histórico y de la herencia cultural que se organizó entre la reivindicación de una tradición liberal y democrática que podía remontarse a la Generación del 37 y continuar con los escritores de 1880, los modernistas y el habla de los inmigrantes; y el establecimiento de una genealogía articulada por la valorización del mundo campesino y la gauchesca. En la disputa por la dirección del campo cultural que se abrió en la Argentina luego de la caída de Perón en 1955, los intelectuales comunistas retomarán una y otra vez estas cuestiones, en la medida en que nuevas promociones intelectuales vuelvan a considerar el problema de la relación entre política y cultura, entre nación y marxismo, entre, en definitiva, los intelectuales y el pueblo-nación.

61 Cfr. “Proyecto de resolución” (1956), 9. Archivo del Comité Central del PCA.

Bibliografía citada

- Agosti, Héctor P. *Cuadernos de Bitácora*. Buenos Aires: Lautaro, 1965.
- _____. *Cantar Opinando*. Buenos Aires: Boedo, 1982.
- Aguilar, Gonzalo. *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2009.
- Aricó, José María. *La cola del diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Beigel, Fernanda. “Las identidades periféricas en el fuego cruzado del cosmopolitismo y el nacionalismo”. En AA.VV. *Pensar a Contracorriente*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2005.
- Bisso, Andrés. *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: CeDInCI/Buenos Libros, 2007.
- Bisso, Andrés y Adrián Celentano. “La lucha antifascista de la AIAPE (1935-1943)”. En Hugo Biagnini y Arturo A. Roig. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian. “Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro”. *Prismas* 6 (2006).
- Cattaruzza, Alejandro “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”. *A contracorriente* 1 (2007).
- Caute, David. *El comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)*. Barcelona: Oikos-Tau, 1965.
- David, Guillermo. *Carlos Astrada: La filosofía argentina*. Buenos Aires: El cielo por Asalto, 2004.
- Devoto, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Drew Egbert, Donald. *El arte y la izquierda en Europa: De la revolución francesa a Mayo de 1968*. Barcelona: Gustavo Gilli, 1981.
- Echegaray, Aristóbulo. *Don Segundo Sombra, reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes*. Buenos Aires: Doble P, 1954.
- Georgieff, Guillermina. *Nación y Revolución: Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo, 2008.
- Matonti, Frédérique. *Intellectuels communistes, Essai sur l'obéissance politique: La nouvelle critique, 1967-1980*. París: La Découverte, 2005.
- _____. “Les intellectuels et le Parti: le cas français”. En Michel Dreyfus, Bruno Groppo et alter. *Le siècle des communismes*. París: Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, 2000.
- Ory, Pascal y Jean-François Sirinelli. *Los intelectuales en Francia: Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: PUV, 2007.
- Pasolini, Ricardo. “El nacimiento de una sensibilidad política: Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”. *Desarrollo Económico* 179 (2005).
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Romano, Eduardo. “Culminación y crisis del regionalismo narrativo”. En Sylvia Saitta (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina: El oficio se afirma*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Rossi, Cristina. “En clave de polémica: Discusiones por la abstracción en tiempos de peronismo”. *Separata* 27 (2006).
- Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano. *Ensayos argentinos: De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Sigal, Silvia. “Intelectuales y Peronismo”. En Juan Carlos Torre (dir.). *Nueva Historia Argentina: Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- Terán, Oscar. “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”. En *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.

El inicio de la Guerra Fría y el sistema interamericano

Argentina frente a Estados Unidos en la Conferencia de Caracas (1954)

Leandro Ariel Morgenfeld¹

Resumen

Este artículo analiza las alternativas de la Décima Conferencia Panamericana (Caracas, 1954), en la cual el tema principal de discusión giró en torno al “caso Guatemala”. El gobierno de Eisenhower, en un intento por darle un nuevo contenido a la doctrina Monroe en el marco de la Guerra Fría, pretendió utilizar el cónclave continental para desestabilizar al gobierno nacionalista y reformista de Arbenz. A partir del trabajo con documentos confidenciales, en esta investigación se profundiza en el análisis de la relación entre Estados Unidos y Argentina, dos de los países que históricamente habían desplegado posiciones antagónicas en el ámbito panamericano. Argentina, junto a México, se abstuvo de votar la declaración que impulsó Estados Unidos. El canciller peronista, además, desplegó diversos gestos de acercamiento al canciller guatemalteco. Esta reunión continental, como se demuestra en el artículo, significó un punto de inflexión en la historia del sistema interamericano.

Palabras clave: Panamericanismo, Guerra Fría, declaración anticomunista, intervencionismo

Abstract

This article shows the alternatives of the Tenth Inter-American Conference (Caracas, 1954), in which the main topic was the Guatemala case. The Eisenhower Administration, in an attempt to give a new interpretation of the Monroe doctrine, in the context of the Cold War, tried to use the Inter-American meeting to destabilize the nationalist and reformist Arbenz government. From working with confidential documents, this research deepens the analysis of the relationship between the U.S. and Argentina, two countries that historically had presented opposed position at the Pan-American organization. Argentina, along with Mexico, abstained from voting on the statement prompted by the United States. Peronist Chancellor also showed several positive signs to the Guatemalan foreign minister. This continental meeting, as demonstrated in the article, marked a turning point in the history of the Inter-American system.

Key words: Panamericanism, Cold War, anticommunist declaration, intervencionism

1 Doctor en Historia de la Universidad de Buenos Aires y docente de la misma universidad; investigador del IDEHESI y becario posdoctoral del CONICET.

Introducción²

El inicio de la Guerra Fría, en 1947, cambió el significado que adquiría el sistema interamericano en la política exterior de la Casa Blanca. El siguiente trabajo analiza cómo el enfrentamiento del mundo bipolar condicionó la evolución de la Organización de Estados Americanos (OEA), y en particular cómo se manifestó ese proceso en la Décima Conferencia Panamericana (Caracas, 1954), aquella cuyo principal tema, para el Departamento de Estado, tenía que ver con desestabilizar el régimen reformista y nacionalista guatemalteco. La excusa de la infiltración comunista, que tanta relevancia cobraría en el sistema interamericano años más tarde, con el triunfo de la Revolución Cubana, pasó a ser el factor más relevante del encuentro continental. En este trabajo, además de analizar ese proceso más general, se pone el foco en la relación entre Estados Unidos y Argentina, los dos países que más conflictos habían tenido en la organización panamericana desde la Segunda Guerra Mundial. A través del análisis de documentos reservados de las cancillerías de Buenos Aires y Washington, se muestra cuáles eran los objetivos de Estados Unidos en la crucial reunión de Caracas y qué capacidad pudo desplegar el gobierno de Juan Domingo Perón para poner límites al avance estadounidense en la región, como había logrado hacerlo en cónclaves anteriores.

En la Conferencia de Caracas, Estados Unidos logró establecer una declaración anticomunista, que en su espíritu violaría el “principio de no intervención” que se había introducido en el sistema interamericano en 1933 y que había sido ratificado en ocasión de la fundación de la OEA. La escasa resistencia de los países latinoamericanos frente a este avance del país del norte se debió, en parte, a las renovadas expectativas que tenían de recibir ayuda económica. Éstas, sin embargo, se vieron, una vez más, frustradas. El apoyo que recibió Guatemala fue sumamente débil (fue la única en votar en contra de la declaración propuesta por el gobierno de Washington, aunque Argentina y México se abstuvieron en esa votación). Esta situación se debió, fundamentalmente, a la capacidad de la Casa Blanca de moderar la posición del gobierno argentino, uno de los que más dificultades le había ocasionado desde principios de los inicios de las conferencias panamericanas, y en particular desde la década de 1940.

Por este motivo es fundamental el análisis de la relación Argentina-Estados Unidos en esta conferencia. Nuestro principal aporte será, teniendo en cuenta documentación muchas veces soslayada en análisis jurídicos o estrictamente diplomáticos del devenir del panamericanismo, dilucidar el cambio en la relación bilateral, en el marco de la relación de Estados Unidos con todo el continente latinoamericano. La Décima Conferencia panamericana implicó un punto de inflexión en la historia de la OEA, e introdujo la clave anticomunista como argumento del Departamento de Estado para legitimar su intervencionismo en los asuntos internos de otros países. Es imposible entender la expulsión de Cuba de la OEA en 1962 o la posterior intervención en República Dominicana en 1965 si no se explica el proceso previo que facilitó el debilitamiento del gobierno de Arbenz, que antecedió en pocos meses a su caída definitiva. La conferencia de Caracas fue un episodio clave para entender el inicio de la Guerra Fría en América.

2 El siguiente artículo es parte de la investigación realizada para la Tesis Doctoral “Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955)”, Universidad de Buenos Aires, 2009, inédita.

El sistema interamericano en la inmediata posguerra

Los años de la inmediata posguerra fueron escenario de febriles transformaciones en Estados Unidos, lo cual implicaría, en el marco de la naciente Guerra Fría, una serie de cambios en la política exterior dictada por la Casa Blanca. Harry S. Truman nombró al general George Marshall como nuevo Secretario de Estado, y éste no tardó en lanzar el European Recovery Program, que se popularizó como Plan Marshall: la puesta en marcha de la anunciada política de Truman de ayudar a los “pueblos libres”, o sea a todo régimen que fuera una valla de contención al comunismo en ascenso.

El 12 de marzo de 1947 el presidente presentó en el Congreso los lineamientos de su nueva política exterior: la doctrina Truman de contención del comunismo. En ese famoso discurso solicitó al Congreso la autorización para ayudar a Grecia y Turquía con la cantidad de 400 millones de dólares. Sin embargo, la Casa Blanca no sólo quería contener el avance de la Unión Soviética, luego de haber derrotado a Alemania, Japón e Italia en la guerra, sino que también puso el foco en liquidar lo que quedaba del imperio colonial británico y francés. Washington aprovechó para hacerse fuerte en regiones en las que antes tenía escasa o nula presencia. Esta avanzada de Estados Unidos tenía también un claro contenido económico: era el principal exportador a nivel mundial, responsable de un tercio de las ventas internacionales hacia 1947.

Estados Unidos, con la excusa de la defensa del mundo libre y de su autoproclamación como “guardián” de ese mundo, supuestamente amenazado por el avance soviético y chino, aumentó sus operaciones en todo el globo. Eran los años de la “pax americana”, correlato de un mundo capitalista bajo el control de instituciones internacionales, pero con centro financiero en Wall Street y en el Tesoro estadounidense. La avanzada económica iba de la mano de un mayor control militar en todo el mundo.

Hacia fines de los años cuarenta, sin embargo, habría un giro en la estrategia exterior estadounidense. Tras la estabilización europea y la consolidación de la OTAN, ahora las tensiones políticas apuntaban a los países periféricos, hacia donde se trasladaba la Guerra Fría. La Revolución China, la Guerra de Corea y la presión sobre los países productores y exportadores de petróleo pusieron la mira en otras regiones del planeta. La estrategia global de Estados Unidos, como potencia, obligó a ampliar las miras de la política exterior y a poner el foco en regiones, como América Latina, que en los años de la inmediata posguerra no habían tenido prioridad en la agenda del Departamento de Estado.

En noviembre de 1952, se impuso un candidato republicano, Dwight Eisenhower. Los republicanos criticaron la política exterior demócrata, según ellos muy dependiente de los aliados europeos, que no había logrado contener el avance comunista y había descuidado otras regiones estratégicamente importantes, entre las que se encontraba América Latina. La política hacia América Latina también tuvo un nuevo capítulo. Estados Unidos prometió, al finalizar la Guerra de Corea, una nueva etapa panamericana, en la que apoyaría a las naciones latinoamericanas para su desarrollo y su industrialización. Esa esperanza, incluso en los países que más rápidamente se habían alineado con la potencia de norte, rápidamente se desvaneció.

A medida que la Casa Blanca focalizaba su atención en la “contención” del comunismo, los préstamos fluyeron a través del Plan Marshall, pero no hacia América Latina. A esta región, no considerada como estratégica ni en peligro inminente de avance del socialismo, Estados Unidos le tenía reservado ser parte de un renovado sistema interamericano. Las bases de la

nueva organización continental se habían sentado en la Conferencia de Chapultepec (1945) y se afianzaron con los cónclaves en 1947 de Río de Janeiro –en el que se estableció el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)– y en 1948 de Bogotá –cuando se puso en marcha la Organización de los Estados Americanos (OEA)–. El flamante esquema regional implicaba una consolidación militar y política de la hegemonía de Washington en la región. Al mismo tiempo, se presionó a las naciones latinoamericanas para que rompieran o limitaran las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y a la vez para que persiguieran a los partidos políticos vinculados con el campo socialista.

Pero la ayuda económica recibida fue más que exigua. América Latina vio así frustradas sus expectativas de ser incluida en el Plan Marshall. La región, entre 1945 y 1952, recibió en conjunto menos asistencia económica por parte de Estados Unidos que Bélgica y Luxemburgo.³ El gobierno de Truman pregona que la profundización del libre comercio y el aumento de la inversión privada serían los pilares del desarrollo latinoamericano. Por supuesto, lo hacía para proteger los intereses de las empresas que comerciaban con la región y aquellas que exportaban sus capitales hacia el Sur. Sin embargo, sólo se otorgaron créditos limitados, a través del Eximbank, que era una forma de subvencionar las exportaciones y las importaciones privadas de Estados Unidos hacia y desde la región. En cambio, no hubo préstamos para empresas estatales latinoamericanas, para no favorecer ni el nacionalismo económico ni el estatismo, considerados los “males” de ese época en América Latina. A pesar de que las prácticas comerciales de Estados Unidos tendían a orientarse a otras regiones, el comercio con América Latina aún representaba el 30% del comercio exterior de la potencia del norte y allí tenían colocadas el 40% de sus inversiones externas. Desde el punto de vista económico, entonces, la región seguía siendo vital para la economía estadounidense.

Durante el segundo mandato de Truman, a medida que se profundizaban los enfrentamientos con la Unión Soviética, se presionó más a América Latina con el concepto de “seguridad nacional”. El gobierno estadounidense reconoció y se apoyó en diversas dictaduras latinoamericanas, fundamentalmente centroamericanas, flexibilizando el requerimiento “democrático” que otrora había exigido el Departamento de Estado. Con el estallido de la Guerra de Corea, Estados Unidos logró alinear a los países de su amplio “patio trasero”, en donde se había ilegalizado el comunismo y se lo perseguía cada vez más duramente. La Casa Blanca alentó la ruptura de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en sentido inverso a lo que había hecho en los primeros meses del año 1945. En plena Guerra de Corea, Moscú sólo conservaba lazos diplomáticos con México, Buenos Aires y Montevideo. Hacia 1950 se produjo, además, una reinterpretación de la doctrina Monroe. Así, se flexibilizó la “no intervención” que se había establecido en la carta fundacional de la OEA –luego de haberse votado en la Conferencia de Montevideo, en 1933–, aceptándose una “alternativa de intervención”, conocida como la doctrina Miller –quien era en ese entonces el secretario asistente de Asuntos Interamericanos de Truman–, que planteaba la creación de mecanismos de intervención multilaterales en caso de que un Estado americano fuera amenazado por la actividad política de fuerzas comunistas.

En forma paralela, se promovió un rearme en el continente y se establecieron pactos militares bilaterales. La Cuarta Reunión de Consulta de Cancilleres de países americanos (Washington, 1951) fue uno de los escenarios para discutir esta nueva doctrina. Sin embargo, América Latina

3 De la poca ayuda económica y militar que recibió América Latina (1300 millones de dólares) Brasil concentró más de la mitad. Cfr. Joseph A. Tulchin, *La Argentina y los Estados Unidos: Historia de una desconfianza* (Buenos Aires: Planeta, 1990), 212.

ofreció distintas resistencias a los planes de Estados Unidos y, hacia 1952, varios gobiernos preocupaban a Washington: el de Getúlio Vargas en Brasil –que había regresado al poder con el apoyo del comunista Luís Carlos Prestes–, el de Perón en Argentina, el de Carlos Ibañez del Campo en Chile, el de Víctor Paz Estenssoro en Bolivia –cuya llegada al poder, luego de un golpe militar que intentó desconocer su elección, había sido antecedida por una revolución con amplia participación obrera y campesina–, el de José María Velazco Ibarra en Ecuador, y el de Jacobo Arbenz en Guatemala, con una reforma agraria y un proceso de nacionalizaciones que afectó a empresas estadounidenses.

Poco tiempo después, la política de Estados Unidos pareció conseguir sus frutos:

A mediados de los '50 el predominio económico y político de los Estados Unidos en América Latina parecía incontestado y la política más activa de Eisenhower hacia la región lucía como exitosa. Podían contabilizarse a favor de Washington la caída de Arbenz en Guatemala, el desplazamiento del varguismo en Brasil, la 'moderación' de la revolución boliviana y, en este contexto, el nuevo rumbo de las relaciones argentino-norteamericanas hasta el derrocamiento de Perón.⁴

La intervención del presidente republicano, el menos a principios de la década de 1950, pretendió aplacar el reformismo que presentaban algunos gobiernos latinoamericanos y que afectaban, en parte, a los intereses estadounidenses en la región.

En cuanto a la relación entre Argentina y Estados Unidos, se mantuvo la frialdad que se había iniciado en los meses previos a la Reunión de Cancilleres de Washington, aunque sin llegar a las presiones y coerciones que habían caracterizado el período 1942-49. En ese sentido, y más allá de las discusiones internas en el Departamento de Estado (volvieron a aparecer partidarios de una línea dura hacia Argentina), se descartaron las intervenciones directas en la política interior argentina, sobre todo luego de la consolidación del régimen peronista, una vez que éste obtuvo su reelección en noviembre de 1951. De todas formas, también se dejaron de lado las negociaciones para avanzar en problemas específicos, con lo cual no se retomó, en principio, el acercamiento que había caracterizado al período 1949-1950. En este sentido, Edward G. Miller descartó seguir con la política de intercambio de favores con el gobierno peronista.

El 24 abril de 1951, asumió un nuevo embajador estadounidense en Buenos Aires, Ellsworth Bunker, quien permanecería en el cargo, sin entrevistarse nunca con Perón, hasta finales del año 1952, cuando fue reemplazado por Albert Nufer, que actuó como embajador por casi cuatro años. El Departamento de Estado dejaba la puerta abierta para futuras negociaciones, esperando que las necesidades económicas obligaran al presidente Perón a modificar el rumbo de la economía y a acercarse a Washington. Si la política exterior peronista no se ajustaba a los lineamientos del Washington, entonces no habría ayuda financiera ni predisposición para generar un comercio más equilibrado.

Ese nuevo enfriamiento del vínculo con Estados Unidos se dio conjuntamente con la reactivación de las tradicionales relaciones argentinas con Gran Bretaña (en abril de 1951 se firmó el protocolo Paz-Edwards que implicaba una reactivación del acuerdo que estaba congelado desde 1949), una profundización de las relaciones con Europa Occidental y un acercamiento a los países del Este y la Unión Soviética, que se tradujo en 1953 en la firma del primer acuerdo comercial con

4 Cfr. Mario Rapoport y Claudio Spiguel, *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo* (Buenos Aires: Emecé, 2009), 193-4.

Moscú. Parecía, una vez más, retomarse la política exterior pendular de Perón, entre otras razones para tener más armas en las negociaciones con Estados Unidos.

Al mismo tiempo, desde 1952-53 Argentina volvió a promover, junto a otros países latinoamericanos, la formación de un bloque en la región para mantener los precios de las materias primas, frente a la ofensiva contraria de los países industrializados y al consecuente deterioro de los términos del intercambio.

Aún con la potencial oposición de Chile y Uruguay –con gobiernos adversos al que encabezaba Perón– y los pactos militares bilaterales que Estados Unidos había conseguido establecer con países del continente, diversos procesos en América Latina parecían generar una coyuntura más favorable para una unión latinoamericana que contrapesara el creciente poderío estadounidense. El retorno de Vargas en Brasil en 1950 –ahora con apoyo del Partido Comunista y luego del gobierno de Dutra–, la Revolución Boliviana comandada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), los gobiernos de Arévalo y Arbenz en Guatemala y las victorias electorales de Velasco Ibarra en Ecuador e Ibáñez en Chile parecían mostrar el surgimiento de una nueva oleada de gobiernos nacionalistas y reformistas en América Latina. A principios de 1952, con apoyo de Perón, la Confederación General del Trabajo (CGT) impulsó la creación de la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), que se terminó reuniendo por primera vez en México, a fines de ese año. Esta iniciativa fue contestada por los sindicatos estadounidenses, a través de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), que lanzó una nueva ofensiva contra el peronismo.

El 21 de febrero de 1953, Perón firmó junto al presidente chileno Ibáñez el Acta de Unión Económica Argentino-Chilena, que sería la primera medida en pos de una futura unión aduanera y económica entre los dos países. Luego, este tipo de acuerdos se extendieron a otros países de la región, como Ecuador, Paraguay, Bolivia y Nicaragua, e incluso hubo negociaciones con Vargas para incluir a Brasil, pero su canciller se opuso.⁵ Estos movimientos políticos y la posibilidad de un bloque latinoamericano que pudiera negociar con más fuerza con el país del norte generaron un creciente temor en la diplomacia estadounidense. En el Departamento de Estado, sin embargo, se juzgaba que iniciar una contracampaña atacando a Perón podía ser contraproducente y, además, ya la prensa y los sindicatos de ese país sostenían una activa política contra el régimen peronista, con lo cual era mejor no agregar un hostigamiento diplomático. Este tipo de estrategia del Departamento de Estado tenía muy en cuenta la reticencia latinoamericana frente a cualquier acción que pudiera interpretarse como una violación de la soberanía de los países más pequeños o como una intervención en los asuntos internos. La fracasada estrategia de Braden en 1945 y 1946 había dejado una lección en la diplomacia del norte.

A principios de 1953, tras la asunción de Eisenhower, la situación empezó a cambiar.⁶ El nuevo Secretario de Estado John Foester Dulles, a poco de asumir, acusó a quienes lo habían

5 Cfr. Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari, *Política exterior argentina: 1930-1962* (Buenos Aires: Huemul, 1964), 204-6. Un análisis de los desencuentros entre Argentina y Brasil, y fundamentalmente de las distintas líneas internas en ese país, que se tradujeron en conflictos entre Vargas e Itamaraty, hasta el suicidio del presidente en agosto de 1954, puede hallarse en Luiz Alberto Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos: De la Triple Alianza al Mercosur* (Buenos Aires: Norma, 2004), 228-33. Véase, también, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, "Organismos y reuniones internacionales: X Conferencia Interamericana", *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto* 3 (1954).

6 Cfr. Norma Delia González, *US-Argentina relations in the 1950s* (Boston: University of Massachusetts, 1992), 88-124.

precedido en el Departamento de Estado de haber descuidado a América Latina, cuestión que debía revertirse, impulsando la radicación de capitales estadounidenses en la región.

John Moors Cabot, flamante Subsecretario de Estado para los Asuntos Interamericanos, también planteó que debían tener una política más activa en pos del “progreso social” en la región. Siguiendo esta línea, Eisenhower habló al Consejo de las Américas, el 14 de abril, declarando que estaba dispuesto a hacer personalmente todo lo posible para perfeccionar el entendimiento y la confianza de los países que integraban la OEA.⁷ Allí anunció, además, que su hermano Milton haría una gira por América Latina para fortalecer los lazos entre los países del continente y Estados Unidos. Esto coincidiría, asimismo, con la nueva política económica peronista, que se inició con el Plan de Estabilización de 1952 y se profundizaría con la Ley de Inversiones Extranjeras de agosto de 1953, que intentaba ahora atraer capitales del exterior. Tras esta nueva orientación, el capital extranjero que se radicó en el país fue fundamentalmente estadounidense —se destacaron las empresas Kaiser, Merck y Monsanto— y ya se preanunciaban los polémicos preacuerdos del gobierno peronista con la Standard Oil Company.⁸

Desde el punto de vista diplomático, desde principios de 1953 y hasta la caída de Perón, se registró una mejora en las relaciones argentino-estadounidenses. Según el Departamento de Estado, era necesario implementar una política mucho más activa hacia América Latina, para contrarrestar los movimientos nacionalistas que se habían desarrollado, pero con un discurso que enfatizaba la necesidad de combatir más fuertemente el comunismo. Como será desarrollado más adelante, el nacionalismo era visto como el mal que podía atraer el comunismo, así que ambos “flagelos” debían ser enfrentados.

El 3 de febrero de 1953, se realizó, a iniciativa del gobierno argentino, una entrevista entre Perón, el canciller Jerónimo Remorino y el embajador Nufer. En esa oportunidad, el presidente argentino declaró que deseaba que mejoraran las relaciones bilaterales. El embajador comunicó al Departamento de Estado que esa sería una excelente oportunidad para estrechar los lazos hemisféricos. Dulles exigía que Perón abandonara el neutralismo que implicaba la política de la “tercera posición”, a la vez que los ataques contra Estados Unidos que recurrentemente se publicaban en la prensa oficialista. Según el Departamento de Estado, había que aprovechar la oportunidad para volver a fortalecer el vínculo bilateral, más cuando se acababa de producir la famosa entrevista entre Stalin y el embajador argentino Leopoldo Bravo, en febrero de 1953, que permitió acelerar el acuerdo comercial bilateral y el acercamiento entre Argentina y los países de Europa del Este.⁹

El entendimiento argentino-estadounidense, para el Departamento de Estado, era estratégico en la coyuntura latinoamericana de ese entonces. También respondía a las presiones de muchas empresas estadounidenses que, ávidas de aprovechar las posibilidades económicas que ofrecía el país del Sur, necesitaban que se respondiera a la voluntad de acercamiento de la Casa Rosada. Así, se conjugaban varios factores que impulsaron la confluencia del gobierno de Eisenhower y el de Perón: las crecientes necesidades argentinas —que incluían la nueva política de alentar la

7 Cfr. Harold F. Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos, II.1914-1960* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1985), 224.

8 Entre 1954 y 1955, Perón negoció un contrato petrolero con una subsidiaria de la petrolera estadounidense para la explotación de 40.000 has en la provincia de Santa Cruz.

9 Cfr. Entrevista citada en informe de Nufer al Departamento de Estado, 05/02/1953, FRUS, 1952-54, vol. IV, 427-436. Véase, también, Comunicación de Dulles a la embajada estadounidense en Buenos Aires, 03/03/1953, FRUS, 1952-54, vol. IV, 436-437.

radicación de capitales extranjeros—, el peligro estratégico que podía derivarse de los acuerdos económicos de la Unión Soviética con Argentina, y la presión de los grandes grupos económicos estadounidenses para hacer negocios en el país del Sur.

En julio de 1953, la gira latinoamericana de Milton Eisenhower incluyó la visita a Buenos Aires por el lapso de casi tres días. Representante del presidente, su objetivo fue estrechar los lazos entre Estados Unidos y América Latina, profundizando el libre comercio y la solidaridad continental, fundamentalmente contra la agresión comunista.¹⁰ Perón se entrevistó con él y le ratificó que su país estaría en el bando occidental en caso de una conflagración mundial. Los funcionarios económicos argentinos plantearon a sus pares estadounidenses, que acompañaban a Eisenhower en esta gira, su preocupación por la dificultad de las exportaciones argentinas para ingresar en el mercado estadounidense, a la vez que éstos mostraron interés en las garantías que Argentina podía brindar a las inversiones extranjeras —pronto se sancionaría la ley 14222, conocida como Ley de Inversiones Extranjeras—.

Tras la visita, plagada de gestos amistosos, se ratificó además a Nufer en su puesto, pese a que ya se había anunciado su reemplazo, lo cual implicó ratificar la política “amistosa” con Buenos Aires. Así, se pasó a la etapa de la “correcta amistad” con Argentina por parte de Washington.

De todas formas, esta etapa no carecía de ambigüedades. Incluso en el Departamento de Estado y el resto del gobierno estadounidense pervivían los críticos al acercamiento hacia el gobierno de Perón, entre los que se encontraba el propio presidente Eisenhower.¹¹ En los sectores internos argentinos que apoyaban al régimen peronista también generaba resquemores este acercamiento, situación que se planteó más abiertamente tras el conocimiento de los precontratos petroleros con la Standard Oil Company, que reflejaban los límites de la “autonomía” que planteaba el proyecto peronista. Más allá de las dudas en uno y otro país, el buen entendimiento de la Casa Blanca con Perón era esencial para la “solidaridad hemisférica”, fundamentalmente en el contexto del avance estadounidense sobre el régimen guatemalteco.

Existía cierta preocupación, por parte de la diplomacia estadounidense, frente a la posibilidad de que se reactivara el proyecto de una unión aduanera sudamericana. En febrero de 1953, los gobiernos de Argentina y Chile firmaron el “Acta de Santiago”, que sentaba las bases para una política de complementación económica por parte de ambos países, se abrían las puertas para negociar una unión aduanera y se planteaba la posibilidad de que se sumasen a la misma todos los países hispanoamericanos que lo desearan. Se fueron uniendo Paraguay, Ecuador y Bolivia, y en pocos meses Argentina firmó Convenios de Unión Económica con estos países.¹² El Departamento de Estado, como en años anteriores, desplegó una activa campaña —propagandística, de prensa y diplomática confidencial— para neutralizar una potencial integración económica y política sudamericana motorizada por Argentina, que podía llegar a socavar la posición estadounidense en el hemisferio y perjudicar sus intereses económicos y estratégicos. Por ejemplo,

10 Cfr. Miguel Ángel Scenna, *¿Cómo fueron las relaciones argentino-norteamericanas?* (Buenos Aires: Plus Ultra, 1970), 222-5.

11 Las dudas internas en el gobierno de Washington sobre la caracterización del peronismo y sobre cómo debía tratárselo perduraron hasta 1955, aunque se impusieron en esta etapa los que planteaban que había más para ganar que para perder en un entendimiento con Perón, quien era el único capaz de gobernar Argentina, frente a una oposición política debilitada y con tendencias antiestadounidenses.

12 Perón procuró atraer también al Brasil de Vargas, en una suerte de reedición del grupo ABC, pero debió enfrentar la posición de importantes núcleos de la cancillería brasilera, cada vez más cercana a Estados Unidos.

tras la asunción republicana y el *giro* favorable a mejorar las relaciones con la Casa Blanca, el influyente *New York Times* recordó que el régimen peronista era una “forma particularmente detestable de fascismo”, “por naturaleza y compulsión imperialista”, “indigno de confianza”, y “peligroso”.¹³

La potencia del Norte estaba fundamentalmente preocupada, en ese entonces, por procesos más radicales que se daban en América, y que amenazaban directamente inversiones de sus grandes capitales. El sistema interamericano volvió a reflotarse, una vez más, en función de los intereses estratégicos del Departamento de Estado. La convocatoria a la Conferencia de Caracas tenía por objetivo, entre otros, esmerilar al gobierno de Jacobo Arbenz. Éste había decidido continuar y profundizar las reformas de su predecesor, Juan José Arévalo, y se dispuso a realizar una reforma agraria y a expropiar a empresas de capitales estadounidenses, como la poderosa United Fruit Company.¹⁴ Dulles buscaba que en Caracas se aprobara una resolución anticomunista que permitiera aplicar medidas coercitivas multilaterales en forma automática, siguiendo las bases del TIAR y la Carta de la OEA. El “caso Guatemala” de 1954 fue el primer gran conflicto interamericano de la segunda posguerra y puso a prueba el “principio de no intervención” que regía en el sistema americano desde 1933, al que Estados Unidos había adherido a regañadientes. A partir de este momento, la excusa de la lucha contra el comunismo pasaría a utilizarse para desestabilizar y derrocar a gobiernos reformistas que pudieran obstaculizar el avance de Estados Unidos en el continente.

El 10 de noviembre de 1953, el Consejo Directivo de la OEA fijó el programa de la X Conferencia Panamericana, que excluía tres puntos que, según diversos países, debían tratarse en esta oportunidad: la creación de una corte interamericana para la defensa de los derechos del hombre; la discusión sobre el (no) reconocimiento de los gobiernos de facto y el estímulo y desarrollo efectivo del ejercicio de la democracia. El hecho de que se dejaran de lado estos tres temas, sensibles para muchos países latinoamericanos, generó diversas críticas entre diplomáticos de la región. Washington, que apoyaba por esos años a diversos gobiernos militares y de facto en la región, lograba que se dejaran de lado, entonces, temas que podrían haber complicado su política hacia América Latina y a algunos de sus aliados estratégicos, como lo era el tristemente célebre dictador Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. En Caracas, ni se discutiría el no reconocimiento de los gobiernos de facto, ni se aprobaría la creación de una corte interamericana que garantizara el cumplimiento de los derechos del hombre.

Décima Conferencia Panamericana (Caracas, 1954)

La conferencia se llevó a cabo en Caracas entre el 1 y el 28 de marzo de 1954. Concurrieron los cancilleres de 20 de los 21 países que integraban el sistema interamericano. Costa Rica no participó, por realizarse la conferencia en Venezuela, que estaba gobernada por el dictador Marcos Pérez Jiménez, a quien ese gobierno no reconocía como legítimo.¹⁵ El presidente de la misma fue

13 *New York Times*, 26/12/1953. Citado y traducido en Mónica Quijada, “El proyecto peronista de creación de un Zollverein sudamericano, 1946-1955”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad* 6 (1994), 168.

14 Una breve reseña del proceso guatemalteco, desde el punto de vista de quienes apoyaban las políticas nacionalistas y reformistas que allí se desarrollaban, puede hallarse en Ezequiel Ramírez Novoa, *La farsa del panamericanismo y la unidad indoamericana* (Buenos Aires: Editorial Indoamérica, 1955), 157-67.

15 El presidente costarricense le envió una carta al Secretario General de la OEA explicándole que no asistiría a la X Conferencia Panamericana hasta tanto no prevaleciera el respeto a los derechos humanos. Publicado

el canciller venezolano Aureliano Otañez y hubo también representantes de distintos organismos internacionales, como la OEA y la ONU, entre otros.

La delegación estadounidense estaba encabezada por el Secretario Dulles y la argentina por el canciller Remorino.

El objetivo de la Casa Blanca era impulsar una campaña para lograr desestabilizar al gobierno democrático, nacionalista y reformista de Arbenz en Guatemala.¹⁶ Con este fin, necesitaba una declaración anticomunista del resto de los países de América que le permitiera aplicar medidas coercitivas directas en base a los tratados preexistentes como el TIAR o la Carta de la OEA. El primer triunfo de Dulles fue lograr que resolviera primero la “cláusula anticomunista” y no los asuntos económicos, como habían pedido varias naciones latinoamericanas.¹⁷ Con ello se logró, una vez más, que la expectativa de conseguir concesiones económicas por parte de Estados Unidos operara como un factor “disciplinador” o al menos moderador de potenciales posturas confrontativas por parte de muchas delegaciones latinoamericanas. Las expectativas de obtener ayuda económica a cambio de aprobar el proyecto político-estratégico que perseguía Eisenhower volvieron a tener un peso relevante en el desarrollo de la conferencia, lo cual explica la insistencia de Dulles para que su propuesta se tratara en primer término.

El canciller argentino se retiró mucho antes de que finalizara la conferencia, el 8 de marzo, sin dejar instrucciones a sus delegados. La delegación quedó, entonces, a cargo de Rodolfo Muñoz, quien había preparado los lineamientos para la actuación argentina en Caracas. Antes de retirarse, Remorino insistió en ubicar como eje clave de discusión el colonialismo en América y vincular la expansión de ideologías de izquierda al atraso económico y social de América Latina, con lo cual esos temas se transformaban en fundamentales porque eran los que estaban en la base del “problema” del comunismo. Ni bien arribó a Caracas el canciller declaró:

Los precios bajos de las materias primas implican y obligan a salarios reducidos, los cuales son incitaciones para la clase trabajadora que la conducen muchas veces al borde de la miseria, y es ahí, precisamente, cuando los pueblos abrazan ideas exóticas. Es de tal manera que hay relación directa entre este problema económico de salarios bajos con las situaciones sociales de América, que será muy importante abordarlo.¹⁸

Argentina, al igual que otros países latinoamericanos, volvió a poner el énfasis en la necesidad de ayuda económica, por parte de Estados Unidos, para fomentar el desarrollo de su atrasada economía. Se repetía, así, el tópico que había planteado la delegación nacional en la Cuarta Reunión de Consulta de Cancilleres, tres años atrás: la lucha contra el comunismo en América requería un desarrollo de las condiciones económico-sociales, para lo cual la ayuda económico-financiera

en *Acción*, Montevideo, 20/02/1954, p. 2. La conferencia significó un virtual espaldarazo por parte de la OEA al régimen dictatorial de Pérez Jiménez, al nombrar como presidente de la misma a un representante venezolano.

16 Cfr. Department of State, Tenth Inter-American Conference. *Report of the Delegation of the United States of America with Related Documents* (Washington: Department of State Publication, 1955); *Foreign Relations of the United States, 1952-54*, vol. IV, 302-11.

17 Esta táctica venía desplegándola Estados Unidos desde la Conferencia de Chapultepec, y la había logrado extender en la de Río (consiguió la aprobación del TIAR sin concesiones económicas) y la de Bogotá (logró la creación de la OEA, posponiendo nuevamente la discusión de las problemáticas económicas que planteaban los países latinoamericanos).

18 Citado por A. Conil Paz y G. Ferrari, *Política exterior argentina*, 207.

por parte de Estados Unidos y la mayor reciprocidad comercial eran condiciones necesarias, que debían anteceder a cualquier política de represión del comunismo doméstico en los países latinoamericanos. El planteo descolonizador, además, volvía a ser una preocupación central de la delegación argentina.¹⁹

El programa de la conferencia incluía cinco capítulos, que referían a asuntos jurídico-políticos, económicos, sociales, culturales y de organización y funcionamiento. Respecto al primer eje, se destacaban la Convivencia Pacífica (posibilidades de revisar el Pacto de Bogotá, Comisión Internacional de Paz, Corte Interamericana de Justicia y otros instrumentos relativos a los arreglos pacíficos); el problema de las colonias y territorios ocupados en América; el Régimen de Asilados, Exilados y Refugiados Políticos; el Protocolo a la Convención sobre Deberes y Derechos de los Estados en Caso de Luchas Civiles y la Intervención del Comunismo Internacional en América. Entre los asuntos económicos, resaltaban los vinculados al desarrollo económico (estatus de los planes de desarrollo, coordinación de las economías nacionales y medidas para facilitar la expansión económica); preservación de los recursos naturales, cooperación comercial, cooperación técnica y funcionamiento del Consejo Interamericano Económico y Social. Entre los temas sociales, eran fundamentales los vinculados a los Derechos Humanos, al desarrollo del movimiento cooperativista, a los problemas de la vivienda de interés social, al éxodo rural y a la asistencia social. Los asuntos culturales incluían la cooperación, la Carta Cultural de América, y un Congreso Interamericano de Educación, entre otros. El capítulo final se refería al funcionamiento del Comité Jurídico Interamericano, el Comité de Acción Cultural, el informe de la Unión Panamericana sobre sus labores, la Comisión Interamericana de Mujeres, las Conferencias Especializadas y la fijación de la sede de la XI Conferencia Interamericana.

Más allá del extensísimo y aparentemente ambicioso programa, durante la mayor parte de las primeras dos semanas, los debates giraron en torno a la propuesta estadounidense de declaración anticomunista, que fue el tema que concitó, además, la atención internacional en la conferencia. Se aprobaron tres convenciones –sobre asilo diplomático, asilo territorial y fomento de las relaciones culturales– y más de un centenar de resoluciones. A continuación, los principales temas que se discutieron.

Resolución anticomunista

Dulles puso el mayor énfasis de su intervención en obtener una declaración contundente que abriera las puertas a una intervención contra el régimen de Arbenz²⁰ y presionó para que éste fuera el primer tema a debatirse, con lo cual se inició una áspera discusión que tuvo como protagonistas al Secretario de Estado y al canciller guatemalteco Guillermo Toriello. Dulles, vinculado justamente a la United Fruit Company²¹, señaló que en América muchos partidos se proclamaban “patrióticos”,

19 La posición argentina, reflejada por la embajada estadounidense en Buenos Aires, fue remitida por Edward V. Sandifer, Consejero de la Embajada para Asuntos Políticos, en telegrama confidencial al Departamento de Estado, el 15 de agosto de 1945 (NARA, DS, X Inter-American Conference).

20 El principal objetivo del Departamento de Estado era obtener esta declaración, pero sin hacer ninguna referencia específica a Guatemala, para no generar la oposición de los países latinoamericanos, tal como se explica detalladamente en Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Judicial-Political Matters, “Guatemala and the discussion of Communism” (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954). En ese documento se reconoce, además, que sería difícil probar, desde el punto de vista jurídico, que era necesario aplicar el TIAR contra Guatemala.

21 Dulles era una figura prominente en la firma de abogados Sullivan y Cromwell, de New York, que representaba a poderosas empresas, como la United Fruit Company, justamente aquella que fue expropiada por el gobierno

pero que terminaban favoreciendo a los “planes rojos”, desplegando argumentativamente la estrategia de denunciar la peligrosidad del par nacionalismo-comunismo en América Latina. En esa línea, instó a la formación de un “frente solidario”, aclarando que su gobierno no trataba de condenar en la conferencia a Guatemala, sino de establecer una legislación que permitiera frenar el avance del comunismo en América. Debía establecerse, según instrucciones del Departamento de Estado, una resolución que permitiera, en el caso de “desvíos ideológicos” de algún régimen americano, la posibilidad de aplicar la doctrina Monroe, interpretada ahora en un sentido amplio. Al principio de la conferencia, el proyecto de Dulles sólo contaba con el apoyo de seis países, regidos por dictaduras militares, lo cual implicaba que la diplomacia estadounidense tuvo que ejercer todo su poder de presión para lograr su cometido de que fuera aprobado.²²

Toriello le contestó duramente, denunciando el apenas velado “intervencionismo estadounidense” que se escondía detrás de la propuesta de Dulles:

Hay quienes han desatado contra Guatemala la más inicua campaña, y no han tenido vergüenza de recurrir a las armas más cobardes para difamar, desviar y desvirtuar uno de los movimientos más puros que ha habido en el continente, han recurrido a la enorme maquinaria de los medios de difusión ... y los han prostituido haciéndolos un instrumento de mentira y de calumnia y han pegado a las espaldas de Guatemala la etiqueta de ‘comunismo’.²³

En ese discurso, Toriello declaró que su gobierno defendía la democracia representativa y tenía tres grandes pilares y objetivos: el acrecentamiento de las libertades democráticas; la elevación del nivel de vida de los guatemaltecos, mediante la transformación de una economía semifeudal y semicolonial en una economía capitalista, y la defensa de la soberanía y la independencia nacionales. El canciller de la pequeña nación centroamericana quería conseguir el apoyo latinoamericano, explicando que su gobierno no planteaba la superación del capitalismo, ni la alineación con la Unión Soviética, a pesar de las acusaciones estadounidenses. De todas formas, Toriello declaró que votaría en contra de cualquier resolución “anticomunista” por considerarla una excusa para avasallar las soberanías latinoamericanas y las libertades políticas, con lo cual quedó relativamente aislado, frente a la posición anticomunista preponderante en casi todos los países americanos.

Los delegados latinoamericanos, aún compartiendo la perspectiva anticomunista de Estados Unidos, mostraron recelo frente a la posibilidad de que, de aprobarse el proyecto estadounidense, se relativizara el “principio de no intervención”, tal como lo denunciaba el canciller guatemalteco. Uruguay planteó una enmienda al proyecto de Dulles, que preveía la realización de consultas multilaterales antes de adoptar cualquier medida colectiva contra un país americano. México, Panamá y Paraguay se sumaron a las críticas a la iniciativa estadounidense, proponiendo distintas modificaciones. El canciller mexicano, Luis Padilla Nervo, declaró:

de Arbenz en Guatemala y a su vez afectada por la reforma agraria que se estaba desarrollando, dado que era una de las principales propietarias de tierras en ese país. Paralelamente a la conferencia, se preparaba el golpe de Estado en Guatemala, a la vez que se instruía a la prensa continental a llevar adelante una campaña de difamación y desprestigio contra el régimen centroamericano.

22 Cfr. Federico G. Gil, *Latin American-United States Relations* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1971), 211.

23 Discurso pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala en la Tercera Sesión Plenaria, 5 de marzo de 1954. Citado por Juan A. Lanús, *De Chapultepec al Beagle: política exterior argentina, 1945-1980* (Buenos Aires: Emecé, 2000), 192.

México no podrá acompañar con su voto afirmativo la ponencia de los Estados Unidos, porque la forma en que está redactada podría dar lugar a que cualquiera de nuestros países pudiera quedar sujeto a intervenciones, que no debe sufrir ningún Estado americano ni aislada ni colectivamente. Si tuviéramos la convicción, que parecen compartir algunos delegados, de que la ponencia que se estudia no implica peligro de volver atrás y retrotraer a la América a los tiempos ya remotos en que luchábamos por el establecimiento del principio de no intervención, otra sería nuestra actitud.²⁴

Esta exposición ponía blanco sobre negro: lo que se estaba votando era el fin de un principio que se había logrado instrumentar, en la Octava Conferencia de Panamericana, luego de décadas de abierto intervencionismo por parte del país del Norte. En plena Guerra Fría, las formas del “buen vecino” eran, en parte, dejadas de lado.

Ante la propuesta de Dulles, el delegado argentino Muñoz insistió en que los problemas ideológicos sólo podrían solucionarse si se mejoraban las condiciones de vida de las poblaciones latinoamericanas. La amenaza comunista, además, no podría alterar el principio de autodeterminación de los pueblos:

Tal como vienen los proyectos presentados hasta ahora, estimamos que la decisión que adopte esta Conferencia deberá contener una cláusula que reconozca expresamente el derecho de los pueblos a elegir sus propios sistemas de gobierno. Toda ambigüedad al respecto podría permitir la conclusión de que, bajo pretexto de protegerlos de un hecho futuro, estemos dando un golpe de muerte a la libre determinación de los pueblos de América.²⁵

Luego, la delegación argentina pugnó para que la declaración que condenaba el comunismo no se aplicara a Guatemala, argumentando que la conferencia no podía referirse a un caso concreto. Repudió las actividades del comunismo internacional que implicaban una intervención en los asuntos internos del continente, aunque declaró que debía ser competencia de las Naciones Unidas adoptar disposiciones que tuvieran alcance internacional, y siempre con el aval de su Consejo de Seguridad. Finalmente, pidió que se modificara la redacción original del proyecto, para que no se aludiera al comunismo internacional como amenaza, sino a toda agresión extracontinental. Así, sostenía, la declaración no sería de política interna, sino internacional. El delegado José Carlos Vittone reforzó la idea de que la “no intervención” y el estricto respeto por la soberanía nacional debían plantearse explícitamente y no podían soslayarse en la eventual declaración. Pese al momento de “acercamiento bilateral” con Estados Unidos, Argentina no dejaba de plantear sus principios autonómicos, emblemas de la política exterior peronista.

Finalmente, la conferencia aprobó, el 13 de marzo, la Resolución XCIII, denominada “Declaración de Solidaridad para la Preservación de la Integridad Política de los Estados Americanos contra la Intervención del Comunismo Internacional”, que señalaba:

Que el dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del movimiento internacional comunista, que tenga por resultado la extensión hasta el Continente americano del sistema político de una potencia

24 Discurso citado por Ricardo A. Martínez, *De Bolívar a Dulles: el panamericanismo, doctrina y práctica imperialista* (México: Editorial América Nueva, 1959), 191.

25 Declaraciones de Rodolfo Muñoz citadas por A. Conil Paz y G. Ferrari, *Política exterior argentina*, 208.

extracontinental, constituía una amenaza a la soberanía e independencia política de los Estados americanos que pondría en peligro la paz de América y exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes de acuerdo a los tratados existentes.²⁶

Dulles había tenido que ceder, en parte, ante las presiones latinoamericanas, ya que se establecía que la situación de Guatemala, o de cualquier otro país que tuviera procesos similares, requería una reunión de consulta para considerar la adopción de medidas de acuerdo con los tratados existentes, con lo cual se quitaba todo automatismo. Además, se agregó una frase final con el objetivo de alejar los temores al intervencionismo estadounidense: “Esta declaración de política exterior hecha por las repúblicas americanas en relación con los peligros de origen extracontinental está destinada a proteger y no a menoscabar el derecho inalienable, de cada Estado americano, de elegir libremente su propia forma de gobierno y sistema económico, y de vivir su propia vida social y cultural”.²⁷

Cuando se realizó finalmente la votación, 17 países lo hicieron a favor, Guatemala en contra, y Argentina y México se abstuvieron. Estados Unidos, teniendo como aliados incondicionales a algunas dictaduras como la de Trujillo en Dominicana o la de Anastasio Somoza en Nicaragua, había logrado su cometido. A través de esta declaración, el establecimiento de un régimen comunista –en cualquier país americano o que tomara medidas expropiatorias o que incrementara las relaciones con los países del campo socialista– sería causal de aplicación del TIAR.

La votación argentina no era una sorpresa para el Departamento de Estado, aunque no había quedado conforme con la abstención del gobierno de Perón, que podía ser leída como un desafío a la política estadounidense.²⁸ Así fundamentó Argentina su voto:

La República Argentina no ha dado su apoyo a la resolución en su conjunto ... Hemos votado afirmativamente el párrafo que reitera la fe en la democracia representativa, porque reafirma un principio aceptado unánimemente y al cual suscribe sin reticencias la Delegación argentina, aunque hubiéramos preferido el texto sugerido por nosotros y que hacía una invocación directa al principio de la libre determinación de los pueblos para darse sus propias instituciones. Esto último ha quedado consagrado, por otra parte, en la edición propuesta por Estados Unidos, que también hemos votado favorablemente, por cuanto reconoce ‘el derecho inalienable de cada Estado americano de elegir libremente su propia forma de gobierno y sistema económico y de vivir su propia vida social y cultural’.²⁹

26 Dotación Carnegie para la Paz Internacional, *Conferencias Internacionales Americanas. Segundo suplemento 1945-1954* (Washington: Dotación Carnegie para la Paz Internacional, Publicación de la Unión Panamericana, 1956), 363-4.

27 *Ibidem*.

28 Existe un importante documento de la embajada estadounidense en Buenos Aires, del 19 de marzo de 1954, en el que se explican las dudas y las tensiones frente a la actuación de la delegación argentina en Caracas. Incluso, aún en ese entonces, y a pocos días de terminar la conferencia, había esperanzas en los funcionarios de la embajada estadounidense de que Argentina revirtiera su votación en la sesión plenaria final, a la hora de refrendar lo resuelto en las comisiones.

29 “Explicación de voto de la Delegación argentina presentada en la Décima Sesión de la Comisión I”, celebrada el 15 de marzo de 1954, capítulo I, tema 5 del programa (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).

Ni bien logró la aprobación de esta resolución, Dulles abandonó Caracas para regresar a Washington, lo cual muestra que éste era el objetivo del Departamento de Estado. Declaró que la conferencia había sido un éxito y que nunca había tenido tantas satisfacciones como en esas dos semanas. Henry Holland, funcionario de la cancillería estadounidense, sostuvo, ante miembros del congreso de su país, que la doctrina Monroe había sido finalmente asumida en forma multilateral en el continente, señalando que algunos países habían tenido una actuación poco feliz. Focalizó sus críticas en Guatemala, aunque también se refirió a Argentina y México, que habrían intentado “demostrar a todos los países pequeños que son independientes y no los llevamos de las narices, y esa política los conduce a no respaldar un número de cosas que nosotros recomendamos, a las que de otro modo no se opondrían”.³⁰

De todas formas, y más allá de las expresiones de satisfacción del Secretario de Estado, Washington, éste no había obtenido todo lo que había ido a buscar a Caracas. Las negociaciones implicaron que se pasara de un proyecto que legitimaba una acción conjunta o individual contra algún país latinoamericano que “sufriera una agresión extracontinental” (lo que para Dulles sería una carta blanca para el intervencionismo unilateral estadounidense con la excusa de la amenaza comunista) a una declaración que preveía el llamado a una reunión de consulta que exigiría medidas adecuadas, en conformidad con los tratados existentes.

Aún con las enmiendas que el proyecto original debió incluir, se abrió el camino para la inminente estocada estadounidense contra Guatemala. En mayo, éste país recibió armas de Checoslovaquia, y la Casa Blanca avanzó en dos sentidos. Por un lado, impulsó un contingente de fuerzas militares estadounidenses y hondureñas, al mando de Carlos Castillo Armas, para dar un golpe de Estado contra Arbenz. Por el otro, exigió una reunión de la OEA para discutir la llegada de armas extracontinentales a Guatemala y eventualmente bloquearla, basándose en el artículo 6 del TIAR. También planteó la necesidad de convocar, de acuerdo a lo resuelto en marzo en Caracas, una reunión de consulta de cancilleres para tratar el “caso Guatemala”, convocatoria que consiguió incluso el apoyo de México, que se había abstenido de votar la declaración anticomunista de Dulles dos meses antes.

Antes de que se realizara la reunión interamericana, Castillo Armas –al mando de un ejército de mercenarios– logró en junio ingresar a Guatemala desde Honduras y derrocar a Arbenz, quien infructuosamente intentó llevar el caso al Consejo de Seguridad de la ONU. Estados Unidos consiguió que no entrara en la agenda de la ONU, ya que, según su visión, debía intervenir primero el sistema interamericano. Luego de una extensa y compleja discusión, el Consejo Directivo de la OEA convocó a la reunión de consulta para el 7 de julio, pero días antes Castillo Armas logró dominar la situación político-militar y esa reunión se levantó.³¹ El golpe de Estado, en algún sentido, se había visto facilitado gracias a la (in)acción de la OEA. El sistema interamericano inauguraba, con el “caso Guatemala”, una nueva etapa, que continuaría con Cuba, unos años después, y con República Dominicana en 1965. La Guerra Fría pasaba a primer plano en América Latina y la OEA a ser un instrumento de legitimación del intervencionismo de Washington. Esta

30 The Middle East, Africa and Inter-American Affairs, 1954, Washington, 523-4. Citado por M. Rapoport y C. Spiguel, *Relaciones tumultuosas*, 404.

31 Cfr. Organización de los Estados Americanos. Acta de la Sesión Extraordinaria celebrada el 2 de julio de 1954, Serie del Consejo (AMREC, X Conferencia Panamericana, 1954). Argentina, a través del embajador Vittone, votó allí en contra de la postergación indefinida de la Reunión de Consulta que estaba convocada para el 7 de julio. Fundamentando su voto, Vittone explicó que había que considerar no sólo la acción del comunismo internacional en América, sino también la acción militar contra un gobierno constitucional.

táctica, por cierto, se apoyaba en la orientación anticomunista que compartía el Departamento de Estado con muchos de los gobiernos nacionalistas burgueses del continente.

“Declaración de Caracas”

La Resolución XCV, conocida como la “Declaración de Caracas”, era una suerte de confirmación de las concesiones que había tenido que hacer Estados Unidos para lograr licuar la resistencia a la declaración anticomunista analizada en el párrafo anterior. Reafirmaba la Carta de la OEA, la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre y la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En la misma, se reiteraba el derecho de cada Estado, entre otros, a escoger sus propias instituciones y forma de gobierno, la necesidad de estimular el bienestar económico y la justicia social y la defensa del sistema democrático representativo.

Esta resolución, más allá de su ambigua condena a “cualquier forma de totalitarismo”, fue una “concesión” a Argentina y los demás países latinoamericanos que habían cuestionado que la declaración contra el comunismo podría implicar una violación del principio de no intervención, en el crítico contexto del conflicto entre Estados Unidos y Guatemala. Así lo reconocieron los delegados estadounidenses en el informe final que presentaron sobre su actuación, en el que se planteaba que las enmiendas reflejaban el deseo de varias delegaciones de otorgarle más atención a la promoción de los derechos humanos, al ejercicio efectivo de la democracia representativa y al desarrollo económico y social como medios para combatir el comunismo. En dicho informe, explicaban además que no podían hacerse tan extensos los objetivos de la declaración anticomunista, con lo cual se resolvió incorporar éstas enmiendas en una declaración separada, que finalmente fue la “Declaración de Caracas”.³²

Sin lugar a dudas, la “Declaración” fue una táctica para aplacar los temores que suscitaba la resolución que había impulsado Dulles. Esta interpretación es soslayada por muchos trabajos sobre el sistema panamericano y sus conferencias, enfocados más en aspectos jurídicos o estrictamente diplomáticos que en los problemas geopolíticos y económico-sociales que enmarcaban los debates entre las delegaciones.

Colonias en América

El tema de las colonias en América fue planteado, nuevamente en una conferencia, por la delegación argentina. Sus pares estadounidenses, por su parte, se negaron a asumir compromisos en materia de descolonización, argumentando que debían resolverse esas diferencias en el ámbito de la ONU, en el que estaban representados, también, los países europeos.³³ Ésta era la posición que ya había tenido Estados Unidos cuando Argentina y otros países, como Guatemala, plantearon el tema en conferencias anteriores (específicamente en la de Bogotá). No sorprendió al gobierno peronista, en algún sentido, la reafirmación de esa posición. Para Perón, el énfasis en esta cuestión era fundamental, ya que le permitía mostrar que, a pesar del acercamiento a Estados Unidos, Argentina mantenía en alto las banderas de una política exterior autónoma que él decía

32 Muchos autores confunden estas dos declaraciones, la XCIII y la XCV, y las analizan como si fueran una sola. Incluso, en el Acta Final, hubo otra declaración, la XCIV, que planteaba la necesidad de abolir la discriminación racial como un medio de combatir el comunismo. Cfr. Department of State, Tenth Inter-American Conference. *Report of the Delegation of the United States of America with Related Documents* (Washington: Department of State Publication, 1955), 9.

33 *United Press*, 17/03/1954, 3.

defender. Así, una vez más, la política interna explica, en parte, el posicionamiento del gobierno en los ámbitos diplomáticos internacionales.

Antes de retirarse, Remorino planteó que era fundamental, para establecer una verdadera “solidaridad hemisférica”, que se tratara el tema de la ocupación de territorios continentales por parte de potencias extranjeras, cuestión que conectó con el reclamo guatemalteco de revindicar el “principio de no intervención”:

Nuestro anhelo por la independencia de América y nuestro respeto por la autodeterminación de los pueblos como el más grande de los derechos, nos conduce a repudiar todas las trabas que puedan oponerse a esta independencia y especialmente a condenar los medios violentos que impidan la manifestación y desarrollo de las soberanías nacionales. De nada valdrá la insistencia en mantener posesiones coloniales y ocupaciones ilegales de territorios en América, frente a la realidad histórica, política y social del continente. América debe ser para los americanos y gobernada por los americanos, una tierra libre para ciudadanos libres.³⁴

Luego de retirado el canciller argentino, la delegación nacional presentó un proyecto sobre los territorios coloniales, en el que se proponía la restitución de los territorios ocupados por potencias extracontinentales y se repudiaba la utilización de la fuerza para mantener esas ocupaciones.

Brasil, por su parte, presentó otro proyecto, que planteaba trasladar el asunto al ámbito de las Naciones Unidas, que era la posición que, como se dijo, también defendía el Departamento de Estado. Hubo, además, un tercer proyecto, presentado por Ecuador. Al ser imposible de compatibilizarlos, fueron votados por separado, lo que dividía a los países latinoamericanos frente a la negativa estadounidense a tratar el tema. Se sucedieron largas discusiones, tras las cuales se aprobaron dos recomendaciones distintas, las resoluciones CXVI y XCVII, presentadas por Argentina y Brasil, respectivamente. Con algunas modificaciones, el texto presentado por Argentina fue aprobado con el voto positivo de todas las delegaciones, menos la de Washington, que se abstuvo.³⁵ En las instrucciones de la delegación estadounidense, se establecía, como en anteriores conferencias, que no debía votarse ninguna resolución que condenara en concreto las posesiones europeas en América.³⁶

Había un documento especial titulado “Falkland Island” en el que se instruía a los delegados estadounidenses a evitar a toda costa referirse al conflicto entre Buenos Aires y Londres por la soberanía de las islas, considerado como un conflicto entre dos partes, sobre el que la organización panamericana no tenía nada que decir. Una vez más, el Departamento de Estado debía hacer un delicado equilibrio para mantener su alianza estratégica con Gran Bretaña y a la vez no malquistarse con Argentina. Desde la embajada estadounidense en Buenos Aires se preguntaba al Departamento de Estado si no sería conveniente apoyar alguna declaración general que dijera que “el colonialismo debería terminar lo antes posible”, lo cual “psicológicamente pagaría

34 Discurso pronunciado por el canciller Remorino, en la Tercera Sesión Plenaria, 5 de marzo de 1954 (AMREC, X Conferencia Panamericana).

35 Cfr. Department of State, Tenth Inter-American Conference. *Report of the Delegation of the United States of America with Related Documents* (Washington: Department of State Publication, 1955), 11.

36 Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Judicial-Political Matters (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).

dividendos para Estados Unidos en el hemisferio Occidental”, con lo cual hubiera abierto la posibilidad, seguramente, de que Argentina votara a favor de la resolución anticomunista de Dulles.³⁷

Problemas económicos

Las divergencias económicas volvieron a plantearse en esta conferencia. Chile, Uruguay, Colombia, Guatemala, Brasil y Argentina criticaron la política económica y financiera de Estados Unidos hacia América Latina. Uruguay planteó la necesidad de establecer un “panamericanismo económico”, a partir de la implementación de una “región económica única” en América, propuesta descartada por Washington. Venezuela y México, por su parte, reclamaron la eliminación a las restricciones a la importación de materias primas y el fin de las prácticas discriminatorias para los productos que exportaban los países del Sur. Chile presentó un proyecto sobre materiales estratégicos, que también suscitó la oposición del Departamento de Estado. Guatemala presentó dos iniciativas, contra el boicót económico y los monopolios, que fueron rechazadas de plano. Perú, que en otra circunstancia hubiera apoyado estas dos últimas propuestas (la política económica, en su primera presidencia, había tenido una clara orientación nacionalista), ahora buscaba atraer inversiones extranjeras –y en particular estadounidenses–, con lo cual no podía secundar al país centroamericano en su política confrontativa.

Dulles, en su intervención, volvió a reivindicar que la ayuda de Estados Unidos sería a través de sus capitales privados, que debían tener mejores condiciones para radicarse en América Latina, iniciativa que era responsabilidad de los países receptores de los mismos. Una vez más, no hubo anuncios concretos de ayuda económica y financiera, y sí, en cambio, una insistencia en que se facilitasen las inversiones estadounidenses en los países del continente, para lo cual debían otorgárseles mejores condiciones.

Para Remorino, en cambio, los problemas económicos eran otros: bajos precios de los bienes primarios, controles monopolistas, aislacionismo, barreras aduaneras, medidas sanitarias artificiosas, *dumping*, subvenciones y demás cuestiones que afectaban específicamente a las exportaciones argentinas y latinoamericanas. En su intervención, destacó que éstas eran las causas del atraso y la pobreza del subcontinente. La cooperación internacional y la ayuda al desarrollo económico de los países del sur era la clave para evitar el avance de ideologías foráneas. Argentina volvía a insistir sobre uno de los tópicos en los que más interés y atención había prestado en las últimas conferencias panamericanas.

De todas formas, la intervención argentina, que planteó los viejos reclamos en materia comercial y financiera, se cuidó de no chocar directamente con Washington, fundamentalmente en cuanto a las inversiones extranjeras, teniendo en cuenta la política económica que estaba desplegando el gobierno de Perón desde hacía algunos meses, en particular tras la sanción de la Ley de Inversiones Extranjeras. Una vez más, se ven claramente los límites que planteaba argentina en la “confrontación” con Washington. Más que de abierta denuncia, la posición era de “regatear para acordar”, en el marco de la política de acercamiento bilateral más general que auspiciaba Perón desde hacía un año.

37 Este análisis es realizado por Ernest V. Siracusa, primer secretario de la embajada estadounidense en Buenos Aires, en carta confidencial enviada al Departamento de Estado el 14 de abril de 1954 (NARA, DS, X Inter-American Conference). En esta carta, también se menciona el disgusto generado por la abstención argentina –más allá de que fuera un voto anunciado– y se insiste en la tesis de que Perón no estuvo de acuerdo con esa votación, cuya responsabilidad se atribuye al canciller Remorino.

Otro punto de discusión era acerca del capítulo II, tema 6 del programa: si se realizaría o no la postergada conferencia económica continental y si se mantendría la sede original, Buenos Aires. La Casa Blanca se oponía a que se concretara la Conferencia Económica Extraordinaria, que se venía aplazando desde 1948, cuando Washington había logrado que no se reuniera –para evitar reclamos económicos de los países latinoamericanos–, pero en sus instrucciones se planteaba que no debía manifestarse abiertamente esa oposición, sino esperar que otro país lo hiciera, y luego apoyarlo. Si esto no era posible, planteaban las instrucciones a los delegados estadounidenses, entonces había que evitar realizar fuertes objeciones, para no generar susceptibilidades entre los países latinoamericanos.³⁸

Luego de una extensa discusión, la delegación argentina tuvo que ceder, en parte, y acordar realizar una reunión previa de ministros de economía, pero que no se llevaría a cabo en su país. La postergada reunión, reclamada por los países latinoamericanos, operaba para el Departamento de Estado como una válvula de escape de las presiones económicas latinoamericanas: siempre lograba que los temas fundamentales que reclamaban los países del Sur fueran pospuestos para futuras reuniones específicas para tratar esos asuntos.

De acuerdo a lo resuelto en Caracas, entonces, hubo una reunión de ministros de economía americanos en Petrópolis, cerca de Río de Janeiro, entre el 22 de noviembre y el 2 de diciembre de 1954. Más allá de que se aprobaron varias decenas de resoluciones, tampoco allí se avanzó demasiado en la relación económica entre Estados Unidos y América Latina. Ni se estableció un fondo interamericano para la estabilización y el desarrollo, ni se garantizó la estabilidad de los precios de las materias primas, como aspiraban los países latinoamericanos. El gobierno de Eisenhower desestimó ambas iniciativas, con los mismos argumentos que en las conferencias anteriores. Además, se resolvió allí que la postergada conferencia económica especial debía realizarse en Buenos Aires recién en 1956, aunque finalmente no se concretó hasta agosto de 1957. Mientras ganaba tiempo, Estados Unidos no revertía su política financiera hacia América Latina. En 1954, entre la X Conferencia Panamericana y la de ministros de economía de Petrópolis, el Eximbank no incrementó la ayuda: sólo prestó 25,2 millones de dólares, de los cuales 15 fueron para financiar las compras brasileras de trigo estadounidense.

Así sintetiza el ministro Antonio Cafiero los reclamos argentinos en las conferencias panamericanas en las que intervino el país, durante la década de gobierno peronista:

Los diplomáticos argentinos plantearon insistentemente cuáles eran los problemas económicos concretos que afrontaba América Latina y reclamaron soluciones: la apertura y ampliación del mercado norteamericano; el levantamiento de medidas proteccionistas; la necesidad de inversiones productivas en América Latina y de apoyo al cambio económico y social iniciado; la eliminación de la competencia salvaje de los productos agrarios y minerales norteamericanos en el mercado mundial y la importancia de defender la relación entre los precios de las materias primas y las manufacturas para evitar el continuo deterioro de los términos del intercambio. También sostuvieron la necesidad de organizar un amplio sistema de créditos a los países que lo requiriesen ayudándolos a desarrollar su economía sin perder independencia y

38 Cfr. Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Economic Matters (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).

autodeterminación. La idea de crear una institución bancaria interamericana, concretada en 1959, fue también una propuesta argentina en Bogotá (1948)³⁹.

La mayor parte de estos reclamos, como se explicó más arriba, no fueron contemplados.

Balance de la Conferencia de Caracas

La asunción de Eisenhower produjo un cambio en la relación de Estados Unidos con América Latina, que derivó en una política mucho más activa, para combatir los procesos nacionalistas y reformistas que se desarrollaban en el continente, con la excusa de pelear contra la “infiltración comunista”. La estrategia sería doble: por un lado, impulsar el mayor desembarco de los capitales estadounidenses en el continente, exigiendo a los países latinoamericanos más garantías y seguridades para ellos, y, por otro, atacar a los procesos más radicalizados e intentar “cooptar” a quienes dirigían algunos de ellos.⁴⁰

El blanco fue puesto en la Guatemala de Arbenz, que osó intentar una reforma agraria expropiando nada menos que a la United Fruit Company, interviniendo a la International Railway of Central America y amenazando con nacionalizar la Electric Light and Power Company, subsidiaria de la estadounidense American and Foreign Power Company. En diciembre de 1953, a la vez que preparaba la operación militar en el país centroamericano, Estados Unidos pidió que se convocara a una conferencia panamericana, en la que el principal objetivo fue lograr una resolución que legitimara su intervención en Guatemala.

Una vez más, la estrategia estadounidense fue lograr que se aprobara su declaración, aún cuando para esto debió incorporar diversas enmiendas, que llevaron a adoptar otra declaración especial, la “Declaración de Caracas”, para dar lugar a parte de los reclamos latinoamericanos. Aún así, y a pesar de las gestiones previas, la declaración impulsada por Dulles se aprobó con el voto contrario de Guatemala, y con las significativas abstenciones de México y Argentina.

El gobierno de Perón atravesaba una compleja situación económica hacia 1952, y desde 1953 impulsaba un mayor entendimiento con Washington, que se manifestó de múltiples formas, en particular durante la visita de Milton Eisenhower y con la aprobación de la Ley de Inversiones Extranjeras. Aún planteando diferencias con Estados Unidos —no se votó la resolución anticomunista, entre otras cosas por la negativa estadounidense a apoyar la resolución argentina sobre las colonias en América—, Argentina no tuvo en la conferencia un perfil demasiado alto. Incluso el canciller Remorino se retiró, al igual que Dulles, mucho antes de que terminara la misma, dejando a Muñoz a cargo de la delegación nacional. Tanto para Argentina como para otras naciones latinoamericanas, las expectativas de ayuda económica y financiera por parte de Estados Unidos significaron nuevamente un obstáculo para desplegar posiciones más autonómicas frente a la potencia del norte. Salvo Guatemala, ningún gobierno estaba muy dispuesto a enfrentar abiertamente a la Casa Blanca.

Sin embargo, las esperanzas de apoyo económico se verían, una vez más, frustradas. Luego de aprobada la resolución anticomunista, Estados Unidos puso las trabas habituales a los proyectos

39 Antonio Cafiero, *La política exterior peronista, 1946-1955: El mito aislacionista* (Buenos Aires: Corregidor, 1996), 53-4.

40 Ejemplo de este segundo caso es Bolivia, a quien Estados Unidos empezó a comprarle estaño a precios más elevados que los del mercado mundial y a apoyarla financieramente, para evitar una mayor profundización de la revolución que se había iniciado en 1952, al mando de Víctor Paz Estenssoro.

que respondían a las expectativas latinoamericanas. Los delegados del gobierno de Perón, por su parte, habían actuado con cierta moderación, contrastando con su tradicional intransigencia. Aún poniendo límites a las exigencias de la Casa Blanca y planteando reclamos propios –como la soberanía sobre las Islas Malvinas– el gobierno de Perón no quiso poner en riesgo el acercamiento bilateral que venía afianzándose desde 1953.

De todas formas, los límites del acercamiento o *rapprochement* argentino-estadounidense quedaron patentes en Caracas:

El apretón de manos y las felicitaciones de Remorino al representante guatemalteco luego de su discurso constituían un signo que, sumado a otros hechos del relacionamiento internacional de la Argentina (como el envío de una misión técnica ministerial a la URSS para examinar maquinaria agrícola y equipos petrolíferos y carboníferos en función del intercambio bilateral, o la visita a Buenos Aires de una delegación comercial de la República Popular China), preocupaba a los diplomáticos norteamericanos.⁴¹

La relativa autonomía que desplegaba el peronismo, en cuanto a su alineamiento externo, era permanente fuente de preocupación para el Departamento de Estado.

La diplomacia estadounidense no vio con buenos ojos la negativa argentina a votar la resolución anticomunista, a pesar de que fueron incorporadas las enmiendas propuestas por la delegación enviada por Perón. Así lo interpretaba el embajador Nufer unas semanas después de finalizada la reunión: “Se debe reconocer que su performance [la de Perón] en términos de acción específica podría haber tenido más sustancia. Fallando en votar la resolución anticomunista en Caracas perdió la mejor oportunidad que podría haber tenido para ayudar a convencer al público de los Estados Unidos de la sinceridad de su apoyo a nuestro programa de resistencia al comunismo internacional”.⁴² Los sectores estadounidenses críticos de la política llevada adelante por el Departamento de Estado hacia Perón, planteaban que la Casa Blanca apenas había conseguido una diluida declaración, que ni siquiera había sido aprobada unánimemente en Caracas. Dulles, sin embargo, entendía que, para combatir contra los regímenes más “peligrosos”, como el guatemalteco, había que profundizar el acercamiento con el régimen peronista, siguiendo el camino que se había retomado en 1953. El embajador Nufer, en el telegrama recién citado, explicaba que no estaba garantizado el entendimiento cordial con Perón, y que para ello se requería impulsar la moderación de las críticas al peronismo en Estados Unidos, favorecer el contacto entre sindicalistas de los dos países, invitar a funcionarios argentinos a visitar el país del Norte, tratar de contrarrestar los daños que ocasionaba a Argentina la colocación de excedentes agrícolas estadounidenses –como el trigo en Brasil– e impulsar una mayor participación militar del país del Sur en los planes de defensa continentales.

En los meses siguientes, una serie de procesos marcarían una nueva etapa en la relación entre Estados Unidos y América Latina: la destitución de Arbenz y el “suicidio político” de Vargas, entre otros, prefigurarían un nuevo panorama continental. Estados Unidos, a través de la visita de Holland, nuevo Subsecretario de Estado para Asuntos Americanos, procuró profundizar el acercamiento con la Casa Rosada. Se estaba en la víspera de la negociación entre Perón y la Standard Oil Company, pero también en el inicio de la crisis política que derivaría en un debilitamiento

41 M. Rapoport y C. Spiguel, *Relaciones tumultuosas*, 404.

42 Embajador Nufer al Departamento de Estado, Buenos Aires, 19 de mayo de 1954 (NARA-DS).

del gobierno y en el posterior golpe de Estado militar, en septiembre de 1955. Se inició, tras el golpe que derrocó a Perón, una nueva etapa en la relación bilateral. Hacia el final de la década, en el sistema interamericano, las tensiones se irían recalentando, en particular a partir del triunfo de la Revolución Cubana, que sin dudas marcó un antes y un después en la organización continental.

Lo acordado en la Conferencia de Caracas de 1954, en cuanto a la resolución anticomunista, sin dudas fue un antecedente de la expulsión en 1962 de Cuba de la OEA. Por ese motivo, es muy importante entender cómo la Guerra Fría empieza a cobrar una importancia determinante en el sistema interamericano a principios de la década de 1950. Los movimientos del Departamento de Estado para morigerar la confrontación con Perón en Caracas resultaron exitosos para aislar y debilitar a otros procesos más radicales, como el que se sucedía en Guatemala. Y también generó condiciones externas e internas para, finalmente, debilitar también los procesos liderados por Vargas y Perón. El “fantasma del comunismo” en América Latina irrumpió en la OEA en 1954. Y a partir de ese entonces, la organización continental entró en una nueva etapa.

Bibliografía citada

- Cafiero, Antonio. *La política exterior peronista, 1946-1955: El mito aislacionista*. Buenos Aires: Corregidor, 1996.
- Conil Paz, Alberto y Gustavo Ferrari. *Política exterior argentina: 1930-1962*. Buenos Aires: Hemel, 1964.
- Dotación Carnegie para la Paz Internacional. *Conferencias Internacionales Americanas: Segundo suplemento 1945-1954*. Washington: Dotación Carnegie para la Paz Internacional, Publicación de la Unión Panamericana, 1956.
- Gil, Federico G. *Latin American-United States Relations*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1971.
- González, Norma Delia. *US-Argentina relations in the 1950s*. Boston: University of Massachusetts, 1992.
- Lanús, Juan A. *De Chapultepec al Beagle: política exterior argentina, 1945-1980*. Buenos Aires: Emecé, 2000.
- Martínez, Ricardo A. *De Bolívar a Dulles: el panamericanismo, doctrina y práctica imperialista*. México: Editorial América Nueva, 1959.
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *Argentina, Brasil y Estados Unidos: de la Triple Alianza al Mercosur*. Buenos Aires: Norma, 2004.
- Morgenfeld, Leandro. *Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955)*, Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2009, Inédita.
- Peterson, Harold F. *La Argentina y los Estados Unidos*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.
- Quijada, Mónica. “El proyecto peronista de creación de un Zollverein sudamericano, 1946-1955”. En *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad* 6 (1994).
- Ramírez Novoa, Ezequiel. *La farsa del panamericanismo y la unidad indoamericana*. Buenos Aires: Editorial Indoamérica, 1955.
- Rapoport, Mario y Claudio Spiguel. *Relaciones tumultuosas. Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- Scenna, Miguel Ángel. *¿Cómo fueron las relaciones argentino-norteamericanas?* Buenos Aires: Plus Ultra, 1970.
- Tulchin, Joseph A. *La Argentina y los Estados Unidos: Historia de una desconfianza*. Buenos Aires: Planeta, 1990.

Fuentes citadas

- “Explicación de voto de la Delegación argentina presentada en la Décima Sesión de la Comisión I”, celebrada el 15 de marzo de 1954, capítulo I, tema 5 del programa (National Archive and Records Administrations, Department of State –NARA, DS-, X Inter-American Conference, 1954).
- Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Judicial-Political Matters (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).

- Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Economic Matters (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).
- Department of State, Tenth Inter-American Conference. Report of the Delegation of the United States of America with Related Documents (Washington: Department of State Publication, 1955).
- Department of State, United States Delegation to the Tenth Inter-American Conference. Position Book. Chapter I: Judicial-Political Matters, "Guatemala and the discussion of Communism" (NARA, DS, X Inter-American Conference, 1954).
- Discurso pronunciado por el canciller Remorino, en la Tercera Sesión Plenaria, 5 de marzo de 1954 (AMREC, X Conferencia Panamericana).
- Dulles a la embajada estadounidense en Buenos Aires, 03/03/1953, Foreign Relations of the United States-FRUS-, 1952-54, vol. IV.
- Edward V. Sandifer, Consejero de la Embajada para Asuntos Políticos, al Departamento de Estado, 15 de agosto de 1945 (NARA, DS, X Inter-American Conference).
- Embajador Nufer al Departamento de Estado, Buenos Aires, 19 de mayo de 1954 (NARA-DS).
- Entrevista citada en informe de Nufer el Departamento de Estado, 05/02/1953, Foreign Relations of the United States, 1952-54, vol. IV.
- Ernest V. Siracusa, primer secretario de la embajada estadounidense en Buenos Aires, carta confidencial enviada al Departamento de Estado el 14 de abril de 1954 (NARA, DS, X Inter-American Conference).
- Foreign Relations of the United States, 1952-54, vol. IV.
- Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, "Organismos y reuniones internacionales: X Conferencia Interamericana", Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, N. 3, abril-junio (Buenos Aires: MREC, 1954).
- Organización de los Estados Americanos. Acta de la Sesión Extraordinaria celebrada el 2 de julio de 1954, Serie del Consejo (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto -AMREC-, X Conferencia Panamericana, 1954).
- United Press*, 17/03/1954.

Recibido 09/04/2010 - Aceptado 19/07/2010

Morir o vivir “oriental”

Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y el problema de la integración latinoamericana y revolucionaria de Uruguay

Ximena Espeche¹

Resumen

Este trabajo se ocupa de una breve polémica que tuvo como protagonistas a los uruguayos Carlos Quijano y Alberto Methol Ferré a fines de los años sesenta. Pueden advertirse en ella cuestiones que para ambos autores eran fundamentales. Sobre todo, y en lo que a este trabajo concierne, el interés por revisar el “lugar” de Uruguay en América Latina a la luz de un período considerado “crítico” para el país, y cómo era posible y necesaria su “integración” al subcontinente. En relación con esto, me interesa reflexionar sobre la forma en que ambos pusieron en escena la noción de “oriental”. El uso que hicieron de esa noción puede ser entendido a la luz de una específica tradición selectiva, que identificaba dicha palabra con particulares caracterizaciones sobre el origen y representaciones de uno de los partidos políticos tradicionales uruguayos: el Blanco. Asimismo, estudio aquí el modo en que ambos –y en el marco de dicha polémica– discutieron en torno de la posibilidad o no de una integración “revolucionaria”. La discusión pareció delimitarse –compleja, sinuosa, ambigua– entre qué entendía cada uno por morir y vivir “oriental”.

Palabras clave: intelectuales, revolución, integración latinoamericana, Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré

Abstract

The paper reviews a brief debate between the journalist Carlos Quijano and the historian Alberto Methol Ferré in the late nineteen sixties in Uruguay. The purpose of this debate was to understand the “place” of Uruguay in Latin America. In a critical moment of Uruguayan history, both authors favored the integration to the subcontinent and resorted to the word “oriental” to justify and explain their positions. The use of this word can be read under the light of a specific and selective use of the tradition related to one of the main Uruguayan political parties: the Blanco party. I also study the ways in which the idea of a “revolutionary” integration emerged through this debate. The terms of the debate seemed to focus on the meanings that Quijano and Methol gave to the idea of dying and living “oriental”.

Key words: intellectuals, revolution, Latin American integration, Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré

1 Licenciada en Letras de la Universidad de Buenos Aires; becaria del CONICET; doctoranda en la Universidad Nacional General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Introducción

A mediados de los años cincuenta, ciertos intelectuales diagnosticaron que Uruguay vivía una “crisis” política, económica y de “valores”.² A partir de ello, definieron un pasado al que había que revisar y un presente en el que se encontraban especificidades tales que imposibilitaban las repeticiones. Esto es, por un lado, que Luis Batlle Berres (presidente entre 1947-1951 e integrante del colegiado que gobernó entre 1955-1959) y su gobierno no podían reproducir los logros de quien fuera su tío, José Batlle y Ordóñez de cuya obra se presentaba como continuador (y quien fuera líder de una fracción del Partido Colorado y presidente durante dos períodos del país en las primeras décadas del siglo XX).³ Por otro lado, que esos logros, que podían ser resumidos en la consideración de que Uruguay era un país institucionalmente estable, socialmente calmo, económicamente confiable, de avanzada en el subcontinente, no podían sostenerse en los años cincuenta porque estaban asentados en una estructura que demostraba ser “falaz”: el propio batllismo. Ante esa situación, ciertos intelectuales abrieron una pregunta sobre el desarrollo de Uruguay como Estado-nación. Posaron su mirada sobre el origen del país, en particular, sobre lo que el batllismo había considerado como tal y sobre como había fundado en él una particular identidad: el Uruguay “isla” en América Latina.

Este trabajo se ocupa de las posiciones de dos de esos intelectuales, Carlos Quijano y Alberto Methol Ferré, y del debate que protagonizaron respecto de la posibilidad de una integración latinoamericana que tuviera como eje una primera integración regional entre Uruguay, Argentina y Brasil. La breve polémica entre ambos autores permite dos cosas: por un lado, revisar el modo en que ambos concebían lo “oriental” en función de una serie de caracterizaciones que parecían ligarse a una tradición selectiva. Esto es, una versión del pasado que se pretende conectar con el presente y ratificar, y que ofrece en la práctica misma un “sentido de *predispuesta continuidad*”.⁴ Esa vinculación presente-pasado parecía estar afinada en una caracterización particular de lo que significaba “oriental” a la luz de una relación más estrecha con las representaciones de uno de los partidos tradicionales, el Blanco. Por otro lado, indagar qué relaciones establecieron entre la integración latinoamericana propugnada y la revolución, algo que había adquirido un peso específico para diversos intelectuales y militantes del período.

2 Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama, dos importantes críticos literarios, afirmaron que a mediados de los años cincuenta se había producido una crisis de tal envergadura que confirmaba la existencia de una específica generación “preparada para el análisis” (Rama) o creadora de una *conciencia* (Rodríguez Monegal). Emir Rodríguez Monegal, *Literatura uruguaya* y Ángel Rama, *La generación crítica* (Montevideo: Arca, 1972). Otros ejemplos sobre las consideraciones de la crisis (e incluso definiendo tipos distintos de “crisis”) pueden observarse en artículos publicados por la revista *Tribuna Universitaria* (entre 1956 y 1963): se reflexiona sobre la crisis de “valores” de Occidente hasta el problema del bipartidismo uruguayo y las funciones del Estado; los artículos de los críticos literarios Carlos Real de Azúa (sobre los “valores”, la “cultura” y hasta de un particular *ethos* “falaz” que cabría revisar) y Emir Rodríguez Monegal (sobre la crisis editorial y el fin del Estado “paternalista”). En Carlos Real de Azúa, “¿A dónde va la cultura uruguaya?”, en *Marcha* 885 y 886 (25 de octubre y 1 de noviembre de 1957), 22 y 23; 21 y 23 y Emir Rodríguez Monegal “Veinte años de literatura nacional”, en *Marcha* 966 (3 de julio de 1959), 31B. O, también, el informe presentado en 1965 por la Comisión de Investigación y Desarrollo Económico. Ver, entre otros: Stephen Gregory, *The collapse of dialogue: Intellectuals and politics in the Uruguayan crisis, 1960-1973*, Tesis de doctorado, University of New South Wales, Australia, 1998, caps. 1 y 2; y José Rilla, *La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)* (Montevideo: Sudamericana, 2008), caps. 9 y 10.

3 Luis Batlle Berres reconfiguró la imagen de “país modelo”, propia del batllismo, en la de un “país de excepción”. Ver: J. Rilla, *La actualidad del pasado*, 253 y 309.

4 Raymond Williams, *Marxismo y Literatura* (Barcelona: Península, 1980), 138.

Fundamentos de una escueta polémica

En 1968, y desde las páginas del semanario *Marcha*, el abogado y periodista Carlos Quijano (1900-1984), fundador y director del semanario, y el ensayista e historiador Alberto Methol Ferré (1929) protagonizaron una escueta polémica.⁵ Quijano contestó a las críticas que Methol le hizo en el libro titulado *El Uruguay como problema en la Cuenca del Plata entre Argentina y Brasil* mediante un editorial titulado "Morir oriental". Methol, a su vez, respondió a la semana siguiente en una "Carta de lector" que se tituló, en cambio, "Vivir oriental".

¿Por qué no morir o vivir "uruguayo"? Es posible rastrear la oposición entre "oriental" y "Uruguay", y "orientales"-"uruguayos" desde mucho tiempo antes. Los estudios recientes sobre el tema demuestran que lo sinuoso del trayecto de ambos términos se explica claramente por las disputas definidas por su uso.⁶ Menos como estabilizador de identidades preexistentes que muestrario concreto de luchas por el sentido y legitimidad de un nombre (y de determinadas prácticas) para la nación y para sus ciudadanos; para proyectos de país, para la vinculación del país con el resto del continente; para la evaluación del peso de su capital, etc. Un ejemplo concreto es que, a mediados del siglo XIX, los términos se vincularon con la conformación de las identidades de los dos partidos tradicionales: el Blanco y el Colorado. Buena parte de la sociedad pareció identificarse con un relato en el que el partido Blanco quedaba caracterizado como "oriental" y esto evocaba el ámbito rural, americanista y "autóctono" y el Colorado era, por el contrario, la marca de lo urbano, cosmopolita y europeizante, uruguayo.⁷ La ligazón de esa perspectiva puede encontrarse en la particular representación del anudamiento entre la historia nacional y la historia de los partidos políticos, más allá de que en lo uruguayo se hubiese incluido lo oriental.⁸ En este caso, permite reflexionar sobre cómo la caracterización de lo "oriental" ha otorgado una particular fuerza a ciertas maneras con las que, por ejemplo, Quijano y Methol reflexionaron sobre la integración latinoamericana y el lugar de Uruguay en ella.

5 Los textos de la polémica aparecen en Alberto Methol Ferré, *El Uruguay como problema en la cuenca del Plata entre Argentina y Brasil* (Montevideo: Diálogo, 1967) y "Vivir oriental" *Marcha* 1392 (23 de febrero de 1968) 2; Carlos Quijano, "Morir oriental", *Marcha* 1390 (9 de febrero de 1968), 2. *Marcha* funcionó como tribuna y escuela intelectual. Tuvo incidencia nacional y, especialmente durante los sesenta y setenta, latinoamericana. De prédica antiimperialista, latinoamericanista y, desde fines de los años cincuenta, cada vez más ubicada a la izquierda del campo ideológico político, funcionó como centro articulador del campo intelectual uruguayo de la segunda mitad del siglo XX. Fue censurado y cerrado por la dictadura militar en 1974. Ver Pablo Rocca, "35 años en *Marcha*", en *Nuevo texto crítico* (California: Stanford University, 1993).

6 Isabella Cosse y Vania Markarian, *Año de la orientalidad: Identidad, memoria e historia en una dictadura* (Montevideo: Trilce, 1996); Carlos Demasi, "De orientales a uruguayos (reparo a las transiciones de una identidad)" en *Revista Encuentros uruguayos* 6 (1999); Ana Frega, "Uruguayos y orientales: itinerarios de una síntesis compleja", en José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (comp.), *Crear la nación: Los nombres de los países de América Latina* (Buenos Aires, Sudamericana, 2008).

7 I. Cosse y V. Markarian, *Año de la Orientalidad*, 24-5. También investigan cómo en la última dictadura militar, la "orientalidad" pareció resumir "un inventario cerrado de rasgos" que impugnaban cualquier identidad que fuera considerada por fuera de una supuesta esencia que insistía con dividir lo *verdaderamente* uruguayo de lo que no lo era (21).

8 A. Frega, *Uruguayos y orientales*, 104. Carlos Demasi revisa ese relato que empalmó la historia de los partidos con la historia nacional donde, afirma, los partidos adquirieron un "lugar curioso", como "categorías inmutables que configuran todas las etapas del pasado". C. Demasi, "Los partidos más antiguos del mundo", *Revista Encuentros uruguayos* 1:1 (octubre 2008), 67.

Ensayo de un problema

El texto de Methol Ferré que originó la polémica fue publicado en 1967 tras ser presentado, ese mismo año, en una convocatoria organizada por el Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas. La convocatoria tenía por centro una pregunta: “¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?”, y el único ensayo presentado fue el de Methol Ferré.⁹ Como un ensayo de interpretación del ser nacional *El Uruguay* definió una *revisión* del pasado para dar cuenta de ese ser. Para ello, explicó ciertas características del uruguayo y de Uruguay, de su pasado y de su presente, atendiendo a presupuestos psicoanalíticos, políticos, históricos y económicos.¹⁰ La tesis principal del texto era que Uruguay no podía ser independiente sin pensar su integración en América Latina y, más precisamente, engarzar su destino al de Argentina y Brasil, incluso ir más allá de sus propias fronteras para formar una nueva entidad geopolítica.¹¹ Aquí Methol hacía hincapié en el origen del país, que, en tanto “cuña” del Imperio Británico, “El Uruguay no es hijo de la frontera sino del mar, y el mar es inglés”. Al mismo tiempo, sostenía que el Uruguay era la llave para esa integración, el *nexo* que permitiría a posteriori una avanzada integracionista mayor. De este modo, si Uruguay era considerado como un Estado tapón (de acuerdo con su origen), su función antiimperialista –latinoamericana– era entonces esa otra, la de nexo:

¿Qué significa entonces el Uruguay como Estado Tapón? ¿Qué tapona y para qué? ¿Al variar los contextos históricos varía su significado? ¿Acaso ha dejado de ser Estado Tapón? ¿Acaso sus funciones son otras? ¿Qué es entonces para nosotros “política internacional”? ¿Hasta qué punto nuestra política nacional, interna, se hace también política internacional? O viceversa. Es en este sentido que entendemos la pregunta primordial sobre el Uruguay en Latinoamérica y en el mundo. Es, además, la pregunta que condiciona todas las preguntas.¹²

El ensayo volvía sobre tópicos que Methol Ferré ya había enunciado en otros trabajos y emprendimientos. Por ejemplo, la fundación de la revista *Nexo* (1955-1957) junto a Washington Reyes Abadie y Roberto Ares Pons, que aspiraba –según el primer editorial– a unificar como órgano de expresión una corriente de opinión “que no adopta la forma del partido ni de la secta” (p. 4), la cual se proponía la conformación de una “Federación Hispanoamericana” (p. 4); o, más adelante, el artículo que presentara en la revista *Tribuna Universitaria* en 1958 (y su reedición porteña en 1959 y 1960) donde explicaba el alcance y necesidad del ruralismo como un movimiento que trascendería el cisma de los dos partidos tradicionales (Blanco y Colorado) y cicatrizaría el abismo entre campo y ciudad. Para Methol, el ruralismo era el movimiento que

9 La metáfora de nexo funcionaba en varios niveles. La dedicatoria de la primera edición iba a Arturo Jauretche y a Paulo Shilling. El libro se autodefinía como “nexo” entre esos dos intelectuales que no se conocían, uno argentino y otro brasileño.

10 Quedará para otra oportunidad establecer las vinculaciones de este ensayo con otros que tomaban aspectos similares como los de Servando Cuadro y Roberto Ares Pons. Rilla también describe la forma en que *El Uruguay como problema* explicita la función de “nexo” entre ambos países y recupera al mismo tiempo el nombre de la revista que fundara Methol Ferré.

11 S. Gregory, *The collapse of dialogue*, 175.

12 A. Methol Ferré, *El Uruguay como problema*, 10-1.

podía incentivar esa integración regional que Uruguay necesitaba para sobrevivir.¹³ En cualquier caso, lo que operaba en esos textos y panfletos era una revisión de la historia de Uruguay, de su conformación como "Estado tapón", de su estrecha relación con Argentina y Brasil y también del modo en que ese origen debía ser revisado. Ello, teniendo en cuenta la tesis de la "balcanización" sufrida por los países que conformaron América Latina luego de las guerras de la independencia (atendiendo entonces a una específica tradición, la del federalismo artiguista). En este último punto, tanto en el artículo de *Tribuna universitaria* como en *El Uruguay* definía la importancia de la producción historiográfica y de la actividad política de Luis Alberto de Herrera –líder de la tendencia mayoritaria del Partido Nacional hasta su muerte en 1959– para pensar esos temas, más allá de que supusiera a la vez que su mirada trascendía la de ese dirigente¹⁴. Éste había pensado al Uruguay en el marco internacional entendiendo la importancia de la región para su desarrollo, pero no había considerado la posibilidad de una entidad geopolítica mayor.¹⁵

Otro de los tópicos que ya se habían vuelto comunes en la producción de Methol era la idea de una "crisis estructural" –iniciada a mediados de los años cincuenta– que no podía solucionarse apelando al modelo batllista, ligado a la funcionalidad del Uruguay en el marco económico inglés. En otras palabras, recurriendo a los avances que en política económica y social hicieran de José Batlle y Ordoñez un referente para pensar al Uruguay como "modelo". La crítica al batllismo era, también, una crítica a quien había gobernado el país asumiéndose como legatario de esa tradición: Luis Batlle Berres. Había sido Batlle Berres quien, en 1948, afirmara en el editorial del número 1 del diario *Acción* que Uruguay era un país de excepción.¹⁶ Methol, al mismo tiempo, ponía la excepcionalidad criticada en otro plano. El Uruguay como nexos resignificaba la creencia en el país "de excepción" porque, finalmente, Uruguay sería *el* articulador de la integración subcontinental.

En 1967, uno de los fundamentos que sostenía la argumentación de Methol –como en 1958– era el análisis de las posibilidades de industrialización de Uruguay, a partir de lo que planteaba que éstas sólo tendrían sentido si se hacían en el marco de una integración junto con Argentina y Brasil. Si el mercado interno de Uruguay era precario, necesitaba extenderlo a la Cuenca del Plata: "Nuestra industrialización está esencialmente ligada a la de la Cuenca, a la argentina y a la brasileña. Todo otro planteo es ilusión y mistificación. Es pedir 'Liberación' aferrándose a las condiciones de la dependencia".¹⁷

13 Domingo Bordaberry y Benito Nardone fundaron la Liga Federal de Acción Ruralista en 1951. Este último asumió su liderazgo poco después ante la muerte del primero. La Liga se presentó como una organización que correspondía a los intereses de pequeños y medianos productores. La prédica de Liga Federal se centraba contra comunistas, sindicalistas y burócratas y contra el conglomerado de grandes bancos y agentes financieros; los acusaban de dilapidar el trabajo de sus "confederados". Ganó espacio suficiente para convertirse en una fuerza que, en 1958, llevaría al partido Blanco al gobierno por primera vez en el siglo XX. Raúl Jacob, *Benito Nardone: El ruralismo hacia el poder (1945-1958)* (Montevideo: EBO, 1981).

14 Para Rilla, es posible pensar la historia de la que hacía uso el partido Blanco como "revisionista", puesto que debía disputar la "historia oficial" al partido Colorado. Aquí utilizo como sinónimos Blanco y Nacional aunque no necesariamente significan lo mismo. Por razones de espacio, me remito a J. Rilla, *La actualidad del pasado*, 267-88.

15 J. Rilla, *La actualidad del pasado*, 335.

16 *Acción* 1, Montevideo, 1948. Citado por Nahum et al., *Crisis política y recuperación económica, 1930-1958* (Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1998) 77-8.

17 A. Methol Ferré, *El Uruguay como problema*, 84.

Podría explicarse que la insistencia de Methol sobre la industrialización, la integración y el imperialismo se definía en un corpus de temas que se repetían a lo largo del tiempo y que, condicionados por coyunturas particulares, asumían nuevos (a veces repetidos y viejos) enfoques. En la insistencia sobre el origen –la vinculación con Argentina y Brasil– y el lugar que había tenido la capital del país en su posterior desarrollo (nutriendo el mito de la excepcionalidad); la importancia de Luis Alberto de Herrera para revisar la historia uruguaya y para encontrar sus vínculos estrechos con la historia de la región; y el análisis sobre el peso de los dos partidos tradicionales en el armado del país, Methol parecía poner de relieve una oposición entre dos términos (en el sentido de dos lógicas en las que implicar el “lugar” y el destino de Uruguay): “oriental” y “Uruguay”.

Opciones y posiciones

Es decir, siguiendo esa línea asociativa, para Methol lo “uruguayo” parecía definirse por una serie de coordenadas que ligaban el batllismo (vinculado a “lo colorado”), la ciudad, el cosmopolitismo, el panamericanismo (la hegemonía norteamericana en la región). Frente a ello, lo “oriental” se definía por una simetría opuesta: campaña, América Latina, vinculación con “lo blanco”. De este modo, lo que estaba en crisis entonces no sólo era la *excepcionalidad* uruguaya, lo que “se presumía bien adquirido para siempre” (p. 8), sino también la preeminencia de lo “uruguayo” por sobre lo “oriental”. E incluso más, definía en lo “oriental” una nueva opción que debía trascender otras dos: la que había hecho de Uruguay una Provincia Cisplatina (dependiente del Brasil) y la que lo había engarzado al destino de Argentina (en dos vertientes bien distintas: la artiguista de los pueblos confederados y la unitaria y colorada de la anexión).¹⁸

Cuando se detuvo en una larga crítica respecto de los posicionamientos de Carlos Quijano hizo hincapié en esa oposición (aunque no explicitara sus términos):

El Uruguay actual se siente obturado, cavila por la persistencia de su posibilidad. La historia latinoamericana, concorde a los tumbos, se interioriza, deja las vías paralelas de la extraversion. Un nuevo Imperio vigila los movimientos – y nuevos acontecimientos cambian las condiciones generales. Así, recientemente Carlos Quijano volvía a preguntarse inquieto por la viabilidad del Uruguay. Era una respuesta que venía postergando desde 1952, desde un artículo titulado “El cuarto de los juguetes”, si la retentiva no me es infiel. (Allí están a la vista, signo de los nuevos caminos históricos, ALALC, el Mercado Común, CEPAL, CELAM, las guerrillas, la FIP, la revolución de liberación nacional latinoamericana tanteando en ciernes, la industria pesada, etc.) ¿Qué hacer? ¿Qué políticas de recambio? Quijano termina como Floro Costa, agobiado por el Nirvana, aunque a veces le ponga el nombre consolador de Revolución. Tan visceralmente arraigado está en el Uruguay que acaba, que el uso de la Revolución como mito, le permite desde esa altura abstracta encubrir su crítica, hecha verdaderamente desde el mismo Uruguay solitario que afirma no puede continuar, de todo aquello que se mueva en el sentido de romper el status vigente. Quijano expresa hoy, como nadie, ese Nirvana que amenaza al Uruguay, tardía resurrección de Ángel Floro Costa al revés. El uno

18 La vuelta a la “unidad” con Argentina muestra cómo los términos “oriental” o “uruguayo” –posibles de ser vinculados con las lógicas “blanca” o “colorada”– se desmarcan de esa primigenia filiación: no son esencias sino conceptos, postulados que contribuyen a fundamentar “qué hacer” con el país.

sufría por la Banda Oriental, y su espejo invertido el Uruguay. El otro padece la contradicción, por el Uruguay a secas.¹⁹

Methol explicaba en qué medida los postulados de Quijano sobre la necesidad de integración latinoamericana y el lugar de Uruguay en ella eran ideales y, aún más, se fundamentaban en una lógica que, paradójicamente, el propio Quijano parecía definir negativamente: el "en solitario". De hecho, Quijano había insistido sobre los peligros del Uruguay "insular" y era un tema que, en el momento de la polémica, estaba presente. Con una referencia a las elecciones que se llevaban a cabo en Uruguay en 1966, Quijano decía en "La verdadera integración" que éstas se cumplían en un Uruguay "distinto, en un Uruguay que, aún cuando todavía no haya adquirido conciencia de ello, no puede seguir su marcha por los carriles de antaño. Los del Uruguay solo. Los del Uruguay insular. El Uruguay que está muerto".²⁰ Para Methol, esto no se condecía con las *reales* implicancias de los postulados de Quijano, y así analizaba las palabras del editorial de *Marcha* titulado "Serás lo que debas ser" (del 16 de diciembre de 1966), en el que éste último explicaba los derroteros de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.²¹ Allí Quijano afirmó, entre muchas otras cosas que: "El Uruguay no tiene posibilidades de un desarrollo autónomo y cuanto hemos intentado ... y cuanto intentemos, tiene el signo de la precariedad, y está condenado a la frustración. Es endeble e incompleto."

Ese editorial efectivizaba una nueva pregunta, distinta de otra con la que, en 1952, Quijano había cuestionado el futuro de Uruguay (editorial al que Methol también hacía referencia en su ensayo): "Antes la pregunta era ¿es viable el Uruguay? Ahora: ¿es posible un desarrollo autónomo de Uruguay?" Ese desarrollo autónomo se definía de acuerdo a los diversos niveles de dependencia (internacional y regional) que tenía el país, y sobre todo, a la importancia que Quijano daba a la industrialización, generalmente en oposición a de las formas que ella adquiriría con los postulados de la CEPAL. Quijano afirmó, entre otras cosas que: "La integración de los desarrollistas no es la nuestra" y que: "América no será independiente si no se industrializa y el Uruguay no puede por sí solo industrializarse, y por tanto, por sí solo, adquirir su independencia." Y, además, había afirmado que la respuesta a la inviabilidad en Uruguay estaba del lado de un reconocimiento platense.

Methol buscaba, en cambio, en el texto *Nirvana* de A. Floro Costa la posición actual de Quijano. De este modo, si el *Nirvana* de Costa "mentaba ese ser imposible del Uruguay independiente" porque se veía amenazado en su soledad por el avance del Brasil ("absorción paulatina"), o por un destino insignificante, Costa proponía hacia 1880 la reunificación de Uruguay con Argentina, siguiendo una línea unitaria y colorada, la de Juan Carlos Gómez. Se habían acabado, decía Methol, "una de nuestras posibilidades fundamentales, que era ser Banda Oriental". Y lo que finalmente resultó fue que lo "imposible" se volvió "posible". Uruguay –no ya *Banda Oriental*– sobrevivió, se hizo "próspera consolidación", pero que ya había terminado. Detenerse en Quijano era poner la lupa sobre uno de los más importantes impulsores de la integración latinoamericana (desde los años veinte), del antiimperialismo y de las reflexiones sobre la viabilidad

19 A. Methol Ferré, *El Uruguay como problema*, 51.

20 C. Quijano, "La verdadera integración", *Marcha* 1330 (18 de noviembre de 1966), 1.

21 La ALALC fue una iniciativa prohijada por la Comisión Económica Para América Latina de organizar acuerdos económicos que permitieran un sistema de preferencias comerciales entre los países de América Latina. La opción integracionista fue entendida como una respuesta posible al estancamiento del proceso de sustitución de importaciones.

de Uruguay. Pero también en alguien que –como Methol– había tenido una vinculación estrecha con el Partido Nacional, primero como cercano al herrerismo y luego como creador de una facción diferente y opuesta a aquél, la “Agrupación Nacionalista Demócrata Social” (ANDS). Esa agrupación tenía por marcas fundamentales y fundacionales tanto la “democracia social” como el “nacionalismo” y –cada vez más– el “socialismo”.²²

El ensayista Carlos Real de Azúa afirmó en 1964 que el pensamiento de Quijano –desde 1939 hasta 1955– “acentuó ciertos rasgos de un nacionalismo que no deja de ofrecer similitudes con el de Luis Alberto de Herrera”.²³ Es interesante revisar cómo los rasgos que Real de Azúa encontraba similares entre Herrera y Quijano eran aquellos que Methol rescataba en Herrera: la mesura en la conducta internacional correspondiente a una nación pobre; el vínculo y las “permanencias” que “representan las contigüidades geográficas, la comunidad del origen histórico, la identidad de los intereses económicos, frente a las consignas estruendosas del momento”.²⁴ Caetano y Rilla han analizado el modo en que Quijano reputaba en “lo blanco” algo más que sólo “componentes racionales”; advirtieron allí una “adhesión preideológica ... un proceso cultural más que uno político-ideológico”. Era la valoración de una serie de aspectos de la tradición blanca, que contaban tanto en función del radicalismo democrático, el antimilitarismo, y el prisma general sobre política internacional, así como una específica visión sobre la eficiencia y honestidad administrativa en el Estado, entre otros.²⁵ Puede pensarse cómo Methol y Quijano valoraban una específica tradición ligada a “lo blanco”, más allá de diferentes posiciones respecto del Partido Nacional y, sobre todo en el momento de la polémica, a pesar de una consideración distinta sobre el herrerismo.²⁶ Ambos recuperaban una historia particular, que criticaba la del “Uruguay insular” (que parecía estar vinculado a lo “colorado” y más fuertemente a lo “batllista”); seleccionaron algunos puntos comunes relativos a la dimensión internacional del Uruguay –que tenían en cuenta el modo en que Herrera habría pensado el Uruguay– y, al mismo tiempo, se definían en veredas opuestas respecto del herrerismo (uno lo apoyaba mientras que otro se había distanciado tempranamente de él). Lo que se advierte es la forma en que una tradición selectiva permite revisar una versión del pasado que condensaría en la identidad particular de “lo blanco” –referida a una ligazón mayor con el ámbito americano, por ejemplo– uno de los fundamentos sobre los que recuperar esa vinculación del país con la región para pensar ese Uruguay *presente*: el de la integración. Al mismo tiempo, se define allí también un espacio de disputa particular: “oriental” era mucho más que sólo “blanco”, pero necesariamente se delimitaba en torno de este último.

22 Quijano fundó la ANDS en 1929 presentándose con ella a elecciones desde 1929 en adelante, restringiendo su participación en diversas ocasiones. En 1958, se alejaba del Partido Nacional. Gerardo Caetano y José Rilla, *El joven Quijano (1900-1933): Izquierda nacional y conciencia crítica* (Montevideo: EBO, 1986).

23 Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* (Montevideo: Universidad de la República, 1964), 322.

24 C. Real de Azúa, *Antología del ensayo*, 322. Rilla apunta que fue Quijano quien entendió mejor los postulados de Herrera en *El Uruguay internacional* relativos a una mirada más abarcativa sobre las relaciones internacionales, teniendo en cuenta el eje geopolítico para determinar acciones político-económicas del país. En J. Rilla, *La actualidad del pasado*, 344.

25 G. Caetano y J. Rilla, *El joven Quijano*, 206-7.

26 Podría ampliarse la vinculación entre ambos teniendo en cuenta el modo en que se sentían legítimos herederos del legado de José Enrique Rodó, figura que fue recuperada por el latinoamericanismo de los años veinte y, sobre todo, cuya obra *Ariel* tuvo un peso específico en ciertas miradas sobre las relaciones entre Norteamérica y América Latina. Quijano, a su vez, admitió distancias con el “maestro”. G. Caetano y J. Rilla, *El joven Quijano*, 59-60.

Coyunturas

Desde el semanario *Marcha*, que fundara en 1939, los comentarios editoriales de Quijano dedicados a la integración de América Latina fueron numerosos, y a veces funcionaron como variaciones sobre algunos temas: la viabilidad de Uruguay, una crisis estructural anunciada en diversos momentos, la integración latinoamericana, la importancia de la "Cuenca del Plata", el peligro del imperialismo norteamericano, y cada vez más, la búsqueda de una izquierda latinoamericana. Desde el semanario impulsó numerosas revisiones sobre las opciones de integración que eran posibles, *reales* (y las separó de las que consideraba ficticias y retóricas). Quijano siguió desde bien temprano los intentos de acuerdos económicos que se pergeñaron en América Latina; aún antes, —y con la misma lógica de dividir lo real de lo ilusorio— prestó atención a la construcción y al desarrollo efectivo del Mercado Común Europeo.²⁷ En este último caso, en 1957 supuso que las diferencias entre los países signatarios de un posible acuerdo eran notorias e, incluso, que podrían complicar su hechura y realización.

El editorial al que hacía referencia Methol en su ensayo pertenecía a una serie que, extendida por lo menos desde 1959, analizaba la conformación, postulados, posibilidades y dificultades de la ALALC. Como era lo usual en sus escritos, los editoriales de Quijano detallaban lo que se iba a analizar y, al mismo tiempo, el autor tomaba una específica posición respecto de la *realidad* y de la *verdad* de los tratados y de sus objetivos. Methol apenas hacía referencia a los diversos editoriales que Quijano hizo sobre proyectos de integración e incluso no tuvo consideraciones sobre los editoriales sobre la problemática de la industrialización en Uruguay que Quijano escribió en los años cuarenta (textos que, al mismo tiempo, estaban marcados por el antes y el después de la Segunda Guerra Mundial).²⁸ Aun así, reconocía en Quijano a un par que de forma diferente veía los mismos problemas y que, lamentaba Methol, se quedaba atado a soluciones viejas.

En un conocido editorial de 1940 Quijano insistió en definir qué entendía por integración, y cuáles eran las opciones más apropiadas para Uruguay.²⁹ Explicaba hasta qué punto Uruguay debía tomar en cuenta tres posibilidades de integración, considerando que una de ellas era la más acertada. Entre el panamericanismo, el latinoamericanismo y los acuerdos regionales, la última opción era la principal. Para ello, utilizaba tres personajes que parecían representar y condensar esas posibilidades: Monroe, Bolívar y Artigas. La primera era "el vasallaje"; la segunda, apenas una "retórica" que no tomaba en cuenta a la realidad (el desconocimiento y la falta de comunicación los países latinoamericanos); la única "viable y realista" era la última: en Artigas parecían condensarse los caminos posibles de una integración que fuera *realista* en el presente y que hiciera honor a un pasado que, para Quijano, debía recuperarse. Es decir, la tradición del federalismo artiguista: soberanía y autodeterminación de los pueblos unidos en confederación. De hecho, esta consistencia de Artigas para la unidad latinoamericana fue un caballo de batalla recurrente.

Si para Quijano en los cuarenta lo posible eran los acuerdos regionales, después del parteaguas de la revolución cubana en 1959, además de éstos (en oposición a la lógica panamericana de una totalidad regida por los Estados Unidos), también pareció pesar la posibilidad de una revolución antiimperialista y latinoamericana. De este modo, la impronta de socialismo y antiimperialismo mediaba el análisis. Artigas era resignificado en 1964 de la siguiente manera:

27 Por ejemplo números 861 y 862 en 1957; o 1304, 1305 y 1306 de mayo y junio de 1966.

28 La serie de editoriales sobre la ALALC se lista en la bibliografía con "8".

29 Carlos Quijano, "Panamericanismo, no; acuerdos regionales, sí", *Marcha*, (26 de julio de 1940).

Independencia es ser lo que somos, –nuestra vocación y nuestra geografía– sin atarnos a nadie, sin sujetarnos a los intereses de nadie ... La hora llegó de los que balcanizaron a nuestros pueblos. ... Artigas es la independencia total y la república democrática; la nación en la confederación; la producción frente al intermediario; los frutos de la tierra para los que sobre ella pelean ...³⁰

Y dos años después, en el editorial “La nostalgia de la Patria Grande” insistió en el lugar central de Artigas y de su federalismo como respuesta latinoamericana a los problemas de la región: no era “una copia libresca de modelos foráneos”. En el mismo editorial enumeraba una serie de hechos históricos que debían ser revisados bajo una luz que devolvía el peso de la nostalgia: la de la Patria Grande. En otras palabras, para Quijano debían revisarse la Cisplatina, la declaración de la Florida, la guerra de la Triple Alianza, la lucha contra Rosas e incluso los postulados de Juan Carlos Gómez de otra forma. Es decir, de un modo que dotara a esos hechos de la verdad que presentaban:

Juan Carlos Gómez, sí, el propio Juan Carlos Gómez, con su anexionismo ahistórico, tal como entonces fuera formulado, no es un “doctor” aporteñado. A él también, como a otros, como a muchos otros, lo golpeó e hirió, el destino de su tierra, de su Banda Oriental, de su provincia, que se esforzaba por ser una nación, que mientras se desangraba por salvar su autonomía, padecía la nostalgia de la patria grande a la cual se sabía o se sentía ligada. El tiempo está maduro para que la lucha de los contrastes cese. Porque la defensa de la autonomía y la necesidad de la integración deben dar origen a una síntesis. La negación dialéctica “no es una ruptura de la evolución, expresa al contrario una continuidad”. Es la ley de la negación de la negación. La patria grande se hará con las patrias chicas; pero se hará en el crisol revolucionario y no dentro de los marcos trazados por el enemigo³¹

La mención a Floro Costa y a Juan Carlos Gómez es interesante puesto que pone en primer lugar aquello que recuperará Methol Ferré en 1967 para volverlo *contra* Quijano. Si la Cisplatina y la declaración de la Florida eran dos términos que necesitaban ser revisados, para lograr una síntesis (tal como el propio Methol afirma en el 67), el motivo de desavenencia parecía estar dado por el peso que ponía Quijano en “el crisol revolucionario”. Para Methol, por el contrario:

El Mercado Común, necesidad perentoria de las burguesías industriales y la mal llamada “Revolución Continental”, necesidad perentoria de los pueblos, son los dos polos contradictorios y complementarios de una nueva dinámica en un nuevo nivel cualitativo, el nivel de la Revolución Nacional Latinoamericana, y eso trae consigo la intervención cada vez mayor de todos con todos. Hermanos separados era más fácil, más infecundo, sólo éramos intervenidos por fuera.³²

Pero, incluso en la referencia a la revolución (que Methol consideraba “mito” y que Quijano a su vez adjetivaba con, como se verá, “salvador”) existían matices vinculados a la legitimidad o no del uso de la violencia. La violencia y los criterios de su aplicación fueron también parte de discusiones respecto de, por ejemplo, el accionar del movimiento guerrillero Movimiento de

30 C. Quijano, “El Hombre que está solo”, *Marcha* 1210 (20 de junio de 1964), 1.

31 C. Quijano, “La nostalgia de la Patria Grande”, *Marcha* 1327 (28 de octubre de 1966), 1.

32 A. Methol Ferré, *El Uruguay como problema*, 85-6.

Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) que para 1968 era una presencia indiscutible.³³ En este sentido, Methol publicó en la revista católica *Vispera* un artículo en el que criticó duramente la vía foquista que Regis Debray –como vocero, según Methol, del castrismo, y que en el momento de la publicación del artículo había sido capturado por el ejército boliviano– había establecido en algunas obras y analizaba también con muchísimo encono la opción tupamara.³⁴

Frente a las críticas de Methol en *El Uruguay*, Quijano respondió con “Morir oriental”. Con ese editorial explicaba cuál era su posición, y en qué medida el error de Methol estaba en confundir una prédica que Quijano advertía coherente y de larga data. Remitía a su vez a lo que concebía como problemático, justamente las negociaciones entre Argentina y Brasil para el establecimiento de acuerdos dentro de la ALALC, y el peso de las dictaduras brasileña (desde 1964) y argentina (desde 1966) que parecían desvirtuar la propia integración. Para Quijano, la situación uruguaya era peor que la de Cuba en 1959 y 1960, que también tenía a un imperio cerca: “Nosotros estamos –el famoso algodón ... entre los dos subimperios ...”. Definió entonces cinco opciones de supervivencia: aislamiento; federación o confederación (“absurda y políticamente inviable”); protectorado de Argentina o Brasil; ALALC; o, también, protectorado de un imperio. Ya no era posible “confederarse”, la afirmación que hiciera en 1964 había quedado fuera de toda consideración. La que no entraba en ese listado de opciones, esto es, que no estaba explicitada pero que parecía para Quijano la única válida en 1968, estaba definida por la “integración revolucionaria”, por el “mito salvador”:

Pero es aquí donde se ve que la revolución, irónicamente calificada como ligereza de mito, no es un mito. Y que si lo es, es un mito salvador. Sólo dentro de una integración revolucionaria de América Latina o de América del Sur o aun ¿por que no?, sub regional, podemos salvar a la patria y hacerla participar en un destino común que nos trascienda sin privarnos de lo nuestro.³⁵

“Morir oriental”, además, refería con admiración a cómo los vietnamitas luchaban contra los Estados Unidos; eran muertes heroicas por la defensa de la patria chica. La respuesta de Methol no se hizo esperar. Al número siguiente, en “Carta de Lectores”, fue publicada bajo el título: “Dese por desahogado”. Methol había titulado su carta como “Vivir oriental”. En su respuesta insistía con el análisis que había hecho en *El Uruguay* respecto de la posición de Quijano relativa a la integración latinoamericana y a la relación de Uruguay con Argentina y Brasil. Clarificaba lo que antes quizá había sido un dechado de metáforas y enunciados indirectos: Methol consideraba que aunque acordara con Quijano en que era necesaria la revolución, también era necesario establecer un pasaje del “Nirvana” a la revolución antiimperialista y latinoamericana.³⁶ Ese pasaje era el de admitir que la vinculación con Argentina y Brasil no podía tomarse como si ésta fuera siempre en detrimento del Uruguay. Para Methol allí había una falta de discriminación entre los regímenes autoritarios de ambos países y lo que eran “en sí”: en el XIX y parte del XX, “no eran sino satélites de Inglaterra”, e incluso allí los argentinos “se jugaron por los orientales y los paraguayos”.³⁷ Al finalizar “Vivir oriental”, Methol le aconsejaba a Quijano que tuviera “más recato con la muerte”.

33 Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003), 174.

34 A. Methol Ferré, “Regis Debray y la revolución verde oliva”, *Vispera* 1: 3 (octubre 1967).

35 Quijano, “Morir oriental”, 1.

36 A. Methol Ferré, “Vivir oriental”, 2.

37 *Ibidem*.

Quijano, en “Nota de la Redacción”, apenas terminada la carta de Methol, repetía su postura de “Morir oriental” y respondía visiblemente herido al consejo final.

La revolución como problema

La cuestión del “mito” de la revolución, que Methol retomaba poniéndolo en un largo paréntesis de acciones que necesariamente se verificaban anteriores, permite pensar los modos en que revolución e integración se verificaban como de mutua necesidad y, al mismo tiempo, como dos criterios que había que ponderar con cautela: ¿eran o no un mismo proceso? La polémica entre Quijano y Methol es anterior a las acciones más importantes del movimiento guerrillero MLN-T, aunque la incidencia de la violencia política ya era un hecho sobre todo en las atribuciones autoritarias del Estado uruguayo en el mandato de Jorge Pacheco Areco (quien asumiera la presidencia luego de la muerte del presidente electo, del partido colorado, el militar Oscar Gestido).³⁸ A una situación económica que se agudizaba, la tensión social fue reprimida de distintas maneras; en 1967 la escalada de violencia estatal se condensó en la adopción de las Medidas Prontas de Seguridad, la movilización de fuerzas armadas para intervenir huelgas obreras, la censura y prohibición de diversas publicaciones (como *El Sol* o *Época*) así como múltiples rumores sobre golpes militares que tomaron estado público definieron un campo de disputas que excedía el de una sociedad “hiperintegrada”.³⁹

Si la polémica aparece en primera instancia fundamentada en las opciones de integración, el peso de la revolución y las discusiones en torno de ella la complejizaron. Quijano y Methol Ferré podrían acordar en que Uruguay no podía seguirse concibiendo como isla en América Latina, como excepción. O que, como dijimos, lo era sólo para revisar su lugar como nexo entre Argentina y Brasil. A la vez, el propio sentido de excepcionalidad y de integración marcó diferentes itinerarios.⁴⁰ Por ejemplo, en 1968, el ex diputado por el Partido Nacional, Ariel Collazo, afirmó:

Uruguay debe ser el país de América Latina que menos condiciones geográficas tiene, tanto para la lucha armada como para la lucha guerrillera rural. ¿Por qué entonces, nosotros sostenemos que ambas cosas son posibles? ¿Por qué creemos que no somos una excepción, como sostiene Debray en su libro *Revolución en la revolución*? Porque internándonos en nuestra historia, comprobamos que toda vez que en el Uruguay hubo revoluciones, nunca se gestaron dentro de su territorio aisladamente, sino en los países vecinos. Por eso hoy, lo que no es posible en un Uruguay aislado, lo es en cambio integrado en la lucha continental.⁴¹

38 Para Alonso Eloy y Demasi, la escalada de violencia podía rastrearse en el país mucho antes. Ver: Rosa Alonso Eloy y Carlos Demasi, *Uruguay: 1958-1968, Crisis y estancamiento* (Montevideo: EBO, 1987), 16-8.

39 Benjamín Nahum y otros, *Crisis política y recuperación económica*, 1998; Germán Rama, *La democracia uruguaya* (Buenos Aires: CEL, 1987).

40 Marina Cardozo Prieto estudia la repercusión de esa “excepcionalidad” en las propias acciones del MLN. Apunta a que allí hay un “determinante” del accionar del MLN que se representa como “civilizado” y que puede vincularse a la inserción de éste en la sociedad uruguaya, en función de un imaginario colectivo: “el del Uruguay amortiguador de conflictos ... consensual y pacífico del siglo XX, ligado al reformismo batllista.” M. Cardozo Prieto, “Violentos y corteses: Acerca de la violencia en el MNL-Tupamaros a partir de algunas categorías de Norbert Elias”, *Prácticas de oficio: Investigación y reflexión en Cs. Sociales* 4 (agosto 2009).

41 Ariel Collazo, *América Latina*, 1968, 29.

Collazo había dejado el Partido Nacional en 1961 para fundar el Movimiento Revolucionario Oriental. Con éste se sumó a uno de los frentes de izquierda (el Frente Izquierda de Liberación, FIDEL; el otro era la Unión Popular, UP) en las elecciones de 1962. Ante el fracaso de esos frentes, la opción por la vía revolucionaria pareció constituir para algunos otra posibilidad de transformar el país. En los años subsiguientes las acciones armadas adquirieron cada vez más presencia hasta que, entre 1968 y 1972, obtuvieron su foco principal en las del MLN-T.

Las palabras de Collazo recuerdan las del periodista Carlos María Gutiérrez, quien comentara en agosto de 1966 un artículo relativo a la Conferencia Tricontinental en el que explicaba la reacción de chilenos y uruguayos frente a una frase de un informe de la delegación cubana sobre la lucha armada en esos países. Es decir, que la lucha armada en ambos era algo "disparatado": "chilenos y uruguayos nos sentíamos vejados por una afirmación tan tajante".⁴² Las declaraciones de Collazo, y también su elección política de apostar por un movimiento revolucionario, ilustran —como las palabras de Gutiérrez— la creciente pérdida de legitimidad que iban adquiriendo para diversos intelectuales y militantes de izquierda en ese momento las formas partidocráticas y de inscripción en el marco institucional-legal en la disputa por el poder.⁴³ Por otro lado, la no excepcionalidad a la que hacía referencia Collazo apuntaba tanto a la caracterización que hiciera Debray cuanto a ese imaginario nacional que era cuestionado. Es posible pensar cómo algunos de los sentidos que se le otorgaban a la revolución hacían de ella un terreno fértil para redefiniciones de lo excepcional o de lo no excepcional, pero también de la integración y sus modos. A diferencia de lo afirmado por Quijano, la revolución tal como la ponía en escena Collazo podía llevarse a cabo sólo en un marco integrado. Para Quijano, en el texto "Morir oriental", el eje era menos la revolución que la integración: era la integración el principal objetivo revolucionario. Methol, por el contrario, establecía en la respuesta a Quijano un criterio de pasaje que incluía antes un ordenamiento geopolítico particular, que permitiría sólo así pensar la "Revolución Nacional Latinoamericana".

Algunas conclusiones

Entre *morir* y *vivir* estaba el *ser* "oriental". En función de lo "oriental", las opciones de acuerdos e integraciones (económicas, políticas) adquirirían sentidos particulares. En ambos, los mismos datos se perfilaban armando realidades diferenciadas. Tanto para Methol Ferré como para Carlos Quijano la cuenca del Plata constituía el origen del problema de Uruguay, y de su desarrollo, como su solución. Methol pugnaba por una salida en la que se armara una entidad geopolítica, superadora de los Estados nacionales. Quijano, por el contrario, temía de esa sumatoria que borronearía fronteras el peligro de los autoritarismos de la región. Ambos recostaban sobre lo "oriental" las derivas de una pregunta: "¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?". La pregunta por la independencia definía en la polémica el centro de un problema: si la revolución era en efecto una forma (deseable, legítima, fructífera) de independencia. En otras palabras, una pregunta que se incorporaba al eco de

42 Citado por C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, 51. La Primera Conferencia Tricontinental de Solidaridad Revolucionaria se había llevado a cabo ese año en La Habana. La reunión convocó a delegados de diversas organizaciones revolucionarias de tres continentes y allí quedó conformada la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Se discutió allí la preeminencia de la revolución, que tenía en la experiencia cubana —y en su difusión como parte de la política exterior de la isla— uno de sus principales impulsores.

43 J. Rilla, *La actualidad del pasado*, 451-95.

reflexiones que ya llevaban tiempo en sus escritos: cómo llevar a cabo qué tipo de integración y qué lugar ocuparía Uruguay en ella.

Bibliografía y fuentes

- Alonso Eloy Rosa y Carlos Demasi. *Uruguay 1958-1968: Crisis y estancamiento*. Montevideo: EBO, 1986.
- Benedetti, Mario. *El país de la cola de paja*, Montevideo: Asir, 1960.
- Caetano, Gerardo y José Rilla. *El joven Quijano (1900-1933): Izquierda nacional y conciencia crítica*. Montevideo: EBO, 1986
- Cardozo Prieto, Marina. “Violentos y corteses: Acerca de la violencia en el MNL-Tupamaros a partir de algunas categorías de Norbert Elias”. *Prácticas de oficio: Investigación y reflexión en Cs. Sociales* 4 (agosto 2009).
- Cosse, Isabella y Vania Markarian. *1975, Año de la orientalidad: Identidad, memoria e historia en una dictadura*. Montevideo: Trilce, 1996.
- Demasi, Carlos. “De orientales a uruguayos (Repaso a las transiciones de una identidad)”. *Revista Encuentros uruguayos* 6 (1999).
- _____. “Los partidos más antiguos del mundo”. *Revista Encuentros uruguayos* I: 1 (octubre 2008).
- Frega, Ana. “Uruguayos y orientales: itinerarios de una síntesis compleja”. En José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (comp.). *Crear la nación: Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Gregory, Stephen. *The collapse of dialogue: Intellectuals and politics un the uruguayan crisis 1960-1973*. Tesis de doctorado. University of New South Wales, Australia, 1998.
- Jacob, Raúl. *Benito Nardone: El ruralismo hacia el poder (1945-1958)*. Montevideo: EBO, 1981.
- Methol Ferré, Alberto. “¿A dónde va Uruguay?”. *Tribuna universitaria* 6-7 (noviembre de 1958).
- _____. *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*. Buenos Aires: Editorial Peña y Lillo, Colección La Siringa, 1960.
- _____. *El Uruguay como problema: en la cuenca del Plata entre Argentina y Brasil*. Montevideo: Diálogo, 1967.
- _____. “Regis Debray y la revolución verde oliva”. *Vispera* 1:3 (octubre de 1967).
- _____. “Vivir oriental”. *Marcha* 1392 (23 de febrero de 1968).
- Nahum, Benjamín y otros. *Crisis política y recuperación económica, 1930-1958*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1998.
- Nexo. “Nuestro propósito”. *Revista Nexo* 1: I (abril-mayo de 1955).
- Rama, Ángel. *La generación crítica*. Montevideo: Arca, 1972.
- Rodríguez Monegal, Emir, “Veinte años de Literatura nacional”. *Marcha* 966 (3 de julio de 1959).
- _____. *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo: Alfa, 1966.
- Rocca, Pablo. “35 años en *Marcha*”. *Nuevo texto crítico*. California: Stanford University, 1993.
- Quijano, Carlos. “Panamericanismo, no; acuerdos regionales, sí”. *Marcha* (26 de julio de 1940).
- _____. “La Argentina y nosotros”. *Marcha* 844 (21 de diciembre de 1956).
- _____. “Mercado común y América Latina”. *Marcha* 861 (10 de mayo de 1957).
- _____. “Peligros de una vasta empresa”. *Marcha* 862 (17 de mayo de 1957).
- _____. “La unidad de América”. *Marcha* 977 (18 de setiembre de 1959).*
- _____. “Debe y haber de la Zona de Libre Comercio”. *Marcha* 978 (25 de setiembre de 1959).*
- _____. “América: espacio y tiempo”. *Marcha* 979 (9 de octubre de 1959).*
- _____. “La Realidad y la Utopía”. *Marcha* 980 (16 de octubre de 1959).*

- _____. "Esta América que no es nuestra". *Marcha* (6 de abril de 1962).*
- _____. "El hombre que está solo". *Marcha* 1210 (20 de junio de 1964).
- _____. "ALALC y la unidad latinoamericana". *Marcha* (5 de noviembre de 1965).*
- _____. "Mercado Común y América Latina". *Marcha* 1304 (20 de mayo de 1966).*
- _____. "MCE, América Latina y Uruguay". *Marcha* 1305 (27 de mayo de 1966).*
- _____. "Carnes y Mercado Común". *Marcha* 1306 (3 de junio de 1966).*
- _____. "Los grandes espacios. ALALC y América Latina". *Marcha* 1326 (21 de octubre de 1966).*
- _____. "La nostalgia de la Patria Grande". *Marcha* 1327 (28 de octubre de 1966).*
- _____. "La agonía de la ALALC". *Marcha* 1329 (11 de noviembre de 1966).*
- _____. "La verdadera integración". *Marcha* 1330 (18 de noviembre de 1966).*
- _____. "Serás lo que debas ser". *Marcha* 1334 (16 de diciembre de 1966).*
- _____. "Morir oriental". *Marcha* 1390 (9 de febrero de 1968).
- _____. *América: una nación de Repúblicas*. Montevideo: Cámara de Representantes, 1989.
- Real de Azúa, Carlos. "¿A dónde va la cultura uruguaya?". *Marcha* 885 (25 de octubre de 1957).
- _____. "¿A dónde va la cultura uruguaya?". *Marcha* 886 (1º de noviembre de 1957).
- _____. *Antología del ensayo contemporáneo uruguayo*. Tomo II. Montevideo: Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 1964.
- Rilla José. *La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Sudamericana, 2008.
- Williams, Raymond. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península, 1977.

Recibido 10/04/2010 - Aceptado 06/07/2010

(Des)marcaciones (trans)nacionales

El proceso de movilización y radicalización política de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (1961-1972)

Silvina Merenson¹

Resumen

El artículo explora el proceso de movilización y radicalización política experimentado por los cortadores de caña de azúcar, autodenominados “peludos”, en la ciudad de Bella Unión, nucleados en la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) desde 1961. A partir de diversas fuentes se analizan las formas que hallaron “los peludos de la UTAA” para dialogar, identificarse o impugnar las representaciones que circularon sobre ellos y sobre las luchas protagonizadas por este sindicato entre 1961 y 1971. Para ello se abordan los modos en que “los peludos” narran el arribo de Raúl Sendic a Bella Unión y la fundación del sindicato y las representaciones surgidas en la prensa montevideana a partir de las cinco marchas realizadas por la UTAA hacia Montevideo. El análisis de este proceso indica las diversas formas en que la militancia política en los años sesenta se vinculó con la alteridad, una alteridad interior y constitutiva que organizó las diferencias y las formas de imaginarlas a partir de la operacionalización de distintas (des)marcaciones (trans)nacionales.

Palabras clave: Bella Unión, UTAA, violencia política, (des)marcaciones (trans)nacionales

Abstract

This article explores the mobilization and political radicalization of sugar cane cutters from the city of Bella Unión, Uruguay, between 1961 and 1971. It employs different primary sources to analyze how these workers (who called themselves “peludos”) either challenged or identified with different existing images of their lives and struggles, particularly those referring to the arrival of leftist activist Raúl Sendic to Bella Unión and the creation of the Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) in 1961. Its main focuses are the narratives produced by the “peludos” and the representations built by newspapers from the capital city regarding the five “marchas” of UTAA from Bella Unión to Montevideo. All in all, the paper shows different ways of dealing with “alterity”, an interior and constitutive “alterity”, which organized differences within the Uruguayan political left in the 1960s through the operationalization of diverse (trans) national (de)marcations.

Key words: Bella Unión, UTAA, political violence, (trans)national (de)marcations

1 Doctora en Ciencias Sociales, docente-investigadora del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, becaria postdoctoral del Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Argentina.

A fines de la década de 1950 el agotamiento del modelo neobatllista, que desde la década anterior había apostado al desarrollo de la industria y del agro nacional, y la llegada al Poder Ejecutivo del Partido Nacional precipitaron una serie de conflictos que involucraron a todos los actores vinculados a la agroindustria azucarera en la ciudad de Bella Unión, situada en el departamento de Artigas, en la frontera territorial que Uruguay comparte con Argentina y Brasil. El fin del andamiaje proteccionista derivó en el retiro total o parcial de las empresas de capital nacional que hasta entonces se desempeñaban en el ramo y en la instalación de “dos protagonistas tan disímiles como eran los capitalistas norteamericanos de la American Factory y un puñado de plantadores de caña con menos de diez años de trayectoria”² en el rubro. A comienzos de la década de 1960, este pequeño grupo de cañeros independientes creó la Cooperativa Agropecuaria Limitada de Industrialización de la Caña de Azúcar (CALPICA). La American Factory, en rápida retirada de Cuba en virtud de la revolución encabezada por Fidel Castro, adquirió La Azucarera Rioplatense Sociedad Anónima (LARSA) y la Compañía Agrícola e Industrial del Norte (CAINSA) tras una serie de gestiones realizadas vía la embajada norteamericana. Hasta entonces, “hombre de campo” –como referencia a un conjunto de características, cualidades y valores depositados en las personas que poblaban la campaña– fue la denominación que sintetizó los mejores atributos del “gaucho” y los ideales modernos vinculados al “progreso” abarcando a todos los actores involucrados en la agroindustria azucarera.³ Sin embargo, a partir de las transformaciones señaladas los agricultores locales devenidos en productores cañeros pasaron a ser conocidos como “gringos” y los/as trabajadores/as rurales empleados/as en sus plantaciones como “peludos”⁴, independientemente de su origen nacional o del tamaño de sus chacras.

En paralelo al largo pero sostenido proceso de consolidación de las relaciones capitalistas de producción, y teniendo por antecedente una serie de conflictos laborales ocurridos en la segunda parte de la década de 1950⁵, en setiembre de 1961 los/as “peludos” fundaron la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) dando inicio a una de las experiencias más importantes en materia de sindicalismo rural de la historia uruguaya. En sus primeros años la UTAA asumió una plataforma que incluía, básicamente, el cumplimiento efectivo de la legislación social y laboral vigente en el país. El pago de jornales atrasados, de licencias, domingos y feriados, la indemnización por despido, el pago en moneda de curso legal y no en bonos o vales y la implementación del Estatuto del Peón Rural fueron algunas de las reivindicaciones que motivaron la huelga de casi cuatro meses que en 1961 antecedió a la partida de la primera de las cinco marchas hacia Montevideo realizadas en los años 1962, 1964, 1965, 1968 y 1971. Con ellas, el sindicato y “los peludos” desembarcaron decididamente en la escena política uruguaya.⁶ Desde entonces, son

2 María Inés Moraes, *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)* (Montevideo: CINVE-CALNU, 1990), 206.

3 Sobre la representación del “hombre de campo” véase Silvina Merenson, *A mi me llaman peludo: Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay* (Buenos Aires: Programa de Posgrado en Ciencias Sociales IDES/UNGS, 2010), 86-91.

4 “Peludo” proviene de la analogía con el tatú. Como este animal de la zona, los cortadores caminan encorvados sobre la tierra, ennegrecidos por la melaza adherida a la piel después de cortar la caña de azúcar previamente quemada.

5 En el año 1957 el personal obrero, administrativo y fletero de LARSA-CAINSA declaró una huelga que se prolongó por 21 días. Al respecto véase M.I. Moraes, *Bella Unión*, 234.

6 La primera marcha partió de Bella Unión el 24 de abril de 1962 y regresó a fines de junio. La segunda marcha partió el 20 de febrero de 1964 y regresó el 29 de junio. La tercera marcha partió el 19 de febrero de 1965 y regresó el 10 de junio. La cuarta partió el 16 de febrero de 1968 y regresó el 30 de mayo. La quinta

muchas y diversas las razones por las cuales la fundación de la UTAA, las descripciones de sus integrantes, el impacto de sus marchas en la capital del país, el rol desempeñado por Raúl Sendic en los primeros años de vida del sindicato y el vínculo entre éste y el surgimiento del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) fueron incorporándose, con distintos matices, al relato emblemático de la izquierda uruguaya.

Sin duda, la literatura dedicada al proceso uruguayo en los años sesenta es sumamente fecunda y ofrece un mapa político, social y cultural complejo en lo que respecta tanto a las transformaciones de la denominada “izquierda tradicional” como a la conformación de nuevas organizaciones que, entre otras cuestiones, tuvieron por denominador común la opción por la lucha armada.⁷ En este mapa, en el que se destacan numerosos trabajos sobre el MLN-T, resultan relativamente claras las influencias del contexto internacional y latinoamericano en múltiples aspectos. Sabemos, entonces, el innegable lugar que cupo a la Revolución Cubana, los procesos de desestalinización y descolonización o la impronta de teóricos como Fanon y Debray entre quienes integraron la izquierda uruguaya, mayoritariamente jóvenes pertenecientes a las clases medias urbanas insertos/as en redes en las cuales el acceso a la información y la práctica de la lectura fueron algunos de los pilares que garantizaron el debate y la participación política.

Ahora bien, cuando nos apartamos de las influencias ideológicas ejercidas sobre las organizaciones o de los registros de sus principales dirigentes para explorar procesos locales o las trayectorias de quienes no necesariamente responden al perfil militante descrito más arriba, el vacío historiográfico es tan notable como lo es la necesidad de repensar el modo en que debemos considerar el carácter relacional de las (des)marcaciones (trans)nacionales en sus prácticas políticas, habitualmente mediadas por el contacto con la militancia ciudadana. Exceptuando las valiosas contribuciones de Yamandú González Sierra⁸ en lo que hace a la historia del sindicalismo rural uruguayo y las de Ruben Gerardo Prieto⁹, sobre el vínculo entre los trabajadores rurales y el proceso revolucionario, han sido muy pocos los intentos de indagar, desde la perspectiva de los actores, los sentidos asignados a la práctica política por quienes fueron considerados/as “los olvidados de la tierra”. Paradójicamente, si se quiere, la producción académica ha eludido aquello que la “literatura militante” del MLN-T señala como parte constitutiva del proceso fundacional

partió a fines de marzo de 1971 y regresó a fines de abril. Es difícil dar una cifra exacta de las personas que integraron cada una de las marchas, para las primeras cuatro la prensa menciona entre 200 y 400 personas u 80 a 100 familias. La diferencia está dada por la última y quinta marcha, que no llegó a 100 integrantes. Las marchas tomaron la ruta nacional N° 3 (realizando paradas en Salto, Paysandú, Young, Fray Bentos, Mercedes, Juan Lacaze, San José y Canelones), excepto la marcha de 1968, que tomó la ruta nacional N° 5 y realizó sus paradas en Artigas, Rivera, Tacuarembó, Treinta y Tres, Cerro Largo y Lavalleja. Este cambio de ruta obedece a que la militancia de la UTAA consideró para su recorrido el paso por Artigas, ciudad en la que se encontraban detenidos tres dirigentes del sindicato acusados de tomar parte del asalto/expropiación de un banco.

- 7 Al respecto véase: Eduardo Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973* (Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2006). Para el caso del MLN-T: Clara Aldrighi, *La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros* (Montevideo: Trilce, 2001) y Hebert Gatto, *El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)* (Montevideo: Taurus, 2004).
- 8 Yamandú González Sierra, *Los olvidados de la tierra: Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales* (Montevideo: FESUR-CIEDUR-Nordan Comunidad, 1994).
- 9 Ruben Gerardo Prieto, *Por la tierra y por la libertad: Trabajadores rurales y proceso revolucionario, UTAA y MLNT (Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra)* (Montevideo: Nordan Comunidad, 1986).

de la organización.¹⁰ Me refiero, puntualmente, a la sindicalización, movilización y radicalización política experimentadas por “los peludos” vinculados a la UTAA en Bella Unión.¹¹ Aquí, esta experiencia introduce un tópico que, cuando se trata de considerar lo (trans)nacional en lo relativo a las izquierdas americanas, suele resultar muy poco referido en el caso uruguayo: la interacción y el intercambio de historias y experiencias entre militantes con diversas trayectorias, atravesadas por cuestiones de clase, etnia, género y religión, entre otras identidades categoriales. Esto que, siguiendo a Heidi Tinsman y Sandhya Shukla¹², podría ser considerado un aspecto de lo transnacional en la medida en que es parte de los diálogos, conflictos y resistencias que atravesaron a las naciones y regiones.

Aún cuando en el seno de la gran mayoría de los movimientos revolucionarios en América se han producido estas interacciones que hablan del diálogo con la alteridad como una suerte de “interior constitutivo”, en muchos casos inspiración y motor de la transformación radical de la sociedad, las reflexiones en torno a los modos en que operó el lugar de lo subalterno en el horizonte y la expectativa revolucionaria continúa siendo un terreno a explorar. En este sentido, el trabajo de Florencia Mallon¹³ acerca de la construcción de la masculinidad entre la militancia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno a partir de la mixtura de la imagen de Ernesto “Che” Guevara y la figura del “campesino Mapuche”, o el trabajo de Elisabeth Wood¹⁴ sobre la adhesión del campesinado salvadoreño al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y la importancia que en ello tuvieron una serie de rasgos atribuidos al “campesino” (capacidad militar, resistencia, coraje, valentía, etc.) a la hora de presentar a la guerrilla y de evaluar la incorporación a ella, dejan planteada la necesidad de indagar las formas de la alteridad, pero también la importancia que adquiere en ello advertir que, desde la perspectiva de los diversos actores, las (des)marcaciones (trans)nacionales no necesariamente son vividas del mismo modo o implican lo mismo para todos los actores. Este texto se propone explorar estas cuestiones partiendo las formas que hallaron “los peludos” de la UTAA para dialogar, vincularse o impugnar las representaciones que circularon sobre ellos/as y sobre las luchas protagonizadas por su sindicato y sus objetivos. En lo que sigue me detendré en los modos en que “los peludos” narran el arribo de

10 La importancia asignada a la experiencia de la UTAA puede advertirse tanto en los textos producidos por ex dirigentes del MLN-T, como es el caso de Eleuterio Fernández Huidobro o Mauricio Rosencof, así como en las biografías de Raúl Sendic, José Mujica, Mauricio Rosencof y Jorge Zabalza. Véase: Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los Tupamaros* 2 volúmenes (Montevideo: Tae, 1986 y 1987), Mauricio Rosencof, *La rebelión de los cañeros y Los hombres del arroz* (Montevideo: Tae, 1989), Samuel Blixen, *Sendic* (Montevideo: Trilce, 2001), Miguel Ángel Campodónico, *Mujica* (Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2001), Miguel Ángel Campodónico, *Las vidas de Rosencof* (Montevideo: Aguilar, 2003) y Federico Leicht, *Cero a la izquierda: Una biografía de Jorge Zabalza* (Montevideo: Letraeña ediciones, 2007).

11 Es posible que en esta situación haya operado la caracterización del MLN-T como “la primera guerrilla urbana de América Latina”; su crítica al “foquismo” y las teorías castristas, uno de los rasgos a partir de los cuales la organización construyó su distinción.

12 Véase Heidi Tinsman y Sandhya Shukla, “Introduction: Across the Americas”, en Sandhya Shukla y Heidi Tinsman (editors), *Imagining our Americas: toward a transnational frame* (Durham: Duke University press, 2007).

13 Florencia Mallon, “Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-74”, en Matthew C. Gutmann, *Changing men and masculinities in Latin American* (Durham: Duke University press, 2006).

14 Elisabeth Wood, *Insurgent collective action and civil war in El Salvador* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).

Raúl Sendic a Bella Unión y la fundación del sindicato para luego describir las representaciones surgidas a partir de las marchas de la UTAA hacia Montevideo y sus consabidas tensiones.

La “aparición” de la UTAA y de Raúl Sendic en Bella Unión

En el inicio del proceso de movilización sindical y de radicalización política experimentado por los/as “peludos viejos”, es decir por quienes fundaron la UTAA, dos cuestiones aparecen como centrales. Por una parte, las tensiones tramadas entre lo que Lygia Sigaud identifica como el “lenguaje de los sentimientos” y el “lenguaje de los derechos” para dar cuenta de los conflictos con los “gringos” o la patronal.¹⁵ Por la otra, la producción de un marco interpretativo que otorgue sentido a este proceso presentado como “inédito”, tanto por la ubicación territorial en que tuvo lugar como por la repercusión que alcanzó entre los más variados actores sociales, sindicales y políticos.¹⁶ En cuanto a lo primero, la conjugación del “lenguaje de los sentimientos” (identificado con las normas y los lazos tradicionales “premodernos” que regían hasta entonces en las plantaciones) y el “lenguaje de los derechos” (identificado con las demandas en torno a los derechos laborales y sociales) indica la reconfiguración de las relaciones de poder, aún cuando las referencias utilizadas para dar cuenta de tales transformaciones muestran la persistencia de la “tradicición”. Sumarse a la UTAA para defender las costumbres en las chacras azucareras o como acto de venganza ante sus violaciones evocando para ello la legislación vigente en el país resultan dos de las varias opciones posibles derivadas de la articulación de ambos lenguajes. Como veremos, considerar esto es fundamental para comprender los modos en que “los peludos viejos” se refieren a Raúl Sendic en su cualidad de “abogado” ciudadano y a la fundación del sindicato.

La representación de la movilización sindical, la creación de la UTAA y el rol que cupo a Raúl Sendic como “aparición” o irrupción es parte del relato de “los peludos viejos”. Hasta el momento, la escasa literatura que contempla estos registros para narrar el proceso que derivó en la creación de la UTAA privilegió los testimonios de los hombres que luego se transformaron en dirigentes tanto del sindicato como del MLN-T. Por esta razón veamos aquí las referencias de Chela y Coca, dos mujeres cuyas trayectorias posteriores a la fundación de la UTAA resultan sumamente diferentes entre sí:

-
- 15 Fue Lygia Sigaud quien exploró esta articulación para el caso brasileño y el sindicalismo rural en Pernambuco. Véase: Lygia Sigaud, “Armadilhas da honra e do perdão: usos sociais do direito na mata pernambucana”, *Mana* 10 (2004).
- 16 Las marchas de la UTAA contaron con el apoyo y la solidaridad del Partido Socialista, la Federación Anarquista Uruguaya, el Partido Comunista, el FideL, el Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC), el Movimiento Pro-Liberación de los luchadores sociales Vique, Santana y Castillo (integrado por Luis Hierro, Zelmar Michelini, Alba Roballo y Rodney Arismendi, entre otros/as), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Grupos de Acción Unificadora (GAU), la Unión de Juventudes Evangélicas del Uruguay (UJEU), Comunidad Sur, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), la Unión de Obreros y Empleados de Amdet, Unión de Regadores y Destajistas de El Espinillar (UDRE), Asociación Obrera Textil (AOT), Asociación de Bancarios del Uruguay (AEBU), FUNSA, el Comité Intergremial de Funcionarios del Estado, Federación Autónoma de la Carne, AUTE, el Sindicato Único de Peones de Tambo, el Sindicato de Remolacheros de Mercedes y la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), entre otros. Entre los religiosos, intelectuales, periodistas, escritores y artistas: el padre Zaffaroni, Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Julio Castro, Guillermo Chifflet, José Manuel Quijano, Carlos María Gutiérrez, Vivian Trías, Germán D’Elia, Mauricio Rosencof, María Ester Gilio, Peloduro, Germán Wettstein, Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti y Numa Moraes. Obviamente todas estas solidaridades y apoyos a las marchas de la UTAA no fueron iguales, ni estables, ni sostenidas en el tiempo, pero indican la magnitud de la repercusión que alcanzaron las marchas de la UTAA.

Generaciones tras generaciones [el peludo] durmió en la ignorancia por décadas. Mientras tanto el patrón creaba todo un cerco para que todo empezara y terminara en sus propias manos; desde la carnicería hasta el más mísero almacén. Claro, no se le presentaba ningún problema ... Pero su expresión quedó más agria cuando se enteró que, dentro de sus plantaciones, *había llegado un hombre joven*, delicado, de hablar suave y pausado ... Sin prepotencia, con mirada límpida y profunda, como buscando meterse en cada pensamiento del trabajador. Pero *lo más terrible para estos señores fue enterarse de que no era un peludo, sino un hombre de estudios, salido de la universidad, casi abogado*.¹⁷

Agosto. 1961. Creo que si no me falla la memoria que fue por *ahi que apareció UTAA y Sendi* [sic] y era un bochinche aquello. Ahi conoci a Sendi [sic], Vivian Trias, Andres Curtelli y se fueron sumando peludo como se decía. Se empezo con la ley de 8 horas, dia de lluvia, vivienda mejor, licencia, todo. Todo lo que nadie habia hecho antes. *Ahi apareció Sendi* [sic]. *Se hablaba de todo y se escuchaba cada cosa. Empezaron los problema*, primero ocuparon el escritorio [de la CAFSA] ... A mi padre lo corrieron del pueblo para la costa del Itacumbú y despues como seguimos en el sindicato nos echaron pero antes nos tenian como loco para todos lado, cortar, plantar, mantener [la caña]. El loco P. [el patrón] nos mandaba de aca a aya para ver si mi padre se enojaba y lo peleaba. Pero Sendi le habia dicho deje don S. que lo echen y asi fue.¹⁸

Chela, que hoy tiene poco más de 60 años y reside en Montevideo, llegó a la CALPICA desde El Espinillar (Salto), luego de casarse con su primer marido. Ambos fueron dos reconocidos dirigentes de la UTAA integrados al MLN-T. En el lapso de un poco más de una década, entre 1962 y 1973, Chela fue madre de su única hija, conoció la ciudad de Montevideo en el transcurso de la primera marcha de la UTAA, se incorporó al MLN-T, fue detenida por primera vez y alojada en la cárcel de Cabildo, se fugó de este penal, vivió en la clandestinidad y volvió a ser detenida en 1973. Esta última detención se prolongó hasta 1985, año en que el gobierno de Julio María Sanguinetti decretó la amnistía por la que miles de hombres y mujeres, detenidos en los penales de Libertad y Punta de Rieles, recuperaron la libertad. Al salir de la cárcel Chela escribió “Más allá de la ignorancia”. Este texto, publicado en 1989, resume su experiencia de vida en tres partes que suman unas 200 páginas. El fragmento citado integra la segunda sección del libro, denominada “Desde abajo con Sendic”.

Coca, a quien corresponde la segunda cita, tiene 58 años. Nunca sabe si decir que es “brasileira” o “uruguaya”. Sabe que nació en Brasil, pero no tiene “papeles brasileiros” que así lo acrediten y, desde los 5 años, reside en Uruguay. Coca llegó a la “Azucarera Artigas” siendo niña, vivió en Bella Unión hasta los 14 años y regresó a esta ciudad desde Montevideo a mediados de la década de 1980, con sus ocho hijos/as y su marido, un fusilero naval hoy retirado. En diciembre de 2007 completó el curso de alfabetización “En el país de Varela yo sí puedo” porque deseaba “aprender a escribir bien en uruguayo” por dos razones: quería enviarle una carta al entonces presidente Dr. Tabaré Vázquez para contarle su historia y solicitarle una pensión en virtud de su “desgracia”. De este modo Coca se refiere al episodio por el que, cuando tenía 14 años, recibió un impacto de bala en la pierna que la dejó renega de por vida en el marco de la represión que sufrió en las puertas

17 Nérida Fontora, *Más allá de la ignorancia* (Montevideo: El Fogón, 1989), 43.

18 La transcripción mantiene la gramática y la ortografía del original.

del Palacio Legislativo la segunda marcha llevada a cabo por la UTAA en 1964. Coca esperaba que el ex presidente considere y “se apiade” de su situación. Para ello escribió –y aquí la segunda razón por la que decidió completar el curso de alfabetización–, con sus propias palabras, “la historia de *mi* UTAA”. Esto es, la historia de la UTAA en la primera mitad de la década del sesenta, de la que participó junto a su familia y que Coca diferencia tanto de la actual como de la que identifica con “la organización”, refiriéndose de este modo al MLN-T. Pero para Coca, escribir su versión de la historia de la UTAA no es solamente un modo de arbitrar un sitio que la habilite a demandar ayuda económica al Estado. Poco tiempo antes había leído uno de los primeros textos consagratorios de la representación emblemática de “los peludos”: *La rebelión de los cañeros*, de Mauricio Rosencof, que llegó a sus manos a través de una vecina. Coca encontró en este libro una serie de imprecisiones históricas que también fueron las que la motivaron a escribir un texto que pretende corregir los errores e incluir a todas las “familias” no mencionadas por el autor, entre ellas la suya. La cita que traemos en este apartado es copia textual de ese escrito de alrededor de quince carillas de cuaderno, caligrafiadas cuidadosamente en lápiz, que Coca compartió conmigo en el verano de 2008.

Producidos en diversos contextos históricos y a partir de experiencias distintas ambos textos narran los primeros pasos de la UTAA al mismo tiempo que producen una imagen de Raúl Sendic.¹⁹ En el caso de Chela se trata de un relato pasado por el tamiz de su experiencia como militante tupamara y ex presa política, mientras que el de Coca se trata de uno atravesado ferrozmente por la represión en la que fue herida. Si el texto de Chela, escrito al calor del fin de la dictadura y la libertad recuperada, hace de la “explotación” y la “pobreza” de sus “hermanos de clase” una razón de su convicción política; en el de Coca, la política, justamente, es aquella que trama –para usar sus propios términos– “los problemas”. Esto es, concretamente, la expulsión de su familia de la CALPICA, la represión en la que fue baleada y el rechazo hacia ella y sus hijos/as por parte de la familia de su marido que, hasta la actualidad, la denomina peyorativamente “tupamara”. Coca, a diferencia de Chela, nunca integró el MLN-T pero ambas encuentran en esta categoría una reivindicación: “prefiero que me digan tupamara y no china de quilombo”, afirma Coca. En cambio, para Chela, “ser tupamara” resulta un verdadero signo de distinción de orden diferente a la jerarquización del estigma planteado por Coca. “Ser tupamara”, para Chela, supone haber alcanzado una formación ideológica, “un nivel de conciencia que no lograron todos los peludos”. Esta última distinción transita los textos de ambas y permite indagar en lo que resultan dos modos distintos de narrar la formación de la UTAA y el rol que cupo a Raúl Sendic que, vale señalarlo, resulta privilegiado en el recuerdo por sobre la importancia que tuvieron en este proceso otras figuras tempranamente vinculadas a la UTAA como Rodríguez Belletti, José Díaz o Vivian Trías.

19 No desconocemos el carácter retrospectivo de éstos y otros relatos citados en este artículo, las complicadas relaciones entre “historia” y “memoria” y los tan disímiles criterios utilizados en relación a las fuentes orales y a su fiabilidad. Aquí, estos reparos estrechamente vinculados al modo de concebir las formas de validación en la producción histórica resultan, en cambio, una de sus materias primas. De otro modo: dado que trabajamos sobre representaciones sociales, todo lo relativo a la subjetividad, a la creación de significados y a los procesos de interpretación es parte constitutiva del proceso histórico que me interesa analizar, de ahí la utilización de fuentes tan distintas entre sí. En acuerdo con Schwarzstein considero sumamente necesario que “la historia recupere tanto los hechos del pasado como su representación”, ya que “separar la experiencia de los significados que tuvieron para los protagonistas es la negación de una parte de la realidad histórica misma”. Dora Schwarzstein, *Entre Franco y Perón: Memoria e Identidad de los republicanos españoles en la Argentina*. (Barcelona: Crítica/Planeta, 2001), XXI.

Para algunos/as “peludos” la creación del sindicato está íntimamente relacionada con un contexto mayor según el cual los binomios campo/ciudad y explotados/explotadores organizan la descripción de un proceso en el que la creación de la UTAA constituye un hito en la concatenación de eventos que dan sentido a la “lucha” remontada al siglo XIX y al proceso por el que “los peludos fuimos reclamando con honor lo que Artigas, el prócer de los Orientales, en 1815, quiso para el más pobre, el más desatendido”²⁰. Para otros/as, en cambio, la fundación de la UTAA es una historia fragmentaria, colmada de cambios y rupturas de orden y grado diverso. Se trata de una historia fuertemente asociada a la trayectoria de Sendic. Según esta versión hay una primera etapa de la UTAA que va desde su “aparición” a la cuarta marcha hacia Montevideo (1968) y una segunda etapa, definida por la adhesión del sindicato a la acción directa y la lucha armada que se prolonga hasta los años previos al inicio de la dictadura. La primera etapa se corresponde con “Sendic sindicalista” y la segunda con “Sendic tupamaro”. Es a partir de esta diferenciación que Coca identifica a la primera como “su” UTAA, aquella de los “peludos luchadores y no penderos, de las rondas en el fogón, de juntarse a compartir un truco y un vino”.

Tanto en el texto de Chela como en el de Coca, y en muchos otros relatos, para quienes se sumaron al sindicato, la UTAA “aparece”, del mismo modo en que “aparece” Sendic en Bella Unión, tal como si se tratara de un hecho espontáneo para el que, en principio, no existen muchos más registros que sus consecuencias: “el bochinche que se armó” tras el inicio de la acción sindical y que Coca resume aludiendo al comienzo de “los problemas”. Por esto último debe entenderse la denuncia, el enfrentamiento y la represión. Sin embargo, indicar que Sendic y la UTAA “aparecen” supone algo más que una expresión ingenua o ahistórica. Se trata del punto de inicio de una narrativa con la que “los peludos viejos” incorporan a Sendic y al sindicato a sus propias trayectorias vitales en la excepcionalidad, como un acontecimiento que surge de ningún lado, volviendo contingentes las relaciones sociales. Se trata, como indica Steven Caton, de un relato social inacabado que no anida en el pasado, sino en la proyección del futuro.²¹ En este caso, el relato no contempla los pasos previos de Sendic en materia de asesoramiento y organización de sindicatos rurales ni su militancia en el Partido Socialista²², tampoco incluye referencias al contexto político nacional o internacional. De otro modo: no es ni la crisis del sistema tradicional de partidos uruguayo ni la Revolución Cubana el marco interpretativo al que recurren estas mujeres para explicar las razones por las que fue fundada la UTAA o por las que Sendic y otros dirigentes procedentes de Montevideo se vincularon o se establecieron en Bella Unión. Las razones, en cambio, son otras: el sindicato se creó para “hacer cumplir la ley”. En la actualidad, el énfasis puesto en el marco normativo, en la aplicación efectiva de la legislación vigente en el país, explica que Sendic sea presentado a partir de su condición ciudadina y profesional, como “un abogado que vino de Montevideo porque se interesó por lo que pasaba acá y vino a dar ayuda”. Este es el Sendic del conjunto: se hayan o no sumando a la UTAA “los peludos viejos” se refieren, para este primer momento, a Sendic como “el justiciero”, como aquel que “trajo la ley”, siendo ésta sinónimo de “justicia”.

20 N. Fontora, *Más allá*, 27.

21 Véase: Steven Caton, *Yemen Chronicles* (New York: Hill and Wang, 2005).

22 Como es sabido, para cuando Raúl Sendic arribó a Bella Unión ya había participado de la creación del Sindicato Único de Obreros Rurales (SUDOR) en Paysandú en 1957 y de la Unión de Regadores y Destajistas de El Espinillar (UDRE) en 1959, año en el que además se integra al Comité Ejecutivo del Partido Socialista, partido al que pertenecía desde 1956.

A esta primera explicación, en la que resulta importante enfatizar aquello que Jean y John Comaroff definen como “fetichización de la ley”²³, le sigue la descripción del proceso por el cual el sindicato se fue conformando como un espacio de participación. Un proceso sintónico con la descripción de Sendic como intérprete cabal de las necesidades de los/as trabajadores/as que, rápidamente, asumió la “vida de peludo” descrita como una existencia colmada de privaciones y dificultades. Para “los peludos viejos” este proceso es el resultado de una red de vecindad caracterizada por los vínculos interpersonales que hacen que la UTAA sea pensada a partir de una serie de relaciones entabladas entre las distintas “familias de peludos” que vivían en las azucareras. Antes que por militantes, dirigentes o líderes, para “los peludos viejos”, la UTAA estaba integrada por “familias”. En esta descripción resulta fundamental la primera acción del sindicato, es decir la declaración de la huelga en el mes de enero de 1962 y el campamento a orillas del arroyo Itacumbú en el que permanecieron hasta que, en abril, iniciaron la primera marcha hacia Montevideo. Cuando “los peludos viejos” evocan el campamento se refieren, en primer término, al abandono de sus hogares en los establecimientos azucareros y al clima que prevalecía entre aquellas “familias”, descrito como “un ambiente bien bonito, porque decidíamos todo entre todos, nadie se sentía más o se consideraba más, todos éramos iguales, nadie andaba pecheando [peleando]”.

Si bien entre los “peludos viejos” existe cierta visión idílica del proceso fundacional de la UTAA, ésta es de un orden específico: ligada a la igualdad entre pares y al tipo de vínculo entablado entre “las familias”. Los relatos con que “los peludos viejos” se refieren a la creación de la UTAA poco comparten con aquel según el cual

fue en una asamblea realizada un 21 de septiembre de 1961, congregados orientales, los brasileños y los correntinos, aindiados y melenudos, hábiles en el cuchillo y baqueanos de todos los montes, que se fundó, entre ceibales y blanquillos, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, vivada con gritos guturales que heredó el tropero de su antepasado el indio y que hizo estremecer el monte callado desde los tiempos que lo habitara el charrúa.²⁴

Así, a “los peludos viejos” no parecen interesarles las fechas, las instancias resolutorias y, mucho menos, el ambiente o las inscripciones y filiaciones que los/as describen y emparentan con “el indio”, que en esta representación empalma la fundación del sindicato con el proceso político que dio origen de la nación. Si este relato emblemático privilegia los nombres propios, la tradicionalización, las nacionalidades y las marcas étnicas que latinoamericanizarían al Uruguay y a sus habitantes, los “peludos viejos” parecen más atentos a indicar el fortalecimiento de los vínculos preexistentes en un contexto adverso que el arribo de Sendic y la creación del sindicato contribuyó a visibilizar y a poner en términos legales, políticos y “modernos”. Es esta tensión mediante la que “los peludos viejos” incorporan el lenguaje “moderno” de la política reclamándose sujetos de derecho y la militancia montevideana, que encuentra en ellos/as el reverso “tradicional” que permite pensar al Uruguay en el escenario latinoamericano, la que nos otorga las primeras pistas para comprender y poner en perspectiva histórica tanto las representaciones como las (des)marcaciones (trans)nacionales presentes en la prensa que informó acerca de las marchas que la UTAA realizó hacia Montevideo en los años sesenta.

23 Jean Comaroff y John L. Comaroff, *Violencia y ley en la poscolonia: Una reflexión sobre las complicidades Norte-Sur* (Buenos Aires, Katz-CCCB, 2009), 34.

24 M. Rosencof, *La rebelión de los cañeros*, 20.

Del Itacumbú a Montevideo y, de Montevideo, ¿al mundo?

Una de las dimensiones por las cuales “los peludos” se incorporaron y fueron incorporados/as al relato emblemático sobre la movilización política en los sesenta encierra una tensión que recorre la historia de la UTAA. Por una parte su acción política y sindical anida en una serie de imágenes y símbolos caros a un tipo específico de relato sobre la nación que incluye a José Artigas, Aparicio Saravia, el Reglamento Provisorio de Tierras de 1815 y el alzamiento de 1904, entre otros eventos y personajes históricos.²⁵ Aunque, al mismo tiempo, “los peludos” aparecen como el puente hacia un contexto que excede la escala nacional, poniendo en sintonía estas referencias con las agendas de las izquierdas latinoamericanas en los años sesenta. En lo que sigue voy a detenerme en estas tensiones evidenciadas tanto en el modo en que la prensa informó sobre las marchas como en los registros de quienes las protagonizaron como parte del diálogo que contribuyó a crear una alteridad interior constitutiva.

Fue a comienzos del año 1962, cuando la recientemente fundada UTAA ya había declarado la huelga y sus integrantes despedidos/as montaron el campamento a orillas del arroyo Itacumbú, que *El Sol* y *El Popular*, órganos de prensa del Partido Socialista y del Partido Comunista respectivamente, enviaron a Bella Unión a sus periodistas y reporteros gráficos. Las primeras notas, que fueron publicadas en la sección dedicada a los gremios en ambos medios registran con tanta perplejidad como indignación el incumplimiento del marco normativo en las chacras azucareras, al mismo tiempo que narran las “vidas grises, sin notas destacadas de hombres callados, serios y acerados, niños tristes, con grandes ojos de viejos en sus caras sin luz y mujeres prematuramente envejecidas, delgadas y marchitas”.²⁶ La vida de los/as trabajadores/as rápidamente pasó a ocupar las tapas de estos medios para denunciar “una existencia que parece arrancada de las páginas de la historia”²⁷, un “régimen típicamente medieval”²⁸ extraño y en algún punto incomprensible para “quienes vivimos en Montevideo, acostumbrados a movernos y esperanzarnos en nuestra tan ‘avanzada’ legislación”²⁹. Es entonces que las crónicas asumen un doble objetivo: registrar la vida de “los desposeídos” para afirmar y “comprobar que en la Suiza de América existe una tremenda y cruda realidad intencionalmente oculta que te llenará de vergüenza y de odio y que te llevará, no lo dudamos, a unirse decididamente a nuestra lucha”³⁰. Es para ello, es decir para movilizar y conmover la sensibilidad ciudadana que, en un primer momento, las crónicas se centran en la descripción pormenorizada de las violaciones a la legislación laboral y social constatadas en las azucareras y en todas las instancias legales seguidas por los/as huelguistas para encausar sus

25 Es así que a la hora de narrar las motivaciones de su militancia tupamara, Mauricio Rosencof afirma que “lo que me sacudió a mí no fue el pensamiento de Mao”, sino que, “lo que pesó en mí. Y lo que más me tocó fue comprobar que era muy difícil organizar a los asalariados rurales ... [pero] cuando descubrieron la fuerza de la organización sindical ... chau, se acabó. Era el alzamiento. ¡Iban a la guerra! ¡Era 1904 en el plano sindical! No había tiempo que perder”. Miguel Ángel Campodónico, *Las vidas de Rosencof* (Montevideo: Aguilar, 2003) 124 y 192.

26 *El Popular*, 9-2-1962.

27 *El Sol*, 16-2-1962.

28 *El Popular*, 23-10-1962.

29 *El Sol*, 29-6-1962.

30 *El Popular*, 2-4-1964.

reclamos, exponiendo claramente que “la lucha es por hacer cumplir la ley en este Cono Norte del país”³¹.

Si hasta aquí las referencias a la huelga que pueden encontrarse en *El Sol* y *El Popular* resultan sintónicas, las diferencias comienzan a tramarse cuando estos medios tratan de establecer su inscripción en un contexto mayor que excede el conflicto gremial volviendo a “los peludos” parte del proceso de movilización popular latinoamericano del que Uruguay ya no aparecía como una excepción. En el caso de *El Sol* esta inscripción llega con Francisco Julião (abogado y uno de los líderes más importantes de las Ligas Camponesas del Brasil que en 1962 fue detenido y, en 1965, debió exiliarse en México) y con Leonel Brizola (gobernador de Río Grande del Sur e impulsor de un programa de reforma agraria en este Estado). Los escritos de Julião son los epígrafes que inician las crónicas sobre “la rebelión de los peludos” para indicar que los reclamos de la UTAA son los que pueden hallarse en este país y en todos los países de América, que “aquí se llama Unión de Trabajadores de las Azucareras de Artigas (sic) y, como en todas partes, es el camino que nos lleva a la libertad”³². Se trata de una inscripción que, además de quedar reforzada por el testimonio fotográfico (que muestra a “los peludos” con los textos del líder brasileño en mano y cuyos pies de foto indican “en el campamento se lee a Julião”³³) pone en evidencia la mediación ejercida por la militancia ciudadina entre quienes, en su gran mayoría, eran analfabetos/as o analfabetos/as funcionales.

Esta inscripción se propone ligar el proceso de sindicalización en Bella Unión con las experiencias de otros países como México, Bolivia, Nicaragua, Guatemala y Cuba, indicando a “los peludos” como conocedores de estas jornadas y con los trazos de la historia nacional que encuentran en los/as militantes de la UTAA a los herederos de la “criollada desposeída” que luchó junto a Artigas. Es este el puente que une al Uruguay con las luchas “más lúcidas del continente” y que definen “la vanguardia de la revolución agraria” como parte fundamental de la “lucha antimperialista”.³⁴ Sin embargo, en esta empresa, resulta significativa la explícita necesidad de señalar a “los peludos” como uruguayos/as, contradiciendo las versiones publicadas tanto por el diario *El Día* como *El País*, que indicaban que la huelga “ha sido promovida por ‘agitadores brasileños’ ... que sólo existen en la mente enfermiza y calenturienta de Rodríguez [Larreta]” y de estos medios. Establecer qué es lo “foráneo” y quiénes lo encarnan resultó entonces parte nodal de la construcción social y política del conflicto sindical. Si para la prensa tanto del Partido Socialista como del Partido Comunista esta categoría –con su consabida estigmatización– recayó en “los gringos”, es decir los administradores de LARSA y CAINSA adquiridas por la American Factory, como una clara señal de la penetración norteamericana en el país, para el diario *El Día*, portavoz privilegiado de una de las facciones del Partido Colorado –la “catorce”–, las marchas de la UTAA son descriptas como sigue:

En estos días la población de Montevideo ha asistido al desusado y deplorable espectáculo de ver a más de 100 personas desfilando a toda hora por las calles. Se ha dado la explicación de que se trata de los “cañeros” que, agobiados por un panorama de miseria y dolor, han venido a pedir justicia ... Existen antecedentes elocuentes

31 *El Sol*, 1-1962: 1.

32 *El Sol*, 9-2-1962.

33 *El Sol*, 9-2-1962.

34 *El Sol*, 16-2-1962.

de estas “marchas de sacrificios” en las que comunistas y socialistas lucran con la ignorancia o el dolor ajeno.³⁵

La denominada “prensa grande” desestimó las marchas sosteniendo que sus integrantes no eran uruguayos/as sino personas de nacionalidad argentina y brasileña llegadas a la capital del país que habían sido compradas o engañadas por “agitadores foráneos” y por el “socio comunismo”, “serviles de la horripilante tiranía que ordena desde Moscú”.³⁶ Contra esta impugnación, que encontró su justificación en la identificación estricta de la nación y lo nacional con las fronteras territoriales del Estado-nación, periodistas, escritores e intelectuales opusieron una imagen próxima a la *comuninitas* para resaltar la inclusión de “los peludos” en el colectivo nacional. Así *El Sol* vio entre ellos/as una “atmósfera de cálida y auténtica fraternidad ... casi infantil” para concluir que “por desgracia estas son cosas que rara vez se sienten o que se han perdido en los medios urbanos; pero que todavía constituyen un patrimonio moral de los pobres y un rasgo distintivo de su alma limpia, servicial y buena”³⁷. Por otro lado, *Marcha* describió el campamento de “los peludos” instalado en el barrio de Pocitos, durante la quinta marcha, como

un mundo que es de familiaridad, de intimidad, de adhesión y afecto mutuos. Se tiene la impresión de que allí [en el campamento] son todos para uno y uno para todos. Sin clases, sin embaucadores ni explotados, sin rufianes ni engrupidos. Los hombres montan guardia en la puerta del barracón hasta altas horas, junto al retrato de Sendic y bajo la bandera nacional y de Artigas.³⁸

Por su parte, *El Popular* adoptó otra estrategia para presentar el conflicto. Además de denunciar los intentos de deportar a los huelguistas argentinos de los que destaca su internacionalismo, de centrarse en la denuncia de la información aparecida en la “prensa grande” y de remarcar el apoyo brindado a la UTAA por parte del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) y la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), la inscripción es meridiana y encuentra en la Revolución Cubana tanto su inspiración como sus augurios de victoria. Para *El Popular* “los cañeros del norte” demostraban que

[n]o somos, Uruguay, una isla en el mundo y nuestros problemas no son sólo nacionales. Al decir esto nos referimos a la convicción demostrada por los hechos de la historia, de que existe una interrelación estrecha entre todos los fenómenos de un momento histórico, aunque se particularicen los efectos, en territorios nacionales, en países ... Por eso comprendimos mejor que nunca lo que significa para nuestro país y para nuestro pueblo, el proceso revolucionario de Cuba, cuando noches pasadas vimos a los cañeros del norte del país ... pintarse [sus] rostros de asombro, encontrarse retratados en nuestros hermanos de los cañaverales cubanos, alegrarse cuando los veían portar armas al hombro, a ustedes mismos allá en Cuba, pensando que en nuestro país las armas podrán ser del pueblo ... o cuando en nuestro país pasará que de la aripuca pasen ustedes a vivir en viviendas decorosas como los cubanos.³⁹

35 *El Día*, 29-5-1962.

36 *El Día*, 6-6-1962.

37 *El Sol*, 24-1-1964.

38 *Marcha*, 7-4-1970.

39 *El Popular*, 18-5-1962.

Si en *El Sol* la movilización de la UTAA tuvo como referencia inmediata los acontecimientos ocurridos en Brasil, en *El Popular* ese lugar correspondió a Cuba, más específicamente, a Cuba en la voz de los/as propios/as “peludos”, en los/as que se deposita indirectamente la posición del Partido Comunista respecto de la lucha armada, al menos en lo que respecta a la primera parte de la década de 1960. Es así como en el marco de las múltiples actividades desarrolladas en el transcurso de las marchas, y luego de la proyección de un documental sobre la revolución en este país, *El Popular* recogió los testimonios de los/as manifestantes. Entre ellos el de Martirena Borges, integrante de la primera marcha: “acá en Montevideo pude ver una película de Cuba, de la que tanto hablamos allá en las azucareras, y da gusto ver como los campesinos reciben su tierra y como tienen armas para defenderla. Algún día eso tendrá que ser aquí también, como en Cuba”⁴⁰.

Sin embargo, y más allá de los intentos o de los esfuerzos de la prensa del Partido Socialista y del Partido Comunista en lo relativo a la inscripción de las marchas en el concierto latinoamericano y a la aproximación pedagógica hacia sus integrantes, éstos/as recurrieron a su propio lenguaje y experiencias para delinear sus demandas e inscripciones tal como puede observarse en los escritos producidos por el sindicato o en los relatos de sus militantes. Entre 1967 y 1970 los documentos de la UTAA no solamente indican el progresivo camino hacia la acción directa y la adhesión a la lucha armada del sindicato, también señalan el privilegio de la historia y el contexto político nacional para explicar su lucha y sus opciones. Vale considerar que, como señala Markarian, “aunque los sindicatos no discutieron formalmente la plataforma de la OLAS, los debates sobre la estrategia revolucionaria formaron parte del largo proceso de unificación del movimiento obrero”⁴¹. En 1966, creada la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), “se notaba una clara división entre aquellos [sindicatos] que promovían el aumento gradual de la movilización por demandas concretas y aquellos que impulsaban una estrategia más confrontacional que obligara a una mayor radicalización y respuestas inmediatas”⁴². Entre estos últimos se encontraba la UTAA. Su descripción de la situación en las chacras azucareras y el origen de sus demandas llegan como parte de una lectura de la historia uruguaya que indica al país como distante de aquel que quiso y por el que luchó Artigas en el siglo XIX. De ahí la siguiente afirmación:

[s]i en lugar de tierra nos dan palos, que se sepa que antes o después, también nosotros utilizaremos la violencia, para alcanzar el pan, la igualdad y la justicia. Si tenemos que desenterrar las armas con las que luchó el jefe de los Orientales, don José Gervasio Artigas, para conquistar la “felicidad de la criollada pobre” lo haremos, teniendo la seguridad que esas armas alcanzarán la victoria y se volverán a cubrir de gloria.⁴³

Ahora bien, aún cuando es cierto que no pueden encontrarse en estos documentos referencias al contexto internacional o reflexiones que indiquen posicionamientos en torno a las agendas de las izquierdas latinoamericanas, sí puede afirmarse que comparten su lenguaje y, en parte, su conceptualización. Si “los peludos” de la UTAA en la segunda parte del siglo XX “retoman” la senda revolucionaria trazada por el máximo prócer nacional es, en sus propios términos, porque Uruguay experimenta “un sistema de explotación, donde el rico es cada vez más rico, y el pobre

40 *El Popular*, 6-5-1962.

41 Vania Markarian, *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984* (México: Uribe y Ferrari, 2006), 15.

42 V. Markarian, *Idos y recién llegados*, 15.

43 UTAA, *Artigas quiso tierra pa' quien la trabaja* (1967), 9.

es cada vez más pobre, que se llama Capitalismo; y cuando el dinero va a parar a las manos de los gringos extranjeros, se llama Imperialismo”.⁴⁴ En un sentido similar operó la progresiva construcción del “enemigo”, encarnado al comienzo por “los gringos” para luego incluir “al imperialismo, el capitalismo, el latifundio [y] la oligarquía que controla el país, que con la colaboración de los EEUU se prepara para defender sus privilegios a sangre y fuego”.⁴⁵ Pero más allá de estas identificaciones, es la situación uruguaya (la corrupción, el régimen caduco, el aumento del costo de vida, el deterioro de los salarios, etc.) la que viene a indicar que

la lucha debe ser no sólo de tierra o muerte, sino de pan o muerte, de educación o muerte, de salud o muerte, de vivienda o muerte, de trabajo o muerte ... Teniendo en cuenta las palabras de Artigas, de que “la causa de los pueblos no admite la menor demora”, nosotros continuadores de la obra de Artigas, no podemos esperar.⁴⁶

Para los años 1969-1971 la situación interna de la UTAA era sumamente crítica y a ello se sumaban las tensiones a partir de las cuales la dirigencia tupamara reconocía en “los peludos” al sujeto que otorgaba sentido y justificaba, al menos en una parte, su proyecto político. Vale señalar que para ese entonces los dirigentes más importantes de la UTAA se habían integrado al MLN-T asumiendo lo que denominaron “doble militancia”. El sindicato se debatía entre sostener el trabajo sindical –que requería visibilidad y legalidad– y desarrollar la militancia propia de una organización revolucionaria armada, que requería cobertura de los militantes, compartimentación de la información y clandestinidad. Esta tensión mencionada por Ney, quien desarrolló una “doble militancia” hasta su segunda detención en 1972, condujo a un escenario complejo: al mismo tiempo en que la UTAA abrevaba en su corta pero intensa trayectoria en el sindicalismo rural para proyectarse en instancias asociativas mayores, su inserción entre los/as trabajadores/as comenzó a verse amenazada; dato refrendado por la merma en la cantidad de personas que integraron las sucesivas marchas hacia Montevideo. “Hubo un lote de peludos”, decía Ney, “que no entendieron hasta el punto que habíamos llegado, peludo que participó en las marchas, que estuvo en la lucha y que ibas ahora a pedirles un poco más y ya no, se disculpaban y no aparecían más por el sindicato”. El “poco más” que reclamaba Ney y que en el semanario *Marcha* aparecía como un imperativo –“quitar al hombre de campo la visión local”⁴⁷– es la diferencia que media entre un modo particular de pensar la violencia, vinculada al orgullo, al honor y al prestigio, y la opción explícita por la lucha armada. La dirigencia de la UTAA advirtió esta situación y apostó a fortalecer los vínculos con “el peludaje que ya empezaban a mirar raro a los del sindicato”, tal como sintetiza Omar, quien participó sólo de algunas de las primeras asambleas de la UTAA. La inauguración de la policlínica sindical “Dr. Gotardo Bianchi”, en agosto de 1971, fue una respuesta a la necesidad de atención sanitaria, pero también un modo de inserción en el contexto local que, por otra parte, refinó los lazos entablados con la militancia montevideana ya que la construcción de la policlínica se realizó “con el trabajo voluntario de marxistas, metodistas, obreros, estudiantes e intelectuales de las más diversas ramas”⁴⁸.

En paralelo a la acción en el ámbito de la salud, los/as militantes de la UTAA también concentraron sus esfuerzos en la creación de una organización que tuviese por objetivo la lucha por la

44 UTAA, *Artigas*, 4

45 UTAA, *¡Basta ya de dialogar, hay que armarse pa' luchar!* (1968), 2-3.

46 UTAA, *Basta ya*, 4.

47 *Marcha*, 3-4-1970.

48 UTAA, “Reinauguración de la Policlínica”, *La voz de UTAA*, 19-4-1986, 1.

tierra a escala nacional. Como resultado del “encuentro campesino”, realizado en Bella Unión en marzo de 1970, se fundó el Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra (MNLТ). En su documento, reproducido en el semanario *Marcha*, el MNLТ se presentó como un “nuevo instrumento de lucha del pueblo uruguayo para la obtención del poder, por y para los trabajadores ... que, encabezado por los asalariados agrícolas, debe extenderse a los pequeños productores campesinos y unirse a los explotados de la ciudad”⁴⁹. Su “lucha”, señalaba el MLNT, “no será meramente gremial o sindical, sino política y revolucionaria en el sentido amplio. Nuestro movimiento será independiente de toda organización ... para trabajar cada día más por un nuevo pueblo oriental, libre, solidario e integrado en la gran patria latinoamericana”⁵⁰.

No deja de resultar paradójico que, a una década de la creación de la UTAA y luego de cuatro marchas hacia la capital del país, la categoría convocante en la escala y la proyección nacional y latinoamericana sea “campesino”. En otra oportunidad abordé el debate teórico y político en torno a esta categoría para señalar que, en el contexto sociopolítico uruguayo de los años sesenta, debe ser considerada en su dimensión “descriptiva, heroica y revolucionaria”⁵¹, es decir, más como una categoría política que como una identidad categórica de clase.⁵² Considerado esto puede comprenderse que, en sintonía con el discurso imperante en los movimientos revolucionarios latinoamericanos en los años sesenta, los documentos sindicales de la UTAA realizan un gran esfuerzo por emparentar “campesino” y “peludo” para dar sentido a la lucha por la reforma agraria⁵³ que tuvo, como primer escalón para la UTAA, la demanda de expropiación de 33.000 hectáreas improductivas en Bella Unión. En este punto la sinonimia se torna clara: cuando el reclamo es “tierra para el que la trabaja”, la militancia de la UTAA se presentaba como “campesinado” aunque, por fuera de esta reivindicación, esta adscripción cayera en desuso, como por ejemplo a la hora de negociar convenios colectivos de trabajo, exigir mejoras en las condiciones laborales o expresar contradicciones o diferencias de clase. Hacia fines de la década del sesenta, la articulación de “peludo” con “campesino”—que parece la nominación más apropiada para interpelar al Estado y sus agentes—obedece al interlocutor político del reclamo. Se trata de una nominación

49 *Marcha*, 3-4-1970.

50 *Ibidem*.

51 Raymond Williams, *Palabras clave: Un vocabulario de la cultura y la sociedad* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2000), 49.

52 Al respecto véase Silvina Merenson “Teorías, prácticas y representaciones de la categoría “campesino” entre los peludos de Bella Unión, República Oriental del Uruguay”, *Prácticas de Oficio: Investigación y reflexión en Ciencias Sociales* 5 (2009).

53 La importancia que adquirió la Reforma Agraria en Uruguay en la década de 1960 no deja de resultar paradójica y puede considerarse a partir de los documentos sindicales y las movilizaciones de la UTAA, pero también a partir del número de proyectos parlamentarios de Reforma Agraria presentados en el período. Entre 1960 y 1964 se presentaron 10 proyectos de Reforma Agraria en el parlamento que prácticamente involucraban a todo el arco ideológico. Al momento de la primera “marcha” cañera había en el parlamento dos proyectos presentados por las bancadas del Partido Comunista y el Partido Socialista. Tres proyectos de la Unión Cívica, dos de los sectores herreristas, otros dos de la Unión Blanca Democrática, uno del Partido Colorado y dos pertenecientes a grupos batllistas. Si bien ninguno de los proyectos se convirtió en ley los años que van entre 1940 y 1960 fueron un período en el que la cuestión agraria constituyó uno de los temas centrales del debate parlamentario. Esta trascendencia, en un país que en el año 1963 encontraba al 88% de su población residiendo en centros urbanos pone de relieve el modo en que la lucha que encarnaron “los peludos de la UTAA” fue acompañada por una resignificación del campo y de la vida rural que encontró eco en un arco político ideológico por demás amplio.

estratégica, una “ficción reguladora”⁵⁴, a partir de la cual el campo político y social pudo dialogar con la militancia de la UTAA en aras de elaborar una propuesta de amplio alcance.

Sin embargo, el empleo de la categoría “campesino”, que buscaba habilitar a “los peludos” de la UTAA en un puesto en el proceso revolucionario –y a su vez constatar que el Uruguay estaba “inscripto en la senda latinoamericana”–, fue aquella que “el peludo común vio con recelo”. De este modo, Darío –que mantuvo su militancia dentro de la UTAA, sin integrarse al MLN-T–, argumentó una de las razones por las cuales el sindicato dejó de ser “entendido” entre algunos/as de sus militantes:

UTAA fue cambiando, fue haciendo otras cosas que no todos vieron bien. No había entendimiento de todo. Nosotros en el sindicato hablábamos de “campesinado” pero para rejuntrar, para la unidad... pero en Bella Unión el campesino era el que tiene tierra, aunque sea una hectárea... y el peludo era el que no tiene tierra y entonces no se entendía por qué nosotros decíamos “campesino” si los peludos no teníamos tierra. Eso entreveró mucho.⁵⁵

En términos analíticos la militancia interpeló a “los peludos” como “campesinos”, aplicando para Bella Unión la matriz clasificatoria que se presuponía útil para toda América Latina. Sin embargo, no todos “los peludos” que integraban la UTAA se identificaron completamente con esta categoría, y esto abrió grietas en el proceso de articulación política. Vale decir entonces que no necesariamente fueron los reparos de la militancia de la UTAA a la lucha armada lo que hizo que una parte de “los peludos” decidiera no sumarse al MLN-T, más bien, lo que parecería haber actuado en esta decisión es, entre otras cuestiones posibles, las tensiones que para “los peludos” supuso su identificación en el registro del campesinado como versión posible de la alteridad.

Ahora bien, que la desmarcación respecto de la categoría “campesino” haya operado como una suerte de marca local no quiere decir que la militancia de la UTAA no haya reflexionado sobre la proyección de su lucha. Es así como, por ejemplo, en los años sesenta los/as militantes de la UTAA podían referirse a “los peludos de Vietnam” para mostrar su solidaridad con los combatientes del Frente Nacional de Liberación. En esta tarea por la cual “los otros” cercanos se parecen a “nosotros”, pero no necesariamente “nosotros” nos parecemos a “ellos”, resultó vital el diálogo con la militancia montevideana, pero también el rol de los intelectuales locales y de la prensa bellaunionense que, desde la década de 1940 y hasta avanzada la década de 1950, informó minuciosamente sobre los hitos que marcaron la Guerra Fría en el mundo mucho más que sobre el acontecer nacional o la vida política que transcurría en Montevideo o en el resto del país. Las representaciones que circularon sobre este diálogo fueron irónicamente sintetizadas en el cuento “Cañero” (1968), del escritor departamental Eliseo Salvador Porta, tal como sigue: “los peludos escuchaban a los estudiantes que los visitaban y que hablaban demasiado y muy de prisa, mezclando en una sola frase a Bella Unión y Vietnam, que pasaban del Congo a Venezuela, de Kerala a Cuba, haciendo escala en Angola”.⁵⁶

Sin embargo, para la militancia de la UTAA, que en su gran mayoría estuvo integrada por trabajadores acostumbrados a migrar hacia la Argentina y el Brasil en busca de puestos de trabajo

54 Judith Butler, “Problemas de los géneros, teoría feminista y discurso psicoanalítico”, en Geraldine Nichols (ed.), *Feminismo/Posmodernismo* (Buenos Aires: Feminaria, 1992).

55 Darío, entrevista personal, Bella Unión, 5-10-2004.

56 Eliseo Salvador Porta, “Cañero”, *Una versión del infierno* (Montevideo: Ibana, 1968), 30.

fuera del tiempo de la zafra azucarera, el contacto con otras situaciones y contextos políticos resultaba una moneda corriente. De ahí que “peludo”, y el estilo de vida que condensa esta categoría, les haya permitido traducir realidades dispares pero emparentadas a la hora de establecerse en otros contextos o espacios nacionales. Es en esta decodificación que deben situarse las trayectorias posteriores de algunos de los dirigentes de la UTAA cuando, en el exilio, se sumaron a los movimientos y a las organizaciones revolucionarias en la Argentina, Nicaragua y Colombia y el “proceso de peludización”⁵⁷ (como decodificación local del “proceso de proletarización”) los colocó en el centro de la escena del debate político del MLN-T.

Palabras finales

El proceso registrado hasta aquí nos deja ante las diversas formas en que la militancia política en los años sesenta se vinculó con la alteridad; una alteridad interior y constitutiva que en este caso organizó las diferencias y las formas de imaginarlas a partir de la operacionalización de distintas (des)marcaciones, es decir de formas jerarquizadas de imaginar y establecer colectivos.⁵⁸ Entre éstas, tal como pudimos ver, se encuentran las (des)marcaciones (trans)nacionales.

Al menos desde las ya clásicas investigaciones de Edmund Leach⁵⁹ y Fredrik Barth⁶⁰ sabemos que las fronteras están impregnadas por el carácter *relacional* de las identificaciones sociales. Tratándose de un complejo proceso de producción cultural, social y político, indagar lo transnacional implica hacerlo más en diálogo con lo nacional que en la oposición radical y binómica. Considerar el carácter relacional y dialógico existente entre las marcas y referencias transnacionales y las nacionales, así como las desmarcaciones implicadas en este proceso, puede ofrecernos un camino de acceso posible al lugar y al agenciamiento en el horizonte y la expectativa revolucionaria que cupo a sectores subalternos latinoamericanos en los sesenta. A modo de ejemplo, para el caso que abordamos aquí, podría afirmarse que la voluntad y la acción de la militancia montevideana para inscribir al Uruguay en la senda latinoamericana es indisoluble de la voluntad y la acción de los “peludos de la UTAA” para incluirse y ser incluidos/as en el colectivo nacional siendo abarcados/as por la legislación vigente en el país. Es este diálogo, atravesado por múltiples mediaciones y expectativas recíprocas, el que ubica a la militancia de la UTAA como parte de los procesos políticos transnacionales de su tiempo.

Bibliografía citada

- Aldrichi, Clara. *La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce, 2001.
- Barth, Fredrik. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE, 1976.
- Blixen, Samuel. *Sendic*. Montevideo: Trilce, 2001.
- Briones, Claudia. *La alteridad del “cuarto mundo”: Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1998.

57 Al respecto véase: Aldo Marchesi, “Ser como los peludos: proyectos revolucionarios e identidades sociales en la izquierda uruguaya de los 60”, texto presentado en *Paradoxical Inequalities in Latin America*, Princeton, 5-6 de mayo de 2006.

58 Véase al respecto Claudia Briones, *La alteridad del “cuarto mundo”: Una deconstrucción antropológica de la diferencia* (Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1998), 19.

59 Edmund Leach, *Sistemas políticos de Alta Birmania* (Barcelona: Anagrama, 1977).

60 Fredrik Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras* (México: FCE, 1976).

- Butler, Judith. "Problemas de los géneros, teoría feminista y discurso psicoanalítico". En Geraldine Nichols (ed.). *Feminismo/Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria, 1992.
- Campodónico, Miguel Ángel. *Mujica*. Montevideo: Ediciones Fin de Siglo, 2001.
- Campodónico, Miguel Ángel. *Las vidas de Rosencof*. Montevideo: Aguilar, 2003.
- Caton, Steven. *Yemen Chronicles*. New York: Hill and Wang, 2005.
- Comaroff, Jean y John Comaroff. *Violencia y ley en la poscolonia: una reflexión sobre las complicidades Norte-Sur*. Buenos Aires: Katz-CCCB, 2009.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *Historia de los Tupamaros* 2 volúmenes. Montevideo: Tae, 1986 y 1987.
- Fontora, Nélica. *Más allá de la ignorancia*. Montevideo: El Fogón, 1989.
- Gatto, Hebert. *El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)*. Montevideo: Taurus, 2004.
- González Sierra, Yamandú. *Los olvidados de la tierra: Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo: FESUR-CIEDUR-Nordan Comunidad, 1994.
- Leach, Edmund. *Sistemas políticos de Alta Birmania*. Barcelona: Anagrama, 1977.
- Leicht, Federico. *Cero a la izquierda: Una biografía de Jorge Zabalza*. Montevideo: Letraeñe ediciones, 2007.
- Mallon, Florencia. "Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-74". En Matthew C. Gutmann, *Changing men and masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press, 2006.
- Marchesi, Aldo. "Ser como los peludos: proyectos revolucionarios e identidades sociales en la izquierda uruguaya de los 60". Presentado en *Paradoxical Inequalities in Latin America*, Princeton, 5-6 de mayo de 2006.
- Markarian, Vania. *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984*. México: Uribe y Ferrari, 2006.
- Merenson, Silvina. "Teorías, prácticas y representaciones de la categoría "campesino" entre los peludos de Bella Unión, República Oriental del Uruguay". *Prácticas de Oficio: Investigación y reflexión en Ciencias Sociales* 5, 2009.
- Merenson, Silvina. *A mi me llaman peludo: Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Buenos Aires: Programa de Posgrado en Ciencias Sociales IDES/UNGS, 2010.
- Moraes, María Inés. *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*. Montevideo: CINVE-CALNU, 1990.
- Porta, Eliseo Salvador. "Cañero". En *Una versión del infierno*. Montevideo: Ibaña, 1968.
- Prieto, Ruben. *Por la tierra y por la libertad: Trabajadores rurales y proceso revolucionario: UTAA y MNLT (Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra)*. Montevideo: Nordan Comunidad, 1986.
- Rey Tristán, Eduardo. *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2006.
- Rosencof, Mauricio. *La rebelión de los cañeros y los hombres del arroz*. Montevideo: Tae, [1969]1989.
- Schwarzstein, Dora. *Entre Franco y Perón: Memoria e identidad de los republicanos españoles en la Argentina*. Barcelona: Crítica/Planeta, 2001.
- Sigaud, Lygia. "Armadilhas da honra e do perdão: usos sociais do direito na mata pernambucana". *Mana* 10, 2004.
- Tinsman, Heidi y Sandhya Shukla. "Introduction: Across the Americas". En Sandhya Shukla y Heidi Tinsman (editors). *Imagining our Americas: toward a transnational frame*. Durham: Duke University Press, 2007.
- Williams, Raymond. *Palabras clave: Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.
- Wood, Elisabeth. *Insurgent collective action and civil war in El Salvador*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Historia de una colaboración anticomunista transnacional

Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta

Mónica Naymich López Macedonio¹

Resumen

Este artículo explica cómo y por qué una agrupación política mexicana de carácter universitario, que originalmente había formado parte de la oposición católica que combatió el proyecto popular y estatista impulsado por los primeros gobiernos emanados de la revolución mexicana, logró incorporarse al movimiento anticomunista internacional en la segunda mitad del siglo XX. Explica cómo y por qué, a principios de los años setenta, esos miembros del movimiento anticomunista mexicano establecieron una colaboración conjunta con el gobierno de Taiwán entonces encabezado por Chiang Kai-Shek, el enemigo de Mao Tse-Tung y de la República Popular China. Esta conexión transnacional sugiere la existencia de nuevos actores y posibilidades para repensar la historia de la Guerra Fría en América Latina.

Palabras clave: Liga Mundial Anticomunista, Chiang Kai-Shek, Federación Mexicana Anticomunista de Occidente-Tecos, Confederación Anticomunista Latinoamericana

Abstract

This article explains why and how a political organization born within a Mexican university as part of the Catholic opposition to the popular and state-driven project of the first governments after the Mexican Revolution managed to join an international anticommunist movement in the second half of the twentieth century. It explains why and how, in the early seventies, they were able to establish joint collaborations with the Taiwanese government led by Chiang Kai-Shek, the enemy of Mao Tse-Tung and the Popular Republic of China. This connection points to the existence of transnational actors and opens up new possibilities for rethinking the history of the Cold War in Latin America.

Key words: Anti Communist World League, Chiang Kai-Shek, Western Anti Communist Mexican Federation-Tecos, Anti communist Latin American Confederation.

1 Maestra en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora; estudiante de doctorado en Historia en el Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, en Asia y América Latina, se fundaron organizaciones que afirmaron su identidad y su existencia en la lucha contra el comunismo. Esas organizaciones trascendieron las fronteras de sus países de origen y crearon lazos cada vez más frecuentes a través de congresos internacionales anticomunistas realizados a lo largo del periodo. Éstos fueron regionales, nacionales e internacionales, algunos de carácter abierto y otros secretos. Constituyeron el soporte ideológico para desestabilizar y ejercer presión política sobre los gobiernos y las asociaciones políticas considerados como amenaza según el criterio de sus militantes. También fueron puntos de convergencia desde donde se planeó y se coordinó la persecución y la desaparición de la supuesta amenaza comunista. A partir de ellos se consolidaron comunidades políticas unidas con el objetivo de defender lo que sus integrantes denominaron la civilización occidental o el mundo libre.

Respondiendo a esa dinámica, en 1967, bajo la cobertura de la política anticomunista del gobierno de Lyndon B. Johnson, fueron constituidas dos organizaciones que establecieron pactos de colaboración al comenzar la década de 1970. Una de ellas fue denominada Federación Mexicana Anticomunista de Occidente (FEMACO) y tuvo como sede permanente la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México; la otra respondió al nombre de Liga Mundial Anticomunista (LMA) y la isla de Taiwán fue su base de operaciones. Este artículo tiene el propósito de explicar cómo y por qué esas organizaciones anticomunistas transitaron de la retórica solidaria mutua a pactos de colaboración operativa. La presente investigación se sustenta con algunos de los registros que la desaparecida policía política mexicana, Dirección Federal de Seguridad (DFS), y la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) entregaron periódicamente al titular de la Secretaría de Gobernación acerca de las acciones políticas de las organizaciones anticomunistas mexicanas identificadas por ese sistema de espionaje.² A partir de esa documentación es posible articular una explicación sobre la referida colaboración anticomunista transnacional y mostrar que esos militantes anticomunistas mexicanos y asiáticos tuvieron sus propias motivaciones e intereses para vincularse al movimiento anticomunista internacional. Tal documentación muestra que esos actores contaron con margen de autonomía respecto de la política anticomunista estadounidense. Es decir, que tuvieron la capacidad para replantear sus alianzas sin intervención estadounidense e, incluso, para cuestionar la política exterior norteamericana cuando no se sintieron apoyados o cobijados por ella. En esta alianza transnacional participaron un gran número de organizaciones: miembros de la iglesia católica que mostraban su desaprobación hacia el Concilio Vaticano II; grupos empresariales y de educación privada que reivindicaban la libre empresa y que rechazaban la presencia del Estado en la economía; gobiernos latinoamericanos y

2 La documentación desclasificada de los archivos de la policía política mexicana está resguardada en el Archivo General de la Nación con sede en la ciudad de México, donde se encuentra abierta a la consulta pública por disposición federal desde el 27 de noviembre de 2001. Esta apertura correspondió a la promesa de campaña más reiterada de Vicente Fox mientras fue candidato a la presidencia. Cambiar el modo que se gobernaba en México implicaba, entre otras cosas, ser juez de los gobiernos que se declararon herederos de la revolución mexicana y reconocer que algunos de ellos habían violentado los derechos humanos de sus opositores políticos. Con este discurso, el gobierno del cambio, como entonces lo definieron los medios de comunicación, se comprometió a decir adiós a la corrupción y a la impunidad. Se comprometió, además, a poner en práctica el ejercicio de la transparencia y el rendimiento de cuentas en las instituciones a su cargo. Fue en este contexto cuando, en noviembre de 2001, creó también la Fiscalía Especial para la investigación de delitos cometidos por servidores públicos en contra de personas vinculadas con Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). Esta institución debía investigar y enjuiciar a los autores materiales e intelectuales de los abusos cometidos, y los archivos de la policía política mexicana serían la base de apoyo documental de las investigaciones.

asiáticos encabezados por militares. Esta alianza transnacional fue definida en el verano de 1972 durante la sexta asamblea de la LMA, la cual fue organizada por la FEMACO en la ciudad de México cuando recibió la encomienda de organizar y dirigir al capítulo latinoamericano de aquél organismo asiático y respondió al nombre de Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL). La FEMACO fue el órgano de pantalla de una agrupación política de corte universitario con identidad católica conocida en México como los Tecos, organización constituida en 1933 como reacción a un proyecto de educación popular que entonces recibió el nombre de educación socialista. Los Tecos formaron parte de la amplia oposición católica que había combatido al proyecto de nación impulsado por los gobiernos emanados de la revolución mexicana. En la segunda mitad del siglo XX, los Tecos se incorporaron al movimiento anticomunista internacional mediante la FEMACO. A través de ella, criticaron a los obispos latinoamericanos que defendieron las reformas planteadas en el Concilio Vaticano II y a todos los miembros de la iglesia católica que mostraron comprensión hacia la lucha armada como método para combatir la injusticia y la desigualdad en Latinoamérica.

Las redes de solidaridad y de colaboración internacional anticomunista que los Tecos construyeron con otros sectores latinoamericanos también preocupados por el activismo político de aquellos obispos latinoamericanos; el involucramiento y la confluencia de intereses entre los Tecos y el movimiento político de Chiang Kai-Shek, que tenía al gobierno de la República Popular China (RPC) como blanco de su militancia anticomunista, son ejemplos de los diversos actores e intereses que deben tomarse en cuenta para repensar la historia de la Guerra Fría en América Latina y para continuar abonando ese terreno en la línea de los trabajos impulsados por Gilbert Joseph, Daniela Spenser, Ariel Armony, entre otros.³ Este artículo arroja algunas inferencias que podrían ser el inicio de futuras investigaciones sobre una posible colaboración mexicano-taiwanesa en la ola represiva que golpeó a Centro y Sudamérica en los años setenta y ochenta del siglo XX.

Los Tecos y la procedencia de su anticomunismo

A diferencia de los movimientos anticomunistas asiáticos, centro y sudamericanos, el movimiento anticomunista mexicano no fue encabezado ni impulsado oficialmente por miembros activos del gobierno.⁴ Como se ha explicado en trabajos precedentes, los gobiernos de la posrevolución no asumieron de forma oficial su carácter anticomunista. Por el contrario, se esforzaron en construir una imagen no alineada e independiente antes, durante y después de la Guerra Fría.⁵ El estudio del movimiento anticomunista mexicano y de sus vínculos transnacionales creados en congresos regionales y mundiales contra el comunismo permite observar la existencia de otras posiciones, actitudes y acciones políticas que se ejecutaron desde México y que no representaron, al menos formalmente, la política oficial de los gobiernos posrevolucionarios. Quienes encabezaron y dirigieron el movimiento anticomunista en México habían sido formados en la ideología

3 Gilbert Joseph y Daniela Spenser (editores), *In From the Cold: Latin America's new encounter with the Cold War* (Duke University Press, 2008).

4 Los actores anticomunistas mexicanos estudiados no pertenecen, al menos formalmente, a las estructuras gubernamentales mexicanas.

5 Lorenzo Meyer, "La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto" en Daniela Spenser (coordinadora), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México: CIESAS-S.R.E.-Porría, 2004), 95-117.

católica más intransigente y violenta a los gobiernos revolucionarios incluso, algunos de ellos, habían militado en las filas de ese movimiento católico entre 1926-1938. La agrupación de jóvenes universitarios convocada por la orden de los jesuitas de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, denominada Tecos, es un ejemplo representativo al respecto.

Los Tecos fueron convocados por los jesuitas con el propósito de que sus miembros se apoderaran del Consejo Universitario de la Universidad de Guadalajara para que desde allí combatieran a la educación socialista. Como no lograron impedir que dicho proyecto de educación se oficializara en el único centro de educación superior en el Estado de Jalisco, se obstinaron en crear una nueva universidad. La Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) logró ser constituida oficialmente en 1935 y representó la primera apuesta de los jesuitas en la educación superior. Apoyados por la burguesía local que rechazaba la política intervencionista del Estado en la economía y por un profesorado que reivindicaba las bondades de una educación liberal y la exaltación del individuo sobre los valores corporativos promovidos por el régimen, lograron fundar la primera y única universidad privada que se constituyó en México desafiando el proyecto revolucionario de nación. De esta manera, impidieron que la educación socialista rigiera todos los estudios de bachillerato y profesionales en Jalisco. En los anales fundacionales de la UAG, una fecha significativa es el 3 de marzo, “el día de los mártires de la libertad de cátedra y autonomía universitaria”, un episodio de su lucha de resistencia violenta en contra del proyecto educativo socialista; de ahí el nombre de su estadio de fútbol. Los Tecos se reivindicaron con orgullo herederos del pensamiento político cristero y, al hacerlo, reafirmaron su oposición y su resistencia ideológica al proyecto laico, estatista y populista de los gobiernos mexicanos que se declararon herederos de la revolución mexicana. La UAG escapó del control oficial y, desde su fundación, ha sido un espacio de sociabilidad que niega los códigos, actitudes, rituales, identidad, memoria y valores difundidos en los centros de socialización que impulsaron los gobiernos revolucionarios.⁶

Haciendo muestra del talento para el cual fueron creados, los Tecos se apoderaron del Consejo Universitario de la UAG y pusieron a esta nueva institución a su servicio político.⁷ Realizaron expulsiones y motivaron la salida masiva de los profesores que habían contribuido en el proceso fundacional e influido en el reconocimiento oficial de la UAG.⁸ Este conflicto provocó que

6 Sobre la trayectoria de la lucha opositora a la educación socialista en Guadalajara hasta la fundación de la Universidad Autónoma de Guadalajara véase Pablo Yankelevich, “La educación socialista” en Fernando Martínez Réding (coordinador), *Historia de Jalisco* (México: Gobierno de Jalisco, 1982, t., IV), 560; Alma Dorantes, *El conflicto universitario en Guadalajara 1933-1937* (México: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco-INAH, 1993); Jean Meyer, “Disidencia jesuita: Entre la cruz y la espada”, *Nexos* 48 (1981); Fernando M. González, “Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas”, *Historia y Grafía* 20 (2003); Fernando González, *Matar y morir por Cristo Rey* (México: UNAM/Plaza y Valdés, 2001). Patricia de Leonardo, *La educación superior privada en México: bosquejo histórico* (México: Editorial Línea, 1993); Federico de la Torre, “La expansión educativa, 1940-1985, la Universidad de Guadalajara y la educación superior”, en Salvador Acosta (coordinador), *Jalisco desde la revolución* vol. XI, t. II (México: Gobierno del Estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1988); Laura Romero, “Los estudiantes entre el socialismo y el neoconservadurismo” en Laura Patricia Romero (coordinadora), *Jalisco desde la revolución* vol. V (México: Gobierno del Estado de Jalisco-U. de G., 1998).

7 Sobre este proceso de purga interna véase F. González, “Los orígenes y el comienzo de una universidad católica”.

8 Iniciaron a su interior la depuración de todos aquellos elementos partidarios del liberalismo, socialismo, cristianismo social y de cualquier otra ideología que consideraron disidente de la propia. Por ese camino instituyeron un gobierno de corte dictatorial, semejante al que habían combatido, A. Dorantes, *El conflicto universitario en Guadalajara*, 256.

empresarios y banqueros locales retiraran su apoyo financiero a la UAG, el cual fue proporcionado a un nuevo proyecto de educación superior privada impulsado por el sector de los jesuitas del Instituto de Ciencias de Guadalajara que, para entonces, también había abandonado a la UAG. Limitada su intervención en la UAG, los jesuitas fundaron el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) en 1958, apoyados por empresarios jaliscienses y por la decidida anuencia del arzobispo de Guadalajara José Garibi Rivera, quien entonces decidió quitar la exclusividad de universidad católica a la UAG.⁹ La creación de una tercera universidad en el Estado de Jalisco, producto del enfrentamiento entre los grupos de poder local, significó un duro golpe para la UAG. Al ver reducido su apoyo local, los Tecos permitieron el acceso de vastos apoyos provenientes tanto de monopolios privados mexicanos como extranjeros y de múltiples organismos y fundaciones de Estados Unidos, incluido el Departamento de Estado de ese país. Hasta 1957 la UAG fue una institución vinculada a los intereses oligárquicos locales, portavoz de un amplio sector de clases medias tradicionalistas en su ideología y con una concepción defensora de las profesiones liberales. Libre empresa, no intervención del Estado en la economía, libertad de cátedra y autonomía universitaria, derecho de la familia a educar según los principios religiosos, fueron los lemas conceptuales que se ligaron a un profundo anticomunismo como eje ideológico-político.¹⁰

La internacionalización de los Tecos

Entre 1935 y 1960 los Tecos se enfrentaron al problema de la consolidación de la UAG y a las rivalidades políticas locales, las que fueron decisivas en la internacionalización de su oferta educativa. Ésta se vio favorecida además, por la nueva estrategia de desarrollo con apertura al capital transnacional que el régimen posrevolucionario mexicano impulsaba y que consistió en la firma de convenios para dar seguimiento a la política de recepción de capitales estadounidenses en México. Uno de esos convenios comprendía a la educación superior para “ayudar a los países llamados del tercer mundo en la formación de técnicos para la industria”, programa que, traducido al español sincero, significaba garantizar recursos humanos técnicos e ideológicamente preparados para incorporarse a las empresas transnacionales estadounidenses que empezaban a implantarse en México.¹¹ En este contexto, los Tecos se lanzaron a impulsar la reforma educativa y administrativa de la UAG. Buscaron asesoría en el extranjero asistiendo a seminarios y reuniones de educación en Estados Unidos, lo que ha propiciado que un número importante de estudiantes estadounidenses se encuentre matriculados en la UAG hasta hoy.¹² Fue casi al principio de la administración de Lyndon B. Johnson (1963-1968), señala Laura Romero, “cuando la UAG inició su plan maestro de desarrollo auspiciado por la filantropía mexicana e internacional que ascendió

9 El ITESO apoyado por profesionistas, banqueros, comerciantes e industriales tapatíos, es reconocido como un proyecto de gente cien por ciento jaliscienses, F. De la Torre, “La expansión educativa”, 67.

10 F. De la Torre, “La expansión educativa”, 70.

11 Gilberto Guevara Niebla, *El saber y el poder* (México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 1983), 136-7.

12 Participaron, por ejemplo, en la 1ª reunión de Consejos Nacionales de Investigación, en Washington (1962); 3º y 4º Seminarios de Educación Superior en las Américas, Universidad de Colorado (1962) y Kansas (1963); Seminario sobre Administración Universitaria, Universidad de Houston (1964 y 1965); Universidad de California, Berkeley (1966 y 1969); Universidad de Wisconsin, Milwaukee y Madison (1967). Antonio Alanís Huerta, “Marco histórico referencial, fortalecimiento y debilitación de la educación pública”, en S. Acosta (coord.), *Jalisco desde la revolución*, 148.

al presupuesto anual de 35 a 52 millones de pesos y permitió incrementar al triple su alumnado”.¹³ Sostiene, además, que la Agencia Internacional para el Desarrollo fue una de las instituciones que contribuyó al aumento exorbitante del presupuesto de la UAG y que una de las funciones de ese organismo internacional ha sido “programar la auscultación política para que Estados Unidos influya en las decisiones de los países”, además, la opinión pública norteamericana la ha identificado como mampara internacional de la CIA. Los Tecos consiguieron nuevos socios capitalistas para la UAG, los cuales le hicieron promoción a nivel local, nacional e internacional y, debido a la presencia ideológica de Estados Unidos en los sectores sociales altos de Centro y Sudamérica, se ha mantenido la demanda de estudiantes de esos países puesto que pueden estudiar bajo un modelo educativo norteamericano sin el problema del idioma y con costos más barato.¹⁴ En lo que se refiere a los nuevos socios capitalistas, algunos de ellos formaron parte del máximo órgano de su estructura.¹⁵ Los directivos de la UAG declaran no tener propósitos lucrativos, no recibir subsidios o ayuda económica del Estado y de organismos religiosos; sus estudios fueron incorporados a la UNAM con pleno reconocimiento nacional e internacional.¹⁶

El ingreso de los Tecos en el movimiento anticomunista internacional

La relación que los dueños de la UAG construyeron con instituciones educativas estadounidenses en su etapa de consolidación debió favorecer su involucramiento en la política anticomunista que el gobierno de Lyndon B. Johnson (1963-1968) impulsó para prevenir otro desafío semejante al experimentado en la isla de Cuba. Los Tecos fueron los aliados mexicanos de la política

13 Entrevista al vice-rector de la UAG, licenciado Antonio Leño, por el periódico *Novedades*, publicada en la revista *Alma Mater*, órgano interno de la UAG, julio de 1970, Laura Romero, “El movimiento fascista en Guadalajara” en Jaime Tamayo (coordinador), *Perspectivas de los movimientos sociales en la región Centro-Occidente* (México: Línea, 1986, U. de G.-UNAM), 41.

14 L. Romero, “El movimiento fascista en Guadalajara”, 4, 41 y 42.

15 El Consejo de Directores, compuesto por treinta personas, en su mayoría empresarios: señor José Represas, presidente de la Comisión Nestlé; licenciado Agustín Legorreta, Banamex; señor Manuel Espinosa Iglesias, Bancomer; doctor José Luis Curiel, señor González Garza; señor Francisco Xavier Sauza, Compañía Sauza; arquitectos Fontané y Corona; señor Salvador López Chávez, dueño de la empresa de calzado Canadá. También reciben apoyo para programas especiales: OEA, Fundación Ford, Fundación Rockefeller, Fundación Jenkins, Banco de México; Ernesto Robles León, presidente de la Compañía Bacardí; Lic. Ballesteros, presidente de la Compañía de Aviación; los hermanos Leñero, uno de ellos presidente de la Asociación de Productores de Coco, L. Romero, “Los estudiantes entre el socialismo y el neoconservadurismo”, 172.

16 Los directivos de la UAG defienden su proyecto educativo argumentando, entre otras cosas, que México vive un proceso de desarrollo industrial retardado. Esto porque el desarrollo nacional depende, fundamentalmente, del desarrollo individual que debe ser fomentado por la educación. Es decir, el Estado no debe intervenir en la economía y en esa idea deben ser educados los mexicanos, si en verdad se quiere un verdadero desarrollo nacional. También sostienen que en el crecimiento económico, la empresa juega un papel progresista porque no solo persigue el lucro sino también la provisión de bienes y servicios útiles a la sociedad. En consecuencia, la UAG tiene como finalidad principal prestar un servicio a las empresas nacionales, brindando así un servicio a la sociedad. Sin embargo, sostiene Patricia de Leonardo, “la UAG tiene poca injerencia en la producción científica de este país, y muy posiblemente menos en la búsqueda de alternativas tecnológicas o de innovaciones en el campo educativo o cultural”. Sostiene, además, que la UAG ha desarrollado más que en cualquier otra área en ciencias de la salud. Tiene convenios internacionales especialmente con Estados Unidos para que sus estudios tenga reconocimiento de ese país. Gracias a ello recibe anualmente un alto porcentaje de estudiantes estadounidenses que realizan sus estudios de medicina en UAG (se dice que muchos de ellos rechazados por las instituciones estadounidenses). L. Romero, *La educación superior privada en México*, 169-76.

anticomunista del gobierno de Johnson. En 1967 constituyeron la FEMACO, a través de la cual expusieron sus filias y sus fobias respecto al orden geopolítico y sociopolítico internacional y, con ella, se involucraron en el movimiento político anticomunista internacional. La FEMACO nació el mismo año que la LMA. Es decir, en un momento en que el gobierno de Johnson, bajo la cobertura de la Doctrina Mann, estuvo dispuesto a apoyar el nacimiento de dos organizaciones anticomunistas en escenarios geográficamente lejanos entre sí, pero donde parecía estar en creciente expansión un movimiento político internacional que cuestionaba el intervencionismo económico y militarista estadounidense.¹⁷ Expresión de esa creciente organización fue el congreso internacional que los miembros de ese movimiento celebraron en 1966 en La Habana, Cuba, con el propósito explícito de unir esfuerzos para combatir el imperialismo estadounidense y a sus agentes regionales mediante la coordinación y la solidaridad de las izquierdas de América Latina, Asia y África. Durante este congreso se creó la Organización de Solidaridad entre los Pueblos de Asia, África y América Latina (la OSPAAAL) conocida como la Tricontinental. En esta reunión el gobierno de Fidel Castro hizo oficial la determinación de dirigir a un organismo coordinador de los movimientos armados en América Latina; iniciativa que fue concretada en julio de 1966 cuando las 27 delegaciones que asistieron crearon la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) con sede en La Habana. La Tricontinental tuvo su primera reunión en julio de 1967 y, entonces, quedó confirmada la profunda división que existía entre las izquierdas latinoamericanas, las cuales pretendían conquistar el poder y desde él hacer la revolución. En eso estaban de acuerdo, pero el camino para conseguirlo delimitó claramente dos posiciones: por un lado, los que le apostaban a las urnas y, por el otro, los que veían en las armas el único y auténtico camino.

La FEMACO nació en julio de 1967 y la LMA en septiembre de ese año, lo que permite inferir que nacieron bajo la cobertura de la política anticomunista impulsada por el gobierno de Johnson, aunque con motivaciones e intereses propios que deben ser esclarecidos. Es decir, los grupos que se involucraron en el movimiento internacional de lucha contra el comunismo no fueron marionetas de la política estadounidense. Los Tecos tuvieron como blanco principal de su militancia anticomunista al sector de la iglesia católica que, en 1967, continuaba en la lucha por hacer realidad las reformas que habían sido planteadas durante el Concilio Vaticano II celebrado entre 1962 y 1965. Este concilio de orientación pastoral fue la respuesta de la iglesia católica vaticana a la revolución cubana, pues el triunfo del Movimiento 26 de julio en Cuba le había mostrado que las sociedades contemporáneas estaban organizándose exitosamente sin el auxilio, y a pesar, de la institución eclesial.¹⁸ Con actitud inteligente el Concilio Vaticano planteó

17 El 19 de marzo de 1964, Thomas C. Mann, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos durante la administración Lyndon B. Johnson, formuló una doctrina que marcó el quehacer hemisférico estadounidense entre 1963 y 1968. Fue conocida como la Doctrina Mann y advertía que los Estados Unidos no tolerarían que una “facción comunista” tomara el poder en algún lugar del hemisferio. Para evitarlo, emplearían todos los recursos a fin de resguardar a cualquier república “cuya libertad estuviera amenazada por fuerzas impuestas más allá de las costas del continente americano”; además, se comprometió a impulsar el crecimiento económico, mantener una actitud neutral respecto a las reformas sociales, proteger las inversiones privadas norteamericanas y no interferir en sus asuntos internos, Ana Rosa Suárez Argüello, “México, los Estados Unidos y la política interamericana durante el gobierno de Lyndon B. Johnson (1963-1968)”, *Revista de ciencias sociales y humanidades. UAM* 17 (1989).

18 El Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII y, luego de su muerte, continuado por su sucesor Paulo VI fue celebrado entre 1962 y 1965. Fue convocado oficialmente a través de la constitución apostólica *Humanae Salutis*, el 25 de diciembre de 1961. Eduardo Sota, et al., *Concilio Vaticano II: logros y tareas, una reflexión a treinta años* (México: Universidad Iberoamericana, Dpto. de Ciencias Religiosas-Centro de

la necesidad de que la iglesia católica reconsiderara su actitud hacia el mundo moderno y sus cambios.¹⁹ Durante este concilio no se habló de marxismo pero sí de la necesidad de construir una iglesia católica comprometida y ya no sólo solidaria con los sectores sociales más vulnerables económicamente.²⁰ Este viraje político eclesial reivindicó el diálogo, la comprensión y la apertura hacia otros credos e ideologías como el socialismo, y encontró una poderosa y violenta oposición en la *Yesum Concordia pro Ecclesia Católica Romana* (Alianza Católica por la Iglesia Romana), una alianza internacional coordinada por los denominados católicos tradicionalistas. En México, una figura representativa de ese movimiento fue el jesuita Joaquín Sáenz Arriaga, líder espiritual de los Tecos.²¹

El anticomunismo de los Tecos a través de la FEMACO y su desconocimiento al pontificado de Paulo VI

Los Tecos, a través de la FEMACO, mostraron una constante preocupación por el avance del movimiento cristiano por el socialismo que algunos obispos latinoamericanos impulsaban en las iglesias bajo su jurisdicción y que no mantenían una actitud de condena respecto de la revolución armada.²² A través de la FEMACO, constituida en 16 de julio de 1967 en la ciudad de Guadalajara, los Tecos reprodujeron el discurso de los tradicionalistas.²³ Es pertinente señalar

Integración Universitaria, 1996); Enrique Dussel, *Historia de la iglesia en América Latina: coloniaje y liberación* (México: Nova Terra, tercera edición, 1974), 9.

- 19 Los concilios anteriores habían sido convocados con actitud de condena para resolver cuestiones dogmáticas exclusivamente europeas. El Concilio de Trento (1545-1563) contra la “desviación teológica” de la reforma protestante, que pedía el acceso directo a la biblia, la fe personal sin mediación, el oficio de la eucaristía en la lengua propia de cada pueblo. El Concilio Vaticano I (1869-1870), contra la modernidad y sus errores, es decir, contra el movimiento social y político desatado por la revolución francesa y por la depreciación y ataque a la institución eclesial, el avance arrasador del liberalismo, las unificaciones nacionales, la pérdida territorial del papado.
- 20 Phillip Berryman, *La teología de la liberación* (México: Siglo XXI, 1989), 20. Acuerdos conciliares: decreto sobre los medios de comunicación (*inter mirifica*); constitución dogmática sobre la iglesia (*Lumen gentium*); decreto sobre ecumenismo (*unitatis redintegratio*); decreto sobre las iglesias orientales (*orientalium Ecclesiarum*); constitución dogmática sobre la divina revelación (*Dei Verbum*); la constitución pastoral sobre la iglesia y el mundo moderno (*Gaudium et spes*); decreto sobre el oficio pastoral de los obispos (*Christus Dominus*); decreto sobre la renovación de la vida religiosa (*Perfectae caritatis*); decreto sobre la formación sacerdotal (*Optatam totius*); decreto sobre el apostolado de los seglares (*Apostolicam actuositatem*); decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros (*Presbyterorum Ordinis*); decreto sobre la actividad misionera de la iglesia (*Ad gentes divinitus*); tres declaraciones: sobre la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*), sobre la educación cristiana de la juventud (*Gravissimum educationis*) y sobre las relaciones de la iglesia con las religiones no cristianas (*Nostra aetate*), véase E. Sota, et al., *Concilio Vaticano II*, 10.
- 21 Entrevista a Joaquín Sáenz Arriaga, realizada por Alicia Olivera de Bonfil, los días 15, 19, 25 de junio; 8, 23, 25 y 30 de julio de 1973, ciudad de México, Archivo de la Palabra, Instituto Mora, 1978.
- 22 Un caso emblemático de la línea católica de la revolución con las armas fue el sacerdote colombiano Camilo Torres, quien desde diciembre de 1965 se había unido a las guerrillas colombianas, muriendo en combate el 15 de junio de 1966, véase P. Berryman, *La teología de la liberación*, 21.
- 23 El cuerpo directivo de la FEMACO estaba constituido de la siguiente manera: Jorge Prieto Laurens, presidente honorario perpetuo; Raimundo Guerrero Guerrero, presidente, y Rafael Rodríguez López, vicepresidente, este último como Raimundo Guerrero, profesor de la UAG. Secretarios: de actas Juan Daniel Montañón; de acuerdos Dr. Antonio García Carrillo; de organización Dr. Alejandro Brambrillo Centeno; de prensa José Chávez Chávez; de propaganda Jorge Paredes Tirado; de publicidad Antonio Rostro Fernández; de finanzas Ernesto Camacho; de acción femenina Teresa Castillo Sahagún; de acción social Arturo Velasco; de seguridad: J. Jesús

que la citada fecha de nacimiento de este organismo anticomunista es sumamente significativa para comprender su perfil político. En palabras del líder espiritual de los Tecos, esa fecha marcó el inicio de la persecución religiosa en México,²⁴ lo que desembocó en la denominada “guerra cristera” entre 1926 y 1929,²⁵ uno de los episodios de la historia de México reivindicados en los anales de la UAG. Los directivos de la UAG, los Tecos, se asumieron como herederos de la herencia política cristera recordando ese pasaje de la historia de México como un episodio de gran trascendencia, del que se sintieron parte y que los dotó de identidad: el valor de la violencia justa como principio rector de su práctica política. En la UAG quedó conformado el Centro de Estudios Cristeros y la Cátedra Anacleto González Flores “en honor a quien en vida fuera líder cristero de Jalisco, Zacatecas, Guanajuato, Michoacán y Colima y quien organizó a los católicos de la Acción Católica de la Juventud Mexicana”. La cátedra pretende “dar a conocer la vida y el entorno de Anacleto, así como de la Cristiada en general y dar a conocer la trascendencia de ésta”. Desde allí promovieron la revista *Ítem Cristero* y en su calendario festivo se incorporaron las “efemérides cristeras”.²⁶

A partir de 1967, Los Tecos difundieron sus ideas a través de la revista *Réplica*, el medio oficial de difusión de la FEMACO.²⁷ En las asambleas periódicas de la FEMACO, los Tecos se dirigieron continuamente al Papa Paulo VI para que reconsiderara su posición respecto a las reformas del Concilio Vaticano II destacando los argumentos que su líder espiritual había formulado sobre lo peligroso que resultaba, para el mantenimiento de la paz social mundial, salirse del marco que establecía el Concilio de Trento. También para que reprimiera a los obispos latinoamericanos que no mantenían una posición moderada respecto a la revolución armada. Aquí un ejemplo del tono de su discurso:

Santísimo Padre: enviamos a su santidad 100, 000 firmas de católicos mexicanos, suplicándole respetuosamente tome medidas prohibir que clérigos católicos mexicanos, fomenten el desarrollo revolución comunista en América Latina, traicionando a la iglesia, a su patria y a su pueblo al que pretenden reducir a la horrenda esclavitud del comunismo ateo. Nos solidarizamos con las solicitudes parecidas enviadas a su santidad por cardenales y obispos de Brasil y Buenos Aires. Sus Hijos en Cristo: FEMACO.²⁸

Tirado; de adoctrinamiento Álvaro Romo de la Rosa. Primer Congreso Regional Anticomunista de Occidente, informe del 16 de julio de 1967, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1-72 L-4 H-41.

24 Entrevista a Joaquín Sáenz Arriaga, 1973.

25 Fue el conflicto armado que enfrentó al gobierno mexicano con el pueblo católico, en su mayoría campesino. Tal conflicto estalló cuando el gobierno de Plutarco Elías Calles intentó aplicar la Constitución de 1917 en su reglamentación sobre las iglesias. Dos reglas fueron insoportables para la iglesia católica: la obligación de los sacerdotes a inscribirse ante la Secretaría de Gobernación y la facultad del Estado para decidir el número de sacerdotes convenientes en cada espacio del país.

26 Véase la página oficial de la UAG: <www.uag.mx>.

27 El primer número de ésta revista apareció el 5 de octubre de 1967, su director fue Sergio Américo Lastra Reza. Informe de octubre 1967, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp.100-12-15-67 L-1 H.-1.

28 FEMACO-Guadalajara, Jalisco, informe del 17 de agosto de 1968, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp.100-12-1-68 L-15 H-312.

Este mensaje fue la reacción inmediata que los Tecos manifestaron en contra de los obispos congregados en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM),²⁹ quienes se habían reunido en agosto de 1968 en Medellín, Colombia, para celebrar su Segunda Conferencia General y, desde ahí, habían exhortado a los cristianos y a la institución eclesial a comprometerse con la transformación de la sociedad y con quienes hablaran de la existencia de una violencia institucionalizada o gubernamental, refiriéndose a ella como una situación de pecado, de transgresión a la ley divina.³⁰

La verdadera aplicación del Concilio Vaticano II en América Latina no se produjo en el orden nacional sino en el continental, sostiene Phillip Berryman.³¹ Por eso, las respuestas en su contra fueron también continentales.³² Los anticomunistas mexicanos estrecharon lazos de colaboración e intercambio de propaganda entre los sectores tradicionalistas del continente como la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, uruguaya, argentina y chilena. Jorge Prieto Laurens, presidente honorario perpetuo de la FEMACO, difundió la ideología de esas organizaciones sudamericanas a través del órgano oficial del Frente Popular Anticomunista: *Divulgación Histórica, Orientación y Propaganda*.³³

Aunque la postura oficial del Papa Paulo VI respecto de la revolución armada era clara al reivindicar el combate sereno, no armado, para hacer frente a la injusticia y a la desigualdad, los sectores tradicionalistas terminaron desconociendo su pontificado. Lo que volvió intolerable la comunión entre el movimiento tradicionalista y el pontificado de Paulo VI fue que los obispos latinoamericanos que mantenían una actitud comprensiva hacia los medios utilizados por los grupos armados que entonces proliferaban por el continente y que, además, se habían declarado miembros de un movimiento de cristianos por el socialismo, continuaban dentro de la iglesia católica con cargos de importancia. Los Tecos desconocieron la autoridad de Paulo VI cuando su líder espiritual Joaquín Sáenz Arriaga fue excomulgado de la iglesia católica.³⁴ Esto ocurrió a finales de 1971, luego de la

29 La Primera Conferencia General fue celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en 1955 que produjo entre otras resoluciones el nacimiento de la CELAM como organismo de contacto y colaboración con los distintos episcopados nacionales del continente.

30 Pedían cambios rápidos, vigorosos, urgentes y profundamente renovadores; describían la educación como un proceso que permitía al pueblo “convertirse en actor de su propio progreso”. Se habló de “comunidades de base”, un término que se había acuñado recientemente para designar a pequeños grupos de cristianos que encabezaban a los laicos. Pocas comunidades como esas existían entonces, pero pronto se extenderían, P. Berryman, *La teología de la liberación*, 26-7.

31 P. Berryman, *La teología de la liberación*, 224.

32 La FEMACO realizó “sesiones de debate” sobre la agresión y las pretensiones del comunismo en México, Latinoamérica y el mundo. Tenía un Consejo de Representantes del Anticomunismo de América Latina (CRAAL) a través del cual se exponía sobre la infiltración del comunismo entre los obreros, los estudiantes, los profesores, los campesinos y el clero en los diversos escenarios de Latinoamérica. Los agentes de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) registraron que “la CRAAL afiliado a la FEMACO se fundó en Guadalajara en 1967 –durante el Primer Congreso Regional Anticomunista de Occidente– y cuenta en la actualidad –la FEMACO– con 27 asociaciones de carácter católico tales como los Caballeros de Colón y directivos de colegios católicos. Controlados a su vez por José Salazar López, Arzobispo de Guadalajara y contando con miembros como el licenciado Raimundo Guerrero Guerrero, Sergio Américo Lastra Reza, Jorge Prieto Laurens, Oscar Dena Romero, Salvador Cervantes, Margarita Michelena”. México, DF., 3 de julio de 1971, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, t., I.

33 “Incompatibilidad entre socialistas y católicos”, cuadernillo, Número 6, 1970, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, t., I.

34 La excomunión fue realizada por el cardenal Darío Miranda y Gómez. En muestra de solidaridad con Sáenz Arriaga jóvenes universitarios de la ciudad de Roma destruyeron el escudo del cardenal Miranda además de

publicación de *La Nueva Iglesia Montiniana*, en la que Sáenz Arriaga aseguraba que la iglesia del concilio Vaticano II era la iglesia de Paulo VI, un infiltrado judío en “la iglesia de Dios”. En palabras de su autor, este libro fue juzgado en Roma por los órganos principales de la prensa como un “Best Seller a la dinamite”, causó gran sensación mundial, se hicieron traducciones en distintos idiomas: italiano, inglés, francés, alemán, portugués, y recibió mil ochocientas cartas de todo el mundo como muestra de adhesión. Una de ellas provino del uruguayo Fernando Bosch, quien hizo la traducción del libro al inglés.³⁵ En la percepción de Sáenz Arriaga, Paulo VI parecía estar en la línea del movimiento católico progresista y, en consecuencia, los tradicionalistas tendrían que luchar al margen de su pontificado para volver a la iglesia católica tridentina.³⁶

Los Tecos, como otras militancias políticas mexicanas, fueron vigilados por los servicios de inteligencia del régimen posrevolucionario pero, a diferencia de algunas de ellas, su actividad política e ideológica fue tolerada. Los informes de los servicios de inteligencia mexicanos son una fuente valiosa para aproximar una caracterización de la militancia anticomunista de los Tecos pero también constituyen la oportunidad para reflexionar sobre el por qué de las distintas formas de respuesta del régimen posrevolucionario a la información recabada por su sistema de espionaje. Desde esta perspectiva se puede afirmar que las respuestas del régimen posrevolucionario respecto a la militancia política y a la violencia planificada que operó en México no fue sólo de intolerancia y de sistemático aniquilamiento. De acuerdo con la documentación consultada, la forma de operar de los Tecos fue registrada por la DFS al comenzar la década de los años setenta. Entonces, la policía política mexicana descubrió que la FEMACO, su revista *Réplica* y la Asociación de Egresados eran organismos de pantalla de la Asociación Fraternal de Estudiantes de Jalisco (AFEJ), mejor conocida como los Tecos.³⁷ Entonces el presidente de la FEMACO,

dejar los siguientes mensajes: “Sesenta años por Cristo y por México, Miranda traidor”; “Padre Sáenz, los católicos estamos con usted”; “Viva el padre Sáenz”. Entrevista a Joaquín Sáenz Arriaga, 1973.

- 35 Fechada el 11 de julio de 1973 y enviada desde Montevideo, Uruguay, Fernando Bosch escribió “abogado a la tarea de traducir su libro, *La Nueva Iglesia Montiniana*, para el Christian Book Club of America, he tenido naturalmente que empaparme de su contenido, conociendo lo duro de la lucha de sacerdotes como usted que no militan en el bando, por ahora victorioso, creo mi deber sumar mi humilde voz a las congratulaciones que sin duda ha recibido por su libro de todo el mundo. Permítame decirle que me ha impresionado no sólo el material explosivo de la obra, sino el tono justificadamente duro y cortante como el de nuestro señor y los primeros padres de la iglesia cuando fustigaban a los judíos de Isidas. En sus propias admirables palabras ya no es tiempo de guardar prudencia, ya no podemos callar ante la espantosa abominación que estamos contemplando, es mi firme convicción de que el suyo es un libro inspirado, una de las obras que tarde o temprano despertará la gran reacción que acabará con el judaísmo y sus instrumentos, masonería y comunismo”. Entrevista a Joaquín Sáenz Arriaga, 1973.
- 36 Sáenz Arriaga se declaró defensor del Concilio de Trento y fue portador de una ideología profundamente antisemita, se declaró en contra de una iglesia de los pobres, porque ésta, decía, “debe trabajar con ricos y pobres porque la desigualdad es la naturaleza del ser humano creada por Dios y, por lo mismo, es incuestionable”. Sobre el cambio de la liturgia del latín a las lenguas nacionales opinaba que “en vez de la liturgia eucarística, tenemos ahora la liturgia de la palabra y la liturgia de la palabra es totalmente de origen protestante”, para él la biblia no debía ser interpretada a juicio de los individuos porque únicamente había una sola interpretación, “la de Dios y en latín”. Entrevista a Joaquín Sáenz Arriaga, 1973.
- 37 Informe del 20 de noviembre de 1972, “Organización Clandestina Anticomunista Nazi-Fascista”, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 15-12-72 L-1 H-28-34. La Asociación de Egresados en la actualidad vigente en el seno de la UAG, fue fundada según se expresa en la página oficial de la UAG en 1966 “con el fin de vigorizar el intercambio académico y científico entre la casa de estudios y los profesionistas egresados diseminados en casi todos los estados del país y en el extranjero”.

Raimundo Guerrero Guerrero, fue identificado como “prominente miembro” de los Tecos y los agentes indagaron sobre su trayectoria política.³⁸ Sobre la AFEJ registraron:

su inspirador y fundador es el Lic. Carlos Cuesta Gallardo; tiene un Consejo Supremo integrado por Cuesta Gallardo y el Lic. Antonio Leño Álvarez del Castillo, vicerrector de la UAG; el rector Dr. Luís Garibay, el Consejo Universitario, los directores de las Facultades de la misma casa de estudios, los dirigentes de la Federación de Estudiantes de Jalisco [FEJ]; los presidentes de las sociedades de alumnos de la UAG y un grupo de maestros perfectamente seleccionados e incondicionales de los dirigentes. Las reuniones de la agrupación se efectúan en la mansión de Carlos Cuesta Gallardo en forma secreta. Este profesionista casi nunca sale a la calle, viviendo como aristócrata. El Lic. Antonio Leño Álvarez del Castillo es el gran maestro de los Tecos y el presidente de la Comisión del Control Político Universitario.³⁹

También registraron datos biográficos de Antonio Álvarez del Castillo y de Carlos Cuesta Gallardo.⁴⁰ Para el momento de la excomuniación del líder espiritual de los Tecos la policía política mexicana registró el activismo de la FEMACO en los siguientes términos: “es una organización de extrema derecha y cuenta con subsidios de la UAG, del clero y empresas de Guadalajara. En sus asambleas ataca al comunismo en todas sus manifestaciones, al clero progresista y de manera sistemática al obispo Sergio Méndez Arceo quien, dicen, es el principal enemigo de México y causante de que el socialismo sea introducido a la Iglesia católica”.⁴¹ La expulsión del líder espiritual de los Tecos de la iglesia católica expresó las profundas divisiones ideológicas y políticas que existían al interior de esa institución, las mismas que favorecieron que miembros del movimiento tradicionalista tejieran alianzas con los miembros del movimiento anticomunista de

38 Raimundo Guerrero Guerrero nació en 1925 en Guadalajara Jalisco. Estudió la secundaria y preparatoria en la UAG e hizo la carrera de jurisprudencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia –como Prieto Laurens– y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UAG; obtuvo su título profesional en 1956. Fue secretario de la UAG en 1958. En 1960, dirigió las brigadas de choque encargadas de evitar imprevistos durante el acto de conmemoración del XXV aniversario de la UAG. En los años sesenta fue director de la Facultad de Derecho de la UAG.

39 Informe del 24 de abril de 1970, “El Clero y sus organizaciones eclesiásticas y seglares”, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 15-3-70 L-10.

40 “Álvarez del Castillo posee grandes extensiones de tierra en la región de Tecomán, Colima. Fue asesor del Lic. Francisco Velasco Curiel, anterior gobernador de Colima y lo sigue siendo del actual, profesor Pablo Silva García”. Informe del 24 de abril de 1970. “El Clero y sus organizaciones eclesiásticas y seglares”, AGN, DFS-Gobernación, exp. 15-3-70 L-10 H-137. Carlos Cuesta Gallardo en 1960 fue miembro de la Organización Patriótica Anticomunista. En marzo de 1967 la FEJ le rindió homenaje público por ser fundador de la UAG y primer presidente de la FEJ. En abril de 1970, jefe del Movimiento Mexicanista de Integridad Cristiana, agrupación fundada en 1934 en Guadalajara, Jalisco. A los 18 años realizó mítines y manifestaciones en señal de protesta contra la educación laica y el régimen educacional. En las reuniones que realizó la Organización Patriótica Anticomunista, ramificación del Movimiento Mexicanista de Integridad Cristiana, se señala que para formar parte de ellas debían seguirse lineamientos clandestinos y que los candidatos a figurar en ella tenían que pasar una investigación minuciosa, cuyos resultados se le enviaban directamente a Cuesta Gallardo, quien proporciona los medios económicos para el sostenimiento de las organizaciones en las que se realizan prácticas periódicas de defensa personal, sabotaje, terrorismo. Todos sus miembros usan seudónimos”. Informe del 20 de noviembre de 1972, “Organización Clandestina Anticomunista Nazi-Fascista”, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 15-12-72 L-1 H34-35.

41 Informe 29 de octubre de 1971, “FEMACO”, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 100-12-15-71 L-1 H-3 y 4.

Chiang-Kai-Shek para, desde este frente, fortalecer su lucha contra el clero progresista. Es oportuno explicar las razones que los miembros de ese movimiento anticomunista asiático tuvieron para replantear sus relaciones de solidaridad con las organizaciones anticomunistas latinoamericanas al comenzar la década de 1970. Para comprender esa confluencia de intereses es necesario conocer la naturaleza de ese movimiento anticomunista asiático.

El anticomunismo de Chiang Kai-Shek

Mientras el blanco de la lucha anticomunista de los Tecos fue el clero progresista, para el movimiento anticomunista de Chiang Kai-Shek lo fue el gobierno de la RPCh. Chiang había sido uno de los protagonistas centrales de la guerra civil China y uno de los más feroces enemigos del proyecto de nación impulsado por Mao Tse-Tung. La guerra civil en China culminó en 1949 con la victoria de este último, quien proclamó el nacimiento de la RPCh después de que sus huestes derrotaron a las fuerzas militares de Kuomintang o Partido Nacionalista, las cuales habían sido financiadas por el gobierno de Harry Truman y dirigidas por Chiang Kai-Shek. Tras ser derrotado, Chiang se refugió en la isla de Taiwán, a sólo 160 kilómetros del territorio continental chino, e instauró el gobierno de la República de China Nacionalista sin dejar de proclamar su determinación de continuar luchando para volver al territorio continental chino. Taiwán, isla provincia, había sido recuperada por China continental después de la derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1949 se convirtió en el refugio de la oposición política al gobierno de la RPCh.⁴² Desde entonces, los gobiernos estadounidenses utilizaron estratégicamente al gobierno de Chiang Kai-Shek en su plan de presión diplomática y económica hacia la RPCh. El gobierno de Chiang fue reconocido como el gobierno legítimo de China por la comunidad internacional congregada en la ONU y desconoció el gobierno instaurado por los comunistas chinos. Por su parte, el gobierno de Mao intentó recuperar la isla de Taiwán porque esa amputación territorial, además de lastimar su soberanía política, representaba una amenaza constante a su seguridad nacional por ubicarse en ella uno de los bastiones que formaban parte del cerco militar estadounidense en Asia en contra de su gobierno. El apoyo político y económico que desde entonces el gobierno de Chiang Kai-Shek recibió de los gobiernos estadounidenses mostró a la RPCh que no podría recuperar la provincia de Taiwán sin el consentimiento de los Estados Unidos.⁴³

42 Sobre la historia de China desde los primeros contactos y pretensiones imperialistas de occidente y Japón y el desmembramiento del sistema imperial Manchú hasta el triunfo de los comunistas chinos, véase a John King Fairbank, *Historia de China, siglos XIX y XX* (Madrid: Alianza Universidad, 1986); Evans Harriet, *Historia de China desde 1800* (México: Colegio de México, 1989).

43 Tanto el gobierno de la RPCh como el gobierno del Kuomintang no difieren respecto a la situación legal de Taiwán, ambos están de acuerdo en que esa isla es una provincia de China; lo que relaman es la jurisdicción sobre toda China. Mientras el Kuomintang gobernó Taiwán acalló todas las pretensiones independentistas que brotaron en la isla por considerarlas una amenaza, tanto para la hegemonía política del territorio continental chino como para la validez de sus pretensiones de representar a toda China. En la actualidad el Kuomintang ya no gobierna la isla, es partido de oposición. Chen Shui-Bian fue reelegido en marzo de 2004, al derrotar a su oponente Lien Chen, del Partido Kuomintang. “El presidente de Taiwán fue reelegido en polémico proceso”, *La Jornada*, 21 de marzo de (2004), México, DF. El nuevo gobierno representa la pretensión independentista que el Kuomintang acalló mientras fue partido de Estado. Por supuesto, la RPCh se resiste a perder a su provincia y el problema de la jurisdicción late sin resolución hasta este instante. Immanuel Wallerstein, “¿Hacia la reunificación de China?” *La Jornada*, México, sábado 26 de febrero de (2005), “Protestan en Taiwán contra Ley Antisecesionista que promueve Pekín”, *La Jornada*, 7 de marzo de (2005).

El gobierno de Chiang Kai-Shek se involucró protagónicamente en el movimiento anti-comunista internacional como respuesta al éxito que, a mediados de los años sesenta, estaba mostrando la política de acercamiento diplomático de la RPCh con los países occidentales. No es casual que el proyecto de creación de la LMA comenzara a fraguarse después de 1965, es decir, después de que ese gobierno asiático estuvo a punto de perder la representación de China en una votación extraordinariamente reñida en la Asamblea General de la ONU que amenazó su sitio en ese organismo internacional.

El proyecto de creación de la LMA fue presentado en Corea del Sur durante la celebración del XII Congreso Regional Anticomunista de la Asian People's Anticommunist League (APACL) —una alianza regional anticomunista que había sido creada en Asia desde 1954; la LMA fue oficialmente constituida en septiembre de 1967 en Taiwán, durante el que fue denominado su Primer Congreso Mundial.⁴⁴ A través de la LMA algunos sectores anticomunistas asiáticos plantearon sus argumentos a favor de la política militarista estadounidense en Asia y, al mismo tiempo, condenaron la política conciliatoria que entonces parecía caminar con prosperidad entre el gobierno de la RPCh y los gobiernos occidentales. Es oportuno mencionar que los gobiernos asiáticos que optaron por reconstruir y organizar sus países en el modelo de la democracia y el liberalismo económico recibieron una exuberante ayuda económica y militar de los gobiernos estadounidenses que, de esta manera, buscaron consolidar su presencia en la región más grande y poblada del planeta. Con ese propósito fueron decisivos los vínculos políticos, económicos y su presencia militar en Taiwán, Japón, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Malasia e Indochina. Al respecto, numerosos investigadores coinciden en afirmar que la política de contención del comunismo impulsada por los gobiernos estadounidenses favoreció el desarrollo industrial de Asia, pues no existió en el planeta ninguna otra zona más beneficiada por la estructura del comercio mundial durante la posguerra.⁴⁵ La política anticomunista estadounidense, y el orden geopolítico que resultó de ella, fue defendida con mayor ahínco por los representantes políticos de Taiwán, Filipinas, Tailandia, Corea y Vietnam del Sur; países que fincaron su fuerza en la política militarista estadounidense hacia sus rivales políticos regionales. Movilizados a través de alianzas anticomunistas transnacionales, se esforzaron en impedir cualquier tipo de conciliación o negociación política entre los gobiernos estadounidenses y sus rivales regionales procomunistas porque, de no hacerlo, quedaba en peligro la existencia de sus respectivos gobiernos.⁴⁶

A mediados de los años sesenta el panorama era poco alentador y muy alarmante para el gobierno de Chiang Kai-Shek. En este caso, su enemigo político regional estaba convirtiéndose en una poderosa potencia. Su lógica, en 1967, debió ser que ante la incertidumbre política en la ONU tenía que buscar en las relaciones oficiosas un medio político que mantuviera o, en el peor

44 “VI Congreso Mundial Anticomunista, World Anticommunist League”, informe del 29 de julio de 1972, México, DF., AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1-72 L-4 H-61.

45 Víctor López Villafañe, *Asia en transición: Auge, crisis y desafíos* (México: Siglo XXI, 1999), 20-87. Sobre este asunto también véase Alfredo Román Zavala, *Cinco percepciones de la región Asia-Pacífico: Los casos de Singapur, Malasia, Indonesia, Australia y Japón* (México: El Colegio de México, 1997), 13-21; Pablo Bustelo, *La industrialización en América Latina y Asia Oriental: Un estudio comparado de Brasil y Taiwán* (Madrid, Universidad Complutense, 1994); Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, una ciencia social para el siglo XXI* (México: Siglo XXI, 2001), 42-5. Wallerstein señala que el ascenso de Asia Oriental fue un efecto de la asistencia económica estadounidense durante la guerra fría pero sostiene, además, que ese ascenso fue el comienzo del declive de la hegemonía de Estados Unidos.

46 La Asian People's Anticommunist League es otro ejemplo al respecto.

de los casos, sustituyera el reconocimiento y el respaldo político oficial de la ONU y, al mismo tiempo, fuera un mecanismo para promover su reingreso a ese organismo internacional como una garantía para mantener la existencia de su gobierno.⁴⁷ Desde su fundación, la LMA celebró congresos anticomunistas sólo en escenarios asiáticos: el primero fue en 1967 en Taipei, Formosa; el segundo en 1968 en Saigón, Vietnam del Sur; el tercero en 1969 en Bangkok, Tailandia; el cuarto en 1970 en Kyoto, Japón.⁴⁸ Cuando la sospecha de una posible expulsión de la ONU fue inminente, la LMA modificó la dinámica del escenario asiático para la realización de sus congresos y reforzó lazos oficiosos más allá de sus fronteras. Esta decisión fue tomada luego de las muestras de acercamiento entre el gobierno de Richard Nixon (1969-1974) y el de la RPCh ocurridas en los meses precedentes a la celebración de su quinta asamblea mundial contra el comunismo.⁴⁹ Ésta fue celebrada en junio de 1971 en Manila, Filipinas. Durante esta asamblea la LMA anunció públicamente que su sexta reunión tendría por centro una capital latinoamericana: la ciudad de México.⁵⁰ La sede fue solicitada personalmente por Raimundo Guerrero Guerrero en calidad de presidente de la FEMACO y por Sergio Américo Lastra, director de la revista *Réplica*.⁵¹ Cuando los dirigentes de la LMA habían tomado la decisión de salir del territorio asiático para promover su movimiento político, padecieron la trágica realidad presentida.

Una grieta en el orden anticomunista asiático

Debido a la poca fortuna de la política militarista en Vietnam, el gobierno de Richard Nixon tuvo que reconocer la existencia de otras potencias. Ello implicaba poner en práctica una nueva noción de seguridad, la cual ya no dependería de la seguridad absoluta de los Estados Unidos sino de la capacidad para estructurar un nuevo orden mundial basado en un balance de poder entre potencias.⁵² Para desgracia de Chiang Kai-Shek, la RPCh se había convertido en una de ellas. Así, la primera medida importante que el gobierno de Nixon tomó para poner en práctica la política de distensión con la RPCh fue su cambio de posición con respecto a su incorporación en la ONU, lo que implicó la expulsión de los representantes del régimen de Chiang Kai-Shek a finales de 1971. Consecuente con esta política, Nixon realizó una visita oficial a la RPCh en febrero de 1972 y sentó las bases de la futura reanudación de relaciones entre ambos países.⁵³

47 A esta difícil situación debemos sumar la suspensión de ayuda económica a Taiwán por parte del gobierno de Lyndon B. Johnson. La ayuda económica estadounidense fue reemplazada entonces por inversiones privadas de ultramar. A principios de los años setenta la República de China comenzó a funcionar como receptáculo de industrias japonesas que, respecto de la estrategia global de reestructuración industrial, estaban en decadencia. Véase V. López, *Asia en transición*, 88.

48 Manuel Buendía, "El congreso anticomunista" en *El Día*, 25 de agosto de 1972; nota de prensa resguardada en el Archivo Personal del Periodista Manuel Buendía, Ciudad de México.

49 El 15 de marzo de 1971, el gobierno de Nixon anunció que se volverían a permitir los viajes a la RPCh; en abril se inició la llamada "diplomacia del ping-pong" con la visita de un equipo de tenis de mesa a la RPCh; el 14 de abril se relajó el embargo comercial que había estado en vigor por un cuarto de siglo. Véase L. Bermúdez, "La política exterior de Estados Unidos", 51.

50 Liga Mundial Anticomunista, informe del 19 de Julio de 1972, México, DF., AGN, DIPS-Gobernación, exp. 1149.

51 *Ibidem*.

52 Richard Feinberg, "Estados Unidos y el tercer mundo: los problemas de un mundo menos controlable", *Cuadernos semestrales: Estados Unidos: perspectiva latinoamericana* 14 (1984), 151-2.

53 Sin embargo, Estados Unidos concedió su reconocimiento oficial al gobierno de la RPCh hasta 1979, año en que ese país dio por concluido el pacto militar que existía, desde 1954, con el gobierno de Taiwán. Véase A.

La RPCCh fue la principal protagonista y beneficiaria de la grieta más profunda de ese orden anticomunista. Después de veintidós años de aislamiento diplomático (1949-1971) logró que los representantes del gobierno de Taiwán fueran expulsados de la ONU y que los miembros del Partido Comunista Chino tomaran el sitio de aquellos en el Consejo de Seguridad y en todos los puestos de las organizaciones especializadas de ese organismo internacional.⁵⁴ Si bien el ingreso de la RPCCh en la ONU el 25 de octubre de 1971 no significó la recuperación de la isla de Taiwán, agrandó esa expectativa, es decir, la posibilidad de desaparecer del mapa al gobierno de Chiang Kai-Shek como siguiente meta y como condición necesaria para lograr la reincorporación política y económica de esa isla. Por esta razón Chiang Kai-Shek se apresuró a buscar una solidaridad internacional que garantizara la existencia de su gobierno gestionando entre sus amistades la solidaridad política necesaria para tramitar su reincorporación en la ONU, recurso que garantizaba la existencia de su gobierno. Ese acontecimiento anunció el quiebre del orden anticomunista y militarista estadounidense en el continente asiático. Entonces, las viejas solidaridades anticomunistas internacionales de la LMA debieron ser replanteadas. Expulsado de la ONU, Chiang Kai-Shek buscó conservar su presencia política en América Latina replanteando sus vínculos políticos con los sectores anticomunistas latinoamericanos a través de la LMA. Necesitaba entonces de su respaldo y solidaridad para mantener con vida su vieja obsesión política: la unificación política del territorio chino, continental y de ultramar, bajo su control político. Eso fue justo lo que buscó en Latinoamérica.

Una visita desesperada

Por su cercanía con los Estados Unidos, Latinoamérica era la región del planeta que concentraba el mayor número de países que reconocían al gobierno de Chiang Kai-Shek como el legítimo representante de China. Sin embargo, después de la incorporación de la RPCCh a la ONU, se inició una avalancha de reconocimientos de los gobiernos latinoamericanos hacia el gobierno comunista chino.⁵⁵ Tal reconocimiento diplomático significó el desconocimiento automático del gobierno de Chiang Kai-Shek. Así, por ejemplo, el gobierno de Luís Echeverría Álvarez concluyó relaciones con Taiwán en noviembre de 1971 e inició relaciones diplomáticas con la RPCCh en febrero de 1972.⁵⁶ Sin embargo, no todo parecía estar perdido para el gobierno de Chiang Kai-Shek en Latinoamérica. En México, Centro y Sudamérica quedaban amistades y lealtades. Como veremos enseguida, si bien en México las filias hacia el gobierno de Chiang

Román Zavala, *Cinco percepciones de la región Asia-Pacífico*, 21.

54 Lilia Bermúdez Torres, "La política exterior de Estados Unidos entre 1960 y 1980" en *EUA, síntesis de su historia* tomo 4 (México: Instituto Mora, 1998), 51.

55 Con la excepción del gobierno de Salvador Allende, que le concedió su reconocimiento el 15 de diciembre de 1970, es decir, cuando aún ésta no era admitida en la ONU. Así el 2 de noviembre de 1971, el gobierno peruano inició relaciones diplomáticas con esta última; México, el 14 de febrero de 1972; Argentina, 19 de febrero de 1972; Guyana, 27 de junio de 1972; Jamaica, 21 de noviembre de 1972. Trinidad y Tobago, 20 de junio de 1974; Venezuela, 28 de junio de 1974; Brasil, 15 de agosto de 1974; Surinam, 28 de mayo de 1976; Barbados, 30 de mayo de 1977; Ecuador, 2 de enero de 1980; Colombia, 7 de febrero de 1980; Antigua y Barbuda, 1º de enero de 1983; Bolivia, 9 de julio de 1985; Granada, 1º de octubre de 1985; Nicaragua, 7 de diciembre de 1985; Belice, 16 de febrero de 1987 y Uruguay, 3 de febrero de 1988. Marisela Connely y Romer Cornejo Bustamante, *China, América Latina, génesis y desarrollo de sus relaciones* (México: El Colegio de México, 1992), 103.

56 Carlos Rico, *México y el mundo: Historia de sus relaciones exteriores, hacia la globalización* tomo VIII (México: El Colegio de México/ Senado de la República, 2000), 41.

Kai-Shek después de octubre de 1971 no emanaron del gobierno, en los países centroamericanos gobernados por militares como Chiang, sí. Fueron, por ejemplo, los casos de Anastasio Somoza Debayle (1967-1979) en Nicaragua y del gobierno de Guatemala encabezado por Carlos Arana Osorio (1970-1974).⁵⁷ Información periodística de la época ilustra los vínculos que existieron con el gobierno de Arana Osorio. Después de su visita a Taiwán por invitación del gobierno de Chiang Kai-Shek, el presidente del Congreso de Guatemala y fundador del Movimiento de Liberación Nacional, Mario Sandoval Alarcón –ex secretario privado del gobierno golpista de Carlos Castillo Armas– mostró su solidaridad hacia el gobierno de Chiang y habló de la disposición del gobierno guatemalteco para recibir de él, “ayuda en todos los órdenes”.⁵⁸ Un ejemplo que muestra como, después del ingreso de la RPCCh a la ONU y de la expulsión del gobierno de Taiwán de ese organismo internacional, Latinoamérica se convirtió en un claro escenario de la disputa política e ideológica entre los representantes de la RPCCh y el gobierno de Taiwán. Pero también muestra que el gobierno de Taiwán estuvo dispuesto a conceder apoyo económico y técnico a los gobiernos latinoamericanos que estuvieran dispuestos a reconocerlo y, como veremos enseguida, a brindar su colaboración en movimientos contrainsurgentes en la región a cambio de ese apoyo diplomático latinoamericano.

La necesidad de una nueva alianza anticomunista: los Tecos y la LMA

A principios de los años setenta era claro, para los militantes que habían encontrado en el anticomunismo una forma de empleo, que el gobierno de Nixon no estaba dispuesto a continuar apoyando esa forma de lucha y sí mostrando la determinación de dar un viraje a la política anticomunista impulsada por su predecesor Johnson. Lamentablemente, en esta nueva política parecían no estar ya contemplados. El gobierno de Nixon había tenido que alternar la política militarista con otra de acercamiento diplomático hacia los países gobernados por partidos comunistas. El ingreso de la RPCCh a la ONU fue una muestra de ese viraje y una muestra también de que la estrategia operativa de las organizaciones anticomunistas y sus discursos abiertamente condenatorios hacia los regímenes comunistas estorbaban la retórica de la coexistencia pacífica, en la que el gobierno de Nixon tuvo que comenzar a participar luego de las percepciones poco exitosas de su política militarista en Vietnam. A finales de 1971, tanto la LMA como los Tecos se encontraban fuera de la férula de las instituciones de las que habían formado parte: Chiang Kai-Shek, presidente vitalicio de la LMA, expulsado de la ONU; los Tecos al margen del pontificado de Paulo VI luego de la excomunión de su líder espiritual. Así que no es casual que desde 1971 hayan unido sus voluntades para combatir al comunismo. Como veremos enseguida, durante el sexto congreso de la LMA organizado por los Tecos fue concretado un pacto de colaboración entre esa organización anticomunista asiática y sus anfitriones mexicanos que se tradujo en el nacimiento de la Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL), el capítulo latinoamericano de la LMA. La solidaridad que la FEMACO manifestaba en sus discursos hacia el orden y movimiento anticomunista asiático pasó de la retórica a la colaboración activa. La CAL

57 Respecto a la relación entre Chiang Kai-Shek y Somoza, véase <www.nicaragua.com/forums/history-historia/5284-cosas-ineditas-d.html>.

58 “Sandoval Alarcón: Me siento feliz de estar de vuelta en mi patria”, en *Gráfico*, 23 de noviembre de 1971; “De Formosa a Quemoy. Veinte Aviones Phantoms escoltaron a Sandoval Alarcón”, en *Tarde*, 22 de Noviembre de 1971; notas de prensa conservadas en AHSREM, México, DF, Concentraciones, exp. 111-342-1.

nació bajo cobertura del gobierno de Chiang Kai-Shek para mantener su presencia política en Latinoamérica en un momento en que el gobierno estadounidense pareció desprotegerlo.

Ciudad de México: punto de convergencia del anticomunismo internacional

La LMA hizo contacto con Latinoamérica en agosto de 1972 por mediación de los Tecos, quienes se encargaron de convocar y organizar su sexto congreso mundial en la ciudad de México. La poca fortuna del movimiento político de Chiang Kai-Shek a finales de 1971 nos sirve para sugerir que no se trató de un congreso más dentro de la agenda internacional de la LMA. El sexto congreso mundial fue la primera conferencia que la LMA realizó fuera del continente asiático. La pregunta obligada sería: ¿por qué celebrar su sexto congreso precisamente en México cuando, seguramente, el gobierno de Alfredo Strossner en Paraguay, el de Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua o el gobierno guatemalteco de Carlos Arana Osorio habrían estado dispuestos a recibir a la LMA y a profesar hasta el cansancio su abierta lealtad hacia el gobierno de Chiang Kai-Shek? ¿Por qué México, si el gobierno de Luis Echeverría Álvarez concedió inmediato reconocimiento al gobierno de la RPCh y rompió relaciones con el gobierno de Chiang Kai-Shek, sede de la LMA? México tenía un plus del que carecían entonces el resto de los países latinoamericanos. Si la LMA estaba buscando solidaridades diplomáticas que respaldaran la existencia del gobierno de Chiang Kai-Shek, el prestigio de la política exterior de México en el contexto latinoamericano hacía de este país un escenario inmejorable para lanzar y legitimar la campaña a favor del reconocimiento diplomático del gobierno de Taiwán antes que cualquier otro país latinoamericano gobernado por dictadura militar.

El congreso se realizó en la ciudad de México del 24 al 27 de agosto de 1972. Las asambleas fueron de carácter particular, recibieron una amplia cobertura en los medios impresos y ningún representante del gobierno de Luis Echeverría Álvarez hizo acto de presencia oficial. A pesar de la estricta vigilancia que envolvió a las instalaciones del lujoso hotel Del Prado “para impedir que algún provocador comunista se infiltrase”, los agentes de la DFS lograron hacerlo.⁵⁹ Asistieron a todas las asambleas señaladas en el programa oficial del congreso y también a las no programadas públicamente. Eso fue lo más valioso de su infiltración. Sus informes y las notas periodísticas a propósito del congreso hicieron posible recuperar y reconstruir un pasaje de la historia de México y de Latinoamérica que quizá pueda significar el inicio de toda esa red de persecución, desapariciones y tortura que golpeó a Centro y Sudamérica en los años setenta y ochenta del siglo XX.

Los asistentes latinoamericanos, estadounidenses, europeos, africanos y asiáticos, en representación o no de sus gobiernos, se solidarizaron con Chiang Kai-Shek y reprobaron el ingreso de la RPCh en la ONU. En ese sentido también rechazaron el evidente acercamiento de Washington, Japón y Europa Occidental hacia el gobierno comunista chino.⁶⁰ Por razones de espacio me

59 El lujosísimo hotel del Prado fue inaugurado en 1948. Estuvo ubicado en la Avenida Juárez, extremo suroeste de la Alameda en la colonia Centro de la Ciudad de México. Fue demolido tras sufrir severos daños por el terremoto de 1985. En ese terreno actualmente se encuentra el Hotel Sheraton Centro Histórico.

60 Los gobiernos que enviaron representación a las asambleas mundiales contra el comunismo: I-Cheng-Loh, de la República de China, en representación de Chiang Kai-Shek; Bereng Sekhonyama, de Lesoto, África; el alcalde de Filipinas Ramón D. Bagatsing, y también de Filipinas el coronel Ernesto P. Golez; el general Praphan Kulapichitr en representación del mariscal de campo Thanon Kittikachorn, comandante de las Fuerzas Armadas Tailandesas y Primer Ministro; Nguyen Van Thieu, presidente de la República de Vietnam

limitaré a mencionar sólo el carácter de la participación latinoamericana en dicho congreso. El sexto congreso mundial reforzó la idea latinoamericana de emprender una ofensiva sistemática como nueva estrategia de combate al comunismo en la región. En este sentido, el mexicano Jorge Prieto Laurens, presidente del Frente Popular Anticomunista, miembro honorario de la FEMACO y secretario general de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente (CIDC), hizo énfasis en la necesidad de emprender un programa operativo que fuera más allá de panfletos y publicaciones anticomunistas en el combate al comunismo: “enseñarle al mundo qué cosa es el comunismo es indispensable pero no constituye toda la lucha anticomunista; por lo que se refiere a las tácticas y procedimiento anticomunistas existe una gran escasez de ellas, casi todo se reduce a simples publicaciones”.⁶¹ Es importante destacar que tal convicción estuvo presente en las ponencias de todos los organismos anticomunistas latinoamericanos.⁶² En este sentido, hubo un desfile de proyectos anticomunistas que fueron presentados a la LMA esperando recibir su apoyo financiero.⁶³ Por ejemplo, el Movimiento Costa Rica Libre propuso la creación de un Centro de Formación de Líderes Anticomunistas.⁶⁴ La FEMACO solicitó el

del Sur; el diputado y abogado guatemalteco Edgar de León Vargas, en representación del licenciado Mario Sandoval Alarcón, presidente del Congreso de Guatemala, “quien hizo una semblanza de su representado, calificándolo como uno de los principales anticomunistas de su país desde 1954”; el almirante Sohn Won Yil, en representación del presidente de la República de Corea del Sur, Park Chung Hee. “VI y IV Congreso de la Liga Mundial Anticomunista y de la Liga Mundial Juvenil Anticomunista”, 25 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1 L-4 H-78-80; “Tratan de incorporar a grupos de América Latina al Frente Mundial Anticomunista”, en *El Día*, 25 de agosto de 1972, México, DF. Nota de prensa conservada en AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

- 61 “Cómo luchar contra el comunismo,” ponencia del Frente Popular Anticomunista de México, Jorge Prieto Laurens, ingeniero Manuel Salazar Arce, ingeniero Rafael Estrada Márquez, licenciado Salvador Mendoza, Juan Martínez Barranco, profesor Vicente García Gil, profesora Aleja Huerta Moguel, profesora Carmen Rivera Solís, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.
- 62 “En la sesión de la tarde, el representante boliviano exhortó a los concurrentes a utilizar la violencia para acabar con el comunismo”, 24 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.
- 63 El Comité Internacional Pro Defensa de la Democracia (CIPDEM) propuso el nacimiento de la “Secretaría de Financiamiento Regional para Combatir la Agresión y la Penetración Comunista. Financiada por la empresa privada, las instituciones bancarias, industriales, de comercio, profesionales, gobiernos anticomunistas, como el de Estados Unidos y otras naciones factibles, con excepción de Cuba y Chile. Propuso como urgente la realización de una conferencia latinoamericana bajo el espíritu y cobertura de la LMA que debía celebrarse en la segunda quincena de octubre en México, Bogotá, Caracas o en Buenos Aires y a la que debían asistir delegados por cada país de la región para tratar exclusivamente este asunto. La Secretaría de Financiamiento Regional para Combatir la Agresión y la Penetración Comunista tendría como comando regional un equipo directivo latinoamericano –todo dentro de la estructura de la Liga– para combatir el socialismo-comunismo en todos los terrenos y con el suficiente numerario que nos permita pasar de la defectuosa DEFENSIVA en que estamos, a una recia OFENSIVA en todos los países latinoamericanos y enfrentarnos con todos los medios, incluso el de las armas, a nuestros enemigos, incluyendo en el concepto, a los propios gobiernos que patrocinan dictaduras socialistas-comunistas en el espacio latinoamericano, o que ya las mantienen como en el caso de Cuba”. Como argumento para su iniciativa se refirió a las “acciones vandálicas en el medio rural y urbano”, a “los disturbios estudiantiles”, a Fidel Castro, a la Unidad Popular chilena, a “la agresión y la penetración soviética y China con sus altos índices de guerrillas, terrorismo, sabotaje, chantaje a los gobiernos y partidos políticos”, a “la infiltración en los medios de promoción social”, a “la condescendencia de nuestras democracias”. “Proposición del Comité Internacional Pro-Defensa de la democracia CIPDEM ante la VI Conferencia de la WACL en México 25-28 de agosto de 1972”, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.
- 64 El Movimiento Costa Rica Libre informó que fue fundado en 1961 como reacción al triunfo de la Revolución Cubana y con el objeto de impedir un suceso similar en Costa Rica. Su secretario general era Bernal Urbina Pinto. “Algo sobre el Movimiento Costa Rica Libre”, publicación de la Secretaría General con motivo del

establecimiento del Instituto Internacional de Formación Antimarxista (IIFA) como organismo auxiliar para la capacitación de líderes y dirigentes juveniles anticomunistas que tendría como sede la ciudad de Guadalajara y sería dirigido por la FEMACO.⁶⁵ La delegación Argentina, Comité de Solidaridad con los Movimientos Nacionalistas de América Latina (COSMONAL), que era una junta continental sudamericana que tenía representantes en Chile, Bolivia y Uruguay, con sede en Buenos Aires, estaba dirigida por Luis Ángel Dragani, mostró un abierto interés por encabezar la formación de una “Regional Latinoamericana Anticomunista de Informaciones y Divulgación” como filial de la LMA. Si bien queda pendiente investigar si alguna de estas iniciativas logró ser concretada, lo que no cabe duda es que la propuesta del COSMONAL se pareció mucho a la dinámica que caracterizó lo que hoy se recuerda como Operación Cóndor.⁶⁶ Las declaraciones del COSMONAL muestran que la pretensión de obtener la dirección de un organismo anticomunista con financiamiento de la LMA suscitaba disputas entre los aspirantes latinoamericanos.⁶⁷ El COSMONAL se presentó como un organismo latinoamericano que había empezado a hacer la tarea, es decir, como un movimiento que aglutinaba en 1972 a varios organismos anticomunistas en el Cono Sur esperando recibir, por esta razón, la tarea de conformar la institución anticomunista que la LMA estaba dispuesta a financiar en América Latina. Las declaraciones de COSMONAL permiten inferir que obtener la dirección de un organismo anticomunista implicaba el acceso a recursos monetarios para sustentar su funcionamiento además de la posibilidad de usar ese poder como vehículo para concretar las luchas particulares del grupo encargado de su dirección. Los asambleístas concluyeron unánimemente en “instar a todos los gobiernos del mundo libre para que intensifiquen no sólo un intercambio cultural y

Sexto Congreso Mundial Anticomunista, 1972; “Ponencias del Movimiento Costa Rica Libre ante el sexto Congreso Mundial Anticomunista”, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II. Un agente de la DIPS registró: abogó por la creación de la Comisión Continental Demócrata (CCD) “como oficina de consulta, información y coordinación de los grupos anticomunistas a lo largo de todo el continente que ofrecerá información pública o confidencial, campañas a nivel continental, apoyo moral material a los grupos anticomunistas latinoamericanos asociados y contará con una comisión que estará integrada por cuatro personas de una misma nacionalidad ... Contará con los servicios de un Secretariado Ejecutivo, quien tendrá funciones de coordinación general”. Comisión Continental Demócrata (CCD), AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

65 IV Congreso de la WYACL, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

66 Ésta tendría como objetivo “centralizar y procesar cuanta información se obtuviere sobre los proyectos y planes, tácticas y acciones a llevar a cabo por el marxismo en América Latina y en otras partes del mundo, así como el control de los dirigentes y su currículo vitae, intercambiando esta información con la Regional Latinoamericana y viceversa, procediendo a su divulgación por los canales que aconsejase la índole de la información obtenida. Movimiento Nacional de Juventudes Anticomunistas. Movimiento Nacionalista Patria y Libertad. Juventud Uruguaya de Pie, Comité de Solidaridad con los Movimientos Nacionalistas de América Latina, COSMONAL”. Ponencia del licenciado Luis Ángel Dragani presidente de la Delegación Argentina del COSMONAL, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

67 “Uno de los mayores anhelos de la LMA ha sido, desde largo tiempo, la creación y organización de una Regional Latinoamericana dependiente de esa Liga. Conocemos de los continuos fracasos de aquellos que trataron de complementar ese, a nuestro juicio imprescindible logro, que unificaría y coordinaría técnicas, planes y esfuerzos. Intentos fallidos que deben ser cargados en la cuenta de los que anteponen sus soberbias y sus egoísmos personales, sus ansias de renombre y de hegemonía a los sacrosantos intereses patrios. COSMONAL, surge como un medio para lograr el aglutinamiento de las fuerzas nacionales de la América de habla hispana y portuguesa, defensoras de los legados históricos respectivos y unidos en la fe y en el respeto al derecho y a las libertades. COSMONAL. Comité de Solidaridad con los Movimientos Nacionalistas de América Latina”, licenciado Luis Ángel Dragani, presidente de la Delegación Argentina del COSMONAL, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

económico, sino para que, al mismo tiempo, extiendan relaciones al campo político y de defensa militar”.⁶⁸ El organismo anticomunista latinoamericano que la LMA estaba dispuesta a apoyar como su brazo político en la región llevaría en sus venas ese objetivo.⁶⁹ La dirigencia asiática de la LMA expresó la confianza que tenía en su anfitriona, la FEMACO, para organizar lo que sería su brazo político en América Latina y manifestó su total apoyo a los pueblos cubano y chileno.⁷⁰ Como parte del acto de clausura, el mexicano Jorge Prieto Laurens agradeció la asistencia de los delegados y envió un saludo a Luis Echeverría Álvarez “por la libertad de expresión que existe en México”.⁷¹ Se anunció públicamente que el séptimo congreso de la LMA tendría por escenario una capital europea: Londres.⁷²

La Confederación Anticomunista Latinoamericana

De acuerdo con el programa del congreso y con los artículos de prensa, el 28 de agosto los congresistas retornaron a sus respectivos países. La gran mayoría así lo hizo, pero los dirigentes asiáticos de la LMA no podían partir sin afinar la resolución más importante del congreso, la única con posibilidades de ponerse en práctica y que, de hecho, había motivado su visita a Latinoamérica. Con el propósito de reafirmar su presencia política en la región, la LMA estuvo dispuesta a colaborar con los sectores anticomunistas latinoamericanos en sus luchas políticas locales mediante la creación de una organización anticomunista latinoamericana que la representara políticamente en la región. Las sesiones no públicas, donde se abordó este tema con profundidad, se efectuaron los días 28 y 29 de agosto en el salón Covadonga del hotel Casa Blanca de la ciudad de México, “limitándose el acceso a los elementos que exhibían una contraseña especial” según un agente de la DFS.⁷³ Fueron presididas por Ku Cheng-Kang, José J. Roy, Raimundo Guerrero Guerrero y por una nueva figura que comenzó a ser constantemente citada en los informes de los agentes de Gobernación: Rafael Rodríguez López, periodista identificado

68 “Resolución pro consolidación de la unidad del mundo libre para la acción conjunta contra la agresión comunista”, Comité número 1, AGN, DIPS-Gobernación, caja 1616, exp. 825, tomo II.

69 El día de la clausura, de acuerdo con los registros de los agentes de Gobernación, el presidente operativo de la LMA, Raimundo Guerrero Guerrero, manifestó que esperaba un gran éxito para el organismo latinoamericano que se acordó crear, y que tendría como propósito estructurar debidamente a los grupos anticomunistas en esta parte del mundo, con objeto de abandonar la actitud pasiva y defensiva que habían mantenido hasta la fecha. Se pretendía luchar en todos los medios, principalmente en las universidades, así como crear y fomentar la creación de guerrillas que operaran en los países dominados por el comunismo. “VI y IV Congreso de la Liga Mundial Anticomunista y de la Liga Mundial Juvenil Anticomunista”, 26 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1 L-4 H-94-96.

70 “Fiesta mexicana al terminar el congreso anticomunista”, en *Últimas Noticias*, 28 de agosto de 1972, México, DF. Nota de prensa conservada en AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1 L-4 H-98-100.

71 “Gracias a la política de nuestro primer mandatario en toda la nación se respira un ambiente limpio, no hay visos socializantes y la apertura democrática proclamada por la presente administración permite que todas las ideologías puedan propagarse sin restricciones”. “Clausura del Congreso de la Liga Mundial Anticomunista”, en *Heraldo de México*, 28 de agosto de 1972, México, DF. Nota de prensa conservada en AGN, DIPS, caja 1616, exp. 825, tomo II.

72 “VI Congreso Mundial Anticomunista”, 27 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1 L-4 H-98-100. “Fiesta mexicana al terminar el congreso anticomunista”, en *Últimas Noticias*, 28 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1 L-4 H-98-100.

73 Asistieron cuarenta personas, entre representantes y dirigentes anticomunistas de Bolivia, Argentina, Colombia, Costa Rica, Brasil, Guatemala, Cuba representada por Alfa 66 y México. “VI Congreso de la Liga Mundial Anticomunista”, 28 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1-72 L-4 H-151.

con los ideales y principios de la UAG y vicepresidente de la FEMACO, quien fundó el diario *Ocho columnas* de Guadalajara en 1979. Rodríguez López fue designado Secretario General del Comité Organizador de la CAL y se mencionó que sería auxiliado por seis delegados que deberían ser elegidos por organizaciones de Guatemala, Costa Rica y Brasil, Alfa 66 y dos organismos anticomunistas adheridos a la FEMACO. Colombia y Argentina rehusaron enviar representantes argumentado falta de recursos económicos. Rodríguez López tendría el plazo de seis meses para elaborar los estatutos que regirían a dicho organismo anticomunista. Aclaró que cualquier sugerencia se le podía enviar a su domicilio en la ciudad de Guadalajara. En esa ocasión Rodríguez López dio lectura a los principios que habrían de correr por las venas de la CAL. Gracias a eso podemos conocer un poco acerca de la esencia y del activismo que la caracterizaron bajo la dirección de los Tecos: “denunciar, combatir e impedir todos los movimientos comunistas en Latinoamérica, así como desenmascarar y combatir al clero socialista, que bajo la capa de la religión, está tratando de implantar el comunismo en los pueblos de habla hispana”.⁷⁴

En esta reunión selecta y secreta se pusieron los cimientos del proyecto de creación de la CAL, brazo político de la LMA en América Latina, proyecto que fue concretado bajo la dirección de los Tecos. Como organismo consolidado, la CAL se reunió nuevamente en julio de 1974. Sólo que esta vez en el terruño de los Tecos, en una reunión secreta en Guadalajara, Jalisco, a la que asistieron representantes de las dictaduras militares del Cono Sur. La prueba de la realización de tal reunión se encuentra entre los archivos de la policía política de la dictadura de Alfredo Stroessner y ha sido proporcionada por Martín Almada, uno de los descubridores de esos archivos.⁷⁵ En los archivos de la policía política mexicana sólo he localizado, hasta ahora, un registro de la DFS, del 5 de mayo de 1974, que al respecto dice: “por lo que hace a la información de que estaba por celebrarse en México un congreso de la CAL, se puede afirmar que en el curso del presente año no se llevará a cabo ningún congreso internacional de estos organismos anticomunistas”.⁷⁶ Sin embargo, la búsqueda debe continuar.

Reflexión final

La colaboración anticomunista entre los Tecos y el gobierno de Chiang Kai-Shek fue expresión de uno de los quiebres y reacomodos políticos que se suscitaron a principios de los años setenta en la arena internacional. Las organizaciones anticomunistas que esos actores dirigieron a partir de 1967 nacieron bajo la cobertura de la Doctrina Mann, expresión de la política anticomunista que el gobierno de Lyndon B. Johnson estuvo dispuesto a apoyar en Latinoamérica y Asia, en un momento en que, en esas latitudes, la crítica a la política intervencionista de los gobiernos estadounidenses comenzó a tomar la forma de un movimiento político organizado a nivel internacional y que fue denominado la Tricontinental. Sin embargo, la Doctrina Mann pronto tuvo que ser replanteada; el fracaso de la política militarista estadounidense en Asia y al ascenso imparable de la RPCh como potencia económica hizo inevitable dicho replanteamiento. Al gobierno de Richard Nixon le correspondió impulsarlo y fue entonces cuando el viejo aliado anticomunista de los gobiernos estadounidenses en Asia, Chiang Kai-Shek dejó de sentirse apoyado. El ingreso de la RPCh en la

74 “VI Congreso de la Liga Mundial Anticomunista”, 28 de agosto de 1972, México, DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1-72 L-4 H-151.

75 Juan C. Rodríguez Tovar, “La ultraderecha mexicana en la Operación Cóndor”, *Proceso* 1327 (2002).

76 “Confederación Anticomunista Latinoamericana CAL”, 5 de mayo de 1974, México DF, AGN, DFS-Gobernación, exp. 49-1-74 L-4 H-168.

ONU y la expulsión de los representantes del gobierno de Taiwán fue una de las principales motivaciones que el movimiento anticomunista de Chiang Kai-Shek tuvo para acercarse a Latinoamérica. Su visita desesperada a la región se realizó en un momento en que ésta estaba envuelta en una crisis sociopolítica manifiesta, entre otras formas, en la proliferación de grupos armados en algunas de sus serranías y centros urbanos y cuando, incluso, algunos obispos latinoamericanos mostraban su comprensión hacia esa forma de lucha como mecanismo legítimo para lograr cambios estructurales. Este contexto favoreció la creación de pactos de colaboración entre el movimiento anticomunista asiático y sectores latinoamericanos quienes, a cambio, se mostraron dispuestos a fomentar el apoyo y reconocimiento al gobierno de Taiwán.

México ha sido identificado y recordado en el extranjero como el país refugio que salvó la vida de centenares de personas que huyeron de sus países perseguidos por intolerancias gubernamentales. Sin embargo, la reconstrucción y el carácter de la participación latinoamericana en el sexto congreso mundial anticomunista en México así como el nacimiento y programa operativo de la CAL en manos de los Tecos abren la posibilidad para documentar lo que pudo haber sido el inicio de las reuniones de colaboración latinoamericana para torturar, perseguir y desaparecer a la considerada amenaza comunista en la región. Es oportuno mencionar que, un año después del nacimiento del proyecto CAL, Latinoamérica fue abatida por una ola de represiones, desapariciones y torturas que no cesó hasta finalizar la década de los años ochenta. Estas acciones fueron nombradas Operación Cóndor, la cual fue definida como un pacto de colaboración sistemática entre las dictaduras militares sudamericanas y los servicios secretos de inteligencia de Estados Unidos para recoger e intercambiar información y para emprender operaciones de ejecución, secuestro y extradición clandestina de las izquierdas políticas latinoamericanas.⁷⁷ El nacimiento y el programa operativo de la CAL en manos de los Tecos, bajo la cobertura oficial de la LMA, abren la posibilidad de incluir nuevos actores en aquella trama represiva. ¿Existió algún tipo de colaboración desde México a través de la CAL en la Operación Cóndor? Es pertinente añadir que la secretaria general de la CAL estuvo en Guadalajara, Jalisco, México, y la presidencia de ese organismo, en Asunción, Paraguay. En consecuencia, la UAG fue, desde entonces, sede de la secretaria general de la CAL. Cabe mencionar además que, en septiembre de 1973, aquella institución educativa mexicana anclada en el occidente cristero celebró con “estruendosa fiesta, el asesinato de Salvador Allende y el ascenso del régimen militar en Chile”, según el periodista mexicano Manuel Buendía.⁷⁸

Por otra parte, en 1999 el historiador argentino Ariel Armony documentó en su investigación *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista Argentina en América Central, 1977-1984* una importante referencia sobre los colaboradores más importantes que tuvo la empresa antisandinista. Armony da a conocer una lista de los nombres de las organizaciones que colaboraron como vínculos entre el “Movimiento Contra y las redes transnacionales”; en ella menciona a la LMA y a la CAL.⁷⁹

77 Stella Calloni, *Operación Cóndor: Pacto criminal* (México: La Jornada ediciones, 2001); Samuel Blixen, *Operación Cóndor: Del archivo del terror y el asesinato de Letelier al caso Berríos* (Montevideo: Virus crónica, 1998).

78 Manuel Buendía, “Lo que pasa en la UAG” en *El Día*, 31 de mayo de 1976, Fundación Manuel Buendía, Ciudad de México.

79 Ariel Armony, *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista Argentina en América Central, 1977-1984* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1999), 218.

Acerca del perfil político y operativo de la CAL se habían logrado documentar dos reuniones claramente identificadas con la Operación Cóndor: los llamados III y IV Congresos de la CAL celebrados en Asunción, Paraguay, en 1977 y Buenos Aires, Argentina, en 1980. Y si hubo una III y IV reunión de la CAL, ¿cuándo y dónde fueron celebradas las reuniones precedentes? Los indicios recabados en esta investigación sugieren, con toda la provisionalidad que implica la investigación histórica, que posiblemente las reuniones I y II de la CAL –de las que hasta el momento se desconoce el tiempo y espacio de su realización– pudieron haber sido celebradas en México. CAL I, pudo haber sesionado en el hotel Casa Blanca de la Ciudad de México el 28 y 29 de agosto de 1972. CAL II, puede ser la que refiere Martín Almada en la revista mexicana *Proceso* y que según él fue realizada en julio de 1974 en Guadalajara, Jalisco.⁸⁰ Las redes de la CAL se extendieron a Brasil, Guatemala, Nicaragua, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Ecuador, Estados Unidos (Miami), Paraguay y Uruguay. Un registro de la DFS localizado en los archivos de esa Dirección, señala que la secretaria general de la CAL siguió posando en Guadalajara, Jalisco, México al finalizar la década de los años setenta.⁸¹ A esta lista de hallazgos hacía falta sumar el momento histórico y escenario que vio nacer a la CAL. En esta investigación se ha logrado, entre otras cosas, documentar su acta de nacimiento mexicana como su dirección en manos de los Tecos de la UAG.

Quedan aún muchas piezas sueltas por armar en este complejo rompecabezas. Acabamos de reconstruir una reunión que algunos sectores políticos latinoamericanos, llamados a sí mismos con orgullo anticomunistas, sostuvieron a principios de la década de 1970. Por el carácter de las intervenciones latinoamericanas y su énfasis de renunciar al panfleto como único y exclusivo medio para combatir al comunismo en la región, se abre la posibilidad para sostener que el sexto congreso mundial anticomunista celebrado en México y organizado por los Tecos en agosto de 1972 pudo significar la primera o una de las primeras reuniones en las que se organizaron y coordinaron redes de colaboración transnacional para perseguir, torturar y desaparecer sistemáticamente a la oposición política latinoamericana de los años setenta y ochenta del siglo XX. Por otra parte, los hallazgos mostrados en esta investigación indican la diversidad de actores e intereses que existieron en el marco de la denominada Guerra Fría en América Latina y, tales indicadores, constituyen posibles aristas para emprender nuevas investigaciones que contribuyan a repensar esa historia en Latinoamérica.

Fuentes consultadas

Archivos

Archivo General de la Nación:

Archivo de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS).

Archivo de la Dirección Federal de Seguridad (DFS).

Archivo de Concentraciones, Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE).

Fundación Manuel Buendía:

Archivo personal de Manuel Buendía

⁸⁰ Juan C. Rodríguez Tovar, “La ultraderecha mexicana en la Operación Cóndor”, *Proceso* 1327 (2002).

⁸¹ Estado de Nuevo León, 30 de enero de 1979, AGN, DFS-Gobernación, exp. 15-17-79 L-3 H-45-46.

Bibliografía

- Acosta, Salvador. *Jalisco desde la revolución*. México: Gobierno del Estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1988.
- Anguiano, Eugenio (coord.). *China Contemporánea, la construcción de un país desde 1949*. México: El Colegio de México, Programa de Estudios APEC-Centro de Estudios de Asia y África, 2001.
- Armony, Ariel. *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista Argentina en América Central, 1977-1984*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
- Bastian, Jean-Pierre. "La lucha por la modernidad religiosa y la secularización de la cultura en México durante el siglo XIX". En Manuel Ramos Medina (comp.). *La historia de la Iglesia en el Siglo XIX*. México: Colegio de México-El Colegio de Michoacán, Instituto Mora-UAM-Iztapalapa-Condumex, 1998.
- Bermúdez Torres, Lilia. "La política exterior de Estados Unidos entre 1960 y 1980". En *EUA, síntesis de su historia*. México: Instituto Mora, 1998.
- Berryman, Phillip. *La teología de la liberación*. México: Siglo XXI, 1989.
- Blancarte, Roberto. *Historia de la Iglesia católica en México*. México: El Colegio Mexiquense-FCE, 1992.
- Blixen, Samuel. *Operación Cóndor: Del archivo del terror y el asesinato de Letelier al caso Berríos*. Montevideo: Virus crónica, 1998.
- Brading, David. "Clemente de Jesús Munguía: intransigencia ultramontana y la reforma mexicana". En Manuel Ramos Medina (coord.). *Historia de la iglesia en el siglo XIX*. México: El Colegio de México-El Colegio de Michoacán, Instituto Mora-UAM-Iztapalapa-Condumex, 1998.
- Buchenaus, Jürgen. "México y las cruzadas anticomunistas estadounidenses, 1924-1964". *Secuencia* 48, 2000.
- Buendía, Manuel. *La ultraderecha en México*. México: Fundación Manuel Buendía-Rayuela, 1996.
- Bustelo, Pablo. *La industrialización en América Latina y Asia Oriental: Un estudio comparado de Brasil y Taiwán*. Madrid: Universidad Complutense, 1994.
- Campbell, Hugh G. *La derecha radical en México, 1929-1949*. México: SEP-SETENTAS, 1976.
- Calloni, Stella. *Operación Cóndor. Pacto criminal*. México: La Jornada ediciones, 2001.
- Canto Chac, Manuel y Raquel Pastor Escobar. *¿Ha vuelto Dios a México? La transformación de las relaciones iglesia-Estado*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1997.
- Connely, Marisela y Romer Cornejo Bustamante. *China, América Latina, génesis y desarrollo de sus relaciones*. México: El Colegio de México, 1992.
- De la Torre, Federico. "La expansión educativa, 1940-1985: La Universidad de Guadalajara y la educación superior". En Salvador Acosta (coord.) *Jalisco desde la revolución*, vol. XI, t. II. México: Gobierno del Estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1988.
- De Leonardo, Patricia. *La educación superior privada en México, bosquejo histórico*. México: Editorial Línea, 1993.
- Dorantes, Alma. *El conflicto universitario en Guadalajara 1933-1937*. México: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco-INAH, 1993.
- Dussel, Enrique. *Historia de la iglesia en América Latina, coloniaje y liberación*. México: Nova Terra, tercera edición, 1974.
- Feinberg, Richard. "Estados Unidos y el tercer mundo: los problemas de un mundo menos controlable". En *Cuadernos semestrales: Estados Unidos: perspectiva latinoamericana* 14 (1984).
- Garza Elizondo, Humberto. *China y el Tercer Mundo*. México: El Colegio de México, 1975.
- González, Fernando M. "Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas". *Historia y Grafía* 20 (2003).
- _____. *Matar y morir por Cristo Rey*. México: UNAM/Plaza y Valdés, 2001.
- Guevara Niebla, Gilberto. *El saber y el poder*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 1983.
- Joseph Gilbert and Daniela Spenser (eds.). *In From the Cold: Latin America's new encounter with the Cold War*. Durham: Duke University Press, 2008.
- Katz, Friedrich. *La guerra secreta en México, Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana*. México: Ediciones Era, 2003.

- Lara, Mons. Leopoldo y Torres. *Documentos para la historia de la persecución religiosa en México*. México: Jus, 1954.
- De Leonardo, Patricia. *La educación superior privada en México*. México: Editorial Línea-UAG-UAZ, 1983.
- Lester Reich, Peter. *Mexico's Hidden Revolution: The Catholic Church in Law and Politics since 1929*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1995.
- López Villafañe, Víctor. *Asia en transición: Auge, crisis y desafíos*. México: Siglo XXI, 1999.
- Macín, Raúl. *Méndez Arceo ¿Político o Cristiano?* México: Posada, 1972.
- Meyer, Jean. *La Cristiada*. México: Siglo XXI, 1973.
- Meyer, Jean. "Disidencia jesuita: Entre la cruz y la espada". *Nexos* 48 (1981).
- Meyer, Lorenzo. "La guerra fría en el mundo periférico, el caso del régimen autoritario mexicano: La utilidad del anticomunismo discreto". En Daniela Spenser (coord.). *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. México: CIESAS-S.R.E.-Porrúa, 2004.
- Pineda Ochoa, Fernando. *En las profundidades del MAR: El oro no llegó de Moscú*. México: Plaza y Valdés, 2003.
- Rico, Carlos. *México y el mundo: Historia de sus relaciones exteriores, hacia la globalización* tomo VIII. México: Colegio de México/ Senado de la República, 2000.
- Rodríguez Tovar, Juan C. "La ultraderecha mexicana en la Operación Cóndor". *Proceso* 1327 (2002).
- Román Zavala, Alfredo. *Cinco percepciones de la región Asia-Pacífico: Los casos de Singapur, Malasia, Indonesia, Australia y Japón*. México: El Colegio de México, 1997.
- Romero, Laura. "El movimiento fascista en Guadalajara". En Jaime Tamayo. *Perspectivas de los movimientos sociales en la región Centro-Occidente*. México: Línea, 1986.
- Romero, Laura Patricia. "Los estudiantes entre el socialismo y el neoconservadurismo". En Laura Patricia Romero. *Jalisco desde la revolución*. México: Gobierno del Estado de Jalisco-U. de G., 1998.
- Schurmann, Franz y Orville Schell. *China comunista: Reconstrucción revolucionaria y confrontación internacional desde 1949 hasta hoy*. México: Fondo de Cultura Económica, colección popular, 1971, reimpresión de 1981.
- Sota, Eduardo, et al. *Concilio Vaticano II: logros y tareas, una reflexión a treinta años*. México: Universidad Iberoamericana, Dpto. de Ciencias Religiosas-Centro de integración Universitaria, 1996.
- Suárez Argüello, Ana Rosa. "México, los Estados Unidos y la política interamericana durante el gobierno de Lyndon B. Johnson (1963-1968)". *Revista de ciencias sociales y humanidades UAM* 17 (1989).
- Videla, Gabriela. *Sergio Méndez Arceo, un señor obispo*. México: Correo del Sur, 1982.
- W. Houn, Franklin. *Breve historia del comunismo chino*. México: FCE, 1976.
- Wallerstein, Immanuel. *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI, 2001.
- Yankelevich, Pablo. "La educación socialista". En Fernando Martínez Réding (coord.). *Historia de Jalisco*. México: Gobierno de Jalisco, 1982.
- Zavala, Román Alfredo. *Cinco percepciones de la región Asia-Pacífico: Los casos de Singapur, Malasia, Indonesia, Australia y Japón*. México: El Colegio de México, 1997.

Recibido 03/05/2010 - Aceptado 09/07/2010

A Trafficker's Paradise

The "War On Drugs" and the New Cold War in Colombia

Lina Britto¹

Abstract

This paper shows how the marijuana boom in the Colombian Caribbean and the military suppression of it under the "Two Peninsulas" campaign ushered in a new era of inter-state and state-society relations between Colombia and the United States. The illegal marijuana export sector thrived in one of the poorest, most isolated regions of the country, the Guajira peninsula and its neighboring Sierra Nevada de Santa Marta, a lawless zone strategically located in the heart of the Caribbean basin, but never fully integrated into either Spanish colonial regime or the modern Colombian nation-state. This paper analyses the marijuana boom in two moments: its meteoric ascendance during the second half of the 1970s, which turned the country into the largest supplier of marijuana in the world, and its rapid decline in the early 1980s, which transformed Colombia into the first theater of the "war on drugs" in the Andes. The paper explains these two moments as a confluence of local, national, and global trends that were defined by the struggle over the legitimacy of production, distribution, and consumption practices that took place between the U.S. and Colombian governments, on one side, and marginal groups and frontier communities of both countries, on the other. It argues that geopolitical considerations of the U.S. government meshed with the national security imperatives of the Colombian government, and an aggressive military campaign in the core marijuana region was launched in 1978. The history of the emergence, rise, and fall of the marijuana economy in the Colombian Caribbean allows us to see how the "war on drugs" worked as a tool for strengthening the power of states, imperial and client, and consolidating a new militarism aimed at aligning South American states with the U.S. government's New Cold War strategies.

Keywords: Marijuana traffic, "war on drugs," U.S.-Colombia relations, Colombian Caribbean

Resumen

Este ensayo muestra cómo la bonanza de marihuana del Caribe colombiano y la campaña represiva en su contra, denominada "Las dos penínsulas", dieron a luz una nueva era en las relaciones inter-estatales, y entre Estados y sociedades entre Colombia y Estados Unidos. La economía exportadora de marihuana surgió y se consolidó en una de las regiones más pobres y apartadas de Colombia, la península de la Guajira y su vecina Sierra Nevada de Santa Marta. Esta zona ha sido históricamente reconocida como una tierra "sin dios ni ley", estratégicamente localizada en el corazón de la cuenca del Caribe, pero nunca completamente integrada ni al Estado colonial español ni al Estado-nación colombiano. Este ensayo analiza la bonanza de la marihuana en dos etapas: su ascenso meteórico en la segunda mitad de los setenta, por lo que en su momento Colombia se convirtió en el mayor exportador de marihuana del mundo, y su rápido declive a comienzos de los ochenta, años durante los cuales Colombia se transformó en el primer teatro de la "guerra contra las drogas" en Los Andes. Este ensayo explica ambos momentos como el resultado de la confluencia de tendencias locales, nacionales y mundiales definidas por una lucha por la legitimidad de ciertas prácticas productivas, comerciales y de consumo, la cual tuvo lugar entre los gobiernos de Colombia y Estados Unidos, de un lado, y grupos marginales y comunidades de fronteras de ambos países, del otro. El argumento central sostiene que consideraciones geopolíticas por parte de Estados Unidos entraron en consonancia con nuevos imperativos del gobierno colombiano respecto a la seguridad nacional, resultando en una agresiva campaña militar lanzada a finales de 1978 en la región productora de marihuana. Esta historia de la emergencia, auge y declive de la economía de la marihuana en el Caribe colombiano nos permite entender cómo la llamada "guerra contra las drogas" operó como un instrumento de control estatal y vehículo para la consolidación de un nuevo militarismo que apuntaba a alinear a los Estados sudamericanos con las estrategias de la "nueva Guerra Fría" liderada por el gobierno estadounidense.

Palabras clave: Tráfico de marihuana, "guerra contra las drogas", relaciones Colombia-Estados Unidos, Caribe colombiano.

1 Lina Britto is a Colombian journalist, and Ph.D. Candidate in Latin American and Caribbean History at New York University. Part of the research for this article was finished by the Social Science Research Council (SSRC).

Intro

In January 1979, *Time Magazine* published a cover story about how a Colombian network of “small-time entrepreneurs” provided “roughly two-thirds of all the pot smoked in the U.S.” at a time when smoking marijuana was the “most widely accepted illegal indulgence since drinking during Prohibition.” According to Peter Bensinger, then head of the Drug Enforcement Agency (DEA), the Colombian Caribbean provided most of the marijuana smoked in the world at the time, as it was “a trafficker’s paradise.”² In Colombia, Donald Neff’s article stirred up public debate about the causes of the emerging narcotics business, and although the bi-partisan Colombian political establishment of Liberals and Conservatives agreed that the article was intended to harm the country’s reputation, nobody could deny that by the late 1970s, the marijuana trade on the Colombian Caribbean constituted one of the most dynamic economic sectors in the country, as well as one of the most sensitive issues in U.S.-Colombian relations.³

The *Time* article was key to explaining to the U.S. public why the U.S. federal government had intervened in Colombia under the banner of the “war on drugs.” Known as the “Two Peninsulas” campaign, a joint initiative launched in November 1978 by the Carter administration and the new administration of Julio César Turbay aimed to halt traffic both in Guajira and Florida peninsulas, which represented the beginning and the end of the marijuana circuit, respectively. Most of the resources and efforts, however, were concentrated on the Colombian supply side, such that the core marijuana region became a theater of low-intensity warfare. The “Two Peninsulas” campaign was implemented as a virtual state of siege that banned air traffic, restricted the mobility of civilians, transferred local judicial power to the representatives of executive power—in several cases, military officers—occupied the area with a joint force of military, police, and intelligence undercover personnel—including DEA agents—and then, some months later, fumigated the most important ecosystem of the continental coast, the Sierra Nevada de Santa Marta.

This paper analyzes U.S.-Colombia relations during the 1970s to early 1980s in order to show how the marijuana boom in the Colombian Caribbean and the repressive “Two Peninsulas” campaign ushered in a new era of inter-state and state-society relations in the Andes. The history of the emergence, rise, and fall of the marijuana economy in the Colombian Caribbean allows us to see how the “war on drugs” worked as a tool for strengthening the power of states, imperial and client, and consolidating a new militarism aimed at aligning South American client states with the U.S. government’s New Cold War strategies.

In the late 1960s, neither the U.S. and international anti-narcotics bureaucracies nor the Colombian government considered the Colombian Caribbean region an important player in the global narcotics economy. The 1971 report of the U.S. delegation to the U.N. Commission on Narcotic Drugs, CND, prepared for its 24th session held in Geneva, stated that “the illicit drugs from outside sources which are of critical importance to the United States continue to be heroin and cocaine,” but Colombia was not listed as relevant source.⁴ During this session, an internal

2 Donald Neff, “The Colombian Connection”, *Time Magazine* (Monday, January 29, 1979); see at <<http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,912309,00.html>>

3 By the late 1970s, marijuana exports from the Colombian Caribbean represented around 83% of the value of all coffee exports; see Ernesto Samper Pizano et al, *La Legalización de la Marijuana* (Bogotá: Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, 1980), 22.

4 “CND. Agenda Item 6,” NA, RG 59, Box 1, UN Commission on Narcotics Drugs—24th session—Geneva 9/27 – 10/21/71.

telegram of the U.S. Department of State reported that INTERPOL had found that “cannabis trafficking [is] now worldwide,” but again Colombia was not mentioned. Europe was “seriously involved” along with Lebanon, Morocco, Afghanistan, Pakistan, Nepal, and some Central African countries.⁵ The telegram also reported that Mexico continued to be the historical cannabis supplier of U.S. markets.⁶ In short, until the early 1970s, U.S. drug control agencies concluded—correctly—that the Colombian Caribbean’s role in the global narcotics trade had remained stable since the end of the Second World War. That is to say, the Caribbean coast of Colombia continued to be perceived as simply a transshipment point for illegal substances from Europe to the United States, and a stopover in the cocaine circuit linking Peruvian and Bolivian product to U.S. consumer markets.

The illegal export sector thrived in one of the poorest, most isolated regions of the country, the Guajira peninsula and its neighboring Sierra Nevada de Santa Marta, a lawless zone strategically located in the heart of the Caribbean basin, but never fully integrated into either Spanish colonial regime or the modern Colombian nation-state. Its meteoric ascendance in the global narcotics trade as the largest supplier of marijuana in the world during the second half of the 1970s, and its rapid decline in the early 1980s can be explained as a confluence of local, national, and global trends that were defined by a struggle over the legitimacy of productive, distribution, and consumption practices that took place between the U.S. and Colombian governments, and marginal groups and frontier communities of both countries.

The marijuana boom has two clearly distinguishable moments. At first, the onset of the marijuana boom was intimately related to the emergence of a youth culture defined by political dissent, irreverence toward authority, and novel understandings of legitimate behavior, as well as the weakening of Mexico, the historical supplier of the U.S. market, as a result of fumigation campaigns there, and the disappearance of Cuba as the continental linchpin of the narcotics trade in the western hemisphere after 1959.⁷ Then, during the decline of the marijuana boom, U.S. geopolitical considerations—related to New Cold War necessities of tightening U.S. control over the Caribbean basin—meshed with the national security imperatives of the Colombian government, as an aggressive military campaign in the core marijuana region was launched in 1978; the opening chapter of the U.S.-led “war on drugs” in the Andes.

Explanations for the emergence of the narcotics industry in the Americas are varied and legion. During the 1980s and 1990s, a specialized literature agreed on four basic explanatory features of the explosion of narcotics production in Colombia and the Andes more generally:

5 “Telegram. Dept of State, 12 October 71,” *ibid*.

6 Around 80% of Mexican marijuana was consumed in the U.S.; see *ibid*.

7 From the 1920s to the 1960s, Cuba was the main axis of the narcotics trade in the Americas. Its political instability during the first half of the century, along with the close ties with the U.S. established under the Platt Amendment, created the ideal political, logistical, and financial conditions for this role. Fidel Castro’s consolidation of power in 1959 marked a watershed. While the fidelistas’ moralizing revolutionary nationalism, their yearning for a “New Cuba,” defined the regime’s zero-tolerance policy, and pushed Castro to ratify the 1961 U.N Single Convention of Narcotics before other Latin American countries, the U.S. government insisted on using anti-narcotics propaganda as a constitutive element of anti-communism. Between 1962 and 1965, Washington—assisted by the U.S. media—transformed Fidel Castro into the new “king of cocaine.” The combined effect of the narcotization of the U.S. foreign policy towards Cuba, the fidelistas’ anti-drugs campaigns, and, last but not least, the initiative and creativity of illegal entrepreneurs seeking ways to profit from it, led to the collapse of the “Cuban Connection,” leaving a space in the illicit market for new competitors; see Eduardo Sáenz Rovner, *La conexión cubana: Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años 20 y comienzos de la Revolución* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005).

widespread rural poverty, open agricultural frontiers, permanent internal migration, and a geostrategic position in relation to consumption markets.⁸ Recently, economists and historians have reshaped these frameworks by studying the political conditions of the countries in which these illegal economies emerged since illicit economies flourish in political systems characterized by impunity and high levels of inequality, and during political conjunctures that favor these illegal business practices.⁹ The new literature on drugs in the Americas also helps us understand the resilience of illicit narcotics organizations, networks, and circuits as a logical result of their constant adaptation to criminalization, prohibition, and repression.¹⁰

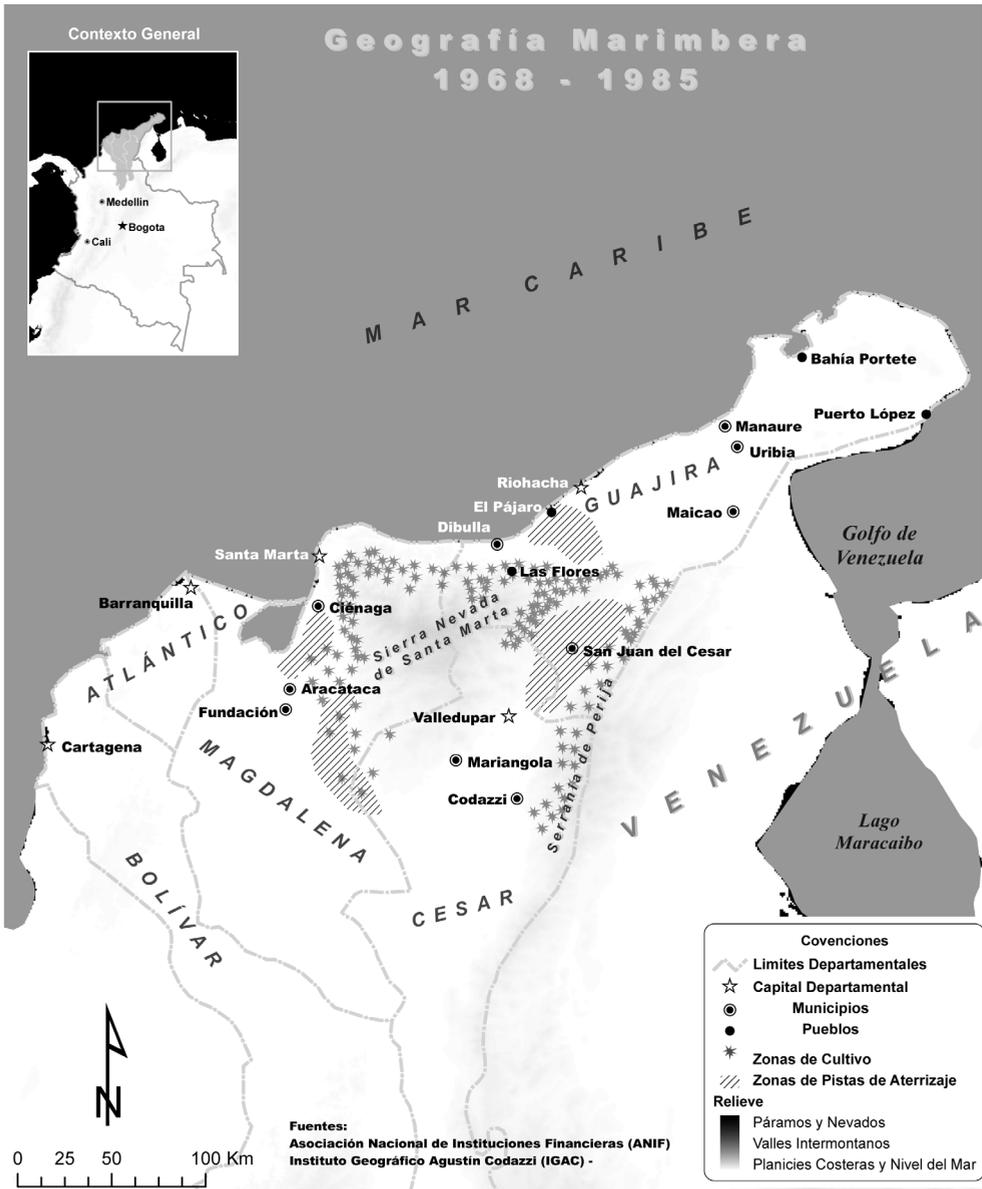
Building on these findings, the argument advanced in this paper is as follows. The “Two Peninsulas” campaign recapitulates Cold War initiatives and goals related to the reemergence of the strategy of containment in U.S. foreign policy in the late 1970s. It functioned as a laboratory for testing how militarized anti-narcotics operations could assist states in controlling geographical areas marked by historical inequalities, inconsistent state presence, and potentially insurgent projects. While I focus on state repression, I also analyze this particular set of anti-narcotics policies as another aspect of the circuit of production, distribution, and consumption.¹¹ Although cocaine traffic thrived in Colombia during this era, this paper focuses solely on the marijuana trade because the first regional narcotics boom took place around marijuana networks, rather than concurrent cocaine ones, which made them the first targets of the U.S.-led “war on drugs” in the Andean basin.

Although U.S.-Latin American relations are a fundamental aspect of the global Cold War, we know almost nothing about how these relations were narcotized through the so-called “war on drugs.” Extending Greg Grandin’s suggestive metaphor about how Latin America is like “the camel not in the Koran,” insofar as it is at once familiar and invisible in U.S. historical consciousness and imagination, I propose that the narcotization of bilateral relations is perhaps the most obscure instrument in the toolkit of the U.S. empire’s workshop.¹² But contrary to Grandin’s call to move “off the beach” in order to examine Latin American Cold War beyond U.S.-Cuban relations, I argue that in this case, our analytical focus must remain in the Caribbean basin.¹³ In the first part of the paper, I use local oral history as well as documentary evidence

-
- 8 Paul Gootenberg, “Scholars on Drugs: Some Qualitative Trends,” *Qualitative Sociology* 28:4 (Winter 2000).
- 9 Darío Betancourt and Martha Luz García, *Contrabandistas, marimberos y mafiosos: Historia social de la mafia colombiana, 1965-1992* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994); Eduardo Sáenz Rovner, “La prehistoria del narcotráfico en Colombia,” *Innovar: Revista de Ciencias Administrativas y Sociales* 8 (Jul.-Dec., 1996); Mary Roldán, “Cocaine and the ‘Miracle’ of Modernity in Medellín” in Paul Gootenberg (ed.) *Cocaine: Global Histories* (London; New York: Routledge, 1999); Francisco Thoumi, *Illegal Drugs: Economy and Society in the Andes* (Washington DC: Woodrow Wilson Center Press and Johns Hopkins University Press, 2003); Paul Gootenberg, *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2008).
- 10 Michael Kenney, *From Pablo to Osama: Trafficking and Terrorist Networks, Government Bureaucracies, and Competitive Adaptation* (Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2007).
- 11 Itty Abraham and Willen van Schendel, “Introduction. The Making of Illicitness” in Willem van Schendel and Itty Abraham (eds.), *Illicit Flows and Criminal Things: States, Borders, and the Other Side of Globalization* (Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 2005). This paper forms part of a chapter of my dissertation (The Marijuana Axis: The First Narcotics Boom and the “War on Drugs” in Colombia, 1955-1985), in which I examine the entire marijuana circuit in its different phases.
- 12 Greg Grandin, *Empire’s Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of New Imperialism* (New York: Metropolitan Books, 2006), 2.
- 13 Greg Grandin, “Off the Beach: The United States, Latin America, and the Cold War” in Jean-Christophe Agnew and Roy Rosenzweig (eds.), *A Companion to Post-1945 America* (Malden, MA: Blackwell, 2002), 427.

produced by the United Nations' anti-narcotics organisms in order to explain the emergence of the marijuana boom in the late 1960s and early 1970s. Then I examine the annual reports, and internal correspondence of Colombian presidents Alfonso López Michelsen (1974-1978) and Julio César Turbay (1978-1982), and declassified documents of the U.S. administrations of Gerald Ford and Jimmy Carter in order to understand the military campaign against marijuana trade networks.

The marijuana geography: landing strips and plantations
By Bennet Campoverde¹⁴



14 Colombian geographer.

A Peacetime War

Although *Time's* controversial article was correct in that marijuana provided as much revenue as coffee in Colombia, and that Colombia had filled the gap of the U.S.'s main supplier, Mexico, as a result of fumigations, veteran reporter Donald Neff downplayed a key factor without which the rapid emergence and success of this "connection" would have been impossible: the role of "small-time entrepreneurs" from the U.S.¹⁵ While rumor has it that former Peace Corps volunteers who stayed in the Sierra Nevada de Santa Marta organized the first marijuana export loads, and historiography has reproduced this version in spite of the lack of documentary evidence to support it,¹⁶ after doing fieldwork in the former marijuana region, my conclusion is that the initiative that young Americans and Colombians took to import small quantities of the Colombian strain of marijuana to the U.S created a series of spontaneous transactions and business relationships that rapidly turned into a new and safe supply route, which became the bedrock on which the marijuana export economy then flourished.

Previously produced along the Andean coffee axis in the western cordillera, and in the area around the United Fruit Company plantations on the southeastern foothills of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombian marijuana crops were not intended for export.¹⁷ Historian Eduardo Sáenz Rovner has found that since the 1950s, sailors and other mobile workers had been exporting Colombian marijuana to the U.S. and other neighboring countries in small quantities, therefore the steady growth of marijuana cultivation during the 1950s and 1960s did not respond to the export business, however, but to the expansion of the local consumption markets. By the mid-1960s, when the Peace Corps program began –and the Colombian chapter was the first one launched in South America– young Americans came to Colombian rural areas with dreams of political change, eager to escape home, and carrying new habits of consumption, marijuana consumption and production were well-established as parts of Colombia's internal market.¹⁸ According to one environmental activist who has lived in the Sierra Nevada since the late 1960s following some years studying in universities of the U.S. West Coast, young Americans and young Colombians shared values and counter-cultural life-styles, which provided the ideal space for these first illegal transactions:

At the time [mid to late 1960s] we didn't have any marijuana. There was marijuana in Colombia, but the marijuana export business did not exist yet... Out of the blue a lot of small ships from the U.S. started to arrive. Those people brought LSD to exchange for marijuana. But we did not have marijuana crops. *Red Point* was cultivated in the Andean region [coffee axis] and *Colombian Gold* did not exist yet.

15 Operation Condor was the name of the aerial fumigations with *paraquat* in Mexico that targeted both marijuana and poppy fields, thereby opening the door to a takeoff in Colombian marijuana production; see Paul Stares, *Global Habit: The Drug Problem in a Borderless World* (Washington: Brookings Institution, 1996), 28-9.

16 D. Betancourt and M. García, *Contrabandistas, marimberos y mafiosos*; José Cervantes Angulo, *La noche de las luciérnagas* (Bogotá: Plaza y Janes, 1980); Roberto Junguito and Carlos Caballero, "La otra economía," *Coyuntura Económica* 8:4 (1978).

17 For the origins of cannabis crops in Colombia, see Eduardo Sáenz Rovner, "La prehistoria de la marijuana en Colombia: Consumo y cultivos entre los años 30 y 60", *Cuadernos de Economía* XXVI:47 (Bogotá, 2007); Mario Arango and Jorge Child, *Narcotráfico: Imperio de la cocaína* (Medellín: Editorial Percepción, 1987); and interview, "Pepe," June 25, 2006, Taganga, Magdalena.

18 E. Sáenz Rovner, "La prehistoria de la marijuana en Colombia."

So they traveled to the Andean region to buy it, and then brought it to the coast in order to export it from here. It was the easiest way. Some of them arrived in sailing boats, and some in small airplanes. All of them looked like hippies. They were not businessmen, they were not looking for big quantities, but they were many, and many more... Then it was a boom.¹⁹

By the late 1960s variegated clandestine networks for production in the Andean region established routes through the natural ports of the Caribbean Guajira peninsula.²⁰ These represented short-term, ad-hoc alliances between Americans and Colombians to transport it from the coffee axis in the Andean interior in order to export it from the coast. It was then introduced to the U.S. territory in sailing boats and small aircraft operated by veterans of the Cold War in Southeast Asia.²¹ K. "Hawkeye" Gross, one of those young American pilots with experience in counter-insurgency, explains why his generation was so quick to get involved in the business:

It hit me like a smack in the mouth: smuggling was what I'd been trained to do. The jet training, the survival schools teaching me crash survival and torture resistance, the battle experience in Vietnam, the flying in and out of dirt roads in Cambodia, the ragtag charter flying for Exec Air. Shit, I hadn't been training to be an airline pilot, I had been training to be in the smuggling business.²²

The first period of marijuana traffic in the Sierra Nevada de Santa Marta and the Guajira peninsula, which took place from the late 1960s until around 1972, operated along the same lines as marijuana/hashish trafficking within Europe, and from Europe to the U.S., which INTERPOL signaled as a growing tendency: "large increase in LSD traffic, closely tied to cannabis traffic."²³ This spontaneous traffic resulting from the growing demands of North Atlantic consumers, and from the initiative of marijuana consumers who became dealers in order to support their habits and make a small profit, increased so rapidly that international drug control organisms, such as the U.N. Commission of Narcotics Drugs considered the region, during the 24th session of 1971, as one of "two additional areas of particular concern because of the potential for increased trafficking."²⁴ In its Plan for Concerted Action Against Drug Abuse, the U.N. Fund for Drug Abuse Control, FDAC, noted that these amateur traffickers were "not, initially, professional criminals. Some of them are trying to supply themselves or their friends. Large proportion are young people, some of them 'hippies' or others in a state of protest against society, others more conventional tourists."²⁵

19 Interview, "José Villa," March 30, 2005, Santa Marta, Magdalena.

20 Interview, Rodrigo Echeverri, March 15, 2010, Carmen de Viboral, Antioquia.

21 Robert Sabbag, *Loaded: A misadventure on the Marijuana Trail* (New York: Little, Brown, and Company, 2002); and K. "Hawkeye" Gross, *Reefer Warrior: How My Friends and I Found Adventure, Wealth, and Romance Smuggling Marijuana—Until We All Went to Jail* (Boulder, Colorado: Paladin Press, 1998).

22 K. Hawkeye Gross, *Reefer Warrior*, 59.

23 "Telegram 12 OCT 71," NA, RG 59, Box 1, UN Commission on Narcotics Drugs—24th session—Geneva to UNFDAC—July–Dec 1972.

24 "CND, Agenda Item 6," NA.

25 "Plan for Concerted Action Against Drug Abuse—Part I," NA, RG 59, Box 2, UNFDAC, Jan–June 1972 to INCB 1972.

By 1972, the potential of the Caribbean Colombian to supply U.S. markets was exploited much more thoroughly and systematically. Although marijuana crops existed in the southeastern foothill of the Sierra Nevada since the 1930s, because of their quality they were rarely exported. Financed and technically assisted by U.S. and Colombian investors alike, the first local crops produced exclusively for export appeared in the arid soil of the Guajira side of the Sierra Nevada de Santa Marta on the western and northeastern foothills.²⁶ While investors and cultivators came from outside the region—the later were peasants from the Andean region expelled by the so-called “la violencia” of the mid-twentieth century—the intermediaries were locals, mostly men from the Guajira peninsula used to smuggling, since contraband was the centuries-old mainstay of the Guajira’s economy.²⁷

The planting and harvesting of the first local crops represented the beginning of what I call the marijuana boom’s second stage, characterized by a qualitative leap in the transformation of production and distribution, as the commodity was technically upgraded and distribution networks were expanded.²⁸ The creation of *Colombian Golden* or *Santa Marta Gold*, an improved-seed strain characterized by its delicate flavor and soft effect, not only introduced a new, fashionable variety of marijuana into the U.S. countercultural markets, but supported the consolidation of a new regional economy in the northernmost part of the Colombian Caribbean. According to Rodrigo Echeverri, a forestry engineer who coordinated a multidisciplinary research group that produced an unpublished monograph on the marijuana boom, these local crops “made viable an unviable agricultural economy” because they not only helped to open the agricultural frontier, but provided guaranteed markets to its production.²⁹ “Marijuana became the source of a job and income for everybody here,” a former marijuana transporter from a Guajira southern town explained.³⁰ “The state did not go after it, and there was no marijuana consumer culture, either.”³¹ Growing and selling marijuana was considered a legitimate agricultural pursuit, little different from growing and selling food or other cash crops, except for the extent to which it minimized risk for direct producers.³²

These qualitative innovations converted the Colombian Caribbean from one region among many into the largest supplier of marijuana in the world at the time and linked the Guajira and the Florida peninsulas in a single, highly profitable circuit that peaked between 1972 and

26 Interview, Rodrigo Echeverri. See also Anne Marie Losonczy, “De cimarrones a colonos y contrabandistas” in Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2002).

27 Lance Grahn, *The Political Economy of Smuggling: Regional Informal Economies in Early Bourbon New Granada* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1997).

28 “Vilma,” one of the founders of a hippie commune in the late 1960s that lived with the Kogui people in the Sierra Nevada de Santa Marta, “we saw gringos giving marijuana seeds to peasants, they tried to convince us to join, they said that if we harvest I don’t remember how much pounds, they will pay us I don’t remember how much money;” interview, “Vilma”, March 30, 2005, Buritaca, Magdalena. In the late 1970s, journalist José Cervantes Angulo found a textbook on how to grow marijuana that was edited in Florida and written in Spanish; see J. Cervantes Angulo, *La noche de las luciérnagas*, 237.

29 Interview, Rodrigo Echeverri.

30 Interview, “Joaquín,” January 17, 2005, San Juan del Cesar, Guajira.

31 Interview (A), Roger Bermúdez, March 9, 2005, Riohacha, Guajira.

32 Interview, “Gonzalo,” January 17, 2005, San Juan del Cesar, Guajira.

1978.³³ The worldwide tendency identified in 1971 by the U.N. Commission of Narcotics Drugs –namely, that “large bulk shipments of drugs include concealment in transshipped vehicles and renegade pilots who fly drugs in small aircraft”– developed as the standard pattern for exports once local marijuana fields began to produce at full capacity.³⁴ The spontaneous transactions among consumers, or novices and small-time entrepreneurs that characterized the cycle of origins had ended. According to a former Guajiro marijuana intermediary, whose trajectory made him a stereotypical case of marijuana boom’s *nouveau riche*, once there were local crops, importers started not only to proliferate but to arrive in larger aircraft and ships. Thus by the second half of the 1970s, “the lowest weight you could have in order to make a marijuana shipment profitable [was] around 300 *quintales* [near 135,000 kilos or 297,000 pounds].”³⁵ Each load employed nearly forty people in transport and loading alone, and required the work of weeks on the part of at least two marijuana intermediaries –popularly known as “marimberos”– in order to buy the harvests from cultivators.³⁶

Although these networks operated without serious interference from law enforcement until late 1978, once the “Two Peninsulas” campaign was launched, the third and final phase –decline– began. The boom’s peak in the mid-1970s forced Colombian national authorities to admit its political relevance. The hectic mercantile activity in the Caribbean region and the exorbitant profits absorbed by the national banking system, as reflected in the balance of payments, forced Colombian political elites to take a public secret, known to all, and turn it into a public debate. The narcotics trade as a topic of public discussion –beyond the narrow realm of experts and technocrats– appeared for the first time during Alfonso López Michelsen’s presidency (1974–1978). After his inauguration in August 1974, López was pushed by the United States to commit his government in the fight against the drug trade together with the U.S. government. As Richard Nixon’s Secretary of State, Henry Kissinger, suggested in a telegram to the American Embassy in Bogota in 1974: “the rapid growing importance of Colombia in the traffic signals the need for fast and effective reaction on the part of USG [U.S. Government]”.³⁷ The Embassy in Bogota answered that the country “is not Canada, Germany or France and unless we successfully ‘upgrade the GOC [Government of Colombia] narcotics interdiction effort’ we have no base on which to rest our coordination efforts.” Therefore, the primary goal of the U.S. government at the end of the Nixon years was to improve the operational capacity of the Colombian government.³⁸

López Michelsen’s political career relied on his family origins –as the son of the “Roosevelt of the Andes,” one of the most popular Colombian presidents in the twentieth century– and on his leadership of the Revolutionary Liberal Movement, MRL, a dissident wing of the Liberal Party formed during the National Front (1958–74). His ability to portray himself as an alternative to the *status quo*, even while serving as a leading member of the oligarchy,

33 By the mid-1970s the trade amounted for \$1,400 millions of dollars, which represented the 39% of the value of all Colombian exports; see Samper Pizano, *La legalización de la marihuana*, 22.

34 “CND, Agenda Item 6,” NA.

35 Interview (A), “Orlando,” March 9, 2005, Riohacha, Guajira.

36 E. Samper Pizano, *La legalización de la marihuana*.

37 “Telegram from Sec. of State to Embassy,” NA, RG 50, Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador].

38 “Telegram from Embassy to Sec. of State, Oct 74,” NA, RG 59, Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador].

stemmed in large measure from his intellectual and rhetorical skills. These proved effective as López reduced regionally diversified, illegal practices, differentiated by commodity, to one simple, scandalous headline: “the mafia wars.”³⁹ Under this rubric, he merged organized mafia activities, rural and urban guerrilla warfare, and boom-and-bust economies in peripheral regions into one single phenomenon of crime and insecurity. A day before his first official trip to the United States, López added a new element to the brew: foreign mafias. Asked about the narcotics trade in a press conference, he explained:

Colombia is victim of its privileged geographic location, which permits American citizens –with American capital investment flying airplanes with American registration numbers that take off from American airports– to turn us into a platform for the drug trade ... It is not the inability of the Colombian government to control its people that is the main cause of this state of the matter, but the American impotence to prevent its criminals from aspiring to convert our country, in the course of exploits not seen before since the opium wars, when the corruption of the Asian peoples had its origins in the greed of western capitalists, and drug traffickers.⁴⁰

During his visit with President Ford, López’s double game was revealed clearly. While on the Colombian public scene he shrewdly appeared more nationalist, radical, and confrontational than he actually was, in the United States and in confidential internal correspondence, he was highly cooperative. During his visit he talked about how “minor exports” –others than coffee– had increased in the last five years, but he avoided mentioning narcotics as one of them. During the final press conference during his visit, López argued that committing Colombia to the struggle against drug trade led by the United States was consistent with his point of view, because “if the mafias that traffic with drugs are organized at the multinational level, obviously we have to fight them at the multinational level.”⁴¹

Trying to preserve political capital based on his dissident nationalist liberalism, López maintained a delicate balance between rhetorical confrontation and practical cooperation, producing a subtle but decisive transformation in the way the Colombian state understood and implemented its anti-narcotics role. Once in office he appointed General José Joaquín Matallana to the head of the Administrative Department of Security, DAS, the equivalent of the CIA and the FBI, then he appointed Julio César Turbay Ayala, president of Congress, as Colombian ambassador in Washington. Both Matallana and Turbay were distinguished by their moral and political conservatism.

General Matallana was an ideologically committed anti-communist with vast experience in counterinsurgency against the rural guerrilla movement in the southern part of the country.⁴² His reputation brought López the sympathy and good will he needed with Washington’s hardliners as he also was a high rank officer of the Batallón Colombia that fought in the Korean War. As a senior decorated official about to retire, Matallana took his leadership of the Colombian intelligence apparatus as a final opportunity to consolidate the Armed Forces as the ultimate guarantor of state

39 A. López Michelsen, *El Gobierno del Mandato Claro* Tomo III, 184-5.

40 Ibid., 96.

41 Ibid., 122.

42 Francisco Leal, *La inseguridad de la seguridad. Colombia, 1958-2005* (Bogotá: Planeta, 2006).

control over rural and urban populations. He envisioned DAS and its novel anti-narcotics tasks as the vanguard of the anti-subversive approach to socio-economic and political conflict. Matallana cemented ties with other intelligence agencies in the country, such as the Police's F2, with the Armed Forces, and the DEA.⁴³ In the United States, Matallana's appointment as director of DAS was taken as a clear sign of López's commitment to anti-narcotics repression, insofar "DAS will indeed assume a much more aggressive position than in the past."⁴⁴ In Colombia, on the other hand, the appointment was understood as an effort to militarize DAS, which Colombian legislation had defined as a civil service. Looking for a balance between cooperation and confrontation, López's administration was the first to push the Armed Forces and Intelligence agencies to perform anti-narcotics functions formerly carried out by Customs and Police.⁴⁵

López's moves towards a new approach to drug control and repression partially satisfied the Ford administration. In his Special Message to the Congress on Drug Abuse on April 27, 1976, Ford mentioned López, along with President Echeverría from Mexico and Prime Minister Demirel of Turkey, as one of the most cooperative heads of state in the fight against narcotics trafficking. López's recent official trip to the United States had helped to create the "genuine and healthy air of mutual concern and cooperation," which, as Ford explained to Congress, was key factor in bringing about "a real reduction in drug trafficking into the United States."⁴⁶ Nevertheless, after López's visit, the U. S. ambassador in Bogota advised President Ford not to provide any further military hardware, such as helicopters for interdiction, until the administration had completed its overhaul of the anti-narcotics apparatus.⁴⁷ In those years, antimilitarism in the United States was at its height, and in Congress the Democratic majority was determined to strengthen its oversight of the executive branch, rein in the intelligence community, and even cut military aid to important Cold War allies such as Turkey and Chile.⁴⁸ Apparently, the combined effect of this legislative opposition to increase American military involvement abroad, and the advice given by the American Ambassador in Bogota, made Ford break his promises.

President Carter's "refreshing" (southern) style, publicly regarded by López as one of the most important ingredients brought by the new U.S. administration to the relationship with Latin America, worked wonders for the future of the "war on drugs" in South America. During Carter's first years in office, domestic tolerance of drug use became widespread, and White House

43 "Memorandum by Ambassador, Bogotá, OCT 18 1974," NA, RG 59, Box 5, Colombia-January -July 1975 to Untitled [Ecuador].

44 Matallana's appointment was "read in the context of an apparent GOC [Government of Colombia] re-thinking of narcotics program responsibilities and priorities;" see "Telegram de AMB a Sec. of Sate, NOV 75," NA, RG 59, Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia -Aug-Dec 1975. A year earlier: "The new Lopez admin, which took office on aug 7/74 has indicated by certain actions, as well as word, that it will give a high priority to the narcotics problem"; see "Telegram Bogota OCT 74," NA, RG 59, Box 5, Colombia-January -July 1975 to Untitled [Ecuador].

45 "DAS has not yet developed an active campaign towards narcotics suppression, and its efforts are lagging far behind both the National Police, and Customs"; see "Termination Phase-Out Study. Public Safety Project. Colombia, April 1974," National Security Archive (NSA), Colombia, Agency for International Development (Office of Public Safety).

46 Gerald R. Ford, *Special Message to the Congress on Drug Abuse*. April 27, 1976 at <<http://www.ford.utexas.edu/LIBRARY/SPEECHES/760368.htm>>.

47 "Memorandum," NA, RG 59, Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia -Aug-Dec 1975.

48 G. Grandin, *Empire's Workshop*, 62-3.

intervention in drug control and interdiction relaxed as well.⁴⁹ According to López, the way Carter dealt with the marijuana boom on the Colombian Caribbean was irrefutable proof of his “natural good manners, spontaneity, and refreshing style.”⁵⁰ Overwhelmed by the estimated costs of eradication of marijuana crops in the Sierra Nevada de Santa Marta, and interdiction of trade in the Guajira peninsula, López called Carter to request help, and instead of getting an “academic answer designed by experts,” Carter “sent a commission to calculate the size of the crops, to give us technical support, and to assist us in whatever we considered necessary. This followed the experiences of Mexico and Turkey in eradicating illicit crops, providing us with new methods in order to make operations faster and cheaper.”⁵¹

The results of the inspection would become visible a year later, under a completely different constellation of political forces within the Carter administration, which related to a general collapse of the centrist position, and a resurgence of militarism and accommodation to Cold War demands.⁵² In 1978, the counter-rebellion frequently referred to as the Parents’ Movement launched its crusade against drug use. Rapidly gaining ascendancy, the movement targeted physician Peter Bourne, Carter’s special assistant for health issues and chief advisor on drugs –and his most liberal collaborator by far– by accusing him of having used cocaine at a party given by the National Organization for the Reform of Marijuana Laws, NORML, and signing a prescription for sedatives to a White House colleague under a false name. By the end of the scandal, orchestrated by a newly insurgent Republican Party, Carter stopped pushing Congress to legalize marijuana and “America’s public willingness to tolerate any drug use at all began to decline.”⁵³ Furthermore, those advocates of greater U.S. military involvement in the “war on drugs” began to multiply and ranged across the political spectrum from conservative Republicans to liberal Democrats.⁵⁴

In this context, López finished his term and the new Colombian president, López’s former Ambassador to Washington, Julio César Turbay, took office. While López’s discursive alchemy narcotics traffic became part and parcel of other kinds of crimes –such as extortion and kidnapping, which were increasingly widespread– it was Julio César Turbay’s “great crusade” that turned it into the core of a worldwide moral problem. While López discretely involved the Armed Forces in anti-narcotics activities, Turbay openly called them into action to usurp police functions. In his inaugural speech in August 1978, Turbay explained the rationale for his unconstitutional move:

49 David E. Smith (ed.), *The New Social Drug: Cultural, Medical, and Legal Perspectives on Marijuana* (New Jersey: Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1970); David Musto and Pamela Korsmeyer, *Quest for Drug Control: Politics and Federal Policy in a Period of Increasing Substance Abuse, 1963-1981* (New Haven: Yale University Press, 2002); Tatiana Matthiesen, *El arte político de conciliar: El tema de las drogas en las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, 1986-1994* (Bogotá: Fedesarrollo, FESCOL, CEREC, 2000).

50 A. López Michelsen, *El Gobierno del Mandato Claro* Tomo VI (Bogotá: Imprenta Nacional, Nov 1980), 291.

51 Ibid, 292-3.

52 Jerry W. Sanders, *Peddlers of Crisis: The Committee on the Present Danger and the Politics of Containment* (Boston: Sound End Press, 1983), 235-41.

53 D. Musto and P. Korsmeyer, *The Quest for Drug Control*, xxi; and Tatiana Matthiesen, *El arte político de conciliar*, 86-89.

54 Bruce M. Bagley, “Myths of Militarization: Enlisting Armed Forces in the War on Drugs” in Peter H. Smith, *Drug Policy in the Americas* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1992), 129. For a comprehensive account of Bourne’s trajectory in the White House and Carter’s Office of Drug Abuse Policy (ODAP), see D. Musto and P. Korsmeyer, *The Quest for Drug Control*, 185-233.

the contaminating wave of social decomposition and immorality that knocks on the doors of the majority of countries has made the contemporary world unsafe, and forced all nations to take care of the important problem of restoring ethical values, and security in cities and countryside, as my government will do. Its restoration is indispensable for civilized coexistence, and it is a requirement of development.⁵⁵

Once in office, Turbay issued three decrees, known as the Security Statutes, that laid the foundation for his regime. The first and third articles targeted rural and urban insurgents, who had begun to proliferate under López, while the second, decree 2144 of 1978, set up controls over the Sierra Nevada de Santa Marta and the Guajira peninsula in order to repress marijuana production and transport. The campaign was launched on November 1, 1978, and Battalion Number 2, headquartered in Barranquilla, administered it under the supervision of the Colombian Ministry of Defense. Colonel Rafael Padilla Vergara, head of the Department of Information at the Ministry of Defense, explained that “this is a kind of work that nobody in the Army wants to do.” The reason was that if the Armed Forces were forced to confront peasants and indigenous peoples, like the Wayuu, it might generate instability, as narco-traffickers would assist them in resisting anti-narcotics tasks, and instability favored the communist insurgency.⁵⁶

In addition to the reluctance of the Armed Forces to get involved in this type of warfare—as opposed to anti-communist counter-insurgency—the campaign also created two new problems. First, it pushed government agencies and other organisms of drugs control into what I call a war of statistics. The data on seizures, area fumigated, arrests, and so forth, became an element of political football on which U.S. military and police aid to Colombia depended.⁵⁷ Second, it created a judicial and humanitarian problem for Colombian and U.S. authorities once the number of Americans and Colombians arrested and sent to jail increased dramatically (as did the number of U.S. airplanes and ships confiscated).⁵⁸ Since 1975, the American Embassy in Bogota had formed a Prisoners' Welfare Committee to deal with the humanitarian and judicial needs of imprisoned American citizens, and to respond to several congressional inquiries in that regard.⁵⁹ However, “with the Guajira interdiction campaign [the number of U.S. prisoners] has begun to

55 Julio César Turbay Ayala, *Memorias de un cuatrenio, 1978-1982* Tomo V (Bogotá: Editorial Presencia), 6-7.

56 J. Cervantes Angulo, *La noche de las luciérnagas*, 225. A declassified document of the U.S. Department of State affirmed that “opposition also exists within the Colombian military which is uncomfortable with its expanded role policing illegal drugs activities... Disagreements over the Army's role in suppressing narcotics traffic were partly responsible for the resignation of the Army commander last August”; see “Colombia: An Overview of the Drug Problem,” NSA, Colombia, ca. 1979.

57 Some of the numbers for the first eight months of the campaign: Colombian citizens detained (1.127), foreigners detained (188), long-reach weapons (152), short-reach weapons (477), ammunition (19.226), vehicles (268), aircrafts (75), ships (74), kilos of marijuana (2.610.338) crops destroyed (10.217 hectáreas); see J. C. Turbay Ayala, *Memorias de un cuatrenio, 1978-1982* Tomo V (Bogotá: Editorial Presencia), 33

58 During the first two months of the “Two Peninsulas” campaign, 27 American-owned aircraft, 3 U.S.-registered boats were seized, and 37 American citizens were detained; see “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to the Secretary of State in Washington, December 1978,” NSA, Colombia.

59 “Memorandum to several agencies, including DEA from Narcotics Coordinator Shurtleff,” NA, RG 59, Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975. Also: “Over the past four to five months, this embassy has received a rash of complaints from American tourists regarding body searches for drugs at Bogota and other Colombia international airports. These complaints have resulted in several congressional inquiries, the latest from senator Hiram Fong of Hawaii;” see “Telegram Dec 75,” NA, RG 59, Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975.

rise again,” although many of those newly arrested were “only subject to administrative fines and will not be imprisoned unless they fail to raise the money within the given period of time.”⁶⁰

Seeking solutions to these new problems, Turbay triggered a new transformation in the Colombian approach to narcotics control. In order to deal with “high-rank military officers’ reasoning around the need to separate the rank-and-file of the Armed Forces from these [anti-narcotics] activities that go against their nature,” in 1980, Turbay created the first anti-narcotics special unit that would be under “military discipline but will not be part of the Armed Forces.”⁶¹ Later that same year, he signed the first extradition agreement and Mutual Assistance Treaty with the United States in order to address the problem of Americans and Colombians arrested or imprisoned for narcotics production, possession, trade or consumption by both U.S. and Colombian judicial authorities. Along the way, Turbay waged a war of statistics, insofar as the flow of aid depended on the volume of the flow of drugs.⁶² Numbers on paper became the battlefield in which the narcotics “threat” was created, along with the complex of expensive bureaucracies to fight it. The battle of data, the extradition treaty, and the creation of special squads not only marked the beginning of a new phase in Colombian anti-narcotics politics, but also provided the framework in which the subsequent war between the Colombian state and the Medellín and Cali cartels took place throughout the 1980s and early 1990s.

Carter’s born-again militarism and the general rightward shift in the U.S. politics provided the international framework for Turbay’s crusade. Faced with the Russian invasion of Afghanistan, and deep divisions within the ranks of the Establishment between those who supported *détente* and those who wished a return to containment, Carter looked for a formula to satisfy both.⁶³ Eager to silence his critics, Carter gave birth to the New Cold War, and went full circle from being an enthusiast of interdependence and cooperation to formulating a doctrine of confrontation and militarization of foreign relations. The Colombian Caribbean became a perfect setting in which Carter could prove the sincerity of his conversion for two reasons. First, Turbay’s moralizing perspective on drugs production, trade, and consumption made things easier for Carter. Second, potential threats to the U.S.-dominated order had arisen in the Caribbean basin as a result of the decolonization of former European islands. The discovery of oil and gas fields in the mid-1970s, rapid demographic growth coupled with slowly growing economics and strife-ridden politics that generate massive flows of migration to the United States, the military imbalance between Cuba and other Basin countries, and its location as the vital arteries of U.S shipping both commercial and military to every area of the globe made the Caribbean basin a crucial geostrategic area for the New Cold War. Thus the profitable illegal activities in the Colombian Caribbean had to be addressed.⁶⁴

It was precisely the realization that Colombia had entered into a new era of narcotics control policy, one driven by the priorities of the U.S. government in the New Cold War, that

60 “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to Secretary of State in Washington, February 1979,” NSA, Colombia.

61 J. C. Turbay Ayala, *Memorias de un Cuatrenio* Tomo V, 64.

62 Paul Gootenberg, “Talking Like a State: Drugs, Borders, and the Language of Control” in W. Van Schendel and I. Abraham (eds.), *Illicit Flows and Criminal Things*.

63 J. Sanders, *Peddlers of Crisis*, 241.

64 Although the RAND Corporation document was prepared in 1983, the concerns and trends it explains had begun to surface at the time of the Two Peninsulas campaign; see Joseph H. Stodder, and Kevin F. McCarthy, *Profiles of the Caribbean Basin, 1960–1980: Changing Geopolitical and Geostrategic Dimensions* (Santa Monica, CA.: RAND Corporation, 1983).

triggered the curiosity of Colombian intellectual elites.⁶⁵ The National Association of Financial Institutions, ANIF, the leading organization in the financial sector and one of the country's most prestigious business organizations, assumed the leadership of public debate. In the midst of the "Two Peninsulas" campaign, ANIF created a multidisciplinary research group to conduct fieldwork in the Sierra Nevada and the Guajira, and produce a monograph about the marijuana export business as a national phenomenon. This group defined "the marijuana problem" in three dimensions: a matter of public health, legislation, and foreign relations with the U.S. It concluded that Colombia was the "dependent variable of the equation" insofar as the dynamics that generated and sustained the marijuana boom had their roots elsewhere.⁶⁶ The only viable solution, according to ANIF, was the legalization of the production, trade, and use of the plant both in Colombia and the United States.⁶⁷

Presented during ANIF's prestigious annual conference, "The Legalization of Marijuana" upset the bi-partisan Colombian political establishment. Politicians of all stripes visited ANIF's headquarters in Bogotá in order to persuade them to work on "what is really important for the country, such as the problem of living wages, of agricultural supplies, and trade unionism, for example."⁶⁸ Ernesto Samper Pizano, president of ANIF and a rising young politician in the Liberal Party, who later become president of Colombia (1994-1998), used his political capital to cushion the blow of the Colombian elites determined to render the marijuana trade invisible, or to frame it as a problem of industrialized countries exporting their social decay to developing ones. Samper's polemical defense of a political and legislative solution, rather than a military one, had reverberations in U.S. public opinion. ANIF's conclusions turned "The Colombian Connection" article inside out, revealing that, as *Time's* reporter Donald Neff argued, "the connection is still operated mainly by Colombians" on the ground, the country was getting only "20% of profits, and 100% of bad reputation."⁶⁹

The most convincing interpretation of the Colombian Caribbean marijuana boom of the 1970s lies somewhere in between Samper's and Neff's accounts. The Colombian Caribbean marijuana boom thrived on the basis of the decades-long illegal production, trade, and consumption, and traditions of smuggling inherited from the colonial era. It took place in three phases I have defined as origins (from late 1960s to 1972 approximately), peak or pinnacle (1972-1978), and decline (1978 to around 1985). It started as an illegal commerce of Andean marijuana crops through the

65 "Significant opposition to the antidrug program remains. Many Colombians claim the program has put an unfair burden on Bogotá. They alleged that in view of its resources, Washington has not been contributing its share"; see "Colombian: An Overview of the Drug problem," NSA, Colombia.

66 Interview, Hernando Ruiz, general coordinator ANIF's multidisciplinary research group, February 16, 2010, Bogota, Colombia.

67 Although the cocaine business thrived parallel to the marijuana trade, ANIF never considered the former as a subject of study because the marijuana export economy "was the vehicle of historical transformation in terms of macropolitics, macroeconomics, and macro-social changes." ANIF understood that marijuana production and traffic, rather than cocaine traffic, generated the first narcotics-driven regional economic boom in Colombia because it accomplished two things. While it was consistent with "Colombian productive idiosyncrasy of exporting agricultural products without value added," it was also helping to consolidate a regional export sector outside the coffee heartlands in the Andes. It also helped to strengthen ties between Colombia and the United States at the level of repressive state apparatuses, providing a new framework for interstate relations; interview, Hernando Ruiz.

68 Ibidem.

69 E. Samper Pizano, *La legalización de la marijuana*.

peripheral northernmost part of the Caribbean coast, the Sierra Nevada de Santa Marta and its neighboring Guajira peninsula, thanks to the initiative of U.S. consumers looking for new sources of supply—since Mexican cannabis was being fumigated at the time—, and small-time Colombian contraband entrepreneurs.⁷⁰ With the creation of the first local strain for exportation in the early 1970s (*Colombia Golden* or *Santa Marta Gold*), the size of export loads and profits increased enormously, as the boom peaked. The growth of investment went hand in hand with the growth of demand and the technical improvement of the quality of Colombian strains, turning Colombia into the world's main supplier of marijuana. Potential geo-strategic threats, along with Cold War national security concerns and foreign policy considerations on the Colombian side led the two governments to work together in repressing the marijuana trade. Operating as a *de facto* state of siege, this bilateral campaign succeeded in making marijuana production and transport a risky, expensive activity, which contributed to the sharp decline of the trade in the mid-1980s.⁷¹

Conclusion

The dialectical relation between prohibitionist policies and bureaucracies on the one hand, and traffickers' tireless creativity in pursuit of profit, on the other—initially driven by the initiative of consumers seeking to expand their range of choices—provided the conditions that transformed the Colombian Caribbean into the marijuana Mecca of the counter-culture movement. The military campaign launched against the region in the late 1970s and early 1980s under the banner of the “war on drugs” taught American and Colombian Cold Warriors powerful lessons.

First, the military campaign against marijuana in Colombia helped hardliners in both countries to articulate a discourse around drug trafficking and drug consumption as a major threat to national security, a form of foreign invasion that warranted nothing less than the full-scale mobilization of political, economic, bureaucratic, and military resources.⁷² Second, Carter and Turbay's “great crusade” converted drug trafficking into one of a range of nonspecific threats that enabled expanded roles and subsequent reorientation of the military bureaucracies towards fighting drugs and organized crime.⁷³ The “Two Peninsulas” campaign showed how anti-narcotics interventions could represent a new horizon of activities and a novel front of investment for the military-industrial sector, on which Cold War political economy had become increasingly dependent. Third, it allowed

70 These young people introduced a substantive change in the way marijuana production and trade had operated for decades. The cannabis harvested in the world was no longer consumed near the areas of production as before, but transported through an intricate pattern of routes to the growing consumer markets of the United States, producing exorbitant profits outside of state control; see “Plan for Concerted Action Against Drug Abuse-Part I,” July 1971, NA, RG 59, Box 2, UNFDAC (UN Fund for Drug Abuse Control) Jan-June 1972 to INCB 1972, 7.

71 Official statistics claimed that in the Sierra Nevada de Santa Marta, marijuana crops decreased from 4,100-7,500 meters to 1,300-1,800 mt between 1984 and 1985; see “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to Secretary of State in Washington, December 1985,” NSA, Colombia.

72 Since the escalation of the Vietnam War during Lyndon Johnson's administration, anti-militarism and political dissent were closely associated with consumption of illicit substances, principally marijuana. Although Johnson pioneered this approach, Richard Nixon's “war on drugs” fleshed it out and made it official government policy. Nixon's attack on “drugs” was based on the belief that “a relationship existed between drug use and criminal behavior—and additionally between drug use and counterculture lifestyle and political opinion”; see D. Musto and P. Korsmeyer, *The Quest for Drug Control*, xvii-xviii.

73 Winifred Tate, “Existential Threats and Institutional Imperatives: Drug War Politics and US Colombia Policy in the Post Cold War,” Lecture at the Tamiment Library, NYU, February 2010.

hardliners to develop a politics of fighting drugs that was supplementary to anti-communism and counterinsurgency, given that official discourses and practices about fighting drugs and communism contended that the best way to respond to a threat was to eradicate the “root causes” of instability at the source, that is to say, at the level of peasant economy and society. Fourth, it diversified the late Cold War in Latin America by projecting longstanding U.S. domestic fears outward, exporting not only American financial, political, and military know-how, but also ideological and moral conceptions of proper behavior. In short, the Cold War's global reign of secrecy operated as the general framework in which illegal activities flourished.

In Colombia, the military campaign against marijuana permitted a client state to align itself with the New Cold War strategies in ways that increased the flow of U.S. military aid and training. Although Alfonso López Michelsen's dissident liberalism and nationalist public performances made him appear resistant to U.S. meddling in Colombian domestic affairs, López's decisions laid the groundwork for the frontal assault waged by his ambassador to Washington and successor, Julio César Turbay.⁷⁴ Both López's and Turbay's anti-narcotics policies aimed to reproduce U.S. schemes by reorganizing the bureaucratic apparatus of drug control in Colombia, turning what had been a police problem of public order, public health, and taxation into a military and intelligence issue. Turbay's more ambitious anti-narcotics campaign, designed as a merciless military attack on narcotics production, distribution, and consumption, rather than undermining the Colombian state, strengthened its repressive capacity.⁷⁵ Both presidents contributed to making the divide between licit and illicit economies a powerful ideological axis around which U.S. constructions of its role in the hemisphere were established during the late Cold War and beyond.

Bibliography

- Abraham, Itty and Willen van Schendel. “Introduction: The Making of Illicitness.” In Willem van Schendel and Itty Abraham (eds.). *Illicit flows and Criminal things: States, Borders, and the Other Side of Globalization*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 2005.
- Arango, Mario and Jorge Child. *Narcotráfico: Imperio de la cocaína*. Medellín: Editorial Percepción, 1987.
- Bagley, Bruce M. “Myths of Militarization: Enlisting Armed Forces in the War on Drugs.” In Peter H. Smith. *Drug Policy in the Americas*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1992.
- Betancourt, Darío and Martha Luz García. *Contrabandistas, marimberos y mafiosos: Historia social de la mafia colombiana, 1965-1992*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994.
- Cervantes Angulo, José. *La noche de las luciérnagas*. Bogotá: Plaza y Janes, 1980.
- Craig, Richard B. “Colombian Narcotics and United States-Colombian Relations.” *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 23: 3 (August 1981).
- Ford, Gerald R. *Special Message to the Congress on Drug Abuse* (April 27, 1976) at <<http://www.ford.utexas.edu/LIBRARY/SPEECHES/760368.htm>>.
- Gootenberg, Paul. “Scholars on Drugs: Some Qualitative Trends.” *Qualitative Sociology* 28: 4 (Winter 2000).
- _____. “Talking Like a State: Drugs, Borders, and the Language of Control.” In Willem Van Schendel and Itty Abraham (eds.). *Illicit Flows and Criminal Things: States, Borders, and the Other Side of Globalization*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 2005.

74 R. Craig, “Colombian Narcotics and United States-Colombian Relations.”

75 For a general account on how anti-narcotics policies add to state capacity, see P. Gootenberg, “Talking Like a State.”

- _____. "The 'Pre-Colombian' Era of Drug Trafficking in the Americas: Cocaine, 1945-1965." Montreal, Canada: Congress of the Latin American Studies Association, LASA, September 5-8, 2007.
- _____. *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug*. Chapel Hill: The University of North Carolina press, 2008.
- Grahn, Lance. *The Political Economy of Smuggling: Regional Informal Economies in Early Bourbon New Granada*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1997.
- Grandin, Greg. "Off the Beach: The United States, Latin America, and the Cold War." In Jean-Christophe Agnew and Roy Rosenzweig (eds.). *A Companion to Post-1945 America*. Malden, MA: Blackwell, 2002.
- _____. *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of New Imperialism*. New York: Metropolitan Books, 2006.
- Gross, K. "Hawkeye." *Reefer Warrior: How My Friends and I Found Adventure, Wealth, and Romance Smuggling Marijuana – Until We All Went to Jail*. Boulder, Colorado: Paladin Press, 1998.
- Junguito, Roberto and Carlos Caballero. "La otra economía." *Coyuntura Económica* 8: 4 (1978).
- Leal, Francisco. *La inseguridad de la seguridad: Colombia, 1958-2005*. Bogotá: Planeta, 2006.
- López Michelsen, Alfonso. *El Gobierno del Mandato Claro* Tomo III. Bogotá: Imprenta Nacional, 1976.
- _____. *El Gobierno del Mandato Claro* Tomo VI. Bogotá: Imprenta Nacional, 1980.
- Losonczy, Anne Marie. "De cimarrones a colonos y contrabandistas." In Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.). *Afrodescendientes en las Américas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2002.
- Matthiesen, Tatiana. *El arte político de conciliar: El tema de las drogas en las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, 1986-1994*. Bogotá: Fedesarrollo, FESCOL, CEREC, 2000.
- Musto, David and Pamela Korsmeyer. *The Quest for Drug Control: Politics and Federal Policy in a Period of Increasing Substance Abuse, 1963-1981*. New Haven: Yale University Press, 2002.
- Neff, Donald. "The Colombian Connection." *Time Magazine* (January 29, 1979).
- Roldán, Mary. "Cocaine and the 'Miracle' of Modernity in Medellín." In Paul Gootenberg (ed.). *Cocaine: Global histories*. London; New York: Routledge, 1999.
- Sabbag, Robert. *Loaded: A misadventure on the Marijuana Trail*. New York: Little, Brown, and Company, 2002.
- Sáenz Rovner, Eduardo. "La prehistoria del narcotráfico en Colombia." *Innovar: Revista de Ciencias Administrativas y Sociales* 8 (Jul.-Dec., 1996).
- _____. *La conexión cubana: Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años 20 y comienzos de la Revolución*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- _____. "La prehistoria de la marihuana en Colombia: Consumo y cultivos entre los años 30 y 60." *Cuadernos de Economía* XXVI: 47 (Bogotá, 2007).
- Samper Pizano, Ernesto et al. *La Legalización de la Marihuana*. Bogotá: Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, 1980.
- Sanders, Jerry W. *Peddlers of Crisis: The Committee on the Present Danger and the Politics of Containment*. Boston: Sound End Press, 1983.
- Smith, David E. (ed.). *The New Social Drug: Cultural, Medical, and Legal Perspectives on Marijuana*. New Jersey: Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1970.
- Stares, Paul. *Global Habit: The Drug Problem in a Borderless World*. Washington: Brookings Institution, 1996.
- Stodder, Joseph H. and Kevin F. McCarthy. *Profiles of the Caribbean Basin, 1960-1980: Changing Geopolitical and Geostategic Dimensions*. Santa Monica, CA.: RAND Corporation, 1983.
- Tate, Winifred. "Existential Threats and Institutional Imperatives: Drug War Politics and US Colombia Policy in the Post Cold War." Lecture at the Tamiment Library, NYU, February 2010.
- Thoumi, Francisco. *Illegal Drugs, Economy and Society in the Andes*. Washington DC: Woodrow Wilson Center Press, and Johns Hopkins University Press, 2003.
- Turbay Ayala, Julio César. *Memorias de un Cuatrenio, 1978-1982* Tomo V. Bogotá: Editorial Presencia.

Archives

U.S. National Archives (NA) at College Park, RG 59:

- Box 1, UN Commission on Narcotics Drugs—24th session—Geneva 9/27 – 10/21/71, “CND. Agenda Item 6.”
- Box 1, UN Commission on Narcotics Drugs—24th session—Geneva 9/27 – 10/21/71, “Telegram. Dept of State, 12 October 71.”
- Box 2, UNFDAC (UN Fund for Drug Abuse Control), Jan-June 1972 to INCB 1972, “Plan for Concerted Action Against Drug Abuse-Part I.”
- Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975, “Telegram de AMB a Sec. of Sate, NOV 75.”
- Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975, “Memorandum.”
- Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975, “Memorandum to several agencies, including DEA from Narcotics Coordinator Shurtleff.”
- Box 4, Bolivia-1973 and 1974 to Colombia –Aug-Dec 1975, “Telegram Dec 75.”
- Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador], “Telegram from Sec. of State to Embassy.”
- Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador], “Telegram from Embassy to Sec. of State, Oct 74.”
- Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador], “Memorandum by Ambassador, Bogotá, OCT 18 1974.”
- Box 5, Colombia-January –July 1975 to Untitled [Ecuador], “Telegram Bogota OCT 74.”

National Security Archive (NSA) at Washington D.C.:

- Colombia, Agency for International Development (Office of Public Safety)
- “Termination Phase-Out Study. Public Safety Project. Colombia, April 1974.”
- “Colombia: An Overview of the Drug Problem,” ca. 1979.
- “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to the Secretary of State in Washington, December 1978.”
- “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to Secretary of State in Washington, February 1979.”
- “Unclassified memorandum from American Embassy in Bogota to Secretary of State in Washington, December 1985.”

Interviews

- Roger Bermúdez, March 9, 2005, Riohacha, Guajira.
- Rodrigo Echeverri, March 15, 2010, Carmen de Viboral, Antioquia.
- “Gonzalo,” January 17, 2005, San Juan del Cesar, Guajira.
- “Joaquín,” January 17, 2005, San Juan del Cesar, Guajira.
- “Orlando,” March 9, 2005, Riohacha, Guajira.
- “Pepe,” June 25, 2006, Taganga, Magdalena.
- Hernando Ruiz, February 16, 2010, Bogota, Colombia.
- “José Villa,” March 30, 2005, Santa Marta, Magdalena
- “Vilma,” March 30, 2005, Buritaca, Magdalena.

José Pedro Barrán:

“¿Cómo pude haber escrito esto?”¹

Vania Markarian y Jaime Yaffé

Influencias

JY: Siempre que Ud. se ha referido a las influencias que reconoce en su formación a nivel de la historiografía uruguaya, menciona en primer lugar el nombre de Juan Pivel Devoto. Quisiéramos saber qué otras influencias reconoce en su formación y en su producción, no sólo historiográficamente hablando, sino también más en general, hablando de las influencias culturales o intelectuales en un sentido más amplio.

JPB: Bueno, la relación con Pivel es equívoca. Lo admirábamos mucho. Nos formó en el IPA [Instituto de Profesores Artigas], después nos ayudó en las primeras investigaciones que hicimos, nos dio líneas de trabajo que había que respetar y también un contrato que derivó en la historia económica del país.² Y yo sentía afecto por él. Al fin y al cabo le dedicamos varios libros. Le dedicamos por ejemplo –miren el absurdo– la *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904*, que no tiene nada que ver con él ni con sus pensamientos y que le pareció muy criticable precisamente porque no enfocamos el asunto desde el punto de vista político.³ Sin embargo, sé que le conmovió pues en esos momentos pasaba por las tribulaciones de la prisión política de su hijo y advirtió lo que quiso ser la dedicatoria, una prueba de solidaridad. También le dediqué –y ahora uso la primera persona pues ese libro es de mi autoría personal– el tomo quinto de *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*.⁴ Ese lo leyó y le pareció interesante. En realidad, el tono ensayístico de la

- 1 Esta entrevista, realizada en la casa de Barrán el 23 de mayo de 2007, adelanta la publicación de un libro de la colección Argumentos del CLAEH en la serie Conversaciones, en el que por separado fueron entrevistados Benjamín Nahum y José Pedro Barrán. La versión que aquí se publica fue corregida por Barrán en diciembre de 2007. Las notas al pie fueron incorporadas por Vania Markarian y Jaime Yaffé y, con excepción de las 5, 25 y 27, fueron sometidas a la revisión del propio Barrán. Las palabras entre paréntesis rectos fueron agregadas con posterioridad a la entrevista. Las referencias bibliográficas contenidas en las notas al pie remiten a las ediciones originales de las obras mencionadas por el entrevistado; entre paréntesis rectos se indican los datos editoriales de la traducción al castellano que fue posible identificar. Los editores agradecen la colaboración de José Rilla en el diseño y edición de esta entrevista y de Manuel Rilla en la desgrabación. También se agradece a Pablo Ferreira, de la Biblioteca del Palacio Legislativo, quien facilitó una copia de la respuesta de Barrán a una consulta parlamentaria referida en la nota 25, y a Mariana Iglesias, Andrés Bresciano y Ana Costa, que ayudaron en la identificación de otros documentos.
- 2 Juan E. Pivel Devoto, *Colección de documentos para la historia económica y financiera de la República Oriental del Uruguay 1: Tierras 1734-1810* (Montevideo: Ministerio de Hacienda, 1964). Barrán integró el equipo de trabajo que llevó adelante la investigación para esta obra con material documental preservado en el Archivo General de la Nación junto a Benjamín Nahum y Elisa Silva bajo la dirección de Pivel, por entonces Director del Museo Histórico Nacional, contando para ello con financiamiento del Ministerio de Hacienda. Véase al respecto el testimonio de Benjamín Nahum en *Cuadernos del CLAEH* 94-95 (2007), 268-9, y el propio Tomo I de la colección referida.
- 3 José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno IV: Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1972).
- 4 J. P. Barrán, *Batlle, los estancieros y el imperio británico V: La reacción imperial-conservadora, 1911-1913* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1985).

Historia social, del que no reniego, estaba ausente en éste, una investigación histórica más pura, dura, tradicional, más de su estilo.

En *Las raíces coloniales de la revolución artiguista*, de 1952, Pivel estudiaba ya los orígenes sociales y económicos del pensamiento artiguista.⁵ Pero él estaba centrado sobre todo en la historia política, era su obsesión, y nosotros en aquella época queríamos hacer otro tipo de análisis y renegábamos de ese padre y esas formas. Incluyo en esto a todo el grupo de historiadores marxistas, con Lucía Sala y Julio Rodríguez a la cabeza, también a los Oddone [Juan Antonio Oddone y Blanca París de Oddone] y otros como [Luis] Carlos Benvenuto, Roque Faraone y Leticia Soler. Nos reuníamos, formamos el grupo “Historia y presente” que por el sesentaitanto, creo que fue en 1964, publicó un manifiesto en *Marcha*, cuyo sentido final era alertar sobre los condicionamientos de la ayuda externa en el trabajo intelectual.⁶ Dios nos castigó. Luego, en plena dictadura militar, vivimos de ella, la que en verdad nunca nos exigió nada, como sí lo hacía el gobierno autoritario criollo.

Yo nunca fui marxista, no me agrada esa filosofía. Ya en aquellos años rechazaba la primacía explicativa de los factores económicos, pero creíamos que detrás de lo político había otros trasfondos: que el prisma de lo económico y social no podía ser esquivado. Y lo que sigue me explica mejor: también creía y creo que detrás de lo puramente económico existe lo social y cultural. En realidad, lo que no existe en la realidad es lo económico puro o lo político incontaminado; no se deben confundir las necesidades de todo discurso explicativo con lo real. Y Pivel no pensaba exactamente de este modo.

Gustavo Beyhaut, profesor en el IPA, era el gran renovador junto con Rogelio Brito Stéfano [otro profesor del IPA], un hombre de una cultura vastísima, el primero al que oí vincular antropología con historia y lo hacía muy bien, al punto que no era fácil determinar qué sabía más, si antropología o historia. Y ese enfoque se transformó en otro de mis nutrientes, de los más ricos y sugestivos. Brito, sin saberlo ni él ni yo, tocó una de mis fibras íntimas, aquella que me alimentó siempre, el saber histórico enriquecido por las otras disciplinas humanas, particularmente la antropología y la psicología; también el partir del concepto de que si todo se puede decir con sencillez, nada, y menos lo humano, es simple.

Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay que primero (y segundo y tercero) investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. Y los ladrillos eran los documentos, a los que había que seleccionar e interpretar y, ahora lo sé, leer del derecho, del revés, con el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme).

Intentar hacer historia económica y social era poner el país al día, o eso creíamos. Nos inspirábamos en la historiografía europea de la época, dominada por los franceses. En ese plano, fue decisiva, aunque no única, la influencia de Guido Brunetto [también profesor del IPA], que no había escrito nada pero era un hombre de unas lecturas muy amplias. Hablarte de [el historiador francés] Marc Bloch en aquella época era raro y que alguien te señalara como libros de cabecera *La sociedad feudal* (no sé si alguien lee ahora a ese libro formidable) o *Los reyes taumaturgos*, que no

5 Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la revolución artiguista* (Montevideo: Editorial Medina, 1952).

6 Probablemente Barrán se refiera a un cuestionario formulado por Jorge Ruffinelli, encargado de la sección literaria del semanario *Marcha*, donde se expresó como vocero del grupo. Ver “Historia y presente: Problemas de investigación”, *Marcha*, 13 de marzo de 1970, 30. Allí consta que también integraban el grupo Nelson de la Torre y Julio Millot; en cambio, no se menciona el nombre de Leticia Soler.

ha sido superado, era realmente novedoso y estimulante.⁷ En los años cincuenta ya había historias del tiempo y una historia de la cultura como fuente integradora de toda la historia. Leímos a Bloch, a Lucien Febvre (su *Lutero* aún me emociona)⁸, a [Fernand] Braudel y después a [Georges] Duby [todos historiadores franceses]. [El historiador de la demografía europea] Pierre Chaunu me apasionó desde el comienzo y fue otra gran influencia. En *El Uruguay del 900* se intenta explicar la evolución demográfica del Uruguay desde sus modelos demográficos.⁹ Aunque es muy primaria, esa explicación tiene a Chaunu como maestro. Al final de mi formación intelectual, por supuesto, [el filósofo e historiador Michel] Foucault...

VM: Eso viene mucho después.

JPB: Sí, pero lo que quiero decir es que en mi formación continua de hacer historia, están los franceses. Cuando [Benjamín] Nahum fue a Europa me trajo hacia 1989-90, no lo recuerdo bien, como curiosidad el libro de Lucien Febvre [y otros] *La sensibilité dans l'histoire*. El título era curioso para mí que terminaba de escribir y publicar la *Historia de la sensibilidad*.¹⁰ A esa altura esa coincidencia me pareció un signo, la historiografía francesa era mía, me la había apropiado. Faltaría saber si ellos me reconocerían siquiera como hijo natural...

Teoría e historia

VM: A los estudiantes y a los lectores nos suele sorprender que, aun reconociendo esas influencias en los libros, ellas están poco explicitadas. El aparato erudito, como diría [el historiador uruguayo] Carlos Zubillaga, no está explicitado, no está presente.

JPB: Hay una diferencia entre los que nos formamos en el IPA y los que lo hicieron en la Facultad de Humanidades, un medio académico más tradicional, menos “contaminado” con la necesidad de la enseñanza, el público común y la divulgación como virtud. Aún hoy no creo en la música hecha para los músicos: me atrae más Richard Strauss que Max Reger. En la Facultad se enseña a mostrar el “aparato erudito” que a veces ocupa más de la mitad de un libro de historia de los egresados de la Facultad de Humanidades. Pero yo no salí de la Facultad, salí del IPA donde obtuve otra formación.

Además, me inspiré directamente en los libros franceses de historia, particularmente en Bloch y en Febvre, y allí se comenzaba con la exposición del tema. La erudición era la prueba y no la sustancia del texto y aparecía como nota al pie. Lo que me maravilla siempre de Foucault es que comenzaba a escribir los libros de historia con el análisis minucioso de un documento, que entra de lleno a la materia.

7 Marc Bloch, *Les rois thaumaturges: étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre* (Estrasburgo: Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, Estrasburgo, 1924) [*Los reyes taumaturgos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988); *La société féodale: Les classes et le gouvernement des hommes* (París: Albin Michel, 1939); *La société féodale: la formation des liens de dépendance* (París: Albin Michel, 1940) [*La sociedad feudal* (Madrid: Akal, 1986)].

8 Lucien Febvre, *Un Destin: Martin Luther* (París: Presses Universitaires de France, 1928) [*Martín Lucero: un destino* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956)].

9 J. P. Barrán y B. Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico 1: El Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979).

10 Roger Chartier, Georges Duby, Lucien Febvre, Pierre Francastel y Robert Mandrou, *La Sensibilité dans l'Histoire* (Saint-Pierre-de-Salerne: Gérard Montfort, 1987).

Yo rechazo el protagonismo del aparato erudito pues el historiador debe ser una persona que cuenta, un narrador antes de todo. Ir de lleno al asunto tiene la virtud de ir sobre la vida de ese pasado, la existencia real del hombre concreto y atraer al lector. Por eso es tan importante cuidar el estilo, el que te permite ser sutil y a la vez directo. Un libro como *Vigilar y castigar*, que empieza con la descripción del acto de tortura del regicida de 1757 en París, te atrapa de entrada.¹¹ Entre paréntesis, ¿sabían que una descripción del mismo hecho fue hallada entre los papeles secuestrados por las autoridades españolas a los jesuitas expulsados de Montevideo en 1767? ¿Qué significado o significados tenía ello? No lo sé, pero el hecho probablemente sea parte del gran tema: el poder de la Compañía de Jesús y su relación con los monarcas. Retornando al texto de Foucault: recién después de esa descripción empieza a especular y es una maravilla. Traté de hacer lo mismo en la *Historia de la sensibilidad* y en *Amor y transgresión*.¹² Y casi siempre hago eso, lo prefiero.

Además, ¿saben lo que es el terror de la página en blanco para el que tiene que escribir? Si entrás en la materia de inmediato, hacés un relato, la llenás. Después viene lo otro. El relato de un episodio, el análisis minucioso de un solo documento puede revelar toda una época. Pero esto va un poco a contramano de lo que se suele enseñar en las ciencias sociales: primero mostrar el “marco teórico” y luego “la materia histórica”. El marco teórico apasiona demasiado: hay que citar a todos los autores que están de moda, lo que tiene su valor, naturalmente. Pero a veces, insisto, los marcos teóricos ocupan la cuarta parte del libro. Y a menudo son más ricos conceptualmente que lo que sigue. Un libro de historia no es exactamente lo mismo que una tesis de doctorado, un profesor de contrapunto no es Bach.

VM: Es bastante decepcionante.

JPB: Si, resulta que la persona leyó todo para pensar, pero cuando va a presentar el material, es más pobre su aporte que el marco teórico.

VM: Pero también se puede argumentar que lo que uno hace ha de servir para que otros revisen, deconstruyan, despejen lo que el historiador escribió. Me extraña al leer su obra que no se explíciten esas referencias. Estoy de acuerdo que es mucho más atractivo...

JPB: No busco que sea atractivo. Quiero, eso sí, que me divierta escribir, llegar a pensar que realmente toqué algunos resquicios de ese pasado y que puedo hacer notar aspectos originales de ese pasado. Procuero ser objetivo, pero con la objetividad tengo un problema, la busco sistemáticamente porque creo que es una de las virtudes claves del historiador. Es difícil llegar a ella y a veces me da la sensación de que en algunos planos no hay más remedio que traicionarla. He leído tantos textos tan poco objetivos, tan llenos de ideología y pasión. Por contraste les diría que un hombre que siempre me llamó la atención por su elegancia al escribir y por el manejo bastante objetivo que hace en el relato histórico es [el historiador uruguayo] Juan Antonio Oddone.

Por lo demás, deconstruir los discursos –que son siempre parte del poder– se puede y se debe siempre. Y puede incluso ser una tarea más sencilla hacerlo con quien no muestra de inmediato el origen de sus interpretaciones. Hasta se le podría acusar de ni siquiera advertirlas. Pero dejemos este talón de Aquiles... no sin recordar que mis colegas marxistas leyendo la *Historia rural* nos dijeron que también lo éramos, sin saberlo...

11 Michel Foucault, *Surveiller et Punir: Naissance de la prison* (París: Gallimard, 1975) [*Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI Editores, 1976)].

12 J. P. Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay 1: La cultura bárbara e Historia de la sensibilidad en el Uruguay 2: El disciplinamiento* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989 y 1990); *Amor y transgresión en Montevideo, 1911-1931* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001).

Los temas y las preguntas

JY: ¿Cómo elige los temas? ¿Las preocupaciones surgen de la lectura de otros autores que despertaron su interés, de un documento que le abrió un mundo, de una preocupación del presente que estaba demandando explicación al pasado?

JPB: Las preocupaciones de los sesenta se notan en *La historia rural*.¹³ La obsesión de la época y la izquierda era el latifundio. Era el gran enemigo, el gran mal y el hacedor del mal. Allí el presente influyó de mala manera porque pervirtió el análisis documental, tendió a hacernos producir una obra que a veces contenía afirmaciones terminantes y esquemáticas. En otros casos, la investigación se impuso y logramos probar que hubo una clase media rural que fue importante. Rompimos un poco aquello de que el mal dominaba pues sólo él existía. En *La civilización ganadera bajo Batlle*, título inspirado en Braudel (en aquella época solo pensábamos en civilizaciones), comprobamos que todo era más complejo en la sociedad ganadera.¹⁴ La documentación nos abrió los ojos y rompió el esquema muy consolidado en la izquierda. Esto pasa: vas con una idea y la documentación te la hace variar. Por eso es tan importante la objetividad. El apego a la documentación te recuerda que todo es complejo y difícil, por suerte, y porque lo humano lo es.

JY: ¿Qué lecturas incidieron en la selección de sus temas?

JPB: Por ejemplo, las tesis de la *Historia de la sensibilidad* surgieron claramente de la lectura de Foucault y de [Sigmund] Freud. A Freud lo cité una sola vez, su pequeña obra maestra, *El malestar en la cultura*.¹⁵ Un psicoanalista amigo me hizo notar que había escrito “el malestar de la cultura”, que no es exactamente lo mismo y que ese “error” me revelaba como persona...

La visión de la evolución histórica que Freud da en ese texto es exactamente la que aparece rigiendo el tránsito de *La cultura bárbara* a *El disciplinamiento*, término este último que proviene de Foucault. Es un concepto que me alimentó para hablar del disciplinamiento de la sociedad. Freud no lo llama así. Lo llama civilización, cultura. Pero la idea del pasaje de lo bárbaro, del hombre cercano a sus pulsiones, al estado del hombre civilizado, que las controla, las disciplina en aras de la moral o de la producción, viene de Freud. Y después –confesión de mi ignorancia bibliográfica en aquel entonces– he hallado esta misma explicación del “proceso de la civilización” en la obra atrapante de Norbert Elías...

VM: ¿Por qué estaba leyendo a Freud?

JPB: El contacto con los psicoanalistas para mí ha sido muy importante. Me han hecho leer varias cosas de Freud. En la época de la dictadura ¡había que vivir en aquel país tan provinciano, necio, empobrecedor! Cada vez que íbamos a Europa y traíamos libros, con Nahum, era como estar en el paraíso. Pero a mí lo que me encanta de Freud es cómo elabora sus hipótesis, cómo las

13 J. P. Barrán, y B. Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967-1978).

14 J. P. Barrán y B. Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno VI: La civilización ganadera bajo Batlle, 1905-1914* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1977); Fernand Braudel, *Civilisation materielle et capitalisme, XV^e-XVIII^e siecle I: Les structures du quotidien* (Paris: Armand Colin, 1967) [*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII I: Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* (Madrid: Alianza Editorial, 1984)].

15 Sigmund Freud, *Das Unbehagen in der Kultur* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1930) [*El malestar en la cultura* (Madrid: Alianza Editorial, 1970)].

desarrolla sólo con el pensamiento. Es lo contrario a un historiador. Es tan fino para ir construyendo sus ideas que parece que fuera descubriendo lo que finalmente constituye su tesis.

También en la *Historia de la sensibilidad* hay una necesidad de volver a mi adolescencia y estudiar lo que Bloch había sugerido: la historia de la sociedad a través de las formas de su cultura, de la vida cotidiana, que no es lo mismo pero se parece. A esa posibilidad yo aspiré siempre. Incluso en *La historia rural*, hasta en el tomo 1, había esa intención que a Nahum lo ponía un poco incómodo. Decía: “No, lo nuestro es la historia de las vacas... de la ganadería.” Y yo quería hacer otra cosa. No sé si podía hacer historia de la cultura en los sesenta. No estaba preparado ni como intelectual ni como individuo.

Por otro lado, desearía señalar otra fuente de mis temas y mi formación, y del tipo de preguntas que se me ocurren: la música. He escrito sobre los fines del siglo XIX y el Novecientos, especialmente y, en consonancia que me sorprende y me explica, a la vez oigo de preferencia a los compositores de ese mismo período, sobre todo a los posrománticos y la escuela de Viena en parte: Bruckner, Mahler, Berg. Esa coincidencia no es casual, también aprendo a “leer” el pasado, oyéndolo. Creo haber aprendido tanto de la segunda mitad del siglo XIX oyendo a Wagner y a Verdi como leyendo documentos de época pues ellos también lo son. Pero esta “originalidad” es realmente personal y no sé si aconsejable.

De la historia rural a la historia de la sensibilidad

JY: Desde que trabajó en la *Historia de la sensibilidad* ha tomado distancia de la historia económica, diciendo que no podría investigar en esos temas porque hoy se hace de una forma muy diferente. Eso nos lleva a preguntarnos si lo que hacían con Nahum en los sesenta y los setenta en verdad era estrictamente historia económica.

JPB: No, en *La historia rural*, no. Allí se intenta hacer un análisis de todos los factores que influyen en la economía, que son económicos, por supuesto, y extraeconómicos, los que a mi más me apasionan porque aluden a formas de la cultura. En *La espiritualización de la riqueza*, que es uno de mis libros que más me agrada, todo esto fue escrito con mucho cuidado y la investigación no es mala.¹⁶

JY: Sin embargo, es el libro suyo que menos se menciona.

JPB: Es cierto. Pero hay un análisis que en parte deriva de mis conversaciones con [el historiador argentino] Fernando Devoto y algunas lecturas que él me proporcionó donde estudio los factores extraeconómicos que influyen en la economía y procuro desterrar la idea de que lo único que influye o pesa es la economía.

JY: Lo mismo pasa cuando hace la crítica al estructuralismo, al condicionamiento del individuo por las estructuras...

JPB: Yo nunca creí eso, tampoco cuando estábamos escribiendo *La historia rural*. Creíamos que las estructuras tenían un valor relativo y esa afirmación era en aquel entonces minoritaria. Que uno verdaderamente se atreviera a decirlo, en el contexto de los que ya escribían historia social y económica, más raro aun.

JY: Está ahora diciendo cosas para las que no había espacio en ese momento.

16 J. P. Barrán, *La espiritualización de la riqueza: Catolicismo y economía, 1730-1900* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1997).

JPB: Ni mucha conciencia.

JY: Pero parece que no era para tanto...

JPB: ¡No! *La historia rural*, sin falsa modestia, me parece una buena serie. Está llena de datos e interpretaciones que revelan incluso el apartamiento de obsesiones de la época. Lo que pasa es que hay algunas frases con las que me encuentro cuando ahora busco un dato que me parecen asombrosas. Como en el primer libro que escribimos con Benja[mín Nahum]. La frase es mía, la puse yo, sobre Artigas. Es la frase final. Me atreví a escribirla y estaba contentísimo: “Las ideas de Artigas siguen siendo letra muerta en la realidad viva de América Latina.” Es asombroso. ¿Cómo pude haber escrito eso? Era como *Las venas abiertas*, que no había sido publicado entonces.¹⁷

JY: Acaba de salir otra reedición de las *Bases Económicas de la revolución artiguista*.¹⁸

JPB: Todavía se lee. Y se vende en parte porque es un libro chiquito, en parte porque está escrito de una manera sencilla y porque logramos separarnos de la historiografía marxista que sostenía que la revolución era exclusivamente social y que tenía por objetivo el reparto de tierras. Nosotros vimos que —ahí influyeron bastante algunas ideas y lecturas de [Gustavo] Behyaut— que no era tan simple y que había que preguntarse en primer lugar, si el gaucho quería de verdad la tierra. Había habido menos repartos de lo que se pensaba. Si bien eso no puede ser probado, tampoco puede ser probado lo otro.

JY: Pero hay muchas otras cosas atendibles en aquella *Historia Rural*.

JPB: En el tomo 1 hay apuntes sobre la influencia de la cultura en la economía rural. En el tomo 5, ya no unos apuntes, sino capítulos enteros dedicados a analizar cuál era el comportamiento económico de los grandes estancieros, sobre todo de los atrasados, derivado de su relación antropológica y cultural con la tierra. Ahí tuvimos una linda discusión, porque la tierra es algo más que lo económico. Es muy importante históricamente la capacidad de adhesión asombrosa de la persona a la tierra. También era muy importante la relación del hombre con el ganado (esto lo aprendimos de lecturas de un profesor que enseñaba en el Liceo Francés, Gerard Prost, un hombre de cultura excepcional) y también de la enseñanza de [otro profesor del IPA] Rogelio Brito que hablaba de nosotros como “pueblos pastores”. Esas ideas conducían a una visión antropológica y no economicista.

JY: Y la serie *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, ¿cómo se ubica en el conjunto de su obra?¹⁹ Representa un pasaje por lo político bastante más intenso con respecto a la *Historia rural del Uruguay moderno*.

JPB: Si, pero allí lo social también está siempre presente, lo contamina todo.

JY: La historia política, su desarrollo historiográfico, ¿es hija de la dictadura?

JPB: Si, en aquel entonces Battle era el cuco. No pudimos, incluso, publicar algunos documentos que decían cosas tales como “el soldado es un salto atrás en la evolución”. ¡Es genial! Battle no decía eso. Él era colorado. Pero los anarquistas que escribían en *El Día* sí, y se las dejó pasar, en 1908 o 1909.

17 Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1971); ediciones simultáneas: Casa de las Américas, La Habana; Siglo XXI Editores, México, Buenos Aires, Madrid, Bogotá.

18 J. P. Barrán y B. Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1964).

19 J. P. Barrán y B. Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, 8 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979-1987).

Historia social, historia cultural

VM: ¿Se puede hacer historia cultural y antropológica sin tener el bagaje de la historia social y económica?

JPB: Ah no, ese tipo de historia personal y cultural, con la base de la historia social se siente mucho más firme.

VM: Quiero preguntarle algo que me ocurre cuando leo a un historiador como [el italiano] Carlo Ginzburg, cuya obra admiro como a la suya. Pienso siempre que no se puede enseñar esa forma de hacer historia porque es fruto de una trayectoria personal, de una erudición que no se transmite. Entonces la pregunta sería: ¿Se puede enseñar a ser historiador? ¿Qué función cumple la historia académica en esa concepción que usted tiene? Su idea del trabajo histórico (sobre todo como fue presentado en el discurso del otorgamiento de su doctorado honoris causa)²⁰ ¿no tiene, por seductora que sea, algo de engañosa cuando se refiere a alguien que no tiene el otro bagaje? Se llama a hacer este tipo de historia a alguien que nunca hizo historia social, que es hijo de los noventa y no de los sesenta.

JPB: Bueno, sí, estoy de acuerdo, pero también debemos evitar las trampas. Que sea mejor tener una base sólida de conocimientos sobre lo macro, sobre lo social y económico y más estructural para luego incursionar en la historia de las mentalidades, las subjetividades, etc., no quiere decir de ninguna manera que en la realidad, mentalidades y subjetividades y cultura estén sujetas por completo a lo macro. Las formas de estudiar no deben confundirse con las formas que asume lo real.

Creo que la historia de los sujetos individuales, de sus pasiones y sentimientos, que está acunada por lo social y económico, enriquecería mucho a la vez la comprensión de lo macro. Son fenómenos interdependientes y es sólo por razones de claridad, lógica y formación profesional que los diferenciamos. Insistamos: el lenguaje y nuestra manera de razonar son también una trampa, nos obligan a creer que sus necesidades representan lo real y a menudo sucede lo opuesto, lo oscurecen. Es aquello de Freud: uno habla para comunicarse pero también para ocultarse. El historiador lo sabe muy bien; cada documento informa tanto como oscurece.

El buceo en el interior de los sujetos ayuda a entender la época, la influencia de la época en el sujeto y del sujeto en la época. No se pasa en balde por el tiempo y uno se alimenta de él. Tampoco el tiempo pasa en balde por uno. Uno tiene derecho a pensar que su yo es algo más que el receptáculo del poder de lo social. Uno interactúa con lo social e incluso mi capacidad de resistencia a lo social es un hecho a considerar por la Historia. *Amor y transgresión* pretende algo de eso. Y mi último libro sobre la intimidad y el divorcio en el Novecientos, es eso.²¹

VM: Pero, ¿es posible hacer esa historia sin la enorme base que usted tiene o que tienen los franceses, de millones de series, de mucha acumulación de datos e información?

JPB: No, no es posible. Estoy de acuerdo.

20 La Universidad de la República otorgó el título de Doctor Honoris Causa al Prof. José Pedro Barrán en un acto celebrado el 12 de abril de 2007 en el Paraninfo de la Universidad en Montevideo. En la ocasión Barrán leyó un discurso donde entre otros aspectos reflexionó sobre la labor historiográfica.

21 J. P. Barrán, *Intimidad: Divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008).

Historia y nación

JY: ¿Se puede decir que cuando hacía historia económica estaba más ocupado en “los problemas del país” y que ahora está más bien centrado en usted mismo?

JPB: Sí. ¿Qué querés que haga un hombre a los 73 años sino algo que le guste hacer, un buceo en el interior de sí mismo? Además, vuelvo al argumento: si ahora describo “interiores” es también porque creo que ellos importan y contextualizan a los “exteriores”. Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas, y olvidamos que a las horas del día y la luz, en que ocurre casi siempre lo macro, sucede la noche, en la que todo puede estallar y esa explosión repercutir en el día. Deberíamos oír más a Wagner y no sólo leer a Marx. Y leer a Dostoievsky.

La historia económica en este momento no tiene nada que ver conmigo, estoy muy lejos de ella. Tengo otros problemas, otras angustias, otras alegrías. Es que el buceo adentro de otros es un buceo adentro de uno. Pero me preocupa el país, siempre he sentido mucho al Uruguay, soy un nacionalista convencido.

VM: Como Pivel Devoto...

JPB: Es más, algunas ideas que tengo sobre las fechas patrias y el 25 de agosto están en Pivel, que las exageré un poco. Seguí buscando documentación que las avalara... ¡y lo conseguí! Fui a Inglaterra, miré lo que había publicado [el historiador uruguayo] Aníbal Barrios Pintos, el informe del cónsul inglés de 1825 y lo continué para hacer un libro de documentos.²² Es lindo porque te prueba que en 1825, en el mes de enero, antes de la Cruzada, el cónsul dice que había tres partidos políticos: el de la gente copetuda, los terratenientes, que querían el dominio imperial del Brasil pues otorgaba seguridad; el de los intelectuales, la gente de Montevideo que quería la unión con las provincias del ex virreinato (que recién comenzaba a llamarse Argentina); y la masa popular, no confiable y capaz de cualquier disparate o extremo, partidaria aún de la revolución artiguista y absolutamente hostil a Buenos Aires por sus “traiciones” pasadas. Esa gente quería la independencia absoluta. Son palabras del inglés.²³ No es casual que los enviados por [Manuel] Dorrego a negociar con el Imperio del Brasil escribieran: “La independencia absoluta siempre fue, por más que lo disimularan, el objetivo de los orientales.” Coincide con la tesis más extrema de [el historiador uruguayo] Pablo Blanco Acevedo.²⁴

JY: ¿Por qué le gusta encontrar las pruebas de eso?

JPB: ¡Porque soy uruguayo y las busco! Me da muchísima rabia que la ensayística de los cincuenta y sesenta haya insistido en la no viabilidad del país porque si insistís mucho, y a los intelectuales eso les encanta, el país termina siendo inviable.

VM: En la consulta que le hizo el Parlamento por el cambio de la fecha de la independencia, a raíz de la propuesta del senador [colorado Julio María] Sanguinetti, usted dice que no es

22 J. P. Barrán, Ana Frega y Mónica Nicolliello, *El cónsul británico en Montevideo y la independencia del Uruguay: Selección de informes de Thomas Samuel Hood, 1824-1829* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1999).

23 J. P. Barrán, “La independencia y el miedo a la Revolución social en 1825” en *Revista de la Biblioteca Nacional* 24 (1986), 65-77.

24 Pablo Blanco Acevedo *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1929); reedición en 2 volúmenes en Biblioteca Artigas, Colección Clásicos Uruguayos (Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1975).

conveniente tocar demasiado esas cosas, que hay más de cien años de historia en juego.²⁵ Pero ¿hacer historia no es, precisamente, tocar todo el tiempo esas cosas?

JPB: Claro, como historiador —y como intelectual— se tiene el derecho a cuestionarlo todo, pero trasladar ese pensamiento y esa actitud, fruto de las ciencias, de la academia, de actuar “sin ira y con estudio”, a la celebración de las fiestas patrias ya hechas alma en el pueblo, en la gente, no. Además, tenemos argumentos históricos que avalan la complejidad del fenómeno y la tradición del país con respecto a esas fechas. En 1835, los diarios te hablan sólo de la Ley de Independencia. ¿No sabían lo que se había votado en el 25? ¿Por qué hablan sólo de eso? Porque se sienten amenazados por el Imperio y por la Confederación Argentina. Nada es gratuito, nada sucede sin consecuencias y riesgos políticos cuando se alude a este problema. Tan cargada de implicaciones estaba y está la tesis independentista como su contraria en relación al significado de las leyes de Agosto de 1825. Eso en 1835 y en el 2007.

VM: ¿A usted no le molestaría ser llamado “el historiador de la nación”?

JPB: Sería un honor inmerecido, porque nunca investigué eso, nunca dediqué un solo minuto a escribir sobre eso. Siento profundamente a mi país independiente. Me dan muchísima rabia los que creen que este país es inviable y los que pueden decir sin sentirse inquietos que nuestro destino es integrarse a algo más grande, la Argentina o el Brasil. ¿Qué se creen? ¡Cuánto luchamos para no hacer eso! ¿Se imaginan la historia uruguaya adentro de la historia argentina, con un [líder como el argentino Juan Domingo] Perón adentro? ¡Pero por favor! ¡Qué disparate! Somos un país democrático y muy tempranamente secularizado. No “sufrimos” la historia argentina y lo que más nos diferencia es, precisamente, nuestro derrotero histórico.

JY: ¿Nos está diciendo que no importa que el calendario cívico sea manipulado por razones de interés nacional?

JPB: No, yo no diría eso. A ese extremo no llego porque yo creo en la historia como ciencia y estaría del lado de los que critica [el historiador británico] Eric Hobsbawm.²⁶ La historia como ciencia no debe estar al servicio de las pasiones, pero estudiar el fenómeno de la construcción de la nación está bien y tampoco se debe estar al servicio de los que no creen en la nación.

VM: La respuesta de Caetano en cuanto al tema de las fechas es que las que tenemos ahora no responden a las exigencias del mañana, al Uruguay inserto en la región y el mundo, que impiden pensar en eso.²⁷ Un cambio de fechas, a su juicio, ¿permitiría un nuevo repertorio de valores cívicos?

25 En octubre de 2005 el entonces senador y secretario general del Partido Colorado Julio María Sanguinetti planteó en la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores la necesidad de rediscutir la conmemoración del 25 de agosto como día de independencia nacional. La Comisión requirió la opinión, entre otros, de Barrán, quien hizo llegar su opinión a través de un escrito fechado el 20 de mayo de 2006, advirtiendo los problemas que a su juicio entrañaba la propuesta de revisión del calendario cívico. El documento elevado por Sanguinetti a la Comisión del Senado se encuentra disponible en <<http://www.artigas.org.uy/archivos/pdf/colaboraciones/un%20necesario%20debate.pdf>>.

26 Eric Hobsbawm, *Nations and nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 1990 [*Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona: Crítica, 1991)]).

27 La versión taquigráfica de la sesión de la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores del día 14 de julio de 2006 en la que participó Gerardo Caetano para brindar su posición a propósito de la propuesta de revisión de la fecha de celebración de la independencia se encuentra disponible en <<http://www.parlamento.gub.uy/indexdb/Distribuidos/ListarDistribuido.asp?URL=/distribuidos/caratulas/senado/S20061146.htm&TIPO=CON>>.

JPB: Pero ¿en qué fechas está pensando Caetano?

VM: Las Instrucciones del año XIII...

JPB: Eso es lo que propone Sanguinetti.

VM: Caetano está a favor de la reconsideración del calendario cívico.

JPB: Yo al calendario lo veo tan identificado con lo que la nación fue y quiso ser que me resulta difícil entender una reconsideración. Comprendo la idea de valorizar la democracia, pero de ahí a cambiar el calendario, no sé. Hay fechas que se pueden eliminar: el Grito de Asencio, incluso la Batalla de Las Piedras... pero el 25 de agosto, no. La insistencia en festejarlo desde 1835 es obsesiva porque la ven como una reafirmación de la independencia, no porque lo haya sido en sí misma (yo tampoco lo creo), pero sí porque necesitaban reafirmarla y por ello comenzaron a “crearse” un pasado. Lo científico es demostrar que ese pasado “reciente” fue creado y también advertir y estudiar los porqués de esa “invención”. Y luego, y ya como ciudadano y no académico frío, ponerse del lado de los que lo crearon porque nos querían o nos queremos independientes.

A veces uno se olvida que en 1860 la Argentina, que tantos problemas tenía para ser una nación, quería reconstruir el virreinato. [Los líderes argentinos Juan Manuel] Rosas y [Bartolomé] Mitre estaban en eso. Mitre, el 18 de julio de 1860 en el diario *La Nación* escribió: “luctuosa fecha: se festeja un nuevo aniversario de la separación de la Provincia Oriental.” Y en 1864 el turno de los brasileños y su invasión... Y en el 2006 y 2007, lo que ustedes quieran recordar... No, no... En ese plano, soy piveliano.

Historia reciente, historia contemporánea

JY: ¿Cómo se asocia su preocupación [por la nación en general y por el respeto al calendario cívico en particular] con la exhortación para que se enseñe la historia reciente? ¿Para qué enseñarla a los niños y jóvenes? La escuela y el liceo construyen la nación y el civismo [lo que está más vinculado a aquella otra historia].

JPB: Está bien. Cumple los objetivos de ilustrar, interesar y confundir esa enseñanza con un valor: el valor de la democracia y los derechos humanos. No había posibilidad de no defender la democracia en las aulas. No me parece un objetivo muy discutible.

VM: Pero lo ha sido. ¿Por qué? ¿Por qué generó tanta polémica? ¿Por qué es tan claro para usted y no para otros? Recordemos las protestas que vinieron sobre todo de políticos del Partido Nacional y algunos del Colorado contra la enseñanza de la historia reciente en las aulas, al punto de demandar la destitución de algunos de los profesores [contratados por la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP) para brindar cursos de actualización dirigidos a los docentes de la enseñanza media y primaria].

JPB: En realidad, yo no creo que el cuerpo docente tenga obsesión por la historia académica. El temor de los blancos no es desatinado. Parte del profesorado hace años que está identificado con la izquierda. Y como lee tan poco, funciona a partir del esquema de la izquierda.

VM: Pero eso vale para cualquier historia, no sólo la reciente.

JPB: Sí, es cierto. Usted puede hacer política partidista aún con el período colonial. Nunca usé esa expresión de “historia reciente”. Yo diría “historia contemporánea”. Lo de “historia reciente” es más bien periodístico.

VM: Pero se usa mucho, también en Estados Unidos o en Argentina. Refiere al quiebre de los años sesenta, para diferenciarlo de la Segunda Guerra Mundial, la posguerra y la Guerra Fría.

JPB: Pero ¿cuándo va a terminar?

VM: Y... con uno, viene con uno...

JY: La Revolución Cubana ya no es un hecho reciente.

JPB: No. Pero lo cierto es que la historia de la dictadura estaba lejos de enseñarse. No se enseñaba excepto en los programas implementados durante el período de [Germán] Rama [como presidente del Consejo Directivo Central (CODICEN) de la ANEP]. El mismo Rama decía que todavía se daban los fenicios y los alumnos no sabían nada de la historia de Brasil y Argentina. Eso no puede ser. A veces hay que optar.

JY: Ese [la ausencia de una mirada regional cuando se enseña historia nacional] es un problema distinto, que no se resuelve con la introducción de la historia reciente.

JPB: Es cierto.

Desaparecidos

JY: ¿Por qué aceptó participar en la coordinación [junto con Álvaro Rico y Gerardo Caetano] de la investigación sobre los detenidos desaparecidos y el terrorismo de Estado encargada por la Presidencia de la República?

JPB: Le dije al Presidente [Tabaré Vázquez], que me llamó, que estando yo en el CODICEN no podía hacer mucho. Finalmente, se investigó y publicó con la coordinación de Rico y la supervisión nuestra.²⁸ A esta altura creo que me han convertido en una especie de figura académica “a usar”, que prestigia muchas cosas.

JY: ¿Como que “si está Barrán” se supone que va a ser más objetivo?

JPB: No, no es eso. Pero las correcciones que en pro de eso le sugerí a Álvaro Rico llegaron al ínfimo detalle. Álvaro me dice que tengo un olfato grande para ver donde se cuelan las posiciones personales. Es cierto. Lo sé hacer cuando yo escribo y cuando leo lo de los demás. Lo que más me molesta es la ira. Se nota enseguida y le quita valor a lo que no es ira. Carlos Zubillaga, un gran historiador, a menudo cede a su “pasión” religiosa que tanto lo ilumina como lo oscurece. Su historia del movimiento obrero, erudita y novedosa, se empequeñece como aporte al sostener que los católicos tuvieron tanta importancia en su nacimiento como los anarquistas y socialistas.

JY: Pero volvamos a la pregunta: ¿por qué aceptó integrar la dirección de la investigación sobre los desaparecidos?

JPB: En este caso estaba más convencido que con la asunción del cargo en el CODICEN. Fue más sentido como un deber cívico al que podía y debía acceder. Es claro que a la larga esa investigación va a contribuir al conocimiento del horror de la dictadura y es para mí absolutamente clave que la sociedad se forme en el horror al autoritarismo y el totalitarismo. Es importantísimo. Lo dije en el Paraninfo [al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de la República] y lo siento profundamente. Los ideales de la Revolución Francesa para mí, como para la burguesía

28 Álvaro Rico (coordinador), *Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos en cumplimiento del Art. 4º de la Ley 15848*, 4 volúmenes (Montevideo: Presidencia de la República-Dirección Nacional de Publicaciones e Impresos Oficiales, 2007).

de aquella época, siguen siendo esenciales, sobre todo el de la libertad del cual derivan todos, porque si no hay libertad, la igualdad y la fraternidad tampoco funcionan. No hablo de Danton, que era un corrupto...

VM: Todo puede ser corrupto...

JPB: En esto de la libertad soy un liberal. Y esa identificación con la libertad política irrestricta no siempre ha sido propia de la izquierda, al menos de la marxista, por desgracia.

VM: ¿La denuncia del horror de la dictadura puede dar pie también a otra lectura en términos de lucha de clases o enfrentamiento de modelos sociales?

JPB: Sí, pero lo clave de una dictadura es el poder autoritario, el poder de hacer cualquier cosa sin necesidad de dar cuenta a nadie. El horror de lo que hicieron es mucho mayor de lo que uno suponía. Fue todo mucho peor de lo que pensaba.

JY: ¿Conoció “otra dictadura” a partir de esta investigación?

JPB: Yo viví esa época. Quien vivió esa época aquí en Montevideo sospechaba cosas, sabía, temía... es algo propio del Estado totalitario. Ahora lo ves. Las fichas [de los detenidos desaparecidos elaboradas para esa investigación] lo dicen. Yo leí todo el material con cierta meticulosidad y es pavoroso. El primer día me sentí horrorizado, no podía seguir leyendo... pero alimentaba mi ansia de libertad.

VM: ¿Y su imagen de las víctimas cambió?

JPB: Se enriqueció. Muchos no eran sólo víctimas o, mejor, eran víctimas pero, si lees la ficha policial [surge que] no eran “niños de pecho”, digamos. No surge la idea de que eran todos inocentes, surge la idea de que estaban comprometidos políticamente y que por eso les hicieron lo que les hicieron. Eso permite entender a las fuerzas represivas. No surge con claridad el asunto de la corrupción de los militares y los grupos guerrilleros con el dinero... Pero ésta [que se publica en el informe] no es una historia vinculada a todos los uruguayos, sino sólo a los detenidos desaparecidos. Le insistí mucho a [el entonces Secretario de la Presidencia de la República] Gonzalo Fernández que se aclarara que esta no es una historia de toda la represión porque si no tendría que haber blancos y colorados, sobre todo blancos [también entre las víctimas de la persecución]. Y ese es un punto, creo, a favor de mi obsesión por la objetividad.

Labor intelectual y gestión pública

JY: [Al ser designado vicepresidente del CODICEN] Aceptó por primera vez en su vida un cargo público de confianza política.

JPB: La primera y la última.

JY: ¿Qué lo llevó a romper con una posición de no involucrarse en responsabilidades políticas? Incluso en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación] lo habrán tentado para ocupar algún cargo o postularse a él, pero para seguir con la investigación usted optó por no asumir responsabilidades más allá del Departamento de Historia del Uruguay.

JPB: Si querés que te diga la verdad, yo llegué a ese puesto público y político porque me lo pidieron encarecidamente y soy una persona a la que le cuesta mucho decir que no, cuando debería haber dicho que no. No soy un hombre público, nunca me interesó militar. Soy un hombre de izquierda pero no milité casi nunca. En la Facultad, los cargos de consejero tienen un matiz

político, en el mejor sentido de la palabra, son cargos públicos, pero yo soy incapaz de dar mucho de mí mismo en esos cargos. La presión fue mucha y fue una debilidad de mi parte. No debí haber aceptado nunca. Quería hacer lo que me gustaba y para lo cual, creo, tenía condiciones.

JY: ¿Quién se lo pidió?

JPB: “Nuestra fuerza política”, como se viene diciendo... No había cosa que me desagradara más que hablar de “nuestra fuerza política”.

JY: Es que no les gusta decir “nuestro partido”.

JPB: Una estupidez. Una fuerza política se concreta en un apoyo masivo y, sobre todo, en personas concretas. Me lo pidieron personas, no el Presidente, y sentí la presión. También estaba el hecho de cumplir con un deber, colaborar, prestigiar. ¡Había tan poca gente! No es que se hayan apartado los intelectuales de la política... No quieren estar en la política y a veces por razones, como las mías, puramente egoístas. El egoísmo de la gente hoy en día... La sensación de compromiso con el colectivo no tiene ya prestigio. Estando en el CODICEN, hemos ofrecido cargos y responsabilidades y alguna gente [en forma] asombrosa, con un individualismo extremo, se negó a aceptarlos. Están más consustanciados con la academia, son más profesionales. La Facultad de Ciencias Sociales ha contribuido a todo eso. Los oís a los politólogos y realmente hacen un análisis equilibrado y bastante objetivo de la política actual. Oigo a [Daniel] Chasqueti y me gusta. Ve las cosas con inteligencia y no se le ve tanto el corazoncito como a algún otro.

Ahora, no todo en la reticencia al compromiso es debido al individualismo o al egoísmo. Es también el deseo de mantener la independencia del intelectual frente a la política partidaria y su exigencia de lo que antes se llamaba “compromiso”. De todas formas, el negarse a aceptar responsabilidades políticas es tanto una actitud cómoda como una actitud respetable si se fundamenta en el principio de que el intelectual mantenga su independencia de la política partidaria, algo que estando en estos cargos públicos es imposible. Es muy difícil. Pivel fue Ministro de Cultura, concejal [departamental] en el gobierno de Montevideo. Pivel era muy distinto a mí: se apasionaba por la política, había escrito sobre ella, la conocía al dedillo y le encantaba. Allí no había alteración posible de la personalidad. Ser político era cumplir finalmente su destino. Además tenía otro principio muy claro, la del servicio al Estado, el servicio público, era un apasionado de eso. Pivel era un hombre del servicio público, estaba al servicio del Estado y no era un hombre crítico de los servicios públicos en manos del Estado. Al contrario, los defendía. Me acuerdo de las peleas que tuvo con [la imprenta] Barreiro y Ramos que editaba [la colección de] Clásicos Uruguayos. Los controlaba como nadie. Pivel era lo que se decía de [el presidente Juan Lindolfo] Cuestas: “el perro dogo de las finanzas públicas”. Era como un sabueso buscando el engaño en defensa de los dineros públicos.

VM: Entonces, ¿no hay más intelectuales orgánicos? En el gobierno hay mucha gente de la Universidad...

JPB: ¿Intelectuales?

VM: Provenientes de las ciencias aplicadas o puras como María Simon [entonces presidenta de ANTEL] o Ricardo Erlich [entonces Intendente Municipal de Montevideo]. Ambos fueron decanos de sus respectivas facultades.

JPB: Bueno, son técnicos o vienen de las ciencias duras. Es más fácil para ellos ponerse al servicio del Estado porque el Estado los respeta en su saber. Con nosotros, los de las ciencias sociales, es más difícil. No tenemos las cosas demasiado claras.

JY: ¿Dudan demasiado?

JPB: Si, y eso hace que ellos también duden de nosotros porque estamos en un lugar donde el debate y la reflexión política se instalan y molestan.

JY: Usted se inició en la producción historiográfica en la década del sesenta, con una intelectualidad que marcaba el camino. ¿Qué piensa de la intelectualidad uruguaya hoy?

JPB: Supongo que sabe más, tiene mejor formación. Eso le permite, tal vez, enjuiciar más a las ideologías, defender lo profesional y percibir mejor la diferencia entre el mundo de la política y el mundo académico. Gerardo [Caetano] para mi es casi un modelo del intelectual a imitar por lo bien que ha logrado congeniar su formación, su insistencia en el estudio, con sus deberes cívicos. Me parece que no ha sido devorado por ellos como intelectual y a la vez ha enriquecido el campo de la política con sus reflexiones. También lo deben haber presionado y llamado, pero con más sabiduría que yo, dijo no.

JY: [Pero] La intelectualidad de hoy tiene menos capacidad de orientar a la sociedad y de marcar rumbos que aquella de los sesenta. No hay un [Carlos] Real de Azúa, un Ángel Rama, un Carlos Quijano, que eran referentes.

JPB: No, pero estás mencionando a gente que era privilegiada por su inteligencia notable, con una gran voluntad de influir en la sociedad.

VM: Entonces, aquello fue lo raro... lo normal sería lo que hoy vemos.

JPB: Si, lo que ocurre es que los intelectuales del siglo XIX eran intelectuales en serio y eran también políticos. Era un grupo pequeño y la gente disponible era escasa. Fue pasando el tiempo y esa relación entre el intelectual y la política se fue disolviendo. La [generación] del cuarenta al sesenta [del siglo XX] sospecho que fue la última que vivió intensamente esa relación donde el intelectual estaba llamado también a hacer el país.

VM: Pero era una generación de transición. A diferencia de los letrados del siglo XIX, reivindicaba su independencia para opinar...

JPB: Si, pero opinaban mucho de política. Eran muchos de izquierda y contribuyeron a formar el Frente Amplio. Pero hoy no sé qué intelectuales aparecerían como vinculados a lo político en ese sentido tan estricto.

¿Maestro sin discípulos?

VM: [Para terminar] ¿Cómo se enseña hoy a ser historiador?

JPB: No sé si se enseña. Son enseñables las reglas que, por suerte, no son recetas. Es posible enseñar algunas reglas, pero el consejo de Pivel es el mejor: primero los ladrillos y después la casa. Cuantos más ladrillos tengas, aunque deseches algunos, mejor será la casa.

VM: Después de veinte años al frente del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades, ¿siente que hizo un magisterio, que hay discípulos?

JPB: ¿Querés que te conteste con una sola palabra, un poco decepcionante o desencantada? No. No porque no me hayan seguido, que de eso no se trata. Yo no soy un mal docente. Tengo cierta seducción en los alumnos, pero la mayoría de ellos en historia y ciencias sociales, ya vienen con las conclusiones en la cabeza, con todo sabido. Buscan justificar lo que creen, sobre todo los ideologizados. A veces hacen añorar la inocencia.

JY: Y en los historiadores jóvenes, ¿no ve huellas?

JPB: No sé. Mi relación con Gerardo Caetano, por ejemplo, tampoco es de alumno a maestro. Me ha servido mucho él a mí. A veces me abre panoramas. Es una de las personas más ricas intelectualmente, muy valiosa. Lee mucho, tiene preguntas, pero no creo que sea mi alumno. Se formó en el IPA, estuvo en el CLAEH [Centro Latinoamericano de Economía Humana] y conmigo hizo una amistad muy intensa.

JY: En ocasión de la entrega del Doctorado Honoris Causa que Ud. recibió en la Universidad de la República, Gerardo Caetano dijo: “Barrán ha sido más citado que leído y más leído que comprendido.”

JPB: No estoy seguro de eso. Más citado que leído puede ser con *La historia rural*, que es un mazacote, pero no tengo pruebas de que me hayan malinterpretado. Pero son textos de historia, no son filosóficos. De cualquier manera, Gerardo tiene algo de razón, en particular referido a la *Historia de la sensibilidad*. Hubo y hay lectores que sintieron mi descripción del mundo bárbaro y su apoteosis de lo lúdico como una añoranza... y sobre todo como una condena implícita de la apoteosis del trabajo, valor burgués. Ser de izquierda tiene a menudo resonancias intelectuales insospechadas: lo burgués es obsesivamente presentado como lo que acecha por doquier...

Bibliográficas

Ayer: Revista de Historia Contemporánea 75 (2009). Dossier “La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría”, pp. 13-221.

El dossier analiza las formas, actores y contenidos de la propaganda estadounidense durante la Guerra Fría en un país que, como España durante el franquismo, presentaba notables particularidades en relación con su entorno: por el tipo y características de su régimen, y por su anticomunismo ferviente. Si por una parte no era preciso preocuparse de la influencia cultural soviética, por otra tampoco se podían defender o promover los mismos principios e ideas respecto a la libertad y la democracia. Al mismo tiempo, la importancia geoestratégica de España y el interés por establecer bases militares obligaban a un acuerdo con el régimen. Comenzaba además a plantearse la necesidad de establecer relaciones que asegurasen que una posible transición o cambio político no se realizase en contra de los intereses estadounidenses, para lo cual era clave contrarrestar el antiamericanismo tradicional del país (notable en los sectores más radicales del régimen) y comenzar a integrarlo al bloque occidental y sus instituciones. Y todo ello sin renunciar a los principios básicos defendidos por Estados Unidos en otros foros y sin aparecer ante parte de la sociedad española como el sustento de la dictadura. Para alcanzar ese difícil equilibrio, la propaganda estadounidense, manteniendo formas de actuación no muy distintas a las llevadas a la práctica en otros países en estos años, debió adaptar su discurso y desarrollar estrategias particulares. El conocimiento de todo ello, así como su ubicación teórica, metodológica e historiográfica, son los objetivos de este dossier de la revista *Ayer*.

Lo abre su coordinador, Antonio Niño, con un muy interesante análisis histórico y teórico acerca del uso de la propaganda cultural como instrumento de la política exterior. Parte de una reflexión en torno al espacio que ocupan las relaciones interculturales como ámbito complejo, rico y multidisciplinar entre la historia cultural y la historia de las relaciones

internacionales. El enfoque del dossier será comprender el factor cultural como una variable más dentro del análisis de las relaciones internacionales contemporáneas. A través de la revisión de conceptos y categorías usadas en diferentes disciplinas (propaganda, diplomacia pública, relaciones culturales, diplomacia cultural, imperialismo cultural), Niño nos muestra tanto sus significados como su evolución histórica y sus aportes al debate historiográfico actual, con lo que presenta un marco teórico y analítico de especial interés para la ubicación de la temática de análisis, tanto en el dossier como en estudios similares que pueden afectar a otras latitudes.

José A. Montero realiza un excelente examen de la evolución de la diplomacia pública en Estados Unidos y de los debates políticos e historiográficos en torno a ella, sobre todo en relación con la propaganda y las políticas culturales. Además de ubicar momentos, actores y argumentos a partir de los años treinta –trabajo de especial interés para acercarse a la producción bibliográfica sobre la cuestión– reflexiona acerca del concepto de “imperialismo cultural” y su rol en la interpretación de la política exterior estadounidense en los años setenta y ochenta, así como su revisión crítica tras el fin de la Guerra Fría. El interés y protagonismo que adquirió la cultura en las relaciones internacionales a partir de entonces (el “giro cultural”), la colocó al mismo nivel de categorías de análisis más tradicionales.

Tras estos dos trabajos de perfil más teórico e introductorio, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla reconstruye la maquinaria institucional de la propaganda estadounidense en España, definiendo su estrategia en función de las particularidades del régimen y la sociedad, y estudiando cómo se desarrolló esa campaña: sus elementos, estructuras, objetivos, destinatarios y variaciones temporales. La política estadounidense no comenzó a definirse y tener reflejo en la atención y recursos dedicados a España hasta 1948, si bien contó con precedentes en la Segunda Guerra Mundial y en el interés de limitar la influencia nazi. Desde 1950, año de inicio de las negociaciones para un acuerdo bilateral,

se hizo necesario un mayor esfuerzo que ayudase a crear un clima favorable y que, por tanto, superase el antiamericanismo común a la sociedad española, con sus expresiones particulares en los sectores más tradicionales y conservadores del régimen, entonces dominantes. Delgado muestra cómo España entró paulatinamente en los principales programas de la propaganda cultural estadounidense del período, especialmente educativos, y cómo el discurso se fue adecuando a las posibilidades reales y superando la contradicción que representaba una alianza con el franquismo al tiempo que en el resto de Europa se defendían principios de libertad y democracia.

El detalle de los canales de la propaganda de Estados Unidos en España lo realiza Pablo León Aguinaga, mostrando la forma en que se adaptaron estrategias y discursos para sortear principios básicos en pro del interés geoestratégico. Sus contenidos fundamentales son la evolución de las relaciones internacionales, con la Guerra Fría y la amenaza soviética como principal referente; el vínculo bilateral, sobre todo la ayuda económica y la cooperación resultante de los pactos de 1953; y una presentación amable de la sociedad estadounidense que ayudase a popularizar su modo de vida, defender su producción cultural y mostrar las aplicaciones de su desarrollo científico y técnico. El anticomunismo ni estaba presente ni era necesario en este discurso. Los medios para hacerlo efectivo fueron básicamente tres: los escritos propios o locales (prensa y publicaciones especializadas científico-técnicas); los audiovisuales, de fuerte repercusión social: proyecciones en locales propios y festejos populares, o presencia en emisoras radiofónicas y televisivas; y la diplomacia cultural y las relaciones públicas, destacando las Casas Americanas con sus servicios culturales y de divulgación. León especifica en cada uno de esos canales los destinatarios y contenidos, mostrando la diferencia —que por otra parte es constante en estas políticas y atraviesa todos los textos del dossier— entre propaganda y política cultural.

Fabiola de Santisteban Fernández nos revela el interesante papel jugado desde 1959 por la Fundación Ford y la sutileza en ocasiones (y según los públicos a los que se dirigía) de la política cultural estadounidense en estos años. El apoyo de la Fundación Ford se orientó a las elites intelectuales a través de instituciones privadas españolas y tuvo como objetivo ayudar a integrar a España en la comunidad atlántica y prevenir una posible inestabilidad política y social que pudiese poner en peligro los intereses geoestratégicos estadounidenses ante un incierto cambio de régimen. Tuvo también la

clara vocación de influir en la formación y prácticas de trabajo de ciertos sectores de las elites políticas, económicas e intelectuales del país, acercándolas a las que en esos ámbitos eran comunes en Estados Unidos y que difundían en el bloque occidental. La crisis de la Fundación a fines de los sesenta por su descubierto vínculo con la CIA acabó con estos proyectos y desde entonces su colaboración fue directamente con el Ministerio de Educación en la reforma del sistema educativo español de los setenta.

Finaliza Daniel Fernández de Miguel con un análisis sobre la evolución del antiamericanismo conservador durante el franquismo. Lo ubica en el marco del pensamiento tradicional conservador que arranca de fines del siglo XIX y muestra cómo se fue desdibujando desde la firma de los pactos bilaterales de 1953 y la ofensiva de la propaganda norteamericana. En este sentido completa la visión anterior refiriéndose a actores habitualmente ignorados o a los que se les presta poca atención, caso del apoyo a la Iglesia Católica (vía Cáritas), pilar del régimen y referente clave del antiamericanismo; las Fuerzas Armadas; o las que fueron elites del franquismo desde fines de los cincuenta, el Opus Dei y el mundo de la empresa, que se impusieron a Falange y los sectores tradicionalistas clave en la guerra civil y los años cuarenta.

Este dossier es hasta la fecha el trabajo más completo sobre la Guerra Fría cultural en España. Esos estudios, que están despegando con cierta fuerza en Europa en los últimos años, una vez ya habían adquirido cierto desarrollo en Estados Unidos, estaban hasta ahora bastante faltos de profundidad. El dossier cubre además lagunas en torno al conocimiento de las relaciones entre España y Estados Unidos. Y es autoría del único grupo de investigación en España sobre la cuestión, que aborda esta línea después de haber realizado importantes contribuciones a las relaciones culturales entre España y América Latina, por lo que cuentan con un sólido bagaje y un buen conocimiento del pensamiento hispanoamericanista y antiestadounidense de las décadas previas al franquismo.

Además de su interés intrínseco, es de relevancia este trabajo por las puertas que abre en cuanto al tema, pues aún quedan cuestiones de relevancia que abordar o profundizar, y en cuanto a estudios comparados con otros países europeos o latinoamericanos. Si bien es cierto que la particularidad española es notoria debido al franquismo y otros puntos ya señalados, ello no obsta para que prácticas y propuestas puedan ser objeto de análisis

comparado, pues ello daría pie, probablemente, a conclusiones y nuevas vías de interés. Y por último, pero no menos importante, algunos análisis como los de Delgado, León o Santisteban pueden ser referencia para avanzar en esas mismas cuestiones en otros países, significativamente en América Latina, en donde en general y hasta la fecha el conocimiento de estos temas es más limitado –con algunas excepciones, caso de México– y los primeros estudios comienzan a despuntar ahora.

Eduardo Rey Tristán,
Universidad de Santiago de Compostela.

Cómo se hace presidente a un candidato sin votos: Las elecciones protestadas de 1971 y la operación reeleccionista. Daniel J. Corbo. Montevideo: Planeta, 2009, 300 pp.

Daniel Corbo comparte en su vida al menos dos pasiones: la de historiador y la de político (fue presidente del Consejo de Educación Secundaria, consejero del CODICEN y diputado por el Partido Nacional). Dos caminos que dialogan, en su caso, en forma fructífera: su trabajo histórico no cede a la pasión partidaria, sino que se revela meticuloso y riguroso al momento de emitir conclusiones. Ya había demostrado esa habilidad en su libro *El plebiscito constitucional de 1980* (Montevideo: Puerta del Sur, 2006) y en esta nueva investigación no hace más que confirmarlo. En *Cómo se hace presidente a un candidato sin votos* se propone analizar la “operación reeleccionista” de Jorge Pacheco a efectos de determinar en qué medida influyó en la “pérdida del centro político y el repliegue de la política de compromiso” (p. 8).

El texto se inicia con un paneo sobre la situación política, económica y social durante fines de los años sesenta y comienzos de los setenta en base a fuentes secundarias. En el segundo capítulo se aborda el camino reeleccionista ensayado por Pacheco Areco, su intento infructuoso de lograr apoyos interpartidarios a través de sus contactos con el Dr. Martín Echegoyen (Alianza Nacional) y la fuerte oposición que recibió este proyecto dentro del Partido Colorado. La elección de Juan María Bordaberry fue fruto, según el autor, de una operación política: “Pacheco que era absolutamente conciente de las nulas posibilidades de la reelección, había continuado adelante con la misma como forma de asegurarse un fuerte grupo político adherido a su liderazgo personal, una gravitante

representación parlamentaria en el poder a través de un delfín” (p. 51).

Esta operación, evaluada por el autor como un “fraude técnico” (p. 57), habría permitido la transferencia de los votos de un candidato con respaldo popular (Pacheco) a otro sin votos propios (Bordaberry) aplicando las reglas electorales existentes. Los debates periodísticos y jurídicos y las intervenciones realizadas por Pacheco a favor de su “delfín” son trabajados profusamente en los dos siguientes capítulos. Y en los tres apartados que se insertan a continuación se realiza un mapeo minucioso, pero sin muchas novedades interpretativas, de las propuestas electorales de los tres partidos políticos más importantes que participaron en la elección de 1971, resumiendo sus sectores internos, y propuestas programáticas, incluyendo en algunos caso fragmentos de discursos de campaña de los candidatos.

Finalmente, en la última parte del libro, Corbo analiza en forma pormenorizada la jornada electoral de 1971 y las denuncias realizadas por el Partido Nacional impugnando las elecciones. Pasa así revista a los debates en la prensa local y las repercusiones que tuvieron en la Junta Electoral de Montevideo y la Corte Electoral. El rastreo aborda el problema de las urnas con lacrado roto, la existencia de más votos que votantes y de una puerta oculta en el Cilindro, donde se encontraban las urnas para el escrutinio definitivo. También se reproducen jugosos pasajes de la denuncia penal presentada por el nacionalismo ante el hallazgo de materiales de la elección en una planta fabril de Pando, fragmentos de testimonios tomados en la causa y el escrito que el Partido Nacional presentó para anteponer un recurso de reposición y apelación ante la Corte Electoral el 27 de enero de 1972.

El análisis de los datos existentes y los resultados de las elecciones de 1971 le permiten asegurar a Corbo que “las cifras oficiales del escrutinio no cierran” (p. 280), y que “la acusación de que hubieron más votos que votantes es incontrovertible y de que éstos pudieron resultar de una maniobra preparada, tiene visos de mucha probabilidad” (p. 285). El autor concluye su trabajo sentenciando “sin la menor duda que en las elecciones de 1971 fueron afectados los mecanismos garantistas de la pureza y verdad del sufragio, encuadrando la situación en las causas determinantes de la anulación de las elecciones” (p. 287).

En términos generales las conclusiones a las que arriba Corbo en cada uno de los apartados surgen de una metodología sólida pero encuentran algunas

dificultades al momento de dialogar con aspectos más globales del período. Este problema es especialmente visible con la hipótesis central de la investigación, el “fraude técnico”, que el autor evalúa como “el episodio político más grave de afectación de la verdad del sufragio, por lo menos desde las dos primeras décadas del siglo XX” (pp. 70-1), en la medida que el intento reeleccionista “desnaturalizó la voluntad política y mediatizó la verdad del sufragio, deslegitimando la primera magistratura del país, lo que sumando a las numerosas irregularidades del escrutinio, resultaron trágicas para la suerte de la institucionalidad democrática” (p. 9). Es una interpretación fuerte a la que se podría interpelar preguntando: ¿La “operación” de reelección tuvo un peso tan contundente en la deslegitimación del sistema democrático o fue una perla más del creciente autoritarismo del gobierno pachequista? Más aun, ¿no sería oportuno insertar explicativamente el proceso de transferencia de votos que efectivamente permitió la “operación reelección” como fruto/reforzamiento de una previa deslegitimación del sistema democrático antes que como un factor generador de ese fenómeno?

Si bien la fuerte conflictividad social, las acciones del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y otros grupos, la existencia de represión y tortura, la imposibilidad de implementar soluciones a la crisis desde los partidos políticos y la continua aplicación de Medidas Prontas de Seguridad son mencionadas en la primera parte del texto, no son puestas en diálogo con la hipótesis que articula la obra, parcializando así en exceso el análisis y forzando una relevancia que no se logra demostrar en las 300 páginas. El eje interpretativo parece así, más que nada, fruto de una aproximación excesivamente centrada en algunos aspectos político-partidarios que no da cuenta en forma eficiente del diálogo que se produjo en el período entre organizaciones sociales, partidos políticos, cambios y permanencias culturales, el afuera y el adentro, así como la incidencia de la protesta social en la transformación de los marcos de comprensión de la ciudadanía sobre el sistema político y la democracia uruguaya. Por último, esta excesiva focalización se detecta también en otro nivel: en el libro no se enmarca todo el proceso uruguayo en la región o en el contexto de la Guerra Fría. Corbo alude a esta dimensión apenas en un párrafo en la página 18, pero no intenta integrar su trabajo en un marco de reflexión más allá del Estado-nación, perspectiva analítica que permitiría enriquecer e innovar la mirada y las preguntas.

Diego Sempol, Universidad de la República

No se amolden al tiempo presente: Las relaciones Iglesia-sociedad en los documentos de la Conferencia Episcopal del Uruguay (1965-1985). Pablo Dabezies. Montevideo: OBSUR-Facultad de Teología del Uruguay Mons. Mariano Soler, 2009, 779 pp.

Desde que Héctor Borrat editara un señero y agudo trabajo sobre el episcopado local, en italiano y en el lejano 1984 (*Uruguay, 1973-1984: I messaggi e i silenzi*, Bologna: EMI-Quaderni Asal), poco se había adelantado en el conocimiento histórico acerca del desempeño de la Conferencia Episcopal del Uruguay (CEU) en las dos décadas posteriores al Concilio Vaticano II, sobre todo en el tema clave del relacionamiento con el régimen dictatorial en sus diversas fases. Sólo recientemente ese déficit historiográfico se ha comenzado a revertir, apareciendo investigaciones, en su mayoría provenientes del ámbito eclesial, que arrojan nuevas evidencias documentales al tiempo que buscan elaborar un primer “mapa” de conjunto sobre el episcopado uruguayo en ese período crucial. Entre esos trabajos cabe mencionar el texto pionero de Álvaro Martínez *La renovación conciliar en Montevideo: Impulsos y resistencias* (Montevideo: OBSUR, Serie Monografías 2, 1990) y la tesis recientemente defendida en la Universidad Gregoriana de Roma por el sacerdote católico Richard Arce *La recepción del Concilio Vaticano II en la Arquidiócesis de Montevideo, 1965-1985* (inédita, 2008), entre otros aportes que el autor aquí reseñado incluye en su bibliografía. En la misma dirección el Observatorio del Sur (OBSUR) ha jugado un papel central como centro de documentación y apoyo institucional de varios proyectos vinculados a estos temas.

No se amolden al tiempo presente, la sólida investigación que el sacerdote católico Pablo Dabezies (Montevideo, 1940) elaboró como tesis para optar al doctorado en Teología del Institut Catholique de París constituye un importante esfuerzo de conceptualización, recopilación bibliográfica y exhumación de un vasto corpus de fuentes editadas e inéditas que dan como resultado más de 700 páginas en las que se registra un período especialmente complejo del acontecer eclesial local y mundial entre la culminación del Concilio Vaticano II (1965) y el fin de la dictadura civil-militar en Uruguay (1985).

Dentro de esa delimitación temporal, el objeto de estudio acotado por el autor no incluye la totalidad de la Iglesia Católica uruguaya ni propone reconstruir la historia reciente de esa comunidad

(aunque el autor confiesa la “tentación” que lo asaltó en ese sentido), sino que se sitúa en un campo analítico más limitado: “se trata del recorrido de la enseñanza de la Conferencia Episcopal del Uruguay en un período concreto, en lo relativo a las relaciones Iglesia-sociedad. ... En este sentido, el desafío principal y concreto era el de equilibrar adecuadamente la dimensión historia/crónica del trabajo... con la propiamente teológica” (pp. 33-4). Es, en este como en otros aspectos, una obra de “transición” que transcurre entre la reflexión eclesial-teológica y la dimensión historiográfica, entre el autor partícipe de muchos procesos que reconstruye y el investigador que busca tomar distancia crítica de ese mismo acontecer.

Para llevar adelante la investigación, Dabezies recurrió a los archivos de la propia CEU, cuyas actas y demás registros internos conforman la documentación medular del trabajo, colocando énfasis en el carácter colectivo (de todo el episcopado local) y oficial del repertorio seleccionado. A ello sumó una amplia gama de fuentes conexas, desde declaraciones episcopales individuales hasta prensa y publicaciones periódicas, agregando, en menor medida, testimonios y entrevistas a algunos actores contemporáneos a los sucesos analizados. Partiendo de esa demarcación temática y metodológica, el cuerpo del estudio se divide en un preámbulo y tres grandes partes diacrónicas que intentan relacionar “la producción discursiva” y el accionar episcopal con los procesos político-sociales uruguayos, buscando en esa interacción claves explicativas para situar el “recorrido teológico” de la documentación emitida por la CEU.

En el preámbulo, el autor retoma investigaciones que cubren el período que se abre hacia la década de 1860, con algunas anotaciones previas, aportando nuevos elementos documentales para la muy poco estudiada etapa que transcurre desde la separación constitucional del Estado uruguayo y la Iglesia Católica (1917-9) y el comienzo de la crisis económica a mediados de la década de 1950. Quizás en este punto, como señalamiento marginal, el autor tome demasiado acriticamente la militante categoría de “iglesia gueto”, muy empleada en la década de 1960 por los partidarios de la apertura eclesial para caracterizar la fase previa al Concilio. Ella conlleva el riesgo de proporcionar una lectura finalista del proceso, donde todo tiende a desembocar en el Vaticano II quitando complejidad al período preconciliar, cuyas lógicas internas habría que examinar con mayor detenimiento como lo sugieren las numerosas referencias que el propio Dabezies facilita acerca de movimientos eclesiales y corrientes

teológicas que, aun tímidamente, operaban ya desde fines de los años cuarenta en el catolicismo local.

Los aportes decisivos de la investigación comienzan en los capítulos relativos a la primera recepción local del Concilio Vaticano II, a partir de una periodización que combina eventos y procesos locales con el acontecer eclesial latinoamericano y mundial. En la primera parte, Dabezies analiza ese primer pos-concilio, especialmente efervescente a nivel de jerarquía y laicado, entre 1965 y 1973, etapa caracterizada por una recepción creativa de la documentación conciliar (y de la emanada de la Conferencia de Medellín en 1968) y por el accionar de un episcopado consustanciado de las problemáticas sociales y políticas, donde sobresalen, entre otras, las figuras de Carlos Parteli, Luis Baccino y Marcelo Mendiharat. Esa primera fase marcó las mayores expectativas de transformación y un claro reposicionamiento de la Iglesia Católica en el espacio público, como lo ejemplifican entre muchos otros documentos la Carta de los Obispos de marzo de 1967 o las duras críticas sobre la violencia y las torturas presentes en la Declaración del Consejo Permanente de la CEU de junio de 1972, todos ellos cuidadosamente examinados por Dabezies. A partir de esta última fase, pautada también por la persecución política y luego el exilio de Mons. Mendiharat, comienza a revertirse de modo dramático el estilo aperturista y hasta confrontativo con las autoridades públicas que había manifestado la CEU, transformación que no sólo respondió a la situación local sino también a severas directivas de la Secretaría de Estado del Vaticano que cambiaron el equilibrio de fuerzas dentro de la Conferencia a favor de la facción “moderada”. En muchos aspectos, el golpe de Estado de 1973 no hizo más que acelerar de modo abrupto ese repliegue intra-institucional que ya se venía manifestando luego de la crisis de mediados de 1972, aumentando aun más la vigilancia y persecución policial-militar a organismos y movimientos laicales y del clero.

En esa dirección, los capítulos que abordan el período entre la ruptura institucional y 1981 proponen un cuadro en el que es realmente difícil reconocer en el accionar de la CEU al episcopado previo. Nuevos estilos de comunicación con las autoridades de facto, ahora principalmente castrenses (memorandos internos y conversaciones reservadas), un retorno discursivo “magisterial” a las temáticas consideradas como “típicas” de la Iglesia en las décadas anteriores (educación, aborto, derechos religiosos, “problema” del secularismo, etc.) y un predominio decisivo de los obispos “moderados”

sobre los más aperturistas (casi reducidos a un solitario Parteli) al interior de la CEU son sólo algunos aspectos que analiza minuciosamente el autor, como jalones que determinaron gran parte del itinerario episcopal en los “años de plomo” del régimen. El análisis de los avatares de la Carta Pastoral de octubre de 1975 (“Misión de la Iglesia”), cuyo derrotero reconstruye con detenimiento Dabezies, es un claro ejemplo de ese nuevo clima reinante al interior del episcopado.

Tal como la presenta el autor, la última fase de la dictadura y el proceso de transición a la democracia, entre 1981 y 1985, significaron para la CEU, como para el resto de los actores sociales, una lenta recuperación de la iniciativa y el renacimiento del diálogo y la presencia en la escena pública, con renovadas propuestas pastorales, pero también constituyeron etapa en la que los postulados conciliares quedaron tamizados por la dura experiencia anterior, perdiendo parte de su dinamismo. Como apunta el propio Dabezies, especialmente cauto en los alcances dados a sus interpretaciones, es difícil por el momento avanzar mayores hipótesis sobre este último tramo de la historia del episcopado hasta que no se abran a la consulta nuevos archivos eclesiales uruguayos y romanos, y se desclasifique documentación reservada de carácter estatal que pueda aportar nueva luz sobre el período.

Por último, la extensa “Mirada conclusiva” se detiene sobre todo en aspectos eclesiológicos tendientes a reflexionar sobre las herencias, vigencia y resignificaciones actuales del Vaticano II para la comunidad católica, debate que puede ser inscripto en la discusión mayor que desde hace más de veinte años viene protagonizando, entre otras, la “escuela” de Bologna, acerca de las rupturas y continuidades de ese legado luego de clausurada la Asamblea Ecueménica.

De este modo, la investigación desarrollada por Dabezies resume los avances logrados por la historiografía local acerca de la iglesia católica uruguaya contemporánea en sus relaciones con el poder político y la sociedad, constituyendo así un “estado de la cuestión” ineludible para el futuro, mientras que deja planteada una nueva y documentada interpretación de conjunto sobre el itinerario del episcopado en las últimas décadas, disparando múltiples interrogantes e hipótesis para seguir profundizando en ese trayecto. Discutir esta pieza y completar el “mosaico eclesial” con el resto de los actores constituye un considerable desafío para la historiografía reciente.

Mario Etchechury, Universidad de la Republica/ Universitat Pompeu Fabra

The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986. Edgar J. Dosman. Montreal & Kingston: McGill-Queen’s University Press, 2008, 599 pp.

For nearly four decades, Argentine economist Raúl Prebisch was both a leading engineer and advocate of Third World developmentalism. During the 1950s and early 1960s, as the executive director of the Economic Commission for Latin America (Comisión Económica para América Latina, CEPAL), Prebisch outlined a program for industrialization, long-term economic planning, and regional integration in Latin America—the region he knew best. Then, as secretary-general of the United Nations’ Conference on Trade and Development (UNCTAD), Prebisch turned his eyes toward the common aspects of underdevelopment in the Global South, more broadly. His famous thesis on the declining terms of trade between the industrialized and non-industrialized world—once described as a theory of “bloodless but inexorable exploitation” (Bernard Nossiter, *The Global Struggle for More*, New York: Harper and Row, 1987, 41-2)—became a foundational principle for various Third World alliances (the Non-aligned Movement, the Group of 77, and OPEC, among them), all of which demanded a more equitable international economic order. Now, with the recent publication of *The Life and Times of Raúl Prebisch*, Canadian academic Edgar Dosman has made an invaluable contribution to the history of this struggle for an alternative economic future, in Latin America and beyond. Through Dosman’s portrait of Prebisch, we see how a generation of Latin American economic modernizers waged an intellectual battle against the now discredited ideology of market fundamentalism.

As Dosman writes, the life of young Raúl Prebisch began near the city of Tucumán in Argentina’s sugar-growing northwest. It was there where his “disdain for the oligarchy” and “commitment to addressing the social question” blossomed, alongside a faith in positivist rationality. Barely a teenager, such convictions moved Prebisch to write to the newly created Economics Faculty at the University of Buenos Aires (UBA) requesting more information about an economics program which heralded itself as the first in Latin America to be established as a discipline independent from law. Soon after, Prebisch left for the capital and was trained as one of the country’s first professional economists.

In Buenos Aires, Prebisch briefly flirted with Socialist Party politics. The party's position on land reform appealed to him most. But his first and only formal affiliation with partisan politics was short-lived. According to Dosman, Prebisch quickly split with the Socialists after he was sternly reprimanded for publicly criticizing the party's post-World War I position on monetary policy. The cosmopolitan world of international political economy, rather than mass politics, became Prebisch's preferred milieu.

Prebisch's views on economic policy remained orthodox both through his student days and his time at the Argentine Central Bank, an institution he managed from 1935 to 1943. It was only during the final years of World War II that he began to reconsider his neoclassical upbringing. In the Central Bank's 1943 annual report, for example, he added his voice to others calling for a national discussion on "inward-directed growth." That same year Prebisch published the early elements of his declining terms of trade thesis. He also began a close reading of the British economist, John Maynard Keynes, publishing a comprehensive interpretation of Keynes's work for a Spanish-speaking audience in 1947—his *Introducción a Keynes*.

The period between Prebisch's dismissal from the Central Bank in October 1943 and his move to CEPAL in 1949 is one of the most historically rich sections of the Prebisch biography. However, discussed within the framework of an intellectual biography, Dosman leaves important parts of a concurrent social history untold. We read of Prebisch splitting time between the New Deal United States of Franklin D. Roosevelt, seminars with young economists at Mexico's Central Bank, and his teaching responsibilities in Buenos Aires. This was a time when, in Prebisch's words, "important theoretical problems emerged in my mind." "Why was it necessary," he asked himself, "for the state to play an active role in development? Why was it that policies formulated at the center could not be followed by periphery?" ("Five Stages in My Thinking on Development," in Gerald Meier and Dudley Seers, editors, *Pioneers in Development*, New York and Washington: Oxford University Press/World Bank, 1984, 176). But rarely do we see how an increasingly active Latin American trade union movement, for example, reshaped the political terrain upon which Prebisch conceptualized an activist state and a Latin American path toward social democracy. Nor are we provided with a full explanation for one of the most intriguing anecdotes in Dosman's text: Prebisch's derailed appointment to the International

Monetary Fund in the early months of 1949, shortly after being dismissed from the University of Buenos Aires by the Perón government. "We shall pay heavily for our folly in losing your services and the prestige which you would have brought to the Fund in its relations with Latin America ... Whom the gods wish to destroy they first make mad," read an IMF cable sent to Prebisch three months after having accepted a senior position with the Fund. In retelling the event, Dosman himself adds that "while no one could possibly argue that Prebisch was pro-communist, he was a Latin American who used terms such as 'core' and 'periphery' and was therefore not automatically 'safe' in the organization he would soon become famous for assailing.

To be sure, the fact that Prebisch himself explicitly sought a separation between the often capricious nature of cold war era politics and his brand of development economics makes adding social context to Dosman's account a difficult task. The Argentine dismissed his critics who pejoratively charged him as a practitioner of "economic nationalism." So too did he look with disapproval on those who manipulated the CEPAL's economic studies for use in political documents and manifestos. But beginning with his famous 1949 *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems*, Prebisch's highly-technical economic analyses did, in fact, take on immeasurable political significance for a region demanding that promises of postwar development and decolonization be fulfilled. As economist Albert O. Hirschman later remarked, *The Economic Development* itself became a "manifesto" for Latin America. Amidst the cold war, *cepalino* thought found itself walking a tightrope between the West's "Empire of Freedom" and the Soviet Union's "Empire of Justice"—advocating all the while political autonomy from both which was, in and of itself, a very political statement. A model which "synthesized socialism and economic liberalism," Prebisch himself maintained late in his life, would bring the region the fruits of the modern world.

Dosman's book opens new doors to conceptualize just how pervasive this goal of socializing liberalism was during the post-World War II period. And future studies can now use Dosman's work to understand the role Prebisch and the CEPAL played in reclaiming a space for important debates about social welfare and economic democracy. Indeed, it was precisely this discussion which tied the work of Prebisch together with more radical "dependentista" economists, organized labor, and new broad front political coalitions of the 1960s and early 1970s.

Edgar Dosman's achievement in reconstructing the life and times of Raúl Prebisch is impressive. The task included the loss of the book's original co-author, former CEPAL official David Pollock, who passed away before the project's completion. The fact that most of CEPAL's most coveted archival material was apparently destroyed during a flood at its Santiago offices makes Dosman's meticulous research –compromised of interviews with almost 100 former Prebisch colleagues, thorough examination of the economist's private papers, and work in the archives of numerous inter-American and international organizations– all the more remarkable.

Thanks to Dosman's work, we can be sure that the "gods" of neoliberalism who once sought the "destruction" of Raúl Prebisch and his economic ideas have not succeeded. And now, as movements for economic justice attempt to rebuild the state which neoliberalism dismantled, in Latin America most notably, there is no better moment to revisit both Raúl Prebisch's vision of and program for a more just social order.

Joshua Frens-String, New York University

El genocidio como práctica social: Entre el nazismo y la experiencia argentina. Daniel Feierstein. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008, 405 pp.

En 1928 Marc Bloch sentó las bases del método comparativo como herramienta epistemológica cuando sostuvo la necesidad de estudiar las sociedades europeas medievales a través de la elección "en uno o más medios sociales diferentes, [de] dos o más fenómenos que a primera vista parecen presentar ciertas analogías entre sí, describir sus curvas evolutivas, constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible." ("A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas" en M. Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid: Akal, 1999, 115). El autor francés intentó romper con la historiografía nacionalista que entendía posible sólo el estudio de determinados fenómenos dentro de las fronteras del Estado-nación o de los reinos medievales. Este punto de partida abrió la puerta no sólo para la comparación de países o regiones, sino también para el análisis de fenómenos políticos, económicos, sociales y culturales que mostraban ciertas similitudes. En el siglo pasado, un área de trabajo en esa dirección fue la comparación de los procesos genocidas, en especial del nazismo, con otras experiencias como el aniquilamiento de la

población armenia por el Estado Ittihadista turco a comienzos del siglo o de población civil en Ruanda y Yugoslavia a fines del mismo. Estos trabajos, cuestionaron la idea según la cual los procesos genocidas modernos, en especial el holocausto judío, presentaban características únicas e irrepetibles.

El libro del sociólogo argentino Daniel Feierstein (Buenos Aires, 1967) se inscribe en esta línea de reflexión y articula la experiencia latinoamericana –la argentina en concreto– con la europea al analizar el proceso de exclusión y posterior genocidio perpetrado por los nazis contra la población judía de Europa y el exterminio masivo de militantes políticos, sindicales y estudiantiles, antes y durante la última dictadura militar argentina. Feierstein considera que los dos procesos no fueron sucesos excepcionales en la historia contemporánea sino el producto de las tecnologías de la aniquilación masiva propias de la modernidad y el capitalismo (con sus mecanismos de producción de la muerte). Al igual que el historiador italiano Enzo Traverso para el caso del nazismo (*La violencia nazi: Una genealogía europea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002), Feierstein sostiene que la dictadura argentina no fue el inicio de un proceso de aniquilamiento sino el punto de llegada de una escalada represiva iniciada luego del derrocamiento del primer gobierno peronista en 1955 y ambientada por la disputa política internacional de la Guerra Fría, las guerras de contrainsurgencia (Argelia y Vietnam) y la implantación de la Doctrina de la Seguridad Nacional para los países de América Latina.

El autor repasa las corrientes jurídicas, historiográficas, sociológicas y filosóficas que analizaron el genocidio en sus diferentes vertientes y explicita porqué la expresión "práctica social genocida" puede ser utilizada para los hechos ocurridos durante la dictadura argentina más reciente. Según el autor, el genocidio no se limitó al aniquilamiento de colectivos humanos, sino que, y de allí su carácter de "práctica social", provocó una reorganización de las relaciones sociales mediante la construcción (o "negativización") de un enemigo ("judío", "delincuente subversivo"), su hostigamiento material y simbólico, su aislamiento espacial y social, y su abierto exterminio.

Asimismo, se opone a la "teoría de los dos demonios" al plantear que sin un sustento social legitimante ningún proceso de este tipo puede cumplir con su cometido y que precisa de la sociedad para iniciar las fases de repudio y aislamiento del otro negativo. Con ello también desmitifica la idea según la cual el nazismo o el régimen militar

argentino fueron consecuencia del accionar automático o espontáneo de determinados sectores, sino que fue la sociedad, o los sectores mayoritarios dentro de la misma, los que avalaron la represión y el exterminio. El planteo de los hechos de aniquilamiento sistemático ocurridos en la Argentina como una “práctica social” brinda la posibilidad de quebrar una concepción que pretende reducir la discusión sobre las causas de la dictadura a la confrontación entre un bando insurreccional y otro “militar” que cometió un número determinado de delitos puntuales (privaciones de la libertad, tormentos, homicidios, violaciones, apropiaciones de menores) que serían apenas un problema entre los victimarios y sus víctimas directas (sobrevivientes o familiares).

Otro punto del trabajo es el análisis de las consecuencias sociales de los procesos genocidas. De esta forma, y siguiendo la idea de Michel Foucault sobre el “poder productivo” y no meramente represivo, plantea que el genocidio, por la vía de la destrucción material o simbólica, logró la anulación de manifestaciones de oposición. Uno de los dispositivos que el autor toma para ejemplificar este aspecto es la existencia de campos de concentración que, además de reunir en un mismo territorio a los llamados enemigos, tuvieron por objetivo escarmantar al resto de la población que no estaba recluida pero que temía ante la posibilidad de terminar allí. Por ende, el objetivo del campo, tanto en Europa como en Argentina, fue el de inspirar terror para evitar toda manifestación de oposición, fomentar la delación y la desconfianza. Así, entiende el autor, en las sociedades latinoamericanas pos dictaduras, la desconfianza, el temor a no repetir la historia, la ausencia de reciprocidad, el terror y el escepticismo para adoptar posiciones críticas fueron los modos sociales hegemónicos y una de las consecuencias más visibles de las dictaduras civil-militares.

El historiador inglés Ian Kershaw, sincerando su dificultad para deslindar algunos temas académicos del plano ético-político, planteó, ante el horror del holocausto, la imposibilidad de comprender cabalmente el nazismo como fenómeno histórico (*La dictadura nazi: Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, 20). Vinculado a esta postura podríamos hacer mención al paradigmático estudio del escritor búlgaro Tzvetan Todorov sobre los usos y abusos de la memoria. Todorov, partiendo de la experiencia genocida contemporánea, distinguió dos modos de memoria, a las que llamó “literal”, que queda anclada en los acontecimientos dolorosos para el colectivo que lo

sufrió, y “ejemplar”, que implica la posibilidad de transformar el sufrimiento de quienes padecieron el genocidio en la posibilidad de sentir compasión o solidarizarse con situaciones equiparables en el presente (*Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós, 2000). Bien vale la lectura del trabajo de Daniel Feiersten como un aporte para realizar un análisis del pasado abierto a la discusión, pero que también sirva para pensar un futuro en el que seamos capaces de comprender en qué marco social actuaron los verdugos de Sobibor o de la ESMA, o por qué murieron quienes pasaron por La Perla o Treblinka. No es una tarea menor para sociedades que, fragmentadas y sumidas en una nueva ola de miedo (al delito, la inseguridad, al terrorismo), reclaman al Estado un endurecimiento de sus deberes punitivos.

Nicolás Duffau, Universidad de la República

La dictadura cívico-militar: Uruguay 1973-1985. Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009, 398 pp.

Este libro constituye el primer intento importante por presentar una historia general de la última dictadura uruguaya desde 1987, año de publicación de la *Breve historia de la dictadura* de Gerardo Caetano y José Rilla (Montevideo: CLAEH-EBO), obra que sería una referencia duradera con una periodización, la de Luis E. González, grabada como un sentido común en los estudios sobre la dictadura.

El tiempo transcurrido podría explicar por sí solo las novedades que aporta esta nueva obra, pero las mismas se sostienen sobre una densa etapa de acumulaciones que conviene colocar en su propio escenario histórico. El impacto del voto ciudadano favorable a la “ley de caducidad” en abril de 1989 pareció cerrar, a través de su asunto más urticante, el de los derechos humanos, la búsqueda de respuestas a los hechos de aquel pasado reciente. El efecto en la academia fue también notorio: la dictadura quedó congelada en la investigación, al menos en sus resultados más visibles. Sin embargo, en la segunda mitad de los años noventa se produjo un nuevo impulso. Un conjunto de factores incidieron: entre otros, el reclamo de los familiares de desaparecidos, el conflicto latente entre desmemoria y memoria (tensión que cortó transversalmente a la sociedad y a los partidos) y el interés de viejos y nuevos historiadores. Y, cerrando el círculo, evidenciando un

rasgo intrínseco del caso uruguayo, lo político-partidario zurciendo el proceso. La convocatoria del senador Rafael Michelini a recordar los 20 de mayo desde 1996, la Comisión para la Paz del presidente Jorge Batlle en el 2000, la aplicación novedosa de la “ley de caducidad” por el presidente Tabaré Vázquez desde 2005, acompañada del acceso a archivos de la dictadura y la entrada de los antropólogos a los cuarteles fueron elementos legitimantes desde la esfera pública para el nuevo proceso de reflexión.

Esta etapa de “reencuentro” con la dictadura se vio plasmada en una numerosa producción histórica. Ambientada en la proliferación de estudios regionales sobre las dictaduras del Cono Sur y el entrecruzamiento de redes de investigadores a nivel internacional, se destacó la publicación a nivel nacional de decenas de trabajos que abarcaban temáticas parciales o específicas, compilaban testimonios o se abocaban a desarrollar pulidas cronologías documentadas.

Precisamente, los cinco autores de este libro no fueron ajenos a ese proceso. Bien por el contrario, entre ellos se encuentran los cuatro editores y un autor del libro compilación de un seminario que expresaba el nuevo empuje en la reflexión sobre esa época (Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé, editores, *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*, Montevideo: Trilce, 2004). Además, integraron los equipos de investigación de los voluminosos informes sobre desaparecidos y sobre terrorismo de Estado en Uruguay, siendo uno de ellos (Álvaro Rico) el coordinador de ambos (Presidencia de la República Oriental del Uruguay, *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos*, Montevideo: IMPO, 2007; Universidad de la República, *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en Uruguay*, Montevideo: FHCE-CSIC-UDELAR, 2008). Resultante de una sólida acumulación, este libro refleja un nuevo estado de situación con respecto a los estudios de la dictadura, donde se incorporan novedades y se abren las puertas para iniciar nuevos debates y visitar algunos de los viejos.

El formato del libro, cinco capítulos de autoría individual, parece atentar contra la idea de la obra colectiva que puede presumirse inicialmente. De hecho, los recortes temáticos y las propuestas metodológicas son efectivamente diversos. El lector no puede dejar de tentarse con abordarlos como artículos independientes. Sin embargo, una lectura atenta muestra un diálogo fecundo entre las partes, muchas veces explícito, tal vez más debido al camino

recorrido en conjunto por el equipo de investigadores que a un esfuerzo voluntario por dar sentido de unidad a la obra. Existen algunas líneas que recorren los cinco capítulos. Vale destacar dos que aportan a debates no concluidos ni en el ámbito académico ni, mucho menos, en el ámbito puramente político.

Uno de ellos refiere a la periodización de la dictadura. Cada capítulo, aun en referencia al ya clásico enfoque que indicábamos arriba, incorpora elementos de análisis para movilizar y resignificar las bisagras establecidas por aquél. Para empezar, una idea preside todos los capítulos de manera convincente: ni junio ni febrero de 1973 son una bisagra decisiva. En este sentido, este libro, por las evidencias y reflexiones aportadas, va a contribuir a establecer un nuevo sentido común en los estudios sobre la dictadura, y es el de que no es posible abordarla sin considerar las múltiples continuidades con el período anterior. También el pasaje de lo “comisarial” a lo “fundacional”, conceptos que han sido tan útiles para desagregar en etapas a la dictadura, es movilizado por los autores. Rico, al incorporar al estudio de ese tránsito el clivaje autoritarismo/totalitarismo, Marchesi evidenciando que 1975, “Año de la Orientalidad”, operó como un anticipo del ensayo fundacional de 1976; y Demasi cuando señala que el triunfo del No en el plebiscito de 1980 no fue tanto el arranque de una transición como un momento de incertidumbre que sólo decantaría en un proceso cargado de complejidades varios meses más tarde.

El otro elemento novedoso que recorre el libro es la incursión en un tema enunciado pero por lo general ausente de la investigación y refiere al costado civil de la dictadura cívico-militar, como cuando Demasi y Rico discuten el singular protagonismo de Bordaberry, cuando Yaffé y Markarian enfatizan en los papeles respectivos de los elencos civiles en las conducciones económica y de cancillería, o cuando Marchesi indaga en los componentes sociales del consenso buscado por la dictadura. He aquí un conjunto de pistas muy sugerentes para indagar, cruzando los aportes de cada capítulo, en torno a las redes civiles que dieron legitimidad al poder militar, a sus móviles e intereses particulares, y al grado de homogeneidad que mantuvieron entre sí y frente al elenco militar.

Por lo demás, cada capítulo presenta aportes novedosos.

Demasi, en su análisis de la evolución política, realiza una rigurosa reconstrucción atendiendo al componente simbólico de ciertos conceptos recurrentes en el debate político. Es de particular interés

seguir el itinerario del concepto de democracia en su recorrido antagónico con otros conceptos (“democracia-intervención militar”, “democracia-dictadura”, “democracia-marxismo”) y su transformación en el discurso de los actores. El autor logra así evidenciar la naturaleza dinámica de los actores militares, sociales y partidarios ante las diversas coyunturas. La focalización en el discurso de la prensa opositora es particularmente fecunda.

En su capítulo, Rico, en base a un frondoso despliegue teórico, es quien interpela más radicalmente el sentido rupturista del año 1973, incorporando la categoría de “gobierno bajo decreto”, bajo el cual se fijaron las bases institucionales, discursivas y represivas que pautaron la continuidad entre democracia-autoritarismo-dictadura de 1967 a 1973. Esa consideración le permite señalar la definitiva convergencia del pensamiento liberal y el conservador desde 1968 ante la amenaza de la izquierda y la movilización social. Esta idea abre nuevas preguntas: por ejemplo, las que indaguen en dos itinerarios en apariencia divergentes como son el viraje “quincista” de los sesenta y los movimientos pendulares del “wilsonismo” entre 1968 y 1972.

Yaffé propone una serie de hipótesis para entender las relaciones entre régimen político y modelo económico. La dictadura no habría implantado un modelo sino que profundizó el programa liberal iniciado en 1959; para ello, generó condiciones favorables, suprimiendo violentamente el disenso y confiando el rumbo a un elenco técnico civil en sintonía con los organismos internacionales. Aun así, los militares no perdieron el control sobre dicho elenco, proyectando un escenario de “impulso y freno” en las políticas liberalizadoras. Dos asuntos merecerían mayor profundidad en estudios posteriores: ¿cuál era la frontera precisa entre el componente tecnocrático civil nacional y el internacional?; ¿a través de qué mecanismos y con qué fundamentos los militares controlaron al elenco civil liberal?

El capítulo de Markarian, basado en valiosas fuentes primarias (archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y estadounidenses), indaga en el itinerario de la política exterior del régimen en su intención de “maquillar” la imagen del país ante las denuncias por violaciones de los derechos humanos. La evidencia obtenida por esta investigadora permite señalar diferencias tácticas entre, por un lado, los componentes más claramente doctrinarios del elenco civil, como el canciller Juan Carlos Blanco, defensor de las acciones del gobierno a partir del apego a los aspectos más reaccionarios de la

Doctrina de la Seguridad Nacional, y por el otro, los componentes pragmáticos, como el canciller Alejandro Rovira, procurando “dar cobertura” a los crímenes del Estado, esforzándose por recomponer la imagen del gobierno en Estados Unidos, opción que terminó prevaleciendo entre los militares.

Finalmente, Marchesi resalta que, por encima de la destrucción de cultura que practicó la dictadura, se evidenciaron esfuerzos por construir, ensayando construcciones simbólicas consensuales desde tres ángulos: la exaltación nacionalista, el sistema oficial de medios y la educación. En ese equilibrio precario entre represión y consenso, destaca el papel de algunos instrumentos ya desaparecidos (la Dirección Nacional de Relaciones Públicas, DINARP; el Consejo Nacional de Educación, CONAE) y otros vigentes y travestidos bajo el ropaje democrático, como el semanario *Búsqueda*, componente “crítico” de una esfera pública oficial.

Gabriel Bucheli, Universidad de la República

El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente. Claudia Feld y Jessica Stites Mor, compiladoras. Buenos Aires: Paidós, 2009, 399 pp.

Desde hace por lo menos tres décadas se han instalado dos debates en diferentes ámbitos académicos y de producción cultural: el primero refiere a la relación entre la historia y la memoria como diferentes formas de hacer presente el pasado y el segundo gira en torno al vínculo entre las imágenes, la realidad y la ficción. En ambos casos, los diferentes términos han sido muchas veces presentados en forma dicotómica o contradictoria, reduciéndose así la reflexión acerca de sus posibles relaciones y complementariedades. El libro *El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente* emprende la audaz tarea de analizar diferentes cruces entre ambas discusiones, intentando no subordinar el mundo de las imágenes y la memoria al de las palabras y la historia y poniendo el foco específicamente en los estudios y las representaciones sobre los años sesenta y la última dictadura militar en Argentina (1976-83).

El trabajo está dividido en cinco partes. La primera cuenta con un prólogo de Andreas Huyssen y una introducción de las compiladoras sobre las preocupaciones teóricas que dieron origen al proyecto y sus características principales. Las siguientes cuatro secciones refieren a las relaciones entre imágenes y testimonio, los vínculos entre imágenes,

política y terrorismo de Estado, las estrategias de representación de las experiencias de horror en Argentina, y algunas prácticas sociales y políticas vinculadas a la fotografía.

Se destaca el interés de muchos trabajos por relacionar la producción de imágenes sobre los años sesenta y setenta y su recepción. El artículo de Claudia Feld analiza de manera elocuente este tema, abordando los diferentes contextos de emisión televisiva de testimonios de víctimas del terrorismo de Estado producidos en diferentes momentos de la transición democrática. Desde otro punto de vista, el análisis de Valeria Manzano referido, entre otras cosas, a la campaña publicitaria del documental "Garage Olimpo" en 1999 muestra de manera sugerente cómo la imagen fotográfica de una mujer vendada intervino la ciudad de Buenos Aires simbolizando a la vez el terrorismo de Estado y la clandestinidad en la dictadura, la ceguera de la sociedad argentina que convivió con ese proceso y el fin de la década del noventa en la que se clausuró casi por completo el debate sobre el pasado reciente.

Se subraya a su vez el interesante equilibrio que los diferentes artículos logran entre la compleja reflexión teórica sobre la relación entre imágenes y memoria y la contextualización en la que se encuentran insertos los diferentes problemas. Las condiciones políticas y simbólicas para abordar el tema del pasado reciente en Argentina fueron muy oscilantes entre los inicios de la transición y el presente. Tanto en los diferentes artículos como en la organización general del libro este aspecto está especialmente cuidado, evitando comparaciones anacrónicas.

Otro de los asuntos analizados profusamente en el libro es la relación entre imagen, testimonio y verdad. Un aspecto especialmente complejo en este sentido es la ausencia de imágenes producidas en contextos de terrorismo de Estado como consecuencia de la propia censura. En este sentido, los autores asumen una mirada crítica con respecto a los distintos testimonios o documentales realizados durante la pos-dictadura que se preocuparon por suplir esta ausencia de imágenes. Las autoras Sandra Raggio, Claudia Feld y Lorena Verzero analizan en diferentes trabajos el estatuto de verdad que ocuparon los relatos de las víctimas ante la carencia de imágenes producidas en contextos de horror. Las autoras analizan cómo, a pesar de la diversidad de lugares desde los cuales fueron producidos los testimonios y sus sucesivas re-significaciones luego de la dictadura, nunca estuvo en cuestión el estatuto de verdad de estos relatos, minimizando en consecuencia su

carácter de reconstrucción posterior y parcial de los acontecimientos.

Algunos aspectos de orden más técnico, como las consideraciones en materia de procedencia de las imágenes, los archivos a los que pertenecen, su selección y re-significación con diferentes finalidades son problemas que se mencionan en muchos de los artículos, pero que son abordados con mayor precisión y profundidad por Carmen Guarini, Emilio Crenzel y Ludmila Da Silva Catela. Como bien expresan estos autores, la selección de las imágenes y la relación entre su contexto de producción y de circulación constituyen fenómenos esenciales para analizar sus posteriores utilidades que pueden oscilar desde los usos jurídicos o de protesta social hasta las realizaciones documentales o ficcionales.

Si bien el libro en su conjunto plantea numerosas problemáticas vinculadas a las imágenes y la memoria del pasado reciente argentino, los cambios técnicos o tecnológicos que han posibilitado o limitado la producción de cierto tipo de imágenes y que condicionan su perdurabilidad en el tiempo constituyen un asunto escasamente analizado y que sin duda permitiría formular nuevas preguntas y aportar ciertas respuestas que permanecen abiertas en muchas de las investigaciones.

Por otra parte, el debate sobre el papel social de las imágenes parece estar subordinado a lo largo del libro a los problemas de la memoria sobre el pasado reciente argentino. Sin embargo, el período transcurrido entre la década del ochenta y el presente fue testigo de mutaciones importantes en relación con la producción de imágenes, su circulación y su influencia en las representaciones sociales del mundo contemporáneo. Existe, en este sentido, una cierta independencia entre el cambio en la producción y circulación de las imágenes y la temática específica del pasado reciente, cuyo abordaje podría contribuir a formular nuevas interrogantes sobre algunos de los temas planteados a lo largo de las investigaciones. En general, la bibliografía de los artículos está claramente orientada a los estudios sobre memoria y pasado reciente y son menos abundantes las citas que refieren a los problemas de orden iconológico. En este último aspecto, la mayoría de los autores citan referencias ya clásicas e ineludibles como Roland Barthes, Georges Didi Huberman o John Berger. Sin embargo, en la última década se han publicado importantes títulos en español que analizan el papel de las imágenes documentales fijas y en movimiento en las transformaciones de las representaciones de la sociedad contemporánea, entre los que destacamos los de Jorge Ribalta (*Efecto*

real: *Debates posmodernos sobre fotografía*, Barcelona: Gili, 2004), Martha Rosler, (*Imágenes públicas: La función política de la imagen*, Barcelona: Gili, 2007) y Victor Burgin (*Ensayos*, Barcelona: Gili, 2004). Por otra parte, tanto en Europa como en Estados Unidos se ha desarrollado un campo de investigación específico conocido como “estudios visuales” que se preocupa por comprender la relación entre las imágenes, el contexto en la que circulan y su impacto en las representaciones sociales. Uno de los trabajos fundantes en esta materia es *Iconology: Image, Text, Ideology* de W.J.T. Mitchell (Chicago: Chicago University Press, 1986). No tenemos aún a nivel local una tradición en este campo de estudio y el libro de Feld y Stites Mor constituye un puntapié para profundizar en este sentido.

En resumen, *El pasado que miramos* es un libro con una gran diversidad de abordajes, en el que se cruzan de manera analítica debates que muchas veces se han desarrollado de manera independiente, contribuyendo de este modo a la construcción de espacios de reflexión interdisciplinaria inevitables en el análisis de las imágenes y de la relación de las mismas con la historia reciente.

Isabel Wschebor Pellegrino,
Universidad de la Republica

Intellectuals and Left Politics in Uruguay, 1958-2006. Stephen Gregory. Brighton–Portland: Sussex Academic Press, 2009, 234 pp.

La obra investiga la relación entre intelectuales y política, en el campo de la izquierda, entre 1958 y el comienzo del primer gobierno del Frente Amplio en marzo de 2005. El autor presenta concisamente su argumento del modo siguiente:

In essence, the book will argue that in the 1960s Uruguayan intellectuals helped to unify a fragmented left, and helped to broaden its constituency with a new kind of politics built on the need to revive the principles of consensus of dialogue in an increasingly polarized society. This endeavor foundered because the social and political rifts in Uruguayan society became so great that they permitted only a militarist solution from which all forms of dialogue were excluded. After the authoritarian period had put an end to the conditions in which such a dialogue was possible, redemocratization has seen the relationship between

intellectuals and politics take two paths, one following closely the progress of the political centre-left, the other staying resolutely independent of it (pp. 3-4).

Esta interpretación se organiza a lo largo de la obra en dos partes de cuidada simetría separadas por un breve capítulo (dedicado a dar cuenta someramente de la dictadura) que opera como interludio entre ellas. El principal argumento de la primera parte (“Towards Intellectual and Political Unity”) es que los intelectuales de la época (1958-73) cumplieron un papel político muy importante facilitando el proceso de unificación política de la izquierda y la conexión entre los partidos de izquierda y la sociedad. Para sostener la primera de estas dos hipótesis, el autor se basa en diversos documentos. En particular, hace un uso profuso del famoso “Réquiem para la izquierda” de Aldo Solari, en el que se analiza con toda crudeza el fracaso de comunistas y socialistas en la elección de 1962 y de los llamados a la unidad política de los partidos de izquierda provenientes de figuras del prestigio de Mario Benedetti (p. 37). Para defender la segunda de las hipótesis, Gregory argumenta que el prestigio alcanzado por algunos intelectuales de izquierda y la amplia difusión de sus obras contribuyeron a multiplicar el apoyo a las posiciones defendidas por los partidos de izquierda en las elecciones. Asigna especial importancia, desde este punto de vista, al manifiesto en apoyo al Frente Amplio publicado en *Marcha* el 26 de noviembre de 1971 firmado por 170 intelectuales.

La segunda parte (“Political Unity; Intellectual Dispersal”) reconstruye el proceso que va desde 1985 hasta el inicio del gobierno de Tabaré Vázquez en 2005. Gregory argumenta que la lógica del proceso es la opuesta a la del período anterior. Antes de la dictadura, los intelectuales contribuyeron a unir a los partidos de izquierda. Después de la dictadura, la izquierda se mantiene unida y se aproxima al gobierno, pero son los intelectuales los que se disgregan. En líneas generales, toda esta segunda parte es más novedosa que la primera. Es especialmente interesante, desde mi punto de vista, el capítulo 4 (“The Revenge of the Foreign”), en el que el autor contrasta las ideas, valores y principios de la nueva generación (formada en el clima de fin de la dictadura y bajo el impacto del posmodernismo) con el “sistema de creencias” de los jóvenes militantes de fines de los sesenta y principios de los setenta. Aunque quedó parcialmente eclipsada por el tradicional politocentrismo de la cultura uruguaya, durante la transición a la democracia se conformó

una nueva corriente cultural. Esta contracultura reivindicaba el “hoy” contra el “ayer”, el individualismo contra el militantismo, el rock and roll contra el canto popular, los juegos de video contra Cinemateca. Es la generación de Gustavo Escanlar (“estoy molesto, irritado y confuso”, solía decir antes de emprenderla con su enemigo de turno) y de Gabriel Peveroni, de periodistas como Daniel Figares, Gabriel Pereyra, Leonardo Haberkorn y Fernán Cisneros, o de intelectuales como Amir Hamed, Ruben Tani o, más tardíamente, Aldo Mazzuchelli con su tan simbólica reivindicación de Julio Herrera y Reissig. Son, desde mi punto de vista, en muchos sentidos, la reedición de los “del 45”: parricidas, apartidarios, libertarios, destructores de mitos, escépticos de la “uruguayez”, con cierto desprecio hacia el sistema político y la cultura política predominante. Pero, a diferencia de aquellos, no cultivaron el sentido de pertenencia a una generación ni teorizaron sobre esto. No construyeron una “marca” propia, ni exhibieron la misma capacidad (o vocación) para tomar y ejercer el poder cultural. Al rastrear algunos de los hitos fundacionales, influencias formativas y trayectorias personales de esta importante y relativamente poco estudiada corriente contracultural, el autor hace un aporte de indudable valor al estudio de la trama de las generaciones culturales en Uruguay.

También resulta destacable el esfuerzo analítico realizado por Gregory para identificar otras tendencias, más recientes, entre los intelectuales uruguayos en relación a la izquierda. El autor distingue los intelectuales que han acompañado y legitimado la trayectoria reciente del Frente Amplio y que funcionan como “intelectuales orgánicos” del proyecto político frenteamplista de aquellos que han virado, para evocar a Max Weber, desde la vocación del político a la del científico, desde la militancia partidaria a la actividad profesional en el campo de las ciencias sociales. Uno de los procesos culturales más impactantes de los últimos veinticinco años es, precisamente, la profunda transformación del campo de las ciencias sociales. Menciono solamente tres ejemplos: la historia política ha redescubierto a los partidos políticos; la economía puso en cuestión el estructuralismo “cepalino”, hegemónico en los sesenta, y se abrió a nuevas perspectivas teóricas y más altos estándares de formación académica; la ciencia política logró arraigarse y despegar rápidamente. La tensión entre la política (la vieja pasión) y su abordaje científico (desde las nuevas profesiones) atraviesa la obra de numerosos científicos sociales. El autor, que nos mira desde muy lejos pero no se pierde casi ningún detalle, nos ofrece un testimonio de

innegable valor para seguir pensando cómo resolver este antiguo pleito.

Según Gregory, en síntesis, puede hablarse de medio siglo de “diálogo frustrado”. El esfuerzo a favor del diálogo entre izquierda e intelectuales sólo habría sido posible en un momento excepcional, en el contexto de la transición al autoritarismo. Antes de 1968 y después de 1985 lo que caracteriza a la relación entre la izquierda política y la intelectualidad es el “diálogo frustrado”. Esto me conduce a mi primera, y principal, objeción con el argumento del libro. Esta interpretación del proceso me parece extraordinariamente discutible. Para decirlo rápidamente, es posible que, como suele ocurrir con los trabajos tan detallistas, las ramas no permitan ver el bosque. Es cierto que, cuando se mira el proceso con tanto celo como Gregory, aparecen choques, contradicciones, desencuentros. Es cierto que hubo y sigue habiendo tensión entre el Frente Amplio y los intelectuales. Es cierto que, con cierta frecuencia, la tensión se convierte en conflicto abierto. Es cierto que no son pocas las veces en que el viejo puente entre izquierda e intelectuales se tambalea y amenaza desplomarse. Pero, al menos para quien firma esta reseña, uno de los datos más importantes y significativos del funcionamiento del sistema político uruguayo es que existió a lo largo de medio siglo, y sigue existiendo todavía hoy, un vínculo estrechísimo entre los partidos de izquierda y la intelectualidad uruguaya. No me parece que pueda hablarse de un “diálogo frustrado”. En todo caso, es un diálogo complicado, de tono cambiante, en el que los interlocutores pasan del abrazo al rechazo, de la euforia a la furia. Los desencuentros pueden ser, a veces, frustrantes. Pero, en esencia, el Frente Amplio y los intelectuales siguen estando del mismo lado (ver Adolfo Garcé, Javier Gallardo y Paulo Ravecca, “Think Tanks and Experts in the Frente Amplio’s Government” en Adolfo y Gerardo Uña, coordinadores, *Think Tanks and Public Policies in Latin America*, Buenos Aires: CIPPEC-SIENA, 2010). Quienes realmente tienen un problema grave para construir un diálogo fecundo con la intelectualidad son los otros partidos políticos uruguayos, especialmente el Partido Nacional y el Partido Colorado. Dicho sea de paso, la deuda con esta temática se sigue acumulando.

Mi segunda objeción refiere al aporte específico de la intelectualidad al proceso de unidad, desarrollo institucional y crecimiento electoral de la izquierda. No será quien firma estas líneas quien niegue el poder político de las ideas. Pero la primera parte del libro atribuye a los intelectuales una influencia

mayor a la que al menos este lector estaría dispuesto a conceder. Los principales actores de la construcción de la unidad política de la izquierda fueron los partidos y no los intelectuales. Desde luego sería cometer una enorme injusticia decir que Gregory no toma en cuenta a los partidos. De hecho, dedica mucho espacio a presentar y discutir, con lujo de detalles, los esfuerzos realizados a favor de la unidad política desde los distintos partidos de izquierda. Relega, incluso, el análisis de su objeto principal (los intelectuales) durante todo el capítulo 3 para concentrarse en la descripción del Frente Amplio (creación, estructura, programa). Pero, si mi interpretación del proceso es correcta, en general, el papel de los partidos y de sus tradiciones políticas no está planteado en su justa medida. Es posible que los intelectuales hayan contribuido a ampliar la “constituency” de la izquierda, como dice el autor. Sin embargo, no lo hicieron por haber contribuido a revivir la tradición política del diálogo y del consenso en una sociedad crecientemente polarizada como propone Gregory y como puede leerse en la transcripción realizada al comienzo de esta reseña. Todo lo contrario: es muy probable que los intelectuales hayan contribuido a aumentar la audiencia de los partidos de izquierda, pero contribuyendo a la polarización de la sociedad. Sin llegar al extremo de interpretar a los guerrilleros como “intelectuales armados”, como ha sostenido Hebert Gatto en un ensayo brillante (*El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguayo, 1963-1972*, Montevideo: Taurus, 2004), los intelectuales de los sesenta arrojaron combustible sobre la chispa que terminó incendiando la pradera. La forja de la unidad del Frente Amplio, su indudable capacidad de negociación entre sus fracciones y las reglas consensualistas que estructuran su organización interna tampoco tienen mucha relación con una suerte de “pedagogía del diálogo” que habrían realizado los intelectuales de izquierda de esos tiempos. En realidad, parecen guardar más relación con la mejor tradición política nacional (la coparticipación entre partidos, los pactos entre caudillos, la construcción de unidad desde la diversidad) que con la siembra ideológica de los intelectuales.

Se trata, en suma, de un libro sobre un tema apasionante. La investigación es seria, rigurosa, minuciosa. El autor (un académico de merecido prestigio) trata con absoluto respeto y buena voluntad a su objeto de estudio. Algunas de sus interpretaciones están muy bien fundadas y son plenamente compartibles. El libro aporta algunas novedades muy valiosas. Es, por sobre todas

las cosas, un trabajo muy útil, por el impactante volumen de información que maneja acerca de la relación entre el mundo de las ideas y la dinámica política del Uruguay. Algunos de sus principales argumentos abren un gran espacio para el debate y la crítica.

Adolfo Garcé,
Universidad de la República

In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War. Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (editores). Durham, NC: Duke University Press, 2008, 439 pp.

Este libro colectivo presenta en lenguaje accesible las novedades de la academia estadounidense sobre el período de la historia mundial que conocemos como Guerra Fría, especialmente en relación a América Latina. Se trata de una compilación algo diferente de la que Spenser realizó en *Especiosos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (México: Porrúa, 2004) con trabajos provenientes de un encuentro realizado en México en 2002 y un énfasis mayor en autores y asuntos de ese país. Pero, al igual que ese antecedente, la versión en inglés da cuenta de varios cambios interpretativos el período en cuestión: un distanciamiento de las explicaciones basadas en las grandes potencias, un desplazamiento de los análisis sostenidos en los juegos de poder y las relaciones diplomáticas, y una distensión de las fronteras entre propuestas culturales y proyectos políticos.

La primera sección se titula “Nuevos enfoques, debates y fuentes”. Aporta un panorama de las colecciones documentales recientemente disponibles escrito de forma amena por Thomas Blanton, director del National Security Archive, la organización que más ha hecho para facilitar el acceso a los documentos desclasificados del gobierno de Estados Unidos. Viene luego un largo artículo de Joseph (“Lo que sabemos y lo que deberíamos saber”) que argumenta a favor de tejer más apretadamente las historias locales y nacionales con la narrativa de la Guerra Fría y propone estudiar esos procesos en base a la dinámica “revolución-contrarrevolución” planteada por Greg Grandin en *The Last Colonial Massacre: Latin America and the Cold War* (Chicago: Chicago University Press, 2004). Esta perspectiva tiene las virtudes de reconocer la diversidad del impacto de las potencias en los contextos nacionales

y regionales y dar justa dimensión a la influencia de Estados Unidos en la peripecia latinoamericana.

Desde esas premisas, Joseph repasa los abordajes de la Guerra Fría en la historia de las relaciones internacionales (o historia diplomática, según el apelativo tradicional). Luego de identificar sus periodizaciones, debates y falencias, advierte contra el encandilamiento de las nuevas fuentes y llama a ampliar el espectro de temas, actores y dimensiones de análisis, con énfasis en la historia cultural, los grupos antes descuidados (mujeres, campesinos, estudiantes, etc.), las dinámicas locales y los contactos transnacionales. Joseph se suma a quienes, como Odd Arne Westad en *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2005), exhortan a poner el foco en el “sur global” para entender un conflicto frecuentemente reducido a dos poderes. En relación a América Latina, esto significa cuestionar la visión de los procesos locales como meros epifenómenos y de sus actores como marionetas en una lucha que los trascendía. De este modo, se revalorizan las dimensiones locales y globales que explican los ciclos de violencia y represión que vivió la región luego del breve florecimiento democrático al final de la Segunda Guerra Mundial.

Eso hacen los tres excelentes artículos de la siguiente sección bajo el explícito título de “América Latina entre las superpotencias: Realpolitik internacional, la ideología del Estado y la latinoamericanización del conflicto”. En primer lugar, Spenser parte de la crisis del Caribe de 1963 para desbrozar lo que se sabe sobre las acciones soviéticas en América Latina. A continuación, Piero Gleijeses condensa la abundante evidencia documental y ricas hipótesis de su libro sobre la presencia cubana en las luchas independentistas y revolucionarias africanas (*Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2002). Por último, Ariel Armony resume sus investigaciones sobre el papel de los militares argentinos en los conflictos centroamericanos de los setenta y sus relaciones con diferentes agencias del gobierno de Estados Unidos (*Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984*, Athens: Ohio University Press, 1997). Estos tres textos prueban con creces el rendimiento de una idea-fuerza de la introducción de Joseph: la necesidad de atender a la independencia relativa de cada país en relación a la clásica determinación de campos del conflicto global o, mejor dicho, las estrategias particulares de algunos gobiernos para

sacar provecho a ese enfrentamiento en función de sus agendas.

La importancia de los aspectos culturales y simbólicos en esos conflictos, otro tema clave de la introducción, organiza la extensa sección sobre “Luchas cotidianas sobre cultura y representación en la Guerra Fría latinoamericana”. Esta preocupación, que guió otros emprendimientos de Joseph (especialmente *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, NC: Duke University Press, 1998, compilado con Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore), aparece aquí de formas diferentes. Seth Fein se centra en las limitaciones que la política mexicana impuso a los programas encubiertos de comunicación del gobierno de Estados Unidos. Eric Zolov explora las movilizaciones estudiantiles de 1961 en Morelia deteniéndose en el impacto de la Revolución Cubana sobre la percepción de las instituciones culturales estadounidenses en esa ciudad. Steven Bachelor analiza la influencia que tuvo la expansión de la industria automovilística estadounidense en los conflictos obreros y en el surgimiento de una conciencia de clase en México. Stephen Pitti estudia los reclamos de los trabajadores inmigrantes y muestra la eficacia de las estrategias de organización desplegadas bajo el influjo de César Chávez en Estados Unidos. Esta acumulación de estudios sobre México implica cierta desproporción en el diseño de la sección, ya que se trata de un país excepcional en la historia latinoamericana con su pasado revolucionario, su carácter fronterizo entre el norte y el sur del continente, su particular política exterior en el siglo XX y su relación de vecindad con Estados Unidos.

Los otros dos artículos de esta sección abandonan por fin México al tiempo que incorporan el análisis de género. En el primero, Victoria Langland prueba la productividad de la nueva historia cultural al plantear el influjo que el contenido sexual asignado a la participación de las mujeres en las movilizaciones estudiantiles de los sesenta tuvo en las prácticas represivas del gobierno autoritario brasileño. En el segundo, Carlota McAllister trata de mostrar las fuerzas contradictorias que afectaron los procesos de modernización capitalista de una zona rural de Guatemala, donde las mujeres indígenas tomaron en sus manos la resistencia a las demandas de los brutales regímenes represivos que gobernaron ese país a partir de 1954.

Al cerrar el libro, Spenser sostiene que se consiguió poner “patas arriba” la “historia convencional de la Guerra Fría”, trascendiendo “los paradigmas

dicotómicos” e incluyendo “sujetos humanos a menudo marginalizados” para “ubicar los intereses nacionales, las políticas de Estado y la economía internacional en la esfera político-cultural en la que el poder estatal es desplegado e impugnado a través de representaciones, sistemas simbólicos y nuevas tecnologías, reconociendo que el ejercicio del poder no fluye solamente de las políticas e intervenciones de los Estados sino que también funciona a través del lenguaje y los sistemas simbólicos en las prácticas cotidianas.” Puede objetarse, sin embargo, que los aciertos más importantes están en los textos dedicados, precisamente, al nivel estatal, a la participación de diferentes países latinoamericanos en la “guerra civil internacional” que enfrentó a las potencias mundiales, a la imbricación de sus historias nacionales con los conflictos globales. El panorama es más confuso en el terreno de lo cultural y simbólico. Aunque la tercera sección da cuenta de que, efectivamente, “la Guerra Fría se peleó en muchos frentes”, está presente todavía el riesgo de caer en la sumatoria de temas y enfoques sin definir una agenda de investigación que vincule más firmemente cultura y política. De todos modos, el grupo de académicos reunidos por Joseph y Spenser logra aportar pistas fundamentales para encarar esta apremiante tarea, haciendo de este libro una lectura ineludible para todos los interesados en esta etapa de la historia latinoamericana.

Vania Markarian, Universidad de la República

Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo. Mario Rapoport y Claudio Spiguel. Buenos Aires: Emecé Editores, 2009, 522 pp.

Una de las mayores contribuciones de *Relaciones tumultuosas* para entender la historia de la Argentina de posguerra es reinstalar al peronismo dentro de la narrativa de la Guerra Fría. En general, los trabajos sobre el peronismo analizan su relación con Estados Unidos en función de alguna versión de la “excepcionalidad” argentina: sea ésta su particular cercanía con el eje durante la Segunda Guerra Mundial o el carácter autoritario del peronismo en una región que vivía una ola de democratización apenas terminada la guerra.

Rapoport y Spiguel, en cambio, sitúan esos datos junto al estudio de la política exterior norteamericana para observar la relación entre Estados Unidos y el primer gobierno de Perón en el marco de la búsqueda del primero de una estabilidad

duradera en la región. Esa paz hemisférica estaba basada en una alianza con sectores liberales que le permitieran a Estados Unidos consolidar un frente político inmune al comunismo y al mismo tiempo incrementar las relaciones económicas con una región que ahora presentaba un perfil variado, con distintos grados de industrialización (pp. 174 y 184). En ese contexto, el “problema” del peronismo aparece menos como un resabio fascista que despertó las ínfulas liberales alimentadas al calor del triunfo aliado sobre el nazismo y más como un movimiento político que anticipaba los conflictos que signaron la Guerra Fría latinoamericana: la reacción de Estados Unidos ante movimientos nacionalistas que montaban su legitimidad sobre la expansión de derechos sociales y políticos hacia las nuevas masas urbanas industriales, ofrecían resistencia a una integración económica regional dominada por ese país y buscaban enfatizar el lugar central de esos derechos sociales y políticos en el orden político hemisférico emergente.

Para ver las múltiples dimensiones de este objeto, los autores mantienen dos focos simultáneos. El primero, puesto en la transición de la política exterior estadounidense hacia Argentina desde el enfrentamiento temprano y virulento contra el peronismo (política corporizada en Spruille Braden) hasta los distintos intentos de convivencia conflictiva que duraron hasta el golpe que derrocó a Perón en 1955 (pp. 210-6). En línea con los argumentos que Lloyd Gardner desarrollara en relación a la “política del buen vecino” de la década del treinta en el clásico *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, Rapoport y Spiguel dejan en claro que los cambios de la política estadounidense durante las décadas siguientes fueron variaciones sobre un mismo fondo: el esfuerzo por limitar el proceso de industrialización argentina que el peronismo intentaba garantizar mediante sus políticas de protección y su agresivo intento por ampliar y mejorar el perfil externo de la economía argentina. Con las administraciones de Truman y Eisenhower, la llegada al poder de una nueva generación política menos vinculada al New Deal y más preocupada por los equilibrios de posguerra hizo que la hostilidad hacia el peronismo, y hacia los populismos latinoamericanos en general, adquiriera una cara distinta, pero que nunca se tradujo en cooperación o convivencia.

El segundo foco de *Relaciones tumultuosas*, precisamente, está puesto en la evolución del propio peronismo y su mirada de Estados Unidos. Ésta parece marcada por un fuerte enfrentamiento inicial sobre el cual Perón construyó el tono antiimperialista

de su movimiento y desplegó una serie de iniciativas internacionales que englobaba dentro de la idea de una “tercera posición”, alternativa al comunismo y al capitalismo, con la que aspiraba a contrabalancear el peso estadounidense en la región. La estrategia comenzó a perder vigor hacia 1948 fruto de las limitaciones de la economía argentina que Estados Unidos aprovechó para aislar su expansión regional y su presencia central en el mercado alimentario mundial. El Plan Marshall, en ese sentido, operó como un arma perfecta que al mismo tiempo que reactivaba la economía europea garantizaba mercados para los productores primarios estadounidenses y reducía las chances de competir de productores como Argentina. Las ambivalencias posteriores de la tercera posición peronista, a mitad de camino entre el apoyo tibio a la intervención norteamericana en Corea en 1950 y el Acta de Santiago de 1953, fueron fruto de esa debilidad estructural.

En *Relaciones tumultuosas*, estas dos dimensiones están atravesadas por dos ejes que enriquecen el análisis de un período que ha sido largamente estudiado y no por eso suficientemente comprendido. Una de esas dimensiones es la puesta de la relación de Estados Unidos con el peronismo en el contexto más amplio de la rivalidad histórica con la que Argentina buscó hacerse fuerte en la región y que dominó el pensamiento de sus elites desde fines del siglo XIX (pp. 19-26). La otra es el extenso trabajo en archivos británicos. La confesión de Churchill a Roosevelt (“dependo de ese país para más del cuarenta por ciento de mi carne importada”, citada en p. 76) no sólo muestra la dimensión del “problema argentino”, sino que exhibe cómo el repliegue de la presencia británica en Argentina y en la región es una variable central para entender las relaciones bilaterales entre el peronismo y Estados Unidos y, más en general, para estudiar las dinámicas diversas que tuvo la segunda mitad del siglo XX en la región.

Los autores vuelcan así décadas de especialización en el peronismo al servicio de entender la relación bilateral en un contexto temporal y geográfico amplio. Las preguntas que abre la lectura de *Relaciones tumultuosas* tienen que ver, sobre todo, con la interpretación de aspectos claves de ese período. Una de esas preguntas remite al lugar del peronismo en la emergencia de la lógica de la Guerra Fría en América Latina. En un plano más bien tradicional, Rapoport y Spiguel ven la oposición temprana de Braden como un derivado anticuado de la lucha contra el nazismo y los acercamientos posteriores al peronismo como evidencia de la relevancia declinante de la región con la emergencia del conflicto

con la Unión Soviética. Sin embargo, la idea de que “Latinoamérica constituiría, hasta el triunfo de la revolución Cubana en 1959, sólo una retaguardia” (p. 97) termina por oscurecer justo aquello que el libro podría iluminar: la forma en la que la centralidad que adquirió el peronismo desde 1945 anticipa preocupaciones profundas de Estados Unidos que pusieron en marcha la Guerra Fría unos años más tarde, marcada en la región por el endurecimiento de posiciones en la batalla por la expansión de derechos para las nuevas masas urbanas y el desarrollo de economías que pudieran sustentar esa inclusión con cierta autonomía respecto de Estados Unidos.

Los autores bien mencionan que “el anticomunismo de Braden juega a la par de su odio a los nacionalismos latinoamericanos” (p. 132) pero no explotan esa simultaneidad. A los efectos de entender ese período, quizás sea menos relevante que “los identificara con el nazismo” y más interesante ver cómo la lógica conservadora de Braden anticipaba, en su mirada del peronismo, el discurso que el liberalismo estadounidense iba a enarbolar para América Latina en las décadas siguientes. La falta de atención a ese lugar temprano del peronismo en las preocupaciones de Estados Unidos es aun más evidente en otros tramos: los autores mencionan el telegrama de George Kennan del 22 de febrero de 1946 (pp. 93, 154, 177 y 327), considerado como el origen de la Guerra Fría, pero omiten el hecho central de que ese texto fundacional mencione a Argentina como uno de los tres lugares en el mundo de los que puede emerger la amenaza a Estados Unidos (y por tanto pasan por alto la coincidencia de que esa referencia se produjera 48 horas antes del primer triunfo electoral de Perón). El equívoco puede obedecer a que los autores refieren al “Long Telegram” como el artículo que Kennan publicó en la revista *Foreign Affairs* bajo el seudónimo “X”, pero se trata de dos textos levemente distintos. El “Long Telegram” es en verdad una respuesta al Departamento del Tesoro acerca de porqué la Unión Soviética no quería integrar el Fondo Monetario Internacional (Argentina fue otro de los países que se opuso) y el artículo, publicado quince meses después, fue editado acorde a la importancia que el conflicto había adquirido. Pero es justamente del estudio de ese breve intervalo entre el final de la Segunda Guerra y el comienzo de la Guerra Fría de donde pueden surgir las conclusiones más reveladoras.

La otra duda que *Relaciones tumultuosas* deja pendiente es la del objetivo de la política exterior peronista. Los autores insisten en afirmar que más

que “un intento por rivalizar con Estados Unidos por la supremacía” regional se trató de “una búsqueda de mayores márgenes de autonomía frente a la hegemonía económica y política de las grandes potencias” (p. 236). Al igual que la mayoría de los estudios sobre el período, los autores producen la diacronía de tomar los resultados de la política exterior peronista como el objetivo de la misma. El primer gobierno de Perón desarrolló una enorme ofensiva política y económica para relegar a Estados Unidos en la región, liderar y condicionar a sus vecinos, y hacer valer el peso central de Argentina en el mercado mundial de alimentos. Que el resultado haya sido un mínimo margen de autonomía habla más de las serias limitaciones de esa estrategia y del crecimiento exponencial del dominio estadounidense finalizada la guerra que de cómo Perón percibió ese tiempo histórico y las reacciones que su política despertó. Una dinámica que, en muchos aspectos, adelanta el tono de los conflictos en la región en las décadas siguientes.

Ernesto Seman, New York University

La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972). José Rilla. Montevideo: Editorial Sudamericana, 2008, 525 pp.

Desde el título, el historiador José Rilla explicita su punto de partida y su intención: el primero, la existencia del pasado en el presente en tanto éste es representado, reformulado y utilizado desde el ahora; la segunda, explorar las formas en que los partidos uruguayos se han vinculado con el pasado y han usado la historia para definirse, diferenciarse y convocar a la ciudadanía. Habida cuenta de la presencia constante de la historia en la política uruguaya y de su uso recurrente por parte de los actores políticos, el autor se pregunta por el alcance de las prácticas de historización llevadas a cabo por los partidos, concebidos como “patrias subjetivas” desde las cuales se reconstruye el pasado, se produce memoria y se estructuran historiografías. En otras palabras, en qué medida el uso de la historia ha contribuido tanto a la producción de identidad como de retórica política, entendida esta última como tarea de persuasión y argumentación, problema que remite, como lo señala el autor, a la historiografía política en un campo de análisis fronterizo con la historia intelectual y cultural que en la producción uruguaya encuentra escasos antecedentes.

El origen de esta indagatoria se sitúa en la percepción de una fuerte discontinuidad en la relación de la sociedad uruguaya y de los partidos políticos con el pasado procesada a fines del siglo XX. La reforma constitucional de 1996, la victoria electoral de la izquierda en 2004 y la discusión en torno a los derechos humanos, habrían configurado un escenario en el que los actores carecieron de insumos históricos que sirvieran de base para un libreto eficaz en un contexto nuevo, en el que los roles como gobierno y oposición habían cambiado drásticamente y parecía necesario visitar el pasado y la tradición.

La coyuntura elegida está delimitada por los dos golpes de Estado que dieron inicio y fin a la etapa que el autor denomina “Uruguay clásico”, en la que los partidos volvieron a la arena política sin restricciones, no sin experimentar transformaciones en sus formas de agregación y socialización, y desafíos provenientes de la emergencia de actores políticos no partidarios. El recorrido parte de la reconstrucción de algunos antecedentes historiográficos y teóricos en torno a los usos públicos de la historia. El autor concluye que esta noción ha sido explotada con relación a episodios traumáticos como guerras y revoluciones, pero no en referencia a la rutina cívica democrática y, por ende, a los partidos políticos y sus tradiciones. Aun así, se manifiesta convencido de la utilidad de los aportes teóricos revisados para su tema, fundamentalmente de la noción de “lugares de la memoria” de Pierre Nora y de los estudios franceses en torno a los usos de la historia por los partidos en la segunda posguerra, utillaje conceptual con el que se dialoga a lo largo del libro.

Aunque el tramo temporal elegido corresponda al siglo XX, el autor considera imprescindible ir al XIX, en una búsqueda orientada en dos direcciones: primero hacia una tradición antipartidista y luego hacia las producciones de Eduardo Acevedo y Juan E. Pivel Devoto, a los que engloba como relatos de la nación, el gobierno y los partidos. Ambas líneas, sostiene Rilla, definieron un “régimen de historicidad”, un modo de articular presente, pasado y futuro. La alternativa negadora de los partidos es analizada a través de los que tuvieron como reclamo una política racional (entendida como no caudillesca): el Partido Colorado Conservador, Manuel Herrera y Obes, Andrés Lamas, Carlos María Ramírez y José Pedro Varela, éste último como representante de una corriente que buscó trascender la política partidaria desde la educación pública.

Las obras de Acevedo y Pivel son analizadas en tanto narraciones matrices, textos historiográficos con pretensiones explícitas de generalidad que

a su vez cumplieron una función pedagógica y de influencia en las élites y formadores de opinión. Configuraron un “régimen de historicidad” en el que la historia de Uruguay es la de su gobierno republicano y la de sus partidos. Acevedo, sostiene Rilla, centrado en la historia de la administración y del Estado, una historia más colorada que blanca; Pivel, enfocado en blancos y colorados como fundadores de la nación y la república, inhibidores del establecimiento de un orden oligárquico.

Un abordaje de los usos políticos de la historia no podía eludir el tratamiento de la figura de Artigas. El análisis de Rilla consolida la idea de que Artigas constituyó una “zona de concordia” construida desde la historiografía y desde los partidos en el parlamento. Desde este ámbito, sostiene el historiador, se delineó, fundamentalmente en las décadas del cincuenta y sesenta, un perfil de Artigas que respondiera a las inquietudes de la coyuntura tal como la vivían los diferentes legisladores del momento. La izquierda no quedó al margen del consenso sobre Artigas. En este sentido, Rilla puntualiza que el costo de usar la historia en beneficio de una nueva tradición política fue aceptar códigos y panteones ya existentes. Artigas se constituyó en el “Padre” cuyo legado fue retomado en forma genuina por el Frente Amplio a los efectos de continuar una historia interrumpida.

El batllismo de mediados del siglo XX es el marco en el cual el autor observa un “régimen de historicidad” que reafirmó la continuidad de los partidos, cuando éstos desplegaron discursivamente los temas tradicionales en lo que Rilla marca como una restauración de ideas que acompañó a la procesada en la política. Desde el análisis de lo que llama textos codificadores de la tradición —como el de Giudici y González Conzi para el Partido Colorado— y de debates en torno a temas como la tensión blanquismo—nacionalismo para los blancos, constata la reafirmación/reconstrucción de rasgos identificatorios como la asociación de los colorados con el concepto de partido de gobierno y de los blancos con la defensa de las libertades.

Las líneas trazadas en este periodo restaurador se consolidaron en el “Uruguay clásico”, marcado por la autocomplacencia colorada con el pasado y la respuesta crítica desde el Partido Nacional. Ésta se alimentó de la crisis de mediados de los cincuenta y se tradujo en una perspectiva revisionista de la historia inspirada por el pensamiento de Luis A. de Herrera, considerado decisivo por el autor para el armado de un relato diferente al colorado, al que luego contribuyeron Martín C. Martínez y Lorenzo Carnelli. La conjunción del revisionismo histórico

y del pensamiento crítico, expresado por Carlos Quijano y Carlos Real de Azúa, estuvo según el autor en el inicio de un cambio en el “régimen de historicidad”, representado por Benito Nardone, Eduardo Víctor Haedo y Alberto Methol Ferré. Este cambio se profundizó con la reflexión sobre el pasado realizada por *Marcha*, Vivián Trías, Roberto Ares Pons y Carlos Maggi en un contexto pautado por la erosión de la centralidad de los partidos tradicionales, la radicalización de las posiciones y el aumento de la violencia. Lo político, señala Rilla, movilizaba nuevamente el valor del pasado, que aparecía como opaco o inservible en la retórica de las figuras públicas, de corte refundacional y omisa en la defensa de las instituciones democráticas. A comienzos de los setenta, con el discurso tupamaro, la crisis del Uruguay coparticipativo y un Frente Amplio instalado en la democracia pero tensionado por el accionar guerrillero, se marcaron los límites de un “régimen de historicidad”.

Este libro realiza contribuciones significativas a la historiografía de los partidos y la política en Uruguay por una serie de razones. En primer lugar, por el abordaje de una temática no explorada para el caso uruguayo que acerca a los lectores a la idea de los partidos como entidades constructoras de significaciones y gestoras de memoria, que han modelado conciencia cívica y que, al introducir la perspectiva de la historia intelectual, amplía el campo de las nociones de lo político. En segundo lugar, por operar sobre el objeto de estudio con conceptos teóricos eficaces y con potencia explicativa, tales como “régimen de historicidad” y “narraciones matrices”. En tercer lugar, por analizar un período que ha sido escasamente investigado desde el punto de vista de la historia política y que puede ofrecer muchas pistas para la comprensión de los procesos posteriores. En cuarto lugar, por ofrecer todo un programa de investigación con preguntas y problemas abiertos. A este programa, fermental en su propuesta, le incorporaríamos una perspectiva generalizadora que permita ubicar los usos de la historia por los partidos uruguayos en una conceptualización más amplia, habilitante de un abordaje comparativo a nivel regional y global, que no está presente en la obra, si bien el autor se preocupa por marcar las tendencias del afuera que considera de influencia en los procesos locales. Finalmente, señalaremos como una contribución no menor al quehacer historiográfico la intención del autor de hacer permanentemente partícipe al lector de su itinerario mental, deslindándose de esa “historia autoritaria” (en el sentido utilizado por James Clifford, citado en

esta obra (p. 73) y mostrando que tan importantes como las respuestas son las preguntas que el investigador se formula.

Silvana Harriett,
Universidad de la República

Un pequeño lugar bajo el sol: Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya, 1935-1938. Ana María Rodríguez Ayçaguer. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-CSIC, Udelar, 2009, 454 pp.

En 1935, Uruguay, tras varias dilaciones, terminó plegándose a las sanciones que la Sociedad de Naciones impuso a Italia luego de la invasión de Etiopía, aunque en 1938 el país reconoció la soberanía italiana sobre la nación africana. En ambos momentos el gobierno uruguayo adoptó las posturas promovidas por el Reino Unido. Este libro se propone analizar qué papel jugaron en estas decisiones –así como en la forma en la que se les dio cumplimiento más allá del aspecto formal– los factores económicos, la relación con los países de la región y la simpatía política de la administración encabezada por Gabriel Terra y Luis Alberto de Herrera hacia el régimen de Benito Mussolini.

Su autora es investigadora del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República y se especializa en el estudio de las relaciones diplomáticas uruguayas en la primera mitad del siglo XX. Sus trabajos más recientes sobre esa temática son: *Selección de informes de los representantes diplomáticos de los Estados Unidos en el Uruguay, Tomo I: 1930-1933* (Montevideo: FHCE, Udelar, 1997); *Entre la hermandad y el panamericanismo: El gobierno de Amézcaga y las relaciones con Argentina, 1943* (Montevideo: FHCE, Udelar, Serie Papeles de Trabajo, 2004); y “Eugen Millington-Drake y la diplomacia cultural de Gran Bretaña en Uruguay, 1934-1941” (en Ana Frega y Beatriz Vegh, compiladoras, *En torno a las “invasiones inglesas”: Relaciones políticas y culturales con Gran Bretaña a lo largo de dos siglos*, Montevideo: FHCE, Udelar, 2007).

A igual que esos textos, esta nueva investigación de Rodríguez Ayçaguer se apoya en un extenso examen de documentos ubicados en diversos repositorios en Italia, Uruguay y Estados Unidos, además de los diarios de sesiones del Poder Legislativo, los

reportes económicos de la época, como el Boletín Aduanero y los Anuarios Estadísticos, y los debates que el conflicto italiano-etíope suscitó en la prensa uruguaya. Los siete capítulos de la obra –a los que hay que sumar un amplio anexo documental– siguen el desarrollo cronológico de los sucesos y en cada uno de ellos se observa la preocupación por cubrir no sólo las variables comerciales sino también la incidencia que fueron cobrando los distintos actores políticos locales y regionales; este último aspecto es potenciado por una generosa sección fotográfica.

Así, tras una introducción que presenta las condiciones iniciales del episodio –con especial énfasis en la importancia económica de las exportaciones uruguayas a Italia y Gran Bretaña–, el segundo capítulo describe la posición uruguaya y la de otros países del Cono Sur ante la Sociedad de Naciones al tiempo que traza un perfil de Alberto Guani (representante uruguayo en Ginebra) que incluye varias críticas formuladas en la época hacia la formación de una “clase diplomática” ajena a los problemas del país. Las reacciones de los distintos sectores políticos son estudiadas, en este capítulo y en los siguientes, a través de los periódicos que –como la gran mayoría de la prensa uruguaya durante el siglo XX– respondían directamente a directivas partidarias. La oposición al terrorismo y el antifascismo se expresaba a través de *El Día* (colorado battlista), *El País* y *El Plata* (blancos independientes), en tanto los sectores “situacionistas” tenían su voz en *El Pueblo* (colorado terrista), *El Debate* (blanco herrerista), *El Bien Público* (católico) y *La Mañana* (colorado riverista, corriente cuyo líder, Pedro Manini Ríos, había participado de las asambleas fundacionales de la Sociedad de Naciones en 1921, estableciendo un antecedente sobre la reserva uruguaya a la hora de plegarse a sanciones económicas internacionales). En el tercer capítulo se repasa la carrera del diplomático peninsular S. Mazzolini (en base al artículo de Juan Oddone, “Serafino Mazzolini: Un misionero del fascismo en Uruguay”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 12:37, diciembre de 1997) y se aborda el accionar del *fascio* local que llegó a enviar voluntarios hacia el campo de batalla africano.

“Uruguay frente a la crisis internacional de octubre de 1935” y “La diplomacia uruguaya y la estrategia de duplicidad” son los capítulos centrales del libro, en tanto detallan las circunstancias del accionar uruguayo en Ginebra. La autora echa luz sobre la forma en que Guani intentó posponer, y luego atenuar, las consecuencias de un pronunciamiento oficial sobre el tema para la relación entre Uruguay e Italia, dado que debía conciliar

las exigencias de Inglaterra y Francia con el peso económico que tenía el comercio con la península y aun con las repercusiones sociales que podría haber aparejado la anexión de “sanciones exageradas” en un país con una fuerte presencia migratoria italiana. Cuando el gobierno debió finalmente instruir a Guani —tras un seguimiento atento de la posición argentina, principalmente, e indagando las posturas de Chile, Brasil y Estados Unidos—, le recomendó que, llegado el caso de imponerse sanciones a Italia, deberían votarse “las mínimas y las que [no] tengan carácter activo”. Guani pronunció un discurso sobre la necesidad de soluciones pacíficas y recordó los problemas internos que sanciones extremas podrían ocasionar en Uruguay. Rodríguez Ayçaguer recalca la ausencia de palabras de condena hacia las maniobras militares italianas. La prensa uruguaya alberga discusiones sobre la obligatoriedad del cumplimiento de lo resuelto por las Sociedad de Naciones y también muestra el cuestionamiento del herrerismo sobre su utilidad. La política “pura” no queda fuera de la discusión: desde *El País* se combate con ironía la doctrina fascista, en tanto que desde *El Debate* se celebra el ímpetu militarista del gobierno italiano. Más tarde, el propio presidente Terra felicitó a Italia por la conquista territorial (pero, aunque alabó la fortaleza de la conducción del Duce, aclaró que ella sólo es posible en un país con un pasado monárquico e imperial, lejano a la tradición democrática uruguaya) y el senador Herrera emprendió una entusiasta gira por Italia en 1937.

El capítulo “La victoria italiana y el problema del reconocimiento de la conquista de Etiopía” presenta la ambigüedad de la posición uruguaya hacia el levantamiento de las sanciones económicas (al que era claramente favorable) y hacia la aceptación del “Nuovo Imperio Romano” proclamado por Italia tras la anexión del país africano. Rodríguez Ayçaguer contextualiza esa ambigüedad al presentar las soluciones de compromiso que adoptó Estados Unidos respecto al reconocimiento de los embajadores italianos, pero también analiza detalladamente las rispideces diplomáticas causadas con Argentina, cuyo ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Saavedra Lamas, había sido en 1933 el principal impulsor del pacto antibélico de Washington que obligaba al no reconocimiento de la soberanía de los países agresores sobre los agredidos (en 1936 recibió el premio Nobel de la Paz). Las sanciones económicas fueron levantadas y el reconocimiento del nuevo estatus imperial italiano se produjo en 1938 como consecuencia de los esfuerzos de Gran

Bretaña por complacer a Mussolini para alejarlo de Hitler.

Rodríguez Ayçaguer apoya con base documental —especialmente comunicaciones de Mazzolini a Mussolini— la tesis de que Uruguay decidió acatar la resolución de la Sociedad de Naciones solamente en el plano formal. No es menor el dato de que —siguiendo la postura argentina— el gobierno uruguayo sometió la aplicación de las sanciones contra Italia al referéndum del parlamento, pero éste —con mayoría absoluta del oficialismo desde el golpe de Estado de 1933— jamás trató el tema, buscando ganar tiempo hasta que el problema diplomático se solucionara por la vía de los hechos, como finalmente ocurrió. Refuerza esta tesis el análisis de un acuerdo comercial confidencial celebrado entre Uruguay e Italia en diciembre de 1935, cuando ya debían regir las restricciones. El análisis económico del episodio (que debe lidiar con la opacidad de un complejo sistema de compensaciones comerciales y cambiarias surgido luego del crack bursátil de 1929) tropieza con la ausencia de datos para el período (1936-8) en que el efecto de las sanciones debía repercutir en la balanza comercial uruguaya. En base a fuentes secundarias, Rodríguez Ayçaguer llega a la conclusión de que el comercio entre Uruguay e Italia disminuyó levemente, aunque no se puede establecer si fue por causa de las sanciones económicas o como prolongación de una tendencia anterior. Queda sí demostrado plenamente que el volumen del comercio con Italia y sus aliados era importante, pero menor que el de Gran Bretaña, Francia y compañía.

Algunos grandes temas abordados de manera lateral constituyen aportes a tener en cuenta en diversas áreas. Por un lado, esta investigación contribuye al estudio de la política de relaciones exteriores del gobierno de Terra (que Rodríguez Ayçaguer ya abordó en el artículo “La diplomacia del anticomunismo: La influencia del gobierno de Getúlio Vargas en la interrupción de las relaciones diplomáticas de Uruguay con la URSS en diciembre de 1935”, *Estudios Iberoamericanos* 34:1, enero-junio de 2008). Asimismo, el episodio analizado ilumina la historia de los movimientos antifascistas locales, ya que la invasión italiana a Etiopía precede apenas unos meses al estallido de la Guerra Civil Española, el hito fundante del antifascismo como corriente de opinión poderosa en el Río de la Plata. Por otra parte, el trabajo es un aporte significativo para una visión de largo alcance sobre la historia de las relaciones internacionales de Uruguay, ya que, entre otras cosas, ilustra de manera eficaz el margen de maniobra con el que debió operar una de las líneas

más influyentes de la diplomacia uruguaya, diseñada por los sectores conservadores —con Herrera como principal teórico— y muy poderosa aún hoy día; bastan como ejemplo de su vigencia las diversas muestras de desconfianza hacia los procesos de integración regional que atraviesan todo el arco político uruguayo.

José Gabriel Lagos,
Universidad de la República

Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974-1983. Pablo Yankelevich. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, 2010, 362 pp.

Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974-1983, del historiador Pablo Yankelevich, es un libro atractivo por donde se lo mire. Se trata de una compilación de seis estudios monográficos, fruto de cerca de veinte años de trabajo. La calidad de los textos da cuenta de la seriedad con la que se ha desarrollado la actividad de investigación y reflexión. Y el uso de diferentes y atinados recursos metodológicos hace de este libro un importante aporte al campo de la Historia Contemporánea Reciente. Las fuentes provienen de archivos de diferentes características, incluyendo repositorios documentales particulares y un variado repertorio de fuentes orales. Es destacable el uso balanceado de estos recursos, dándose primacía a unos sobre otros según el objeto sobre el que se centra la mirada.

El primer artículo realiza una reconstrucción cuantitativa del fenómeno del exilio, inscribiéndolo dentro de las consecuencias materiales de la mecánica represiva asociada a la Doctrina de Seguridad Nacional y describiéndolo como un proceso colectivo pero producto de acciones individuales. Luego de una intervención sobre las características de las fuentes con las que reconstruye el proceso, analiza temporalmente el flujo migratorio, señalando el incremento sustancial que se verifica en la década del setenta y destacando tres períodos: 1974-5, en el que se superpone un patrón de emigración tradicional con la llegada de los primeros exiliados políticos; 1976-9, cuando arriba a México la mayor cantidad de exiliados políticos; y 1979-83, en el cual coexisten los exiliados políticos provenientes de Argentina, con aquellos que migran a México después de haber vivido otras experiencias de exilio y quienes provienen del “exilio económico” asociado con el fracaso de la política económica del “Proceso de Reorganización Nacional”. Las cifras son consideradas también según

variables etarias y ocupacionales, señalando la escasa representación de los sectores populares. Además, se advierten las particularidades del asilo político provisto por el gobierno mexicano que, si bien representa una cifra pequeña en comparación con el exilio de argentinos en general y con el de asilados de otras nacionalidades en el mismo período, permite al autor reconstruir el comportamiento de la diplomacia mexicana al respecto.

El libro continúa con una reconstrucción de la problemática del asilo diplomático en la embajada mexicana en Buenos Aires desde 1973 hasta 1983. Más precisamente, se ocupa, sobre la base del archivo de la embajada y de la cancillería mexicanas, de las dificultades en la labor diplomática que enfrentaron los representantes mexicanos en Argentina en torno al problema de los asilados, más allá del mantenimiento de relaciones más o menos normales entre ambos países con posterioridad a marzo de 1976.

El tercer estudio aborda la historia de las actividades políticas de los exiliados argentinos en México, subrayando la existencia de diferentes grados de conflictividad entre las organizaciones. Se reseña la vida de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y de otras organizaciones menores. Dentro de una minuciosa descripción y comparación de ambas organizaciones, se detallan las diferencias políticas entre las mismas en torno a ejes como la guerra de Malvinas o las actividades culturales a realizar en los “centros de estudio” que cada una de estas organizaciones fundó. Además, revisa el desarrollo de experiencias editoriales como *Controversia* o la radical *La República*. Asimismo, tomando como ejemplo la experiencia de “La Coordinadora” que se organizó con fines denuncialistas de la dictadura, señala las dificultades de coordinación entre exiliados de diferentes vertientes políticas. Finalmente, se reseña la disolución de las organizaciones en torno a la crisis de Montoneros, en el caso de la COSPA y en relación con el retorno de la democracia en Argentina, en el del CAS.

El siguiente trabajo es un extenso catálogo de la vida de los periodistas y sus producciones en el exilio. El abordaje es múltiple: las publicaciones de los exiliados, la composición de la comunidad de periodistas y su inserción profesional. Asimismo, se realiza un pormenorizado seguimiento de algunos núcleos temáticos en su tratamiento en la prensa mexicana: el mundial de fútbol de 1978, las Madres de Plaza de Mayo, la guerra de Malvinas, los debates que se desarrollaron entre los periodistas e

intelectuales que decidieron exiliarse y los que no, y las intervenciones culturales de los exiliados en diarios y revistas de la sociedad receptora. Por último, se analiza el inicio de la transición a la democracia en la Argentina y su impacto en la prensa mexicana. Uno de los mayores logros de este artículo es la manera en que el autor teje los procesos políticos y sociales argentinos con los efectos y procesos que desencadenaron en el exilio mexicano.

El último capítulo del libro, titulado “El espejo mexicano”, es construido con fuerte énfasis en la dimensión subjetiva del exilio a través de la metodología de la historia oral. En este trabajo se abordan los problemas de las memorias del exilio, los procesos subjetivos de reconfiguración identitaria de los exiliados en cuanto emigrantes y las relaciones que se entablaron entre mexicanos y argentinos exiliados. Así, se intenta responder preguntas sobre las causas del exilio y las estrategias de salida del territorio nacional. También se aborda el tema de la elección de México como sociedad de acogida, dada la cercanía cultural y la histórica imagen de receptividad de la sociedad mexicana hacia los perseguidos políticos. Otros aspectos que son tratados son la inserción laboral, el establecimiento geográfico, la educación de los niños y la sociabilidad de los argentinos en México. En relación con lo anterior, el autor gira sobre la idea de una segregación voluntaria de los exiliados como modo de construcción identitaria. Por último, Yankelevich retoma lo que al comienzo del libro anuncia como origen de su investigación: la construcción de una identidad “argemex” y los modos en que las dos generaciones que vivieron el exilio compatibilizaron y metabolizaron la experiencia.

Un balance de la obra nos lleva a señalar, en primer lugar, su importancia al abonar al campo de las investigaciones que amplían el espectro geográfico y temporal de los estudios de historia argentina y referen a procesos que la ciencia histórica solía considerar “exógenos”. En segundo lugar, aunque existen trabajos monográficos sobre el exilio argentino en varias compilaciones, éste es el primero que se ocupa de un caso de exilio en el que la sociedad receptora es latinoamericana. Por último, las múltiples entradas al tema del exilio argentino en México sientan una pauta de trabajo para futuras investigaciones, lo que convierte a este libro en un estudio de referencia en el campo de estudio de los exilios asociados con las “dictaduras de la seguridad nacional” en América Latina.

Melisa Slatman,
Conicet/Universidad de Buenos Aires

The Seduction of Brazil: The Americanization of Brazil during World War II. Pedro Antonio Tota. Traducción de Lorena B. Ellis; introducción de Daniel J. Greenberg. Texas: University of Texas Press, 2009, 159 pp.

Mucho antes de que la Guerra Fría reorganizara el mundo bajo los parámetros del comunismo y el capitalismo, algunos países de América Latina habían comenzado a replantear su relación con las futuras superpotencias aprovechando el espacio de negociación brindado por la Segunda Guerra Mundial. Brasil fue uno de ellos. Gobernado por Getulio Vargas, este país se encaminó a estrechar los lazos con Estados Unidos, especialmente a partir de los años treinta, cuando la política del “big stick” derivó hacia una menos intrusiva de “buena vecindad”.

En *The Seduction of Brazil* –publicado nueve años antes en portugués como *O imperialismo sedutor: A americanização do Brasil na época da Segunda Guerra* (San Pablo: Companhia das Letras, 2000)–, el historiador brasileño Pedro Antonio Tota nos acerca a un momento en el que Brasil y Estados Unidos establecieron un intenso circuito de intercambio político y cultural. Es necesario mencionar que, en comparación con el título original del libro, la traducción al inglés lo hace afortunadamente ambiguo, pues bajo el término “seducción” se incluyen tanto los elementos de Brasil que atrajeron a los estadounidenses como los de Estados Unidos que encandilaron a los brasileños. La relación entre ambos países no era nueva ni extraña. En un reciente libro, Micol Seigel (*Uneven encounters: Making Race and Nation in Brazil and the United States*, Durham, NC: Duke University Press, 2009) estudia el imaginario común en torno a la raza que las élites de ambos países compartieron desde los años veinte. Asimismo, Greg Grandin (*Fordlandia: The Rise and Fall of Henry Ford's Forgotten Jungle City*, Nueva York: Metropolitan Books, 2009) rescata el proyecto empresarial que Henry Ford trató de establecer en la selva brasileña por esos mismos años.

Pero antes de que el modelo estadounidense fuese abrazado por las autoridades y luego diseminado al resto de la población a través de la cultura popular, era necesario deshacerse de otras influencias que pudiesen representar una competencia, como la alemana. Esta se había extendido desde la Primera Guerra Mundial hasta los años cuarenta, especialmente en el ámbito militar, donde los oficiales brasileños miraban con suspicacia si no con desdén a Estados Unidos mientras no disimulaban

su simpatía por la “Blitzkrieg” nazi. La actitud de desprecio era compartida por otros sectores de la sociedad, no sólo en Brasil, que veían a los estadounidenses como arrogantes, además de poco educados y carentes de elegancia. En su famoso ensayo *Ariel*, el uruguayo José Enrique Rodó llegó a oponer el materialismo anglosajón al refinamiento de los pensadores latinoamericanos.

The Seduction of Brazil pone en evidencia el delicado balance que trató de establecer el presidente Vargas durante la Segunda Guerra Mundial, de manera que pudiese negociar con los países en conflicto según estos fuesen ganando o no. El libro revierte así la imagen de que los países latinoamericanos se lanzaron desesperadamente en pos de la simpatía estadounidense. Como bien se desprende de este estudio, lo que hubo fue más bien una negociación, desarrollada en el plano cultural, en la que ambas partes supieron sacar provecho mutuo, mientras los países de la región competían entre sí para asegurar una posición futura en el escenario de lo que luego sería la Guerra Fría. La narración de Tota nos coloca en un período de acercamiento cordial entre ambos países, al menos si uno recuerda las opiniones más que negativas del presidente Theodore Roosevelt luego de su viaje a Brasil. Veinte años más tarde su sobrino, el también presidente Franklin D. Roosevelt, estuvo en Brasil en una visita que terminó plasmada en un lienzo —el mismo que sirve como portada del libro— que lo retrata en un jeep departiendo alegremente con Vargas.

Durante estos años, la industria fílmica se esforzó por presentar la imagen de un continente unido en la misma causa con Estados Unidos, como lo reflejaban las películas de Walt Disney, en particular *Aló Amigos*. En ella, el Pato Donald —punta de lanza de la propaganda fílmica antifascista— pasea por la ciudad con *Zé Carioca*, bebe “cachaça” y es seducido por una bahiana. Junto al cine, Estados Unidos desplegó otra de sus armas más eficaces: las ferias, que fueron rápidamente asimiladas por Brasil. En la Feria de Nueva York de 1939, Brasil tuvo un pabellón que le permitió presentar las bondades del país: fibras textiles, minerales, maderas, algodón, ropas tejidas artesanalmente, entre otras. Pero el pabellón brasileño buscaba también involucrar al visitante estadounidense en una experiencia sensorial única a través de la música y la imagen. Ello permitió exportar la imagen de un país multicultural que celebraba esta herencia por medio del carnaval, el mismo que fue transmitido por radio a Estados Unidos por esos años.

Esta relación no se desarrolló sin fricciones, algunas de ellas causadas por los propios estadounidenses. Orson Welles tuvo que salir del país luego de un confuso incidente en el que falleció un jefe indígena mientras filmaba una película en la selva brasileña. Waldo Frank, por otro lado, fue duramente criticado al considerar a Brasil como parte de Hispanoamérica en uno de sus libros. La respuesta de los brasileños a la abrumadora influencia estadounidense fue el nacionalismo. Y uno de los campos en el que éste emergió fue la música, con canciones que se mofaban de quienes adoptaban rasgos de la cultura estadounidense. La luna de miel entre ambos países fue frágil, en tanto Estados Unidos pudo obtener lo que necesitaba de Brasil. La alianza comenzó a agrietarse tan pronto como las fuerzas norteamericanas revirtieron el avance del Eje en suelo europeo. En 1944, por ejemplo, sólo los delegados de Estados Unidos tuvieron participación en las reuniones previas a la fundación de las Naciones Unidas. Sin embargo, no se podía prescindir tan fácilmente de los aliados latinoamericanos, puesto que el fin del Eje había dejado al descubierto otro futuro enemigo: el comunismo. La batalla contra éste adquirió un perfil de cruzada en los años posteriores, cuando la estrategia de atracción al capitalismo y al espíritu estadounidense de los años anteriores fue reemplazada por la violencia y la represión.

Tota no se ha limitado a reproducir el modelo clásico de cómo el imperialismo cultural de Estados Unidos se impuso de manera avasalladora en América Latina. En lugar de eso, ha optado por analizar el espacio de comunicación e intercambio de imaginarios que se creó entre ambos países, lo cual lo acerca al modelo de historia transnacional que Seigel y otros académicos están tratando de promover como una alternativa a las limitaciones de los enfoques existentes (la historia comparativa, por mencionar sólo uno de ellos). Tota es muy sugerente, además, al replantear las posibilidades y los límites en la adaptación de modelos foráneos y cómo la relación centro/periferia, dominante en la Guerra Fría, fue menos asimétrica de lo que se cree. Para finalizar, basta decir que *The Seduction of Brazil* es un libro que crea un puente entre la época estudiada y nuestros días, dado que Brasil ha consolidado su transformación en país-marca, a la vez que se ha convertido en una potencia económica y política, capaz de actuar independientemente —a veces en contra— de Estados Unidos y asumir una posición de líder regional en el continente.

José Ragas, University of California, Davis

The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times. Odd Arne Westad. New York: Cambridge University Press, 2005, 484 pp.

Odd Arne Westad's sweeping account of the global Cold War sets a new standard for historians of the second half of the twentieth century. It also goes a long way toward upending one of the reigning academic and popular understandings of the Cold War as the bipolar struggle between superpowers. That interpretation, maintained by the leading historian of Cold War diplomacy, John Lewis Gaddis, centers on the unrelenting aggression of the Soviet Union, a reactive United States, and the looming threat of nuclear war, which guaranteed that the Cold War remained "cold." In this version, the Cold War takes place in Europe and Washington, D.C. – despite brief and mostly disastrous forays into South East Asia, Central America and the Caribbean – and climaxes with the Cuban missile crisis in the early 1960s.

In contrast, Westad forces our gaze beyond Europe and the United States in space and time, focusing instead on the global south from the early 1960s through the 1980s as the focal point for U.S. and Soviet battles over ideas, resources, and geopolitical control. To scholars of and actors located in the "hot" zones of the Cold War, this argument may not be new. However, one of Westad's main achievements is the way he unites and balances two histories that have long been separated: Third World revolutionary movements and superpower interventions. For Westad, it is these two struggles that gave shape to the end of the last century and marked the world we live in today. Early in his introduction, he persuasively argues in favor of why the "Cold War conceptually and analytically [belongs] in the South" (p. 4). For one, U.S. and Soviet interventions often conditioned the domestic parameters for social, cultural, and political change in Asia, Latin America and Africa. At the same time, Third World elites "often framed their own political agendas in conscious response to the model of development presented by the two main contenders of the Cold War" (p. 5).

Ideology is the driving force of Westad's history. Placing the Third World at the center of a story dating back to the late nineteenth century, "or perhaps 1415," the Cold War represents one of the final stages of European attempts at domination and colonization (p. 396). Westad's main argument, sustained throughout, contends that the United States

and the Soviet Union were "driven to intervene in [the Third World] by the ideologies inherent in their politics" (p. 4). The early chapters of the book emphasize how the United States and Russia evolved respectively into an "empire of liberty" and an "empire of social justice," which "locked [them] in conflict over the very concept of European modernity—to which both states regarded themselves as successors" (p. 4). During the Cold War, Washington and Moscow fought "in order to prove the universal applicability of their ideologies, and the elites of the newly independent states proved fertile ground for their competition" (p. 4). In this respect, Westad demonstrates how the superpowers were remarkably similar, as both Washington and Moscow saw themselves as the true bearers of world history and guarantors of global security. "Both saw a specific mission in and for the Third World that only their own state could carry out and which without their involvement would flounder in local hands" (p. 5). Despite U.S. and Soviet dismissal of the agency of Third World leaders and states, these actors are at the center of Westad's Cold War story. Without discounting enormous power imbalances, he demonstrates how Third world elites were able to not only play the superpowers off one another, but also advance their own domestic agendas in the process. More importantly, he repeatedly illustrates the great paradox of U.S. and Soviet interventions, which often did more to fuel, rather than curb, radicalization and dissent in the regions where they vied for control.

The core of the book focuses on three cases of late Cold War intervention: the struggle against apartheid and colonialism in South Africa and Angola; the Ethiopian Revolution and its reverberations throughout the Horn of Africa; and the growth of Islamism in Iran and Afghanistan in the late 1970s and early 1980s. Historians of Latin America may find the chapter on Southern Africa and the key role of Cuba most satisfying, as Westad, who had access to newly declassified Soviet documents, builds on many of the previous findings of Piero Gleijeses. By the mid-1960s, as Cuba faced revolutionary setbacks within Latin America and growing regional isolation following its expulsion from the Organization of American States (OAS), Fidel Castro turned to Africa to support burgeoning revolutionary movements, and to divert continental pressure from the United States. Missions took off in 1965 with Che Guevara's column from eastern Zaire through Tanzania and into Congo. Though it ultimately failed, the Zaire venture may

have benefited Cubans over the long-term, as it confirmed for U.S. policymakers Cuba's seeming inability to impact the region. As they re-grouped in Guinea-Bissau from 1966-74, Cuban military instructors, soldiers, and doctors laid the foundations for success in Angola. Westad brilliantly reconstructs Moscow's intentions during this period, expanding on and illuminating many of Gleijeses' conclusions. Westad seems to confirm Gleijeses' contention regarding the "untold" story of Cuba in Africa, piecing together the ways that the Soviets "airbrushed" Cuba out of the victory in Angola. In the months leading up to the South African invasion of Angola, the Soviets were wary of Castro's intentions based mostly on their concerns for maintaining the fragile détente. Paradoxically, it is the victory in Angola that emboldens Soviet hopes for a broader Third World policy. Westad's account highlights the place of Africa –and by extension Cuba– in the decline of détente. Angolan independence, coming on the heels of Communist victory in Vietnam, made many in the U.S. State Department doubt Soviet commitment to the policy that had characterized the first half of the 1970s. Cuba recedes into the background for much of the rest of Westad's history of Central and South Africa, with Sino-Soviet tensions coming to the forefront. But he also demonstrates how Angola, coupled with the U.S. domestic crisis over Watergate, Vietnam, and the election of Jimmy Carter, positioned Africa as a critical reference point for the burgeoning neoconservative movement that would dominate U.S. management of the Cold War during the 1980s.

For a book of this scope and ambition, there are bound to be some omissions. However, one absence deserves special mention. Only one paragraph is devoted to the U.S. orchestration of the overthrow of Salvador Allende (p. 201). This is especially surprising, not only because the coup occurred during the main temporal focus of Westad's study, but also because the Nixon administration – and most especially then Secretary of State Henry Kissinger– were alarmed by the ideological implications of a democratically elected socialist leader in Latin America. In part, the exclusion of Chile may be explained by Westad's conception of the Third World, which he defines as "the former colonial or semi-colonial countries of Africa, Asia, and Latin America that were subject to European (or rather pan-European, including American and Russian) economic or political domination" (p. 3). While Westad does devote a chapter to U.S. and Latin American relations and Cuba, the region often falls

outside of the specific scope of the study, which emphasizes the newly independent states of Africa and Asia. Westad also maintains that the very idea of the Third World disintegrated by the end of the Cold War. However, it is never clear that the Third World was ever as coherent a unit as he may have us believe. The emphasis on ideology as the driving force of the Cold War also poses some difficulties as the question of natural resources and economic motivation can sometimes recede into the background. By the end of the study, the control of oil in the Middle East comes to define the final years of the Cold War, and Westad concedes that decline of the USSR was in part due to the material exhaustion of its forces in Afghanistan. The reader is sometimes left wondering how a deeper examination of the complex interplay between resources, raw materials, and ideas could have altered some conclusions.

But these criticisms do not detract from what is a monumental study. Westad, fluent in at least six languages, deftly interweaves multiple archives, continents, and narrative scales. The work testifies to exciting present possibilities for (re)writing the history of the Cold War through access to newly opened archives in Russia, Eastern Europe, China, and Africa. Westad reconstructs a fascinating history, connecting the Cold War interventions of the 1970s and 1980s to the events of the past decade. His moving conclusions place "historical" Cold War interventions at the center of current foreign policy concerns, highlighting how the same tactics and ideological motivations continue to justify disastrous U.S. action abroad.

Jennifer Adair, New York University

Archivos

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI)

El CeDInCI es un centro de documentación (biblioteca, hemeroteca y archivo) dedicado a la preservación, conservación, catalogación y difusión de las producciones políticas y culturales de las izquierdas desde sus orígenes en la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad. Fue creado como una asociación civil sin fines de lucro dedicada a la preservación e investigación del patrimonio cultural de las izquierdas y las clases subalternas en Argentina. El acervo documental inicial se constituyó en base a un importante archivo reunido en forma personal por Horacio Tarcus (cofundador y director) a lo largo de veinte años. Desde la inauguración de su primera sede en abril de 1998, ese acervo inicial creció fundamentalmente por donaciones particulares. Hoy cuenta con colecciones completas de las más importantes publicaciones producidas en el país por organizaciones políticas, culturales, gremiales, estudiantiles, de derechos humanos, etc. y es el principal centro de referencia en el campo de estudios sobre las izquierdas en Argentina. Desde junio de 2010 el CeDInCI depende de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

El material reunido en la biblioteca, hemeroteca y archivo del CeDInCI abarca la totalidad del variado espectro de la izquierda argentina, y se extiende a otras tradiciones ideológico-políticas. Aunque está centrado en la cultura de izquierdas, el fondo cubre un abanico enorme, que va de la extrema izquierda a la extrema derecha (con publicaciones anarquistas, socialistas, comunistas, trotskistas, de la nueva izquierda, pero también radicales, peronistas, democristianas, liberales, conservadoras, nacionalistas, fascistas, etc.). Temáticamente, van desde lo gremial a lo cultural, pasando por publicaciones estudiantiles, de mujeres, partidistas, independientes, literarias, teatrales, artísticas. En cuanto a formatos y soportes, incluye libros, folletos, revistas, periódicos, diarios, afiches, fotografías, documentos mecanografiados o manuscritos, cassetes de audio, videocassetes, carnets políticos o

gremiales, banderines, medallas, condecoraciones. En suma, el fondo disponible incluye toda fuente material que pueda testimoniar acerca de la historia y la cultura de las izquierdas, en toda su diversidad y riqueza. En cuanto al recorte geográfico, se han privilegiado las fuentes argentinas, aunque el Centro cuenta con importantes colecciones de publicaciones de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa. Este patrimonio documental puede reunirse en tres grandes bloques: hemeroteca, biblioteca y archivo.

La hemeroteca incluye alrededor de 5000 colecciones de revistas culturales, políticas, periodísticas, suplementos culturales de diarios y fascículos relacionados con la historia política argentina; revistas político-culturales extranjeras y publicaciones periódicas de movimientos sociales. Las colecciones incluyen desde publicaciones fundacionales del movimiento obrero argentino hasta revistas y periódicos de la actualidad, pasando por las principales revistas culturales editadas en el país y publicaciones extranjeras a lo largo del siglo XX. En una estimación cuantitativa, la hemeroteca reúne en la actualidad:

- 1600 colecciones de revistas político-culturales argentinas. Muchas de estas colecciones son de muy difícil acceso y, en algunos casos, únicas. Reunimos valiosas publicaciones del período 1880-1940, como *Martín Fierro*, *Revista de Filosofía*, *Síntesis*, *Nosotros*, *Prisma*, *Babel*, *Claridad*, *Columna*, *Cursos y Conferencias*, *Inicial*, *Valoraciones*, *Izquierda*, *Dialéctica*, *Contra*, *Expresión*, *Judaica*, *Cuasimodo*, *Arturo y Realidad*. Del “período dorado” de las revistas culturales argentinas (1951-1975), se han reunido 200 colecciones —algunas de ellas muy raras—, incluidas *Centro*, *Contorno*, *Cuadernos de Cultura*, *Gaceta Literaria*, *Hoy en la Cultura*, *El grillo de papel*, *El escarabajo de oro*, *Cuestiones de filosofía*, *Fichas*, *Eco contemporáneo*, *Kairós*, *Pasado y Presente*, *La rosa blindada*, *Cristianismo y revolución*, *Los libros*, *Nuevos aires*, *Envido*, *Barrilete*, *Antropología del Tercer Mundo*, *Airón*, *Ver y Estimax*, *Capricornio*, *Ciencia Nueva*, *Comentario*, *Comunicación y Cultura*, *Cuadernos de Filosofía*, *Discusión*, *Ficción* y *Crisis*. También de enorme valor es el acervo

de publicaciones culturales editadas en el país o en el exilio bajo la última dictadura militar (que asciende a 90 títulos), muchas de ellas de precaria existencia, pero que constituyen un conjunto de enorme significación político-cultural dadas las difíciles condiciones de su producción y circulación: *Contexto*, *Cuadernos del camino*, *Icaria*, *Nova-Arte*, *Poddema*, *Suburbio*, *Praxis*, *Punto de vista*, *Sitio*, *Resumen*, *Controversia*, *La abeja obrera*, etc. Se completan con las publicaciones aparecidas en las últimas décadas como *El Ojo Mocho*, *El Rodaballo*, *Causas y Azares*, *Dialéctica*, *Revista de Poesía*, *La Maga*, etc.

- Alrededor de 1000 colecciones de revistas políticas argentinas y otras 1000 de colecciones de periódicos políticos argentinos, organizadas en torno a grandes tradiciones ideológico-políticas. Disponemos de publicaciones anarquistas como *Suplemento de La Protesta*, *Timón*, *Reconstruir y Spartacus* (del cual, hasta donde se tiene conocimiento, sólo existían disponibles dos números en el Instituto de Historia Social de Amsterdam); socialistas, como *La Vanguardia*, *La Internacional*, *Humanidad Nueva*, *Crítica Social*, *Revista Socialista* y los *Anuarios*; comunistas (o de organismos colaterales), como *La Internacional*, *Documentos del Progreso*, *Revista de Oriente*, *Compañerito*, *Soviet*, *Bandera Roja*, *Orientación*, *Nuestra Palabra*, *Propósitos* y *Nueva Era*; publicaciones de escisiones del Partido Comunista como las inhallables *La Chispa* y *Adelante* de los años veinte, *Clase Obrera* y *Qué hacer por la nación y el socialismo*; trotskistas, como *Tribuna Leninista*, *Nueva Etapa*, *Inicial*, *La Nueva Internacional*, *Lucha Obrera*, *Frente Obrero*, *Boletín de Discusión del G.O.M.*, *Frente Proletario*, *Baluartes*, *Liberación Nacional y Social*, *Avanzada Socialista*, *Solidaridad Socialista*, *Política Obrera* y *Prensa Obrera*; de la “izquierda nacional”, como *Frente obrero*, *Octubre*, *Izquierda Nacional* y *Lucha Obrera*; de las diversas corrientes de la “nueva izquierda” post-peronista, como *Revolución*, *Movimiento*, *Liberación*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *No transar*, *Nueva Hora* o *Confluencia Revolucionaria por la Patria Socialista*; de la izquierda peronista, como *Trinchera de la JP*, *Compañero*, *Militancia*, *El descamisado*, *Ya*, *La causa peronista* o el diario *Noticias*. Puede afirmarse que las colecciones relativas al comunismo, el trotskismo y la “nueva izquierda” argentinos son de singular valor, y probablemente las más completas del mundo. Aunque disponibles en menor cantidad, también revisten interés colecciones de publicaciones radicales como la

revista *Hechos e Ideas*, desarrollistas como *Qué*, liberales como *El gorila*, nacionalistas como *Azul y blanco*, filo-fascistas como *Pampero*, *Crisol* y *Nuevo Orden*, o católicas como *Criterio*. Se dispone también de interesantes y sumamente raras publicaciones político-estudiantiles de los años veinte y treinta, como *Insurrexit* o *Flecha*; publicaciones sindicales como *CGT* y *USA* (de los años treinta), *CGT* (de la CGT de los Argentinos), y el archivo microfichado del SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Concord), generosamente donado por Susana Fiorito, de la Fundación Pedro Milesi (Córdoba). De publicaciones político-periodísticas relevantes como *Primera Plana*, *Cuestionario*, *Humor* o *El periodista de Buenos Aires* se disponen colecciones completas.

- Recientemente se han incorporado (en microfilm) tres colecciones completas consideradas hasta ahora perdidas y que tienen un valor incalculable para la historiografía del movimiento obrero argentino. Se trata en primer lugar de *El Obrero: Defensor de los intereses de la clase proletaria*, órgano de la Federación Obrera entre 1890 y 1893, dirigido por Germán Ave-Lallemant; en segundo lugar, de *Vorwärts!*, periódico dirigido por A. Ühle, que entre 1886 y 1901 interpelló a la colectividad de trabajadores de origen alemán en nuestro medio; y, por último, de *El Socialista*, dirigido por Carlos Mauli y otros. Nuestro más reciente logro es la incorporación de la colección completa microfilmada del periódico socialista *La Vanguardia*.
- Alrededor de 1000 colecciones de revistas político-culturales extranjeras; entre ellas, valiosos ejemplares de *Crítica Social* y *Le Devenir Social* de la década de 1890, colecciones muy escasas en el mundo, como *La Correspondencia Sudamericana*, *El trabajador latinoamericano* y *L'Internationale Communiste*, o influyentes revistas ligadas a los grandes partidos comunistas europeos como *Cahiers du bolchevisme*, *La nouvelle critique*, *Rinascita* o *Crítica Marxista*. El nutrido material trotskista argentino de los años '30, a su vez, puede ser leído a la luz de las primeras publicaciones de la Oposición de Izquierda a nivel internacional, contándose inclusive con 18 ejemplares del *Boletín de la Oposición trotskista soviética*, editado en ruso, de fines de los años '30. Las abundantes publicaciones locales de la “nueva izquierda” también pueden ser leídas en relación con muchas de las principales revistas de la “nueva izquierda” político-intelectual internacional, como *Les Temps Modernes*, *Il Manifesto*, *The Socialist Register*,

Monthly Review o *El viejo topo*, o latinoamericana, como *Pensamiento Crítico*, *Casa de las Américas* y *Bohemia* (Cuba), *Eco* (Colombia) y *Cuadernos de Marcha* (Uruguay).

Es necesario destacar que como parte de la política de preservación de este acervo el CeDInCI ha llevado a cabo sucesivos proyectos de microfilmación reuniendo actualmente más de 200 rollos de microfilms. Se han microfilmado antiguas publicaciones anarquistas, socialistas, comunistas y de la Reforma Universitaria que el CeDInCI dispone, pero que corrían grave riesgo de deterioro. Es así que, con el concurso del LAMP (Latin American Microfilm Project) de los Estados Unidos, el Instituto Iberoamericano de Berlín y la BDIC (*Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine*) de Nanterre, se microfilmaron colecciones completas de periódicos y revistas como *Ideas y Figuras*, *Flecha*, *Humanidad Nueva*, *La Correspondencia Sudamericana*, *El Trabajador Latinoamericano*, *Martín Fierro*, *Acción Socialista*, *Briújula*, *Babel*, *Argumentos*, *Dialéctica*, *Revista de Oriente*, *La Vida Literaria* y *Renovación*, entre otras.

Desde mediados del año 2005 hasta fines del año 2006 se ha llevado adelante un nuevo proyecto de microfilmación, continuando con las tareas de preservación documental que caracterizan al CeDInCI. El material microfilmado en esta oportunidad reunió un amplio abanico de publicaciones culturales y político-culturales editadas en la Argentina desde la década de 1920 a mediados de los años setenta, agrupadas por bloques temáticos, como, por ejemplo, revistas surrealistas como *Ciclo* o *A partir de cero*; aquellas de las vanguardias plásticas de mediados de siglo, como *Arturo*, *Orión* o *Perceptismo*; las de orientación anarquista (como *Timón* o *Reconstruir*) o socialista (como *Cuadernos de Mañana* o *Situación*); las revistas culturales del realismo social como *Metrópolis* o *Conducta*; las vinculadas a la Reforma Universitaria (como *Valoraciones* o *Sagitario*) o al exilio español (como *De Mar a Mar* o *Cabalgata*); las revistas culturales editadas entre los años cincuenta y el golpe de 1976, como *Centro*, *Gaceta Literaria*, *La Rosa Blindada*, *Antropología del 3er Mundo*, *Los libros* entre otras; las revistas dirigidas por el escritor Abelardo Castillo (*El grillo de papel*, *El Escarabajo de oro* y *El ornitorrinco*); las revistas de poesía (como *Sed*, *Boletín de Poesía Hoy*, *Poesía Buenos Aires*) y un conjunto de revistas de teatro (*La Máscara*, *Fila 10*, *Gaceta de los Independientes*).

Finalmente, gracias al apoyo recibido de la Secretaría de Cultura de la Nación a través del

“Proyecto de repatriación de la memoria obrera argentina” para el 2003, el CeDInCI ha dispuesto de copias microfilmadas de periódicos y revistas del período 1880-1930 (obreras, anarquistas, socialistas, sindicalistas) que hacía décadas no estaban disponibles en el país y que se habían preservado en el Instituto de Historia Social de Amsterdam. Es entonces que ya están disponibles a la consulta pública colecciones de periódicos como *La Protesta*, *La Antorcha*, *La Organización Obrera* y una colección microfilmada del periódico socialista *La Vanguardia* desde 1896 hasta 1976.

La biblioteca es la mayor del país especializada en pensamiento social y político. En total posee más de 50.000 volúmenes organizados temáticamente: Biblioteca marxista, Biblioteca Latinoamericana, Biblioteca de Estética y Filosofía Política, Biblioteca de Pensamiento Argentino, Literatura Social, Biblioteca del Movimiento Obrero Español y Guerra Civil Española, Biblioteca del Exilio, Biblioteca Ruso-soviética, Biblioteca de Literatura Ruso-Soviética, Biblioteca de Viajeros a la Rusia Soviética, Biblioteca de Mujeres y una Biblioteca de Referencia, formada por cientos de diccionarios, catálogos, índices de revistas, etc..

El archivo alberga varios millares de volantes, folletos y documentos partidarios (públicos e internos) que recorren toda la historia política argentina del siglo XX, clasificados por autor, tradición ideológico-política y acontecimiento; y valiosos fondos documentales de importantes figuras políticas y de la cultura argentina. Estos incluyen miles de cartas, manuscritos y diversos papeles de los dirigentes socialistas Nicolás Repetto, Juan Antonio Solari, Enrique y Emilio Dickman, los “chispistas” argentinos combatientes en la guerra civil española Hipólito y Mika Etchebehere, su compañero de militancia José Paniale, la correspondencia recibida por el escritor y editor Samuel Glusberg de relevantes personalidades de la Argentina y de todo el mundo (entre otros, Waldo Frank, José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou, Carlos Astrada y Abraham Rosenvaser), la correspondencia entre la escritora anarquista Salvadora Medina Onrubia y Simón Radowitzky, los papeles de los marxistas “olvidados” Silvio Frondizi y Milcíades Peña, los apuntes de investigación de Horacio Veneroni, los escritos por parte de la correspondencia de Héctor Agosti, manuscritos originales de los libros de Milcíades Peña y el importante fondo de José Ingenieros. Incluye además, en forma parcial o completa, los archivos de: Samuel Schneider; Roberto Santucho, Alba

Petrúngo/Dante Cogolani, Raúl Larra, Héctor Raurich, Horacio Sanguinetti, Pascual Bianconi, Fernando Nadra, Macedonio Fernández, Emilio Corbière, Cayetano Córdova Iturburu, Hugo Sylvester, Comité Acción. Desde 2008 funciona en el área de Fondos de Archivo el “Programa de Recuperación y Preservación de los Documentos de la Inmigración Rusa en Argentina”.

Por último, el CeDInCi cuenta con ricas colecciones de fotos, afiches políticos, catálogos de muestras de arte, libros de artista, grabados, videos de cine político y documental, entrevistas de dirigentes políticos, sindicales, intelectuales y artistas; discos de vinilo.

Equipo del CeDInCi

Archivo de documentación y prensa sobre historia reciente del Centro de Estudios interdisciplinarios Uruguayos (CEIU)

El CEIU, es un centro de investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República) especializado en la historia reciente del Uruguay. Dicta anualmente cursos y seminarios relacionados con sus líneas de investigación y mantiene convenios de cooperación con diversas instituciones académicas y sociales. Desde el año 2003 se intensificó la política institucional de desarrollo de su archivo y biblioteca, en tanto ello constituye un aspecto sustancial de los objetivos del centro en las áreas de investigación y docencia. En ese marco, se gestionó la localización, donación y preservación de archivos privados. El material reunido a partir de donaciones particulares e institucionales es relativamente voluminoso y abarca el período 1960–2007.

Para sostener este esfuerzo archivístico, en los últimos tres años se ha realizado una inversión económica importante. En la medida en que el CEIU no cuenta con una partida presupuestal propia para ese fin, dicha inversión se ha financiado con recursos obtenidos mediante proyectos concursables (Programa de Apoyo al Desarrollo de Archivos Iberoamericanos, ADAI) o a través de remanentes de partidas provenientes de convenios institucionales gestionados y radicados en el CEIU, así como del programa de equipamientos de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.

El CEIU conserva los archivos documentales con el mismo criterio de ordenación utilizado por

el donante, excepto en el caso de las colecciones de prensa, que están inventariadas por orden cronológico. Aunque se corre riesgo de producir cierta repetición de los materiales, es una opción fundada en la conveniencia de mantener, a los efectos de su interpretación, los documentos en su contexto, respetando los criterios con los que fueron recopilados y ordenados en su momento por el propio donante.

El acceso al archivo es abierto a todo público. Lo consultan estudiantes universitarios y titulados de diversas disciplinas (historia, sociología, ciencia política, bellas artes, comunicación, antropología, cine), estudiantes secundarios, docentes, maestras, periodistas, documentalistas, militantes de organizaciones sociales, en particular las vinculadas a los derechos humanos (familiares de desaparecidos, colectivos de expresos políticos). El volumen de las consultas al archivo se ha incrementado en los últimos dos años, entre otras cosas, por efecto de la mayor visibilidad pública que han alcanzado los temas de la historia reciente en el país. Probablemente por la misma razón, también se han ido incrementando las donaciones y el CEIU se ha transformado en un referente para particulares que están en condiciones de donar sus colecciones privadas.

Los archivos radicados en el CEIU son los siguientes:

- Prensa: diarios (*El País*, *El Día*, *Acción*, *Últimas Noticias*, entre otros), semanarios y revistas uruguayas que abarcan el período 1962–2007 (*Marcha*, *Jaque*, *Brecha*, *Búsqueda*, entre otros); revistas *Rocinante* (Chile), 1998–2004, *Guambía* (Uruguay), 1982–1999, *Cuadernos de Marcha* (Uruguay), primera, segunda y tercera época.
- Archivo de Lucha Armada “David Cámpera”: documentación y bibliografía sobre el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y otras experiencias de lucha armada en América Latina.
- Colección Martha Ponce de León-Ricardo Vilaró: material documental de organismos de derechos humanos, el exilio y la solidaridad con Uruguay durante la dictadura, así como de los Grupos de Acción Unificadora (GAU); documentos de Héctor Rodríguez sobre Congreso del Pueblo; documentación sobre el movimiento sindical uruguayo.
- Colección Guillermo y Daniel Waksman: se trata de un archivo muy voluminoso y diverso que incluye documentación personal (cartas del exilio, artículos periodísticos, dibujos, caricaturas, investigaciones sobre la realidad nacional e

- internacional), y publicaciones uruguayas en el exterior.
- Colección Luis Echave: documentación, fotos y grabaciones de la Convergencia Democrática del Uruguay (CDU), que funcionó en el exilio durante la dictadura.
 - Colección Hugo Cores: publicaciones realizadas en el exilio entre 1973 y 1984, en particular del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), y libros de la biblioteca personal.
 - Colección Aurelio González: archivo de fotos de época (en convenio con el Centro Municipal de Fotografía de la Intendencia Municipal de Montevideo).
 - Colección Memorias para Armar: textos originales (cuentos, poesía, testimonios) que fueron presentados en las distintas convocatorias de trabajos para los tres libros publicados entre 2001 y 2003 por el Taller de Género y Memoria de expresas políticas en la serie del mismo nombre.
 - National Security Archives (NSA): donación realizada por Carlos Osorio, contiene documentación sobre el terrorismo de Estado en la región, Plan Cóndor y material desclasificado del Departamento de Estado de los Estados Unidos.
 - Colección de grabaciones de las audiciones radiales de José Germán Araújo: registros de audiciones diarias (“Diario 30”) realizadas en CX30 *La Radio* durante y después de la dictadura.
 - Colección de la revista *Estudios*: publicación teórica del Partido Comunista del Uruguay, números 1-100, publicados entre 1956-1987.
 - Colección Nicolás Grab: documentación de su gestión en la UNESCO, 1977-1984.
 - Colección Roberto Casanova: contiene documentación del Sindicato de UTE entre 1964 y 1980, donada por su esposa Dora Campos.
 - Colección Álvaro Barros Léméz: material del exilio uruguayo en Venezuela; audio de actos y reuniones políticas (1976-1982); recortes de prensa y otros documentos (1971-1984); fotografías; documentos desclasificados del Departamento de Estado de Estados Unidos (1958-1970).
 - Colección Raúl Jacob: documentos de la Agronomía Ruralista de Colonia Valdense (1962-1969).
 - *Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados y de la Cámara de Senadores*: correspondientes a la legislatura 1985-1990, donados por Juan Pedro Ciganda.
 - Archivo audiovisual: audiovisuales de la dictadura militar uruguayana producidos por la Dirección Nacional de Relaciones Públicas (DINARP); documentales sobre historia reciente.

El archivo incluye, además, un amplio repertorio de publicaciones, folletos y documentos del período 1960-2002, producidos en el país y en el exterior, donados por particulares (Hugo Achugar, Dora Campos, Daniele Bonfanti, Miguel Serna), así como una colección de audio (mayoritariamente cassettes) que contiene grabaciones de ponencias presentadas en eventos organizados por el CEIU y entrevistas realizadas en el marco de sus investigaciones. Este material está en cassettes y no hay hasta la fecha ni desgrabaciones ni digitalizaciones del mismo.

El criterio imperante en el CEIU en relación al manejo de la documentación de carácter “sensible” es que cualquier documento que se encuentre en el archivo debe ser pasible de consulta, siempre y cuando no atente contra las disposiciones legales vigentes (Ley 18.331 sobre protección de datos personales y acción de Habeas Data, y ley 18.220 que dispuso la creación del Sistema Nacional de Archivos). Las donaciones realizadas por particulares no han tenido en general ningún tipo de restricción en cuanto a su libre consulta. Si bien hay documentos de carácter personal (cartas, fotos familiares), éstos han llegado al CEIU previa revisión del donante, quien ha decidido sobre su carácter público, por lo que se entiende que en principio la disponibilidad sin restricciones no atenta contra la privacidad, en tanto las personas involucradas no han mostrado oposición a la misma.

De todas maneras, existen documentos que han llegado al CEIU por otras vías, que sí han sido catalogados como “sensibles”, no estando abiertos a la consulta pública. El especial cuidado que se presta a estos documentos radica en el hecho de que involucran directamente la privacidad de personas (en su mayoría vivas en la actualidad). Al respecto cabe señalar que un marco reglamentario de carácter general, actualmente inexistente habilitaría a todos los archivos a manejar criterios estandarizados de protección de la privacidad de las personas, permitiendo también garantizar el derecho a la libre consulta de las colecciones documentales. Esto aumentaría a su vez la confianza de grupos o personas en posesión de archivos particulares, estimulando de esa forma las donaciones a instituciones archivísticas públicas o privadas.

Por último, junto al Archivo, la Biblioteca del CEIU contiene libros y revistas que abordan la

historia reciente del país, así como publicaciones de época. También en este caso, a partir de donaciones de particulares y/o de fondos adjudicados por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, se ha logrado constituir un acervo de referencia, abierto a la consulta pública, que refuerza el carácter del CEIU como centro de investigación especializado en el estudio de la historia reciente de Uruguay.

Ana Costa (CEIU)

Los archivos de la Guerra de Argelia (1954-62) en el Servicio Histórico de la Defensa (SHD) de Francia

Siendo a la vez un conflicto franco-argelino, una guerra civil argelina y casi una guerra civil francesa, la Guerra de Argelia es todavía un episodio traumático al norte y al sur del Mediterráneo. Por su duración, su violencia y la implicancia de asuntos civiles y militares, marcó las conciencias de tal forma que, por cincuenta años, ha sido el principal tema de enfrentamiento político y de memoria entre ambos países. Con el tiempo, se ha convertido también en objeto de investigación histórica. Los interesados disponen en Francia de fuentes abundantes, entre las que se destacan los archivos militares ya que el ejército francés fue el primero en pisar suelo argelino durante el conflicto y el último en retirarse, asumiendo un rol que sobrepasó lo estrictamente militar.

Estos archivos se encuentran en el Servicio Histórico de la Defensa (SHD), ubicado en el Castillo de Vincennes en París. Este organismo se encarga de coleccionar, conservar y difundir los archivos del Estado mayor de la Armada, Servicios del Ministerio de Defensa, Armas, Dirección General de Armamento y Secretariado General de Defensa y Seguridad Nacional. Custodia también adquisiciones y donaciones y conserva casi un millón de títulos y periódicos en sus bibliotecas. Es a su vez un centro de estudio y enseñanza de historia militar, gestiona un importante patrimonio de objetos militares y edita varias publicaciones, entre las que se cuenta la revista trimestral *La Revue Historique des Armées*.

En lo que refiere al acceso a sus documentos, el SHD sigue las normas estipuladas por el código del patrimonio para el conjunto de los archivos públicos franceses. La ley vigente a partir de 2008 suprimió el plazo precaucional de treinta años para la accesibilidad de los documentos, estipulando que

los mismos son comunicables desde su creación. Sin embargo, los que tienen informaciones secretas sobre defensa nacional o que afectan la vida privada de las personas son comunicables luego de cincuenta años y aquellos que se vinculan con asuntos judiciales lo son a los setenta y cinco años. En consecuencia, la gran mayoría de los archivos vinculados con la Guerra de Argelia es de acceso libre; los de acceso restringido pueden solicitarse por nota. Por otra parte, la mayor parte de los inventarios fue publicada y puesta en la página de internet del SHD (<<http://www.servicehistorique.sga.defense.gouv.fr/>>). Quienes se dirijan directamente a Vincennes pueden consultarlos en la sala de inventarios y asesorarse con especialistas.

La Guerra de Argelia involucró a todos los componentes de los servicios de Defensa y es posible encontrar informaciones en todos los departamentos del SHD: el Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea, la Gendarmería, los fondos ministeriales y los fondos privados. La fuente principal es la serie 1H (4800 carpetas), que permite estudiar la estructura jerárquica y la estrategia de los comandos militares franceses. A pesar de la inestabilidad administrativa de la época, ésta se correspondía de manera relativamente fiel con la estructura de poder civil: el nivel superior de los cuadros militares de la delegación general aseguraba el vínculo entre el gobernador y el responsable militar. Por otra parte, un comandante en jefe de las fuerzas en Argelia dirigía el conjunto del Ejército y el territorio era recortado en zonas operacionales cubiertas cada una por un cuerpo del Ejército correspondiente a los tres departamentos de 1954 (Oran, Alger y Constantine). Además, estas zonas y sus subdivisiones eran confiadas a unidades militares particulares. Este dispositivo era completado por “unidades de reserva general”, esencialmente constituidas por paracaidistas. Los departamentos saharianos poseían su propia organización. En cada nivel encontramos una organización idéntica que permite al historiador compensar las lagunas existentes en el fondo dirigiéndose a un nivel jerárquico superior o inferior.

La serie 1H se complementa con la colección de Diarios de Marcha y Operaciones (JMO) de las estructuras de comando y las territoriales. Las JMO eran unidades del Ejército que formaban cuerpos (regimientos y batallones), cuya documentación se conserva en una sub-serie aparte (7U) que refiere al período 1946-64 y trata también sobre la Guerra de Indochina. La calidad de la información de las JMO (listas de oficiales y pérdidas) depende mucho del oficial redactor. La serie contiene además informes

sobre el comportamiento moral de los efectivos que reflejan crudamente la convivencia en las unidades.

Los archivos de la Fuerza Aérea están organizados de forma similar entre comandos (serie I) y unidades de vuelo (serie G). Los de la Marina (serie VV) tienen una organización es compleja, reflejando la realidad de una fuerza que cumplía funciones de transporte, vigilancia del litoral, participación en los combates de las unidades de la Marina y del Ejército o de los aeronavales. La Gendarmería constituye otro fondo importante, aunque más difícil de explotar ya que sus archivos están clasificados geográfica y cronológicamente y muchos documentos refieren a asuntos judiciales que tienen plazos precaucionales más prolongados.

Los archivos del gabinete ministerial de la defensa (serie R) permiten seguir el desarrollo del conflicto desde un punto de vista más político. Los del Estado Mayor inter-armas son interesantes por sus referencias a la guerra psicológica y a cuestiones doctrinarias. Los del Estado Mayor del Ejército refieren a temas de organización y a asuntos técnicos (materiales y situación en los frentes). La sección geográfica militar también contiene una colección importante de monografías de geografía, historia y política. Los archivos de los representantes de la defensa en el extranjero, por su parte, permiten estudiar la guerra en su contexto internacional. Los fondos privados, por último, agrupan papeles y testimonios orales de algunos de los actores principales del conflicto como Pierre Mesmer (ministro de defensa entre 1960 y 1969), el general Massu (comandante de la 10ª división de paracaidistas y principal responsable militar en la batalla de Argel) o el coronel Lacheroy (uno de los principales teóricos de la guerra psicológica), entre otros. A estos

archivos debemos sumar los expedientes individuales. Los de oficiales pueden ser consultados en Vincennes, mientras los de sub-oficiales y otros rangos son conservados en el Bureau Central des Archives Administratives (BCAAM) en Pau, que será integrado al SHD en 2012. Los expedientes de las víctimas que han obtenido el estatuto de “muertos por Francia” son conservados en un local exterior al SHD en Caen.

A pesar de su riqueza, los fondos del SHD no constituyen más que una parte de los archivos franceses sobre la Guerra de Argelia. El ECPAD, ex servicio cinematográfico militar, conserva las colecciones fotográficas y filmográficas de una calidad y una riqueza excepcional. Por otra parte, las informaciones de los servicios militares deben ser cruzadas con los documentos civiles en los fondos de la Presidencia de la República y de los diferentes ministerios conservados en los Archivos Nacionales. Además, el Centro de Archivos de Ultramar (ANOM) en Aix en Provence conserva los fondos del gobierno general de Argel, así como de las administraciones civiles de Argelia. Por último, el ministerio de Relaciones Exteriores y los archivos departamentales también tienen documentación sobre este conflicto.

En resumen, las fuentes francesas sobre la guerra de Argelia son a la vez abundantes y complejas. Los fondos del SHD constituyen un elemento fundamental y fácilmente accesible, a pesar de su sensibilidad, invitando a los investigadores a sobrepasar polémicas y llevar a cabo el trabajo de comprensión y explicación que está en el corazón del oficio de historiador. Quizás, esto pueda ayudar a cerrar las heridas de este conflicto que el General De Gaulle llamaba “la caja de las penas”.

Cyril Canet (SHD)

Eventos

Reseña del seminario internacional

La Guerra Fría cultural en América Latina.

Actores, contextos históricos, perspectivas de investigación¹

Aplicar, retomando la eficaz expresión de Stonor Saunders², la categoría de “Guerra Fría cultural” al contexto latinoamericano, es una operación conceptual que presenta hoy muchos más desafíos que resultados consolidados. Si por tal concepto entendemos –para facilidad analítica– una compleja red de acciones, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural³ y en el marco cronológico de la Guerra Fría contribuyeron a la exportación del *American way of life* al subcontinente, el primer límite que encontramos es un escaso “sustrato bibliográfico”. Esta peculiar perspectiva de las relaciones interamericanas, que opta de modo conciente por un solo protagonista del choque de civilizaciones de la segunda posguerra, dejando de lado a la Unión Soviética⁴, no presenta un recorrido historiográfico similar a aquellos que fueron formulados para dar cuenta de otros aspectos de construcción hegemónica estadounidense en el “patio trasero”. Nada comparable, por ejemplo, con la producción científica alrededor de las intervenciones militares, las *covert actions* de los servicios de inteligencia, los préstamos financieros y los logros de la *business history* acerca de la presencia de conocidas empresas multinacionales como la United Fruit Company.

Una motivación clave para la organización de este encuentro internacional fue, entonces, defender la importancia de estudiar las políticas culturales norteamericanas y analizar sus formas de recepción y elaboración en América Latina. Por primera vez en Italia, jóvenes estudiosos imbuidos por las sugerencias teóricas y metodológicas de la crítica literaria⁵ o de la perspectiva analítica de los *cultural studies*⁶, se reunieron para discutir sobre esta variedad de estrategias comunicativas

- 1 Seminario Internazionale “La guerra fredda culturale in America Latina. Attori, contesti, prospettive di ricerca”, Università degli Studi di Bergamo, Bergamo, Italia, 21 de mayo de 2010.
- 2 Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural* (Barcelona: Debate, 2001).
- 3 Volker R. Berghahn, *America and the Intellectual Cold Wars in Europe: Shepard Stone between Philanthropy, Academy, and Diplomacy* (Princeton: Princeton University Press, 2001). Richard T. Arndt, *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century* (Washington DC: Potomac Books, 2005). Robert F. Arnove, *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston, MA: G.K. Hall, 1980). Nicholas J. Cull, *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Cultural Diplomacy, 1945-1989* (New York: Cambridge University Press, 2008). José Antonio Montero Jiménez, “Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)”, *Revista Ayer* 75, III, (2009).
- 4 Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America* (Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1988).
- 5 Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada: La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, (Barcelona: Debate, 2003). Un estudio más específico pero igualmente llamativo es el de María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo: Cultura y Guerra fría en la década del 60* (Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997).
- 6 Emblemático al respecto es el texto Gilbert M. Joseph, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore (coordinadores), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (Durham and London: Duke University Press, 1998).

—en palabras de Ricardo Salvatore “ni epifenómicas ni superestructurales”— que dieron “sustancia y justificación racional al imperio informal estadounidense”⁷ y se vincularon fuertemente a la ya mencionada penetración en el subcontinente. ¿Cuándo empezó la guerra fría cultural en América Latina? ¿Qué peculiaridades tuvo como fenómeno transnacional y específicamente latinoamericano? ¿Su análisis confirma o pone en tela de juicio esquemas interpretativos y categorías fijadas, por ejemplo, para el caso europeo? ¿Qué aporte, entonces, puede brindar el estudio del caso latinoamericano al debate general? ¿Cuáles son las posibles interacciones entre los casos nacionales y una mirada más amplia de la región? ¿Qué aportan estos estudios a la comprensión de los procesos sociales de producción, circulación y reapropiación de productos culturales? Estas son algunas de las preguntas que guiaron el encuentro.

La primera sesión, titulada “Una perspectiva general”, se centró en la definición del objeto de estudio y la identificación de acontecimientos periodizantes desde una perspectiva continental. Comenzó Fabio Rodríguez Amaya, artista colombiano de fama internacional, estudioso y docente de literatura hispanoamericana en la Universidad de Bergamo, con un testimonio personal de lo que significó vivir, en la Bogotá de los años cincuenta y sesenta, una Guerra Fría “que no era tan fría” sino invasiva, planificada, y sólo aparentemente inocua como pretendían mostrar los cartoons de Walt Disney y otras formas artísticas dirigidas a niños y adultos.⁸ Era, por el contrario, una guerra marcada por acontecimientos traumáticos como la visita de Rockefeller en 1969 a una capital totalmente militarizada y con miles de manifestantes que, con piedras en la mano, demostraron su abierta hostilidad al *American way of life* y a la retórica de la “solidaridad hemisférica”.

Por su parte, Raffaele Nocera (Profesor de Historia en la Universidad de Nápoles “L’Orientale”), propuso una periodización global de las relaciones político-diplomáticas en las Américas luego del segundo conflicto mundial. El “peligro rojo”, utilizado por el Departamento de Estado como justificación constante para la intervención, tuvo momentos de intensidad variable en la medida en que un gobierno se comprometía a mitigar las injusticias sociales a través de programas progresistas, o un movimiento de liberación nacional planeaba acontecimientos revolucionarios. Dependiendo de la situación y la importancia de cada país en relación al contexto internacional, las contramedidas adoptadas incluyeron campañas de información o contrainformación, programas de contrainsurrección, chantajes económicos, estados de “guerra subliminal”, ayudas a los regímenes “fieles”, expediciones navales intimidatorias y, como último recurso, el apoyo a insurrecciones armadas e intervenciones militares directas. A grandes rasgos, se podría evidenciar cuatro fases en este recorrido: a) desde 1947-1948 hasta el golpe en Guatemala de 1954, donde se destaca la creación de la Organización de los Estados Americanos en la IX Conferencia Panamericana reunida en Bogotá; b) entre 1959 y 1962, etapa marcada por la revolución y las dos crisis cubanas; c) desde el golpe de 1964 en Brasil y la sucesión de gobiernos militares autoritarios

7 Ricardo Salvatore, *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2006), 12-13.

8 Dos textos clásicos de deconstrucción y crítica al mensaje de Disney son: Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al pato Donald: Comunicación de masa y colonialismo* (México: Siglo XXI, 1972); y Ariel Dorfman, *Patos, Elefantes y Heroes: La Infancia Como Subdesarrollo* (Madrid: Siglo XXI, 1985). Muy llamativa al respecto es también la lectura propuesta por el capítulo “Matándolos dulcemente: la guerra fría y la cultura”, en J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. No estrictamente relacionadas al caso Disney, pero sí a la industria cultural de Hollywood, están las reflexiones de Victoria De Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe* (Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2005), 284-336.

que le siguieron hasta la década de los ochenta: d) desde el inicio de la primera administración estadounidense presidida por Ronald Reagan (1981-1985) con el recrudescimiento de políticas agresivas en la contención de la “amenaza comunista” hasta el término de la Guerra Fría.

A continuación, la reflexión de Eduardo Rey Tristán (Profesor Contratado de la Universidad de Santiago de Compostela, fundador del Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas “Gumersindo Busto”) se situó en el desafiante campo de las hipótesis, creando un contrapunto con la exposición anterior y entrando directamente en el corazón del seminario. Sin proponerse trazar un panorama completo de los estudios de la “Guerra Fría cultural” en América Latina, el autor presentó un balance de lo ya avanzado y propuso caminos para profundizarlo. Reivindicó autonomía y dignidad científica para una temática que hasta hace poco era sólo “un elemento más a considerar” en la comprensión de dinámicas políticas, ideológicas, económicas, militares o financieras. En este sentido, es muy reciente la producción científica sobre los países europeos, que se centra en actores específicos como las grandes fundaciones culturales⁹. Como ha señalado Joseph¹⁰, la primacía de los paradigmas del imperialismo y el dependentismo marginaron la dimensión cultural en el estudio de las relaciones interamericanas, produciendo interpretaciones dicotómicas que le asignaban un lugar subsidiario.

Al contextualizar en América Latina un concepto que como sucede con el de Guerra Fría fue creado en y para otro ámbito geográfico, Rey propone dos cuestiones que resultan clave. La primera es la necesidad de una periodización original que no siempre coincide con los mojones de la historia política. En este sentido, la revolución cubana no marcaría el verdadero comienzo de la Guerra Fría en América Latina¹¹; ni siquiera el antecedente guatemalteco sería suficiente en términos de profundidad temporal y menos aun al privilegiar la dimensión cultural. Detrás de esta afirmación está la convicción de que lo que se dio en el continente no fue “simplemente el traslado ... de la lógica, esquemas y fórmulas de aquel conflicto”, sino “una expresión radical de conflictos o diferencias ... basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás”, como el panamericanismo, el intervencionismo, el nacionalismo y el antiimperialismo. La Guerra Fría aparece, entonces, como “una excusa para continuar una política intervencionista ya vieja”, una “expresión renovada” de un conflicto que la precedió pero que “de alguna forma ha sobrevivido”, un momento álgido de las relaciones interamericanas pero no una real discontinuidad de las mismas.

La segunda cuestión que planteó Rey tiene que ver estrictamente con la dimensión cultural: ¿Hasta qué punto fue parte del conflicto internacional? ¿La “Guerra Fría cultural” en América Latina tuvo características comparables a la del Viejo Mundo? La presencia de instituciones

9 Por ejemplo: Giuliana Gemelli, *The Ford Foundation and Europe, 1950s-1970s: Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management* (Brussels: European Interuniversity Press, 1998) y *From imitation to competitive-cooperation: Ford Foundation and Management Education in Western Europe (1950s-1970s)* (Firenze: European University Institute, 1997); Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe* (New York: The Free Press, 1989).

10 Gilbert M. Joseph, “Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina”, en Ricardo Salvatore (coordinador), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África* (Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2005).

11 Raymond Carr, “América Latina”, en Max Beloff y otros, *La Guerra Fría* (Buenos Aires: Ediciones Troquel, 1966). Jorge Castañeda, “Latin America and the End of the Cold War: An Essay in Frustration”, en Geir Lundestad y Odd Arne Westad, *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations* (Oslo: Scandinavian University Press, 1993).

como el Congreso por la Libertad de la Cultura, fundaciones privadas norteamericanas, la actividad de la USIA (United States Information Agency) y otros ejemplos llevarían a una respuesta positiva. Esto implicaría superar los compartimentos estancos que “con demasiada frecuencia impiden la riqueza del diálogo y la comparación” entre Europa y América Latina y la “incorporación de los respectivos debates a las perspectivas teóricas, metodológicas y epistemológicas que en realidad son comunes”. Sin embargo, enfatizar afinidades no significa ignorar las peculiaridades latinoamericanas que, como se ha señalado, se sitúan en un eje temporal previo a la Guerra Fría en sentido estricto y remiten a la diplomacia cultural norteamericana sobre todo durante la década de los treinta y cuarenta, o incluso antes, como sugiere Antonio Niño.¹²

La proyección al término de esta exposición del cartoon de Disney *Saludos, amigos* (1942) no fue pensada sólo como una pausa sino que buscó materializar la “retórica de buena vecindad interhemisférica” que, a través de la oficina de Nelson Rockefeller, Hollywood supo utilizar hábilmente para “sacar partido de las diferencias entre el fogoso latino y el norteamericano”.¹³ Luego de este corte, la primera sesión se cerró con la ponencia de Ernesto Capello (Profesor Asistente de historia latinoamericana en Macalester College) basada en documentación de la Fundación Rockefeller en *Sleepy Hollow* (Estados Unidos). La presentación forma parte de un estudio más amplio que pretende reexaminar la “respuesta latinoamericana” a la misión de Rockefeller por veinte países latinoamericanos en 1969. El entonces gobernador de Nueva York había lanzado la idea de escuchar a sus colegas del sur con la esperanza de crear una nueva política exterior para la administración Nixon y reemplazar la Alianza para el Progreso. Desde el punto de vista diplomático, el viaje fue considerado un fracaso debido a las múltiples manifestaciones antiamericanas, la hostilidad hacia Rockefeller como figura simbólica y el impresionante control policial y ejercicio de violencia ritual que anunció el terror que envolvería la región en años posteriores. Sin embargo, la visita originó una consistente correspondencia proveniente de los sectores medios latinoamericanos, cuya matriz, conforme la sensibilidad del historiador, se encuentra en un recorrido de muy larga duración en el subcontinente, integrándose a un esquema clientelar que presenta múltiples ejemplos en el período colonial¹⁴ y se reactualiza en el siglo XX, con rasgos específicos durante los populismos brasileño y argentino¹⁵. Estas súplicas, que no se limitaban a pedir favores sino que mencionaban posibles formas de contención cotidiana de la amenaza comunista, muestran que la retórica de la Guerra Fría y el panamericanismo se instalaron en el sentido común. Expresan la “cristalización de una conciencia hemisférica” y su decodificación permite rescatar, entre otros aspectos, la popularización de maniqueísmos típicos de la Guerra Fría.

La segunda sesión, llamada “Case studies”, brindó ejemplos concretos de “Guerra Fría cultural” en los países latinoamericanos. Quien escribe propuso una reflexión sobre el rol de las fundaciones estadounidenses en Chile y Argentina.¹⁶ Una investigación anterior basada en

12 Antonio Niño, “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Revista Ayer* 75, III (2009), 34.

13 J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, 41.

14 Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1995).

15 Eduardo Elena, “What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”, *Journal of Latin American Studies* 37 (2001), 81-108. Joel Wolfe, “Father of the poor’ or ‘Mother of the Rich’?: Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender and Populism in Sao Paulo, 1930-1954”, *Radical History Review* 58 (1994), 80-111.

16 Fundación Ford, *40 años en la región andina y Cono Sur* (Santiago de Chile: Fundación Ford, 2003). Un artículo que resume la función de la Fundación en el campo internacional es Peter Bell, “The Ford Foundation

documentación inédita del archivo de la Fundación Ford en Nueva York había demostrado el activo papel de este gigante de la filantropía internacional en la acogida de académicos refugiados tras los golpes de 1973 y 1976¹⁷. En este caso, el objetivo fue recuperar nuevos elementos de comprensión del interés hacia el Cono Sur en el marco de un proceso global de exportación del *American way of life*. A partir de 1959, año de las primeras *exploratory missions* de la Ford en el subcontinente, emergen con claridad prioridades y motivaciones de atracción profunda hacia una región políticamente candente y objeto de una creciente inquietud del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Llama la atención que ese mismo año se registrara un sensible incremento de los fondos gubernamentales y privados dedicados a los estudios latinoamericanos, mostrando, según señala el detallado estudio de M.T. Berger¹⁸ sobre la relación entre conocimiento y poder¹⁹, el paralelismo entre el desarrollo de ese campo y los momentos más críticos de la relación de Estados Unidos con su “patio trasero”. Otro conjunto de problemas tiene que ver, para la Ford, con la posibilidad de ser un “sujeto político” capaz de interactuar con los gobiernos locales, cuestión que adquiere inédita dramaticidad con los golpes militares en Chile y Argentina. Hasta entonces, el apoyo a las ciencias sociales y la intelectualidad latinoamericana respondía a criterios tecnocráticos inscritos en la Teoría de la Modernización.²⁰ Después, hasta el concepto de *intellectual freedom* se matiza, surgen problemas de carácter ético²¹ y la ecuación desarrollo-democracia parece cada día menos automática.

Las últimas dos presentaciones del seminario responden de manera indirecta a otra indicación de método propuesta por Eduardo Rey: intentar construir un análisis crítico sobre la Guerra Fría cultural también “desde la periferia, y no sólo desde una perspectiva centripeta”. La idea, por lo tanto, sería matizar el enfoque del imperialismo cultural, generalmente inclinado a estudiar las relaciones culturales desde los centros de poder y en muy menor medida a partir de quienes se tiende a presentar como receptores y meros protagonistas secundarios. Más desafiante y enriquecedor es valorizar cómo distintos países latinoamericanos reciben, elaboran y reaccionan frente a políticas culturales provenientes de Estados Unidos o las acogen en un territorio más o menos fértil según sus distintos recorridos históricos.

El caso de Puerto Rico, profundizado en la ponencia de Carlos Hernández-Hernández (Profesor de Historia del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico) es emblemático en ese sentido. En esta isla (“Estado Libre Asociado” desde 1952), en

as an International Actor”, *International Organization*, 25, (1971), 465-478.

17 Benedetta Calandra, *L'America della solidarietà, l'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)* (Roma: Nuova Cultura, 2006), 55-91.

18 Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990* (Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 1995).

19 Frederick Cooper, Allen F. Isaacman, Florencia Mallon, William Rosebery y Steve Stern, *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison: University of Wisconsin Press, 1993).

20 Peter Seybold, “The Ford Foundation and the Triumph of Behavioralism in American Political Science”, en Robert F. Arnove, *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston, MA: G.K. Hall, 1980), 260-304. Puede leerse algunas reflexiones que tangencialmente pero con agudeza tocan el tema de las relaciones entre apoyo extranjero a las ciencias sociales e intelectualidad latinoamericana en Aldo Marchesi, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a finales de los sesenta”, *ELAL, Estudios Interdisciplinarios América Latina y Caribe* 17:1 (2006), 13.

21 Jeffrey Puryear, “Higher Education, Development Assistance, and Repressive Regimes. Studies in Comparative Perspectiv and *International Development*, 17:2 (1982), 11-27.

concomitancia con las políticas de la Alianza para el Progreso y frente a las simpatías de la izquierda hacia la revolución liderada por Fidel Castro, Estados Unidos elaboró una estrategia peculiar. Tal como muestra Hernández, Washington empezó a divulgar en la prensa local —dirigida por exiliados cubanos— informaciones relacionadas con una política de sensacionalismo cultural que brindaba a las masas casos de avistamientos de objetos voladores no identificados (ovnis) y la presencia de animales exóticos no clasificados por la ciencia (la criptozoología).²² En esta sofisticada subjetividad de discursos, que promovía la movilización política en el terreno de la cultura de masas a través de la imaginación del miedo²³, el tema de los ovnis cobró fuerza en el imaginario nacional con la imagen monstruosa del extranjero-marxista. La producción de mitos e imágenes, como vampiros o extraterrestres, estimuló el entrecruzamiento entre ficción y realidad. La hipótesis de un complot creó una combinación de histeria y suspenso. La obsesión de los artífices de la Guerra Fría por generar una atmósfera de paranoia se valió del discurso científico que la modernidad les ofrecía en aras de presentar pruebas “empíricas de fotos y películas de ovnis”, que tuvieron finalmente el efecto de contener dinámicas de apoyo al ejemplo castrista e incluso su imitación directa.

Para concluir, Marina Franco (Docente de la Universidad Nacional de San Martín e investigadora del CONICET, Argentina) propuso un claro ejemplo de la articulación señalada por Joseph y Spenser entre la esfera nacional —e incluso diversas esferas locales dentro de un país— y el conflicto global.²⁴ Esa articulación muestra la presencia activa de ese contexto global como motor de acciones locales en el nivel simbólico y permite ver cómo muchas fuerzas políticas utilizaron esa conflictividad planetaria para sus necesidades internas. Franco busca demostrar que algunas construcciones ideológicas propias de la Guerra Fría en América Latina eran parte sustancial del lenguaje y las prácticas políticas de múltiples sectores sociales locales, especialmente actores políticos no militares. En el caso argentino, estas dimensiones del problema han sido subestimadas y desatendidas. Es hoy suficientemente conocido que, dentro del cuadro más amplio de la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional, las dictaduras militares de los años setenta reprimieron ferozmente toda ideología de izquierda, todo movimiento contestatario y, en particular, las guerrillas. Y todo esto fue hecho a partir de las teorías de contrainsurgencia del ejército estadounidense y en nombre de la defensa de Occidente frente a la “subversión marxista”. Sin embargo, no ha sido esclarecido todavía cuán profundamente arraigadas estaban esas estrategias en el país. Franco muestra que estas construcciones ideológicas de los actores militares —el anticomunismo, la “subversión marxista” y la represión en nombre de la patria agredida— estaban instaladas en el discurso y la práctica de diversos actores políticos del régimen democrático previo a la dictadura de 1976, es decir a partir de la mitad de los años sesenta y especialmente al interior del peronismo. Esas representaciones ideológicas, adaptadas al contexto nacional, fueron apropiadas por amplias franjas de la población, sirviendo, finalmente, para justificar y legitimar las prácticas represivas del terrorismo de Estado. Así lo evidencia la prensa periódica de 1974 y 1975, con declaraciones del presidente Perón²⁵ y de Isabel

22 Dax Toscano Segovia, “El imperialismo estadounidense contra América Latina”, *Rebelión.org*, 8 de agosto de 2004, 12. <<http://www3.rebellion.org/noticia.php?id=3066>>.

23 Pablo Santoro Domingo. “La deriva de la sospecha: conspiraciones, ovnis y riesgos”, *Nómadas. Revista Crítica de ciencias sociales y jurídicas* 9 (2004).

24 Gilbert Joseph y Daniela Spenser (coordinadores), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham: Duke University Press, 2008).

25 Juan Domingo Perón, *La Opinión*, 23 de enero de 1974, 1, *Clarín*, 21 de enero de 1974, *Clarín*, 25 de enero de 1974.

Martínez de Perón, al igual que algunos documentos relativos a la Sociedad Rural Argentina²⁶ y hasta cartas enviadas en 1973 y 1976 al Ministerio del Interior por ciudadanos comunes desde diversos lugares del país²⁷.

Los resultados finales y más elaborados de todo el seminario –que ojalá represente sólo un primer intento de reflexión colectiva sobre estos temas– serán publicados en Italia este año; por sugerencias, comentarios y aclaraciones, quedan por el momento disponibles las versiones originales de las ponencias.²⁸

Benedetta Calandra, Università degli Studi di Bergamo

26 Carlos Pereda, *La Nación*, 13 de diciembre de 1975.

27 Telegrama del sindicato de obreros y empleados municipales de Cipolletti, 7 de noviembre de 1973, (Caja 22, Exp. 1463-26, Expedientes Generales, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación, en adelante EG-MI-AGN); Telegrama a Ministro del Interior enviado por un grupo de docentes arquitectos de la Universidad de Mendoza, 19 de febrero de 1974 (Caja 26, Exp. 149619, EG-MI-AGN); Carta enviada por un ciudadano de la ciudad de Concordia (Entre Ríos), al Ministerio del Interior, 28 de enero de 1974 (Caja 15, Exp. 148787, EG-MI-AGN).

28 Dirección de contacto: benedetta.calandra@unibg.it

Recordatorios

En busca del tiempo perdido: José Pedro Barrán (1934-2009), historiador y maestro

En la Introducción a su último libro¹, Barrán se rebela contra el olvido interminable que supone la muerte y, en un acto de transgresión poco uruguayo, el consumado académico se permite asumir en primera persona el anhelo radical de recuperar “tantos años vividos, tantas memorias”. Esas páginas se convierten entonces en un conmovedor y póstumo legado que gira en torno a las dos pasiones que lo marcaron intensamente a lo largo de su vida. Una de ellas, la música, nutrió sus horas más plenas y se plasmó, por ejemplo, en la entrañable relación que lo unió para siempre al *Tristán e Isolda* de Richard Wagner. La otra, la historia, se tradujo en el ejercicio indeclinable de un oficio que cimentó la monumental y deslumbrante labor historiográfica de Barrán.

Los laberintos del pasado

Junto al apasionado melómano que fue desde niño, en el precoz lector de la estancia de Río Negro que lo vio nacer en 1934, o en el destacado estudiante del liceo nocturno afincado en Montevideo en los años cuarenta, ya es posible vislumbrar al historiador que se pone formalmente en carrera en 1953, cuando José Pedro ingresa al flamante Instituto de Profesores Artigas (IPA).

En esa época, la figura del Barrán veinteañero es inseparable del ámbito físico de la Ciudad Vieja y de las cuadras que mediaban entre la oficina donde trabajaba desde los 15 años y la vieja casona de Sarandí y Zabala en la que por entonces funcionaba el IPA. El descubrimiento de la historiografía francesa y los aportes de un descollante plantel de profesores (Rogelio Brito, Juan Pivel Devoto, Perla y Leopoldo Artucio, entre otros) fueron algunas de las decisivas experiencias que lo marcaron en aquellos años de interminables idas y venidas entre el placer de la historia y el martirio de la contabilidad. Penoso desdoblamiento que las estrecheces económicas le obligaban a mantener, aun cuando la profesión comenzaba a proporcionarle algunas tímidas posibilidades de sustento: los primeros grupos en Secundaria, o la corrección de originales para la *Colección de Clásicos Uruguayos*, creada y dirigida por Pivel.

Poco después, los sesenta fueron años de consolidación en la trayectoria académica del docente y el investigador, liberado por fin de la oficina. Sobre todo, a partir de la publicación de los primeros tomos de la *Historia rural*² que, nacida de la fenomenal faena compartida con Benjamín Nahum, significó la consagración del fecundo dúo y marcó un hito en el estudio y la interpretación de nuestra historia económica y social.

Sus asiduas colaboraciones para el semanario *Marcha*, el humo incesante de sus cigarros Republicana, los cursos de Historia del Arte que impartía a los estudiantes de Preparatorios de

1 José Pedro Barrán, *Intimidad, nueva moral y divorcio en el Uruguay del Novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008).

2 J. P. Barrán y Benjamín Nahum, *Historia Rural del Uruguay moderno*, 7 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967-78).

Arquitectura en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA), son algunas de las referencias imprescindibles para rescatar al Barrán de aquellos años. También lo es su implacable formalidad, o la impenetrable reserva tras la que suelen escudarse los tímidos sin remedio y que, en el caso de José Pedro, sólo con los años cedería en parte, derrotada tal vez por el gozoso desenfado de Alicia, su mujer.

Asimismo, junto a otras escenas de entonces, todas las desmesuras propias de la relación apasionada que José Pedro mantuvo desde siempre con la historia emergen de la inverosímil imagen que, en el 68, en plena “rebelión estudiantil”, lo registra avanzando temerariamente por el callejón que separa a la sede de la Facultad de Derecho del edificio de la Biblioteca Nacional, empuñando una máquina de escribir y un grueso volumen del periódico *El Ferrocarril* de 1870, en medio de una lluvia de piedras y gases lacrimógenos, y pugnando por llegar a toda costa a la Biblioteca, ante el desconcierto y los gritos del jefe de la Guardia de Coraceros: “Eh, usted, ¿qué hace? ¿Está loco? No me diga que va a la Biblioteca... Usted es un inconciente. ¿No se da cuenta de lo que está pasando?”

De más está decir que sí, que José Pedro se daba cuenta de lo que pasaba. Por otra parte, años más tarde le tocaría, como a tantos uruguayos, padecerlo en carne propia. La destitución que lo marginó de la enseñanza llegó en 1978 por vía de un sumario y una orden remitida a Secundaria y firmada de puño y letra por el general Julio César Rapela, que por entonces estaba al frente de la Región Militar N° 1. Sin duda, todo era muy obvio y muy previsible desde el punto de vista racional. Sin embargo, ante el hecho consumado y aunque el apoyo financiero otorgado de inmediato a sus proyectos por parte de diversas fundaciones y organismos internacionales le dio la oportunidad por primera vez en su vida de dedicarse sin zozobras económicas a la investigación, José Pedro sintió que esa suerte de gran padre que es el Estado para los uruguayos lo había abandonado y que, de alguna manera, había perdido su lugar dentro de la sociedad. Más allá de la imprudencia del fumador empedernido, nunca podrá determinarse con certeza cómo y cuánto influyó todo esto en el otro trago amargo que Barrán tuvo que enfrentar seis meses después de la destitución: el cáncer, el miedo y, sin perjuicio de la inmediata extirpación del riñón, la inevitable incertidumbre –dolorosamente confirmada años después– en torno a la posible reaparición del mal.

Entre el Novecientos y la transición de los ochenta

Apenas superado aquel trance relacionado con su enfermedad, Barrán ideó la maravilla de los cursos para docentes e investigadores que dictó en su casa a partir de 1979 y que hoy vuelven a la memoria, impregnados del halo mítico que rodea a los minúsculos ámbitos de reflexión que nos ayudaron a sobrevivir en los tiempos de la dictadura.

Todo el Uruguay del novecientos –el nuevo tema de investigación abordado por entonces con Nahum y plasmado en los ocho tomos de *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*³– desfiló por el pequeño living del apartamento de la calle Mercedes donde, semana a semana, con la mirada perdida en el tiempo, José Pedro recorría el telón de infinitos escenarios y, al dar cuenta de las incertidumbres, los avances y las interrogantes de la investigación, ponía al descubierto los sutiles y finísimos hilos con que se teje y se desteje la trama incierta del pasado. Todo ello en el marco del especialísimo clima en que transcurrían aquellos encuentros que, en tiempos difíciles, tenían algo de honda y singular comunión: las precauciones para entrar y salir del edificio sin llamar

3 J. P. Barrán y B. Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, 8 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979-87).

la atención de los vecinos; el deslumbramiento con que asistíamos a aquel despliegue de documentación, imaginación y creatividad que iluminaba zonas vírgenes de nuestro pasado; el ritual del intervalo –y del infaltable café de Alicia– que obraba como pretexto para comentar la última película de la Cinemateca Uruguay o el estreno del Teatro Circular, o para soñar, en la primavera del 80, con la utópica y escandalosa posibilidad del triunfo del No al proyecto de reforma constitucional promovido por el régimen autoritario.

Al igual que otros fenómenos involuntariamente promovidos por la dictadura, aquella experiencia inolvidable quedó atrás en el nuevo contexto de la restauración democrática que, ya en 1985, hizo posible el ingreso de Barrán a la Facultad de Humanidades y Ciencias en calidad de Profesor Titular y director del Departamento de Historia del Uruguay. Desde allí volvería a sorprendernos, esta vez con la más fascinante historia de los uruguayos jamás contada: la de la sensibilidad.

La revolución del 89

Una lectura atenta de la anterior producción de Barrán permite constatar que, en realidad, esa mirada no era nueva y que el historiador cultural o de las mentalidades ya estaba presente no sólo en *El Uruguay del Novecientos*⁴ sino en múltiples pasajes de la *Historial rural* y sobre todo en “La vida de un patricio”, un viejo y fundacional artículo dedicado a Alfredo Vázquez Acevedo y publicado en *Marcha* en 1965. Sin perjuicio de ello, es en 1989 que el ámbito académico e incluso buena parte de la sociedad uruguaya asisten a una suerte de revolución historiográfica motivada por la aparición de *La cultura ‘bárbara’*, primer volumen de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* que se completaría al año siguiente con la publicación de *El disciplinamiento*.⁵

Aunque la apreciación pueda resultar polémica –me consta que para algunos colegas lo es–, creo firmemente que, a nivel local, el giro que le imprimió Barrán a la disciplina en el 89 tuvo y sigue teniendo alcances verdaderamente revolucionarios. Tras un siglo de narraciones historiográficas orientadas invariablemente hacia lo institucional, lo estatal y lo público, en esta nueva faceta de su producción –menos sujeta al análisis macro de lo estructural y más abierta a las trayectorias antropológicas de lo cultural– José Pedro giraba su proverbial e inagotable prisma –los que fueron sus discípulos saben de lo que estoy hablando– para explorar el revés de la trama y recrear el pasado a partir de asuntos como el amor, el juego, la enfermedad, los miedos, la sexualidad, la culpa, la vida y la muerte. Como resultado directo de su removedora exhumación de formas de vivir y de sentir y de su intrépida incursión en los inciertos territorios de lo privado, de la intimidad y la interioridad, aquel insospechado fresco construido con seres de carne y hueso que en lugar de ser objeto eran sujeto de la historia, sacudió a buena parte de la sociedad y, trascendiendo los estrechos márgenes del ámbito académico, convirtió a su autor en el primer *best seller* de la historiografía uruguaya.

Por otra parte, pese a que veinte años después el asunto sigue configurando en buena medida una asignatura pendiente, la dimensión revolucionaria del aporte de Barrán también pasa por el radical desafío teórico y metodológico que el mismo significó –o debiera haber significado– para nuestra historiografía y para todas nuestras Ciencias Sociales. Fiel al perfil que había

4 J. P. Barrán y B. Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio británico I: El Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979).

5 J. P. Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay 1: La cultura bárbara e Historia de la sensibilidad en el Uruguay 2: El disciplinamiento* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989 y 1990).

caracterizado su producción anterior, en sus incursiones antropológicas, el autor vuelve a confiar más en las herramientas inherentes al oficio y en los frutos de la investigación que en la eficacia de los grandes paradigmas interpretativos. No obstante ello, en otro nivel de lectura, la suya también es, a su manera, una “arqueología de saberes y poderes” en la que anidan y permanecen latentes –¡todavía hoy!– cruciales y acuciantes debates en torno a temas tan decisivos como los relativos a las teorías del cambio social, o a la compleja articulación entre prácticas, discursos y representaciones que configura el eje central de una historia cultural.

Al margen de la densa potencialidad de esos y otros debates que esperan el fecundo y abierto abordaje que merecen, lo cierto es que, en el 89, el giro de Barrán cortó al medio la historiografía uruguaya: su relectura del pasado abrió una cantera inagotable de temas y miradas nuevas, y sus puntos de llegada se convirtieron en puntos de partida para numerosos proyectos de investigación inspirados, de una manera u otra, en el sugerente inventario de historias por contar que también es la *Historia de la sensibilidad*.

El tiempo recobrado

A comienzos de los 2000, con motivo de una entrevista para *Brecha*, charlé largo y tendido con José Pedro. “Ahora que soy viejo, me voy a dedicar a lo que me gusta”, me dijo entonces, como si recién estuviera comenzando. Para entonces, ya había sumado a su vastísima producción la investigación de la que da cuenta en *La espiritualización de la riqueza*⁶ y los tres tomos de la serie *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*⁷. También había participado como director –junto a Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski– en los tres tomos de las *Historias de la vida privada en el Uruguay*⁸, colección que configura la obra más ambiciosa de la historiografía de los noventa y que, desde su reveladora sustitución de singulares por plurales, quiso problematizar la engañosa homogeneidad del tiempo histórico y la errónea visión de unidad de lo social.

Más tarde, en el marco del triunfo electoral de la izquierda por el que Barrán había pugnado como ciudadano a lo largo de toda su vida, sobrevendría entre 2005 y 2007 su pasaje por el Consejo Directivo Central de la Administración Nacional de Educación Pública y su participación como supervisor en la investigación histórica sobre uruguayos detenidos desaparecidos, encargada por la Presidencia de la República. Responsabilidades encuadradas ambas dentro de un compromiso cívico que, pese a encontrar su confirmación más contundente en la ejemplar trayectoria de su vida y de su obra, José Pedro quiso reafirmar.

Sin perjuicio de ello, sospecho que cuando rodeado de su música, sus libros y sus carpetas repletas de documentos, anunciaba el propósito de dedicarse a “lo que me gusta”, estaba pensando sobre todo en la dichosa perspectiva de volver a emprender su interminable búsqueda, esta vez desde otras aristas del prisma que asoman en *Amor y transgresión en Montevideo*⁹, y sobre todo en el ya mencionado *Intimidación, nueva moral y divorcio*. Definitivamente instalado en los recónditos pliegues de la (y de su) intimidad, en ese texto póstumo impregnado de amores y pasiones que

6 J. P. Barrán, *La espiritualización de la riqueza: Catolicismo y economía en Uruguay 1730-1900* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1998).

7 J. P. Barrán, *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*, 3 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1992-1995).

8 J. P. Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (directores), *Historias de la vida privada en el Uruguay*, 3 tomos (Montevideo: Santillana, 1996-1997).

9 J. P. Barrán, *Amor y transgresión en Montevideo, 1919-1931* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001).

quieren vencer al olvido, José Pedro vuelve a recobrar removedores tramos de un tiempo perdido que también es el suyo y el nuestro, y vuelve a descifrar algunas de sus claves. Sólo algunas, claro está, porque al fin de cuentas —él lo sabía mejor que nadie—, el pasado se nos escapa siempre.

Milita Alfaro, Universidad de la República / Instituto Universitario CLAEH

Las historias, los estudios y las múltiples vidas de Yamandú González Sierra (1947-2010)

Es difícil registrar en pocas líneas y a tan escaso tiempo de su pérdida, la peripecia vital de Yamandú González Sierra, tan rica y compleja: militante sindical y político, de experiencia comunitaria; compañero, padre y abuelo; estudioso e investigador. Dejamos aquí apenas algunos rasgos y mojonos de su propia historia, y de sus contribuciones a la historiografía uruguaya, en particular a los estudios sobre el mundo del trabajo.

Breve reseña biográfica¹⁰

Nació en el hospital de Rosario, en el departamento de Colonia, el 30 de agosto de 1947. Desde chico vivió en el pueblo Barker, a unos 8 kilómetros de aquella ciudad. Su padre Ademar, era ferroviario y Jefe de la Estación del pueblo. Su madre Albertina, de ascendencia charrúa, maestra de profesión, falleció cuando Yamandú tenía quince años. Siguiendo al padre ferroviario, la familia se trasladó primero a Verdún, cerca de la ciudad de Minas (donde hizo el liceo), en el departamento de Lavalleja, y luego a Las Flores, en el departamento de Maldonado.

Cuando tenía veinte años, a fines de los años sesenta, vivió tiempos de decisiones personales importantes. Cursando estudios de Magisterio, que no finalizaría, participó de la actividad gremial en la “Agrupación 3”, vinculada a la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), donde conoció, entre otros, a Elena Quinteros y Gustavo Inzaurrealde. Ingresó a la Escuela de la Construcción de la Universidad del Trabajo en 1971, año en que fue asesinado Heber Nieto, miembro de la “Agrupación Militante” de la ROE en la que Yamandú también participaba. Implicado en un fuerte compromiso político, no culminó el año lectivo.

Vivió un tiempo en Bella Unión, en el Departamento de Artigas. Allí conoció a los cañeros, a quienes acompañó al menos en una de sus marchas hacia la capital, muy probablemente en la de 1968 (de febrero a mayo), quedando conmocionado por la muerte de la cañera Lourdes Pintos ocurrida en la ciudad de Treinta y Tres en el curso de la misma.

Dice Graciela Popelka que “el Encuentro de Jóvenes de Cololó [al que fueron “miles de jóvenes”] marcó su vida”. Se realizó en febrero de 1969 en la sede de la Cooperativa Cololó, en el Departamento de Soriano. Allí conoció a Graciela Curbelo con quien se casó ese año y con la que tuvo una hija, Gabriela, al año siguiente. Con ellas vivió la experiencia comunitaria en la *Comunidad del Sur* entre 1969 y 1970, en cuyos Talleres Gráficos aprendió el oficio de tipógrafo y trabajó como tal, al menos hasta 1971. De esos tiempos recuerda Graciela que “Yamandú estaba

10 Esta brevíssima nota biográfica contó con la ayuda invaluable de Graciela Popelka y de Graciela Curbelo, compañeras de Yamandú, y de su hermano Tabaré, quienes aportaron muchos de los datos que contiene en comunicaciones personales mantenidas entre fines de junio e inicios de julio de 2010. Por su parte, José Rilla brindó los datos relativos a su pasaje por el CLAEH.

abierto a la antropología, lo social y lo histórico ... veía más allá del momento político ... tenía una visión muy integradora de las disciplinas, y desde joven era así; siempre tenía amigos, ... sabía escuchar; ... y era un estudioso”.

También desde ese periodo estuvo vinculado a la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y luego a su brazo armado, la Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33). Por su participación en esta organización fue detenido en noviembre de 1972, permaneciendo recluido largos años en el Penal de Libertad. En la cárcel se integró al Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), formado en Buenos Aires en 1975 a partir de la organización política de la que provenía.

Tras salir de la prisión a comienzos de 1979 tuvo dos hijos varones junto con su compañera Graciela Popelka. El primero, Santiago Noé, nació en noviembre de ese año. En marzo de 1980 se exilió junto a su familia en Brasil, desde donde continuó militando activamente en el PVP, ingresando al Uruguay en varias oportunidades, aún en dictadura. En julio de 1982 nació, en San Pablo, Fernando Gustavo. Los nombres de sus dos hijos recordaban a tres de sus compañeros desaparecidos: Santiago era el alias que utilizaba Gerardo Gatti; Fernando, homenajeaba a Díaz Cárdenas; y Gustavo, a Inzaurrealde, su amigo de Magisterio.

A fines de 1985 volvió definitivamente a Uruguay, incorporándose entonces a la Izquierda Democrática Independiente (IDI), grupo del Frente Amplio en que participaba el PVP. Desde 1986 fue cofundador de *Noticias y Acción Social (NOTAS)*, dirigiendo el Área Sindical y su Servicio de Documentación Social.

A partir de 1985 escribió artículos de historia y de coyuntura sindical en varios periódicos, entre ellos *Compañero*, *Alternativa Socialista*, *Brecha*, en las revistas *Hoy es Historia* y *Nueva Sociedad*, en la serie de fascículos divulgación *Las Bases de la Historia Uruguaya* (dirigida por Milton Schinca), en el suplemento *La República de las Mujeres*.

Hacia 1986 recibió apoyo económico del Servicio Universitario Mundial (SUM) y de la Fundación Friedrich Ebert Uruguay (FESUR), y en 1988 del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), desempeñándose en el marco del Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer en Uruguay (GRECMU). Desarrolló varias investigaciones sobre historia sindical, entre ellas *Orígenes del movimiento sindical en Uruguay* y *Los internacionalistas en el Uruguay, 1872-1890*.

Desde comienzos de la década de los noventa se desempeñó en el Centro Interdisciplinario de Estudios del Uruguay (CIEDUR), desde donde desarrolló buena parte de sus investigaciones. Tal vez haya sido ese un nuevo momento de definiciones: pasó a dedicarse casi de pleno a los estudios y actividades de investigación histórica, distanciándose progresivamente de la militancia política.

A partir de 1997 incursionó en un ciclo de Posgrado del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), al inscribirse en el Diploma de Especialización en *Investigación en Historia Contemporánea*. Cumplió con todos los cursos y presentó su Memoria Final. Este trabajo versó sobre el diario de su abuela Mercedes Cabrera, interesante y lúcido testigo de la guerra de 1904, realizando una edición anotada y contextualizada de ese material, “un trabajo erudito y entretenido” según José Rilla. Por esos tiempos, junto a un equipo del CLAEH fue encargado de coordinar el segundo volumen de la proyectada serie *Escenas de la vida cotidiana*

Debió interrumpir estas actividades de formación, investigación y coordinación editorial cuando lo afectó su enfermedad. Yamandú falleció en Montevideo el 23 de febrero de 2010, a los 62 años.

Estas son, entre otras que habrá que explorar, algunas pistas de una vida que merece ser contada. Evocándola ha dicho Graciela Popelka: “Yo creo que tenía dos vocaciones: investigar y enseñar. Lo hacía aunque no cobrara por ello, pero disfrutaba de un trabajo como el de profesor de historia, que pudo realizar en la Universidad del Trabajo de Maldonado, en San Carlos y también en Montevideo. Estudiaba como respiraba, todo conocimiento intelectual le daba placer. [Era un] interlocutor confiable con visiones profundas y múltiples de la realidad”.

Aportes a la historiografía y los estudios sobre el mundo del trabajo

En los libros e investigaciones sobre el sindicalismo y la clase trabajadora uruguaya, la labor de Yamandú González destaca con características singulares. Ocupa un espacio atípico, al no provenir del medio académico y sí del protagonismo político de izquierda desde los años sesenta. A su vez, no puede ser calificado únicamente como un historiador militante, pues desarrolló una investigación histórica que se elevó por encima de esa condición, haciendo historia, a secas.

Tomó temas y periodos escasamente transitados, como el de los asalariados y sindicatos rurales, el de los orígenes del asociacionismo de los trabajadores en el siglo XIX o la perspectiva de género en el estudio de la clase obrera. Efectuó también una reflexión teórica interesante sobre el papel de la ideología en la constitución de las clases en el siglo XIX. A partir de todo esto, se volvió un referente de las investigaciones sobre la historia del mundo del trabajo en Uruguay.

En los escasos estudios historiográficos del Uruguay casi no figuran referencias a su obra. Un brevísimo artículo de Jorge Balbis editado en 1989 registró un texto suyo en la “Bibliografía Sumaria” sobre el tema. En un documento del año 2002 Universindo Rodríguez, si bien no analiza la obra, introduce cuatro títulos de González en la “Bibliografía Consultada”. Carlos Zubillaga la incorporó muy escuetamente en su libro del mismo año.¹¹ En este sentido, a falta de un estudio específico sobre la evolución y sentidos de sus trabajos históricos, me propongo esbozar aquí algunas líneas que contribuyan a una posible y futura contextualización y comprensión.

La abundancia y la dispersión son dos características de su producción. Entre mediados de los ochenta y los noventa, publicó muchos artículos en la prensa política del país y en revistas de ciencias sociales, presentó interesantes ponencias o borradores inéditos y se ditaron algunos libros. Asimismo, es posible advertir en ellos la heterogeneidad, distintos niveles de profundidad, rigor y alcance: desde estudios muy específicos o tradicionales como las historias de sindicatos, hasta trabajos realmente significativos y profundos, también polémicos, como su análisis de las “vías de organización de los trabajadores” a fines del siglo XIX, el de los asalariados rurales y en especial el de los “domingos obreros”.

En un artículo que ya tiene varios años, destaqué que: “Desde mediados de los ochenta, Yamandú González Sierra inició una importante tarea de investigación sobre el campo de la

11 Jorge Balbis, “Una aproximación a la historiografía sindical uruguaya”, en Carlos Zubillaga (compilador), *Trabajadores y sindicatos en América Latina: Reflexiones sobre su historia* (Montevideo: CLACSO-CLAEH, 1989). Universindo Rodríguez, *Historia social de los trabajadores en Uruguay: Perspectivas metodológicas* (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Serie Papeles de Trabajo, 2002); C. Zubillaga, *Historia e historiadores en el Uruguay del Siglo XX* (Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002).

historia obrera a partir de un riquísimo caudal heurístico y de fuentes obreras. La misma produjo diversos trabajos, artículos en semanarios y revistas y libros. En su producción se puede destacar alguna reflexión teórica específica sobre el papel de la ideología en la formación de las clases, el análisis de las vías de la formación de organizaciones de trabajadores en el último cuarto del siglo XIX, historias de sindicatos, la problemática de la mujer trabajadora, vida y organización de los asalariados rurales, y hasta el abordaje de la cultura obrera.¹² Elaboró una cronología sindical que abarca el amplio período comprendido entre 1870 y 1984, recurso de suma utilidad, siempre perfectible.¹³ De ubicación ambigua en este análisis, por provenir del ámbito militante y sin formación histórica formal, su sostenido esfuerzo de investigación ha amplificado la temática del ‘movimiento obrero’ y utilizado fuentes documentales ‘de abajo’ así como la tradición oral’.¹⁴

Me parece destacable la decisión de emprender una investigación original sobre los orígenes del movimiento de trabajadores en Uruguay, focalizando en las “diversas vías”, como las denominó, y en el uso de fuentes específicamente obreras.¹⁵ Este rasgo, no exclusivo de Yamandú, muestra una característica de las nuevas tendencias historiográficas: el uso de fuentes primarias que involucran a los estudiados” (prensa obrera, testimonios orales, documentación escrita y visual). En otros trabajos también se destaca esta preocupación por la importancia de los archivos y las fuentes sindicales de diverso tipo.¹⁶

Una parte de su producción refiere a la historia institucional de varios sindicatos uruguayos: la Agrupación AUTE, el de los papeleros de Juan Lacaze, el sindicato de FUNSA, la Federación ANCAP y los gremios del Magisterio (ambos inéditos), y tal vez algunos más que me es desconocido. Aunque se trata de un trabajo muy breve, interesa su texto sobre los actos del Día de los

-
- 12 Yamandú González, “La ideología en la constitución de las clases en el Uruguay de fines del S. XIX”, *Trabajo y Capital* 1 (1989); *Memoria histórica: albores del sindicalismo uruguayo* (Montevideo: Noticias y Acción Social-Centro de Documentación e Información, 1988); *Un sindicato con historia: Unión de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA*, 3 tomos (Montevideo: CIEDUR-UOES de FUNSA, 1991 y 1998); *AUTE PIT-CNT. 45 Aniversario* (Montevideo: AUTE, 1994); *Los olvidados de la tierra: Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales* (Montevideo: FESUR-CIEDUR-Nordan Comunidad, 1994); *Del hogar a la fábrica ¿deshonra o virtud?* (Montevideo: Nordan Comunidad, 1995); “Domingos obreros en los albores del siglo XX: Itinerarios del tiempo libre”, en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (directores), *Historias de la vida privada en el Uruguay II: El nacimiento de la intimidad, 1870-1920* (Montevideo: Taurus, 1996); *Historia del sindicato de ANCAP* (inédito).
- 13 Y. González, *Cronología histórica del movimiento sindical uruguayo: Hechos, resoluciones políticas y eventos sindicales, 1870-1984* (Montevideo: CIEDUR, Serie Documentos de Trabajo 58, 1989).
- 14 Rodolfo Porrini, “Una aproximación a la bibliografía e historiografía sobre la clase obrera y el movimiento obrero en el Uruguay”, en R. Porrini (compilador), *Historia y memoria del mundo del trabajo* (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2004).
- 15 Y. González, “Presencia, organización y concepciones de los internacionalistas en el Uruguay (1872-1890)”, ponencia presentada en el seminario “Historia del movimiento sindical en América Latina”, Montevideo, 17 al 19 de noviembre de 1986, organizado por la Comisión de Movimientos Laborales de CLACSO y el CLAEH.
- 16 Y. González, “El desafío de la recuperación de la memoria histórica del movimiento sindical”, en *Los desafíos del movimiento sindical* (Montevideo: CIEDUR, 1993). En el mismo sentido deben señalarse la exposición fotográfica “Un siglo del 1º de Mayo en la historia del Uruguay”, realizada en la Biblioteca Nacional, Montevideo, 20 al 26 de abril de 1993; y la selección documental “Rostros y voces femeninas en la historia sindical: Itinerarios de un recorrido (1878-1995)”, en Silvia Rodríguez Villamil y Y. González, “Mujeres en la historia sindical ¿ausentes, ocultas u olvidadas?”, ponencia presentada en el Seminario-Taller “Sindicalismo en femenino”, Montevideo, 8 a 11 de noviembre de 1995.

Trabajadores en Uruguay, cuando según señala “los trabajadores hacían su balance y definían su perspectiva sintiéndose parte de un movimiento que excedía las fronteras nacionales”.¹⁷

Uno de los productos historiográficos más sugerentes e importantes desde mi punto de vista ha sido su aguda incursión en los “domingos obreros”, donde explora la vida de gente común, la de los obreros en ese particular tiempo que transcurre luego del trabajo, el tiempo libre, y los marcos “disciplinadores” que los envolvían. Así, la historia de la cultura obrera reconoce un antecedente de investigación relevante en este trabajo pionero para nuestro país, con numerosas señales para el conocimiento de la cultura de abajo.¹⁸

Sería interesante que se investigaran y desentrañaran sus referentes teóricos —¿Nikos Poulantzas, E. P. Thompson, Michel Foucault, los “clásicos” anarquistas y marxistas?—¹⁹, las influencias que actuaron sobre su práctica de investigador. Necesarias y futuras investigaciones sobre su obra y sobre su vida nos ayudarán a conocer, dimensionar, comprender y valorar críticamente su producción.

Desde su mirada interesada y centrada en la vida colectiva de los sectores oprimidos o marginales (obreros, mujeres trabajadoras, asalariados rurales), y su intento por recuperar voces de abajo a partir de testimonios, documentación y prensa obrera, construyó una obra rica y sugerente. La reciente desaparición de este amigo-historiador que fue Yamandú constituye, sin duda, una pérdida particular para la historia social y popular del Uruguay.

Rodolfo Porrini, Universidad de la República

Alberto Methol Ferré (1929-2009), un ideólogo de la integración

Se consideraba a sí mismo un “tomista silvestre”, sin academia ni seminario. Efectivamente, fue un autodidacta, heredero de una generación montevideana donde, al decir del propio Methol, el “intelectual de café” era una figura alternativa al universitario. Habiendo cursado estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en los años cuarenta Methol ingresó como funcionario a la Administración Nacional de Puertos, de donde, siendo subgerente general, se retiraría tres décadas después a consecuencia del golpe de Estado de 1973. Un par de años más tarde trabajó como miembro del equipo teológico-pastoral del consejo Episcopal Latinoamericano, desempeñándose también como asesor del Pontificio Consejo para Laicos. A comienzos de los años noventa retomó su actividad laboral en Uruguay, como docente en historia de América Latina, contemporánea y mundial, para la Universidad Católica y en los cursos para diplomáticos del Instituto Artigas del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay.²⁰

17 Y. González, *100 Primeros de Mayo en el Uruguay* (Montevideo: CIEDUR, 1990).

18 Y. González, “Domingos obreros”.

19 Salvador Neves, “Las preguntas de Yamandú: Con Rodolfo Porrini”, *Brecha*, 5 de marzo de 2010, 19.

20 Por mayor información sobre su vida y obra véase la entrevista, publicada como libro, que le realizara el periodista italiano Alver Metalli: Alberto Methol Ferré, *La América Latina del Siglo XXI* (Buenos Aires: Edhasa, 2006).

Su biografía política recorrió un sinuoso camino. Comenzó con su admiración hacia Luis Alberto de Herrera (líder histórico del ala más conservadora del Partido Nacional) en los años cuarenta, paralela a la que sintió por Juan Domingo Perón, y terminó seis décadas después con su apoyo a la candidatura del candidato presidencial del Frente Amplio José Mujica, actual presidente de la República, de quien fue presentado como asesor meses antes de las elecciones de 2009. Entre ambos extremos temporales adhirió a la Liga Federal de Acción Ruralista de Benito Nardone en los años cincuenta, militó en la Unión Popular junto a Enrique Erro a comienzos de los sesenta, fue parte del equipo de asesores de Liber Seregni (candidato presidencial del Frente Amplio) en la campaña electoral de 1971, apoyó a Alberto Volonté (Partido Nacional) en las elecciones de 1994.

Su itinerario intelectual exhibe una constancia sorprendente, verificable en algunas preocupaciones persistentes que, como veremos a continuación, estuvieron presentes desde sus primeras publicaciones hasta las más recientes. Su obra intelectual se ha difundido por una miríada de canales, varios que podríamos llamar ‘alternativos’, algunos creados por el mismo. Methol. Escribió pocos libros, pero publicó una gran cantidad de artículos. Lamentablemente todavía no hay una verdadera recopilación del total de sus textos por lo que esta reseña se basa fundamentalmente en dos de sus libros, que sintetizan las bases de su pensamiento.

Uno de los primeros lugares donde volcó sus inquietudes intelectuales fue la revista *Nexo*, que fundó en 1955 con Washington Reyes Abadie, entre otros. El nombre de la publicación pretendía sintetizar la visión estratégica de Uruguay como nexo entre los componentes del eje Argentino-Brasileño, al que se consideraba como la clave para la integración latinoamericana. Los artículos de Methol difunden la perspectiva latinoamericanista y del llamado ‘revisiónismo’ (Luis Alberto de Herrera, Jorge Abelardo Ramos). Sin embargo, no dejaba de ser crítico, señalando el error (en el caso de Ramos) de obviar a Brasil, y de mantener cierta ‘despreocupación filosófica’.²¹

El basar su pensamiento en sólidos pilares filosóficos fue algo constante en Methol. Una vertiente de su concepción ontológica se formó en torno al nacionalismo latinoamericanista, influenciado por el arielismo.²² En este sentido vale resaltar que fue un asiduo colaborador de *Cuadernos de Marcha*, donde mantuvo una estrecha relación con Carlos Quijano y Arturo Ardao. Una segunda vertiente de su pensamiento estuvo constituida por el catolicismo, desde donde desarrolló una profunda crítica a los valores materialistas del utilitarismo, lo que se observa claramente en los trabajos que publicó en la revista *Víspera*. Methol encontró allí una vía de comprensión universal, de sí mismo y de su identidad latinoamericana.²³ Una tercera vertiente provenía de la geopolítica, que le dio un poderoso instrumento para canalizar sus inquietudes intelectuales. De la mano del geógrafo Alemán Federico Ratzel, Methol adquirió una perspectiva teórica del mundo ligada al determinismo de los llamados “estados continentales”.²⁴

21 A. Methol Ferré, *La Izquierda Nacional en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Coyoacán, 1960), 28.

22 A. Methol Ferré, “Del Arielismo al Mercosur”, en Leopoldo Zea y Hernán Taboada (compiladores), *Arielismo y Globalización* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2002).

23 A. Methol Ferré, *La Iglesia en la Historia de Latinoamérica: Desde la postguerra a nuestros días* (Buenos Aires: Editorial Nexa, 1987); *Las Corrientes Religiosas* (Montevideo: Colección Nuestra Tierra 35, 1969).

24 Andrés Rivarola Puntigliano, “El Nacionalismo Continentalista en Latinoamérica”, *Anales Nueva Época* 12 (2010).

La influencia de la geopolítica se expresó particularmente en *El Uruguay Como Problema*, su obra más conocida.²⁵ El autor presentaba allí las bases del pensamiento de Herrera, que definía como “un gran conservador, que comprendió las claves del origen del Estado uruguayo y las condicionantes de su existencia soberana”. Methol supo aprender de “la *realpolitik* maquiavelista de Herrera”, una visión sobre el papel histórico del espacio geográfico ocupado por el Estado uruguayo. Identificaba así al problema básico del Uruguay, que es la creación misma de su estado. En la opinión de Methol, el Uruguay nació como un desmembramiento de la zona óptima de América del Sur, cuya siguiente operación fue la toma de las Malvinas y el control británico del estratégico pasaje interoceánico. De esta manera, el Uruguay no habría nacido como hijo de la frontera sino del mar, que era del imperio británico. Así fue que el Estado uruguayo pasó a constituir una especie de Gibraltar americano, que aseguraba la viabilidad del Río de la Plata. Methol aprendió de Herrera que el mantenimiento de esa posición había sido la clave para la existencia soberana del Estado uruguayo. Pero el Uruguay como problema reapareció cuando la nueva potencia (Estados Unidos) no generó las condiciones económicas para mantener el próspero modelo liberal uruguayo.

Con Herrera, Methol buscó entender al Uruguay en su contexto próximo, pero fue con Ratzel y la geopolítica que dio el salto hacia la comprensión sistémica, buscando un nuevo lugar en el mundo para Uruguay y Latinoamérica. El resumen de su pensamiento en este sentido lo encontramos en su último libro, dedicado al MERCOSUR, donde Methol nos introduce a las ideas del economista chileno Felipe Herrera.²⁶ Este fue clave para Methol ya que expresaba la convergencia del pensamiento latinoamericanista con las nuevas concepciones de la economía del desarrollo, difundidas desde la CEPAL y el Banco Interamericano de Desarrollo. Methol encuentra a Ratzel en Herrera, quien hablaba de la necesidad de un “Estado continental” que recompusiera la “nación desecha” latinoamericana; y presenta a Juan Domingo Perón como aquel que con su visión de unos Estados Unidos de Sudamérica más claramente había interpretado a Ratzel²⁷, no porque ello significara la negación de Latinoamérica, a la que seguía considerando la gran base nacional, sino porque Sudamérica era lo geopolíticamente posible dada las condicionantes impuestas por el interés estadounidense. Para Methol esa visión había comenzado a concretarse con la creación del MERCOSUR y la consolidación de Brasil como líder, en alianza con Argentina.²⁸

En su búsqueda de comprensión de los procesos universales, Methol fue más allá Latinoamérica. Desde su modelo ratzeliano explica cómo las unidades del sistema mundial pasaron de ser las ciudades-Estado a ser los estados nacionales, como resultado del desarrollo del capitalismo en Gran Bretaña, el primer “Estado nacional industrial”. Si esta fue la gran novedad de comienzos del siglo XIX, a su término ya estaba prefigurada la próxima fase, con el surgimiento de Estados Unidos como primer “Estado continental industrial”. No hay en este planteo un determinismo

25 A. Methol Ferré, *El Uruguay como problema en la Cuenca del Plata entre Argentina y Brasil* (Montevideo: Editorial Diálogo, 1967). Edición argentina: *Geopolítica de la Cuenca del Plata: El Uruguay como problema* (Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor, 1971). Reedición 2007 por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires disponible en <http://electroneubio.secyt.gov.ar/Alberto_Methol_Ferre-Uruguay_como_Problema.htm>.

26 A. Methol Ferré, *Los Estados continentales y el MERCOSUR* (Buenos Aires: Ediciones Inst. Superior Dr. Arturo Jauretche, 2009).

27 A. Methol Ferré, “Perón y la novedad de la alianza argentino-brasileña” (1ª y 2ª parte), *Cuadernos de Marcha* (diciembre 1995 y enero 1996).

28 A. Methol Ferré, “MERCOSUR o Muerte”, *Cuadernos de Marcha* (julio-agosto 2001).

latinoamericano, sino geográfico-económico, en un proceso en el que la unidad rectora del sistema mundial pasa de los estados nacionales, a los estados continentales.

Desde esta óptica, Methol critica el modelo propuesto por Samuel Huntington, que avizoraba un futuro dominado por civilizaciones dirigidas por ‘estados nucleares’. En ese modelo América Latina, al carecer de un estado nuclear, sería absorbida por la civilización occidental dirigida por EEUU. Methol consideraba que esta era una visión limitada del contexto sistémico posterior a la guerra fría, donde “sin la idea del Estado nación nada se entiende, pero tampoco se lo hace sólo con ella”.²⁹ El problema de Huntington radicaría en el desconocimiento de que “sólo los estados continentales podrán ser estados nucleares”. Aplicado a Latinoamérica, Methol planteaba que el liderazgo brasilero no es suficiente para crear una civilización latinoamericana. Esta solo sería posible si Brasil logra converger con sus vecinos en un “Estado continental sudamericano”.

El modelo de Methol no es original por el hecho de contener un determinismo; tampoco por adoptar un planteo de carácter sistémico a la realidad latinoamericana. Sí lo es por aportar al tema de la relación entre Estado, nación y desarrollo, una nueva perspectiva inspirada en bases filosóficas latinoamericanistas, combinadas con lo que llamó la “germanización filosófica” desde la geopolítica clásica.³⁰ Si bien esta se ha ligado a círculos militares o intereses imperiales, Methol reivindicaba una “geopolítica civil”, cuyo centro no sería la rivalidad entre estados sino la visión de la integración como condición de desarrollo y soberanía. En resumen, desde su perspectiva no habría desarrollo sin geopolítica y no habría una geopolítica soberana sin desarrollo. He aquí, quizás, su aporte más valioso.

Andrés Rivarola Puntigliano,
Universidad de Estocolmo, Instituto de Estudios Latinoamericanos

29 A. Methol Ferré, *Los Estados Continentales*, 95.

30 A. Methol Ferré, *La América Latina*, 163.

Convocatoria *Contemporánea* Volumen 2, Año 2, 2011

Tema del dossier: Diagnósticos y alternativas de cambio en América Latina en los años cincuenta y sesenta del siglo XX

En gran parte de América Latina, la diversidad de alternativas de cambio político-social que estuvieron disponibles en los años cincuenta y sesenta del siglo XX ha quedado opacada por el clima polarizado de fines de esa época, marcado por la primacía de las opciones revolucionarias y la aplicación de planes autoritarios de nuevo tipo. En general, esas alternativas estuvieron vinculadas a las primeras discusiones sobre el “agotamiento”, la “crisis” y los “frenos” de los modelos de desarrollo que habilitaron el crecimiento acelerado de la economía latinoamericana luego de la Segunda Guerra Mundial a partir de una fuerte presencia estatal y una cierta redistribución de la riqueza. El conjunto de esos diagnósticos y propuestas de diferentes signos políticos y procedencias tan variadas como los gobiernos latinoamericanos, las agencias de Estados Unidos, los organismos internacionales, los partidos, las universidades y el sindicalismo no ha sido todavía objeto de análisis sistemático por parte de las ciencias sociales.

Contemporánea llama a investigaciones originales que den cuenta de la complejidad y diversidad de las propuestas de cambio y reforma que surgieron en América Latina entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX, apuntando tanto a los campos de la economía y la política como a los de la sociedad y la cultura.

Presentación de originales

- Los artículos deberán ser inéditos, estar escritos en español, inglés o portugués y tener entre 8.000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc y .rtf a revistacontemporanea2010@gmail.com antes del 12 de abril de 2011.
- Los autores deben enviar un CV abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.
- Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán “publicar”, “publicar con modificaciones” o “no publicar”. Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán

- Reseñas de libros (entre 1.000 y 1.200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número.
- Ensayos bibliográficos (entre 3.000 y 4.000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número.
- Reseñas de eventos (entre 2.000 y 2.500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.

El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato

- Todos los textos deberán estar a espacio simple y usar el tipo de letra Times New Roman, tamaño 12 en el cuerpo y tamaño 10 en las notas.
- No marcar cursivas y negritas en títulos y subtítulos.
- Las referencias textuales de menos de cinco líneas se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si sobrepasan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, con sangrado y sin comillas ni cursivas.
- La bibliografía y fuentes se citarán a pie de página según los siguientes ejemplos:

Libros:

Sara Evans, *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left* (Nueva York: Vintage Books, 1980), 23.

Peter Braunstein y Michael William Doyle (editores), *Imagine Nation: The American Counterculture of the 1960s and 1970s* (Nueva York: Routledge, 2001), 80.

Artículos en libros:

Ana Longoni, "Tucumán Arde: Encuentros y desencuentros entre vanguardia artística y política", en Enrique Oteiza (coordinador), *Cultura y política en los años 60* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, 1997), 316.

Artículos en revistas:

Francisco Panizza, "El liberalismo y sus 'otros': La construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1939)", *Cuadernos del CLAEH* 50 (1989).

Cuando se mencionen por segunda vez, se repetirán las citas, omitiendo los datos de publicación y acortando los títulos y nombres:

Libros:

S. Evans, *Personal Politics*, 23.

P. Braunstein y M. W. Doyle (eds.), *Imagine Nation*, 80.

Artículos en libros:

A. Longoni, "Tucumán Arde", 316.

Artículos en revistas:

F. Panizza, "El liberalismo y sus 'otros'".

Al final de los artículos se incluirá una bibliografía completa:

Libros:

Evans, Sara. *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left*. Nueva York: Vintage Books, 1980.

Braunstein, Peter y Michael William Doyle (editores). *Imagine Nation: The American Counterculture of the 1960s and 1970s*. Nueva York: Routledge, 2001.

Artículos en libros:

Longoni, Ana. "Tucumán Arde: Encuentros y desencuentros entre vanguardia artística y política". En Enrique Oteiza (coordinador). *Cultura y política en los años 60*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, 1997.

Artículos en revistas:

Panizza, Francisco. "El liberalismo y sus 'otros': La construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1939)". *Cuadernos del CLAEH* 50 (1989).